

LA TEORÍA DE KIM

JAY SANDOVAL

CROSS BOOKS

LA TEORÍA DE KIM

JAY SANDOVAL

CROSS BOOKS

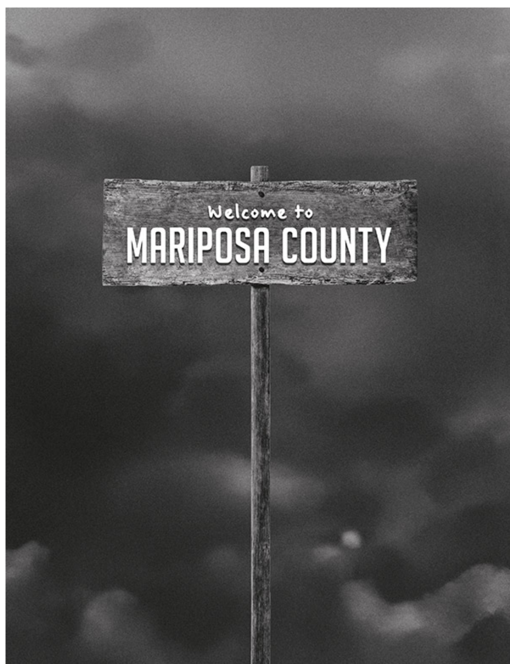
La teoría de Kim
© 2023, Jay Sandoval
Corrección de estilo: Jorge Giraldo
Diseño de portada e interiores: Departamento de Arte y Diseño de Editorial Planeta Perú

© 2023, Editorial Planeta Perú S. A.
Bajo su sello editorial Crossbooks
Av. Juan de Aliaga N.° 425, of. 704, Magdalena del Mar
Lima-Perú
www.planetadelibros.com.pe

Primera edición digital: setiembre 2023
ISBN: 978-612-4414-37-4
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.° 2023-07555

A la comunidad de pastelitos quemados que me ha respaldado los últimos tres años, a los amigos a los que les he enviado mis historias a las tres de la mañana y a aquel compañero de secundaria que corregía mi libreta de historias en el recreo.

A Janz, gracias por inspirarte a dibujar sobre mi historia. Me habría encantado que estuvieras con nosotros para ver el libro.



Nota de los editores

En la presente historia aparecen algunos nombres de origen oriental. Para estos se utilizará el orden de escritura del idioma del que proceden: el apellido se escribe primero y luego los nombres de pila. Así, para los personajes Han Dakho o Kim Anzu, Han y Kim son los apellidos, respectivamente, y Dakho y Anzu, los nombres de pila.

00.

CALIFORNIA.
152 DÍAS ANTES DE...

El tiempo es relativo, completamente imaginario ante los ojos de los soberbios, y frágil como una dulce ilusión.

—¿Es seguro estar aquí? —preguntó temeroso el hermano mayor mirando a su alrededor mientras se acercaban—. Taylor, ¿estás escuchándome? —pero este ni siquiera parecía estar prestándole atención.

El ulular de un búho se filtraba entre el silencio de la noche. Los hermanos Kim no le prestaron atención. Quizá su canto simplemente anunciaba el cambio de estación, no quisieron verlo como un mal augurio. Sobre todo, Taylor parecía obsesionado con atravesar aquella barrera de alambre que cubría el perímetro del bosque. Estaba oscuro, tanto que ninguno de ellos pudo leer con claridad el cartel que prohibía el paso.

Taylor maldijo cuando encontró la cadena que aseguraba el lugar, donde él creía que se escondía una gran conspiración. Pero estaba decidido a averiguar de qué se trataba todo.

—¡Por supuesto que sí! Ahora, ayúdame con esto —pidió a su hermano. Tomó las tenazas que había traído con él y comenzó a cortar la malla.

—¿Qué? ¿Me trajiste aquí para allanar una propiedad privada?

Su hermano mayor se cruzó de brazos, molesto, porque sin importar cuántas veces hablara, nunca lo escuchaba. Taylor volteó a verlo.

—Sean —dijo como señalando algo obvio—, en realidad te traje porque mamá no me habría prestado el auto a mí. Además, cuando descubra qué pasa allá adentro, tú podrás recibir un poco de crédito.

—Es un lago, Taylor, no hay nada más. Ni alienígenas, ni laboratorios, ni secretos de Estado. Hemos hecho esto tantas veces que ya perdí la cuenta. Así que, por favor, vámonos antes de que sea muy tarde.

—Se trata de algo importante. Hace unos días, te juro que vi personas sospechosas y decenas de camiones entrar por aquí. Debe de ser una máquina, quizás un experimento... ¡o tal vez incluso un monstruo!

—Eso no te suena... no lo sé, ¿peligroso? ¿Por qué eres tan raro? —dijo mirándolo con incredulidad—. Consíguete una novia o únete al club de ajedrez, lo que sea que entretenga a tu extraño ser.

—No necesito una novia, eso es lo tuyo. Tú eres el guapo y yo el inteligente, así es como funciona nuestra familia.

—¿Acabas de llamarme imbécil?

—Sí, pero con mucho afecto.

—Como sea, no tengo tiempo para esto. Tomaré el auto y me marcharé, se supone que iría al cine con unos amigos hoy.

—¿Me abandonas por una estúpida película? —Se acomodó los anteojos, ofendido.

—No es cualquier película, es el estreno de la nueva *Rocky*. Será de lo que todos hablen mañana.

—Debes estar bromeando. ¿Me dejas por Sylvester Stallone? ¿Dejas a tu hermano por un falso boxeador?

El cielo resplandeció con un rayo antes de que un fuerte estruendo resonara por todo el lugar.

—Sí. Además, parece que lloverá pronto. Te veré más tarde.

Con un movimiento de despedida, Sean Grace Kim regresó al auto, se colocó su típica chaqueta de mezclilla y peinó perfectamente su frondoso cabello hacia atrás. Era un chico a la

moda, todo lo contrario al vándalo *come libros* que tenía por hermano menor; lo amaba, pero no entendía ni la mitad de las cosas que decía.

Arrancó, dejándolo solo.

—Eso es. Lárgate, traidor —masculló Taylor al verlo alejarse.

Genial, ahora estaba solo en medio del bosque.

Suspiró con fuerza para hacer un último corte en la malla y atravesó la pequeña brecha que había creado. Sus pies crujían a cada paso que daba. Encendió su linterna para alumbrar el camino.

Desde que había llegado a ese país se había prometido que sería parte de algo grande. Un gran científico, físico matemático y demás, pero hasta la fecha no era más que un vago con demasiada imaginación, según las palabras exactas de su hermano.

Sus experimentos siempre salían mal. Ya había incendiado la escuela, dejado sin electricidad a todo el vecindario, acusado al gobernador de ser un extraterrestre y boicoteado el concierto de Madonna, dos veces. Aunque lo último fue pura coincidencia. Él sabía que si encontraba algo lo suficientemente importante, quizás resolvería todas sus dudas y reduciría su número de fracasos a cero.

Continuó caminando entre los árboles hasta que llegó cerca del lago. Logró ver una construcción en el otro extremo de este. Parecía ser más una casa que un edificio por lo compacta que era. Había antenas con luces e incluso un pararrayos en su exterior, además de los vidrios oscuros que no dejaban demasiado a la vista. Quiso acercarse, podía ver personas discutiendo y un objeto metálico peligrosamente cerca de la orilla. ¿Qué estaban esperando? ¿Por qué cuando parecía que la lluvia estaba cerca? Taylor realmente sentía que necesitaba escuchar qué decían.

Las primeras gotas brotaron del cielo una a una mojando su cabello y empañando sus anteojos. Siguió avanzando como podía, aunque le era imposible ver con claridad. Un destello que iluminó completamente el cielo nocturno lo cegó por un par de segundos. Cayó al suelo, aturdido.

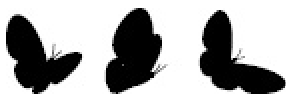
Intentó ponerse de pie, pero de pronto todo se oscureció. Fijó su vista al frente: ya no había más luces y las personas habían corrido para refugiarse de la tormenta que se desataba a su alrededor mientras las ramas de los árboles revoloteaban con rudeza. No pintaba nada bien el clima. Debía irse de allí ya si no quería terminar fulminado por un rayo.

Sentía que las ondas de sonido de los truenos rebotaban en el centro del lago y se expandían hasta estremecerlo. Se arrastró entre la tierra hasta que de pronto chocó contra algo... algo humano.

¿Un cuerpo?

Su campo de visión se había nublado por la lluvia incesante. De lo único que tenía certeza era de que había una persona inconsciente frente a él. No supo reaccionar, estaba demasiado cerca de la orilla y lo más seguro era que se tratara de otro chico curioso como él. La situación era estúpida, por no decir espeluznante, y estaba seguro de que se arrepentiría más tarde, pero no era un maldito desalmado como para dejarlo así.

Taylor lo tomó del torso y se aferró a él para levantarlo, trastabillando entre las ramas y golpeándose contra cosas que le eran difíciles de distinguir. La tempestad se había desatado y el agua resbalaba por las puntas de su cabello. Mientras avanzaba, experimentó un profundo sentimiento de asedio. Aquellos pasos entre el fango eran los mismos que había dejado solo minutos atrás.



Después de mucho esfuerzo, finalmente llegó a casa.

Entró por la puerta trasera, esperando no encontrarse a nadie. Si su hermano lo veía con un extraño moribundo en medio de la sala el próximo en encontrarse entre la vida y la muerte sería él.

Taylor temblaba demasiado y no pudo evitar pensar en que nunca debió salir esa noche. En un intento por esconderlo, arrastró

al sujeto por las escaleras hasta que, preso del pánico, se encerró junto con él en su habitación.

Se desvistió e hizo lo mismo con el extraño. Ninguno de los dos moriría de frío. Ni él ni el chico que parecía haber sido escupido por el lago. Al sacarle la camiseta empapada, se quedó observándolo. Su aspecto era extraño. Tenía una perforación en la oreja y zapatos de tela de un estilo que nunca había visto. Tampoco reconocía su rostro, así que supuso que ese chico no era de la ciudad. Le prestó algo de ropa y lo dejó reposar sobre su cama.

Taylor caminó hasta el armario mientras se cambiaba. Continuó secándose el cabello con una toalla cuando escuchó los resortes de su cama rechinar. Volteó para ver al chico, que había despertado. Se agarraba la cabeza con una mano y con la otra presionaba su pecho, seguramente aún con la sensación de ahogo en la garganta.

—¿En dónde estoy?—preguntó.

—Hola —Taylor se acercó a él—, estabas inconsciente en la orilla del lago. Te traje a mi casa, llovía demasiado. ¿Cómo te sientes?

—¿Dónde está mi familia? ¿Quién eres tú?

Despertar en la casa de un extraño con una ropa distinta era demasiado escalofriante. Taylor no lo culparía por mirarlo de esa manera. El chico se tocó el abdomen para asegurarse de que sus dos riñones estuvieran en su lugar. Pareció respirar un poco más tranquilo al notar que su anfitrión se veía igual de asustado.

—Soy Taylor, Finnian Taylor —le dijo. Su expresión asustada lo preocupó—. ¿No recuerdas nada? ¿Sabes cuál es tu nombre?

Parpadeaba constantemente. La habitación estaba llena de pósteres que se le hacían antiguos y cerca de la cama podía ver casetes regados en el piso.

—Mi nombre es Dakho. Fui a pescar con mi padrastro al lago. Recuerdo que me resbalé, caí del bote y luego... —Su voz se cortó, un escalofrío recorrió su cuerpo con un cosquilleo travieso, como si se tratase de una descarga eléctrica.

—¿Luego...?

—Luego desperté aquí —Dakho intentó levantarse—. Tengo que irme, deben de estar buscándome en el hotel.

Taylor ladeó la cabeza. La entrada a ese lago había estado prohibida desde que tenía memoria.

—¿Cómo rayos te dejaron entrar a pescar? No hay ningún hotel en kilómetros. ¿De qué estás hablando?

—Un hotel grande y lujoso a diez minutos del lago... Tienen barra libre y wifi gratis. ¿Cómo es posible que no sepas que existe? —respondió atropelladamente ante la mirada extrañada de Taylor.

—¿Qué es wifi?

Dakho se puso de pie, pero en cuanto tocó el piso sintió que una fuerte corriente de energía recorría todo su cuerpo a través de sus plantas descalzas.

—¿Cómo que qué es? —Dakho escrudiñó su rostro para ver si estaba burlándose de él—. ¿Internet? ¿Nada?

Taylor negó con la cabeza. En ese momento, Dakho se fijó por primera vez en el chico que lo había salvado. Tenía una camisa de tela fina, anteojos y los pantalones arriba de la cintura. Hablando de pasado de moda...

Dakho caminó hacia la ventana ante la mirada preocupada de Taylor, la abrió y señaló hacia afuera:

—¿Ves? Es un gran edificio que se ve a kiló... No... ¡No puede ser!

Parecía un sueño, lo único que podía ver eran árboles y pequeñas casas antiguas.

—Te lo dije, no hay nada así aquí.

Histérico, comenzó a buscar entre sus bolsillos.

—Mi celular —sacó el aparato—, mierda, mierda, mierda —dijo frustrado y volvió a sentarse en la cama—. Está arruinado.

—¿Qué demonios es eso?

—¿Un celular? ¿Acaso no tienes uno? —El chico negó. Y él quería llorar, iba a hacerlo—. Sabes, un teléfono, lo usas para hacer

llamadas.

—Te-tengo un teléfono —tartamudeó señalando hacia el gran aparato de plástico con botones y cordón rizado. Dakho caminó rápidamente hacia el teléfono, marcando los números en un intento desesperado de llamar a su padrastro.

—Vamos, vamos, contesta...

Pero la línea estaba muerta. Dakho comenzó a hiperventilar.

Había una prehistórica televisión en una esquina de la habitación, parecía un cajón viejo.

—¿Dakho, estás bien? Creo que debería revisarte un médico. Si caíste al lago, pudiste morir ahogado.

Su estómago estaba revuelto por aquellas paredes viejas, los focos colgantes, ese jodido teléfono y el chico de cabello castaño que no parecía tener idea de lo que le decía. No, no, no. Debía estar muerto y esto no era real. Era impensable, algo que Hollywood y los científicos habían estado explotando por años no podía estar pasándole a él.

Vio un periódico sobre el escritorio de Taylor. Lo tomó como si temiera la respuesta. En la contraportada, el anuncio de la premier de una película que se había estrenado hacía treinta años y que él conocía demasiado bien se exhibía en ese preciso momento. Revisó la fecha y maldijo internamente.

—Claro que no contesta su teléfono... su número aún no existe... —farfulló y luego subió progresivamente su tono de voz—. El hotel tampoco existe, allá será verano treinta y cuatro años adelante, pero aquí hay una tormenta y yo... ¡No sé cómo mierda llegué aquí!

—Nada de eso tiene sentido.

—¡Si esto es real, ni siquiera yo debería existir!

—¡No entiendo nada de lo que dices! —El chico que Taylor había salvado parecía estar a punto de tener un ataque de nervios.

—Ese periódico ¡¿es real?! —preguntó Dakho mientras veía asustado a su alrededor—. ¿Esa es la fecha de hoy?

—Es real, sí. 1 de agosto de 1986 —dijo Taylor, confundido—.

¿Cuál es el problema?

—¡¿1986?! Escucha, tienes que ayudarme. Sé que suena loco, pero no pertenezco aquí. Yo... —respiró profundamente—, yo vengo del futuro.

Taylor intentó contenerse cuanto pudo, pero terminó soltando una gran carcajada en su cara. No más *Star Wars* para el tal Dakho.

—Oh no... Creo que te diste un fuerte golpe en la cabeza —le dijo lagrimeando de la risa—. No esperas que me lo crea, ¿o sí?

—¿Piensas que miento?

—Pienso que es imposible.

—¡Todo lo que digo es verdad! —Lo tomó de los hombros acercándose a él—. ¡Tienes que creerme! Te lo suplico, por favor.

Tragó saliva cuando lo tuvo frente a él. No era la primera vez que rescataba gente de la calle, pero esto era extraño. Lo del «teléfono» le daba puntos a su favor para hacerlo lucir creíble. Y, bueno, él había entrado al bosque buscando un monstruo, así que...

—Te creo —declaró, solo para tranquilizarlo.

No tenía sentido, pero si este chico decía la verdad, Taylor se había cruzado con el descubrimiento del siglo. Si no, quizás solo se trataba de un drogadicto más. Maldición, había dejado entrar a un lunático en su casa.

01.

1 DE AGOSTO DE 2019.

—¿Realmente piensas que puedes obligarme a ir con él?

Su equipaje ya estaba dentro del auto y parecía no haber forma de oponerse al jodido viaje padre-hijo que su madre había planeado. En realidad, se trataba de un viaje padrastro-imbécil e hijo-falso que se odian.

—Puedo y lo haré. Además, será muy divertido. Ya verás —dijo su madre mientras terminaba de tomar los últimos implementos para el camino.

—¿Divertido? Dos días en medio de la nada no suenan divertidos. Justo ahora, podría estar camino a la playa con mis amigos, pero no, tú decidiste que yo debía pasar tiempo con él.

—Ustedes dos tienen mucho en común, sé que se entenderán muy bien.

—Lo dudo.

—Oh, vamos. Dale a una oportunidad. ¿Por qué te empeñas en rechazarlo de esa forma?

Por un momento pensó que quizás todos tenían razón sobre él y su mala actitud: era demasiado mayor para hacer una rabieta y muy joven para entender cómo sobrellevar la vida. Se encontraba en el limbo y fue desde ahí que respondió.

—¡Nos mudamos a Estados Unidos por él, mamá! Tuve que reiniciar mi vida a mitad del año escolar solo porque tu nuevo novio vive aquí. Se supone que es coreano, ¿cierto? ¿Por qué no regresó él a Corea?

—Es mi esposo ahora, Dakho —dijo su madre con pesadez. Ya

habían tenido esta conversación cientos de veces antes—. Además, yo tomé esta decisión porque era una gran oportunidad laboral para mí.

—Casarte con tu jefe no venía implícito en tu ascenso.

—Necesitábamos cambiar de ambiente, tú y yo.

—¿Y papá? —soltó de repente, como temeroso de la respuesta—. ¿No crees que podría echarnos de menos?

Han Dakho nunca fue la clase de chico que se rigiera intencionalmente bajo el arquetipo del rebelde. Nunca buscó serlo, pese a su ropa oscura y sus, muchas veces, irreverentes palabras. Era en realidad alguien demasiado ingenuo, cuyo instinto de supervivencia lo mantenía más agonizante que a salvo.

Ella se acercó a su joven hijo, peinó su cabello negro delicadamente y sonrió con pena.

—Cariño, él tiene su propia vida desde hace mucho tiempo, y nosotros deberíamos concentrarnos en la nuestra.

—No tengo nada aquí, y ese tipo no me agrada. ¿Podrías tratar de entenderme?

—Sé que esto es difícil para ti, Dakho. También sé que quizás fue egoísta de mi parte y te pido una disculpa por eso; pero por primera vez en mucho tiempo me siento feliz de nuevo.

—¿Yo no te hacía feliz? —Sus ojos oscuros se abrieron con tristeza.

—Oh, cariño. Tú eres lo que más amo en este mundo, me haces demasiado feliz. —Besó su frente—. Pero la vida avanza, hijo. Y aunque hemos sido un buen equipo estos años, me parece que llegará el momento en el que ya no quieras que esté siempre contigo. No lo sé, buscarás a alguien para gozar la juventud, y bueno, para mí... un compañero con quien envejecer... no suena tan mal.

Él realmente no estaba listo para ver a su madre tomada de la mano con alguien más, para tener que compartirla; pero ella no mentía, Dakho no podía negar la luz que se había manifestado en su

mirada. Y él no tenía corazón para romper sus ilusiones.

Suspiró con pesar y le sonrió.

—Está bien, la idea no me enloquece. Pero supongo que un fin de semana a solas con él no va a matarme.

—¡Ese es mi Dak! —dijo emocionada saltando para abrazarlo. El sonido del claxon los sorprendió y ella no pudo evitar sonreír satisfecha—. Es hora de irse.

Dakho pasó una mano por su cabello mientras trataba de mentalizarse en que esto no era tan malo como parecía. O al menos eso era lo que intentaba desde hacía casi seis meses.

—Adiós, mamá —se despidió con tristeza, tirando del borde de su chaqueta.

Abrió la puerta y caminó hacia el auto que lo esperaba, sonriendo tan plásticamente como podía al ver a su padrastro. Entró al vehículo y se acomodó en el asiento del copiloto, mientras su madre lo veía desde afuera agitando una mano enérgicamente.

—¡Los amo! ¡Diviértanse mucho!

El auto finalmente comenzó a avanzar y Dakho intentó hundirse en la tranquilidad de su miseria mental.

—Entonces, Dakho —dijo el hombre—. ¿Qué tal las cosas en la nueva escuela?

—No conozco a nadie y la gente es tan racista que ha empezado a joderme la existencia. Así que —sostuvo la respiración—, me va de la mierda, gracias a ti, Sean Grace.

—Oh... —el hombre mantenía su vista hacia el frente—. Supongo que me ves como el malo, pero nosotros podemos, ya sabes, ser...

—¿Amigos? Estoy siendo muy tolerante con todo esto, así que limítate a conducir, Sean Grace.

—No hay razón para ser agresivos, tu madre dijo que...

—Lo sé, lo sé. «Debo ser amable contigo».

—Escucha, entiendo que estés molesto. No pretendo reemplazar a tu padre, pero perdí a tu madre cuando era más joven, y no

volverá a pasar. Ella me hace feliz. Así que si pudieras mantener las cosas tranquilas entre tú y yo te lo agradecería muchísimo.

—Solo no te metas más conmigo y yo me mantendré al margen de su cuento de hadas. ¿Tenemos un trato? —dijo Dakho sin despegar su vista de la ventana.

—Trato —le secundó.

Dakho bajó la cabeza, abatido, sacó sus audífonos y se los colocó para tratar de ignorar a Sean Grace durante el resto del camino y fingir estar en un sueño profundo; pero era tan débil que realmente cayó dormido.

Las cosas habían cambiado demasiado los últimos meses; su madre recibió un ascenso en el trabajo, comenzó a llegar tarde a casa, a pasar horas pegada al teléfono y a recibir regalos caros sin razón aparente.

Una noche, Dakho estaba muy feliz viendo *reality shows* estúpidos en la televisión cuando de repente su madre apareció en casa con comida chatarra y un hombre en la puerta. Así que sí, su madre le había traído un padrastro con su orden de patatas fritas extragrande.

Resultó que su nuevo jefe era también un viejo compañero de cuando fue estudiante de intercambio hacía más de treinta años; además, era algo así como un amor de verano que tuvo en su juventud. Solo que ahora tenía dinero y el cabello platinado. Ellos tuvieron un reencuentro romántico e inesperado de telenovela, lo que resultó en el anuncio de una boda.

Sí, él obtuvo una soda sin hielos y su madre, un esposo. ¡Aleluya!

Realmente no le pareció tan malo, no hasta que supo que se mudarían; quizás su resentimiento hacia él comenzó allí. Por eso y porque era una de las personas más egocéntricas del mundo. Desde siempre, en su casa solo hubo espacio para alguien así, y Dakho era ese alguien. Por lo que el tal *Shon Greis Kim* podía ir al asilo a creerse supermodelo.

En fin, eran solo dos días, él podía lidiar con eso. Después

podría regresar a la comodidad de su nueva habitación, colgar sus pósteres y besar los muchos discos que su madre le había regalado para sobornarlo. Era todo lo que quería hacer.

—Dakho, despierta, Dakho —Escuchar su voz lejana le producía jaqueca. Se restregó los ojos con molestia.

—¿Ya llegamos?

—Así es —le sonrió—. Baja, debemos dejar el auto acá y entrar caminando.

Dakho se levantó, renuente. Vio a su padrastro luchar por sacar un par de bolsas para dormir y unas grandes telas que parecían no tener forma de portaequipaje.

«Maldita sea, me hará dormir en el suelo», pensó.

—No me culpes, fue idea de tu madre; pero si no logramos armar la tienda, iremos a un hotel grandioso cerca de aquí, te lo prometo. Pero no se le digas o me asesinará.

—Eso me da tanta paz —dijo Dakho, sarcástico.

El poco altruismo que tenía fue suficiente para ayudar a Sean Grace a cargar las cosas. No era un secreto para nadie que le costaba trabajo caminar, aunque a Dakho no le interesaba mucho, a decir verdad.

—Gracias —dijo sonriéndole—, mi pierna inútil comienza a traicionarme.

—De... nada. —La amabilidad de Sean Grace parecía quemarle. Sería más fácil ser cruel y desquitar su frustración siendo hiriente con él.

Ambos caminaron a través del sendero marcado y se adentraron en el bosque.

—Yo solía vivir cerca de aquí —dijo respirando el ambiente fresco en un intento de crear conversación—, cuando era adolescente.

—¿No era aterrador vivir tan cerca del bosque?

—De hecho, hay una gran historia sobre este lugar. Cuando era joven, esta zona estaba cerrada y se decía que había algo escondido

aquí adentro.

—¿Algo como qué? —Dakho ladeó la cabeza, repentinamente intrigado—. ¿Un animal? ¿Un monstruo?

—Solían decir que hacían experimentos a orillas del lago y que se veían cosas extrañas caminando entre los árboles —sonrió con nostalgia—. O al menos eso decía mi hermano.

—Ah, tienes un hermano. Eso significa que hay más tarados como tú en el mundo —dijo sin pensarlo.

—Mi hermano falleció cuando él tenía dieciocho años.

—Mierda, no quise, yo no... Lo siento mucho. En realidad, no tenía idea y... —Joder, su boca no lo ayudaba mucho últimamente.

—Está bien, pasó hace mucho tiempo —La forma como su voz cambió lo hizo sentir culpable—. No pensemos más en eso, es mejor seguir antes de que anochezca. ¿Quieres ir a pescar?

Dakho asintió, se había quedado sin palabras.

El lago lucía pulcro y estático. La fuerte espalda de Sean se marcó cuando empujó el viejo bote en dirección hacia el agua. Dakho no pudo evitar pensar en su padre por un segundo, y aunque intentó silenciar la voz en su cabeza que le decía que su padre nunca quiso pasar tiempo con él, no pudo.

Lo vio tomar un salvavidas naranja y acercarse.

—Yo no voy a usar eso. Eres idiota si crees que lo haré —dijo, reaccionando.

—La seguridad ante todo —insistió su padrastro—. Un salvavidas no dañará tu estilo de chico gótico.

—Dije que no. Y no soy gótico, no seas ridículo.

—¿O era emo? Qué rebelde. ¿Al menos te colocaste protector solar como te pedí?

—Sí, falso padre, lo hice.

—Bien, entonces, ¿qué esperas? Toma una caña y vamos. Te enseñaré a pescar.

—Más te vale hacerlo bien —dijo con tosquedad, a pesar de que la idea de aprender a pescar lo emocionaba ligeramente.

La tarde avanzó entre un cielo que pasaba del naranja a un suave rosa, con Dakho sin atrapar un solo pez y Sean Grace con su inconfundible risa resonando por doquier. Sintió que quizás, solo quizás, podría aceptar un poco a ese hombre en su vida... hasta que le habló:

—Dakho. Tu madre me pidió que hablara contigo sobre algo importante. Es sobre la Navidad y...

—Siempre paso la Navidad con papá —declaró como si de una verdad absoluta se tratase.

—Lo sé, pero este año tu madre cree que sería mejor que te quedaras aquí, con nosotros.

—¿Qué? —Un semblante violento acompañó sus palabras.

—Sé que no debería decirte esto, pero, Dakho, será bueno que pases más tiempo con nosotros. Esta es tu nueva ciudad, deja tu antigua vida atrás. Todas las cosas de tu padre... No vale la pena hablar de personas así...

Sean Grace se estaba tomando atribuciones que no le correspondían y lo trataba como si fuese un niño manipulable. Definitivamente, no era la mejor manera de hablar de eso. ¿Por qué su madre no habló ella misma con él? Frunció el ceño, más indignado que molesto.

—No lo entiendo. ¿No eras tú el que dijo que me quería lejos? ¿Ahora quieres que me quede? Decídete, hombre. ¿O es algo sobre poder, acaso?

—Dakho, puedes estar aquí, allá o en el fondo del lago si quisieras. No es una cuestión mía. ¿De acuerdo?

—¿Entonces de quién? ¿De mamá? —Se levantó en el bote mientras lo miraba con sorna; la madera crujió ante su peso.

—Oye, esto es ridículo. Siéntate —dijo Sean con seriedad—, lo digo de buena forma.

—Entiendo lo que dices, pero mi vida no era mala. Solo...

—Escucha, tu padre tiene problemas con sus deudas y el juego. No es seguro para ti estar con él.

—No lo conoces. ¿Quién te crees para decir eso? ¡No! Lo dices para alejarme de él, pero ni siquiera deberías atreverte a hablar sobre eso. —De las cualidades que había heredado de su padre, su terrible temperamento era de las peores.

—Por favor. Sé racional y tranquilízate. Dakho, siéntate, ahora.

—¿No dijiste que era una «cuestión mía»? Piensas que, porque mi madre te eligió a ti, ambos tenemos que hacer todo lo que digas, pero estás equivocado.

—¡No se trata sobre mí! ¡Deja de moverte o vas a voltear el bote!

—¡Todo esto es tu culpa! ¡Desde que llegaste ambos pretenden organizar mi existencia desde cero! Deseo alejarme de ti. ¿No lo entiendes? ¡Mi vida era mejor cuando tú no estabas en ella!

Desear es humano, también lo es el odio.

Le parecía cómico pensar que sus inútiles palabras tuvieran el suficiente poder como para hacer deslizar sus pies sobre el bote, pero solo parecían tener relación con la inestabilidad de Dakho y el impulso hormonal de su cerebro.

Estaban a la mitad del lago; el pequeño bote cedió ligeramente y el peso de Dakho lo hizo caer al agua. Quiso encontrar una explicación mágica a este hecho, pero al parecer se trataba de algo mucho más complejo.

Su pecho ardió cuando golpeó contra la capa del cristal líquido que pareció presionar su cuerpo hacia el fondo. Luchó por mantenerse a flote, pero fue imposible porque, poco a poco, continuaba hundiéndose en las profundidades de ese abismo oscuro que intentaba arrastrarlo al rasgar su piel.

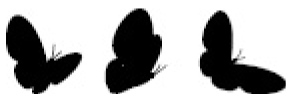
El dolor que sintió fue inexplicable; escuchaba truenos y la luz de fuertes rayos lo cegó. Se estaba quedando sin aire y sentía que su piel se partía bajo el agua, con gotas adhiriéndose a él mientras lo separaban en partes y lo enviaban hacia una oscuridad total que hacía arder su sangre y parecía destruir sus entrañas. Hasta que, aterrado ante el insoportable dolor en sus huesos, lanzó un jadeo.

Quiso gritar y dejar escapar su último aliento, cuando el agua

que lo mantenía cautivo lo impulsó hacia afuera, elevando su cuerpo inconsciente hacia la superficie.

La lluvia había comenzado de repente y todo permanecía irremediablemente oscuro. Las ramas de los árboles se movían endemoniadas cuando el viento brusco las agitaba; sin embargo, las ondas en el agua guiaron su cuerpo hasta la orilla.

Él no lo sabía, pero había atravesado algo que ni siquiera alcanzaba a comprender.



1986.

152 DÍAS ANTES DE...

Dakho despertó en una habitación desconocida y comenzó a preguntarse cuánta agua había tragado. Porque no había forma de que esto en realidad estuviera pasando.

Estaba sentado en la cama mientras temblaba y comenzaba a recordar. Su espina dorsal le dolía, podía sentir pequeñas descargas eléctricas cada vez que sus pies descalzos rozaban con la alfombra.

Un muchacho de anteojos lo observaba con curiosidad. Tenía un cuaderno de apuntes y parecía anotar cada palabra que salía de su boca.

—Veamos. Según tu versión, un rayo te atravesó mientras te ahogabas.

—¡Sí!

Son igual de egocéntricos.

—Es poco probable —dijo Taylor. Sus finos labios se fruncieron incrédulos—. Un humano no soportaría la descarga, y los iones del agua, aunque su salinidad sea baja, lo vuelven un conductor natural, así que habrías muerto electrocutado.

Oh, no. El chico era un completo *sabelotodo*.

—Tyler, por favor. ¡Sé que no pertenezco aquí! No miento.

—En primer lugar, es Taylor. Y, en segundo, ¿consumes ácidos, cocaína u opio con frecuencia?

—¿Qué? ¡No! —El joven Kim tachó algo de su libreta.

—¿Te inyectas? ¿Usas éxtasis, marihuana o cocaína?

—¡No soy drogadicto! —vociferó—. Además, mencionaste una de esas drogas dos veces.

Taylor se acomodó los anteojos; aquellos ojos que lo miraban con seriedad detrás de los cristales lucían gigantescos.

—Nunca se sabe con la cocaína, amigo —declaró.

Bien. Entonces, si no eran drogas, y este chico Dakho decía la verdad, ¿cómo había sucedido? Los viajes al pasado eran imposibles. Según la mayoría de las teorías, rompían con la estructura de la física básica, pero entonces, ¿cómo? O bueno, ¿por qué?

—Estoy jodido, terminaré en un manicomio y me quedaré atrapado aquí para siempre. —Escondió su rostro entre las manos. Taylor se levantó de pronto y salió de la habitación—. Genial, y mi salvador me deja solo.

Taylor regresó un par de minutos después con un libro, se lo entregó a Dakho solo para luego lanzarse a su lado y quitárselo de nuevo. Era un libro de física.

—A diferencia de otras personas que veían al tiempo como una constante —dijo señalando una página en específico—, Einstein lo consideraba como algo relativo, la teoría de la relatividad va de eso.

—¿Significa que es imposible y que estoy loco? Sí, yo también lo creo.

—No. —Ni siquiera tomaba aire para hablar—. Él también planteó que la gravedad podría ser capaz de curvar el tiempo. Que un objeto sometido a este fenómeno se movería más lento en el espacio temporal.

—¿Dices que el tiempo se alteró treinta y cuatro años por una caída?

—¿De qué año se supone que eres? ¿Cuál debería ser tu fecha espacial correcta?

—El primero de agosto de 2019... Muy lejos de aquí. O bueno, ¿mucho después de aquí?

—Son treinta y tres años, entonces. Llevas mal la cuenta.

—Pues, perdón, usualmente las personas no piensan con claridad después de casi morir.

—Quizás no fue la caída, sino el lago. Es decir, la gravedad actúa de modo distinto en el agua, depende de la densidad del líquido al ser atravesado por un objeto. En este caso, tú ahogándote, pero eso no explicaría una curva tan grande.

—¿Eso tiene sentido?

—No lo sé. Pero la línea espacio-tiempo parece ser más débil de lo que se creía, y cualquier alteración podría cambiar todo significativamente.

—No entiendo ni una mierda.

—Ni yo, aún; pero lo haré. Solo tengo que encontrar el medio y la ecuación correcta.

No tenía otra opción más que creer en el adolescente que

escribía cosas velozmente en su libreta. Empezaba a pensar que tal vez el lunático era otro.

—¿Y cuánto tiempo te tomaría eso? —preguntó.

—No lo sé, un par de semanas. Quizás meses. Años... y estoy siendo optimista.

—¿Qué? No tengo tanto tiempo. —Dakho se acercó demasiado a Taylor, hasta casi tocar su rostro contra el perfil del muchacho. No, él no conocía el significado de «espacio personal».

—Tranquilo.... —Taylor se movió, incómodo—. Si esto es real, tu época ni siquiera existe aún, así que tenemos tiempo de sobra para arreglarlo.

El sonido del motor del auto de su madre resonó fuera de la casa, seguido de las llaves de la puerta principal.

—¿Qué es eso? —preguntó Dakho alejándose de él.

—Maldición, mi hermano está aquí —masculló, atrapado—. ¡Entra al armario, ya!

—¿Qué es esto? ¿Una película de mierda?

—¡Solo entra ya, idiota! Se supone que no tengo permitido traer amigos tan tarde a casa, o bueno, vagabundos... —Empujando la espalda de su invitado, lo obligó a entrar al armario.

—¿Acaso tú tienes amigos, cerebrito? —se burló de él con una ligera sonrisa.

—Pues al menos no soy yo el que dice estar atrapado en el pasado, imbécil. Entra ya.

Justo cuando logró encerrarlo, alguien entró deliberadamente a la habitación con aires de superioridad.

—Oye, Taylor, ¿sabes dónde está mamá? —preguntó Sean, y se detuvo de pronto al notarlo exaltado—. ¿Qué estabas haciendo?

La habitación apestaba a tierra mojada y a desesperación. Sí, olía a púber sospechoso:

—¡Nada! Solo estaba estudiando. Y.... no-no, no sé dónde está ella.

—¿Por qué la alfombra está así de mojada?

—Porque comenzó a llover y gracias a que decidiste abandonarme tuve que caminar dos kilómetros y medio bajo la lluvia.

—Oh, sí, gran noche. La película estuvo genial. Fue la mejor cita. La chica es nueva en la ciudad, está en nuestra escuela y es demasiado ardiente.

—Estaba a punto de preguntártelo —dijo Taylor haciendo un rodeo con los ojos.

—Perdón por hablarte de lo que me hace feliz. Perdón por querer tratarte como mi hermano, tarado.

—Deja de molestar a las chicas que vienen de intercambio, eso es bajo hasta para ti. Tú sabes lo que es ser foráneo en este lugar.

—Aguafiestas.

—Si no tienes nada más que hacer aquí, márchate, tengo cosas que hacer.

Dakho veía lo que sucedía a través de las pequeñas rendijas en la puerta del armario. Su estómago comenzó a revolverse.

—¡Solo vine a asegurarme de que no estuvieras manoseándote!

El chico comenzó a reír; Dakho conocía esa extraña risa, pero esperaba estar equivocado. Salvo que no lo estaba.

—¡Fuera de mi habitación, Sean! —gritó Taylor, mientras tiraba del brazo de su hermano mayor para sacarlo del lugar. Cuando logró expulsarlo, azotó la puerta tras su espalda.

—¡Oh, vamos! ¡Por favor, Taylor, no tienes que sentir vergüenza por darte un poco de amor propio! —dijo desde el exterior de la habitación.

—¡Púdrete!

—¡Yo también te quiero!

La risa seguía y seguía, haciendo que los líquidos en el estómago de Dakho subieran por todo su esófago quemándolo cada vez más. Taylor colocó el seguro en la puerta y después se movió de regreso al armario para sacarlo de su encierro.

—Disculpa por eso. Mi hermano es un imbécil y, bueno, como

sea —dijo Taylor con cansancio, se preocupó al notar la repentina palidez en el rostro de Dakho—. ¿Qué pasa? ¿Te sientes bien?

—Taylor, ¿qué pasa si alguien de mi época está aquí?

—¿Dices que alguien más viajó contigo?

—No, no, no. Me refiero a.... su versión joven, creo. ¿Recuerdas que mencioné a mi padrastro? Bien, pues podría jurar que el tipo que estaba acá hace dos minutos era él.

—¿Sean Grace? —dijo incrédulo—. Eso es completamente... —se detuvo a pensarlo y, ¡mierda!— posible.

—¿Eso significa que si él me ve destruiré el mundo o algo parecido?

—Tú cruzaste la barrera, te adheriste a esta realidad, pero el Sean de este tiempo está muy lejos de conocerte. No será peligroso si no te relacionas con él... Espero.

Probablemente no eran las mejores conclusiones del mundo, pero ¿qué podían esperar? Eran dos críos asustados no muy convencidos de que el otro dijera la verdad.

—Mi madre y tu hermano se conocieron cuando ella vino de intercambio escolar. Eso quiere decir que ella también está aquí, ¿cierto?

—Sí, es probable.

Como lo había visto tantas veces antes en las películas de ciencia ficción, esta era la oportunidad de arreglar su vida. Solo tenía que desviar ligeramente el destino del tal Sean Grace para que él y su madre volvieran a su vida de tardes comiendo zanahorias y viendo *reality shows*.

—¡Eso es! Mientras tú encuentras la forma de regresarme a mi época, yo evitaré que ese imbécil se acerque a ella.

—Estás empezando a portarte como un estúpido.

—¡¿Por qué?! Solo piénsalo, si ellos se separan y no se cruzan en el futuro, Sean no me llevaría a pescar, y yo debería, ya sabes, aparecer de regreso en mi época o algo así.

—No, de hecho, crearías una paradoja temporal.

—Vamos, ya estoy aquí, regresar no puede ser tan difícil.

—Honestamente, no creo que funcione de esa forma.

—No. ¡Es el plan perfecto! Todo estará bien.

—Si es lo que estoy pensando, no. Definitivamente, es una terrible idea —dijo Taylor, pensando en lo fácil que era para algunos dejarse engañar por la televisión—. Hollywood no va a salvarte.

—¡Claro que sí!

Cualquier idea sobre viajes en el tiempo se había usado ya. Y en el fondo, a Dakho le divertía lo complicado que era encontrar una referencia que no fuera internet o alguna película.

—¿Y cómo piensas hacer eso, tonto? —El enorme suéter de Taylor lo hacía lucir más delgado. O al menos eso fue lo que Dakho alcanzó a percibir. Su cabello aún tenía restos de gel y sus anteojos eclipsaban la mitad de su rostro—. Reacciona, esta es la realidad.

—En vista de que estoy atrapado aquí, me llevarás contigo a la escuela, y listo.

—¿Y qué les digo a mis padres? ¿Cómo les explico que tengo un vagabundo oculto en mi armario?

—Diles que te volviste gitano y trajiste a vivir a tu esposo a casa.

Taylor parpadeó repetidamente.

—El futuro es extraño, y tú también. Ya se me ocurrirá alguna excusa, espero. Pero ni sueñes con que te llevaré conmigo.

—¿Pretendes que me quede en el armario todo el día mientras regresas?

—¿Quién dijo que yo te dejaría quedarte aquí?

Pasó una mano por el cabello del chico, tirando de un mechón castaño que sobresalía detrás de sus orejas.

—Tú lo dijiste, genio —dijo Dakho, bajando el tono de su voz—. Así que no puedes negarte. Piensa en esto como un experimento.

—Suena... tentador.

—¿Me ayudarás?

—En nombre de la ciencia, lo haré. Pero te prometo que, si veo tus ojos ligeramente rojos, te echaré a la calle por adicto.

Dakho sonrió complacido. Esto no era tan malo, o al menos no se veía así en su mente egoísta y adolescente.

No pudo seguir hablando porque algo se nubló dentro de su cabeza; un recuerdo apareció en ella, azotándolo al mismo tiempo que la voz de su padrastro se apoderaba de sus sentidos.

Los hermanos Kim.

«Mi hermano falleció cuando él tenía dieciocho años».

Las palabras de su falso padre lo golpearon. Si esta era la casa del joven Sean Grace, y él y Taylor eran hermanos, eso significaba que...

—Taylor, ¿cuántos años tienes? —preguntó temeroso.

—Diecisiete —respondió con naturalidad.

—¿Qué tan cerca está tu cumpleaños?

—Cumpliré dieciocho en diciembre. ¿Cuál es el problema?

Diciembre. Faltaban cuatro meses. Lo tomó de los hombros, acercándolo hacia él, como buscando su atención, pero Taylor no entendió sus palabras.

—Eres tú —dijo sin siquiera explicarse.

Dakho divagó. Lo observó como preguntándose si era prudente decir algo. Quizás estaba siendo demasiado egoísta, pero su pecho se retorció paranoico, y se limitó a negar con la cabeza y callar. Porque más que familiar, él le resultaba demasiado afable.

Y Taylor deseó con fuerza no sonrojarse cuando ese tipo raro se quedó mirándolo durante un largo rato, manteniéndose cercano a él. Aunque, evidentemente, no pudo evitarlo.

Después de todo, no estaba acostumbrado a estar tan cerca de otro chico.

O de un drogadicto.

02.

151 DÍAS ANTES DE...

No conocer el significado de la palabra «compartir» era solo una de las muchas secuelas de tener padres exitosos y divorciados.

Dakho lo sabía; siempre estuvo consciente de que llorar sobre su infancia destruida y la vulnerabilidad dentro de su inexistente familia lo ayudaba a conseguir lo que se le antojara, aunque mintiera de manera cínica. Se sentía el centro de todo, como un ancla que mantenía cercanos a dos bandos enemigos.

Vivió por mucho tiempo jugando a tener el control en beneficio propio mientras ocultaba sus pensamientos. Sí, porque, aunque se empeñara en negar una y otra vez haberse visto afectado por aquella separación, la verdad lo estaba, y mucho. Pero conforme iba creciendo, empezó a sentir que ser el centro de atención no era tan increíble como solía parecerle.

Nunca tuvo que compartir nada con nadie, tampoco pretendía mendigar atención. Él siempre creyó que podía manipular las cosas a su antojo. Y nadie iba a convencerlo de lo contrario.

Por eso dormir en el suelo resultaba inaceptable para él.

—Dakho, Dakho. Despierta, tengo una idea.

Abrió los ojos con dificultad, ante la poca luz que se colaba por la habitación, y se topó con una mata de cabello castaño que lo miraba desde arriba, sonriente.

Se reincorporó sobre el piso, e hizo crujir los huesos de su espalda. Al restregarse la nariz sintió pequeñas descargas eléctricas.

—Entiendo que soy un tipo raro y un desconocido, pero hacerme dormir en la alfombra fue muy desconsiderado de tu parte

—dijo mientras observaba a Taylor.

—¿Y qué esperabas? ¿Que te llevara a la sala o a la habitación de huéspedes? Te recuerdo que no sé por qué estás aquí, ni siquiera tú lo sabes —respondió haciéndose el serio, pero le sonreía burlón. Dakho bufó indignado antes de fijarse en el cielo opaco y cambiante fuera de la ventana.

—¿Qué hora es?

—Cinco y treinta de la mañana.

—¡¿Y por qué demonios me despiertas?! ¿Y cómo es que ya estás vestido?

Taylor se acercó a él; su rostro parecía menos amable sin sus anteojos. Le dio tres pequeños golpes en la cabeza para hacer reaccionar a Dakho, como intentando insultar su intelecto.

—Porque si planeo llevarte conmigo a la escuela necesito hacerte pasar desapercibido, tonto. Además, no pude dormir nada noche, estuve pensando en las posibilidades y ya tengo varias hipótesis.

—Tengo la impresión de que no me crees.

—Es que juro que si resultas ser un loco voy a llevarte a la estación de Policía. Es más, guardaré un cuchillo debajo de mi cama por si acaso —murmuró sosteniéndose la frente.

—¿Y me dices a mí «loco»?

Taylor lo observó de pies a cabeza, con una sonrisa incrédula.

—¿Cuál dijiste que era tu apellido?

—Han —contestó.

Le resultó curioso oír otro apellido extranjero. Aunque «Kim» era el apellido más común en su antiguo país, en el nuevo no era muy bien aceptado. Dakho hablaba inglés, pero se le escapaban palabras en coreano. Taylor agradeció aún recordar su idioma natal.

—Bien, Han Dakho —le dijo cruzado de brazos—, vamos a trabajar en tu coartada.

—¿Y eso significa que...? —A diferencia del de Taylor, el cerebro de Dakho recién empezaba a funcionar al mediodía.

—Empecemos por lo esencial. Primero, tu atuendo apesta. Tenemos que actualizarte —hizo una pequeña mueca mientras pensaba—, o retrasarte, mejor dicho.

Dakho se levantó indignado.

—¡¿Qué tiene de malo mi ropa?! —Las camisetas de sus cantantes favoritos, pantalones sueltos y botas eran su estilo predilecto desde antes de la pubertad.

—Al menos tendrás que ponerte un cinturón. Además, ¿qué rayos es un «Lady Gaga»?

—Que tú uses el pantalón hasta el cuello no significa que yo deba hacerlo —dijo altanero.

—Deja de hablar como Sean; si quieres ayuda, harás lo que yo te diga.

Dakho se recostó contra la pared, dejando escapar un leve chasquido de inconformidad mientras se jactaba en su interior.

—No te ofendas, Taylor, pero estoy seguro de que nada dentro de tu guardarropa me va a quedar, es decir, podemos tener casi la misma edad, pero yo soy evidentemente más grande que tú. Como sea, tu ropa es horrible.

Antes de que siguiera hablando, Taylor le lanzó una almohada a la cara que lo hizo callar.

—Somos de la misma altura, idiota. Nos vemos diferentes porque yo soy puro músculo, por eso pude cargarte; pero tú eres relleno y blando, por eso pesas tanto. Así que cállate.

—¡Oye! ¿Me has llamado obeso? —le dijo enfadado; si bien su vida sedentaria era culpable de sus libras de más, igual se sintió indignado—. Qué forma tan fea de hablarles a tus visitas.

—Tú ni siquiera eres una visita real, Dakho.

—¿Lo ves? Eres cruel. Y así quieres que use tus cosas...

—Aclaro que nunca te dejaría usar mis cosas, preferiría hacerte correr desnudo por la calle antes que prestarte una sola prenda mía.

Dakho intentó tragar saliva, pero solo atinó a toser.

—Estoy seguro de que no entiendes lo perverso y caliente que

sonó eso.

—No me interesa, quédate aquí. Ya vuelvo. —Taylor avanzó un poco y el chico lo imitó—. ¿Por qué me sigues?

—Perdón, es que no quiero quedarme solo —respondió—. ¿A dónde vas?

Taylor suspiró con fuerza mirando hacia el techo.

—Iré por ropa de mi hermano, ¿de acuerdo?

—¡No! Ya me siento lo suficientemente humillado, Tyler.

—Repito, es Taylor, y tú mismo dijiste que no querías usar mis cosas.

—Lo siento, todos comentemos errores. Hay que empezar de nuevo.

—Basta —negó con la cabeza—. Mi ropa no va a quedarte bien, pero la de mi hermano sí. Así que no hagas ruido y sígueme.

Trastabillando, Dakho se abalanzó sobre Taylor para tomarlo del brazo y evitar que siguiera caminando.

—¿Y qué pasa si Sean nos ve? Si me ve a mí, ¿cómo vas a justificar mi presencia?

—Por eso te desperté tan temprano. Sean sale a ejercitarse por la mañana. Así que no habrá problema. Vamos.

—¿Y si nota que le faltan cosas?

Taylor comenzó a reír.

—Vendí su libro de español hace dos meses y él ni siquiera lo ha notado. Créeme, estaremos bien —dijo mientras movía las cejas.

Tomó a Dakho de la muñeca para hacerlo caminar detrás de él, cuidando sus pisadas mientras avanzaban por el pasillo. La habitación de su hermano era el lugar más nauseabundo y prohibido de toda la casa. O al menos así lucía para Taylor. Giró la perilla y ambos se adentraron hasta que estuvieron totalmente en territorio ajeno. Había gorras de béisbol colocadas ordenadamente en la pared, trofeos de campeonato y zapatos por doquier.

—Salir a correr con este clima. ¿Quién demonios hace eso? —dijo Dakho mirando las paredes blancas.

—Un atleta, supongo. Mi hermano cree que ganará la serie mundial algún día; es talentoso, pero es un presumido de primera —dijo sin mala intención.

Dakho vio cómo Taylor caminaba hasta el armario y empezaba a tomar ropa como si fuera suya, pero había algo que no le cuadraba. ¿Cómo era posible que alguien tan egocéntrico como Sean nunca mencionara algo así sobre él? No tenía sentido.

El pasado era más depresivo de lo Dakho pensaba.

Taylor tomó una camisa de rayas horizontales y, extendiéndola sobre los hombros de Dakho, la midió para constatar que eran casi exactamente la misma talla.

—¿Qué haces? —preguntó Dakho cuando las manos de Taylor se movieron lento sobre su cuerpo.

—La espalda de mi hermano es enorme; solo quería asegurarme de que no te quedara demasiado grande.

El chico buscó en el piso y tomó un par de zapatillas deportivas que consideró apropiadas para el atuendo. Y cargando con el resto de la ropa, volteó hacia Dakho para entregársela.

—Él... es un atleta más de tantos, ¿no es así? —dijo tomando la ropa—. El jugador que encanta a todos.

—A todas, si sabes a lo que me refiero.

La poca empatía que había nacido en Dakho se extinguió.

—¿Dices que es el típico prototipo sociable, capitán del equipo, líder de los tarados que hace babear a todas y que es un cretino?

—Afirmativo.

«Todos son un estereotipo andante aquí», pensó Dakho.

No tenían mucho tiempo, así que regresaron a la habitación de Taylor pocos minutos después de completar su misión.

—Es oficial, a mi madre le gustan los idiotas —dijo cuando finalmente pudo dejarse caer en la cama soltando la ropa que traía consigo.

—¿Tu padre es un idiota también entonces? —le cuestionó, tratando de hacerle ver su equivocación, pero no había error en sus

palabras.

—Tengo un padrastro... ¿Qué crees tú? —Soltó aire pesadamente —. Lo es, supongo.

Taylor se sentó a su lado, tomó sus anteojos del buró y palmeó la pierna del chico en señal de humanidad antes de colocárselos.

—Descuida, es mejor estar consciente de la verdad que ser ignorante toda una vida, creo fielmente en eso.

La forma en la que sus mejillas, y en especial sus ojos, parecían aumentar al portar esos anteojos hizo que Dakho se perdiera un poco entre sus palabras y su sabiduría.

—¿Eres tú quien inventa esas frases tontas? —dijo intentando detener el temblor de su propio cuerpo.

—Son todas mías. Ahora, el baño está por allá. Ve y arréglate, porque tenemos mucho que hacer hoy —dijo Taylor y giró la silla que le esperaba frente a su escritorio.

—¿Qué harás mientras tanto?

—Dije que tuve varias ideas, las anotaré antes de olvidarlas. Y quizás después vaya a robar un sándwich de la cocina para alimentarte.

—¿Qué soy? ¿El perro que llevaste a casa sin permiso de tus padres? —soltó Dakho alzando una ceja.

—Sí, básicamente sí. Te pondré un collar y te ataré si no te comportas.

Dakho abrió los ojos, demasiado sorprendido, sin saber si era intencional o si su mente contemporánea estaba tan corrompida que le encontraba un doble significado a todo.

—No tienes ni idea... —dijo dando un par de pasos hacia atrás antes de caminar en la dirección indicada y desaparecer de su vista al cerrar la puerta del baño de la habitación.

Taylor restó importancia a sus extrañas actitudes y se acomodó en su escritorio mientras intentaba anotar los pequeños detalles que había descubierto hasta ahora.

Han Dakho y la electricidad:

Si las sales en el agua condujeron la energía a través del cuerpo de Dakho, eso significa que en ese momento una gran cantidad de esta debería moverse a través de él; pero para ello necesitaría alojarse en un material aislante, quizás en su cabello o en su chaqueta.



Taylor mordía su lápiz constantemente en busca de una forma de hacer que todo encajase, pero el ambiente se vio eclipsado por un aroma sublime que parecía emanar del primer piso. No, él no podía concentrarse en su investigación cuando estaba completamente seguro de que su madre estaba preparando el desayuno. El olor de deliciosos *waffles* recién preparados intentaba seducirlo y la dorada miel se materializaba frente a él. No pudo resistirse; dejó sus apuntes de lado, sin detenerse siquiera a pensarlo, y corrió hacia la cocina en busca de aquel dulce tesoro que lo esperaba.



Los Kim eran una familia algo peculiar para esos suburbios. Además de tener como padres a un hombre coreano y una mujer francesa que solían residir en Corea del Sur, eran inmigrantes en Estados Unidos. Sus hijos supieron, desde muy jóvenes, que nunca encajarían con los estándares raciales o de trabajo en Asia, mucho menos después de la guerra; tampoco con el pensamiento europeo. Y este país, aunque igual de conflictivo, les había dado un poco más de autonomía. Así que, para los hermanos Kim, ser inmigrantes era lo único con lo que realmente podían identificarse, y eso era todo lo que sus padres podían otorgarles.

Muchos años después de haberse consolidado, gozaban de las recompensas de su esfuerzo. Sus hijos eran muy pequeños cuando llegaron a ese país; sin embargo, su físico llamativo y una imagen un poco conflictiva solía despertar los prejuicios de la comunidad. Y el menor de la familia no ayudaba mucho a mejorar esa reputación.

Taylor bajó al primer piso y encontró a su madre de espaldas. Se asomó sigiloso para evitar ser visto por ella, pero falló terriblemente.

—Que no se te ocurra tocar un solo *waffle*, Finnian Taylor, o voy a castigarte —dijo severa, sin siquiera voltear a verlo.

—¡Mamá! Buenos días a ti también. Gracias por suponer que he

venido a hurtar un sabroso, esponjoso y delicioso... *waffle*.

—¿Qué haces despierto tan temprano?

—Vine a ayudarte con estas delicias.

—Ni lo sueñes. Son para tu hermano y el resto del equipo, han estado entrenando muy duro. Se merecen una recompensa.

—¿Y qué hay de mí? —reprochó indignado.

—Tú puedes servirte un poco de cereal.

—¿Ves cómo rompes mi corazón, madre? Solo pido un poco de tu dulce amor y me respondes de esta forma. —La abrazó con cariño, era más alto que ella por algunos centímetros.

—Oh, pobrecito. —Sus hijos no podían ser más diferentes, y el menor de ellos nunca fue tan afectuoso—. Ya que me lo pides así, supongo que podría darte uno.

—O dos...

—¡Taylor!

—Está bien, lo que nazca de tu benevolencia.

Ambos rieron; el chico se acomodó en un banquillo; luego ella le entregó un plato con tres *waffles* apilados y llenos de jarabe.

—Come despacio, no quiero que te atragantes.

—No me digas qué hacer, esto es entre mis *waffles* y yo.

—Siempre terminas con jarabe hasta en el cabello, así que no me respondas, jovencito.

—Está bien... —Taylor sonrió tímido, intentando que sus siguientes palabras sonaran con naturalidad al creer que era el momento de poner su primer plan en marcha—. Oye, mamá, por cierto. ¿Recuerdas el programa de intercambio?

—¿El que dijiste que era una pérdida de tiempo?

Chasqueó con la lengua, no había forma fácil de decir esto.

—Sí, ese. Pues, verás, necesitaba créditos para una asignatura y yo... me inscribí como candidato para recibir a un alumno aquí en casa.

La mujer volteó a verlo más sorprendida que molesta, casi dejando caer la mantequilla al suelo.

—¿Hiciste qué?

«Coopera, madre. Necesito justificar al extraño que está en mi habitación», pensó.

—Hoy por la tarde traeré a un compañero a casa.

«No es como si se me hubiera ocurrido hace diez minutos».

—¿Con el permiso de quién? Taylor, es lindo que quieras adaptarte, pero no puedes tomar decisiones sin consultarle a nadie.

—Sé que a papá no le molestará. Y tendré un amigo, ¿no era eso lo que querías?

—Me refería a que hablaras con los chicos de tu salón, no que trajeras extranjeros a vivir a casa.

—Mamá, créeme, compartir la mitad de mis clases con mi hermano no me ayuda mucho que digamos.

Ella suspiró; sus dos hijos se marcharían a la universidad el próximo año. Le había costado asimilar la próxima partida de Sean Grace. Ni siquiera lo había aceptado por completo cuando, una tarde, el director de la preparatoria la llamó para discutir la razón por la que Taylor debía saltarse la preparatoria e ir directamente a una gran casa de estudios. No, ni ella ni su esposo estaban listos para dejar ir a su pequeño. Y sabían que Taylor tampoco estaba socialmente listo para hacerlo.

Su coeficiente intelectual era sorprendente, y estaba segura de que Taylor sería capaz de mantener el ritmo de los programas avanzados que estaban interesados en él, pero le preocupaba que pasara tanto tiempo solo lejos de casa. Pensó que adelantarlo solo un año para que pudiera convivir más con su hermano y sus amigos dentro de la escuela lo ayudaría a socializar sin ser una clase de peligro andante; pero, hasta ahora, no tenían mayor progreso.

—Está bien —dijo finalmente, cediendo—, pero promete que tendrás todo bajo control.

—¡Lo prometo! —dijo Taylor, emocionado.

Su madre lo miró con inquietud; no tenía ni idea de quién era el otro muchacho. Las ideas de Taylor siempre le hacían querer

abrazar el extintor ante la latente posibilidad de que quemara la casa, otra vez. Parecía que todas sus decisiones terminaban con él en urgencias o con los bomberos apagando un incendio en su calle.

Taylor comenzó a comer, olvidando por completo que tenía un vagabundo en su habitación y sin percatarse de la llegada de Sean. Su frondoso cabello estaba sujeto por una liga mientras el sudor aún resbalaba por su cuello. Entró y directamente subió por las escaleras hacia su recámara. Se quitó la camiseta, moviendo los brazos frente al espejo, intentando marcar sus deltoides. Y, lentamente, mientras caminaba buscando una toalla, se despojó del resto de su ropa prenda por prenda, dispuesto a tomar una ducha.

Corrió hasta el baño de su habitación, se miró por última vez en el espejo y tomó la perilla para abrir la puerta, pero al hacerlo esta se desprendió de su lugar. Maldición. Había olvidado que necesitaba arreglarla. No tenía tiempo para jugar a ser cerrajero; envolvió la toalla alrededor de su cintura y tranquilamente salió de allí para utilizar la ducha de su hermano.

Si había algo que a Taylor lo petrificaba, era que alguien más tocara sus cosas. Así que nada mejor que hacer dos cosas que amaba al mismo tiempo: molestar a su hermanito y darse una ducha.

Entró al cuarto de Taylor y ladeó la cabeza al ver su cama desarreglada y con ropa ajena regada por el piso. Le restó importancia, pero en el fondo le resultaba peculiar, aún más con lo reservado y obsesivo que era su hermano menor.

El sonido del agua cayendo le hizo suponer que su hermano estaba en la ducha, y Sean no pudo evitar sonreír malévolamente; realmente disfrutaba invadir su espacio. Giró con lentitud la perilla solo para constatar que la puerta estaba sin llave, entonces la empujó con fuerza para entrar.

—¡Manos arriba! El inspector de limpieza está aquí —dijo simulando con sus manos un arma.

No obtuvo respuesta, solo una mano que sobresalió detrás de la cortina para intentar tomar la toalla que colgaba a un par de

centímetros.

El mayor la tomó antes de que la alcanzara.

—¿Se te perdió algo? —se burló acercándose a la cortina—. Tardas demasiado en la ducha, Taylor. ¿Qué haces ahí dentro? Me preocupas.

Dakho secó el agua de su rostro. La versión joven de su padrastro era más estridente y molesta de lo que imaginó. Su risa resonaba con fuerza debido a la acústica del pequeño espacio. Sean tiró de la delgada cortina, descubriendo al chico que se escondía detrás de esta.

—¿Sorpresa? —dijo Dakho intentando cubrirse y tragó saliva, angustiado por haberle hecho una pequeña fisura al universo.

El hermano mayor se quedó quieto. Incrédulo, le lanzó de regreso la toalla y retrocedió dando marcha atrás hacia la habitación. Dakho aprovechó para colocársela; pero los alaridos consternados de Sean no se hicieron esperar.

—¡Taylor! ¡Ven aquí ahora! —vociferó. La fuerza de su voz fue tal que resonó por toda la casa.

El menor de los Kim, con jarabe hasta en las mejillas, levantó la cabeza de su plato y tragó pesadamente. Sí, estaba jodido. En cuestión de segundos, y después de tropezarse en las escaleras, llegó hasta su habitación, donde se encontró con dos hombres en toalla. El más alto intentando someter a Dakho, quien se encontraba prisionero de la fuerza de su futuro padrastro.

Taylor cerró la puerta con llave.

—¡¿Qué rayos haces en mi habitación?!

—¡¿En serio vas a joderme con eso?!

El menor suspiró y avanzó hacia ellos.

—Sean, por favor. No se lo digas a nadie, yo...

—Taylor, quiero una explicación creíble de —inhaló con fuerza—, ¿quién es él y por qué estaba desnudo en tu habitación?

—No puedo explicarlo, es... muy complejo y...

—Complejas mis pelotas. ¿Por eso estabas tan extraño ayer?

¿Porque estabas escondiendo a un chico aquí?

Su mirada era dominante, y Taylor siempre fue un mal mentiroso cuando de su hermano se trataba. Comenzó a ceder.

—Sonará descabellado, y sé que quizás pienses que lo estoy inventando, pero anoche él y yo... —Dakho negó repetidas veces, no podían decirle la verdad al mayor. Era imposible, ¿qué demonios pensaba Taylor?

—Estábamos fumando —intervino Dakho rompiendo con la primera regla: no hablar con *Shon Greis*—, yo quise probar algo más fuerte y se me pasó la mano. Taylor me dejó quedarme aquí, fue demasiado para mí.

Entonces, un disparo de luz se fundió en el pecho de Dakho. La realidad se separó en brotes eléctricos, que mostraban imágenes de su futuro. En lugar del joven Sean Grace, quien le hablaba era aquella figura adulta que le era familiar. Su piel empezó a arder.

No había marcha atrás: habían creado una tangente en la historia.

—¿Tú fumas? —dijo a su hermano menor con cierto temor en los ojos—. Eso explicaría mucho... —Desconcertado, soltó a Dakho y, al hacerlo, el Sean adulto se desvaneció.

Taylor bajó la cabeza. Sean era un entrometido que no lo dejaría en paz.

—No suelo pedirte favores, pero ¿podrías, por favor, dejarlo pasar? Papá va a matarme si se entera.

Su hermano pareció dudarlo. No estaba de acuerdo con tal comportamiento, pero tampoco podía hacer demasiado.

—Ten cuidado con eso, ¿está bien? No abuses, no dañes así tu cuerpo. —Frotó su cuello, y avanzó hacia la puerta—. Solo espero no tener que ir por ti a la comisaría.

—No te preocupes, no pasará.

—Y tú —volteó a ver a Dakho—, ponte un pantalón, ¿quieres?

Sacudió la cabeza y salió; era mucho para procesar, así que eligió no decir nada más, después de todo era su culpa por andar de

metiche. Una vez afuera respiró profundamente para evitar pensar en que Taylor cada día se volvía más extraño.

Cuando abandonó la habitación, Dakho se mareó de pronto, como si algo en su sistema se encendiera atacando su cerebro con violencia. Tambaleando, se sentó en la cama.

—Siento que voy a vomitar —dijo, y empezó a sudar. Su pecho se inflaba una y otra a vez con desesperación. La bombilla de la lámpara de mesa parpadeaba subiendo de intensidad mientras la respiración de Dakho se agitaba más y más.

—¡¿Qué hiciste?! Se supone que no debías hablar con él. Ahora te conoce, estás dentro de su memoria.

—No pude evitarlo, maldición. Cuando regrese a mi década él va a recordarme, ¿no es así? Estoy perdido.

Taylor se detuvo a pensarlo y en realidad no encontró mayor inconveniente, por lo que sus nervios mermaron.

—Cuando regreses, tu realidad será diferente ¿Recuerdas? Una en donde él no estará en tu vida, así que no habrá proble... —Taylor notó la forma en la que todo el alumbrado de la casa parecía enloquecer mientras Dakho se frotaba la cabeza con otra toalla.

—No lo entiendes, después de que lo toqué pude ver a su yo del futuro. Eso no debería pasar, ¿cierto?

—Entrar en contacto con él alteró de alguna forma la línea; supongo que es un efecto colateral de todo esto. La próxima vez que se repita, trata de estar alerta para entenderlo mejor.

—No pasó antes contigo, ¿por qué?

—No me conoces en el futuro, supongo que por eso no tengo efecto sobre ti.

Dakho se mordió los labios. Quizás no tendría ninguna repercusión porque Taylor ya no existía en su universo temporal. Pequeñas chispas brotaron cuando sus pies descalzos rozaron la alfombra. Taylor se movió hacia él, buscando entender con detalle lo que sucedía.

—¿Taylor? —dijo cuando se acercó a él. Estaba de pronto

arrodillado sobre la cama, tocando su espalda con lentitud—. ¿Qué p-pasa?

—Intento generar una reacción, cállate —demandó con voz lenta y suave.

El menor de los Kim parecía no entender de moral básica.

—Los electrones son atraídos a objetos que tienen una gran carga positiva, así es como se producen las chispas, por la fricción entre cargas. Tu cuerpo está lleno de ellas.

Taylor se colocó detrás de él y deslizó ambas manos por sus hombros. Hizo inclinar su cabeza hacia el frente para que los mechones de su cabello tocaran con delicadeza su cuello. Dakho sentía la respiración del otro sobre su piel. No entendía lo que estaba pasando.

—E-entonces, mi cuerpo atrae a otros objetos, ¿no? —hablaba tenso—. ¿Por eso estás... manoseándome? ¿Buscas estática?

—Soy la carga negativa, necesito que la fuerza me empuje.

—Eso suena tan...

El aire caliente entre ellos aumentó cuando Taylor frotó la punta de su nariz entre las hebras oscuras que decoraban la cabeza del otro, buscando que la electricidad en su interior se manifestara por la fricción de dos cargas opuestas. Dakho dejó escapar un pequeño jadeo cuando una leve descarga brotó de él y se desplazó hasta Taylor para repelerlo, haciendo que retrocediera. Parecía una sobrecarga de corriente: incluso la pequeña lámpara en la mesa de noche colapsó, y después de parpadear de manera incesante estalló dejándolos a ambos realmente consternados.

—¡Es increíble! —dijo Taylor, cuyo cabello se había erizado—. Eres energía pura, Dakho.

—Amigo, no entiendo ni una mierda de lo que dices.

—Es simple —Taylor fijó su vista por primera vez en el reloj de la pared—, significa que vamos a llegar tarde, te explico allá —declaró angustiado de repente—. Bueno, si es que no me expulsan.

—¿Qué?

—¡La escuela! Es día de tutoría y son casi las siete y treinta, tenemos que irnos pronto. Termina de vestirte, rápido. —Se apartó de Dakho, rompiendo con el calor y la tensión que se había creado entre ambos.

Taylor le dio una vieja mochila a Dakho para disimular y finalmente salieron esperando que todo saliera acorde al plan. Después de todo, si Taylor lo dejaba solo y robaba la casa, sería culpa suya.

—¿Supones que vayamos caminando con este clima?

—Deja de culpar de todo al clima. Y no, iremos en bicicleta. Te daré la antigua de mi hermano —Dakho se rascó la cabeza—. Sabes andar en bicicleta, ¿cierto?

«Nunca me enseñaron», pensó.

—En el futuro ese tipo de transportes son innecesarios.

Taylor soltó una sonora risa mientras subía a su vehículo de dos ruedas.

—Con lo alta que es la contaminación actual, dudo que en el futuro no sean necesarios. Como sea, ven, mentiroso. Solo intenta no hacerme perder el equilibrio.

No tenía idea de qué pasaba en la cabeza de este chico, ni de la confianza que le inspiraba, pues era tan espontáneo con él que lo hacía sentirse menos desquiciado. Subió a la bicicleta, sujetándose de los hombros del muchacho. Entonces, Taylor comenzó a pedalear para que ambos avanzaran entre los árboles que cubrían los senderos de esa fría comunidad.

Cada centímetro recorrido le daba a Dakho la oportunidad de llenar sus pulmones de aire pulcro, con el aroma a pasto mojado cuya existencia había ignorado durante tanto tiempo. Mientras más se acercaban, la afluencia de jóvenes incrementaba y en poco tiempo estuvieron frente a la gloriosa escuela preparatoria del condado Mariposa.

El timbre sonó mientras el cielo se oscurecía indicando que pronto llovería.

—Mierda, me asignarán a alguien. ¡Corre! —dijo Taylor, bajando del vehículo.

—¡Taylor, espera!

—¡Date prisa, esto no va a funcionar si no te presentamos antes! Tengo que entregar tus papeles.

—¡¿Qué papeles?! ¿Me hiciste certificado de adopción o qué mierda?

—¡Ya basta, solo cállate y corre, no dormí nada por tu culpa!

—¡Ayudaría mucho si te molestaras en explicarme el plan!

Los dos jóvenes corrieron hacia la entrada. Taylor subió velozmente las escaleras principales hasta llegar al pasillo.

Dakho intentó seguirle el paso, sin prestar atención a su alrededor, sin considerar las consecuencias, únicamente visualizando la delgada figura de Taylor y su mochila delante de él. O al menos fue así hasta que chocó con otra persona y cayeron al suelo juntos.

Presionó su mandíbula disimulando el dolor; su espina dorsal se estremeció al instante y el sabor metálico de su boca volvió a aparecer.

Dakho se precipitó a tomar a la otra persona de la mano. Ante su tacto, se manifestó la imagen de una mujer algo mayor. Soltó inmediatamente su mano y su figura cambió a la de una chica adolescente.

—¿Mamá?

Dakho alzó la cabeza y mirando al cielo pensó: «Querido universo, si estás usándome para burlarte de lo predecible de la ficción o de la estupidez adolescente, ya suéltame, por favor. ¡Te lo suplico!».

La mujer estaba a su lado en el piso, llevó un mechón de cabello negro detrás de su oreja izquierda mientras arrugaba la nariz.

—¿Disculpa? —dijo, mirándolo con molestia.

—Ma-madre mía, lamento esto. No te vi, estaba apurado... No fue mi intención. Espero no haberte lastimado, lo siento, yo...

—Solo fíjate en tu camino, ¿está bien? —Se había golpeado la cabeza, y su inconformidad era notoria.

—Te ves tan joven... —masculló Dakho, que estaba en *shock*, era como verse a sí mismo. Una delicada y femenina versión de él, en realidad.

—¿Gracias?

—¡Oye, SunHee! —Detrás de ellos, apareció una voz que estaba cansado de oír—. Me recuerdas, ¿cierto?

—Cómo no hacerlo, me seguiste toda la noche.

—Estuve buscándote para disculparme, pero... parece que estás algo ocupada —dijo con gracia.

Sean se acercó hacia ellos; extendió su mano hacia la chica que volteó a verlo avergonzada y con las pupilas dilatadas.

—Muy ocupada besando el suelo.

—¡Qué afortunado es! Espero correr con su suerte algún día —se burló, recogiendo los libros de la chica del piso—. Ahora que estoy aquí, y si al suelo no le importa, ¿te molestaría si te acompaño a clase, señorita distraída?

Dakho los miraba desde el suelo; estaban ligando descaradamente frente a él sin preocuparse siquiera por su presencia. Era la situación más heterosexualmente cliché que alguna vez vio.

«Claro, todos ignoren al chico en el piso», pensó, y se levantó decidido a separarlos.

—Claro que le molesta. —Dakho dio un paso al frente, empujando al castaño oscuro—. Un tipo acosador que se refiere a ella como «ardiente» con sus amigos y que además la persigue es una molestia obvia.

—¿Y a ti qué te importa? —dijo Sean, molesto por su intromisión.

—¿Qué? —SunHee volteó a mirarlo confundida.

—He visto muchas cosas de él. Pensé que estaba molestándote, por cómo trata a las demás chicas, digo, tampoco tiene derecho a

acercarse a ti cuando apenas lo conoces.

Ella agitó la cabeza sin entender las palabras de Dakho, pero encontrando algo de verdad en ellas.

—¿Sean? —inquirió en busca de una justificación.

Sean Grace se quedó mudo un par de segundos antes de reconocer a Dakho como el chico de la mañana.

—¿No deberías estar drogándote en el estacionamiento?

—Terminé hace un rato, ¿querías un poco? —se burló Dakho, arrugando su nariz como si esnifara.

Taylor regresó por el pasillo en busca de Dakho, solo para encontrarlo a punto de ser golpeado. Su hermano lo vio a la distancia y desistió ante sus latentes deseos de darle un escarmiento al chico.

—Las clases de cerebritos están por allá —señaló en dirección a Taylor—. ¿Por qué no vas y te fumas uno o dos libros con el resto de los niños pretenciosos?

Antes de que Dakho pudiese contestar, ella lo hizo.

—Sí, tienes razón, deberíamos irnos. Nuestras clases de cerebritos pretenciosos nos esperan. —Tomó del brazo a Dakho, pero esta vez no ocurrió ningún cambio. Su figura esbelta y joven permaneció idéntica ante él.

—No, no, no. No me refería a ti, yo... —quiso justificarse Sean.

—Te veré después, chico.

—Sí, chico. Te veremos después —se jactó Dakho, que no pudo evitar sonreír victorioso.

Ambos caminaron por el pasillo hasta llegar donde Taylor, que los había estado observando. Siguieron caminando los tres juntos.

—Este buscapleitos es tuyo, ¿cierto? —dijo la chica. Dakho pasó su vista de él a ella repetidas veces. ¿Eran amigos? Taylor se rascaba el cuello nerviosamente.

—Él... está recién llegado de Corea.

—Y... ¿es uno de nosotros?

—Por supuesto que sí. Lamento si te asustó, es un poco tonto,

impulsivo y estúpido. ¿Ya dije tonto?

—Sí, Tyler. Ya dejaste en claro lo imbécil que soy.

La risa de la muchacha era melodiosa, y el momento en el que apareció fue glorioso. Dakho se sintió confortado cuando escuchó ese sonido que tanto amaba. Tan sublime que lo hizo sentir como un niño. Ella le sonrió y le extendió una mano.

—Lee SunHee, encantada.

Dakho la tomó complacido, nunca había visto una sonrisa tan resplandeciente en su madre. Sentía que estaba ante una gran maravilla de la humanidad, una que conocía, pero no con tanta intensidad.

«Rápido, coartada, dile que te llamas Jackson o algo», pensó Taylor. Estuvo a punto de interrumpir cuando el chico más inteligente del condado Mariposa le ganó:

—Han Dakho, un placer.

Una parte de él no podía creerlo; otra estaba segura de que, cada vez que Dakho abría la boca, era para joderla más y más. SunHee le sonrió en paz, antes de empujar la puerta del salón y entrar, dejándolos solos en el pasillo.

—¿Dónde estabas? —preguntó Taylor susurrando—. Creí que estarías siempre junto a mí, y justo cuando volteo, nada, desapareces e inicias una pelea contra Satán.

—¿Por qué no me dijiste que conocías a mi madre? —dijo con el mismo tono ignorando sus reproches.

—No sabía que era tu madre, genio.

—¿Desde hace cuánto la conoces?

—Llegó aquí a principio de semestre. Y aparentemente yo soy la única persona, además de mi hermano, que habla coreano fluidamente en toda la escuela. Se podría decir que somos... amigos.

Bingo, era todo lo que necesitaba saber. Se sentía atrapado en una de esas películas adolescentes de ciencia ficción que todos conocen, y para joderlo más, él tenía el papel del extranjero odioso. En su año él era genial, pero aquí parecía ser ese tipo idiota

acomplejado del cual él normalmente se burlaría. Y no quería serlo, pero su boca se movía sola y no razonaba con claridad. Aparentemente, su sentido común ya se había despedido de él. No estaba pasando un buen momento.

Siempre le gustó la sátira sobre su país, pero no era divertido si él formaba parte de esta. Tenía miedo de voltear y ver una cámara, oír risas y que empezara a sonar la canción del momento y que su madre se enamorara de él. Sería muy predecible, y podrían demandarlo por eso. Agitó la cabeza, pero solo para asegurarse de no tener que dar regalías sobre su tragedia; era obvio que su madre no se enamoraría de él. No podía decirlo en voz alta, pero tenía un marbete imaginario en la frente que decía «No heterosexual», así que, definitivamente, eso no pasaría.

—¡Es magnífico! Eso me da más oportunidades de separarlos. —No pudo evitar abrazarlo. Dakho rodeó completamente a Taylor, atrayendo su cuerpo hacia él. Sus frentes chocaron en el acto.

—¡Auch! Eso dolió, idiota —le reprochó.

Detrás de ellos, otra persona carraspeó con la garganta haciendo que se separasen.

—El señor Kim y el niño nuevo, ¿piensan entrar a clase?

El maestro los miró extrañado. Administración le había trasladado hasta hace unos instantes el informe del alumno nuevo, lo cual era inusual, porque ya había comenzado el semestre. Y Taylor se autofelicitó mentalmente por lo convincente que podían llegar a ser sus falsificaciones, hasta pensó que podría dedicarse a eso. Es decir, él sabía cómo funcionaba exactamente el intercambio, lo habían hecho ordenar muchas veces esos expedientes en Detención. Así que esperaba no haberse desvelado en vano. Esa imagen del *nerd* indefenso en realidad no encajaba con él. En el fondo sabía que quizás jamás sería científico, pero vaya que tenía mucho futuro como criminal.

Las familias anfitrionas siempre iban al aeropuerto por los chicos del programa estudiantil. Así que no sería sorpresa para los maestros

que Taylor, el supuesto anfitrión, apareciera con los documentos del recién llegado. Cerró los ojos por un segundo en el que dejó su vida en manos de Newton, y esperó lo mejor.

—Sí, sí. El nuevo... —murmuró Taylor empujando al otro para que avanzara.

Ambos asintieron y entraron al salón. Todo parecía preciso, tanto que Dakho comenzó a pensar que arreglar su destino sería mucho más fácil de lo que creía. Suspiró acomodándose junto a Taylor en dos escritorios en el fondo del salón. Sí, todo había salido bien, hasta que cayó en cuenta de que estaba dentro de una clase de Álgebra avanzada, en un pueblo desconocido y con alguien medio cuestionable ayudándolo. Pero, bueno, ¿qué sería un pequeño sacrificio por una gran recompensa?

Taylor sacó su libreta de apuntes y tachando sus antiguas anotaciones comenzó a actualizarla.

Han Dakho: el tiempo y la electricidad. ¿Estática?

El sujeto presenta constantes mareos producto del cambio de espacio en su entorno.
Su campo de visión se divide entre sus recuerdos (la realidad a la que pertenece) y la línea de tiempo actual.
Su memoria es buena, al igual que su habilidad para utilizar el sarcasmo, lo cual evidencia que su capacidad cerebral se encuentra en óptimas condiciones.
Fue causante de una sobrecarga en una lámpara menor a doce voltios.

Volteó a ver a su compañero, su rostro parecía completamente perdido mientras mantenía su atención clavada en el pizarrón y en el maestro que, audaz, planteaba un nuevo problema.

Mordió su lápiz por milésima vez en el día antes de terminar.

Rasgos distintivos:

Posee múltiples lunares en el cuello, piernas y rostro. Uno específicamente notorio bajo su labio inferior, lo que le da un aspecto peculiar cuando sonríe.
Sonrisa encantadora.

Cerró su libreta de pronto y agitó la cabeza. Todo esto no podía ser más extraño; al menos no para Taylor.

03.

148 DÍAS ANTES DE...

Las manecillas del reloj suben y bajan, moviéndose en constante ritmo con el tiempo. Sin detenerse, sin vacilar sobre la vida que se escapa a cada segundo.

—Profesor, necesito que me escuche. —El joven aprendiz tragó con fuerza antes de entrar en aquella oficina, temeroso del aspecto desquiciado de su mentor, cuyo ojo izquierdo se cerraba constantemente, como si hubiese desarrollado un tic nervioso.

Cientos de papeles arrugados decoraban el piso, acompañados por colillas de cigarrillos, pese a que se supone que no deberían fumar en un espacio tan cerrado y pequeño. El ron estaba frente a él; media botella parecía no ser suficiente para aliviar sus penas, para callar las voces en su cabeza que le reprochaban. ¿Qué había salido mal? La ejecución era correcta, la cantidad de energía era perfecta, la profundidad era ideal. Entonces, ¿por qué habían sufrido una sobrecarga? ¿Cómo es que el pararrayos no funcionó? La tormenta debió haberlo ayudado a crear el vórtice, pero nada había sucedido.

—Necesito tiempo para encontrar el error. Déjame solo, Jaewon —dijo el profesor tomando un profundo trago directamente de la botella y haciendo un gesto ante el sabor del licor.

—Por favor, está muy ebrio. Necesita descansar. Además...

—Basta, vete de aquí.

—Profesor, si me dejara explicarle...

—¡Dije que necesito encontrar el error, maldición! ¡¿Dónde está?! ¡¿Dónde?! Es el trabajo de mi vida, y no tengo ni la menor

idea de dónde me equivoqué.

Golpeó el escritorio con rudeza, desquitando toda su frustración. El profesor Kim Anzu había tenido muchos fracasos en su carrera, pero ninguno comparado con este; sus años de investigación se habían ido al carajo. O eso pensó hasta que el siguiente al mando, Lee Jaewon, a quien había cuidado como su hijo, irrumpió en su oficina esa noche, por primera vez en el tiempo.

—Profesor —el subordinado tragó temeroso—, la cuestión aquí es que... no hay ningún error —dijo, antes de que él voltease a verlo sin entender lo que pasaba.

—¿Qué intentas decir?

—El radar del lago comenzó a funcionar. Significa que el vórtice está allí, profesor. Lo logró...

—Tengo que verlo por mí mismo.

Él era muchas cosas, pero ninguna tenía que ver con la paciencia. Se levantó rápidamente, en un impulso por confirmar las palabras del muchacho, sin siquiera detenerse a analizar su mirada de preocupación o, en realidad, de miedo, ni darle tiempo de explicarle los acontecimientos.

—¡Eso no es todo! ¡Espere!

Ambos corrieron apresurados por los pasillos del pequeño edificio, hasta llegar a la sala de control del laboratorio. Entraron abruptamente; el corazón de Kim Anzu casi dejó de latir cuando el sonido del radar que indicaba una concentración de electricidad en el centro del lago apareció. Era real, había logrado crear una brecha hacia otro punto del tiempo. Pero no, él estaba equivocado, y su esperado vórtice no funcionaba, o al menos no lo hacía del todo.

—¡Maldición! ¡Este es el avance más significativo de la física en la década! —Su emoción era evidente. Levantó los brazos en señal de victoria. Pero era el único que parecía estar feliz.

—¿Qué pasa con esas caras largas, muchachos? ¡Lo logramos!

Todos se miraban mutuamente, como intentando encontrar la forma de dar malas noticias. Jaewon, su pupilo, se acercó a él y

tratando de mantener la calma comenzó a explicar.

—Profesor Kim, tenemos un problema. Uno grande.

—¿Qué clase de problema? —Parecía que su corazón sonaba con fuerza, el retumbar en su cabeza creció hasta enmudecer el lugar.

—La noche de la tormenta, algo salió del vórtice.

—¡¿Qué?! ¿A qué te refieres con «algo»?

—Dije «algo» porque... —su mirada estaba llena de desesperación— no sabemos qué fue lo que atravesó la grieta.

—No hay por qué alarmarse, probablemente fue una roca del fondo del lago o basura proveniente del otro lado del agujero.

—Pues esa basura emitía ondas de calor. El sensor captó la presencia de un cuerpo en el lago y otro más en la orilla. Ambos se movían, eran...

—Seres vivos... —declaró comenzando a sudar.

—Quien estaba afuera del lago se llevó consigo lo que salió de allí. O peor... quizás fue atacado por eso.

El profesor Kim se quitó los anteojos y masajeó el puente de su nariz entre sus dedos pulgar e índice.

—Necesito que lo encuentren. Usen el sensor, nos guiará hasta donde esté.

—¿Cómo hacemos eso? —dijo otro de los ayudantes.

—Si atravesó el agujero significa que una gran cantidad de electricidad se adhirió a su cuerpo, creando una coraza para protegerlo.

—Profesor... —intentó decir Lee Jaewon.

—Si está dentro de los próximos cinco kilómetros podremos detectarlo sin problemas. Sigan su rastro y tráiganlo al laboratorio.

—No tenemos ni idea de lo que está allí adentro, profesor, o de a dónde lleva ese vórtice —dijo Lee, y levantó la vista por primera vez en horas —. Es muy peligroso acercarnos tan a la ligera.

El profesor Kim sabía que él tenía razón, pero no tenían tiempo. Estaban corriendo a ciegas.

—Lo sé, pero no podemos dejar que esté suelto por la ciudad.

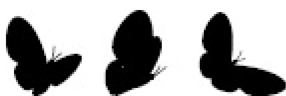
Porque lo que sea que haya salido de ahí, probablemente no sea humano.

Todos en el laboratorio estaban aterrorizados, sin saber que lo que había emergido de la brecha no era más que un adolescente con complejo de superioridad.

Kim Anzu, mejor conocido como «el sujeto a cargo de que nada se joda», se mareó ante el rumbo cambiante de los acontecimientos. Era dueño de una perspicacia fascinante que podía empujarlo a la locura si su experimento fracasaba, pero su realidad era menos densa. Él formaba parte de una nueva línea temporal. Su mirada se llenó de incertidumbre. Había fantaseado tantas veces con ser pionero en la ciencia, pero ahora no estaba seguro de lo que había hecho. Su experimento buscaba transportar materia entre distintos tiempos; sin embargo, esto iba más allá.

No, no sabía lo que había creado. Después de tanto tiempo tentando al universo, este le respondió diciéndole que se jodiera.

Así que necesitaría una o dos botellas de ron más para encontrar una solución.



—Oye, Taylor, ¿por qué tus cejas son tan extrañas?

—¿Siquiera estás prestando atención a lo que digo?

—¡Lo siento! Pero, demonios, reprobé Matemáticas dos veces seguidas, ¿y tú quieres que estudie Álgebra avanzada? Estás mal.

—Si no cooperas van a sacarte de mi salón, no podré analizarte bien y no podré hacer absolutamente nada para regresarte a tu año.

Dakho soltó aire pesadamente. El cerebrito tenía razón. Ambos estaban sentados en el llano de la escuela antes de que empezara la jornada escolar. Había llegado hacía algunos días a ese lugar y aún no tenían avances. Lo único que habían logrado era hacer estallar otras cinco lámparas con la electricidad de su cuerpo e incomodar a

Sean Grace en la cena.

Porque sí, habían montado un número de actuación en la casa de Taylor: Dakho les hablaba sobre su intercambio estudiantil y lo mucho que adoraba este país. Pura basura, pero, bien, ahora tenía un lugar cómodo donde dormir, deliciosas comidas y a su futuro padrastro con la bilis a rebosar por tener que pasarle la salsa. Era el nuevo miembro de la familia Kim.

—¿Por qué tienes que tomar clases estúpidas con los extranjeros? No entiendo nada sobre esta escuela, sabes. Deberías estar con los demás chicos de último año, ¿no?

—La escuela recibe decenas de estudiantes de intercambio cada año, todos prodigios. Ellos toman cursos especiales dependiendo del programa universitario al que aplican. Esas son las clases que están a mi nivel. Los preparan para ir a buenas universidades.

Dakho rodó los ojos, el chico también era un egocéntrico (igual que él).

Miente. La mitad de la vida escolar es llorar por exámenes y coleccionar cosas.



Taylor le explicó que el resto de los chicos tenían la experiencia normal: sexo, drogas y mucho alcohol (o al menos eso le contaba su hermano). En cambio, para él el enfoque estaba en salir sobresaliente y desarrollar su proyecto personal, es decir, Han Dakho.

Había logrado que Dakho entrara a la lista de intercambios gracias a sus dotes de falsificador y a un pequeño favor que le debía Doris, la secretaria del director. Era una mujer interesante para pasar los almuerzos, más ahora que debía recortar sus visitas a la enfermería porque la enfermera había desarrollado una especie de amor platónico hacia él. A Dakho no le sorprendía para nada que Taylor tuviera un séquito de mujeres mayores persiguiéndolo.

—Kim, Han, ¿qué hacen aquí tan temprano? —SunHee apareció sujetando el tirante de su bolso. Ella ya estaba enterada de que Dakho era huésped en la casa Kim, por eso no le sorprendía

encontrarlos juntos. Lo curioso era ver que habían llegado temprano a la escuela.

Después de que Taylor lo reprendiera por usar su nombre real, intentaba mantenerse alejado de ella; pero en el fondo era, aunque lo negara, un gran «niño de mamá». Y no podía evitar sentirse feliz cuando la veía. Además, ahora quería recomendarle que le pusiera un nombre menos raro.

—La secadora de cabello de Sean Grace no nos dejaba estudiar tranquilos —dijo Dakho, ganándose una sonrisa de ella.

—Hablas como si no te agradara. ¿Por qué eres tan malo con él? —dijo, aún riendo.

«Porque es un narcisista de mierda que se come mi cereal, te besa frente a mí y además usa el aromatizante de lavanda que detesto», pensó, y le mostró una sonrisa forzada.

—Yo no le agrado y él a mí tampoco. Es un odio mutuo.

—Lo conoces de apenas unos días, dale tiempo. Ya verás. —El primer timbre sonó, dando la indicación de que era hora de entrar a clases.

—Créeme, lo conozco bastante bien —masculló arrugando la nariz.

SunHee hablaba sin desvanecer su sonrisa, algo que la versión que Dakho conocía de ella había dejado de hacer.

—Como sea —dijo—, me tengo que ir. Los veré más tarde en clase, chicos. —Se volteó específicamente hacia Taylor, quien había permanecido callado los últimos cinco minutos y tocó suave su nariz —. Cierra la boca, Taylor. Hay moscas.

Taylor reaccionó moviéndose hacia atrás y riendo nervioso, como avergonzado.

—Sí, yo, te veo después —alcanzó a decir antes de que ella comenzara a caminar. Una vez lejos, Dakho le dio un golpe en el estómago a Taylor.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó, mirándolo con desaprobación.

Cuando Taylor finalmente recuperó el aliento, comenzó a reprocharle.

—¡¿Por qué me golpeas?!

—Estabas babeando por SunHee, imbécil. Hasta ella lo notó.

—¿Disculpa?

—¡Tenías un cartel con la descripción «Te amo» en la frente! ¿Qué te sucede?

—¿Cuál es el problema?

—¡Ella es mi madre! ¿Recuerdas?

Taylor se rascó el cuello, poniéndose de pie.

—Deja de actuar como niño celoso de preescolar, ¿quieres?

—¿Te gusta ella? —Lo imitó al levantarse—. ¿Te gusta mi hermosamente joven y perfecta madre?

—Es perturbador que digas cosas como esas...—Inhaló con fuerza—. Sí, ella es bonita. ¿Y qué? Te recuerdo que tu padrastro es Sean, no yo. Lo que significa que quien le gusta es él, así que yo no soy una amenaza para tu complejo de Edipo.

—No puede ser que te guste, me ofendes.

—Déjame en paz, no tengo oportunidad con una chica como ella.

Dakho se cruzó de brazos y ambos comenzaron a caminar.

—Está bien, pero no te quiero de padre. Así que para sentirme más tranquilo necesito que me mires —demandó, parándose frente a él—, mírame fijamente.

—¿A dónde quieres llegar con esto? —Lo hizo acercarse a él tomándolo de los hombros. Taylor tragó con fuerza cuando Dakho deslizó su lengua momentáneamente.

—¿Ves esta sonrisa? —dijo sonriendo exclusivamente para él, con su calor cercano y latente—. Es idéntica a la suya. ¿O no? Mis ojos, mis labios y cada parte de mi rostro lucen como los suyos. Yo soy ella.

—Eres un imbécil, Dakho. —Lo empujó agitando la cabeza para seguir caminando.

Las pequeñas descargas que Dakho provocaba al contacto con su piel lo hacían retroceder cuando estaban demasiado cerca, como si la energía dentro de Dakho quisiera adherirse a él erizando cada centímetro de su piel y cada poro al tocarlo, en una sensación inexplicable que recorría toda la espina dorsal de Taylor.

—Cada vez que pienses de forma inapropiada sobre ella estarás pensando en mí también. —Soltó una carcajada.

—Esa es una imagen mental que no quiero, cállate.

—Aléjate de ella, o asumiré que yo también te gusto.

—No importa lo parecidos que luzcan. SunHee es linda y tú eres una versión muy lenta e irritante de ella.

Dakho se presionó el pecho fingiendo dolor.

—Soy su versión mejorada. Alto, encantador y guapo.

—Oh, haces que me derrita, Dakho —se burló de él restándoles importancia a sus actitudes. Era como estar con su hermano todo el tiempo.

—Te lo advierto, no te acerques demasiado a ella o tendré que besarte para que borres esas ideas de tu cabeza.

Taylor apretó los ojos.

—Gracias por arruinar la linda imagen que tenía de mi única amiga.

—Fue un placer —dijo sonriéndole con descaro.

Entraron tranquilos a su salón; eran los primeros en llegar y buscaron un lugar donde sentarse. Taylor estuvo a punto de acomodarse al lado de SunHee hasta que una voz llamó detrás de ellos.

—Oye, Han. Necesito que vengas acá —demandó su maestro. Los dos chicos se miraron entre sí, confundidos, regresando sobre sus pasos—. Dije Han; Kim, ve a tu lugar.

Taylor bufó inconforme, y tomó lugar en el primer asiento.

—¿Hay algún problema? —dijo Dakho. El profesor volteó a mirarlo mientras ordenaba varios papeles sobre su escritorio, inerte.

—¿Qué tal tu primera semana aquí?

—Pues... ha sido todo muy interesante. —«La misma mierda escolar de siempre, pero sin internet», pensó.

—Seré directo. Verás, sé que vienes de una importante escuela en Seúl. Pero... no parece que nuestro programa académico sea lo tuyo.

—¿Qué intenta decir con eso? —Su mirada se llenó de confusión. ¿Podía estar más jodido de lo que ya estaba? Esto era malo.

—Tranquilo, estuvimos leyendo tu expediente y el resto de los maestros y yo concordamos en que quizás estarías mejor tomando clases regulares. Además de que nuestro programa deportivo sería ideal para ti.

Dakho asintió sin entender. ¿Qué tantas mentiras había escrito Taylor sobre él?, o, ¿qué tanto sabía? Sin duda, tenía que leer ese expediente.

—He estado un poco distraído. Sé que doy la talla para estar aquí.

—Dakho, lo siento. El cambio está hecho —dijo el maestro entregándole una hoja—. Este es tu nuevo horario. Pero tranquilo, seguirás compartiendo clases como Historia y Español con el resto de tus compañeros de intercambio durante tu estadía.

Taylor lo observaba, resignado, pero a menos que quisieran levantar sospechas no le quedaba más que hacer lo que le pedían. Dakho suspiró tomando el papel y se dio la vuelta para salir del salón, no sin antes maldecir mentalmente. Esperaba que encontraran pronto la forma de hacerlo regresar al futuro. Extrañaba ir a la escuela dos veces por semana fingiendo enfermedad. Y también a su iPad. Todo esto era realmente agotador.

Caminó buscando el salón 303 por un par de minutos, y cuando finalmente lo halló abrió la puerta con lentitud para entrar, ante las miradas curiosas de todos.

—¡Oh! Tú debes ser mi nuevo lienzo en blanco, me dijeron que vendrías. ¡Pasa adelante, pequeño! Bienvenido a clase de Economía

—el profesor Blake lo recibió con una sonrisa. Para Dakho, parecía más un vendedor ambulante que un maestro. Era la contraparte del dictador que decía ser maestro de Taylor. Bueno, al menos estaba con la gente promedio, otra vez.

Avanzó entre los escritorios, tropezó ligeramente cuando sus pies se enredaron con una mochila en el suelo. Chasqueó la lengua en señal de molestia y volteó para encarar a su dueño, quien había intentado hacerlo caer, pero su mirada chocó con la de Sean Grace, que le devolvió una sonrisa malévola.

Genial. Lo último que le faltaba era tener que compartir aire con ese tipo. Apretó la mandíbula mientras los demás reían por lo bajo. Siguió caminando hasta el fondo del salón, donde había un escritorio libre. Cada vez que cerraba los ojos podía ver luces y líneas, podía volver a sentir el dolor en su vientre como si fuese un remolino que lo succionaba. Necesitaba expresar lo que había visto, desde el vacío que lo atravesó hasta los rayos y la lluvia.

—Oye, nuevo. ¿Qué haces aquí? ¿No eras uno de los niños listos de intercambio?

Levantó la cabeza; el que le hablaba tenía una camiseta negra a rayas verdes y estaba peinado hacia atrás. No lucía como el resto de los chicos del lugar, tampoco como Dakho con su ropa robada. Parecía más liberal para la época en la que estaban.

—Literalmente me echaron por no ser lo suficientemente listo.

—Bienvenido al club. —El chico rio, extendiéndole un puño a Dakho. Este entendió a qué se refería y chocó el suyo para formar un saludo—. Llámame Haru.

—Dakho... Jackson... Sí, sí. Dakho Jackson —se presentó—. ¿También vienes de intercambio? No pareces...

—¿De acá? Me encantaría decir que sí, pero nací aquí. Mis abuelos vinieron de Asia hace años.

—¿De Corea? —Haru asintió—. ¿Y entiendes coreano?

—Ni una palabra.

Su nombre real era Augustus Moon y, de hecho, Augustus era su

segundo nombre. Su primer nombre era April y lo odiaba, así que prefería que lo llamaran Haru, el apodo que usaba desde niño. Negó con la cabeza entendiendo a dónde se dirigía con esa frase. No quería decir que eran racistas... pero lo eran. Y Moon, con los ojos grandes, aunque algo rasgados, y la piel demasiado blanca en relación con su cabello oscuro, definitivamente se veía extraño. Sus rasgos físicos siempre lo habían hecho encajar más con los estudiantes de intercambio que con los idiotas con los que había estudiado desde jardín de niños en esa comunidad.

—Detesto este lugar, y detesto a la gente engreída —dijo Dakho, suspirando con fuerza. En el futuro era más fácil todo, estar en esta época era como tener que encajar constantemente en una u otra cosa.

En el futuro no tenía que encasillarse en ser algo. Podía ser un vegetariano-ateo-*gay*-rapero-bailarín alternativo-*punk* y aun así encontraría personas como él. Personas que lo aceptaran tal y como quisiera ser. Y él, que conocía otro universo, se sentía desubicado.

Era eso, y que extrañaba jugar *Minecraft*.

—Los de clases avanzadas se sienten la gran cosa por tener buenas calificaciones, así como los deportistas por sudar como locos, son la misma basura —dijo su nuevo amigo.

—Supongo que no eres ninguna de esas dos cosas —dijo Dakho observando el cuaderno del otro. Además de unas pocas notas musicales, había un dibujo bastante bueno de un rostro.

—Soy un genio, es diferente —negó—. Si necesitas una mano para integrarte a las nuevas clases no dudes en venir conmigo, y con el resto de los artistas fracasados. ¿Está bien?

—Lo haré.

Le sonrió un segundo a Haru antes de sentarse correctamente en su escritorio y prestar finalmente atención a lo que sea que el maestro estuviese escribiendo en la pizarra.

Dakho pasó las siguientes horas de su vida aprendiendo sobre impuestos y jugando con la bombilla del salón. Cada vez que lograba

agitar su respiración la luz parpadeaba, le resultaba cómico, sabía que Taylor estaría muy feliz cuando le contara lo que había descubierto, o quizás lo golpearía por ser así de tonto y jugar con cosas que no entendía.

El timbre sonó. Los alumnos comenzaron a levantarse, incluyendo a Dakho, que había pasado en blanco las últimas dos horas. La siguiente clase era Deporte. Tenía cero interés en ir. Había escuchado que los miembros del equipo de béisbol usaban la hora para entrenar y la verdad no creyó tener nada mejor que hacer que ver a su padrastro sin su pierna coja hacer el ridículo.

Se levantó rápido y siguió a Sean Grace hacia el campo, ante la mirada extrañada de Haru. Fue tras el grupo de adolescentes anticuados que se creían geniales. Ya quería verlos calvos a todos. Bajó rápidamente las escaleras para intentar alcanzarlos. Se acercó a la malla y llegó hasta donde los muchachos comenzaban a colocarse los equipos de protección. Ni siquiera se habían molestado en pasar a los vestidores, o es que quizás no tenían unos.

—No sean holgazanes, pierden demasiado tiempo. Es hora de iniciar el calentamiento. Necesito que sean más rápidos. Diez vueltas al campo antes de comenzar. ¡Ya!

—Sí, entrenador —dijeron al unísono acatando la orden.

Dakho quedó admirado de la destreza atlética de Sean Grace. Era impresionante, una imagen que nunca creyó tener de él. Se removió ligeramente celoso, pues ahora entendía el interés de su madre en llevarlo a la jaula de bateo cuando era niño.

«Genial, madre. Me llevaste a entrenar por años exactamente el mismo deporte que tu amor frustrado ama. Eso lleva el fanatismo a un nuevo nivel», pensó.

Aquel hombre pasado de peso con un silbato en el cuello notó la presencia de Dakho, que parecía querer inmiscuirse en el campo.

—¿Se te perdió algo, niño? —dijo con irreverencia y alzando una ceja porque evidentemente el mirón no pertenecía a ese lugar, aunque no tenía idea de cuánto.

Estaba atrapado en ese año por algún tiempo. No sabía lo que estaba haciendo, pero si Dakho no podía cuidar a su madre, al menos haría que Sean Grace se alejara de ella por su propia voluntad.

—¿Puedo jugar? —dijo directo. Después de todo, no era como si su futura vida fuese a arruinarse por un par de carreras. ¿O sí?

El hombre soltó una carcajada que llamó la atención del resto del equipo, quienes, curiosos, se acercaron a la escena siguiendo a su líder de hombros anchos.

—¿Tú? —negó con la cabeza—. Por favor, muchacho, ni siquiera sé quién eres. Además, la selección de jugadores fue hace más de un mes.

—Soy un excelente bateador, uno tan bueno que usted se lamentará si no me tiene en su equipo.

Alzó una ceja y dio un paso al frente.

—La confianza no es buena si te vuelve arrogante.

—Déjeme demostrarlo, le prometo que no se arrepentirá.

El entrenador sonrió burlonamente. ¿Qué sucedía con ese niño? Solo estaba buscando avergonzarse a sí mismo. Lo meditó un par de segundos, uno de sus chicos estaba en el hospital, si en realidad él era tan bueno como decía, no les vendría mal un nuevo jugador. Y si era terrible, al menos podrían burlarse al verlo fallar.

—Calienta un poco, luego ve por un casco y un bate. Intenta no lastimarte demasiado las manos, niño —cedió finalmente, indicándole la dirección del equipo de seguridad.

—Lo haré —dijo victorioso.

El resto de los muchachos se miraban entre sí y se preguntaban qué demonios pensaba el entrenador. Sean se removió molesto, a él le había tomado meses de trabajo duro conseguir un lugar en ese equipo. ¿Y a este tipo le daban una oportunidad así de fácil? Debía de ser una broma.

—Kim —llamó el entrenador—. Serás el *pitcher*. —Una sonrisa malévola fluyó entre ambos, quizás esto podía ser entretenido—. El

resto de ustedes, vayan a sus puestos.

Quizás ya había sucedido una vez. Dakho no descartaba la posibilidad de que la historia se estuviera repitiendo, rompiendo, y que cada una de sus acciones dañara algo; no era tan estúpido como para ignorarlo, pero, al final, él no era más que un incrédulo de que todo lo que podría salir mal realmente lo haría.

Dakho era temperamental, como cualquier chico de su edad, y, sobre todo, no le molestaba joderse a sí mismo con tal de hacerle sentir aunque sea una pizca de su propia impotencia a Sean Grace. Los adultos siempre lo trataron como alguien incapaz de pensar por sí mismo; al menos aquí, eso de sentir que eran iguales le divertía mucho.

Jugaron un par de carreras sin él. Dakho se acercó a la línea inicial después unos minutos. Se acomodó el casco y, pese a que la falta de guantes hacía que se le deslizara el bate, lo sujetó con fuerza. Todos lo observaban con curiosidad. Dakho respiró profundamente cuando se situó entre el receptor, un chico rubio, y el lanzador, que lo miraba como carnada: su flamante padrastro adolescente.

Era momento del primer tiro. Sean Grace proyectó la trayectoria de su lanzamiento, sintiéndose superior de alguna forma, pues su récord de enviar jugadores a la banca estaba intacto desde hacía casi dos años ya. Así que Dakho no duraría mucho en su campo. No tenían corredores, eran solo ellos dos. Levantó una pierna y con un movimiento de su brazo envió el primer lanzamiento. Dakho intentó llegar a la pelota, sin éxito, estaba demasiado oxidado y su falso padre era muy rápido.

—*Strike* uno —gritó el receptor enviando la pelota de regreso. Sean Grace sonrió viendo fijamente a Dakho. Esto era bastante satisfactorio.

Repitió la bola rápida, su mejor tiro, y una vez más la pelota terminó en la zona diamante, en manos del receptor que intentaba contener la risa al escuchar refunfuñar a Dakho.

—*Strike* dos. Uno más y el bateador está fuera.

Era muy difícil cachar un lanzamiento de Sean Grace: todos en el equipo lo sabían. Esa era la razón que les hacía venerarlo. Así que no les quedaba más que callar y disfrutar del espectáculo. Dakho cerró los ojos por un momento. Si creían que Kim iba a ganarle estaban muy equivocados. Sujetó con fuerza la madera en sus manos y se mentalizó. La trayectoria de la pelota sería la misma. Sean Grace lanzaba con un patrón rápido pero predecible, solo tenía que batear justo cuando el otro moviera sus brazos de regreso.

Y eso hizo.

El sonido del golpe que provocó la pelota colisionando contra la madera fue casi tan fuerte como el de los alaridos de asombro que soltaron el resto del equipo y el entrenador.

—¡Corre, niño, corre! —gritaron varios de los atletas. Dakho soltó el bate sorprendido de la fuerza de su impulso, comenzando a correr alrededor del campo.

—¡Atrapa la pelota, Kim! ¡Sácala de allí! —dijo el entrenador quitándose la gorra al ver la esfera volando muy alto en el cielo. Sean se movió a zancadas mientras el sol le daba en el rostro.

Dakho corrió con todas sus fuerzas, como si quisiera mover el suelo con los pies, pasando de primera a segunda base en poco tiempo mientras la pelota seguía en el aire.

—Lo va a lograr... —masculló uno de los muchachos mientras el bullicio exterior se hacía más fuerte.

El timbre que marcaba el almuerzo había sonado; jóvenes que preferían pasearse por los alrededores de la escuela antes que comer comenzaron a salir de las salidas laterales solo para ver un espectáculo digno de recordarse.

Taylor tenía su libreta en la mano. Entre ser el único sin mayor ocupación y entregar un justificante médico falso al profesor de gimnasia para evitar la clase, había tenido suficiente tiempo para poder desarrollar su primera hipótesis experimental minuciosamente. Ahora necesitaba látex, una bombilla, un imán y

un Dakho. Tenía todos los materiales, pero ¿dónde demonios estaba el chico? Creyó que lo encontraría en el gimnasio y podría burlarse un poco de él mientras medía su respiración, pero no. Le había perdido la pista entre períodos y ahora vagaba por toda la escuela buscándolo. «Estúpido Han Dakho», pensó. Después de todo, él era su conejito de laboratorio, debía quedarse a su lado. ¿Quién se creía para dejarlo solo?

La algarabía lo llevó a fijar su vista a través de la malla que rodeaba el rudimentario campo.

—Ay no... —dijo antes de parpadear como un lunático y brincar mientras buscaba llegar hasta la multitud tropezando en el intento.

—¿Quién es él? —escuchó preguntar a un grupo de chicas que reían con complicidad mientras veían curiosas a Dakho.

—No lo sé, pero se nota que tiene piernas fuertes —respondió una de ellas con tono sugerente.

Era una carrera completa, Dakho avanzaba con gran agilidad cautivando a su repentina audiencia. Estaba muy cerca de la última base, Sean Grace alcanzó la pelota en el aire y se dispuso a devolvérsela. La lanzó a Dakho en un breve instante en el que creyó haberlo sacado del juego, pero este ya se había deslizado los últimos metros, barriéndose en el suelo con sus brazos y piernas hasta llegar al diamante. Su pie alcanzó a tocar el plato antes de que la pelota fuese atrapada. Dakho tenía los ojos cerrados, así que se perdió el glorioso momento en el que Sean Grace frunció el ceño molesto.

—¿Lo logró? —gruñó quitándose la gorra y acercándose a la pérgola.

—¿Lo logré? —se dijo Dakho a sí mismo, aún en el suelo y lleno de tierra. El lugar era bastante simple comparado con los campos sintéticos que él conocía.

—Nos jodió —declaró Taylor contra la malla, perdido en aquella sucia espalda y su oculta habilidad.

«Maldita sea», pensó Taylor al darse cuenta de la gran cantidad de personas que miraba a su sujeto de pruebas. No dudó en sacar un

lápiz de su bolsillo y abrir su libreta para anotar cada detalle de su desempeño. Dakho se levantó sonriendo victorioso y volteó para sonreírle a las chicas que gritaban por saber quién era, pero se encontró con unos ojos que lo miraban molestos, y cuyo dueño tenía los brazos cruzados mientras negaba.

—Parece que tienes buena suerte. —El entrenador le extendió su mano como símbolo de respeto.

Dakho quiso quedarse a restregarle su triunfo a todos, pero no tenía mucho tiempo. No cuando sabía que Taylor iba a sermonearlo.

—No es buena suerte, entrenador. Es talento —dijo mientras reía.

Sin darle tiempo de responder corrió hacia afuera del triste campo mal conservado. Varias chicas se escandalizaron a medias al verlo correr hacia ellas, pero cuando Dakho se precipitó hacia Taylor para taparle la boca con la mano, no fueron las únicas en quedar confundidas.

Sean Grace entrecerró los ojos mientras observaba a su hermano y al idiota ese alejarse de allí. Su ego ardía demasiado, tanto que lanzó su gorra al suelo y colocó ambas manos en su cintura. ¿Qué rayos era Han Dakho?

Una vez lejos de todo el alboroto, Dakho soltó a Taylor, este se arregló los anteojos y le dio un golpe con la libreta.

—¡¿Qué parte de «no llames la atención» no entendiste?! —reprochó.

—¡Lo siento! ¡No pude evitarlo! Intenté contenerme, pero no pude, Taylor.

—¿No pudiste evitar no ser el centro de atención? Sé coherente, imbécil. Además, ¿desde cuándo eres tan bueno para el béisbol?

—No lo sé, entreno desde niño. Soy muy bueno con cualquier cosa que no involucre números cada dos segundos. Deportes, canto, tejer, lo que sea.

—¿Estás seguro de que no eres hijo de mi hermano? Es decir, puedes hacer todo lo que Sean Grace hace, y tu actitud es similar a

la suya.

—¡Retráctate! —dijo, agitando la cabeza. Su madre no podría haberse acostado con Sean Grace, ¿cierto?, ¡¿cierto?!—. Si conocieras a mi padre descartarías esa idea; además, yo debería tener unos treinta años entonces, ¿no te parece?

Taylor asintió, no tenía sentido. Pero hubiese sido muy entretenido de ver.

—Como sea, exponerte así ante los demás no es bueno. No hagas nada que cree más destinos, o podrías lastimar a alguien.

Dakho se sentó en la banca de una mesa metálica adherida al suelo.

—¿Cuál es el problema? Estoy atrapado aquí de todas formas.

Taylor suspiró pasando una mano por su cabello. El sol lo golpeaba por la espalda, y su silueta era visible a través de la sombra de la tela. Dakho se fijó en ello, más allá de sus regaños y reproches. Algo le hacía fijarse demasiado en él. Quizás era obra de la corriente eléctrica que le transmitió, como si lo hubiese unido a él, o quizás era que la simple y peculiar esencia que provenía de Taylor era magnetismo puro. Carisma, le dicen. Taylor se acercó a él tomándolo del brazo, y aunque le dolió por el reciente raspón en este, no hizo más que fijarse en el brillo de los cristales que protegían sus ojos.

—La historia es una línea recta. Cuando tú regresaste creaste una segunda línea para cambiar la trayectoria, y si sigues exhibiéndote por todas partes crearás más y más realidades alternas en la memoria de todos ellos.

—¿Alguna vez te han dicho lo bien que te ves siendo así de paranoico? —dijo sin dejar de mirarlo.

—No estoy siendo paranoico —suspiró sentándose frente a él. Cuando sus manos entraron en contacto con el metal, cerró el circuito entre ambos.

—Solo muy adorable entonces.

—¿Qué pasa contigo, amigo? No puedes decirles cosas como esas

a tus mayores. Respétame, ¿quieres?

—¿De cuándo acá eres mayor que yo, Taylor?

—Soy treinta años más viejo que tú, así que cállate. Siempre he sido mayor que tú.

—Tendré dieciocho en septiembre y al menos en esta realidad seré el mayor. Así que llora todo lo que quieras, pequeño —se burló. Le encantaba molestarlo y ver la indignación en su rostro.

Taylor era un poco más alto que él, y por la seriedad de su rostro parecía que un día iba a darle un puñetazo. Tenía una imagen completamente recatada, masculina, que Dakho podría llamar anticuada, pero sería más apropiado decir «elegante». Además, su cuerpo lucía un prometedor desarrollo sin siquiera ejercitarse. Así que sí, le hacía mucha gracia sentirse mayor que alguien que aparentemente podría ser mucho más grande que él. Dakho sonrió, pero luego sintió un dolor en el pecho al recordar que Taylor en realidad no llegaría más allá de su cumpleaños. Había perdido una semana de la vida de Taylor y aún no sabía qué era lo que desencadenaría su partida. Necesitaba saber la razón, pero no tenía ni idea de cómo lograrlo; su sonrisa se volvió lastimera. La idea de pensar que alguien con tanto futuro como Taylor desapareciera era devastadora.

—También notas que esta conversación no tiene sentido, ¿cierto?

—No puedo pensar mucho cuando me miras así.

—Tú nunca piensas, Dakho.

Con sus cuerpos y la electricidad pura fluyendo entre ambos, una luz parecía parpadear a su alrededor. Una fuerza que apareció desde el interior de Dakho, y que en ese momento alimentó su energía creando un vínculo, sin saber que aquello no provenía de la electricidad emanando de su cuerpo, sino de la empatía y la amistad que sin querer había aparecido.

—Últimamente me haces pensar demasiado, más de lo que me gustaría.

Dakho se quedó estático cuando los vellos de su cuerpo se

erizaron con levedad. Taylor lo observó captando cada detalle de él.

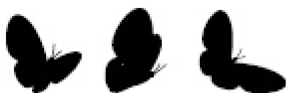
—Deja de esforzarte tanto. Vas a dañar tu cerebro defectuoso. —Rio sin malicia.

Taylor quitó las manos de la mesa rompiendo con el vínculo. Abrió su libreta para notar algo, agitó la cabeza y luego lo tachó. Dakho intentó leer lo que había escrito debajo, eso que quería borrar. Taylor apartó la libreta de su campo de visión. Ante su protesta, le entregó una bolsa de papel con un emparedado de jalea.

—Me tratas como tu mascota —masculló con la boca llena, enarcando una ceja, ofendido.

—No, eres mi monstruo de laboratorio —dijo y rieron por lo ameno de su compañía y su terrible broma.

Ambos eran extraños para sus épocas. Y por un segundo, sentir que no era necesario entrar en el estándar «normal», fue sublimemente dulce. Daba la impresión de que, de no haberse cruzado, nunca se habrían encontrado en algún otro lugar.



Han Dakho:

Evaluación física:

Su habilidad psicomotora no parece haberse visto afectada por el cambio de espacio.

Espalda, cadera y piernas fuertes, en buen estado, ágiles.

La coordinación y control sobre sus extremidades está arriba del promedio.

Masa muscular en evidente desarrollo.

Piel del antebrazo expuesta con una herida de poco riesgo.

Monitorear proceso de cicatrización.

Su expresión cambia cuando habla sobre mí.

Sigo esperando a que me diga la verdad. No me sorprendería oírlo decir que mintió sobre el futuro y que solamente huyó de casa.

La parte inferior de la hoja estaba sucia. Debajo del tachón aún era visible la prolija escritura.

A veces pienso que está coqueteando conmigo.

04.

JULIO, 2019.

Dakho jugaba constantemente con el cable de sus audífonos. En ese momento eran su posesión más preciada, aquello que lo mantenía ajeno a la conversación empalagosa de su madre y el idiota en su auto. Nunca fue particularmente conversador. Se sentía hostigado por ser el foco de atención, como si ambos intentaran acercarse a él por la fuerza, así que prefería mantenerse distante. Y no, tampoco tenía intenciones de hablar con ninguno de los dos.

O al menos así fue hasta que tiró con demasiada fuerza del delgado cable cuando el auto pasó por un bache, destruyendo así el último tesoro que poseía. Se quitó molesto ambos auriculares y se cruzó de brazos mientras miraba por la ventana. El camión de la mudanza les seguía el paso y él simplemente esperaba que los próximos meses hasta su cumpleaños pasaran veloces.

—Lo único que recuerdo es que tenías una camisa roja y que te golpeaste la cabeza.

—¿Cómo es que recuerdas el color de mi camisa y no mi declaración? Eres demasiado cruel. —Sean sonrió para ella.

—Lo recuerdo porque derramaste media lata de refresco sobre ti. Y porque después de darme tu chaqueta, esa fue la única imagen que tuve.

Dakho se mordió la lengua. Estaba comenzando a hartarse de tanta demostración de afecto, quizás porque estaba celoso, o solo porque era demasiado antipático.

—Sabes, te eché mucho de menos, SunHee —dijo con sinceridad sin apartar la mirada del camino; su voz se tornó seria—.

Durante mucho tiempo regresé a ese mirador pensando en que las cosas hubiesen sido distintas si yo hubiese llegado a tiempo.

—Sean Grace —ella llevó una mano a su hombro—, se supone que este debe ser un momento feliz en que yo me burlo de ti por besarme y llenarte la ropa de refresco barato. El pasado está atrás, déjalo ir.

—Lo arruiné, ¿cierto? Entonces y ahora también —dijo, ladeando la cabeza.

—Sí, pero de una forma muy encantadora.

—Eso me hace sentir un poco mejor.

—Fue un gran momento para mí. El cielo de esa noche era verdaderamente hermoso.

—No lo recuerdo, no estaba prestando atención al cielo.

—Ah, ¿no?

—No. Estaba viéndote a ti.

Su madre reía. Era el único sonido que le interesaba, el único en que intentaba concentrar su mente al mirar por la ventana. Sus palabras eran dulces; se veían completamente perdidos en el otro. Y Dakho solo podía presionar su estómago con ambos brazos, como intentando envolverse a sí mismo, sin entender qué era lo que le hacía sentirse así de desplazado.

Sean Grace notó su expresión, fijándose a través del retrovisor en el chico sin audífonos que había estado escuchando su conversación y cuya cara larga era probablemente su culpa. Aclaró su garganta, y dándole una mirada rápida a su esposa cambió de tema para intentar incluir al chico en la conversación.

—Escuché que los festivales de música en la ciudad son espectaculares. No creerás la cantidad de artistas que se han presentado aquí. Es algo de otro mundo.

—Oh, eso suena interesante. ¿No es así, Dakho? —dijo ella.

—Supongo que sí. —Su rostro se mantuvo estático, ni siquiera se inmutó para responder. No podían importarle menos sus intentos por llegar a él.

Sean Grace se rascó el cuello, frustrado. Tener un hijo adolescente era más complicado de lo que creyó.

El viaje continuó estancado en un silencio incómodo hasta que llegaron a su destino, una casa moderna en un suburbio al sur de California. El personal de mudanza comenzó con su tarea de sacar el mobiliario del camión y acomodarlo perfectamente en la casa.

Dakho suspiró al entrar. Las paredes tenían ese peculiar aroma a nuevo y reluciente. Era un lindo lugar, pero se sentía como un extraño. Eligió la primera habitación; al fin solo, se acostó en el piso de la alcoba desnuda y respiró con fuerza. No le importaba el alboroto en el exterior, solo quería estar tranquilo. Pero aparentemente eso era imposible.

Tiempo después Sean Grace entró y se acuclilló frente a él tocando su frente.

—¡¿Qué demonios?! —vociferó cansado, abriendo los ojos para confrontarlo.

—Para ti —dijo extendiendo una caja sellada, con una cara de plástico transparente que dejaba a la vista un par de audífonos nuevos.

—¿Cómo sabías que...?

—Me importas más de lo que piensas, Dakho —dijo sonriente—, yo no soy el villano de tu historia.

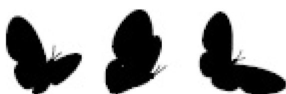
—Gracias... —dijo al aceptarlos. Sean Grace sonrió gustoso.

—Baja a cenar, compré comida china para pasar el rato mientras termina todo el ajetreo de la mudanza.

—Yo no...

—Ordené arroz y zanahoria para ti. No hay nada de lo que debas preocuparte. Ven, tu madre nos está esperando.

Dakho asintió con una sonrisa, pues por un segundo, su enemigo no parecía ser tan malo.



137 DÍAS ANTES DE...

—Entonces, Dakho, ¿cómo están tus padres? —preguntó el hombre con poco cabello mirándolo directamente.

—Papá probablemente esté con dos veinteañeras en un club y mamá viendo la misma película del perro que llora.

Los mayores se miraron preocupados entre sí.

—Dakho es muy dramático... —dijo Taylor intentando disimular sus palabras y lanzándole una mirada desaprobatoria. Sus padres eran personas mayores y bastante sensibles cuando de familia se trataba.

—Han tenido mejores ratos, pero todo de maravilla —mintió mientras disfrutaba de cada segundo en que el puré de patatas de la señora Kim de deslizaba lentamente en su boca.

Era viernes, y la familia de Taylor se había reunido para cenar. El padre de los muchachos estaba sentado a la cabeza de la mesa con su esposa a su lado izquierdo, Sean Grace al otro lado, junto a Taylor. Y Dakho, bueno, al frente de los hermanos y siendo el blanco de los toqueteos de mejillas de la señora Kim.

—No imagino lo mucho que tu madre debe estar extrañándote —dijo la mujer.

—No lo sé, no es como si yo le importara mucho en realidad. Entre papá con sus apuestas y mamá con su novio creo que tengo más atención de mi perro que de ellos.

Taylor se atragantó. ¿Que acaso el chico no tenía filtro? Joder, la prudencia era un valor que evidentemente necesitaba conocer.

—Él está jugando —dijo riéndose nerviosamente—. Le gusta bromear con eso, es un gran actor...

—¿Ahora también actúas? ¿Qué otra cosa tienes escondida debajo de esa fachada, eh, Dakho?

Sean Grace lo veía intrigado, había algo en él que le hacía dudar. Su repentina aparición y sus dotes eran demasiado convenientes para ser normales.

—Veinte centímetros, a diferencia de ti.

—¡Dakho! —dijo Taylor, dándole una patada debajo de la mesa. Y aunque el dolor punzante en su pierna llegó hasta su espalda, fingió sonreír.

Sean estuvo a punto de contraatacar cuando fue interrumpido por su madre.

—Muchachos, tranquilos. Dejen sus juegos para otro momento y disfruten la cena.

—¡No, mujer! Yo quiero verlos pelear —dijo su padre.

—Tú eres un viejo problemático, quieres ver pelear a todo el mundo.

—Escuché que rompiste el récord de Sean Grace hace unos días. Te admiro, Dakho. Tienes mi respeto.

—¡Papá! —reprochó este.

—Debiste ver su cara —intervino Taylor—, fue lo mejor que vi en años. Me llenó de vida, gracias por eso.

—¿Fue mejor que cuando se arruinó su secador para el cabello?
—Sí, su madre se había unido al acoso familiar conjunto.

—Mil veces mejor —dijo el menor, y los cuatro comenzaron a reír a su alrededor.

—No me parece gracioso. —Sean Grace clavó su tenedor en un trozo de zanahoria que fue víctima de su enojo.

—Obviamente no puedes verlo, hijo. El chiste está en tu rostro.

—Oh, vamos, papá. ¿Por qué recibo todas las burlas? ¿Qué hay de Taylor?

—Primero, porque Taylor ya está acostumbrado a que nos riamos de él, y segundo, porque es mucho más gracioso verte enojar a ti.

—Además, los viernes son noches de molestar a Sean Grace —apoyó su esposa tomando su mano sobre la mesa—. Lo siento, hijo.

Dakho intentaba no reírse de los señores Kim, pero la pareja era una broma andante. Con un vínculo entre ambos alimentado por la comunión, según él, y la bondad, pues lo habían recibido muy bien.

Parecía que ambos se complementaban de tal forma que casi podía palparse su complicidad en el aire. Algo sobre ellos encandilaba a Dakho, pues se trataba de eso que nunca vio en sus padres.

Bajó la cabeza, aún entre todas las risas que había provocado, tomando distancia de ellas.

Taylor notó cómo Dakho se quedaba absorto en su plato de pronto. No era la primera vez que pasaba, en un principio creyó que podía tratarse de un efecto colateral del cambio de espacio, pero ahora creía que se trataba de algo más, algo sentimental. Volvió levantar su pierna y, lentamente, le dio un pequeño toque para llamar su atención.

Dakho enfocó su vista en él, chocando con una sonrisa de aliento que ni siquiera él sabía que necesitaba, jugando un poco con sus pies, hasta que consiguió copiar su leve sonreír para salir del nefasto lugar a donde su mente le llevó por unos instantes.

Estaban equivocados; el rostro de Taylor era mucho más dulce de lo que todos creían. O al menos esa era la humilde opinión que tenía al verlo sonreír.

Ambos reaccionaron a su alrededor cuando el sonido de un tenedor y un plato resonó al juntarse. Sean ya no estaba en la mesa. Los señores Kim reían amenos mientras comenzaban a levantar los platos.

Al papá de Taylor parecía agradarle Dakho. Ambos hablaban poco inglés y compartían el mismo sentido del humor. Taylor sonrió, consciente de lo especial que era ver a su padre hacer bromas malas con Dakho y de hablar con su madre sobre los beneficios de una dieta sin carne mientras ayudaba a fregar los platos. Y Dakho simplemente disfrutaba mucho de estar allí, olvidando ligeramente que en realidad no pertenecía a ese lugar.

La cena terminó. Esa casa tenía una habitación de huéspedes, pero en realidad, la manera como la lámpara parpadeaba acorde con los ronquidos de Dakho era preocupante. Así que, después de asaltar el clóset de Sean Grace, bajar un antiguo colchón de su vieja

litera del ático y disimular al electroimbécil, decidieron (Taylor ordenó) ser compañeros de habitación.

Ambos se despidieron de los mayores y subieron al segundo piso. Taylor intentaba no perder la paciencia ante la necesidad de tener que compartir su espacio, así que dejó que Dakho tomara una camiseta del buró cuando entraron a su habitación, para luego despojarse de su ropa diaria, anhelando descansar de un pesado día de investigación y experimentación sin avances. Estaban estancados.

Dakho miraba con curiosidad a Taylor mientras se colocaba su pijama de franela y las hebras de su cabello se alborotaban al sacarse la camisa.

Unos pasos invadieron las escaleras cuando Sean Grace apareció abriendo la puerta de la habitación de repente, redireccionado su atención.

—Saldré. Necesito que me ayudes a abrir el garaje cuando regrese, Taylor. —Su joven padrastro apareció vestido con una camisa roja y su chaqueta de mezclilla favorita, mientras giraba las llaves del auto en la mano.

—Papá te ha dicho cientos de veces que no deberías usar el auto. Es peligroso que lo uses cuando no funciona del todo bien.

—No es nada que un poco de cinta y dedicación no puedan arreglar.

—¿Y a dónde se supone que vas a esta hora?

Dakho se esforzó por escuchar la conversación sin parecer más metiche de lo que ya era.

—A una fiesta. Si todo sale bien, directo al mirador con el auto y la chica.

—Eres asqueroso.

—Vamos, no seas anticuado. Como sea, me están esperando, así que... te veo luego —dijo, saliendo de la habitación y dejándolos nuevamente solos.

Dakho rodó los ojos, indignado de que el Sean que no lo dejó ir a la playa con sus amigos fuese el mismo que salía de su casa casi a

medianoche. Bien, en realidad ni siquiera tenía amigos, y eso de la playa era un cuento para librarse de él.

Entonces, algo se encendió y llegó a él como un recuerdo: la romántica historia del mirador en el auto el día de la mudanza. Todo el universo pareció gritarle «no», pero Dakho, en su infinita gracia dijo: «¡Oh, sí! Claro que sí». Las respuestas estaban allí en su memoria. Cada experiencia entre ellos estaba en su cabeza, solo tenía que manipular cada una, y esta era una de las más importantes: «La noche que nos besamos en el mirador». ¡Tenía que intentarlo! Si ellos no estaban juntos, él podría regresar... O algo así. Sí, digamos que algo así.

Se levantó apresurado del colchón y buscó sus zapatos por el piso. Sí, esos que había traído con él desde el futuro.

—¿Dakho? ¿Qué te pasa? —Taylor lo vio consternado ante su repentina descarga de emoción.

—Vuelve a vestirte. Pasará algo importante; estoy completamente seguro de que Sean Grace besará a mi madre hoy. Así que vamos, levántate.

—¿Perdón?

—Digo que será mejor que te arregles, porque iremos de fiesta.

—¡Es una fiesta del equipo! Yo no tengo nada que hacer allí, Dakho. Además de que probablemente Sean Grace me matará si nos ve.

—Yo soy parte del equipo. ¿Recuerdas? No pasará nada.

—Oh, sí. Marty McFly de pacotilla, estás jugando béisbol con la línea temporal. Espera, ¡¿qué haces con mi ropa?! —dijo al ver a Dakho rasgando las mangas de la pobre prenda.

—Sácate eso ya.

—¡¿Qué?!

—Sí, vamos a salir. Cámbiate de ropa.

—No, no, no. Esto es una pésima idea. Además —Taylor volteó la vista—, tengo prohibido acercarme al equipo.

—¿A qué le tienes miedo, Taylor? ¿A un montón de cabezas

huecas con chaqueta deportiva?

—No les temo; pero ellos... digamos que hablan con los puños. No tienes ni idea.

—Quizás no. Pero escucha, no puedes dejar que personas como ellos te traten como basura solo porque se les antoja. Los tipos así solos son rudos de palabras, y solo lo son hasta que eres lo suficientemente valiente como para detener sus abusos.

—Crees que yo podría...

—Sé que puedes, Taylor. Así que vas a vestirte y vamos a ir a la maldita fiesta porque ni ellos ni nadie van a decirnos qué hacer.

—Tú estás diciéndome qué hacer, es otro tipo de manipulación... —Dakho lo miró con molestia—. Ay, ya, está bien. Solo espero que esto no se salga de control.

—No lo hará, confía en mí. —Le lanzó la camisa mutilada—. Ahora déjame arreglarte un poco y serás un joven Johnny Depp esta noche.

—Técnicamente es joven ahora.

—Bien, serás un Johnny Depp actual, entonces.

—Estás loco. —Dakho llevó ambas manos al rostro del chico para despojarlo de sus anteojos retirando el primer botón de su pijama.

—Aún no has visto nada.

La curiosidad que obtuvo al verlo desvestirse lo hizo desvariar.

Ambos salieron de esa casa con una misión y la motivación que no tardó en opacar las luces por donde caminaban. Taylor los guio hasta su destino. La cantidad de personas dentro de la propiedad era impresionante. Lucía más como una bodega que como una casa por lo accesible y simple que era.

—Esto es abrumador... —dijo cuando se acercaron.

—Vaya, parece que no hay época para beber sin identificación ni para hacer el ridículo.

—Dakho —tiró de su brazo para evitar que se alejara—, aún no estoy muy seguro de esto.

—¡Oh, por favor! ¡Te ves demasiado bien! Solo disfruta el ambiente mientras yo me encargo de mi destino.

—¿Piensas que luzco bien?

—Créeme, Taylor, desde que te conozco luces bien. Serías muy popular en internet, además, eres mucho más atractivo que cualquiera de los chicos aquí, claro que esa es mi opinión. Eres guapo, acéptalo de una vez, ¿quieres?

—Gracias... supongo.

No estaba muy convencido. ¿Sería acaso que su cerebro se había dañado en el viaje?

—Vamos, entremos.

Se adentraron en la multitud. La música resonaba estridente, como si la ecualización fuese deficiente. Y las luces de colores que decoraban el espacio parpadeaban a destiempo con el bajo. Taylor arrugó el rostro: odiaba la música *pop*.

—Tenemos que encontrarlos. Tú derecha, yo izquierda. ¿Está bien? Haz lo que haga falta para evitar que se besen —ordenó Dakho a su renuente compañero.

Taylor quiso reclamar, pero lo perdió pronto entre las personas, dejándolo allí totalmente a la deriva

—Genial, ahora mi experimento me dice qué hacer.

La música variaba con agilidad. Taylor intentó avanzar en busca del viajero en el tiempo y su madre, pero SunHee no estaba por ningún lado y Dakho parecía haber sido succionado por la multitud. Decidió quedarse cerca de la barra casera; ni siquiera era consciente de lo mucho que estaba siendo observado por las chicas a su alrededor. O bueno, en realidad no veía mucho sin sus anteojos.

—A veces olvido lo mucho que te pareces a Sean Grace. —La rubia a su lado se mordió el labio cuando se acercó a Taylor—. Me atrevería a decir que incluso eres su versión mejorada.

—Melissa... ¿No deberías estarle rogando a mi hermano que regrese contigo? Digo, después de todo lo engañaste unas tres veces, y eso sin contar lo que no le dije.

—El hecho de que seas un soplón ya no me importa. Él está muy interesado en la chica nueva. Además... parece que tú también tienes buenos genes.

—Tengo que aprender a ignorarte —Ella pasó su mano por el cuello del chico, tocando su oreja.

—Te pierdes de mucho... —La rubia se alejó de él veloz. Taylor no entendió su comportamiento hasta que una mano presionó su hombro causándole dolor.

—Vaya, vaya, vaya, ¿Qué tenemos aquí? Finn Taylor sonriéndole a mi chica. —Taylor se levantó—. Creí haberte dicho que no te acercaras a nosotros.

—Daniel... Busco a mi hermano, hablaré con él y me iré.

El otro soltó una carcajada.

—¿Sean Grace? Él no está aquí, se fue hace como media hora con una belleza.

—Bueno, gracias por el dato, entonces me iré. Ten buena noche —hablaba rápido. Intentó marcharse, pero le fue imposible.

—Tu hermano no está aquí... ¿Sabes lo que significa?

—¿Qué tengo que irme muy, muy rápido para alcanzarlo? Sí, yo también lo pienso.

—Eso significa... —sonrió el otro con perversidad— que no puede defenderte.

Taylor tragó con fuerza. No había recibido su paliza regular en... ¿dos semanas? Esto sería malo. A la distancia, Dakho observaba la escena. Maldición, Sean Grace no estaba por ningún lado y Taylor iba ser asesinado; esto era decepcionante. No sabía nada de peleas, y era obvio que Taylor tampoco. Así que hizo lo primero que se le ocurrió, llenándose de valor para ser «el emo *gay* del futuro al rescate». Tomó la primera lata que encontró, una de refresco, y corrió dispuesto a lanzársela encima al chico, pero no tuvo oportunidad: Taylor le había lanzado un golpe en el abdomen a su agresor, cuyo peso le hizo caer hacia atrás. Dakho, impactado, se chocó con la espalda de Taylor y se manchó la camisa con su

refresco abierto.

Soltó la lata, se había mareado de repente.

—Iba a ayudarte, pero eso también funciona... —dijo cuando llegó a su lado, incrédulo.

—¡Tenías razón! No es tan rudo como pare...

—Maldición... —Dakho negó con la cabeza cuando el tipo en el piso comenzó a moverse—. Corre antes de que se levante.

—¿Qué?

—¡Corre, Tyler! —gritó Dakho, dando una gran zancada hacia atrás.

—¡Es Taylor!

—¡Estás muerto, Kim! —El chico agitó la cabeza. Su agresividad y cerebro falto de oxígeno eran evidentes.

—Oh, mierda...

—¡¿A dónde creen que van, par de imbéciles?! —gritó al levantarse.

De inmediato, ambos retrocedieron, empujando a las personas al salir de allí para correr veloces hacia afuera. Respaldado por el séquito de descerebrados, siguieron a los dos chicos hasta la acera, hasta que los vieron huyendo a la distancia hacia el camino boscoso.

Dakho tiró del brazo de Taylor para avanzar. Eran superados en número, altura, fuerza... Eran superados en muchos sentidos, y a los dos menores no les quedaba más que seguir avanzando mientras sudaban intentando perderlos de vista sobre el asfalto mojado y alejándose de la zona comercial.

—¡Van a golpearnos por tu culpa, genio! —dijo Taylor hiperventilando.

—¡¿Mi culpa?! Fuiste tú quien golpeó a ese mastodonte.

Dakho volteó a ver cuando el sonido del motor resonó; tragó saliva, temeroso, porque ahora había un auto persiguiéndolos. Las luces delanteras del vehículo chocaron en sus espaldas acompañadas de las risas de los hombres en su interior.

—¡Lo hice porque tú me dijiste que... —tomó aire por la boca—

lo hiciera!

—¡Te dije que lo enfrentaras, no que lo golpearas! Cerebro mata a fuerza, ¡¿recuerdas?!

—¡Es lo mismo! ¡Oh, eres un completo idiota, Dakho! —Taylor bajó la velocidad repentinamente, algo había hecho clic en su cabeza—. Eso es. ¡Lo tengo!

—¡¿Qué te sucede?! ¡Sigue corriendo, tenemos que perderlos!

—No, tienes razón. Cerebro mata fuerza...

—Alto, ¿qué?

Corrían sobre la carretera. La ruta de la arboleda continuaba en línea recta por kilómetros, así que la única forma de perderlos era salir de ella.

—Cierra los ojos, esto nos va a doler.

Taylor tomó impulso para empujar a Dakho hacia la maleza de la orilla del camino, haciéndolo caer entre los arbustos y rodar cuesta abajo en medio de la hondonada. El motor se detuvo; los neumáticos rechinaron de pronto sobre el adoquín mojado y las voces y risas de los mayores se escucharon como alaridos desde lo alto.

Dakho aterrizó sobre Taylor, intentando contener la respiración, pero un ligero alarido se escapó de él cuando la tenue luz le permitió ver a Taylor de frente con los ojos dilatados debajo de su cuerpo.

Justo cuando la voz de Dakho alertó al resto de su presencia, Taylor soltó un fuerte aullido. Sí, un aullido cual lobo que hizo que los matones retrocedieran antes de llegar a ellos. Con una mano, agitó un arbusto cercano y con el codo obligó a su compañero a seguirlo. No había lobos en California, pero dudaba que los otros lo supieran.

El miedo se apoderó de los adolescentes que los perseguían con bates en mano. El auto volvió a encenderse, y poco tiempo después de que las voces desaparecieran, Taylor y Dakho supieron que habían logrado sobrevivir.

—¡No puedo creer que se fueran! ¿Cómo supiste que funcionaría? —dijo Dakho entre risas.

—No lo sabía.

—Tú siempre sabes qué hacer, ¿o no, joven superdotado? —Se incorporó sobre un tronco—. Esto salió terriblemente mal. Casi nos golpean y no pude encontrar a Sean Grace.

—Está en el mirador. Daniel lo dijo, y tú también. Debimos ir allí en primer lugar.

Tenía toda la razón. Taylor los podía guiar hasta allí y no hubiesen tenido que pasar por esa experiencia. Dakho sacó del bolsillo de su chaqueta los anteojos que le pertenecían y se los entregó.

—Parece que estás sufriendo sin ellos —recitó casi sutil—. Creo que los aplasté cuando caímos, lo siento por eso.

El chico los tomó y no dudó en colocarse los espejuelos ligeramente torcidos; afortunadamente no se habían arruinado.

—¿Por qué los trajiste?

—Parecías tener más confianza en ti sin ellos, pero... pensé que podrías necesitarlos, así que los traje conmigo. Son parte de ti después de todo.

—Eres un tonto, Dakho. —Sonrió sin permitirle ver su sonrisa al otro.

Taylor se puso de pie; Dakho lo imitó tomándole del brazo.

—¿A dónde vas? Lo siento, no quise ofenderte, te veías genial sin ellos. Bueno, no es que te veas mal con ellos, pero, tú me entiendes y... —Dakho siempre hablaba de más cuando se sentía culpable.

—Te llevo al mirador. ¿No es obvio? Así que camina, apresúrate.

—¿No estás molesto?

—¿Por qué lo estaría? Oh, vamos. Niño del futuro, eres el rey del drama.

Dakho no lo soltó. Se dejó guiar en la oscuridad que luchaba contra el iluminar del cielo y bajo la bruma de los musgos y ramas mojadas del bosque. Ambos caminaron juntos; trastabillando al

silbar mientras se movían, logrando mezclar su risa con el crujir de sus pasos y la algarabía de su juventud. Una juventud que Taylor experimentaba por primera vez, una que el universo dudó en dejarle sentir en su historia original.

—Sabes... creí que vivir en este lugar sería como estar en verano todo el tiempo. Ya sabes, California... la playa y el sol.

—La playa está a cientos de kilómetros de aquí. Además, estamos a mediados de agosto, finales casi, el otoño está comenzando, no habrá tanto sol como esperabas. Aunque probablemente sí más calor que en Corea.

—¿Desde cuándo viven ustedes aquí? Sean Grace... él nunca habló sobre eso.

—Él tenía ocho años cuando llegamos, yo seis, creo. Este país ofrecía libertad, y nuestra familia ya no tenía nada allá.

—Eso es... —No pudo continuar. Taylor le había tapado la boca con la mano.

El Toyota Célica 70 de los Kim estaba estacionado a pocos metros frente a ellos, justo ahí, a la orilla del acantilado y con una vista espectacular.

Sean Grace se frotaba el cuello con SunHee a su lado, ambos sentados sobre el cofre del auto mientras hablaban. Era solemne y perfecto. Tenían una pequeña manta, velas y una canasta, la forma en la que parecía que su hermano había planeado la cita tan detalladamente le resultó conmovedora a Taylor. Se mordió el labio intrigado, era la primera vez que veía a Sean Grace ser tan meticulosamente cursi por alguien. Y le encantaba.

—No sé cómo pudo tomarme tanto tiempo acercarme a ti. —Sean Grace hablaba temeroso. Sin duda, era algo que Taylor nunca creyó ver.

—¿A mí? ¿Cómo es que alguien con tanta seguridad como tú dice eso?

—A veces siento que debo fingir todo el tiempo. Pero hoy... creo que no es así.

—Parece que puedes ser muy tierno si te lo propones.

—Por si no se nota intento decir que me gustas, que... —tragó saliva— que te quiero.

—¿Sabes que tengo que regresar, cierto? —murmuró ella con temor.

—Estoy consciente de eso.

Sean Grace no sabía expresar sus emociones, pero era genuino y estaba intentando darse la oportunidad de ser honesto con alguien después de mucho tiempo. Ambos se veían apenados; la mirada de Sean Grace se derritió cuando se encontró con la de la chica frente a él, cuando el suave sonrojo en su rostro y la tímida sonrisa etérea de SunHee lo envolvió con dulzura. Incluso los ojos de un Taylor deslumbrado que les observaba brillaron a la expectativa, absorto en aquella alma genuina que se expuso ante el mundo.

Sean Grace se acercó a ella lentamente, llevó una de sus manos hasta su cabello para darse algo de valor y buscar sus labios, aunque primero le dio un beso en la frente.

—¿Puedo? —le dijo temblando y ella asintió.

La lata de soda con la que se supone debía mancharse la camisa estaba allí, pero justo antes de que pudiera inclinarse lo suficiente como para derramarla una piedra atravesó la ventana trasera del auto. Taylor volteó a ver a Dakho molesto cuando lo vio arrojar una segunda piedra en dirección a ellos mientras se escondía detrás del auto. Los chicos se separaron.

—¡¿Quién está allí?! —dijo el mayor con voz gélida, pero no obtuvo respuesta.

Sean Grace se levantó furioso del cofre el auto para investigar haciendo caer el frasco con las velas sobre la manta.

—La tela, la tela se quema. ¡Sean Grace! ¡Oh, por dios, tu chaqueta también se quema! ¡Estás en llamas!

SunHee se levantó para ayudarlo. Tomó una botella de agua de la canasta y lanzó el contenido, pero este terminó en el rostro de Kim sin generar mayor cambio. Kim se quitó la chaqueta y la dejó

caer en el suelo, dando pisotones para apagar el fuego.

—Deberíamos irnos —dijo cuando pudo respirar con tranquilidad—. Es tarde, y este lugar es peligroso. Te llevaré a casa.

Ella asintió repetidas veces, y sin dudarlo regresó al interior del auto. Sean se pasó la mano por el cuello, lo hacía siempre que se estresaba, y apretó abatido los ojos cuando vio el agujero en el vidrio del auto. Miró al cielo y subió al vehículo. Entonces, arrancó alejándose de allí, y su noche perfecta se fue oficialmente al carajo.

La escena se destruyó. No hubo ninguna mancha o chaquetas cubriendo a la chica del frío, tampoco besos con la ciudad como testigos.

—Dakho uno; *Shon Greis* cero.

Dakho corrió gritando eufórico hacia donde el auto había estado minutos antes, feliz de haber arruinado la noche para todos. Tomó la chaqueta sucia del suelo y caminando orgulloso se sentó en la orilla, con los pies colgando cerca del vacío.

Taylor se sentó a su lado sin decir nada; sentía culpa. En realidad, nunca se había planteado si esto de «cambiar el futuro» no era completamente egoísta, y no quería hacerlo, porque no quería contestarse que de hecho lo era. Juzgarlo le parecía sumamente hipócrita, en el fondo no le gustaba compadecerlo. Dakho era tan impulsivo, pero no podía reprocharle como si no fuese Taylor quien en su soledad había deseado cambiar su vida y soñar como todo humano que «eso que me dolió tanto» jamás hubiese pasado.

—¿Eso te hizo sentir mejor? —preguntó mientras miraba a Dakho revisar los bolsillos de la chaqueta. Encontró un paquete de cigarrillos y un encendedor. Dakho tomó uno y lo encendió. Disfrutaba del humo que inundaba su organismo con lentitud.

La ciudad, que pronto amanecería, colocó una manta oscura sobre sus cabezas y los hizo contemplar las pocas luces distantes en el mirador.

—¿Te apetece? —preguntó extendiendo su brazo a Taylor para acercar el cigarrillo que tenía en su poder.

Taylor, que lo observaba perdido en sus labios por los que brotaba el humo, asintió.

—Esto no es algo que haría normalmente —declaró, sin saber realmente cómo sujetarlo y llevándoselo a la boca con dificultad.

—Solo tienes que succionar ligeramente sin tragar el humo, retenerlo al volver a respirar y luego simplemente dejarlo salir.

—Haces que parezca fácil.

Dakho sacó otro cigarrillo de su bolsillo. Cuando lo tuvo en sus labios, se acercó a Taylor para robarle lumbrera y encenderlo. Tembló ligeramente cuando notó al otro respirar sobre su mejilla. Se alejó de él una vez encendido el cigarro e inhaló con fuerza llenando todo su interior de humo.

—Lo es —dijo sonriendo contra el filtro—. Solo relájate, chico listo, disfruta de la vida y del hecho de que arruinamos un gran momento romántico.

—No conoces el remordimiento, ¿cierto?

—Mi generación nació condenada. No hay nada que pueda cambiar sobre eso.

El viento rompía contra su vaho constante, mientras jugaban con sus manos sentados entre la tierra. Dakho levantó la vista, el rostro de Taylor con tal cercanía le hizo sentir su cuerpo llenarse de energía con las leves descargas que emanaban de su interior y a las que había comenzado a acostumbrarse. Los anteojos del chico estaban ligeramente desviados; sus brazos expuestos temblaban, y aun con la poca luz, Dakho sabía que había tierra en su mejilla. Se quitó la chaqueta y se la colocó sobre los hombros para detener su temblor sin dejar de verlo. No supo la razón, simplemente sintió que debía hacerlo.

—¿Por qué lo haces? —dijo Taylor con ligereza cuando lo arropaba.

—¿Hacer qué?

—Verme de esa forma. Es casi como si me tuvieses lástima.

Taylor se sentía cansado debido al ajetreo, suspiró cuando el

mareo fue tan grande que le hizo doler la cabeza. Dakho no era una mala persona; a su parecer, solo era un idiota que se creía dueño del mundo. Había comenzado a cuestionarse si estaba desaprovechando la oportunidad de saber sobre su futuro a través de él. Una parte de él no podía creerle por completo, otra tenía miedo de arruinar algo por cuenta propia. Quizás por eso no se atrevía a preguntarle directamente.

—Es la única mirada que tengo, Taylor. Imaginas cosas.

—Mientes. ¿Qué tan malo es lo que sabes como para que tengas que ocultarlo?

—Muy malo. Pero incluso si no, no necesito una razón.

—Mientes.

—El futuro no es mejor que esto, Taylor. Las personas son egoístas, ignorantes y despiadadas.

—¿Qué sentido tiene entonces? ¿No existe un antes y un después? ¿Hacer sentir miserables a las personas es parte de tu naturaleza? ¿Por qué quieres separarlos?

—La cuestión está en que —volteó a verlo—, ya no soporto quedarme callado. ¿Sabes? Tenía una vida, y no era la mejor, lo sé; pero mi madre ni siquiera se dignó a hablar conmigo ella misma. Imagina lo que es que te obliguen a cambiar tu existencia por completo con la excusa de ser felices. Ellos fueron egoístas... ¿y yo soy el malo por serlo también? Pensarlo es hipócrita.

—¿Sabes qué pienso? —Taylor lo observó con curiosidad—. Pienso que estás celoso.

—¿Celoso de mi madre y su novio? Por favor, eso es estúpido.

—¿Entonces qué otra cosa sería? Dijiste que tu padre es un tarado, así que no creo que busques vivir la fantasía de la familia feliz.

—Estoy molesto, en realidad. ¿Está bien? Pero no de la forma en la que crees.

—Te molesta que tu madre sea feliz con alguien más, lo entiendo.

—Yo no… —Bajó la cabeza—. Olvídalo, es patético.

—Dilo si es que realmente algo de esto es verdad.

—Yo… —sonrió al cielo, nostálgico— ella y yo pasamos muchos años solos. No pretendo ser el típico hombre ridículo que tiene un trauma con el amor, que lo aborrece y ese montón de tonterías; en serio, por mí podrían haber corrido tomados de las manos hasta un maldito arcoíris. Me gustaba verlos juntos. Es solo que… El amor debería ser sobre crecer, no sobre aislarte o hacerte perder el sentido, creo. Y ellos…

—Ellos no tenían nada que probarte. Tú tampoco tenías derecho de… —La forma en que su ceño se frunció hizo a Taylor cuestionarse, por primera vez en mucho tiempo, si había hablado de más.

—Existen límites. Yo tenía derecho a opinar y decidir, al menos sobre mí; ellos no podían un día simplemente aparecer y usar su amor como excusa para las cosas que hicieron. La gente no vive de romanticismo tonto, Taylor. Su amor no me ayudó cuando estaba literalmente herido, se supone que ellos son los adultos, los necesitaba. La necesitaba… Su amor me abandonó en mi cumpleaños, y él lo sabe, hasta se burló de mí. En seis meses me hicieron odiar cosas de mí que yo no elegí, nunca deseé al padre de mierda que tengo, pero tampoco tenían derecho a juzgarme por quererlo. Encima de eso tuve que cambiar toda mi vida porque era «lo mejor». ¿Lo mejor para quién? Cuando Sean Grace llegó diciendo cuanta mierda pudo, incluso lo escuché hablar de lo mucho que quería librarse de mí, pero claro, solo ven su falsa amabilidad y el malo soy yo. ¿Qué hay de todo lo que sucedió antes?

—Dakho…

—No. Sé que es una tontería. No me interesa su vida, todos somos libres. Si me lo preguntas a mí, mamá ya había salido con otras personas antes, y en realidad nunca me importó. Ella es humana, tiene derecho a salir con alguien. Pero tu hermano apareció y se declaró el dueño de todo a mi alrededor. Y sí, es

puramente egoísta de mi parte, pero su «amor» me arrastró. Y encima, alardean de tenerse como si no supieran que están haciéndome daño.

No intentaba justificar sus errores, sabía que ya había cometido muchos. Para ser honesto, hubiese preferido que toda esta basura ficcional jamás pasara y simplemente haberse ahogado en el lago. ¿Qué sentido tenía? Dakho respiró pesadamente, jadeando, como quien apenas reacciona después de haber hablado ofuscado en medio de la desesperación.

Taylor no pudo evitar mirarlo con pena. Él era demasiado inteligente como para juzgar a alguien sin detenerse a pensar en las acciones que lo llevaron a actuar así, y creía firmemente en que todo, hasta lo más burdo, tenía una explicación coherente. Además, nadie había sido tan brutalmente honesto con él, y eso le gustó mucho.

—Es un alivio, me parece que estás mejor ahora —dijo Taylor.

—¿A qué te refieres?

—Después de sacar todo lo que sientes —ladeó la cabeza—, siempre he pensado que... Se corre mejor sin peso en los hombros. ¿Entiendes?

—Ni siquiera sé si esto del viaje en el tiempo sea real, y «cambiar el futuro» no tiene sentido. Lo sé, pero —bajó la cabeza— aun así, quería intentarlo. —Dakho suspiró, abatido—. Olvídalo, lo siento por lo que dije. Debes llevar días pensando que soy un niño estúpido y berrinchudo.

Taylor sonrió.

—Creí que yo era antipático con esto del amor hasta que apareciste. Gracias por demostrarme una vez más que no soy el único demente.

Dakho enarcó una ceja. El aire frío golpeaba contra su espalda, podía ver el perfil de Taylor contrastar con los árboles a su alrededor y aquel mechón de cabello que flotaba leve entre el viento.

—¿Dirás que tampoco crees en eso entonces?

—No lo hago. El amor es sangre, hormonas y piel. Cualquiera puede sentirlo, pero eso no significa que sea real. No es más que tu cerebro siendo estúpido, aunque no dudo que sea un espectáculo digno de observar.

—¿Dices que estar enamorado es ser estúpido?

—Afirmativo. Solo los tontos se enamoran.

Dakho dejó caer su cabeza sobre el hombro de Taylor cuando finalmente lanzó lejos la colilla de su cigarrillo.

—Gracias por no decirme que soy un egoísta —le dijo en medio de un suspiro—, sé que lo pensaste, pero aprecio mucho que no lo dijeras.

—Uhm... No eres egoísta, eres un niño traumado y escéptico. Puedo entender eso.

—¿Cómo podrías entenderlo?

—Es personal... Pero créeme, entiendo tu punto.

—Genial, eso significa que ahora podemos ser escépticos juntos. Aunque es un poco gracioso, ¿sabes?

—¿Por qué se supone que es gracioso?

—Porque si te besara justo ahora ambos seríamos estúpidos.

—Soy un hombre. ¿Realmente me besarías?

—Tú mismo lo dijiste. El amor es química, solo se necesita un pequeño impulso para detonar la reacción hormonal en tu cabeza. No importa el sexo y hacerlo no significa nada.

Taylor parpadeó varias veces. El lunático tenía razón por segunda vez en la noche.

—Tu percepción de las cosas es... fascinante, Dakho.

De su boca entreabierta brotó una pequeña risa.

—¿Anotarás eso en tu libreta también?

—No. Es solo que, no suelo tener conversaciones como estas con personas reales. —Dakho se separó con delicadeza de él, dejándose llevar por la noche lúgubre sin ser culpable de que la belleza del mirador parecía quejarse de la belleza de sus palabras.

—Mírame, Taylor. Yo soy real.

—Pero... tú no perteneces aquí —masculló con miedo.

—A veces pienso que tú tampoco.

Poco a poco, y en las manos del universo vengativo, cedieron. La línea paralela se convirtió en una recta, en donde aquel que cambió la historia debía reponerla sobre sí.

—No lo sé... creo que nunca he pertenecido a ningún lugar —vaciló Taylor. Dakho estrechó los ojos al sentirlo encogerse y en un breve impulso lo tomó del cuello para mirarlo a la cara.

—Ni yo —dijo, y sin dudarlo se acercó a él, deleitándose cuando sus labios tocaron con fugacidad la frente del muchacho encontrándose con algunos cabellos en el camino. Moviéndose por inercia, como un títere, sin saber el motivo o cuestionárselo.

Ninguno retrocedió; Dakho inclinó la cabeza cuando Taylor exhaló repentino en su piel. Sus labios abiertos le dieron la pauta para sentirlo con descaro cuando lo besó atento, degustando con atención la saliva en ellos. El cielo estaba por volverse claro; ambos sabían que debían regresar a casa. Pero no querían hacerlo, eran dos fenómenos que por un instante conocieron la pertenencia, una que no admitían necesitar desde hacía tanto tiempo.

Después de todo, Taylor no se equivocaba, nunca lo hacía. Pero cometió un error al seguir con su movimiento el beso, porque sin saberlo se incluyó de forma irremediable a sí mismo en la tangente. El ritmo cardíaco de Dakho se aceleró, y la descarga de electricidad que provocó en su interior hizo que se separasen de golpe, respirando agitados y adoloridos.

Ambos regresaron a ser seres racionales. Se vieron horrorizados entre sí parpadeando confundidos. ¿Qué demonios acababa de pasar? ¿Se habían dado un jodido beso? ¿Por qué? No, no, no, debía ser una broma. Taylor se tocó el pecho duramente; sus labios palpitaban y el sabor ambiguo de la boca de Dakho se había quedado en él.

—Dime que no sentiste nada, por favor.

—No sentí absolutamente nada —Dakho le contestó con tosquedad para tranquilizarse a sí mismo.

—¿Por qué hiciste eso?

—Yo no-no, no lo sé. Solo pasó y ya, no pude evitarlo. No entiendo qué pasó conmigo.

El estómago de Taylor se llenó de cosquillas. Estaban completamente perdidos.

¿Qué clase de reacción era esa? Quizás fue obra de la humanidad que afloró entre ellos, o el universo mandando al carajo la predecible historia. En ese momento, la línea que surgió de la fractura del tiempo no solo se tornó extraña, sino también tan real como la primera. Dakho estaba por convertirse en una partícula más de ese universo y, sin querer, arrastró a Taylor con él.

Después de todo, el tiempo siempre ha sido celoso con sus planes. Y quizás, no solo era celoso, también caótico y, en ese momento... inestable. Como una ruleta cuya flecha gira, es impredecible saber cuándo se detendrá.

O hacia quién apuntará.

05.

136 DÍAS ANTES DE...

En la búsqueda de un sueño, un hombre puede perderlo todo, incluso su fe. Correr para alcanzar un objetivo invisible es inútil.

Kim Anzu se había quedado dormido sobre su escritorio por quinta vez consecutiva. Era de madrugada. El resto de sus asistentes en el laboratorio se había marchado a casa y él, después de acabarse una botella completa de ron y tragarse sus ganas de vomitar, se quedó en su oficina para estar solo.

Salvo que no lo estaba.

—Profesor, despierte, por favor. Es tarde, necesita dormir correctamente.

La voz del muchacho sonaba distante; la luz de la bombilla le golpeó el cerebro.

—Jaewon... —Levantó lento la cabeza—. ¿Qué haces aquí todavía? Ve a descansar.

—Profesor, no lo dejaré solo. —Vaciló un poco en continuar hablando—. Además... usted tiene las llaves de la entrada.

El chico intentaba mantener una expresión amable sobre su rostro cansado. Eran más de las cuatro de la madrugada y llevaban semanas intentando encontrar al sujeto del lago sin ningún avance. Ninguno había tenido ni una ducha ni una comida decente en ese tiempo. Kim Anzu le ofreció sinceramente que ambos se marcharan por hoy: se había prometido que el joven Jaewoon estaría bien a su cargo, sin mucho éxito.

La vida en Corea del Sur solía ser bastante metódica, sin llegar a los extremos en los que se encontraban justo ahora, claro está.

En aquella universidad del centro de Seúl, Kim Anzu no era más que un profesor de Física cualquiera, pero sus ambiciones y su nivel académico superaban ese cargo. Todo cambió cuando recibió aquella llamada de un gobierno extranjero interesado en financiar el proyecto que llevaba dos décadas desarrollando. Se mudó a California con la promesa de ceder el crédito de sus descubrimientos a la potencia americana. Y él, que nunca se consideró patriota, aceptó sin dudarlo.

Nunca se sintió particularmente apegado a alguien. El contacto humano le parecía innecesario, vivía solo y nunca fue muy sociable. Durante sus años de enseñanza jamás se interesó por acercarse a ninguno de sus estudiantes, pero cuando encontró a uno de ellos completamente borracho con la nariz sangrante y las piernas colgando desde lo alto de un puente, el temor humano que creyó no tener le sacudió.

Lee Jaewon era un estudiante casi tan brillante como reservado. Por eso corrió a arrastrarlo para evitar que saltara de aquel puente. Llevó al chico contra su voluntad hasta su propia casa y cuidó de él. Cuando el muchacho despertó, le explicó que ya no le quedaba nada. No tenía una familia, tampoco un lugar al cual regresar; Lee Jaewon era un corazón perdido sin dinero en el bolsillo. Estaba a la deriva, y en ese momento, el fondo del acantilado parecía mejor que su propia realidad.

Esa noche, meses atrás, Kim Anzu se sirvió un poco de ron para acompañar a Jaewon en su resaca. Él le sonrió, y desde entonces no dudó en mantener al joven a su lado. Se convirtió en su mentor, y le infundió pasión por aquel proyecto ilógico, llevándolo con él a ese pequeño laboratorio a orillas del lago y despidiéndose para siempre de sus antiguas vidas. Después de todo, ambos eran brillantes y estaban completamente solos. Jaewon era un Jekyll, y Anzu, un Hyde.

—No pretendo sonar grosero, pero realmente necesita una ducha, profesor —dijo Jaewon cerrando los ojos al sonreír.

—Eso parece; no recuerdo la última vez que tomé una. —El mayor buscó sus llaves y se aproximó a la puerta. Las entradas del laboratorio estaban rodeadas de luces de emergencia.

Antes que salieran, las luces en el pasillo comenzaron a parpadear en un rojo agresivo. Con las alarmas activadas, sus latidos se paralizaron. Ambos se miraron a la defensiva. El sensor del radar había sido activado indicando una nueva frecuencia.

Kim Anzu dio un paso atrás.

—No puede ser...

Ambos observaron la frecuencia en la pantalla que cambiaba de azul a un amarillo y luego a verde. El voltímetro central había detectado algo nuevo, el aire estaba infestado de una carga positiva.

—Se mueve y es rápido.

—¿Cómo es que de pronto emana tanta energía? El radar estuvo semanas apagado.

—Debe estar rondando por el bosque. Triangula, Jaewon. Necesito esas coordenadas.

El muchacho asintió ajustando y presionando varios botones, intentando encontrar un punto céntrico en el plano.

—Nuestro amigo del lago está... a tres kilómetros y medio, profesor. Está...

—En el mirador.

—¿Qué? ¿Cómo está tan seguro?

El monitor continuaba parpadeando. La energía contenida en la pantalla parecía ser más de lo que imaginaban, y crecía a cada segundo. Cada centímetro que Dakho se acercaba a Taylor era un voltio más en el radar. Pero ellos no tenían idea de que sus respiraciones chocantes habían logrado disparar una señal en el voltímetro.

—Andando. Tenemos que ir por eso antes de que cause problemas.

—Profesor, no sugerirá que...

—Jaewon, enciende el auto. —Se quitó los anteojos—. Iremos de

excursión.

Corrieron hacia la salida y se enrumbaron a toda velocidad en el Ford 75, cuyos focos defectuosos difícilmente alumbraban el camino. Jaewon dio un cambio brusco a la palanca de velocidades cuando entró al camino de tierra que llevaba al mirador. Cerca de la orilla, y sin dejar de acelerar, jaló el freno de mano y se bajó eufórico a buscar pistas. El profesor, en cambio, se agarraba la boca del estómago creyendo haber visto su vida pasar frente a sus ojos.

Jaewon alumbró el camino con su linterna pero no encontró nada más que una vista espectacular y colillas de cigarrillos.

—Maldita sea... debería estar aquí —dijo pasándose una mano por el cabello—. ¿Qué es? Joder, ni siquiera sé qué es lo que estoy buscando. Esto es un fracaso.

—Relájate, Jaewon. Es un gran avance. —Kim Anzu, aún mareado, caminó a su lado para quitarle la linterna de la mano.

—¿Qué intenta decir? ¡No tenemos nada! ¡Nada! Seguimos estancados.

—No del todo. —Con la luz en su poder, el profesor Kim iluminó la chaqueta sucia ligeramente ahumada que estaba en el suelo, junto a latas y vidrios—. Al menos ahora sabemos que es un humano y que, además, no está solo.

La evidencia no mentía: dos colillas de cigarrillo en direcciones opuestas, una chaqueta con la insignia de una secundaria de la zona y los vidrios rotos de un automóvil triangulaban una hipótesis sólida. Buscaban a un joven adolescente con un auto sin vidrios y con un cómplice, que podría ser una persona muy inteligente o, en cambio, un verdadero idiota.

No tenían idea de su aspecto, pero no sería difícil encontrar a alguien que juntara todos los requisitos.

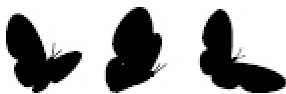
—Lee Jaewon, es hora de hacer trabajo de campo.

—¿Cómo?

Kim Anzu soltó una carcajada producto de su turbia y alcoholizada mente.

—Extrañas la escuela, ¿cierto, Jaewon?

El joven apretó los ojos. ¿En qué demonios se había metido?



—Está bien, está bien. Seré el primero en hablar del elefante entre nosotros dos.

—¿Qué demonios, Dakho? —dijo Taylor, cansado.

Caminaban de regreso a casa. No tenían ni idea de la hora, pero a juzgar por el cielo, probablemente serían las 6:00 a. m. Habían atravesado todo el bosque a pie sin detenerse.

—Es una expresión, Taylor. Significa que seré el primero en hablar de lo que pasó allá entre nosotros.

—¡Ya sé lo que significa! No soy estúpido —resopló mientras masajeaba su nariz.

—Bueno, entonces, lo siento, no sé qué pasó. Fue como si... como si me controlara algo más.

—¿Cómo es eso posible? Perder el «autocontrol» es una terrible excusa. ¡Es la peor excusa del mundo!

—Ya, ya. Y luego me llamas a mí rey del drama, cálmate.

—¡Me besaste, Dakho! No me voy a calmar.

Taylor parecía bastante perturbado, caminaba rápido y se mordía las uñas constantemente. Dakho creyó ver su rostro sonrojado, pero le era difícil asegurarse cuando bajaba la cabeza sin darle oportunidad de verlo directamente a los ojos.

—Todo fue contra mi voluntad. Yo no quería, lo juro.

—¡Casi metes tu lengua! Eso no cuenta como «Yo no quería».

—Yo no hice eso... —Palmeó su hombro, divertido—. Repítelo hasta que te lo creas. Además, tú tampoco te apartaste. No parecías tan incómodo como ahora.

—Me siento enfermo...

Dakho se mordió el labio. Había besado a decenas de personas

antes y en realidad era la primera vez que se sentía culpable. A veces olvidaba que estaba más de treinta años en el pasado, y que, si ser alguien diferente en su época era todo un lío, la moral de Taylor debía estar devorando vivo al chico en ese momento.

—Oye, en serio lo lamento. Te juro que no lo hice con malicia, y no intento burlarme de ti.

—Cállate, Dakho. Tú no lo entiendes.

—Somos hombres, lo sé. Pero nada es diferente. Y no está mal.

—Basta.

—Créeme, en el futuro, todo esto es más común de lo que parece. No es la primera vez que hago algo como eso, es completamente normal.

—¡Maldición, cállate! Ese es el problema. —Volteó a verlo molesto—. Era la primera vez para mí, ¿entiendes?

—Besar a un chico por primera vez no es la gran cosa. A menos que... Taylor, oh, mierda.

—No suelo ser así de sentimental y pienso que esto es una estupidez, pero... no tenías que ser tú.

—Taylor... —sus ojos menguaron ante la ternura que su confesión le provocó—. ¿Realmente fue tu primer beso?

—Sí, y fue un accidente. Mi vida no podría ser más patética.

Dakho le sonrió tímido. Ahora tenía sentido su sonrojo por encima de su enojo, y los segundos que sintió sus labios temblar. El camino de regreso a casa era claro, y el sendero de árboles que los acogía parecía no terminar.

—Al menos fue mejor que el mío. Las primeras veces siempre son un asco —dijo Dakho.

—¿Cómo podría ser mejor? Tengo casi dieciocho, y lo único que puedo decir de esa experiencia es que me besó un lunático supuestamente del futuro que afirma que se apoderó de él una fuerza superior.¡¿Qué tan malo pudo haber sido tu primer beso?!

Dakho arrugó la nariz. No le gustaba hablar de esas cosas, pero Taylor parecía ser la única persona que realmente le prestaba

atención cuando hablaba. Vaciló un par de minutos en silencio y después de morderse la lengua, comenzó a contar:

—Tenía quince, y aunque parezca imposible de creer, yo no era tan guapo como lo soy ahora. —Taylor hizo un gesto de hastío—. Además, solía ser muy crédulo... la gente solía aprovecharse de mí todo el tiempo.

—No me sorprende, de hecho —se burló, ganándose un empujón.

—Había una chica en mi salón; cabello castaño, ojos ámbar y encantadora sonrisa. Yo estaba completamente enamorado de ella, en serio, pero era muy tímido para hablarle; creí que era cuestión de suerte cuando sentí que me veía como si estuviese interesada en mí, realmente lo pensé. Un día, mientras yo estaba enfocado en mis cosas de niño raro, se acercó a mí y sin decirme nada me besó. Fue extraño y hasta creo que, por un pequeño momento, lindo.

—¿Y eso cómo podría ser malo?

Se rascó el cuello, riendo mientras ahogaba un suspiro.

—Era una apuesta, Taylor. Veinte billetes a cambio de besar al chico menos apuesto, y de entre toda la maldita generación, ella me escogió a mí.

—Eso es horrible.

—¿Sabes cuál fue la peor parte? —Taylor negó inocente—. Que, por un par de semanas, yo creí que fue real, fui tan estúpido como para creer que quizás ella estaba interesada en mí. O al menos así fue hasta que me gritó en la cara, frente a todos, que todo había sido un juego. Los idiotas se divirtieron mucho conmigo después de eso.

—¿Y qué hiciste? No pareces alguien que se quedaría sin revancha.

—No hice nada, regresé a mi casa a llorar patéticamente. El año terminó, me desquité en la jaula de bateo y para cuando el nuevo ciclo escolar inició, la pubertad ya se había apiadado de mi pobre ser. Las personas me veían diferente, y eso fue suficiente venganza

para mí.

—¿Ella te buscó?

Dakho soltó una carcajada.

—Oh, vaya que lo hizo. Me pidió disculpas y dijo que siempre sintió algo por mí, que estaba confundida. Incluso me siguió buscando hasta poco antes de que me mudara.

—Eso solo prueba lo despreciable que era. Buscar algo meramente físico es... una pérdida de tiempo.

—Como sea, estoy bien ahora. El lado positivo de todo esto es que descubrí que su hermano, el universitario, por cierto, besa mucho mejor que ella. Y el resto es historia.

—Bueno, supongo que eso me quita el puesto del peor primer beso.

—Te lo dije. —Lo despeinó con una mano—. Vamos, el tuyo fue genial. Una linda vista, pura dulzura y yo en él.

—Eres un imbécil y un narcisista. Recordé que estoy molesto contigo.

Habían entrado al área comercial del lugar; estando ya muy cerca de casa los árboles escaseaban y las personas que caminaban felices por las calles en un sábado les sonreían amables.

Dakho lo miraba constantemente, fijándose en cómo su cabello revuelto se colaba delicadamente sobre sus orejas y su frente, dándole una imagen desaliñada. Y él contenía su sonrisa porque le gustaba ver a Taylor así de descompuesto. Ni siquiera prestaba atención a lo que sucedía alrededor, estaba lo suficientemente distraído como para dar un paso en falso y golpearse contra el poste de alumbrado público.

—¡Dios, Dakho! ¡¿Estás bien?! —dijo Taylor extendiéndole una mano.

Taylor veía a Dakho desde arriba. Preocupado, con los ojos abiertos y las cejas fruncidas. El sol se elevaba tenue, y sus primeros rayos lo iluminaron por la espalda. Su piel combinaba con la luz del amanecer por ese tono canela en ella. Dakho parpadeó

encandilado; la forma en la que su mente divagaba sin sentido por eternos segundos lo llenaba de una inferioridad casi inocente que culminaba en la nariz de Taylor.

—Sí, sí —dijo y tomó la mano del chico, en un impulso por ponerse de pie—. Mis piernas y mi cabeza no funcionan bien últimamente.

Taylor lo soltó para llevar la mano a su frente.

—Estás pálido, pero tu rostro está caliente. Será mejor apresurarnos, no luces bien.

—No es nada, solo me siento un poco mareado.

—Pérdida del autocontrol, desorientación y aumento de la temperatura corporal... Tengo que anotar eso.

Taylor tiró del brazo del chico para hacerlo caminar, estaban ya a un par de calles de casa. Al llegar, encontraron la puerta abierta y las luces apagadas. Sean Grace aún no llegaba y eso preocupaba a Dakho: algo podría haberle sucedido a su madre. Sin ella, puf, ¡Dakho se esfuma! Nadie podía culparlo por preocuparse por la persona que más amaba y por su propia existencia.

Sin embargo, su inquietud acabó cuando escucharon un silbido fuera de la casa.

—¿Qué fue eso? —dijo Dakho al escucharlo; pero Taylor lo conocía muy bien: se trataba de un código secreto entre los dos hermanos. Al parecer, ayudarlo a escabullirse era su especialidad.

—Espérame aquí.

Sin dar mayor explicación, Taylor caminó hacia el garaje para ayudar con la persiana.

Dakho se asomó por la puerta contigua y vio a Sean Grace sonriente bajar del auto. Arrugó la nariz, incómodo; esa sonrisa le molestaba, quizás porque no le agradaba su padrastro, porque era un amargado o quizás por ambos motivos. En fin, su tonto rostro feliz le parecía sospecho.

—Gracias, Taylor. Te debo una —le dijo sonriente a su hermano.

—¿Una? ¿Sabes qué hora es? Un par de minutos más y papá nos

habría matado a los dos por tu culpa.

—Deja de regañarme, sé un buen hermano menor y confórmate con tener mi gratitud.

—Vas a meterte en problemas. ¿Dónde estabas?

«Bingo», pensó Dakho. Era exactamente la información que necesitaban. Taylor sin duda alguna sabía cómo conseguir lo que quería.

—En el cielo.

—Deja tus payasadas. —Taylor rodó los ojos—. Nombre y lugar.

—Nombre: Lee SunHee. Lugar: su casa.

«¡¿Perdón?! Si se atrevió a ponerle una mano encima lo voy a...».

—Ella es de intercambio, ¿no se supone que vivía con unos mormones o algo así? ¿Qué hacías tú allí? Creí que irían al mirador.

—Son latinos, no mormones. Lo hicimos, pero no resultó. Fue todo un desastre, de hecho... la llevé a su casa, hablamos un rato y luego...

—¿Luego...?

«¡¿Luego...?!».

—Ella me besó. ¡Ella! ¿Puedes creerlo? Dios, es... mejor de lo que esperé.

—¡¿Qué?! —dijo Dakho desde la puerta denotando su presencia —. Ella no haría algo como eso.

Nada cambiaría la felicidad de Sean Grace. Ni siquiera le importó la intervención del metiche siamés de su hermano.

—Eso creí; yo iba a hacerlo, pero... me desmotivé. Estaba demasiado nervioso y lo arruiné, creo. —Suspiró apenado—. Pero cuando llegamos a su casa, en la puerta... algo cambió. Fue inesperado... Cuando salí de su casa, hasta se me fue la hora en el auto y me quedé dormido. Dios, nunca conocí una persona como ella.

—Ya, ya, muy bonito... Mejor vete a dormir antes que despiertes a mamá.

Taylor no le dio tiempo para contestarle; tomó a Dakho de la

muñeca para hacerlo caminar hasta su habitación. Hasta entonces había escuchado la historia entre petrificado y asqueado.

Una vez a solas, cerró la puerta y dejó a Dakho enloquecer finalmente.

—¿Cómo es posible? Nosotros cambiamos la historia. ¿Cómo es que esto pasó?

—No lo sé.... debe de haber un error, nuestro plan, nuestra hipótesis, están mal.

—Por mis pelotas. ¿Qué tan difícil puede ser evitar que dos adolescentes salgan? Esto es, ¡es estúpido!

—Dakho, cálmate. —Las luces temblaban, su ritmo cardíaco y su cerebro trabajando causarían un desastre—. Cálmate antes de que causes una sobrecarga eléctrica.

—No. Es que, Taylor, ¿qué significa eso? ¿Es que acaso no puedo cambiar la historia? ¿O-o es solo una coincidencia?

—Coincidencia o no, pasó, y eso nos deja una brecha en la historia que podemos analizar. —Taylor caminó veloz hacia su escritorio en busca de su libreta, la abrió y comenzó a escribir en ella.

—¿Una qué?

—Una brecha. Te lo dije, la historia es una línea recta. Cuando saltaste hacia atrás creaste una curva. Y a su vez, en ese punto se creó una segunda línea de tiempo alternativa para mí y para ti, pero real para todos los demás. Todo aquello que te incluya a ti en este lugar es parte de la segunda. Es una paradoja, ¿lo tienes?

—Lo tengo. —Se acercó a él, reclinándose ligeramente sobre el chico para ver con claridad las líneas que trazaba sobre el papel.

—Bien. Mi hipótesis es la siguiente: los hechos en la segunda línea temporal afectarán todas las realidades existentes.

Dakho parpadeó inquieto.

—Eso significa que... Si hago que algo cambie en la segunda línea, afectará de formas diferentes... ¿Ambas?

—Exacto. Entonces, si Sean Grace y tu madre sí se besaron, eso

quiere decir que la línea original está intacta. Si logramos hacer que regreses a tu realidad, nada sería diferente.

—Pero yo no quiero eso.

—Lo sé, ese es el problema. Necesitaríamos hacer algo verdaderamente significativo para cambiar el curso de ambas o para hacer que las cosas se adapten a nuestros objetivos.

—¿Cómo?

—Primero necesitamos hacer algo con la energía de tu cuerpo, está aburriéndome tener que cambiar los focos de la casa por tu culpa. Y segundo, tenemos que encontrar el eje de todo esto, algo que detone los sucesos.

—Un detonante... ¿Te refieres a un motivo? No lo entiendo.

Dakho respiraba cerca de su cuello; le era difícil explicar sus ideas e hilar coherentemente sus teorías cuando sentía el calor del chico tan cerca de él. Se movió bruscamente para alejarlo, nervioso.

—Un motivo, una situación, incluso una persona. Sea como sea, algo causa tu historia y eso es lo que debemos desviar.

Dakho lo miró. Si todo tenía un detonante, la muerte de Taylor también debería tener uno, ¿cierto? Solo necesitaba claridad mental para encontrarlo.

—Bien. Entonces, estamos en la nada y todo esto nos jode aún más. Mi ser necesita más tiempo.

—El tiempo es relativo. Deja de ser pesimis... —Taylor se quedó callado de repente, como uniendo cabos en su cabeza—. Ser, existencia, causalidad, espacio y tiempo... quizás es... metafísica.

—Estás balbuceando palabras que no entiendo, otra vez.

—¡Eso es! Ese es mi problema, por eso no hemos avanzado nada. He estado siendo demasiado metódico.

—Explícate.

—No es algo meramente físico, sino un conjunto de muchas cosas. Desde cómo llegaste aquí hasta las formas de la existencia, son temas separados que hemos estado mezclando.

Dakho lo tomó de los hombros para evitar que se moviera,

haciéndole concentrarse únicamente en él. Taylor se quedó quieto, sobrepasado por la interrupción de su compañero.

—Escucha, genio Kim —le dijo—. Es evidente que me perdí a la mitad del camino, lo admito. —Taylor asintió cuando el otro le sonrió con dulzura—. Está bien, entonces, te suplico que repitas todo eso en palabras más sencillas que mi inútil cerebro pueda comprender.

Dakho suspiró con fuerza y se dejó caer de espaldas en la cama frente al escritorio, agotado tras la noche y sus ausentes horas de sueño. Taylor lo observó con cautela y, también abatido, se sentó acomodándose para poder recargar su espalda en la cabecera de la cama.

—La metafísica es parte de la filosofía, estudia los principios de la realidad, entre otras cosas más complejas y también abstractas —comenzó a explicar viendo de soslayo a Dakho bostezar.

El sol se colaba iluminando la habitación más de lo que Dakho era capaz de tolerar. La cortina rota no le ayudaba. Se dio media vuelta para darle la espalda a la luz y se encontró con los muslos de Taylor. En su cansancio, le pareció el mejor lugar para dormir, y se echó sobre ellos ante la mirada atónita de su amigo, quien ni siquiera pudo reaccionar.

—Creí que eso era algo más... poético que científico. No sé... —La posición le resultaba acogedora, cálida y suave.

—La poesía y la ciencia no son tan diferentes como parecen, ambas comparten estructura y belleza. Tienen perspectivas de la creación e ideas aparentemente imposibles, y la filosofía te ayuda a entender las incógnitas que te planteas, a entender las demás ciencias.

Dakho soltó una pequeña risa; los brazos de Taylor comenzaron a adormecerse, así que lento, casi con miedo, los acomodó entre las almohadas sintiendo a escasos centímetros los mechones negros y lisos prestos a su alcance. Contagiado por el sueño, y tentando palpar al otro, deslizó su mano por la cabeza de Dakho con un ritmo

pausado, como si intentase que el otro no se diera cuenta.

—No sé cómo sabes tanto de tantas cosas. Yo... solo sé que no sé nada. ¿Entiendes?

Han Dakho luchaba por no dormirse, mientras que Finnian Taylor se adentraba más y más en las hebras oscuras de su cabello. Entre cada caricia se disipaba el estrés de su cuerpo.

—Calla, Sócrates, entiendo la referencia. Como sea, aún necesito hacerte más pruebas, antes de que mi cerebro colapse. —Se fijó en los ojos del chico y al encontrarlos cerrados asumió que estaba dormido—. Supongo que las haremos cuando despiertes —dijo, más para sí mismo que para el otro.

Cerró los ojos dando un pequeño toque a su frente y finalmente apartó sus manos del cabello de Dakho.

—Oye. —Dakho se removió de repente y lo llamó con voz cansada—. ¿Por qué te detienes?

—¿No se supone que estabas dormido?

—¿No se supone que estabas acariciándome el cabello?

—Lo siento, yo no...

Dakho volvió a reír, no entendía la necesidad del chico por disculparse por algo como eso, algo que evidentemente ambos estaban disfrutando. Y que también Taylor hacía inconscientemente, como si los prejuicios sembrados en su cabeza realmente no tuvieran sentido.

—Me gusta. —Taylor reprimió un exhale asombrado—. Hazlo... si no te molesta, claro —le pidió. Cuando sintió de nuevo el temeroso toque sobre su cabeza por encima de sus orejas, sonrió complacido.

—¿Acaso no piensas que esto es extraño? —murmuró temeroso.

A lo que Dakho respondió acercándose más a él para poder recargarse completamente sobre su cuerpo. Había pasado demasiado tiempo dejando el frío calar en su pecho y, aunque no lo admitiera, realmente necesitaba esa calidez.

—No. Es placentero, así que cállate o duérmete de una vez.

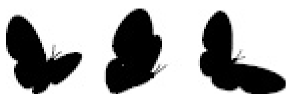
—Son las siete de la mañana, no puedo dormir. Yo, nosotros, yo tengo mucho que preparar para las pruebas que debo...

—Solo disfruta el momento, ¿está bien? He venido del futuro y, créeme, pensar de más... solo te hará daño. —Sus palabras sonaban pausadas y estaban llenas de impotencia—. Así que por ahora simplemente relájate y deja de hablar.

—Tú nunca dejas de ser extraño, ¿cierto?

—Al parecer, por eso encajo perfectamente contigo.

Taylor sonrió, aceptando aquello que sin pedirlo le habían entregado: una muestra de afecto inocente. Después de un par de minutos su respiración se mezcló con la de Dakho. Y en el silencio de la habitación, que solo era interrumpido por las ramas de los árboles contra la ventana, ambos quedaron completamente dormidos, sin tomar represalias contra el tiempo.



El mediodía llegó dando paso a la tarde; permanecieron juntos hasta que el azote de la puerta abriéndose los alertó.

—¡Arriba, señoritas! —dijo Sean Grace apareciendo en la habitación y dándoles una mirada desaprobatoria desde arriba al encontrarlos roncando abrazados.

Ambos despertaron sobresaltados intentando ponerse de pie de inmediato. Dakho tambaleó y cayó sentado en el colchón al lado de la cama en el que acostumbraba a dormir.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que toques antes de entrar, tarado? —repuso Taylor, ajustando sus anteojos después de haberse quedado dormido con ellos puestos.

—Tranquilo. No pretendo interrumpir lo que sea que esté pasando aquí en el reino de los fenómenos.

—¿Entonces qué haces aquí?

Sean Grace soltó una risa burlona, realmente adoraba molestar a

su hermanito. Se sentía el jefe en ese momento; además, necesitaba ganar puntos con sus padres para que no lo asesinaran cuando viesen la ventana del auto.

—Ah, cierto. Mamá y papá saldrán un par de horas a cenar, y como temen que ustedes quemen la casa, yo estoy a cargo.

—¿Y eso qué? No tenemos doce años, Sean. Haz lo que quieras.

—Sí, eso haré. De hecho, invité a un par de amigos a ver el partido más tarde. Así que... no nos molesten. Y no hagan nada raro que me meta en problemas.

—Sí, papá —dijeron al unísono sarcásticamente.

—Los estaré vigilando —respondió dándose la vuelta para marcharse con aires de superioridad.

Dakho y Taylor se miraron entre sí y comenzaron a reír burlándose de su actitud, como dos niños pequeños mofándose de su niñera.

—Dime que no es así de autoritario en el futuro, por favor. —Taylor se puso de pie, estirando sus extremidades.

—Es peor. Se cree un rebelde justo ahora, pero debiste verlo cuando me perforé las orejas. Fue épico, parecía que iba a desmayarse.

—Supongo que pagó todos sus pecados teniéndote a ti como hijo.

—Hijastro —le corrigió.

Taylor negó mientras buscaba una camisa apta para su experimento. De sus cajones sacó un pantalón corto y se lo lanzó a Dakho que lo miraba atento.

—Sí, claro. Oye, hijastro, ponte esto —dijo jugando con él.

Dakho enarcó curioso una ceja mirando la pequeña prenda.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué? —Su voz sonó llena de picardía por un segundo.

—Te dije que haríamos unas pruebas físicas. Yo iré a llenar la bañera mientras tú terminas de cambiarte. ¿Entendido? Entendido.

Taylor no lo dejó hablar. Simplemente le dio la espalda y caminó

hacia el baño de la habitación como lo había anunciado. Dakho suspiró; no tenía otra opción, excepto cooperar si quería regresar a su década. Se desabrochó el pantalón y lo deslizó por sus piernas quitándose los zapatos en el camino, seguido de su camisa. Se quedó en ropa interior por un par de minutos mientras se colocaba el *short* rojo que Taylor le había entregado.

Pensó en ponerse la camiseta de nuevo, pero Taylor no le había dicho nada sobre eso. Así que lo más seguro era que no debía usarla. Su mente estaba mal por tergiversar la información que recibía convirtiéndola en algo caliente. Es decir, una bañera y dos personas le sonaba bastante prometedor.

Sacudió la cabeza; se convenció a sí mismo de que no era nada de lo que se imaginaba al moverse en dirección al baño. Pero al ver a Taylor con un cable, un desarmador y una lámpara a la orilla de la bañera se asustó en lugar de excitarse.

—Dakho —le dijo acomodándose las mangas de la camisa—, entra al agua.

—Estás bromeando, ¿cierto?

—No.

—¿Para qué? Taylor, hasta yo sé lo que pasa cuando mezclas electricidad y agua.

—Tengo una teoría. Tranquilo, estarás bien, eso creo. ¡Vamos!

—¡¿Eso crees?! Aleja esos cables y esa lámpara de la puta bañera, Taylor. O no entraré en ella.

—No seas miedoso.

—¡Podrías matarme! Hablo en serio. No pondré un pie allí.

Taylor rodó los ojos soltando el aparato en el piso.

—Aguafiestas.

Dakho exhaló pesadamente; el pequeño doctor Kim Frankenstein a veces realmente le daba miedo. Caminó hasta la bañera e introdujo con miedo sus piernas una a una. El agua estaba helada, sus músculos se contrajeron cuando se sentó con lentitud en el fondo de esta.

—Bien, estoy en el agua. ¿Qué se supone que prueba esto?

—¿Sientes algo? ¿Corriente, espasmos, algo?

—Uhm... no.

Taylor pareció decepcionado. El agua con sales y el cuerpo humano eran conductores de energía, y ambos eran capaces de dirigir la suficiente electricidad para encender una bombilla. Entonces, si el cuerpo de Dakho estaba lleno de cargas eléctricas por encima del promedio, ¿por qué no reaccionaba?

—Intentemos otra cosa —propuso arrodillándose al lado de la bañera—. Necesito que te recuestes, intenta que todo tu cuerpo se sumerja y deja solo el espacio necesario para respirar.

—¿Justo así? —murmuró Dakho cuando lo único que rayaba en la superficie era su rostro.

¿Cómo controlar la energía de su cuerpo? El estrés la disparaba de alguna forma, ¿por qué? Quizás era su ritmo cardíaco o la actividad cerebral.

—Sí. —Lo miró detenidamente, su pecho era visible y excepcional bajo el cristal líquido que lo exhibía momentáneamente—. Cierra los ojos y relájate, vamos a hablar un poco.

Dakho obedeció incómodo, cerrar los ojos significaba ver cosas horribles para él.

—¿Y de qué quieres hablar?

—Tus padres —soltó duramente—. Piensa en ellos y cuéntame. ¿Cómo se conocieron?

—Mis abuelos eran amigos... —Hablaba lento, tratando de recordar. Era como estar en terapia.

—Últimamente he estado pensando en que quizás todo esto ya haya pasado antes, y que la separación de Sean Grace y tu madre sea...

—¿Mi culpa?

—Sí. Algo así.

—Es imposible. Yo no puedo crear mi propia existencia, regresé

porque ya existía, no al revés. Mi aparición en el mundo es resultado de una mala decisión.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo estás tan seguro de que no causaste el encuentro de tus padres?

Taylor tomó el extremo del cable de la lámpara y lo introdujo con lentitud en el agua. Dakho hablaba con cinismo, sus músculos comenzaban a tensarse y su respiración parecía ahora irregular.

—Porque ese matrimonio ya estaba arreglado —dijo, y la bombilla dio un pequeño chispazo repentino que duró un segundo.

—¿Qué? Creí que Sean Grace había hecho algo para alejarla.

—Ella regresó a casa porque debía hacerlo. Debía tener una vida normal y recatada, casarse... ser una «buena mujer». Tuvo un hijo después de tantos años solo porque le enseñaron que era un requisito para ser feliz —arrastró sus palabras con pesar, sintiendo asco del deber y los falsos estatutos—. Él no hizo nada mal. O bueno, no lo hará.

—Es por eso por lo que...

—Sí. Es por eso por lo que cuando vuelven a encontrarse ella lo acepta; es acá donde mi plan tiene sentido, si él lo arruina... cuando se vean de nuevo, ella lo rechazará.

—Tu padre —interrumpió—. ¿Por qué se separaron?

Dakho tragó saliva al mismo tiempo que se agitaba. La energía de su cuerpo parecía conducirse por el agua y el cable de la lámpara que luchaba por encenderse.

—Él... siempre tuvo problemas de dinero. Además, no es particularmente un bebedor muy pacífico que digamos.

—¿Él te golpeaba?

— No... —se quedó callado—, no desde hace mucho.

—¿Por qué lo excusas?

—No lo estoy excusando. Es solo que... fue hace tanto tiempo. Las cosas son diferentes ahora.

—No lo son. A él ni siquiera le importas —Taylor veía la lámpara encenderse con ojos emocionados.

—No es así. Él me quiere, muy a su manera.

—Sabes que es mentira. ¿Por qué lo haces, Dakho?

—No miento —balbuceó enojado—. Es lo que es.

—Proteger la idea que tú mismo creaste de alguien es estúpido.

Finalmente, la lámpara estaba encendida y su teoría era correcta. Dakho era capaz de regular las cargas de su cuerpo, cada fibra del chico se había convertido en un generador. No sabía si era un efecto colateral o una desventaja. Era un gran descubrimiento; joder, Taylor se veía a sí mismo con una medalla en el cuello. Pero había un problema, no estaba tratando con un circuito normal, se trataba de un humano. Uno muy temperamental.

—Ese no es tu problema, no hables de cosas que no entiendes —su voz menguó—. No sabes nada de él, o de mí, así que deja de...

Dakho intentó ponerse de pie, pero no lo consiguió. Sus músculos se entumecieron y dejaron de responder, todo su cuerpo se volvió pesado y se hundió por completo en el agua. Su rostro se quedó estático en una posición de dolor; estaba consciente de que necesitaba respirar e intentar ponerse de pie, pero era incapaz de mover un solo músculo. Estaba preso dentro del agua y de su propia corriente.

El dolor que lo atravesó se le hizo familiar. Era igual a cuando había caído en el lago, solo que ahora estaba lúcido. Su mente luchaba por sacarlo de la tetanización. Y allí, en medio de sus pensamientos, se encontró a sí mismo, un valiente subconsciente que lloraba. Sus recuerdos eran una botella de licor barato y las mujeres de su padre. Eran una golpiza tras otra y su madre llorando en la cocina haciendo la cena para un hijo que desearía no haber tenido. Un hijo que sentía la egoísta necesidad de hacerla feliz por su cuenta para mitigar su culpa por nacer. Sin terceros, sin más hombres que fueran capaces de lastimarla.

Sus recuerdos se mezclaban con la realidad, porque él sentía que estaba en esos lugares de nuevo. Estaba colapsando sin entenderlo, sentía que moría. Y no sabía si se debía al dolor en su médula

espinal o a que siempre sintió deseos de morir en los momentos que recordaba tan fielmente.

Taylor se movió alarmado a su lado. La lámpara, que seguía encendida, enloqueció; si ponía una mano dentro del agua podría electrocutarse. La propia bombilla de la habitación palpitaba incesante, y estaba casi seguro de que el alumbrado público también estaba siendo afectado al verlo desvariar por el reflejo de la ventana. Asustado, tomó los guantes aislantes que había comprado por si sucedía una situación como esta y se decidió a romper el circuito.

Con el plástico de la escobilla de baño buscó la cadena que se unía al tapón de la bañera. No podía confiar de todo en el aislante pero no tenía tiempo que perder: Dakho se estaba ahogando. La encontró y con un solo movimiento jaló el corcho. El agua empezó a bajar aunque no lo suficientemente rápido. Arrancó las cortinas de *nylon* de la ducha y con esfuerzo y cuidado para no mojarse las usó para envolver a Dakho y sacarlo de ahí.

Lo tomó de los hombros y lo alzó. Entonces, trastabilló. Sus pies cedieron ante el peso y Dakho cayó sobre él, aplastándolo. Tenía suerte de que la cortina fuera aislante. Taylor lo rodeó con sus brazos cuando sintió que respiraba de nuevo. Un fuerte estallido resonó cuando quedaron a oscuras. La sobrecarga acabó con los fusibles de la casa completa al mismo tiempo que Dakho sollozaba casi inaudiblemente.

—Dakho, escúchame. Todo terminó, estás a salvo. Respóndeme, por favor. Necesito saber que estás bien, Dakho. Pudiste morir, lo siento, en serio lo...

—¿P-por qué estoy aquí? —musitó con los ojos abiertos, asustado por lo que vio dentro de su memoria, de lo real que se sentía; y con las manos de Taylor quemándole la espalda al sujetarlo sin dejar de temblar. ¿Quería morir?

—Vamos a solucionarlo, regresarás a casa pronto. —Taylor se aferró a él tomando su cabello con los guantes aún puestos. Estaba tentado a acercar su cabeza y únicamente lo limitaba el temor de

recibir una descarga—. Lo prometo.

—¿Por qué...?

Le fue imposible terminar la oración, quizás porque sencillamente no sabía con exactitud lo que quería decir. No, Dakho no sabía si la pregunta correcta era «¿Por qué estoy yo aquí?» o «¿Por qué está él aquí conmigo?». Tal vez ya había sucedido antes, o «¿era él el precursor?». Porque, después de todo, Taylor simplemente apareció en el momento oportuno para él. Entonces tuvo sentido para él cuando Diotima se atrevió a decirle a Sócrates que el amor nace de la necesidad y las circunstancias. O, en este caso, de la espalda helada de Dakho, con su mirada perturbada por una idea sobre las circunstancias de la propia existencia y la muerte que no le asustaba.

Y en la culpabilidad que sin querer provocó en Taylor. Aquel joven que, compasivo con su expresión de horror y ojos oscuros, sintió la necesidad de compensarlo.

Entonces sumó una tarea más a su lista de pendientes:

1. Hacer a Dakho feliz. Muy feliz.

06.

14 AÑOS Y UN DÍA DESPUÉS DE...

Despertar de una epifanía es como agonizar. Es levantarse con los músculos entumecidos, un fuerte dolor de cabeza y una sola certeza: han pasado años y cometiste un error. Has arruinado tu vida.

Muchos hubiesen deseado que la vida trajese instrucciones, pasos a seguir uno por uno hasta llegar al éxito y la plenitud. Pero a diferencia de otros, SunHee creció queriendo escapar de las voces de aquellos dentro de su cabeza que le decían hacia dónde ir, qué hacer y qué pensar.

Sus padres siempre decidieron lo que era mejor, quizás porque simplemente deseaban verla convertida en lo que ellos creían era una buena mujer, quizás porque temían que destruyera su futuro; pero después de tanto, allí estaba ella, preguntándose si había valido la pena hacer lo «correcto».

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que SunHee sonrió genuinamente. Hizo todo lo que se suponía debía hacer. Siguió cada indicación y dio cada paso en la dirección correcta, hizo todo lo que se le ordenó durante toda su vida. Estudió la carrera que sus padres eligieron para ella, se graduó con los mejores honores y se casó con un hombre al que no le importaba en lo más mínimo.

Debería ser feliz. Debería poder disfrutar de todo lo que había conseguido en medio de su dolor. Pero no era así. No quería ninguna de esas cosas y ninguno de sus malditos logros le pertenecía.

Solo necesitaba saber qué le faltaba, ¿qué? Deseaba haber despertado esa mañana y seguir siendo joven, desearía no tener

tanto miedo. No recordaba la última vez que realmente amó algo en su vida. O que alguien la amó a ella. Y allí estaba, su rostro había perdido ya gran parte de su belleza juvenil. Su mirada era dura, fría, demasiado tensa. Se había vuelto una mujer cínica.

Esa mañana despertó de su epifanía; se colocó el labial rojo que tanto adoraba, subió a su auto y condujo lentamente. Los papeles de divorcio estaban dentro de la guantera junto con su pasaporte; había pasado los últimos años intentando armarse de valor para entregarlos, estaba cansada, como una mártir silenciosa que no soportaría más de esto. No aguantaba los golpes ni la humillación ni el desdeño que vivía a diario. Porque si esto significaba ser una buena mujer, estaba dispuesta a ser la peor de todas.

Entonces, sintió cómo su estómago ardía, aquel inoportuno malestar que la había estado azotando por semanas apareció de nuevo para arrastrarla. Las náuseas eran intensas, estaba demasiado mareada, así que estacionó el auto en la primera estación de servicio que encontró y se bajó desesperadamente en busca de un baño, pero ni siquiera llegó a la puerta, comenzó a vomitar en medio de la calle.

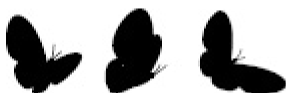
Entró a la pequeña tienda de la gasolinera; tomó una botella de agua, mentas y una pequeña caja blanca rectangular con letras grandes. Se encerró en el baño para seguir las indicaciones grabadas en la parte de atrás del empaque. Lo abrió y tembló por un segundo cuando finalmente lo utilizó.

Estaba abatida. ¿Podía ser? Después de tantos años, ¿esto realmente estaba pasando? ¿Aún era posible? ¿Cuánto había pasado? ¿Por qué ahora? Tenía demasiadas preguntas, estaba asustada. Los cinco minutos de espera de la prueba de embarazo que había comprado terminaron. Apretó los ojos antes de verificar el resultado.

Pero contrario a lo que creyó, cuando las dos líneas marcaron positivo, sonrió. Una sonrisa delicada que fue completa y sinceramente pura, y que rompió su escepticismo. Tal vez, solo tal

vez ya no tenía que sentirse tan sola. Equivocada, creía que lo que necesitaba para alcanzar la felicidad era aferrarse a toda costa a la existencia de otro ser humano.

SunHee cometió un error por cuenta propia al no entregar los papeles de divorcio en ese momento. Porque al tragarse sus verdaderos deseos durante muchos años más, no solo se condenó a sí misma, sino también al pequeño Dakho que estaba por nacer.



127 DÍAS ANTES DE...

—Entonces... Taylor Mackenzie no es la misma persona que Mackenzie Taylor, y, de hecho, ellas dos se odian. Jeffrey es novio de Sarah Taylor, que es hermana de Thomas y quien a su vez es novio de la segunda Mackenzie, además de que es quien vende cigarrillos entre clases. Todas las chicas están enamoradas de Daniel, y los chicos le temen, excepto el equipo de béisbol, claro. Así que es mejor no meterse con ellos. Melissa y Sean Grace terminaron hace un año porque ella lo engañó con Daniel, y luego él la dejó por la primera Taylor. Ah, y nadie habla con Antonio porque creemos que es policía. ¿Todo correcto?

Sí, Dakho había estado estudiando.

—Y eso es solo en nuestro salón, te falta mucho por saber para familiarizarte con el ambiente de aquí.

—Estoy aburrido, cuéntamelo todo. —Se acercó al chico—. El chisme no me gusta, pero me entretiene.

—Lo haré, lo haré. Dame tiempo y te pondré al corriente de todo el drama —dijo el otro.

Dakho realmente no prestaba atención a la pizarra; era lunes y ni siquiera en su año tenía el mínimo interés en la escuela. Taylor había estado distante desde que salieron de casa, pensativo, tanto

que ni siquiera se había inmutado durante las primeras horas de clase cuando se sentó junto a él. Mientras tanto, conversaba con Haru, la única persona con quien le interesaba pasar el tiempo. Taylor le dijo que no debía hablar con nadie, pero era imposible. ¿Qué esperaba que hiciera? No era particularmente sociable, pero, aun así, necesitaba contacto humano para mantenerse cuerdo, o despierto. Cualquiera de las dos era buena opción.

La próxima clase era Salud y realmente ninguno quería entrar. El profesor era terrible —según Haru, la última clase incluyó una serie de imágenes sobre alergias que revolvió los estómagos de no pocos—. A Dakho le sorprendía cuánto había cambiado eso entre décadas, pero ni así conseguía interesarse por la plática de «no tengas sexo». Intercambiaron miradas cómplices y se separaron de la fila de gente que se dirigía al otro salón.

Dakho siguió a Haru por el pasillo, moviéndose varios metros y empujando a las personas para seguirle el paso al muchacho, quien, ansioso, parecía intentar ocultar algo cuando se detuvo frente a una puerta. Era el segundo amigo que hacía en esta época, lo cual era dos más de los que tenía en su época. Un punto a favor para la California del 86.

Haru sacó de su bolsillo un llavero, de entre las llaves tomó una y volteó a ambos lados antes de abrir. Dio un paso adelante cuando finalmente consiguió dejar la vía libre. Con un movimiento de cabeza le indicó a Dakho que lo imitara, adentrándose ambos en la oscuridad y dejando la puerta entreabierta tras sus espaldas.

—¿Qué se supone que es este lugar? —preguntó Dakho intentando ver con dificultad, atento al eco que su voz y sus pasos provocaban.

Haru no le contestó de inmediato. Lo hizo cuando finalmente encontró el interruptor de las luces que llenaron de brillo el lugar, dejando a la vista cuerdas detrás de un gran telón y escenografía a medio pintar.

—Tras bambalinas, la parte posterior del auditorio —le aclaró—.

Este es el único lugar que se mantiene completamente vacío durante el día.

—¿Y por qué tienes llaves de la entrada?

—Las tengo porque soy el tramoyista encargado. Y, técnicamente, es la salida. La entrada principal está hacia allá. —Señaló detrás del telón; las grandes puertas delanteras estaban cerradas y había una pequeña ventana en cada una de ellas—. Tendríamos que haber atravesado el gimnasio para entrar por allí.

—Y... Eso significa que eres un chico raro del teatro, ¿cierto?

—Te lo dije, todos en la escuela tienen lo suyo. Eres parte del equipo, ¿no? Eso te coloca dentro del rango atlético.

—Ni siquiera puedo entrenar. Sean Grace me obliga a pasar las tardes puliendo los malditos bates.

—Es un egocéntrico de mierda y tú lo humillaste. ¿Qué esperabas? ¿Una tarjeta de agradecimiento?

—Esperaba que no fuera un cabeza hueca, para variar.

—Si alguna vez el gran Sean Grace dejase de ser un cabeza hueca, dudo que sería gracias a tu divina intervención, Dakho.

Haru detestaba al mayor de los hermanos Kim casi tanto como Dakho. Se acercó a un objeto cubierto y retiró la manta que lo protegía dejando a la vista las rústicas y grandes bocinas que se unían a una caja igual de ostentosa, con una pequeña compuerta transparente en el centro.

—¿Qué es eso? —preguntó Dakho con desconcierto.

—¿Este bebé? —dio dos palmadas sobre el plástico negro, orgulloso—, un estéreo. He pasado las últimas dos semanas intentando adaptarlo al escenario. Será la sensación, ya verás.

—Si tú lo dices...

Dakho ladeó la cabeza; el lugar era bastante pintoresco. La utilería, que le parecía bastante antigua, adornaba el techo del escenario con estrellas de cartón amarillo sujetadas por finos hilos desde las vigas de las luces. El piano en el fondo llamó su atención. Sujetó un extremo del telón para recibir mayor iluminación, y luego

corrió hasta el instrumento sentándose en el banquillo, feliz. Deslizó con timidez sus dedos por encima del blanco marfil que sonó ligeramente, deleitando con las primeras notas al azar. Haru lo miró de reojo, sin atreverse a romper la emoción en la que su nuevo amigo parecía haberse quedado estancado momentáneamente.

Pero esa emoción fue rota por una voz que gritó desde la entrada:

—Han Dakho, ¿por qué rayos no entraste a clase de Salud?

Taylor se acomodó los anteojos resoplando, para luego llevar ambas manos a su cintura y mirarlo con furia, mientras caminaba presuroso en dirección hacia ellos.

—Oye, oye, oye. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Alcancé a ver cuando te fuiste con —volteó a ver molesto al otro— ese chico y te seguí. ¿Algún problema?

Dakho no entendía su repentina y tosca actitud.

—Oh, vamos. ¿Qué tiene de malo?

—Te dije que no hablaras con desconocidos, ni con nadie, de hecho —respondió susurrando.

—¿Desde cuándo me das órdenes?

—Desde que rescaté del lago, genio.

—Siempre dices eso, no es justo.

—No me importa.

—¿Cómo es que te volviste tan agresivo? Has estado ignorándome todo el día, ¿y ahora te preocupas por eso?

—No cambies de tema. Es demasiado peligroso y lo sabes, pero lo tomas muy a la ligera. Podrías causarle algún daño a tu futuro, estoy preocupado por ti y la investigación.

—¿Estás preocupado por mí o celoso de él? —enarcó una ceja.

—¿Perdón? Yo no estoy celoso de nadie. Mucho menos de él.

Dakho sujetó su barbilla.

—Vamos, pastelito. Relájate, aún eres el hombre más importante de mi vida.

—La próxima vez te dejaré solo en la bañera.

—¿Necesitan espacio o...? —Haru no entendía muy bien las cosas que se decían, pero le sonaban bastante comprometedoras.

—¿Y tú quién eres? —cuestionó Taylor.

—¿Cómo que quién soy? ¿Realmente no lo sabes? —El chico negó con la cabeza—. Haru, ¿Augustus Moon? Estoy en la misma clase que tu hermano desde el jardín de niños. Estuve en la fiesta de cumpleaños de tu padre. Vivo a dos casas de la tuya, fuimos en el mismo campamento de verano hace tres meses. ¿En serio nada? Joder, te saludé hoy por la mañana.

—Lo siento, tu rostro no me parece familiar.

—Lo dice porque está celoso. No le hagas caso, Haru. Sigue en lo tuyo, yo me encargo de él —le dijo Dakho. Luego tomó a Taylor del brazo—. Y tú, ven acá, chico listo.

—Suéltame, tarado.

—No lo haré —repitió mientras sonreía —. Respira, sé un amor y acompáñame.

—¿Acompañarte cómo?

—Yo toco el piano y tú cantas, ¿qué te parece?

—¡Ja! Ni lo sueñes.

Dakho negó con la cabeza. Taylor parecía tener una aversión por la música popular, como si su cuerpo quisiera bloquear de su sistema cualquier melodía que no fuera catalogada como lo bastante masculina o intelectual. Al menos eso intentaba.

Lo había oído mencionar decenas de veces lo mucho que odiaba a Madonna, pero eso aparentemente no le impedía cantar «Like a virgin» en la ducha mientras creía que nadie más lo escuchaba. O como cuando el Taylor que siempre tenía algo que opinar se quedaba callado cuando se hablaba del físico de los protagonistas de la *Guerra de las Galaxias.*

Pasaba todo el día junto a Taylor; había aprendido de su forma de hablar, de los ademanes y expresiones que utilizaba únicamente cuando estaban solos, y del descaro que brotaba de su yo no consciente al abrazarlo mientras dormían. Tenía suficientes motivos

para creer que estaba más reprimido de lo que parecía, por lo que se propuso a sí mismo sacar al chico de su pequeña coraza de escepticismo. Lanzó un sol mayor como primer acorde en el piano mientras tomaba aire en la introducción y le daba tiempo a Taylor de reconocer la canción.

Entonces, Dakho comenzó a cantar.

—*«Mama, just killed a man...»* —Levantó la vista esperando que Taylor le siguiera.

—¿Qué esperas que haga?

—Solo canta, Taylor —le dijo con severidad—. *«Put a gun against his head. Pulled my trigger, now he's dead... Mama...».*

Taylor dudó por un par de segundos antes de tomar aire para comenzar.

—*«But now I've gone and thrown it all away...»* —cantó con leve voz, ganándose la aprobación de Dakho.

Dakho tocó con fuerza las teclas para dar énfasis a la melodía. Taylor parecía divertirse, poco a poco cantando entregado a su presentación.

—Eso es, siéntelo —dijo con gracia. La voz del chico era buena, Dakho lo sabía, demonios que sí. Pero por alguna extraña razón desafinaba cada dos segundos.

—*«Mama, ooh... Didn't mean to make you cry. If I'm not back again this time tomorrow! ...»* —Fue hasta que comenzó a reírse que cayó en cuenta de que Taylor estaba burlándose de él mientras fingía tener un micrófono frente a su rostro—. Ay, por favor, Dakho. Esto no es *Grease.*

—Cállate, Taylor. Harás que Freddie Mercury se retuerza en su tumba —reprochó dejando de tocar para ponerse de pie.

—¡¿Que él qué?! —dijeron los otros dos al unísono, y Dakho se abofeteó mentalmente.

—No me hagan caso. Soy estúpido, ¿recuerdan?

Antes de que pudieran secundar su idiotez, el timbre que marcaba el cambio de curso sonó, inquietando a Taylor.

—Será mejor que me vaya —suspiró viendo con zozobra a Haru —, sé que a ti ni siquiera te afecta todo esto de la escuela. Solo intenta no meterte en problemas, ¿sí?

Dakho caminó hacia él. ¿Qué lo hacía actuar tan renuente?

—No, espera. No es para tanto.

—Intenta no llamar la atención. ¿Podrías?

—Taylor, no te vayas. Por favor, quédate aquí. Es... aburrido estar lejos de ti. Además, es el último período, no importa. Vamos, quédate conmigo.

—No es eso, es que... esto del teatro y la música, es tonto. No pienso que sea correcto estar aquí.

—¿Por qué? —¿Quién había metido tales ideas en su cabeza?—. No se trata de lo que pienses, sino de lo que sientas. ¿Entiendes?

Un sonido agudo resonó por los parlantes del escenario haciendo que ambos se taparan los oídos por instinto. Cuando dejó de sonar, se encontraron con Augustus Moon, quien había permanecido trabajando en silencio saltando de la emoción.

—¡Lo logré! ¡Lo logré! ¡Funciona! —exclamó dando un pequeño salto lleno de alegría.

—Solo tenías que unir dos cables opuestos. No es la gran cosa —dijo Taylor con obviedad, solo le bastó ver el aparato por un par de minutos para detectar el problema. Pero su sinceridad le hizo ganarse una mirada desaprobatoria por parte de los dos amigos.

—Cálmate, Cerebrito. Es todo un logro para mí; además, no pedí tu opinión.

Haru le dio la espalda antes de inclinarse a buscar entre los casetes que tenía en su caja de música.

—Él no me agrada —masculló hacia Dakho.

—Lo dices solo porque estás celoso, es normal. Yo también me celaría a mí mismo.

—¿Qué? Ya te dije que no estoy celoso. ¿Por qué lo estaría?

—No lo sé. Imagina que soy tú y tengo detrás de mí a un viajero del tiempo que piensa que soy adorable, y que necesita de mí para

sobrevivir, dándome su total y completa atención 24/7. Pero de pronto comienza a pasar el tiempo con otro sujeto. Me siento excluido, es doloroso, entonces lloro, mi alma se destroza, mientras pienso en lo mucho que me encanta y en que quiero que me bese otra vez.

—Baja la voz. Ocurren cosas muy extrañas dentro de tu cabeza...

—Lo último es solo idea mía, pero le atiné, ¿cierto? —dijo en tono de burla—. Será mejor que cambies esa actitud, yo ya no tolero a los hombres celosos.

—Y si no quiero, ¿qué?

—Me obligarás a tomar medidas drásticas —dijo, sujetando a Taylor del brazo con una ruda expresión que hizo dudar por un instante al chico cuando lo jaló para pegar su cuerpo al suyo.

Llevó su otro brazo a la espalda del chico, dando un paso adelante, y luego otro atrás.

—Dakho, basta. Estás... ¿Estás bailando? —reprochó consternado. Haru a la distancia comenzó a reír por su reacción.

—Estamos —le corrigió— bailando, mi querido Kim.

—¿Qué sigue? ¿Haremos un estúpido musical?

—Es una gran idea —susurró contra su cuello logrando así dominar al muchacho al plasmar su electrificante respiración en su piel bronceada—. ¿Tienes música para eso? —dijo volteando a ver a Haru que de inmediato colocó el casete dentro del estéreo, contento de poder probarlo.

—¡A sus órdenes, señor! —confirmó.

—Dakho, ¿qué sucede contigo? Yo no...

Poco después, la canción comenzó a sonar a través de los rústicos amplificadores. Dakho ahogó una fuerte carcajada, al reconocer esa canción que amaba desde que era niño, y era lo suficientemente *gay* para funcionar.

Soltó a Taylor para comenzar a chasquear los dedos, burlándose.

«Don't go breaking my heart...»

—*«...I couldn't if I tried»*. —Se mordió el labio—. *«Honey, if I get*

restless…. Baby, you're not that kind» —cantó Dakho seguido de la música mientras movía los hombros sonriendo.

—Detesto esa canción. Cállate, Dakho.

—Nadie puede odiarla. No te atrevas a hablar mal de mi poderosísimo Elton John.

—Yo...

Dakho extendió su mano esta vez invitando a Taylor a tomarla.

—Soy un completo antipático, incluso peor que tú y aun así estoy pidiéndote que bailes conmigo. No rompas mi corazón —dijo, refiriéndose con su última frase al nombre de la canción.

Cuando Taylor se acercó a él igual de abochornado, Dakho tiró de su brazo para hacerle girar.

«Ooh-hoo, nobody knows it…».

Taylor comenzó a reír, contagiado por la dulce risa de Dakho, tomado de su mano y con el sonido de los violines en medio de la alegre tonada. Dakho movía la cabeza y deslizaba sus pies sobre el piso de madera del escenario, cantando con fuerza palabras específicas de la canción al saltar en círculos estúpidamente graciosos junto a Taylor.

Pasó su brazo por encima de los hombros del chico. Entonces, cuando la espalda de Taylor quedó contra su pecho, Dakho lo abrazó sin dejar de sonreír, sujetándolo desde atrás y colocando su mentón sobre el hombro de Taylor.

—*«Ooh-hoo, nobody knows it…»* —gritaron al unísono mientras se movían al compás. Taylor conocía perfectamente la canción.

—Nadie lo sabe... —masculló Haru cuando la frase volvió a repetirse. Estaba simplemente allí detrás de ellos, sorprendido.

No quería sacar conjeturas fuera de lugar, pero esas sonrisas y el ambiente ligero que de pronto se había manifestado lo hicieron sentir ajeno a la escena. No quería suponer nada, pero lo hizo. Y sin ser notado por los dos chicos, subió el volumen de la música y dejó el equipo encendido.

Conocía a Taylor desde que eran niños, y siempre le pareció un

chico reservado. Nunca le había agradado del todo, pero justo ahora no era el Taylor que solía conocer, era uno que reía escandalosamente al hacer el ridículo, enterrando su rostro en el cuello del otro chico que le rodeaba dulcemente. Ambos le inspiraban una extraña sensación que no supo si llamar complicidad o temor, que lo motivó a dejarlos a solas. Definitivamente no era nadie para entrometerse en los asuntos de los demás. Se despidió de los chicos con un pequeño movimiento de la mano y salió por la puerta de atrás caminando lentamente.

La fuerte música resonaba también afuera del lugar. En medio del cambio de períodos, el resto de las estudiantes caminaba por los pasillos sin poner interés al estruendo del interior. Entre ellos Sean Grace, quien se movía presuroso buscando al resto del equipo, pero la música y el estruendo lo atrajeron hacia la puerta principal del auditorio. La música y las luces solo podían indicar que los fenómenos del teatro estaban ensayando. Y Sean Grace definitivamente no podía dejar pasar una oportunidad de tal magnitud para burlarse de ellos y fastidiarles la existencia, como siempre.

Haru lo vio cuando dobló la esquina del corredor, de pie ante la puerta principal mientras se debatía entre si acercarse o no. Tragó saliva, si Sean Grace veía lo mismo que él vio, estaba seguro de que Dakho estaría jodido. El acoso que había sufrido por años y él estaban seguros de eso. Así que reaccionando velozmente corrió de regreso a la parte posterior del auditorio. El mayor alcanzó a verlo. Alzó una ceja, confundido, y se acercó a la pequeña ventana del auditorio en busca de algo para entretenerse, pero no esperaba ver tal escena.

Eran su hermano y su siamés, juntos como de costumbre. Bailando sin que existiera espacio alguno entre ellos, frente a frente mientras Dakho sujetaba de la cintura a Taylor y este sonreía tímidamente intentando ocultar su felicidad. Su hermano. El chico más insípido y raro de todos bailando y cantando en brazos de un

hombre. Realmente debía estar soñando.

Los chicos eran incapaces de verlo o escucharlo. Ambos estaban clavados uno en el otro. Taylor había perdido por completo la timidez y su melodiosa voz había comenzado a acompañar la canción.

—*«Don't go breaking my heart...»* —cantó con fuerza sin dejar de mirar a Dakho.

—*«I won't go breaking your heart»* —respondió intentando transmitirle eso: que no se preocupara, que él no iba a lastimarlo.

Dakho era incapaz de romper su corazón.

La canción terminó y Dakho se inclinó lentamente ante su rostro. Realmente no importaba si él pertenecía a esa realidad o no, inconscientemente comenzaba a importarle más el destino de Taylor que el suyo. Estaban demasiado cerca. Taylor tragó saliva pesadamente cuando el mechón oscuro del chico se adentró en su campo de visión.

Sean Grace no entendía lo que pasaba, y abrió los ojos expectante. Negó con la cabeza, y justo cuando creyó que iban a besarse, las luces del interior se apagaron de pronto. Parpadeó repetidas veces, y dio un paso hacia atrás en medio de su confusión.

Entonces, chocó con alguien que inocentemente caminaba por el lugar. Desvió su vista de los niños raros por un instante para ayudar al chico que había empujado. Cuando finalmente pudo regresar su atención hacia el interior del auditorio, ya no había nadie allí. Incluso la música se había detenido y todo se había sumido en una completa oscuridad. Intentó abrir las puertas, pero fue imposible.

Estaba enloqueciendo.

Dakho y Taylor, ajenos al ataque de nervios de Sean Grace, estaban en el piso del escenario, solo que ahora detrás del telón. Riendo. Ante la sensación de que alguien los espiaba, Taylor había empujado a Dakho, pero su falta de equilibrio hizo que cayera sobre él.

Ninguno de los dos tenía intenciones de levantarse.

Haru había bajado la palanca de la iluminación y estaba de pie cerca de ambos. Los había salvado, pero justo ahora era incapaz de moverse. Cerró la puerta por dentro para proteger a los muchachos de los peligros del exterior. Negó con la cabeza sin entenderlo, solo entonces y oculto en la oscuridad detrás de las cuerdas, se sentó en el suelo aún aturdido. Él no quería ser uno de *esos,* pero no podía dejarlos.

Taylor volteó la cabeza para ver a Dakho, armándose de valor para preguntar algo en lo que había estado pensando durante días. Algo que había estado atrasando su investigación.

—Dakho... —le llamó—, ¿podrías ser sincero conmigo?

—¿Sobre qué? —dijo, mirándolo asustado.

—Tú... ¿Me viste al-alguna vez? ¿Sabes quién soy, es decir, cómo soy?

—¿Quieres saber cómo lucirás en treinta años?

—No, no. Yo quiero saber si soy... ¿alguien importante?

No era capaz de decirle la verdad. Al menos no aún.

—Exactamente, ¿qué esperas que te diga? ¿Acaso no eres tú quien habla de la fragilidad del tiempo y el azar?

—No lo sé. Es... una idea estúpida.

—Ya basta, ¿a qué se debe tu repentino cambio de actitud? Has estado actuando demasiado extraño.

—He tenido mucho en qué pensar.

—Vamos, dímelo ya. Sabes que puedes contar conmigo.

Taylor se quedó callado, sin saber si era pertinente hablar de eso.

—Entiendes que estoy en un programa escolar especial, ¿cierto? —Dakho asintió—. Bien pues... hace meses llené la solicitud de diferentes universidades. Y yo...

—¿Y tú...?

—En la correspondencia de esta mañana había exactamente cinco sobres para mí.

—No lo entiendo... ¿te rechazaron? ¿Por eso estás así?

—No me atreví a abrirlos.

—¿Qué? ¿Por qué? Taylor, eres el chico más inteligente que conozco, estoy seguro de que...

—Sí, yo también estoy seguro de que entré. Pero no creí que pudiera, ya sabes, lograrlo. Cinco sobres de ese tamaño significan que entré a más de una en distintas especialidades. Y yo... nunca he sido bueno tomando decisiones.

—¿Por eso esperabas que yo te dijera qué dirección tomar? —Dakho se esforzaba por hablar. El nudo que se formó en su estómago creció hasta alojarse en su garganta. ¿Cómo decírselo?

—Te dije que era estúpido, lo siento.

—No, no lo es. —Suspiró cansado—. El problema es que... yo no te conozco en el futuro. Lo poco que sé es gracias a que Sean Grace suele hablar de ti.

—Hablar de mí... —se burló—, quizás en tu época aún me detesta. Por eso no me conoces.

—Todo lo contrario. Él no te odia, eres su hermano. Nunca podría hacerlo, él... te quiere y te querrá más de lo que imaginas. Él te extraña muchísimo —se atrevió a decir.

—Como tú a tu padre —soltó de pronto.

—¿Qué tiene que ver eso con mi padre?

—El último experimento... Estabas asustado, entraste en un estado recesivo por el estrés, pero ¿cómo es que tu familia te llevó a eso? Lo lamento. No pensé que reaccionarías así.

—No necesitas usar palabras técnicas para preguntar eso —dijo y soltó una pequeña risa.

Taylor suspiró cansado y se atrevió a reformular su pregunta.

—¿Extrañas a tu familia? Es decir, ¿extrañas a tu padre?

—No.

—No trates de evadir mi pregunta, Dakho.

—No lo hago. Pero ¿alguna vez te has sentido como un error? —preguntó, a lo que Taylor negó lentamente—. Yo... pasé sintiéndome así por mucho tiempo. Y la noche del experimento lo reviví. Era tan

real... como si estuviera allí otra vez. Olvidé por unos minutos cómo moverme, olvidé incluso que yo era un adulto, perdí la conciencia. Fue como si los últimos diez años de mi vida nunca hubiesen sucedido.

Taylor abrió la boca, sorprendido. ¿Había trasladado su conciencia? Controlarla hasta un punto circunstancial en donde nunca cayera al lago podría ser una solución aún no explorada, pero eso significaría olvidar cualquier suceso transcurrido fuera de la línea actual. Después de todo, el pasado de Dakho era el futuro de Taylor.

Debía ponerse a trabajar de inmediato. Apretó la mandíbula y pensó en ello como un plan de reserva. La respiración del chico era suave, estaba callado. Taylor notó su distancia y se conmovió, pues Dakho no necesitaba una solución; en ese momento, necesitaba un amigo.

La mirada de Dakho se había llenado de duda, demasiado evidente pese a la poca luz, pero eso no evitó que Taylor lo mirara con empatía.

—Dakho... —dijo— eso no contesta mi pregunta inicial. —El muchacho lo observó sin dejar de divagar entre sus ojos y sus largas pestañas—. ¿Extrañas a tu padre?

Dakho se contestó a sí mismo antes de darle una respuesta.

—Extraño la idea de él. Quizás solo extraño ser crédulo y soñar con el día en que nosotros tres fuéramos una familia como las demás. Yo... extraño la idea de pensar que me quería.

—No lo necesitas, Dakho. Tienes a tu madre, él nunca ha sido indispensable.

—No es cierto. Pensé que estábamos bien, que ambos éramos suficientes para el otro y luego ella encontró a alguien que realmente la hacía feliz. Ambos son felices por su cuenta, supongo, y yo... soy egoísta, y solo quiero que todo esto acabe para poder seguir con mi vida en paz. A veces... quisiera ser feliz como lo son ellos.

—Creo que debería dejar de hacer preguntas estúpidas...

Dakho negó con la cabeza. Sentándose sobre la madera, pudo entonces observar a Taylor.

—Gracias, Taylor.

—¿Por qué me agradeces?

—No lo sé, se supone que yo debería ayudarte a ti y tú... te enfocas demasiado en mí. Eres... la primera persona a la que le importa cómo me siento.

—Supongo que estar contigo me vuelve un poco sentimental —dijo Taylor. Dakho le colocó una mano sobre el pecho.

—Tú haces que sea más humano —confesó Dakho—. Solo que no tengo idea de cómo manejarlo...

—¿Manejar qué cosa?

—Mi mente. Demasiados sentimientos y poca inteligencia.

—Y yo soy tu antítesis: demasiada inteligencia y pocos sentimientos.

—Eso explicaría mucho. Me convierte en el polo opuesto de tu vida, y ya sabes lo que dice el magnetismo sobre eso.

—Polos opuestos se atraen. ¿Es eso lo que intentas decir?

—Intento hacer un piropo científico para ti.

Taylor soltó una sonrisa sincera.

—Eres un tonto, Dakho —dijo intentando ocultar la vergüenza en sus mejillas rojas.

Dakho podía verlo sonreír y no alcanzaba a comprender cómo era posible que la humanidad entera se hubiese privado de algo tan espléndido como Taylor. Cómo era posible que de entre millones de habitantes en la Tierra, ni uno solo pudo ser capaz de observarlo tan de cerca y sentir su mirada únicamente solo para él. Dakho sabía que no debía excederse, que tarde o temprano debía regresar a su época. Pero el tiempo de Taylor estaba contado, y si él no hacía valer esa juventud, ¿entonces quién?

Taylor se acomodó en el suelo, sosteniendo su peso con ambos brazos detrás de él. Entonces Dakho se inclinó lentamente, apoyando su antebrazo en su pecho antes de llevar su rostro hasta el

de Taylor cuando se atrevió a darle un corto beso en sus labios, fugaz al separarse ligeramente para detenerse a verlo y constatar que Taylor había cerrado los ojos. Su pecho se encogió de ternura. Taylor siempre temblaba cuando lo tenía cerca, nervioso de sus actos y de su libre devenir. Asustado al no tener el control y por las nuevas sensaciones que experimentaba.

Sus labios se humedecieron cuando la lengua de Dakho pasó por ellos adentrándose poco a poco en su boca, en medio del roce entre ambos. Dakho movió su mano hasta el cuello del chico para sujetarlo contra él con fugaz descaro al sentir a Taylor y sus ansias de devolver el beso a pesar de su inexperiencia. Sonrió en medio de un pensamiento egoísta que quiso ocultar, pero con descaro cuando mordisqueó el labio inferior de Taylor, causando que el sabor de su saliva se volviese ligeramente amarga. Taylor se separó de él de pronto.

—¿Acabas de morderme?

—¿Ups?

—Debes aprender a controlar tus... —Dakho llevó su dedo índice a la boca del muchacho.

—Quiero que sepas que todo eso fue completamente intencional.

—¿Esta vez no te obligó ninguna fuerza sobrenatural? —bromeó Taylor.

—Esa noche también quería hacerlo. Qué buen lugar ese mirador. Ya ni recuerdo qué hacíamos allí.

—¿Eh? Arruinamos la cita de Sean Grace y tu madre. ¿No es ese tu objetivo de vida?

—¿Cuál cita?

Taylor salió de la burbuja en la que pareció estar absorto minutos antes.

—De la que hablaron SunHee y Sean Grace en el auto. ¿No lo recuerdas?

Dakho sacudió la cabeza. Sí, él tenía un recuerdo como ese, pero

en su memoria ya no estaba aquella montaña en las palabras de Sean Grace.

—El primer beso de mi madre y Sean Grace fue en la puerta de su casa, Taylor. De esa noche solo recuerdo nuestro beso. Sé que los seguimos y lo que hicimos... No recuerdo haberte hablado de una cita...

—Tus recuerdos cambiaron. ¡Maldición! ¿Lo captas? —exclamó Taylor, empezando a perder el control.

—¿Captar qué cosa?

—¡Logramos cambiar la historia, Dakho!

—¿Y por qué demonios no puedo recordarlo y tú sí?

—Soy un tercero, y soy ajeno a los acontecimientos de tu vida.

—¿Significa que puedo arreglar la historia después de todo?

—No lo sé, pero tenemos que averiguarlo. —El timbre que marcaba el final de las clases sonó, anunciándoles que era hora de marcharse. Taylor se levantó de prisa—. Dejé mi libreta en el casillero, iré por ella y te veo luego.

Salió apresurado y Dakho sonrió al verlo alejarse. Parecía feliz. La esperanza de salvarlo se abrió nuevamente ante él y se aferró a ella, porque quería creer en un final donde él era un héroe. En sentido estricto, la conciencia es la creadora del universo. Y el amor es una perspectiva que muestra lo valioso de las cosas incluso más aparentemente insignificantes y adversas en la vida. La metafísica del amor busca explicar lo que parece no tener sentido y materializar lo abstracto en devoción. Acciones. No hay más que eso.

Dakho se levantó para seguirlo, pero al hacerlo alguien más le tomó del hombro antes de que lograra salir. Retrocedió asustado y su expresión de temor no mermó incluso cuando reconoció a Haru a su lado.

—Oh, mierda —dijo Dakho.

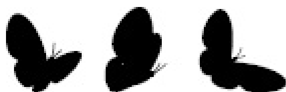
—Deberían ser más cuidadosos —sentenció con seriedad.

—No... no es lo que parece —intentó negarlo, pero no serviría de nada.

—No soy estúpido. Los vi. Ustedes dos... me deben una.

Dakho asintió aliviado. Bueno, al menos eso significaba que Haru era parte de su equipo.

Y sí, Taylor iba a matarlo.



A la salida de la escuela, Kim Anzu esperaba en el auto estacionado mientras bebía. El ron lo mantenía alerta, o al menos eso era lo que él creía. La risa de todos esos jóvenes pretenciosos lo irritaba. La juventud que poseían era un tesoro desperdiciado que él nunca podría ser capaz de poseer de nuevo. Un par de semanas más y tendría cuarenta y seis años. Y aunque sonara vano, no podía evitar sentirse abrumado en medio de la multitud de jóvenes que salían deliberadamente del edificio. Quizás su experimento tenía un trasfondo más egoísta que científico, pero preferiría mantenerse alejado de tales pensamientos.

—¿Por qué tardaste tanto, Jaewon? —preguntó exhausto al joven que acababa de entrar al asiento del copiloto.

—Un idiota me empujó en el corredor, hizo que me retrasara.

—Ah. ¿Conseguiste algo importante?

—«Hola, Jaewon. ¿Cómo te fue en tu primer día en la escuela?» —dijo el muchacho sarcásticamente—. Oh, gracias por preocuparse, profesor. Fue un día asqueroso y no averigüé nada, si es eso lo que quiere saber.

Kim Anzu suspiró, la juventud era agotadora.

—Lo siento. ¿Qué tal tu primer día?

Al mayor no le fue difícil falsificar un acta de nacimiento para hacer pasar al muchacho como su hijo, con sus influencias y el rostro casi infantil que tenía el veinteañero. Después de todo, trabajaban para el Gobierno. ¿Quién podía negarles algo?

—Horrible. ¿Ya mencioné que este es un terrible plan? Estamos

perdiendo tiempo valioso que podríamos utilizar analizando el radar.

—Vamos. No puede ser tan malo, solo debes acercarte al equipo de ¿béisbol? —dudó— e identificar a nuestro sujeto, o al compañero, en su defecto. Haz amigos, no sé, actúa como un niño normal.

—No soy un niño, profesor Kim. ¿Esto es realmente necesario?

Jaewon frunció el ceño bajando las comisuras de su boca en señal de protesta. El otro sacudió la cabeza al verlo.

—No soy tu padre, Jaewon. Soy tu jefe, y si yo digo que es necesario, lo es.

Jaewon suspiró.

—Lo haré —dijo sin estar convencido—. Solo porque realmente quiero saber qué demonios salió del agujero de gusano en el lago.

Jaewon se cruzó de brazos. Esto le parecía demasiado estúpido, tenía veinticinco años. ¿Qué caso tenía mezclarse con todos esos púberes? Y peor aún, ¿cómo podría encajar? Su estatura y sus facciones parecían jugarle en contra. ¿Cómo podía parecerles un niño? Incluso el profesor Kim lo pensaba, y eso era bastante malo. Así jamás nadie lo respetaría.

Kim Anzu encendió el motor del auto y marcó reversa para salir del espacio en el que estaba estacionado. Volteó a mirar a Lee de reojo mientras el otro veía molesto hacia el frente. Estando aún en terreno escolar, condujo muy despacio mientras luchaba por no estresarse al ver a tantas personas a su alrededor. No podía evitarlo. El contacto humano no era lo suyo, tampoco la lentitud.

—Ese idiota... —masculló Jaewon llamando su atención.

—¿Qué? —dijo sin entender su molestia concentrada en un punto más allá de la ventana.

—Nada, es solo que... ese es el tipo que me empujó. Parecía agitado, y luego se fue corriendo, un completo lunático.

Kim Anzu concentró su visión en la misma dirección que Jaewon. Era un grupo de jóvenes charlando sobre un viejo auto, no le

pareció la gran cosa hasta que su mente encontró un detalle que no pudo ignorar. Cinco muchachos portando orgullosamente la chaqueta del equipo de la escuela, y en medio de ellos, uno que resaltaba significativamente por la ausencia de tal prenda.

—¿Te refieres al chico castaño, alto, sin chaqueta? —Jaewon asintió sin comprender su repentino interés, no hasta que el profesor entrecerró los ojos intentando ver con mayor claridad.

—Sí... ¿Qué tiene de especial?

La mente del profesor creó dentro de sí una brecha con la ligera posibilidad de hacer encajar sus piezas. Insistió en bajar, pero Jaewon no cooperaba. En medio de su forcejeo, ninguno de los dos notó que el grupo de jóvenes se había dispersado para subir al vehículo. Aquel que creían era el dueño subió exactamente en el lugar del piloto. Amante de la velocidad, el muchacho aceleró para avanzar por el estacionamiento.

Kim Anzu salió ligeramente del vehículo para poder visualizar al otro auto a alejándose y se jactó alzando la cabeza. La ventana trasera, en lugar de un vidrio, tenía cinta adhesiva.

—Te lo dije, Jaewon. Es el auto.

—¡Genial! Un auto viejo y un chico sin chaqueta en un día caluroso. Le entregaré su Nobel cuando regresemos al laboratorio —dijo con sarcasmo.

—Debemos vigilar a ese chico.

—¿Qué caso tiene?

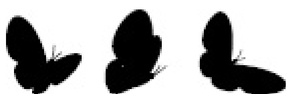
—Él... probablemente sepa más de lo que debería.

—No. Por favor, debió ser una coincidencia.

—Créeme, Lee. Nada pasa por coincidencia aquí. La vida se basa en acción y reacción.

Ambos se miraron entre sí creyendo haber encontrado el camino hacia el conocimiento, sin saber que aquel joven Sean Grace no tenía ninguna relación con su fugitivo experimento. O bueno, al menos no tenía idea del problema al que su hermano acababa de arrastrarlo cuando un científico loco y su ayudante comenzaron a

seguirlo esa tarde.



Esa tarde, Taylor se dedicó a actualizar su amada libreta:



Han Dakho y el subconsciente como punto en el espacio:

Experimento n.° 1

La capacidad de materializar situaciones y/o realidades es una posibilidad por explorar.

El sujeto se ve afectado por la descarga eléctrica provocada por la aceleración de su ritmo cardíaco y el estrés. Se generan espasmos, pérdida del conocimiento y apnea.

$$V = I \cdot R$$

$$\Delta \quad R = \frac{V}{I}$$

Su cuerpo parece ser inmune a la electricidad. ¿Cómo consiguió tal característica?

Cambios en su memoria y subconsciente.

- Alucinaciones.

- Pérdida parcial y momentánea de las capacidades motrices.

- Daños físicos: Ninguno.

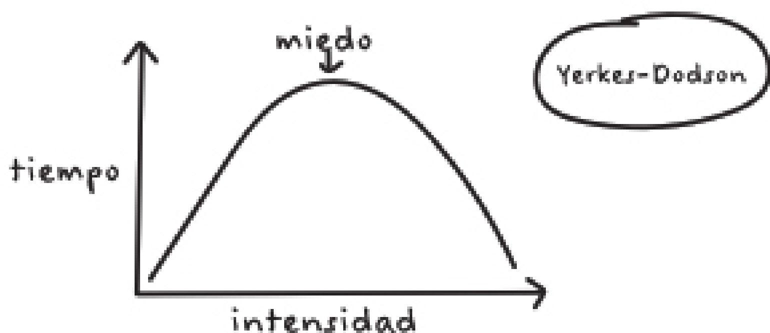
- Daños psicológicos: Pertenecientes a la infancia; sin relación con el experimento.

- Miedo.

Yo tengo miedo.

Él siempre me observa demasiado. ¿Por qué lo hace? ¿Será acaso que se siente atraído hacia mí?

P. D.: Mi labio está hinchado.



07.

3 DE SEPTIEMBRE DE 2018.

Las primeras horas del tercer día de septiembre significaban para Dakho estar un paso más lejos de su primer aliento. Un paso más adelante hacia el último de sus días.

Abrió los ojos esa mañana en medio de un gran silencio y del frío de su habitación. La ventana y la puerta estaban abiertas y las luces, encendidas. Suspiró a sabiendas de lo que eso significaba: estaba solo en casa, otra vez.

Se había vuelto rutinario, y Dakho, quien nunca se sintió a gusto en soledad, optó por mantener la iluminación de la casa encendida durante la noche para no sentir temor al dormir. Encontrar todo intacto al despertar era más tétrico de lo que debería. Se levantó, apagó la radio y caminó hacia el baño para tomar una ducha larga y helada hasta que finalmente salió, vistiéndose con su uniforme escolar lentamente, sin presión alguna por avanzar.

El dinero de su almuerzo estaba en la mesa de la cocina, como era costumbre. Al bajar lo tomó, y guardándolo en el bolsillo de su chaqueta salió de casa en dirección a la escuela, con su mochila en el hombro y la música fluyendo en sus audífonos. Desde el trayecto en autobús, y por los pasillos de la escuela, el ambiente era lúgubre, quizás producto del frío, o quizás de los esqueléticos pensamientos que esa mañana lo atormentaban.

Se sentía irrelevante. Y, de hecho, lo era.

Apagó su celular antes de entrar a clases; después de hacerlo e ingresar a su salón el día avanzó con pereza. Dakho mantuvo su vista clavada en la fecha anotada en la pizarra durante mucho tiempo en

un estado de frustración perenne: 3 de septiembre. Su cumpleaños, y hasta el momento, no parecía ser más que un día cualquiera.

Para cuando el timbre del almuerzo sonó y todos sus compañeros comenzaron a retirarse, Dakho se quedó en su pupitre con la cabeza gacha y la vista en la madera. Volvió a encender su teléfono; no había ni una llamada ni un solo mensaje, y pese a que intentó con todas sus fuerzas contener sus deseos de pedir atención a gritos, no pudo.

Tomó su celular y presionó el primer número que apareció en él esperando que la línea se abriera. Cuando lo hizo y escuchó esa voz, se arrepintió al instante.

—¿Hola? ¿Quién habla? —Estaba borracho, lo sabía al reconocer la respiración pausada.

—¿No sabes quién soy? —dijo desganado.

—No conozco este número. ¿Quién eres?

Quiso colgar, pero no pudo, la esperanza lo motivaba, pero, más que eso, lo mantenía agonizante.

—Papá, soy yo, Dakho...

—¡Oh, hijo! Debí saberlo —su voz se volvió ambigua—. Dime, a qué debo el honor de que recuerdes a este viejo.

—Yo... quería saber si irás a casa, por mi... —tomó aire— por mi cumpleaños.

—¿Cuándo es?

—Mañana —mintió. Tener que recordarle su nacimiento a su propio padre era bastante patético.

—Oh, no. Cómo lo siento, Dakho, estoy fuera de la ciudad en un viaje de negocios y siendo sincero no sé cuándo volveré.

No tenía sentido. Sin importar la fecha que dijera, él no estaría allí, ya debería saberlo.

—No te preocupes, lo entiendo. En realidad, no es la gran cosa —dijo sin ánimos de confrontarlo.

—Te traeré un recuerdo de la ciudad en donde estoy. ¿Qué tal un llavero?

Fingió una risa mientras apretaba entre sus manos las llaves en su bolsillo adornadas con *souvenirs* de otras tres ciudades.

—Eso sería increíble, gracias.

—Está bien, te veré la próxima semana entonces, Dakho. No puedo creer que ya eres todo un hombre de...

—Diecisiete...

—Todo un hombre de diecisiete años, maldición, ¿Cuándo creciste tanto?

Dakho no volvió a reír. Tragó saliva pesadamente y se limitó a terminar la conversación.

—Adiós, papá —dijo desganado y cortó la llamada. No debía seguir escuchándolo, no quería hacerlo.

El salón y los pasillos estaban vacíos. Tomó sus cosas; le importaron una mierda los cursos que debía tomar después del almuerzo. Él quería salir de allí, necesitaba hacerlo. Salió de la escuela un par de horas antes. Entonces corrió, corrió sin detenerse, sin dirección, sin querer pensar. Cada paso que daba le recordaba la irrelevancia de su existencia. Su inteligencia se sentía aplastada por un ego retorcido y por la necesidad de ser escuchado. Un problema moderno, la soledad constante. Y la idea de un descanso eterno cuya juventud abrazaba de la forma más desesperada posible.

Trataba de no ser sentimental. Nunca lo fue, en realidad; pero, en ese punto, lo único que quería era ser notado por alguien, era lo único que pedía y anhelaba. Aunque el afecto parecía ser más inalcanzable de lo que él creyó. Dakho era invisible ante las personas que amaba. Y quizás, sin saberlo, se volvía insignificante para sí mismo también, porque cada vez le importaba un poco menos la idea de despertar al día siguiente.

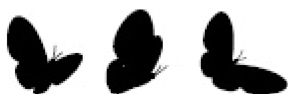
La tarde de su cumpleaños número diecisiete regresó a casa con la esperanza de encontrar a su madre con un cálido recibimiento, una sonrisa y un *te quiero*; pero, en su lugar, encontró la calefacción apagada y un silencio abrumador.

Caminó hacia la cocina; buscó un tazón para servirse un poco de

cereal, solo para darse cuenta de que ni siquiera había leche en casa y que la nevera estaba desconectada. Diez cumpleaños seguidos olvidados eran todo lo que tenía. Justo allí, a punto de llorar en soledad, Dakho cerró los ojos y deseó con tantas fuerzas que su cumpleaños dieciocho fuese diferente, él mismo lo haría ser diferente. En su teléfono había un mensaje de texto de su madre, en el que le decía que llegaría tarde de nuevo a casa esa noche.

—El próximo año será diferente, Dakho —se dijo a sí mismo para alentarse y detener sus malos pensamientos—. El próximo año.

Como un árbol que cae en medio del bosque y hace ruido, aunque no sea escuchado, la esperanza de la juventud se apaga aun cuando no hay nadie para verla perecer.



119 DÍAS ANTES DE...

Dakho abrió la cortina rota de la habitación de Taylor cuando los primeros rayos de sol brillaron a través de la ventana. Encendió el estéreo con el volumen a máxima potencia. Irradiaba felicidad.

Hoy sería un gran día, Dakho estaba seguro de eso. Se había duchado y vestido desde muy temprano con la ropa nueva que Taylor había comprado para él y que había estado reservando. Porque después de que Sean Grace se diese cuenta (un mes después) de que Dakho utilizaba sus pertenencias, no tuvieron más opción que ir de compras y gastar parte de los ahorros de Taylor en un montón de ropa que ni siquiera era para él.

—Maldición, ¿podrías callarte? —dijo Taylor desde la cama, intentando cubrirse el rostro con su sábana.

Dakho sonrió al encontrarlo despierto y se dejó caer sobre él para molestarlo.

—Taylor, dulzura, buenos días. Ya es hora de levantarse.

—¡Aléjate de mí, idiota! Me estás aplastando.

—¿Por qué tan agresivo? ¡Vamos, levántate! ¡Hoy es un día especial!

Taylor apretó los ojos. Se sentía cansado, su sistema inmunológico parecía jugarle en contra, la nariz roja y las lagañas de los ojos solo podían significar que la temporada de alergias había comenzado y que él sería, como siempre, su principal afectado. El otoño estaba demasiado cerca; el inicio de septiembre marcaría el próximo cambio de estación y de color, cuando los árboles de California comenzaran a tornarse ocres.

—No tienes respeto por mis pocas horas de sueño ni por mi espacio personal; creí que ya tenías claro que no soy muy amable al despertar.

—Despierto todos los días a tu lado; créeme, la percepción que tengo de ti durmiendo es muy diferente a lo que piensas.

—Por comentarios como esos las personas malinterpretan nuestras conversaciones.

—Oh, cállate. Soy *gay*, todo lo que haga será malinterpretado.

—Pero yo no, y tú me arrastras contigo.

Dakho alzó una ceja, burlándose.

—Oh, pequeño Taylor. Estoy seguro de que estás más de este lado que yo mismo y no lo digo solo por mí, sino porque tengo un sexto sentido que me dice cuando alguien es de los míos. Así que deberías callarte y anotar en tu libreta algo como «Finnian Taylor y su latente homosexualidad».

Estuvo a punto de insultarlo, pero notó un detalle importante.

—Alto, ¿estuviste leyendo mi libreta? —preguntó alterado—. ¿Cuándo? ¿Cu-cuánto leíste?

—Hace un par de días; leí pocas páginas, en realidad. Me aburrí tras leer la primera evaluación que hiciste sobre mí, pero —hizo una pausa dándole énfasis a la última palabra dicha— actualicé la hoja de mis datos personales.

—Sabes que tienes prohibido tocar mi libreta.

—Lo hice por una buena causa.

—Eres un...

—Soy un Grindr humano.

—¿Un qué?

Dakho rio por lo bajo, le divertía mucho jugar con su inteligencia.

—No lo entenderías; de todas formas, eso no importa, en realidad, estoy esperando a que me felicites.

—¿Felicitarte? ¿Por qué?

—¿En serio no sabes qué día es hoy? ¡Lo anoté en tu calendario!

Taylor ladeó la cabeza, confundido, cuando preguntó y su expresión se volvió seria.

—¿Lunes?

Dakho chasqueó con la lengua. Haber usurpado ese cuaderno no había servido de nada. Sonrió desganado levantándose de la cama.

—No —aclaró la garganta—, pero es una tontería de todas formas.

—Dakho...

—Deberías bajar; tus padres quieren despedirse de ti. Nos llevarán a la escuela de camino al aeropuerto —dijo antes de abandonar veloz la habitación.

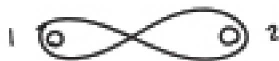
Taylor apretó los ojos. Había estado distraído toda la semana, tanto como para olvidar los detalles a lápiz de su calendario, no notar la ausencia de su libreta robada o recordar que sus padres viajarían ese día por la mañana. Llevaba un par de días intentando avanzar con su investigación, pero no podía. Siempre había algo que le hacía perder el rumbo, desde Dakho dibujando sobre sus planos, hasta él mismo obligándolo a salir de casa para saltar la cuerda en el jardín.

El gato está tan vivo/muerto como la investigación de Taylor.

Parecía estúpido pensar en ello, pero en realidad, Dakho había dejado de lucir preocupado, como si inconscientemente no quisiera irse. Y quizás, una parte de Taylor estaba disfrutando mucho de su compañía. Pero sabía que no debía centrarse demasiado en el chico y que, tarde o temprano, todo volvería a tomar su curso.

Agitó la cabeza y se sentó frente a su escritorio.

Paradojas; contradicciones. Hablar de una segunda o incluso una tercera realidad era ampliar la posibilidad de una solución relativamente correcta. Eso lo llevaba a pensar en la física cuántica mientras mordía el borrador de su lápiz. Porque entonces serían miles.



Emitir energía y absorber radiación. ¿Cómo demonios plantear siquiera una jodida hipótesis? No tenía ni idea de cómo iniciar con la ecuación, su cabeza iba a estallar y casi podía ver el póster de su poderosísimo Einstein pegado en su habitación burlarse de él. Dado el resultado del primer experimento, necesitaba un lugar el doble

de grande que la bañera para contener la energía de Dakho, algo como el lago, pero a menor escala; pero eso era algo que debía pensar después.

Abrió su libreta para revisar sus cálculos anteriores; al hacerlo, una página doblada llamó su atención, ya que él difícilmente marcaba de esa forma las cosas. La hoja de información general de su sujeto de prueba ya no lucía tan pulcra como él la había redactado. Había pequeños dibujos de zanahorias a lápiz adornando su nombre y anotaciones que él no había hecho. Sonrió sin pensarlo. Y releyó aquella información que creyó no era lo suficientemente relevante.

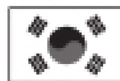
Han Dakho; peso: 66 kg; altura: 178 cm.

Cabello negro, lacio, ligeramente largo.

Extremidades superiores e inferiores no presentan alteraciones o dificultad de movimiento.

Habilidades físicas y cognitivas en buen estado.

Actualización:

Lugar de nacimiento: Seúl, Corea del Sur. 

Fecha de nacimiento: 3 de septiembre de 2001.

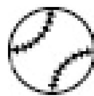
Siano del Zodiaco: Virgo. 



Colores favoritos: Negro, violeta, negro, blanco, negro y negro.

Comida favorita: Patatas al vapor, arroz y zanahoria rayada rallada. Vegetariano, odia la soya. 

Libro favorito: El retrato de Dorian Gray.



Deportes: Béisbol, natación, gimnasia y atletismo.
Hobbies: Cantar, leer manga, tejer y dibujar.

Debilidades: Solo tu mirada, guapo. 

Se ahogó de la risa. ¿Por qué demonios Dakho anotó todo eso? Nada de eso era importante, pero sí bastante específico y la lista seguía por un par líneas más que incluían programas de televisión que no conocía y nombres de artistas que no entendía. Porque Taylor no tenía ni idea de qué era un «Britney Spears» o un «Teen Wolf».

Taylor siguió leyendo hasta que un detalle que había pasado por alto llamó de nuevo su atención. Regresó la vista a las primeras anotaciones y luego levantó la cabeza para constatar en el calendario el tercer recuadro de septiembre encerrado en un círculo.

Era hoy. Era su cumpleaños. Su cumpleaños dieciocho.

Bueno, técnicamente estaba a quince años de nacer y luego a otros dieciocho de llegar a su cumpleaños, pero esos solo eran detalles.

Taylor se abofeteó mentalmente por pensar en cálculos estúpidos en ese momento, y se acomodó sus anteojos, recapacitando. Dakho no hablaba demasiado sobre sí mismo a menos que se lo pidiera. Así que, hipotéticamente hablando, si Dakho estaba igual de emocionado que él por su cumpleaños, lo más probable era que extrañase su hogar y la probable celebración que recibiría de parte de su familia.

Se conmovió porque no sabía la verdad y divagó un par de segundos pensando en el brillante futuro de Dakho. Entonces, pensó en que era su deber como anfitrión y adulto encargado hacer algo especial por él. Ah, y sí, se distrajo de su investigación otra vez.

Le tomó un par de minutos y una hoja de su libreta reorganizar

su día por completo. Una idea se había apoderado de su mente, y teniendo el nombre de Dakho en ella, nada podría sacarla de allí. Quizás solo quería distraerse de su misión real, o quizás el chico le importaba demasiado. Probablemente ambas, pero eso era algo que no le interesaba descubrir.

Tomó una toalla y la frotó sobre su cabeza, despeinando aún más su cabello. Después corrió hacia el baño para mojarse ligeramente el rostro. Solo entonces decidió salir de su habitación fingiendo temblar de frío mientras se aferraba a una manta.

Bajó al primer piso y analizó fríamente la situación.

Sean parecía ayudar a su padre a llevar las maletas al auto, mientras Dakho intentaba convencer a su madre de que el tocino no era indispensable en el desayuno. Entonces, puso en acción su plan.

Pastel de zanahoria, fase uno: Limpiar la madriguera.

Entró a la cocina con una manta sobre su espalda, temblando. Su madre se removió preocupada al verlo y se acercó a él rápidamente. Notó la confusión de Dakho en su mirada mientras su madre tocaba su frente, examinándolo.

—Oh, Dios. Finn. ¿Te encuentras bien?

—Sí, mamá. —carraspeó con la garganta—. Son solo las aledgias. Ya sabes, otoño.

—Tu sudor está helado —dijo ella, comenzando a angustiarse—. Creo que quizás deberíamos llevarte al doctor antes de marcharnos.

—Oh, no. Es su anivedsadio —no pronunciaba la *r*, porque en su mente eso hacía lucir más real su constipada nariz, y, de hecho, funcionaba—. No quiedo que se peocuoen pod mí.

—¿Estás seguro?

—¡Sí! Solo me quedadé aquí y descansadé un poco.

—Me quedaré contigo —intervino Dakho. Cayendo ante su, según él, excepcional actuación.

—¡No!, —carraspeó luego de gritar— digo, do, está bien, ve a la escuela.

—¿Faltar no afecta tu récord de asistencia o alguna de tus clases? —preguntó su madre no muy convencida.

—En lo absoluto.

Su padre apareció detrás de él con las manos en los bolsillos de sus bermudas y sus sandalias con calcetines.

—¿Qué sucede aquí y por qué no están todos en el auto? —Tomó su sombrero de playa del perchero—. En realidad, no me importa, pero quien no salga en cinco minutos irá corriendo detrás del auto.

—Tu hijo está enfermo, viejo ridículo, ten un poco más de consideración —le reprendió su esposa.

—Pues que sea un chico normal y vuelva a la cama. Déjalo descansar, el mundo no terminará si falta a la escuela un día.

Sean Grace escuchaba la conversación desde la puerta principal sin prestar demasiada atención en realidad, preocupado por sus propios problemas. Taylor siempre había tenido un sistema inmunológico débil, verlo enfermo era habitual. ¿Por qué tanto alboroto?

—¿Estás seguro de que puedes quedarte en casa solo? —preguntó su madre por última vez, a lo que Taylor asintió; ella besó su frente—. Está bien, te veré el sábado.

Dakho dudó en acercarse cuando Taylor evitó su mirada alejándose de él y luego decidió seguir a los señores Kim hacia el auto. Parecía querer estar lejos de él, y en realidad, Dakho también necesitaba estar solo. Sean Grace se levantó del sillón para seguirlos, pero antes de que pudiera avanzar, su hermano lo tomó del brazo, llamando su atención forzadamente.

—Esto es lo que pasará —ordenó Taylor con gélida voz.

Pastel de zanahoria, fase dos: Planear la distracción.

—Oye, ¿qué demonios? —dijo al ver a su hermano de pronto tan fortalecido.

—Vigilarás a Dakho en la escuela; evitarás que regrese a casa antes de tiempo, porque conociéndolo, lo hará, y luego volverás con él aquí por la tarde. ¿Entendido?

—¿Qué? Estás actuando muy extraño. ¿No se supone que estabas enfermo?

—Es parte de mi plan. Ahora, como te decía antes de que me interrumpieras, necesito que me ayudes a distraer a Dakho por un par de horas.

—¿Por qué? ¿Ya te cansaste de ser su niñera? Es tu mascota, no la mía.

—Eres un imbécil, pero quisiera algo de tu ayuda, para variar. Es cumpleaños de Dakho, está lejos de casa, en un lugar lleno de desconocidos, y... me gustaría hacer algo lindo por él.

—Oh, vamos. Tendrá muchos cumpleaños más, podrá vivir con eso.

—Entiendo por qué te odia. Serás un padrastro terrible en el futuro si piensas eso... —masculló Taylor.

—¿Qué?

—Nada. —Aclaró su garganta—. Es decir, lo dice el chico que tiene una gran fiesta para él solo cada año. ¡Vamos, te lo suplico!

—¿Y qué gano yo con todo esto?

—Mi infinito amor.

—Eso no me sirve, no quiero afecto, quiero... efectivo. No lo sé, ¿cincuenta dólares por cuidar a tu hijo? Me suena bien.

Taylor entrecerró los ojos y recurrió al plan de emergencia: chantaje.

—Yo te ofrezco mi silencio, y un paquete de preservativos.

—¿Qué?

—Bueno, en realidad no creo que los necesites, tienes como veinte en tu habitación. Y, de hecho, encontré uno en el auto la semana pasada, lo cual me parece sospechoso. ¿Debería preguntarle

a SunHee?

—No ha pasado nada entre nosotros y lo sabes. Deja de mentir, no había nada en el auto.

—Pero ella no lo sabe. Entonces, si no fue ella, ¿quién? Eso la desilusionaría mucho.

—Hijo de... —se detuvo antes de maldecir a su propia madre—. ¡Es mentira! Ella jamás te creerá.

—¿Quieres apostar? —lo retó.

—No puedes amenazarme con algo como eso.

—Puedo y lo haré. Entiéndelo, estás acorralado. Si se me da la gana, puedo ir y decirle a todo el mundo que te acostaste con tres chicas dentro del auto. ¿Y adivina qué? Todos lo creerán. Pero supongo que eso no suena mal para ti.

—Escúchame bien, Taylor...

—No, tú escúchame a mí. Vas a ayudarme, irás a la escuela, mantendrás ocupado a Dakho y luego regresarán juntos a casa para que él tenga un muy feliz cumpleaños. No vas a ser grosero y no vas a arruinar mis planes, ¿entendido?

—¿Desde cuándo te volviste tan manipulador?

—Desde que tú comenzaste a ser un idiota.

—No voy a caer en tu juego, haz lo que te dé la gana, pero yo no voy a perder todo mi día vigilando a tu amigo raro.

Taylor sonrió.

—Entonces le diré a papá que fuiste tú quien rompió la ventana del auto. Les diré que nos obligaste a mentir por ti.

Sean Grace abrió la boca, sorprendido; el renacuajo sabía jugar bien sus cartas. Cuando el padre de los Kim preguntó el motivo del agujero en el cristal trasero del auto, Dakho y Taylor se vieron en la obligación moral de salvar a Sean Grace, así que inventaron que un ladrón intentó robarlo, dijeron que en medio del forcejeo ellos habían roto aquel vidrio. Y ante los ojos de sus padres, los indefensos niños eran incapaces de mentir.

A Sean Grace no le importaba lo que la gente pensara sobre él,

siempre lograba salirse con la suya, podía incluso conseguir un perdón; pero algo que no podía perder era su preciado y hermoso auto.

—Eres diabólico —le dijo a Taylor mientras lo miraba, molesto.

—Lo sé.

Dakho apreció detrás de Sean Grace regresando al interior de la casa.

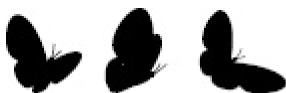
—Sean Grace —lo llamó—, tu padre dice que te apresures.

—Sí, Sean. Apesúdate, antes de idte dime, ¿estamos de acuedo?

Dakho ladeó la cabeza sin entender lo que pasaba y solo se desconcertó aún más cuando el mayor colocó un brazo sobre sus hombros.

—Púdrete, Taylor —dijo. El menor de los hermanos sonrió victorioso cuando los vio caminar juntos a la salida.

Fase dos: completa; ahora, solo tenía que averiguar cómo encender el horno. Después de todo, no podía ser tan difícil. ¿Cierto?



El nivel de incomodidad en el auto era palpable, bueno, al menos para Dakho y Sean Grace. Los padres del mayor parecían absortos en su propia burbuja de felicidad sin prestarles suficiente atención. Cuando llegaron a la escuela, ambos bajaron y caminaron en silencio. Sean Grace le seguía el paso con lentitud, y ambos eran incapaces de cruzar una sola palabra. Su eslabón común se encontraba ausente y estaban enfrascados en sus respectivas miserias mentales.

Entraron a la primera clase, luego a la segunda y a la siguiente. Sean Grace intentaba mantenerse al margen con su trabajo de guardaespaldas. Perdió a Dakho un par de veces en el corredor y dentro del baño, para encontrarlo finalmente en el salón de clase de su cuarta hora. El chico era tan bueno para pasar desapercibido

como para llamar la atención, aparentemente.

Cuando el período terminó, Dakho volvió a desvanecerse. Sean intentaba seguirle el paso, pero era difícil. ¿Qué demonios le hizo a Taylor para merecer esto? Se quedó parado en medio del corredor cuando la espalda del chico desapareció de su campo de visión.

—¿Podrías decirme por qué luces tan preocupado? ¿Acaso estás huyendo de mí?

Sacudió la cabeza cuando una cálida y gran sonrisa apareció frente a él, proveniente de un ángel de baja estatura, dientes grandes y cabellos negros.

—SunHee... no, he estado un poco distraído. —Se fijó en el bolso de la chica, sus libros y su liviana actitud—. ¿Qué haces aquí? Digo, adoro verte, pero ¿no se supone que tenías práctica de laboratorio hoy?

Él realmente le prestaba atención cuando hablaba.

—Tenía, iré a casa.

—¿Qué? ¿Por qué? —¿La bella genio se marchaba temprano de la escuela? Este día no podía ser más inusual para él.

—Encontraron vodka en el café de nuestro maestro y cocaína en el frasco para bicarbonato. Así que para resguardar nuestra «sensibilidad» nos enviaron a casa.

—Eso es increíble.

—Lo sé, y pensar que llevaba tanto tiempo sobrio. Taylor estará muy preocupado.

—¿Qué tiene que ver él con esto?

—Taylor da terapia gratis los jueves —comentó con naturalidad —. A propósito, ¿dónde está tu hermano?

Sean Grace no sabía qué era más extraño, si un maestro adicto o su hermano pro alcohólicos anónimos.

—Se quedó en casa. Es cumpleaños de Han y dijo que quería prepararle una sorpresa, estoy seguro de que intentará hacerle un pastel, es algo tonto en realidad —dijo con tono de burla. Pero su expresión desapareció cuando SunHee tiró de su oreja para

reprenderlo—. ¡Oye! ¿Qué te sucede?

—Kim, dime por favor que no dejaste solo a tu hermano en la cocina.

—¡¿Cuál es el problema?!

—¡¿Cómo que cuál es el problema?! —Lo soltó—. Hace dos meses casi nos asesina a todos intentando encender una licuadora, y luego dejó a la ciudad entera sin electricidad. ¡Imagina lo que hará estando solo con la estufa! Tienes que ir a casa.

—Exageras. Eso no es posib... ¡Maldición! Pero él dijo que debía vigilar a Dakho.

—Entonces iré yo. Intentaré ayudarlo en lo que sea que esté pensando hacer.

Sean Grace alzó una ceja, bastante complacido con esa idea.

—¿Quieres ayudarlo o buscas un pretexto para entrar a mi casa?

—No me presiones, Kim.

Sonrió; estuvo a punto de contradecirla, pero reconoció a Dakho a la distancia y no podía darse el lujo de volver a perderlo.

—No lo haré. —Se atrevió a bajar rápidamente para darle un beso en la mejilla irreverentemente antes de salir corriendo—. ¡Eres la mejor! —gritó al alejarse, dejando a la chica tan confundida como encantada.

Alcanzó a Han al entrar a clase de Economía. Se sentó en el último asiento, aquel que había comenzado a utilizar con frecuencia, y Sean Grace, siguiéndolo, tomó el lugar que Augustus Moon solía utilizar al lado del muchacho. Como sea, al mayor de los Kim le molestaban los suspiros constantes de Han y la insistente forma en la que sus uñas golpeaban el escritorio con inquietud. Parecía perdido, ni siquiera se cuestionaba su cercanía.

Moon entró al salón detrás del profesor, y su expresión cambió al verlo al lado de Han. Era evidente su rechazo. ¿Qué había de malo en él? Si bien se refugiaba en una coraza de ego, Sean Grace era una persona común como cualquiera. Una persona que tenía temores y preocupaciones, a los cuales nadie prestaba realmente atención. El

futuro se le hacía incierto: de todas las cartas de universidades que habían llegado a la casa, aunque tenían marcado el apellido «Kim», ninguna estaba dirigida para él. A diferencia de su hermano, no era brillante y solo destacaba en el béisbol.

Pero eso tampoco era suficiente. Se había visto opacado muy rápido por el talento de Han y, al final de todo, no tenía nada bueno que lo redimiera. El sonido de la tiza contra la pizarra lo desesperaba, el hecho de no entender ni una palabra y de sentirse inútil creaban una bruma asfixiante a su alrededor. Su pequeño Taylor era excepcional. Él, en cambio, luchaba por ganarse una beca que financiara su educación.

Sean Grace estaba tan absorto en sí mismo que no notó cuando el maestro presentó a un nuevo estudiante. Lee Jaewon, con una expresión claramente inconforme, saludó a todos y se sentó en una esquina. A nadie parecía importarle lo que ocurría. El tiempo pasó lento hasta que por fin llegó la hora de almuerzo.

—Sabes que en realidad no me interesa, pero tu mirada de lunático en mi cuello comienza a molestarme —dijo Dakho a Sean, sacándolo de su trance.

—No pienses estupideces.

Entonces, fueron liberados. El timbre sonó y Dakho se puso de pie; el otro lo imitó.

—Deja de seguirme. Has sido un dolor de pelotas todo el día.

—No es culpa mía que tengamos el mismo horario.

—Es la primera vez en semanas que eliges sentarte junto a mí. ¿No tienes nada mejor que hacer? Ve a practicar con el equipo, a cepillarte el cabello o algo.

—Cierto, el equipo. A veces olvido que soy un verdadero beisbolista, a diferencia de ti.

Sean dio un paso al frente, intentando parecer superior. Y Dakho, incapaz de doblegarse ante él, se acercó aún más. Haru los veía a la distancia; decidió intervenir cuando la cercanía entre ambos resultó peligrosa.

Polos iguales se repelen.

—Chicos, ¿qué sucede aquí? —dijo Haru, ganándose una mirada desaprobatoria de ambos.

—No es asunto tuyo.

—No tengo ánimo para esto. —Dakho se dio la vuelta sin intención de confrontar a nadie más. Estaba cansado de él mismo y de todos.

—Eso es, Han. Huye y acepta que lo tuyo fue cuestión de suerte.

—¿De qué hablas?

—El *home-run* con el que entraste al equipo. Fue suerte de principiante. —Se detuvo y sin mirarlo, dijo—: No lo intentes, no pongas tu reputación en juego, podría caer más bajo.

Dakho giró su cuello y entrecerró los ojos.

—¿Estás pidiéndome la revancha?

Sean Grace sacó de su mochila la vieja pelota que siempre llevaba con él y la alzó hacia arriba atrapándola de nuevo en el acto frente a los ojos de los muchachos.

—O quizás eso te... asusta.

—Muévete, Sean Grace. Voy a patear tu trasero —declaró Dakho y comenzó a caminar.

Sean Grace sonrió victorioso. Se dispuso a seguirlo, pero Haru lo tomó del hombro.

—¿Qué pretendes? Deja en paz a Dakho

—No es lo que piensas. —Sean Grace ladeó la cabeza meditando. Moon no le agradaba en lo más mínimo, pero parecía tener cierto apego a Han, así que invitarlo a la celebración debía ser lo correcto, ¿cierto?—. Lo sabrás en la tarde. Ve a mi casa después de clases.

Terminó de hablar y se alejó dejando a Haru bastante confundido. Volvió a centrar su atención en Dakho. Ahora podría vengarse de él, practicar y mantenerlo vigilado al mismo tiempo. Ambos caminaron hacia el campo, atravesando la malla y dejando sus respectivas mochilas en el suelo. Sean le entregó la pelota a

Dakho, quien se posicionó en el montículo observándolo fijamente. Entonces, en un vago intento de lanzamiento, Dakho dejó ir la pelota con desdén, sin llegar cerca del muchacho.

—Vamos, Han. Parece que no lanzas tan bien como bateas —dijo Sean mofándose de él.

—Eso es porque bateo con la izquierda —dijo retándolo, sabiendo que podía incomodarlo con su doble sentido—. Es más fácil llegar a segunda base así.

—Cállate y atrapa la maldita pelota.

—Cambiemos lugares, lanza para mí y verás cómo desaparece tu altanería.

—Ni lo sueñes.

—Entonces el que tiene miedo eres tú —lo desafió Dakho—. Te vencí antes, puedo hacerlo otra vez.

¿Cómo era posible? Han había salido de la nada y había acaparado cada aspecto importante de su vida. Como un intruso, robándole la atención de sus amigos, de sus padres, de la chica que le gustaba y, sobre todo, de su hermano. Parecía ser casi intencional. Sean se había esforzado cada maldito segundo de su vida, y no era posible que alguien como él alardeara de ser el mejor con la excusa de poseer algo tan vano como «talento nato».

Sean Grace dejó caer el bate en el piso y se colocó la gorra.

—Está bien, batea —dijo caminando hacia él.

Tenía razón, Dakho nunca fue tan bueno lanzando como bateando, pero tal como había aprendido de Taylor, la inteligencia era más valiosa que la fuerza bruta. Le entregó la pelota a Sean Grace en la mano al intercambiar posiciones.

—Dame tu mejor tiro.

Sean Grace apretó los labios mientras lo observaba. Palpó el cuero de la pelota en sus manos y relajó los músculos antes de lanzar. La bola rápida era su mejor movimiento y siempre lo utilizaba para sacar del juego a su oponente, pero Dakho sabía exactamente cómo funcionaba y por alguna razón tenía mucha

precisión para atajarle. Era como si hubiese jugado con él antes. Como si Dakho ya lo conociera.

Hizo su primer tiro y la pelota rebotó en la malla que rodeaba el pequeño campo. Una brecha de esperanza se abrió ante él cuando Dakho chasqueó la lengua, inconforme. Ambos estaban molestos, frustrados, compartían la misma esencia agresiva que los mantenía con vida. Y ahora el rencor era mutuo.

—Te quedaste callado, ¿eh, Han? Tu gran boca no compensa su poca destreza.

—¡Cállate y lanza de nuevo!

Sean Grace debió actuar con madurez, debió tomar sus cosas y salir victorioso de allí; pero no lo hizo, porque su yo de diecinueve años era la versión más soberbia de sí mismo que alguna vez tendría; porque quería más. Así que tomó la pelota y dejó que su alma se envaneciera. Aclaró su garganta y con una mirada de superioridad levantó el brazo para hacer un segundo movimiento, solo que esta vez el sonido de la pelota al golpear con la madera resonó fuerte cuando el lanzamiento fue magníficamente bateado por Dakho.

La pelota se perdió en su campo de visión y fue imposible para él seguirle el rastro con la mirada debido al sol. Dakho pudo ver su confusión cuando comenzó a correr en dirección opuesta, hacia donde se supone que la pelota debía haber terminado.

—¡Oye, detente! —llamó Dakho. Sean se había alejado y salido del campo, estaba de rodillas en la maleza mientras parecía buscar algo—. ¿Qué haces?

—La pelota, ayúdame a encontrarla —dijo serio.

—¿Qué?

—Ayúdame, necesito encontrarla.

—No me jodas, hice un movimiento perfecto y tú te enfocas en una vieja y sucia...

Sean Grace se levantó del suelo, agresivamente, y empujó a Dakho.

—Está bien, ganaste ¡Genial! Ahora cierra la maldita boca y

ayúdame a encontrar mi jodida pelota.

—¿O qué?

—No es momento para tus estupideces.

—Tienes decenas de pelotas iguales. ¿Y te has puesto sentimental? Qué ternura.

—No tienes idea de lo que dices.

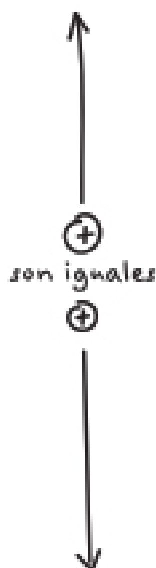
—¿Tienes sentimientos entonces? Pensé que eso no era algo propio del gran Sean Grace Kim.

Dakho transpiraba insolencia y deseos de guerra, simplemente porque no sabía cómo lidiar con todo el odio y el dolor que cada año crecían más y más en su interior, especialmente ese día, en su estúpido cumpleaños. Necesitaba un detonante y, a veces, las palabras al azar son las correctas.

—Eso no me ofende viniendo de alguien como tú.

—¿Alguien como yo? —cuestionó Dakho.

—Un maricón.



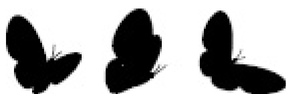
Su cabeza se llenó de adrenalina, y no dudó en propinarle un gancho izquierdo a Sean Grace, que lo dejó aturdido de inmediato. La sangre que brotó de su nariz se deslizó por encima de su labio superior. El rostro de Sean Grace se llenó de dolor casi instantáneamente, pero la humillación que sintió fue aún mayor,

tanta que lo impulsó a devolverle el golpe.

La fuerza de su empujé lanzó a Dakho al suelo, su cabeza chocó con una piedra, abriendo ligeramente su piel. Sean Grace se abalanzó sobre él para seguir golpeándolo, acertando varias veces en su quijada. Dakho levantó la rodilla para impactar en el abdomen de Sean Grace, consiguiendo darle en la ingle para quitárselo de encima.

Ambos eran estúpidos. Y quizás, lo único en lo que podían estar de acuerdo era en siempre llevarse la contraria el uno al otro. Dakho se levantó; la nariz de Sean Grace no dejaba de sangrar y la piel de alrededor comenzaba a tornarse violeta. Inconscientemente, se preocupó; lo último que le faltaba era tener que llevar a su padrastro al hospital.

Maldición.



Pastel de zanahoria; tercera fase:

Hornear el maldito pastel.

Taylor había pasado horas estructurando una fórmula perfecta; había medido, seleccionado y evaluado de forma procedimental cada uno de sus ingredientes. Tenía toda la teoría; sin embargo, algo que nunca tendría era la habilidad para preparar algo decente.

—¡Por amor a Newton, necesito que cooperes! —dijo exaltado. El horno no estaba siendo muy amable con él—. ¡Bien!

Sonrió victorioso con ambas manos en la cintura: finalmente, había logrado encenderlo y solo debía dejarlo precalentar, pero ahora se enfrentaba a un nuevo problema: hornear. Se acomodó los anteojos, amarró con fuerza su delantal y abrió el recetario de su madre. Todo debía salir bien, tenía harina, huevos, azúcar, levadura

y leche. Según el libro no necesitaba más, y un libro nunca le había mentido, así que creería en este.

El primer paso era hacer la mezcla, pero algo lo inquietaba. ¿Cómo hacerlo si Dakho huía de la leche? Bueno, no literalmente, pero tenía cierta renuencia a consumirla. Le había prestado suficiente atención al espécimen como para saber que no consumía ningún tipo de carne, y que, además, estaba intentando alejarse de todos sus derivados; lo suyo iba más a allá. Ideas como esas aún estaban muy lejos del entendimiento de Taylor, pero sin duda alguna cuestionarse era un gran comienzo.

En fin, su madre tenía varias bolsas etiquetadas como «harina» en la alacena, tomó la que él consideró más apta y colocó un poco en un recipiente con agua y aceite vegetal. Estaba siguiendo la receta, pero después de eliminar las partes no aptas para Dakho no le quedaba más que una masa de color y consistencia dudosa. No entendía ni siquiera por qué demonios estaba haciendo un jodido pastel. Tenía la necesidad de alegrar la existencia de su amigo. Se sentía ligeramente desesperado por no tenerlo a su lado, aunque en realidad no sabía si eso tenía algún significado.

Chasqueó con la lengua y abrió el refrigerador en busca de algo que pudiera servir para mejorar su creación. Su padre había conseguido leche de coco dietética, así que eso debía servir. Vertió la mitad del contenido del frasco en su mezcla, agregó canela y pequeños trozos de zanahoria que se dedicó a rallar por media hora.

«No luce tan mal ahora», pensó, contemplando con agrado la mezcla. Entonces, tomó un molde redondo y la colocó en su interior. Abrió el horno y delicadamente introdujo su intento de postre; luego volvió a cerrarlo lleno de autosatisfacción. Suspiró con fuerza; ahora solo tenía que decorar e invitar a algunas personas. En realidad, no sabía mucho sobre fiestas, y la multitud le incomodaba, así que con ellos tres bastaba. Y con respecto a la decoración, se dirigió a la sala para buscar en el cajón de baratijas de su padre: encontró un inflador y varios paquetes de globos de colores. Perdió

la cuenta cuando llegó a inflar cincuenta. La sala de la casa estaba llena de globos de colores y seguía preguntándose si eran suficientes, entonces abrió la puerta que conducía hacia el jardín y siguió inflando.

Le faltaba estética, y él, como el maniático perfeccionista que era, los ordenó por color en las cuerdas para ropa sobre el jardín. Corrió por la casa buscando las luces de Navidad para colgarlas por todo el lugar, en las afueras y en las escaleras. Subió a su habitación y observó desde el balcón el jardín de su casa. No, Taylor tampoco sabía mucho sobre cosas como decoración, pero cuando encendió la iluminación, admitió lo cálido que se veía todo bajo ese cielo opaco.

Un par de golpes en la puerta llamaron su atención y bajó corriendo al primer piso. Creyó que se trataba de su hermano, pero nunca se imaginó ver a SunHee en la puerta. No sabía si le sorprendía más su presencia o el hecho de que ella conociera la ubicación de su casa.

—¿Qué haces tú aquí?

—¿Por qué eres siempre tan directo?

Taylor soltó un fuerte suspiro.

—Hola, SunHee —le sonrió—. ¿Qué haces aquí?

—Visitar a un amigo enfermo, ¿no es obvio?

—Perdón, creo que formulé mal mi pregunta. —Aclaró la garganta—. ¿Quién te invitó a mi casa?

—Tu hermano lo hizo. Estaba muy preocupado por ti. —Entró. Taylor cerró la puerta mirándola con desconcierto.

—¿Sean Grace? —soltó, incrédulo y a la vez burlón—. ¿Preocupado por mí? ¿Mi hermano? Ni siquiera tú misma puedes creer eso.

—¡Es cierto!

—SunHee...

—¡Está bien! Me contó sobre Dakho y quise venir a ayudar, ¿sí?

—Eso es más creíble. —Taylor caminó hasta la cocina y ella lo siguió—. Gracias, pero no necesito ayuda, en realidad.

—Oh, vamos no seas aguafie.... ¡¿Qué demonios pasó aquí?!

La mesa, los azulejos y el refrigerador estaban manchados de mezcla. Había varios recipientes en el lavabo y canela derramada en el suelo. SunHee quedó boquiabierta ante el desastre.

—Taylor... tienes que limpiar esto ya mismo.

—Vamos, no es para tanto.

Ella se cruzó de brazos; su expresión se volvió dura, lo suficiente como para asustar a Taylor, que tragó seco cuando la vio así de seria.

—Tú ganas, limpiaré todo —dijo él, tomando un pequeño paño para comenzar a limpiar—. Pero lo haré por dos razones: uno, yo quiero hacerlo y dos, porque eres maniática y una mandona.

—Lo sé.

—Suenas como mi madre. Me compadezco de tus pobres hijos —bromeó, olvidando por un segundo que conocía parte del futuro de la chica.

—Creo que no soy la clase de chica que tendría algo como hijos. Es decir, ¿qué clase de madre sería?

Se sujetó el cabello en una coleta y se acercó al lavabo para ayudarle con los recipientes sucios. Desde niña se le había impuesto una idea de lo que debía ser y hacer, y le asustaba no poder entrar en el esquema.

—Serías una mandona que obliga a su hijo a hacer el aseo con sus ojos de asesina.

—Estaba hablando en serio —sentenció con una dura mirada. Taylor rio.

—Eso solo tiene una solución: no pienses en eso y deja que fluya. Puede que muchas de esas cosas parezcan importantes para el futuro, pero no lo son, no ahora.

SunHee le sonrió. Últimamente sentía que hablar con Taylor era más fácil. Estaba más relajado, más feliz. Antes no habría podido bromear así con él.

—Entonces... —aprovechó Taylor para preguntar—, ¿vas a contarme la razón de que hayas venido a conocer mi casa? Porque

hasta donde yo recuerdo, nunca te hablé de ella.

—No, prefiero fingir demencia.

La chica estaba de espaldas y era incapaz de ver el horno mientras reía y lavaba los platos, pero el olor a quemado lo hizo sobresaltarse.

—¿Soy yo o está comenzando a oler a...?

—¡Quemado! ¡El pastel, Taylor, el pastel! ¡Sácalo del horno ya! ¡El tiempo ya terminó!

—¿Debía tomarle tiempo? —reaccionó Taylor, confundido.

SunHee no podía creerlo. Se movió velozmente, colocándose los guantes para hornear y abrió la puerta del horno. Al hacerlo, un humo oscuro brotó de su interior y pudo rescatar del calor un intento de pan, tostado y de color marrón. Taylor se abofeteó mentalmente. ¿Cómo pudo olvidar tomar el tiempo? Vaya, la práctica de repostería era más difícil de lo que pensó.

El teléfono comenzó a sonar, debían de ser sus padres. Tenía que contestarles.

—¡¿A dónde vas?! —escuchó llamar a su amiga—. ¡Abre las ventanas, Kim!

—¡Silencio! Podrían ser mis padres.

Contestó el teléfono, mientras SunHee abría las ventanas para dejar salir el humo.

—Hola, ¿quién habla? —dijo, intentando sonar con naturalidad, como quien no estuvo a punto de quemar su casa, otra vez.

—¡Taylor! Soy Sean, necesito que tomes cincuenta dólares de mi clóset, tu identificación falsa y vengas por nosotros al hospital.

—¿Sean? ¿Qué demonios les pasó?

—Es... una larga historia. Luego te explico. Ven, ¡ahora!

—Está bien, voy para allá —dijo sin entender nada de la situación.

Lo mataría. Iría por ellos y luego mataría a su hermano.

—¿Qué sucede? —preguntó SunHee al verlo.

—Debo ir por mis idiotas al hospital. Quédate aquí e intenta que

la cocina pierda el olor a quemado, volveré pronto.

Se alistó para salir y dejó a SunHee a cargo del resto. No hubo necesidad de explicar: era obvio que algo así pasaría si esos dos se quedaban solos.

A quince minutos de allí, Sean Grace había usado la última moneda que le quedaba para llamar a su casa desde un teléfono público. La situación era la siguiente: su rostro estaba vendado a la altura de su nariz para contener la sangre y ayudar a sanar su tabique desviado. Y Dakho tenía cinco puntos de sutura, dos en la frente y tres en el mentón, además de un gran moretón en el pómulo derecho y el labio hinchado.

Cuando la llamada terminó, ambos se sentaron en la sala de espera. Era burocráticamente estúpido que dos personas de su edad necesitaran a alguien para firmar su salida del hospital, pero así era.

—¿Taylor en serio tiene una identificación falsa? —dijo Dakho, intrigado.

—Sí, es bastante realista, de hecho.

—Ni siquiera le gustan los bares o el alcohol. ¿Para qué necesitaría una de esas?

—Para votar por su senador local.

Dakho cerró los ojos y negó con la cabeza, dibujando una sonrisa burlona.

—Debí suponer que era para algo como eso.

—No puedo creer que desperdicié mi día contigo y además perdí mi pelota de la suerte. Vaya día de mierda —dijo Sean, cansado de la situación.

Dakho se quedó callado en medio de su intriga cuando finalmente se animó a preguntar:

—¿Qué tenía de especial?

Sean Grace lo meditó; aquellos segundos de silencio le hicieron pensar a Dakho que, a lo mejor, él no era digno de su confianza, y, de hecho, lo entendía. Ellos no eran y nunca serían los mejores amigos. Si embargo, Sean empezó a hablar:

—Esa pelota... perteneció a mi abuelo. Me la obsequió cuando era niño. Era lo último que me quedaba de él y de mi país.

—Nunca me contaron cómo llegaron acá.

—La guerra deja secuelas, Han. Hace quince años, quizás un poco menos.

—Ustedes... ¿huyeron?

—Algo así. Yo era un niño, apenas lo recuerdo, y Taylor era tan pequeño que ni siquiera entendió las razones. Nuestros abuelos hicieron vivir a nuestros padres cosas que no quisieron para nosotros, por eso se marcharon.

—Todo eso ocurrió una década atrás, la paz es casi un hecho.

—Hablas como si nunca hubieses vivido allí —respondió Sean, fastidiado.

Tenía razón. Dakho nunca conoció esa realidad. Sean siguió:

—Con una amenaza de conflicto tan grande y un servicio militar obligatorio, la posibilidad de terminar muerto era muy alta. Nuestros padres prefirieron ser inmigrantes y dormir en el sótano de unos conocidos por meses, a que Taylor y yo tuviéramos que enlistarnos a la fuerza. Quisieron darnos más oportunidades, supongo.

—Suena algo extremista...

—El miedo es una motivación abismal. Y si me lo preguntas a mí, después de todo, tampoco dejaría a mi hijo allí. Lo traería aquí, a California; lo llevaría de pesca y trataría de alejarlo de todas esas reglas absurdas.

Dakho parpadeó repetidamente, impresionado cuando la culpabilidad se apoderó de sus recuerdos, de uno en específico que incluía a su padrastro y a él pescando en aquel lago en el que desapareció. Quizás, el Sean Grace adolescente no era tan idiota, ni el adulto tan autoritario como creyó.

—Acabas de contarme todo eso... ¿por una pelota?

—No era una pelota cualquiera. Nuestro amor por el béisbol comenzó con ella, era especial. Me hizo feliz...

—¿Nuestro?

—Taylor es un segunda base increíble. ¿No te lo dijo? —Dakho negó—. Lo supuse, dejó de jugar conmigo hace un par de años. La pelota también era suya, te golpeará más fuerte que yo si se entera que la perdiste.

Dakho se rascó el cuello, vaya que la había jodido ese día.

—No creí que fuese tan importante. Yo... lo siento.

—Oh, vamos. —Sean soltó una leve risa—. ¿Te disculpas por perder mi pelota o por romperme la nariz?

—Por ambas... —dijo, rascándose la frente, apenado—, aunque en mi defensa, tú también me hiciste bastante daño. Aún no siento la mitad de mi rostro por la anestesia.

—Tú no me agradas, no iba a desaprovechar la oportunidad de golpearte.

—Lo sé, yo tampoco pude evitarlo.

—Aunque supongo que debo disculparme.

—¿Por qué deberías? —dijo Dakho, confundido—. Fue mi culpa.

—Por hacerte pasar tu cumpleaños en urgencias. —Suspiró pesadamente—. Feliz cumpleaños después de todo, Han.

Dakho se ahogó al contener repentinamente la respiración.

—Tú... ¿Cómo... cómo sabes que mi cumpleaños es hoy?

—Taylor me lo dijo.

«¿Entonces por qué... por qué quiso alejarse de mí hoy?», pensó.

—Lo sabía y aun así me ignoró...

—¿Alguna vez te han dicho que eres bastante pesimista, Han? Vamos, Taylor sería incapaz de ignorarte. ¿No te parece extraño que hoy, específicamente hoy, yo te haya acosado todo el día y haya decidido arrastrarte al entrenamiento, incluso cuando ver tu rostro me pone de mal humor? Lo hice porque él me lo pidió.

—¿Qué?

—Dijo que estabas muy lejos de casa, que extrañabas a tu familia y que quería hacer algo especial por ti hoy. Me pidió que te distrajera el tiempo suficiente para que pudiera ya, sabes,

«organizar» una fiesta, y que volviéramos a casa por la tarde. No solo yo... SunHee también está en esto. Me da risa: mi hermano no tiene muchas habilidades sociales. Estoy seguro de que hasta ha quemado el pastel.

—En realidad... —Dakho sonrió tímido, como un niño intentando contener su felicidad— eso no suena tan mal.

—Lo único que realmente me preocupa es que Taylor haya quemado la cocina otra vez. Confío en que SunHee y Moon no lo hayan dejado acercarse al horno.

—Te preocupas mucho por él.

—Taylor es la persona más buena de este mundo. Pero eso solo lo hace ser un imán de problemas.

—Oh, vamos, estás subestimándolo.

«Me supera en cada aspecto de mi vida y yo sigo subestimándolo», pensó Sean Grace. La verdad, en cierto modo, hasta se sentía un poco celoso de él. La anestesia parecía estar llevándolo hacia un estado de ligereza lleno de sinceridad. Quería proteger a Taylor, y le dolía que, quizás, él ya no necesitara de él.

—Cuidar de Taylor es lo único para lo que he sido verdaderamente bueno en mi vida. Y si ya no me necesita, no lo sé...

—Quizás sea hora de dejar de pensar en cuidar de Taylor y comenzar a cuidar de Sean Grace —le dijo Dakho, pensando en la desolada vida que le esperaba.

Ambos se quedaron en silencio; un silencio cálido y cómplice que solo se rompió con la preocupada voz de un muchacho que apreció de pronto.

—¡Dakho! —Taylor se acercó corriendo a ellos cuando finalmente pudo ubicarlos. —Oh, diablos, ¿Cómo te sientes? ¿Qué te sucedió?

Taylor pasó su mano ligeramente por sobre la pequeña venda que cubría la sutura de su frente.

—Estoy bien, supongo; adolorido, pero en una pieza.

—Soy tu hermano y también estoy bien, gracias por preguntar —

intervino Sean Grace, visiblemente más lastimado y con las marcas violáceas creciendo alrededor de sus pómulos. Su hermano entrecerró los ojos.

—¡Tenías un solo trabajo, Sean Grace! ¡Uno solo! Y lo arruinaste.

—Casi fuimos arrollados por un auto, Taylor. Pudimos morir, sabes, deberías alegrarte, aunque sea un poco —dijo Dakho.

—¿Es en serio? —Taylor alzó una ceja—. ¿Un auto?

—¡Sí! —respondieron al unísono.

—No sé qué los hace más idiotas, si pensar que pueden engañarme o tener una excusa tan terrible para sus peleas.

—¿Cómo sabías que...? —intentó decir Sean Grace. La perspicacia de su hermano era sorprendente.

—No lo sabía, pero lo acaban de confirmar. Entonces, tonto uno y tonto dos, ¿me van a explicar qué sucedió?

—Han perdió la pelota del abuelo —se excusó el mayor ganándose un pequeño golpe de parte del susodicho.

—¡¿Que él hizo qué?! —el enfado de Taylor era evidente.

—¡Kim me dijo lo de la fiesta!

—¡¿Que hiciste qué?! —dijo volviendo su rostro hacia su hermano—. Bien, no voy a estresarme por ustedes dos. —Taylor frotó su nariz—. Ya firmé el acta de salida, así que levanten sus traseros de allí y volvamos a casa antes de que anochezca.

Vaya que las habilidades de falsificación de Taylor eran sorprendentes. «Te lo dije: es brillante», le susurró Sean a Dakho mientras admiraban cómo los escoltaba a la salida, como un adulto respetable. Trataron como fuera de contener las ganas de romper a carcajadas.

A las afueras del hospital tomaron un taxi. Dakho entró y se acomodó en el asiento del copiloto, mientras Taylor ayudaba a Sean Grace a entrar en la parte posterior del vehículo. El taxista preguntó algo a Dakho, intentando sacarle conversación durante el viaje; entonces, Sean Grace aprovechó para recostar su cabeza en el hombro de su hermano y susurró:

—¿Lograste terminar con tus preparativos?

—Sobre eso... necesito que me prestes dinero.

—Quemaste el pastel, ¿cierto?

—Y la cortina de la cocina también. Pero en mi defensa, fue culpa de SunHee.

—¿Ella estuvo contigo? —cuestionó.

—Sí, de hecho, se quedó en casa, intentando quitar el color ahumado de los azulejos.

—Bueno, al menos todos estamos bien.

El trayecto era corto, pero el tráfico y el clima de la tarde hicieron que se alargase, así que les tomó el doble de tiempo llegar a casa. Se habían quedado en silencio, pero la curiosidad de Taylor y las palabras de la chica le hicieron hablar.

—Sean Grace —llamó por lo bajo— ¿Por qué SunHee conoce nuestra casa?

—No sé a qué te refieres.

—Ella conocía perfectamente el camino; y por la forma en la que se movió por la cocina... parecía que ella hubiese estado antes allí.

—Debe ser coincidencia.

—No mientas, sabes a qué me refiero. Ella...

Sean Grace suspiró.

—No puedo responder eso sin quedar como un idiota.

Taylor apretó los ojos, sacando más de una conjetura. Pero ¿debía reprochárselo? ¿Decirle a Dakho? ¿Tenía derecho alguno? No, en realidad no. Así que se limitó a mirar hacia el frente. Se concentró en Dakho; miraba su espalda y pensaba en si su estúpido plan tendría sentido alguna vez. No pudo más que contestarse que nunca sería así.

Mientras más se acercaban a casa, la cantidad de autos y de ruido crecía. Cuando llegaron, notaron que todas esas personas estaban reunidas en el interior de ella.

—Pero qué demonios... —masculló Sean Grace viendo por la

ventana del taxi, impresionado por la fuerte música y las luces que provenían del interior—. Taylor, ¿qué hiciste?

—No tengo ni idea.

Los tres bajaron rápidamente del vehículo; Taylor se adentró en la casa buscando a SunHee entre la multitud. Un Sean Grace adolorido y un Dakho sonriente lo siguieron hasta llegar a la sala. Encontraron a Haru a cargo de la música, mientras el resto de la gente bebía.

—¡Dakho! —llamó Haru a la distancia—. ¡Ven aquí, malnacido!

—¿Esta fiesta es para mí? —preguntó Dakho con los ojos abiertos y llenos de emoción, sin esperar una respuesta, pero recibiendo una de Sean Grace.

—No lo sé, pero necesito dormir. Así que tomaré un par de estas —tomó dos latas de cerveza de la mesa de café— e iré a mi habitación —dijo el mayor palmeando su hombro.

—Oye, no... quédate —pidió Dakho— Estoy seguro de que tu nariz no puede estar peor.

—No es mi fiesta. Así que hazme un favor y disfruta tu maldito cumpleaños. —Se dispuso a subir las escaleras, pero antes de avanzar le dijo—: Ah, y Dakho, dale un trago a mi hermano. Realmente necesito verlo ebrio.

—Lo haré —prometió. Sean Grace asintió y finalmente se alejó de la multitud.

Había frituras, golosinas y alcohol, y gente fumando en el jardín. Taylor encontró a SunHee mientras ella intentaba que sus compañeros de clase no rompieran la vajilla de la señora Kim en la cocina.

—¿Qué rayos está pasando aquí? —le dijo al verla.

—¡No lo sé! Ese chico Moon irrumpió aquí diciendo que Sean Grace lo había enviado. Le pedí que comprara otro pastel, se fue y regresó con dos bocinas gigantes, varias cajas de cerveza, y lo siguiente que supe fue que había cincuenta personas en la sala.

Taylor se dio la vuelta, molesto, y regresó a la sala, pero no

esperaba ver a Dakho entre la multitud con una lata en la mano mientras saltaba y bebía feliz. Después de saber que era su cumpleaños, Haru corrió de regreso al campo de béisbol donde se supone que habría práctica esa tarde, y al no encontrar a Dakho ni a Sean Grace, le contó al resto del equipo sobre la gran fiesta en honor al muchacho.

Ellos, como la élite, se lo contaron a sus respectivas parejas, y ellas, a sus amigas, y los amigos de los amigos de sus amigos. Moon puso la música y las primeras cervezas; nunca supo de dónde llegaron todos esos cartones de alcohol y las frituras. Después de todo, en las fiestas, todas esas cosas siempre aparecen solas.

Un gran alarido se escuchó al unísono cuando Dakho se integró al grupo.

—¡Fondo, fondo, fondo! —cantaban mientras él se terminaba media botella completa en cuestión de segundos. Gritó eufórico al terminarla.

Taylor se quedó detrás de toda la multitud. Al ver a Dakho tan animado mientras bebía y bailaba desvergonzadamente, sintió una genuina felicidad por él, pero eso no evitó que se sintiera un poco desplazado. Subió las escaleras lentamente y pensó, por unos segundos, en lo fácil que era para Dakho encajar en ese lugar, y en que él jamás podría hacerlo.

Dakho, aún preso de la emoción del momento y de la algarabía de los jóvenes, buscó con la vista a Taylor, intentando que se acercara a él, pero no pudo ubicarlo por ningún lado. Su expresión se tornó seria y se abofeteó mentalmente al pensar que estaba actuando como la clase de chico idiota que odiaba. El desesperado por atención que realmente era. Entonces, saludó a las personas que se acercaron a felicitarlo y agradeciendo su presencia, bajó de la mesa, empujando a varios en el intento. Caminó hasta la cocina con intenciones de conseguir más cerveza, pero al abrir el refrigerador, encontró lo que supuso era un vago intento de Taylor por hacer un postre para él, y lo tomó con una leve sonrisa.

La alegría de la fiesta y la fuerte música continuaron aun después de que tomara una de las cajas de cerveza y subiera al segundo nivel de la casa. Buscó a Taylor en el pasillo y luego en la habitación, sin encontrarlo. Sin embargo, aquella cortina que se movió víctima del aire lo hizo acercarse más y más. Al hacerlo, por fin logró ver a Taylor, de pie y con los codos apoyados en la pared que rodeaba la azotea. Dio tres golpes al vidrio de la ventana para llamar su atención. El chico se sorprendió al verlo.

—¿Puedo pasar? —le preguntó con una cálida sonrisa. Él asintió repetidamente, como incrédulo.

—Abajo hay una fiesta en tu honor. ¿Qué haces aquí arriba, Dakho? —dijo cansado.

—Estaba buscándote. ¿Qué haces tú aquí arriba?

—Toda esa gente... es demasiada interacción social para mí.

—Lo sé; será mejor quedarnos aquí —propuso Dakho, pero Taylor negó con las manos.

—¿Eres idiota acaso? Todos ellos están aquí por ti. Anda, ve a divertirte.

—No conozco a la mitad de esas personas. Y estoy seguro de que están aquí solo por el alcohol gratis. No tengo nada que hacer allí. —Dejó las latas a un lado—. ¿Una cerveza? —le ofreció al muchacho, que sin dudarlo la tomó.

—No lo entiendo —dijo Taylor dando un gran trago a su bebida —. Hicimos todo esto por ti.

—¿Hicimos? —cuestionó con una ceja enarcada—. Una pseudodiscoteca clandestina no suena a algo que tú harías. Es decir, es bastante genial, pero no es nuestro estilo, ¿cierto?

—Yo... Agh, no es importante quién o qué. Lo importante es que disfrutes tu celebración.

Dakho se acercó a él, revelando la charola con el postre oscuro y de dudoso aspecto.

—La verdadera celebración está aquí, contigo y con este pastel quemado.

Taylor se tapó el rostro, avergonzado. «Debí tirar ese estúpido pastel», pensó.

—Ni siquiera termino de comprender qué haces aquí. Literalmente, perteneces a un mundo de gente especial y eliges pasar tu cumpleaños ¿conmigo?

—Mírame, Taylor. No pertenezco ni a allá ni a aquí; nadie pertenece a ningún lugar, todos somos aleatorios, todos podemos elegir a dónde pertenecer. Podemos intentar encajar o estar con las personas que queremos.

—¿Estás seguro de eso?

—¿Por qué estás tan empeñado en hacer que me vaya?

—Estando aquí... No conseguirás nada. Quiero que seas feliz, al menos por hoy. No me importan tus palabras rebuscadas, sé que... no eres feliz, sé que no puedes serlo. Pero necesito que lo seas, aunque sea por unos minutos.

Dakho bajó la cabeza, la bruma oscura en el interior de su mente que parecía crecer cada día lo hizo dudar.

—Esto acaba de volverse muy tétrico para mí.

—Es tu día especial, ¿por qué no puedes simplemente disfrutarlo?

—Ese es el problema, Taylor, nada es especial en realidad. Nadie lo es, no existe tal cosa como ser especial. Para el universo, todos somos igual de irrelevantes. Y yo... soy igual que todos, y este día tampoco significa nada más allá de un sentimiento estúpido que yo puse en él.

—Hablas del universo con mucha ignorancia.

—¿Perdón?

—El universo está compuesto de pequeñas partículas que colisionan unas contra otras para generar vida. Piensa que tú eres una de ellas; es más, tú y yo somos partículas entrelazadas.

—¿Intentas decir que soy importante para el universo? Por favor, no me hagas reír.

—Digo que eres importante para mí.

—Eso lo hace aún peor. Pensar que tuve que viajar tan lejos para encontrar una pizca de afecto me hace sentir patético.

—¡Oye! —le dio un ligero golpe—, yo tuve que esperar treinta y tres años, siete meses y tres días en el futuro y de vuelta para tener un amigo, así que no te quejes.

—Realmente quisiera quedarme en este lugar.

—¿En este año? —interrogó con desconcierto.

—No, aquí en la azotea, contigo.

Taylor bajó la mirada; no era capaz de mirarlo fijamente. Los ojos oscuros de Dakho se iluminaban tanto que parecían relucientes cuando decía la verdad, y él, sencillamente, no podía ignorarlos. Tomó una de las latas y se la entregó.

—¿Otra cerveza? —dijo y extendió su brazo para entregársela. La inocencia cautiva dentro de Taylor gritaba por salir al exterior. Dakho abrió la lata y le dio un gran sorbo.

—¿Acaso solo me verás beber?

—He bebido suficiente por hoy, empieza a dolerme la cabeza.

—Taylor... —sonrió en señal de burla— llevas apenas un par de cervezas, no creo que tengas tan poca resistencia al alcohol. Es mi deseo de cumpleaños. Hazlo por mí.

—¿Debería?

—Por supuesto que sí. Odio compartir mi trago con la gente, pero tú eres la excepción, mi amigo. Así que venga, abre otra maldita lata y vamos a emborracharnos hasta vomitar.

Taylor lo meditó en silencio por un par de segundos, mirando la caja de cervezas aún a su lado. Tragó saliva con fuerza y luego, cuando terminó de convencerse por completo, sacó otra más del paquete.

—Está bien —dijo al abrirla. No pudo evitar arrugar la nariz ante la sensación burbujeante en su paladar—. Pero si vomito en nuestra habitación, tú vas a limpiarla.

—Lo haré, lo haré. Mañana —le respondió alzando su lata—, pero ahora, brindemos, celebremos nuestros dieciocho años.

—Aún me faltan un par de meses para eso.

Dakho intentó seguir adelante, intentó evadirlo, pero no pudo; la culpa lo consumía, y de seguir así, probablemente enloquecería.

—Taylor... —dijo con seriedad—, hay algo que quiero decirte, algo importante.

—¿Sobre qué?

—El día que fui al lago... Sean Grace dijo algo sobre ti, algo que he estado ocultándote. Sé que debí decírtelo antes, pero yo tenía miedo, tengo miedo... porque tú me agradas y...

—¿Qué tan malo es? —cuestionó Taylor sin dejar de mirarlo.

—Es malo, mucho.

—Entonces no quiero saberlo.

—Hace unos días me preguntaste sobre tu futuro. —Taylor se había terminado su bebida y abrió una nueva—. Te diré lo que sé, necesito hacerlo, no quiero que sufras.

—¿Conoces la paradoja del gato de Schrödinger?

Dakho parpadeó confundido. No tenía sentido evadirlo de una forma tan despiadada.

—Por favor, Taylor. Estoy hablando en serio.

—También yo, es por eso por lo que necesito que entiendas esto. —El tono de su voz se elevó causando estragos en la poca valentía de Dakho—. La paradoja del gato de Schrödinger es uno de los principios de la mecánica cuántica. Es un experimento que plantea encerrar a un gato en una caja completamente opaca y colocar un veneno dentro de un recipiente de cristal que luego se rompe. Eso significa que el gato está vivo y muerto al mismo tiempo.

—¿Qué? ¿Cómo podría? Si había veneno, el animal está muerto.

—Lo estará solo hasta que abras la caja. De eso se trata la paradoja, de que la realidad es manipulable y variable de tal forma, que cambia dependiendo de la intervención que tenga.

—Eso significa que si abro la caja... mataré al gato. —Dakho tragó con fuerza.

—Significa que harás real su muerte, porque en nuestra línea

temporal solo podemos tener acceso a un desenlace. Entonces, de todos los finales posibles, yo solo podré tener uno en esta realidad, uno quizás mejor o peor al que tuve en la línea principal.

—Antes parecías muy angustiado por el futuro.

—Lo estoy; necesito saber qué es lo que hay más allá de esto. Pero no ahora.

—¿Y qué quieres hacer ahora?

—Quiero... —Taylor dudó, nunca había sentido tanta libertad. Era como si él mismo se liberara de toda la presión de hacer lo correcto siempre cuando Dakho lo veía únicamente a él, mientras las primeras hojas secas de los árboles caían—. Quiero cerveza y sobras de pastel quemado.

—¿Solo eso? —le preguntó tocando con lentitud su mejilla. Taylor tembló, alzando la mirada y expuesto a una sensación poco familiar para él.

—Quiero... quiero saber si logré hacerte feliz.

Dakho sonrió; quizás era demasiado para lidiar con ello, pero Finnian Taylor había logrado hacerlo sonrojar profundamente.

—Fue... el mejor y más extraño cumpleaños que he tenido en mi vida.

—Me alegra escuchar eso.

—Pero... falta algo para hacerlo totalmente increíble.

—¿Sí? ¿Qué cosa? —dijo divertido por sus acciones, de pie, con sus codos recargados en la ligera pared que rodeaba la azotea, escuchando las ramas de los árboles al moverse por el viento.

—Aún no me has felicitado correctamente.

—Tienes razón. —Taylor sonrió para él, regalándole un cálido gesto mientras se burlaba del intento de cercanía—. Feliz cumpleaños, Dakho, bienvenido al mundo adulto.

Dakho asintió con una ceja alzada, deslizando lentamente su mano por la espalda del chico para acercarlo hacia él, jugueteando con la orilla de su camiseta cuando el alcohol y el viento se le subieron a la cabeza.

—Sigue incompleto.

—¿En serio? ¿Y qué se supone que falta?

—Pues… —soltó una pequeña risa—. El beso de felicitaciones para el cumpleañero.

—Parece que has adquirido una extraña fascinación por intentar besarme.

—No parece molestarte, ¿o sí?

Taylor giró su cuerpo hasta quedar frente a él. La mano de Dakho recayó sobre su pecho, dominando sus movimientos por completo; pero, contrario a lo que creyó, Taylor se quedó ahí dispuesto a avanzar cuando se acercó a su rostro para tentarlo.

—No lo suficiente —dijo antes de ser él quien tomase a Dakho por el cuello de su camisa y recibir sus labios sin miedo.

No era el alcohol en su sistema lo que lo mareaba, sino su mente enloqueciendo por la necesidad de estar cerca de Dakho. Era el circuito eléctrico conectándose mientras la espalda de Taylor entraba en contacto con el metal del balcón. Taylor sentía el pecho caliente y la cabeza pesada, estaba seguro de que al moverse bruscamente vomitaría sin contenerse mientras tambaleaba; por eso permaneció quieto, dispuesto a lo que sabía que quería y entendía que no era tan inaccesible.

La experiencia de Dakho era notable; y al ser correspondida con curiosidad, no logró más que ser estimulada. Se inclinó contra Taylor para poder sentir sus hombros, mientras que él le daba la espalda a la noche y a la ciudad cuando su cuello fue besado sin recelo. Elevando su respiración y su pulso, las luces del alumbrado público parpadeaban, también los pequeños focos que adornaban el jardín y el balcón, pero a ninguno de los dos les importaba, no cuando la humedad de sus bocas y la irracionalidad se mezclaban. Y el calor de ambos que comenzaba a extenderse por sus cuerpos amenazó con tomar control de sus mentes jóvenes aceleradas. La falta de autocontrol de Dakho lo hizo deslizar insolente una mano en la parte inferior de la camisa de Taylor. Este se separó de

inmediato, exaltado ante el toque inquieto del otro sobre la piel de su abdomen y el escalofrío que ese lento movimiento le hizo sentir.

—Lo siento —murmuró. La culpa lo azotaba por encima de sus impulsos—. No quise incomodarte... ¿Taylor?

Ladeó la cabeza; Taylor lo había esquivado, en un intento desesperado por regresar a la habitación. Dakho lo siguió. Entró por la ventana pensando en lo imprudente que había sido. «¿En serio acabas de manosear al chico?», pensó. Joder, realmente era estúpido. Ahora había molestado a Taylor.

Lo buscó en el interior de la casa y lo encontró en el baño de su habitación vomitando dentro de la bañera. Dakho evitó reír; también estaba mareado, pero aparentemente, el cuerpo de Taylor no había logrado soportar terminarse el paquete de cervezas.

—¡Odio esto! Haz que pare —pidió Taylor, antes de que una arcada le anunciara que volvería a vomitar. Dakho rompió en carcajadas.

—Te sentirás peor en la mañana, lo juro —dijo y se recargó en el marco de la puerta. Taylor apenas lo vio, molesto, y Dakho siguió:

—Vomitarte a ti mismo forma carácter, vas por buen camino. Le contaré a Sean mañana y él estará muy orgulloso de ti.

—¡Te —arcada— odio!

—Lo sé, pastelito.

—¡Déjame solo!

Riéndose, Dakho se alejó, no sin antes añadir:

—Y, Taylor, olvidé decírtelo: gracias.

En medio de su adolorida cabeza y su visión borrosa, Taylor alzó una ceja, confundido.

—¿Por qué? —preguntó.

—Por todo. Por ayer, por hoy y probablemente por mañana.

Las últimas horas del tercer día de septiembre significaron para Dakho más que sus últimos dieciocho cumpleaños. Incluso más que el día entero, cuando se lanzó en la cama de Taylor, torpe ante su presencia, dejándose abrazar por el suave y masculino olor del chico

impregnado en las sábanas hasta quedarse dormido, sonriendo como un idiota ilusionado, cuando la oxitocina se apoderó de su sistema y esa sonrisa, de su mente.

La madrugada del cuarto día de septiembre, aún con el pulso tembloroso, la visión nublada y la garganta cansada de tanto vomitar, Taylor abrió su libreta y seleccionó una de las últimas hojas en blanco para plantear en ella una nueva hipótesis:

Finnian Taylor y su latente homosexualidad:

Me siento atraído a un «Él».



Cerró la libreta, cuestionando todo lo que sabía sobre sí mismo al ver a Dakho en la cama, tan cerca de su cuerpo. Su piel y su corazón sintieron temor ante aquella acción física que generó una reacción emocional. Porque incluso Taylor, quien se jactaba de su inteligencia, era incapaz de entender que corría hacia un acantilado y que el único lugar en el que podía terminar era en el fondo.



He kissed a boy and
he liked it...

08.

3 DE SEPTIEMBRE DE 2019.

—¿Podrías alejarte de la ventana, por favor?

Sean Grace, el viejo, realmente intentó mantener su curiosidad controlada y sus interacciones al margen, pero era imposible. Estaban atrasados; el mayor debía haber terminado de empacar la cristalería de las repisas y un par de viejas cosas personales hacía semanas, pero allí estaba, espiando a Dakho por la ventana de la casa mientras intentaba camuflarse con la cortina.

—No puedo. ¿Quién se cree ese tipo para hablarle así? —Comenzó con una pequeña discusión, y Sean Grace simplemente no pudo evitar sentir la necesidad de entrometerse en medio de ellos.

—Amor, las cajas no van a armarse solas. Deja al niño y a su novio en paz. ¿Podrías, por favor?

—No. Ese tipo está cruzando los límites. La última vez Dakho regresó a casa con el labio partido. Es una rutina, lo maltrata, luego regresa pidiéndole perdón para luego volver a ser un completo idiota con él, le hace esas estúpidas escenas de celos, lo sigue como un lunático. Esa relación no me gusta, empezó a fumar después de conocerlo, ese tipo es una mala influencia para él.

—Lo sé —dijo angustiada—, pero él dijo que no debíamos entrometernos en sus asuntos. No quiere escucharme. No lo entiendo, él... no hacía cosas como estas.

—¿Estás segura? A mí me parece más como si ni siquiera lo notaras. Dakho está pidiendo atención, SunHee. Cada semana aparece con un tipo peor en casa.

—¿A qué te refieres con eso? —subió su tono.

—Sabes exactamente a qué me refiero.

Sean Grace suspiró. Debían hacer algo, pero ¿qué? Dejarían el país en un par de semanas y podrían liberarse del imbécil del novio de su hijastro, un tipo mayor que había estado manipulando a Dakho, pero hasta entonces parecía no tener más opción que soportarlo.

Él sabía que salir del país era la decisión correcta. Estaba consciente de que ante los ojos del menor lucía como un entrometido tomándose atribuciones que no le correspondían, pero quedarse en Corea significaba tener que convivir día a día con los vestigios de dos escombros humanos; tres, contándose a sí mismo.

Volvió la mirada hacia el exterior de la casa justo para presenciar el momento en el que el muchacho empujaba el cuerpo de Dakho contra el pórtico, furioso. Dakho le devolvió el golpe intentando zafarse de su agarre, pero era inútil; el otro lo superaba en altura y fuerza. Su mente no estaba enfocada, su parte emocional no lo dejaba contraatacar, volviéndolo vulnerable. ¿Por qué se dejaba maltratar de esa forma? Dakho tenía todas las de ganar y estaba fallando al defenderse.

—¡¿Cómo esperas que esta mierda funcione a distancia si ni siquiera puedo confiar en ti ahora?! —reprochó el chico sujetando a Dakho por los hombros.

—¡No sé de qué estás hablando!

—Te marqué quince veces, ¿por qué diablos no respondiste?

—¡Estaba ocupado, maldición! Suéltame ya.

La puerta se abrió de golpe y de ella salió una pelota de béisbol que rebotó en la cabeza del rubio.

—¿Qué demonios...? —dijeron ambos casi al unísono.

—Vete de aquí antes de que llame a la policía —demandó Sean Grace—, y tú —encaró con autoridad a Dakho—, entra a la casa, ahora.

—Sean Grace, este no es asunto tuyo. —Contrario a su reproche, se soltó del agarre del otro, levantó la pelota de la grama y caminó

hacia la entrada, molesto.

—Sí, anciano. Esto es entre él y yo.

—Pues este «anciano» te recuerda que estás agrediendo físicamente a un menor de edad y que además estás en propiedad privada.

—¿Y eso qué?

—Significa... que si no te largas en este instante de mi casa voy a denunciarte por allanamiento de morada y perversión de menores, ¡imbécil!

—No lo haría.

—No me provoques.

—¡Bien! —Escupió en el llano—. Púdrete, Dakho. Tú y toda tu estúpida familia. ¡Terminamos! Eres un...

Sean Grace empujó a Dakho dentro de la casa y cerró la puerta en el acto.

—No tienes por qué escuchar eso —le dijo, encendiendo discretamente los aspersores del jardín para ahuyentar a esa bestia.

—¿Qué sucede contigo? ¡Ahora jamás volverá a hablarme!

—Esa es la idea.

Dakho no le contestó; pasó a su lado, tiró la pelota y subió las escaleras velozmente sin dignarse a mirarlo. Sean Grace en realidad no sabía mucho sobre relaciones entre chicos o cosas como esas. Pero había aprendido demasiado de la vida como para permitir tal situación.

Se acercó a la caja que estaba en el suelo para acomodarla; dentro de ella vio un par de viejos uniformes y una gorra de su antiguo equipo favorito, y ahora se encontraban tiradas, al igual que la pelota de su abuelo, que rodó un par de centímetros más lejos después de su primer tiro en años. La tomó y meditó en silencio durante un par de segundos mientras la veía, pensando en su juventud y sus errores pasados.

Sabía que Dakho necesitaba a alguien que lo escuche. Suspiró dándole una mirada cansada a su esposa antes de pasarse la mano

por el cabello.

—Genial, ahora el malo soy yo —se dijo antes de tomar valentía y subir las escaleras.

Él definitivamente era anticuado para entender al chico; estaba viejo, no había más justificación que eso. Se estaba esforzando bastante en progresar por él desde la última vez que la jodió; es decir, siempre quiso un hijo, uno al cual llevar a la jaula de bateo y enseñarle a reparar el auto; uno al que invitaría a beber, comer filetes en exceso y con el que hablaría sobre chicas, negocios y demás. Un hijo para hacer «cosas de hombre». Nunca lo tuvo, y cuando Dakho llegó a su vida, apareció siendo tan opuesto a todo lo que creyó. Más artístico que atlético, vegetariano, homosexual y con una repulsión a los números y a la mecánica impresionantes.

Dio tres golpes a la puerta. Al no recibir respuesta giró la perilla y la abrió lentamente. Se encontró con Dakho en su cama, llorando en silencio. Al notar su presencia, se recompuso y fingió leer un libro como si no hubiese pasado nada.

—¡¿Qué quieres?! —gritó.

—Disculparme contigo.

—¿Qué pretendes? Hace seis meses llegaste aquí siendo un idiota conmigo, ¿y ahora de repente eres todo un héroe? No me hagas reír.

—No es así, yo... cometí errores, lo sé. Pero quiero...

—¿Arreglarlos? Por favor, las cosas que dijiste aún están en mi cabeza, y créeme, nada podrá borrarlas de allí.

Sean Grace suspiró cansado.

—Solo quiero saber si estás bien... ¿Él te lastimó?

—No tienes que preocuparte. —Agitó la cabeza—. Él es... un idiota.

—La mayoría de los chicos son idiotas —dijo jugando con la pelota en sus manos.

—Parece que sabes mucho sobre ser uno —atacó Dakho sin despegar la vista de Sean Grace. Estaba furioso y despechado. Dakho

buscaba en los chicos la atención que nunca obtuvo en casa, y ahora se había quedado con uno menos.

Sean Grace entró a la habitación con la intención de acercarse a él. La mirada confundida de Dakho apareció en cuanto lo vio caminar dentro de su espacio.

—De hecho, tienes razón. Yo sé mucho sobre ser un idiota. Lo fui por mucho tiempo, tanto como para saber exactamente que personas como él no te llevarán a nada bueno.

—No sé por qué te molestas en decirme esto. ¿Cómo podrías entenderlo?

—Los años no llegan solos —le dijo con seriedad—, y lo creas o no, la vida no es diferente a un juego de béisbol. Puedes ser un jugador o un bate, Dakho, tú eliges.

—No tienes idea de lo difícil que es ser...

—Quizás no —declaró—. Pero eso no significa que no sepa una o dos cosas sobre el amor. Y eso que vi allá fuera ni siquiera se le parece.

—¿Intentas darme un sermón? —La actitud altanera de Dakho menguaba en cuanto era incapaz de doblegar el aura de Sean Grace.

—Habrá cientos de chicos que jueguen contigo, un idiota menos es solo un partido de ligas menores. Y tú —tragó saliva, no sabía qué demonios estaba diciendo—, tú mereces más que eso.

—Parece que estoy en medio de una constante crisis desde que llegaste, ¿y justo ahora intentas subirme la autoestima?

—Toda crisis genera un cambio, Dakho. Y es parte de crecer entenderlo.

Tenía la pelota en sus manos, la alzó ligeramente en el aire mientras la observaba. Dakho no tenía idea de lo mucho que significaba para él, ni de su pasado en el campo.

—Estoy seguro de que ni siquiera tú mismo entiendes tus propias analogías —dijo con gracia sin llegar a burlarse. Había dejado de llorar, parecía más animado.

Sean Grace sonrió, esperando haber logrado sacudir un poco la mala imagen que Dakho tenía de él.

—Lo que intento decir es que nadie tiene el derecho de hacerte sentir insignificante.

Esa pelota tenía un gran valor, se trataba del símbolo de un sueño perdido para Sean Grace, pero había pasado demasiado tiempo significando tal dolor. Era momento de darle un nuevo enfoque. Dakho bajó la cabeza; Sean Grace se permitió dejar su pelota sobre la mesa de noche del muchacho como muestra de su buena fe y del lazo que sin querer brotaba de él y que Dakho se negaba a aceptar.

—Estoy bien ahora —dijo Dakho con el tono ambiguo que le caracterizaba—. ¿Algo más?

—No, no. —Entendiendo su petición, asintió con la cabeza—. Me... haces sentir más tranquilo. —Se dio la vuelta para dejar la habitación.

No, Dakho no era lo que esperaba. Dakho era diferente, sarcástico la mitad del tiempo, más inteligente de lo que parecía. Él era culto y espontáneo. Descubrió que estaba fascinado por la mitología griega, tenía un estilo estrafalario y un carácter fuerte. Estaba tan lleno de asombro y de deseos de conocimiento que se veían opacados por el miedo a no ser tomado en serio, a ser ignorado, a ser herido.

Dakho era la víctima que creció para defender a otros sin saber cuidar de sí mismo. Un valiente artificial que solo anhelaba proteger a los suyos y recibir una pizca de gloria, pero ya no estaba solo, ahora lo tenía a él. Necesitaba hacerle entender eso. No, él definitivamente no era el modelo que construyó en su cabeza durante años. Dakho era más que eso, era un chico maravilloso.

Sean Grace formó ideas en su juventud que nunca se atrevió a cuestionar, pero después de conocerlo descubrió su error y llegó a la mejor conclusión al entender que su hijo no era y nunca sería una copia suya. Después de todo, no había una forma única de ser un

hombre. No existía un patrón para forjar humanos, nunca lo hubo. Y eso era genuino, ahora lo sabía. Al entenderlo, muchas preguntas que desde hacía tanto había dejado de hacerse reaparecieron en su cabeza llenando su mente de culpa y de represión.

Dakho le hacía pensar en alguien a quien enterró hacía más de treinta años. Alguien que siempre fue diferente a los demás chicos de su época. Un chico que siempre se avergonzó de las cosas que amaba, ese que nunca se esforzó por comprender y aun así amó. Uno que Sean Grace estaba seguro de que se enamoró de Han Solo en lugar de la princesa Leia. Pero ahora era tarde para benevolencia y amor filial, demasiado tarde.

Sean Grace abrazaba con impotencia la idea de que su hermano murió sin afecto. Sin conocer la adrenalina del calor y sin comprensión o amor. Taylor murió a su lado, pero solo. Y él, a pesar de ser la única persona a la que le confió sus secretos, nunca podría perdonarse no haberlo escuchado antes.

—Oye, Sean Grace —llamó Dakho.

—¿Sí? —volteó a verlo. Esa sonrisa le pareció inocente, pulcra en su rostro joven, como una mínima muestra de su agradecimiento.

—Gracias.

El mayor asintió.

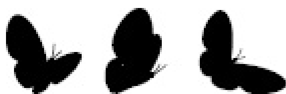
Dakho le hacía pensar en su hermano. Y en qué quizás, si él se hubiese dado cuenta de aquello en el pasado, Taylor hubiese sido feliz.

Las peleas y los múltiples romances de un par de días en los que Dakho se metía desaparecieron desde ese momento. Incluso tiempo después de la mudanza, justo cuando Dakho parecía odiarlo más que nunca, a Sean Grace le gustaba observar desde el exterior la ventana de la habitación de Dakho, porque sabía que, aunque el menor fingiera detestarlo, su odio no era real.

Prueba de ello era la pelota que ahora, dentro de una caja de cristal, adornaba la repisa frente al balcón. Justo al lado de sus libros y los discos que amaba como un símbolo de amor y respeto. Al final

de todo, parecía que Dakho sí había entendido sus palabras.

No, Sean Grace no era un mal padre, pero definitivamente había sido un hermano terrible.



107 DÍAS ANTES DE...

—¿Alguien podría explicarme por qué hacemos esto? —dijo Dakho.

El metro y los alfileres lo tenían inmovilizado. Dakho se sentía prisionero entre las capas de seda mientras estaba quieto como un maniquí. Taylor y Haru se miraron entre sí.

—Porque eres un idiota —le contestó Taylor mientras anotaba las medidas de sus hombros en su libreta—, y porque Moon necesitaba un modelo para los trajes de su musical.

—¡Él ni siquiera te agrada! ¿Por qué permites esto?

Haru estaba arrodillado junto a Dakho, midiendo ahora el largo de rodillas a talones.

—Sí sabes que estoy aquí y puedo escucharte, ¿cierto, Dakho?

—¡Esto es muy injusto! —alegó moviéndose y, al hacerlo, causó que accidentalmente le pinchara la pierna con un alfiler—. ¡Auch! —gimió de dolor.

—¡Deja de moverte, idiota! Arruinarás la tela y no es nada barata —dijo Haru, ajustando de nuevo el encaje sobre su traje.

—En serio, no sé qué hice para merecer esta clase de humillación.

Taylor se acomodó los anteojos, colocó ambas manos en su cintura y alzó una ceja a Dakho, molesto.

—Ah, ¿no lo sabes? Déjame refrescarte la memoria —dijo acercándose a él—. Moon nos vio besándonos por error en el auditorio.

—Uy sí, «por error» —masculló burlesco el tercero ganándose una mirada desaprobatoria de Taylor.

—Ahora por tu falta de autocontrol le debemos un favor —Haru carraspeó—, bueno, muchos favores —corrigió Taylor.

—Él me usa como maniquí y a ti te encanta verme, ¿cierto? —lo retó—. Joder, ¿por qué tengo que ser yo y no tú?

—Porque fue tu culpa que nos viera, cariño —dijo sarcásticamente.

—Oh, vamos. ¿Y se supone que por eso debemos ser sus esclavos?

—Dejen de pelear. —Haru comenzó a reír —. Yo no diría que son mis esclavos, sino mis amigos a la fuerza, ¿qué les parece?

—¡Cállate, Moon! —gritaron ambos al unísono haciéndolo reír el doble.

Haru había notado de inmediato que algo extraño pasaba entre esos dos desde el primer instante en el que los vio juntos. Era como un camaleón, un experto para pasar desapercibido y un manipulador de primera. Después de aquella tarde en que los vio besarse en el auditorio, regresó a casa consternado. Dakho le había suplicado su silencio, y en ese momento aceptó simplemente debido a la conmoción que le causó ver a dos hombres en esa situación. Ni siquiera supo por qué los había salvado de ser vistos por Sean Grace Kim.

Es decir, él venía del Sur, las dos culturas en las que había sido educado eran bastante conservadoras, por no decir religiosas, pero eso no había logrado escandalizarlo. De hecho, lo llevó a cuestionarse cosas sobre sí mismo. Sí, había decidido guardar silencio por el aprecio que le tenía a Dakho, pero eso no significa que no iba a sacarle provecho a su desesperación.

La situación le divertía mucho. ¿Necesitaba chantajearlos? No realmente, no era tan cruel como para delatarlos; el simple hecho de poder volver a entrar libremente a esa casa ya era suficiente. Estar tan cerca de Taylor Kim le traía cierta satisfacción extraña, porque sabía que era una gran forma de molestar a Sean Grace. ¿Era

vengativo? Sí, y mucho. Además, el que la razón por la que los chicos estaban en sus manos fuese la misma por la que Sean Grace no lo quería cerca de su hermanito le parecía lo más irónico del maldito universo.

—No hay razón para ser tan agresivos, así que cierren el pico. O pueden ir a manosearse al baño si prefieren —respondió a sus gritos, enrollando un trozo de seda más en el cuello de Dakho—. No, el naranja no es tu color.

Ambos suspiraron. No había más remedio que aceptarlo en su extraño grupo de amigos inexistente, aunque claro, debían ser más cuidadosos para no revelar nada de su investigación. Taylor tachó el color naranja de su libreta.

—Prueba con el pañuelo azul, queda mejor con el sombrero —dijo Dakho finalmente, rindiéndose.

—¿Mediterráneo o zafiro? —cuestionó alzando dos pedazos de tela que parecieron iguales para Dakho.

—¡Mediterráneo, obviamente! —intervino Taylor.

—Entonces será zafiro —concluyó, colocando la tela de ese color en los hombros de Dakho.

La obra escolar era muy importante. Las universidades buscaban distintos talentos, y chicos como Taylor o Dakho tenían su puesto asegurado en alguna de ellas. Haru aún tenía que sobresalir. Y el musical que había armado sobre *Romeo y Julieta* iba a ayudarlo con ello, por eso necesitaba toda la ayuda que voluntariamente nadie le daría.

—¿Qué pasa aquí? —dijo otra persona en la puerta mirando de arriba a abajo al modelo, quien solo estaba allí de pie pensando en lo mucho que su atuendo lo hacía sentir como salido de *Shrek*—. ¿Qué hace esta costurera en tu cuarto y por qué Han parece el rey de los tarados?

—¿Cuántas veces tengo que decirte que toques la puerta antes de entrar? —reprochó el menor al ver a su hermano.

Su nariz había sanado superficialmente; podía volver a lucir su

rostro y a ser un idiota sin represalia alguna.

—Vine a decirles que bajen el volumen. Duérmanse ya, mañana es día de iglesia.

—Me prohibieron la entrada a la iglesia, ¿recuerdas?

—Lo sé, te vetaron por dos años... hace dos años. Así que irás con nosotros mañana. Ambos, de hecho.

—No puede ser. Odio ir, no lo haré.

—¡¿Qué?! No puedes no ir.

—Sabes que detesto todo lo que involucre a la iglesia. Además, soy agnóstico, y él —señaló a Dakho—, es peor. Créeme, no nos quieres allí. Solamente recuerda que tuvieron que llamar a los bomberos la última vez que fui.

—Lo sé, pero por favor, haz un esfuerzo. Es por tu bien.

Todo esto era innecesario para Taylor. Siempre lo obligaron a interesarse por la religión de su familia. Pero últimamente Sean Grace parecía ser demasiado insistente con el tema. ¿Para qué ir? Era más urgente encontrar una solución al problema de Dakho que ir a sentarse por horas a perder el tiempo. Haru había tomado todas sus cosas y guardado sus instrumentos de costura en su mochila mientras hablaban.

—Parece que tienen mucho qué discutir —se excusó para salir —, así que esta costurera se va. Quítate el traje con cuidado, Han, lo terminaremos el lunes —dijo caminando hacia la puerta.

—¿No te quedarás? —preguntó Dakho.

—No puedo, tengo algo que hacer en la mañana —se limitó a decir. Sean Grace lo observaba con expresión poco amable, mientras tomaba sus telas del piso—. Trabajo comunitario.

Se acercó ligeramente al mayor de los Kim cuando caminó hacia la salida de la habitación. La incomodidad entre ambos era grande y evidente. Sean Grace dio un paso al frente para pisar intencionalmente el pie de Haru.

—Oh, lo siento, fenómeno —se burló haciendo más presión.

Se removió molesto y por un par de segundos observó cómo los

tenis sucios de Sean Grace dejaban una marca oscura sobre sus zapatillas blancas.

—Espero que te ahogues al dormir, cretino —dijo antes de empujarlo para salir.

Dakho y Taylor se miraron curiosos antes de que el último interviniese.

—Bien, si ya terminaste de maldecir a Moon mentalmente, te invito a que salgas de mi habitación.

—Oh, no, no he terminado. Ustedes dos, niños raros, deben ir a la iglesia. Especialmente tú. —Señaló a Dakho.

—¿Yo? —Algo se removió en su interior. Un recuerdo lo golpeó con tanta fuerza que no supo manejarlo. No estaba claro.

—La temporada comenzará pronto, estaremos muy ocupados las próximas semanas entrenando, así que no te vendría mal un poco de guía espiritual. Y tú —volteó para mirar a Taylor—, mamá quiere que vayas. Es tu oportunidad de hacer las cosas bien, así que no lo arruines, otra vez.

—¡Eso no es justo!

—Pues de malas, así que apaguen el estéreo y a dormir.

Sean Grace asintió aliviado y se marchó cerrando la puerta. El menor de los Kim se golpeó la frente con la mano, lanzándose de espaldas en la cama.

—No sé qué acaba de pasar. —Dakho se sentía ajeno, era demasiada información para su cabeza, comenzó a sentirse mareado sin saber la razón—. ¿A qué se refiere Sean con «no lo arruines otra vez»?

—Es una estupidez. No es la gran cosa.

—Para ser una estupidez, pareces darle demasiada importancia. —Dakho hablaba mientras se sacaba el disfraz.

—No es nada, es solo que en un lugar donde todos adoran vivir de su propia hipocresía mientras un montón de idiotas les dan doctrina disfrazada de motivación, yo no encajo bien.

—¿Quién te hizo tanto daño, pequeño? —dijo burlándose de él

—. Vamos, no puede ser tan malo.

—Detesto estar allí. Es aburrido, estresante e innecesario. Además de que... —La mente de Taylor divagó cuando Dakho se quitó la parte superior del traje, dejando su torso expuesto y el resto de su cuerpo atrapado por unas mallas.

—¿Además de que...?

—Ya tenía planes para mañana. —Agitó la cabeza reaccionando.

—¿Planes? —Dakho volteó a verlo, con una ceja alzada y una pequeña risa pícara que se escapó de él—. ¿A dónde planeabas llevarme?

—A la piscina de la escuela. He estado haciendo un par de cálculos y necesito un espacio lo suficientemente grande para contener tu energía. La bañera ya está descartada, así que iremos al siguiente nivel.

—Matas mi emoción.—Bufó.

—Esa es la idea, esto es algo serio. Estamos demasiado retrasados, necesito hacer más pruebas, el hecho de que Moon pase todo el día pegado a nosotros no me deja mucha libertad para experimentar.

—¿No sería mejor que fuéramos al lago? Digo, es el punto de inicio de todo esto, sería más fácil comenzar desde allí.

—No, es peligroso.

—¿Cómo podría serlo? Estás siendo paranoico, de nuevo.

—El lugar está completamente rodeado, cerrado y oculto en medio del bosque. Es inusual, además de sospechoso, quien sea que esté trabajando en ese lugar tiene o muchas influencias o algo demasiado valioso.

—Ambos salimos de allí, ¿cierto? Quizás regresar sea la solución.

—Oh, no. No «salimos», yo te saqué. Necesitamos encontrar una solución por nuestra cuenta.

—Claro, y según tú, alguna clase de científicos malvados está allí dentro haciendo quién sabe qué cosas. ¿O me equivoco?

—Pues a no ser que creas en la magia, alguien tuvo que traerte

aquí. No sé cómo y no sé por qué, pero es lo que deberíamos estar averiguando en lugar de perder el tiempo con actividades tontas.

Dakho había terminado de desvestirse; solo tenía puesta la ropa interior mientras escuchaba al otro reprochar. Había apagado la luz, y la habitación estaba apenas iluminada por la lámpara en la mesa de noche de Taylor. Intentaba actuar normal, pero cada paso que daba lo hacía sentir más y más pesado.

—Estás asustado de ir, ¿cierto?

—¿Al lago? ¡Claro que sí! La última vez casi me mata un rayo.

—Me refería a la iglesia —declaró Dakho.

—No estoy asustado.

—Sé que tienes problemas para relacionarte con las personas. No tienes que usarme a mí y al experimento para justificar que simplemente tienes miedo.

—No se trata de eso. Es solo que soy incapaz de mantener la boca cerrada. Y al resto de los feligreses... no les agrado mucho que digamos.

—Basta ya, dime qué hiciste.

Taylor apretó los ojos.

—Uhm... ¿La última vez?... Inundé la iglesia y luego le prendí fuego a la peluca del pastor. Lo cual es curioso, porque nada de aquello fue intencional, pero ambas cosas sucedieron al mismo tiempo.

—¿Qué? —dijo Dakho ahogando sus ganas de reír—. Dime que no es verdad.

—También le dije a una anciana que yo era Satanás, mencioné a Tesla en medio de la oración, llevé mi calendario hebreo para desmentir la Navidad y causé el divorcio de al menos cinco personas.

—Eso suena a algo que tú harías. Tienes razón, es una mala idea aparecernos por allá.

—¿Acaso no prestaste atención? ¡Obviamente es una terrible idea!

—Las mallas me apretaban demasiado, no tenía suficiente

oxígeno en el cerebro. ¿No tenemos elección?

—A menos que tengas una buena excusa para hacernos desaparecer mañana en la mañana, estamos atados de manos.

—Descuida, algo se me ocurrirá —dijo Dakho ganándose un pequeño bufido por parte del otro cuando le dio la espalda.

Taylor cerró los ojos intentando no darle demasiada importancia y poco tiempo después se quedó dormido, a diferencia de Dakho, a quien le fue imposible conciliar el sueño y se quedó en el colchón del piso por un rato. Había algo en él que le estaba carcomiendo el cerebro desde hacía días. Necesitaba recordar algo importante, pero ¿qué era? Por más que lo intentara, no podía recordar; parecía que su vida se volvía una densa masa dentro de su cráneo.

Sus memorias estaban mezclándose.

Caminó hasta el baño de la habitación; tenía calor, demasiado calor. La luz del exterior había comenzado a parpadear sin que él se lo propusiera. Abrió el grifo del lavabo y se mojó el rostro. Sus manos temblaban mientras luchaba por mantener sus ojos cerrados, las descargas que le atravesaban el pecho volvían a aparecer en cuanto intentaba tomar aire.

Se miraba en el espejo y no podía entenderlo. Sentía que le habían arrebatado parte de su confianza. Algo había desaparecido de su cabeza, pero él no alcanzaba a entender qué.

Comenzó a extrañar a personas que no le importaban. Y a tener pensamientos confusos, había rostros de chicos que no tenía idea de conocer, memorias de fiestas y la sensación de estar ebrio mientras las náuseas le invadían. Había bares. ¿Alguna vez pasó la noche en prisión? Dejó a alguien atrás en Corea. ¿Había alguien con él en California también? ¿Por qué de pronto parecía que había follado con más personas de lo que recordaba?

Y no, él no era la persona que *jugaba con todos;* en su lugar, era *el que se dejaba usar por cualquiera.*

Su vida en California se resumía a lo mucho que odiaba ese lugar y las miradas curiosas de sus compañeros; pero poco a poco, las

calles nocturnas, un par de pastillas y manos que no conocía se instalaron en su interior como una verdad absoluta. Se sentó en el piso del baño, intentando no hacer ruido, golpeándose la cabeza. Había peleas con su madre y una perforación más que no sabía que tenía. «¿Qué hice para cambiar esto?», musitó cuando todo se hizo real en su cerebro.

La moral que se derivó de su charla con Sean Grace, y lo mucho que atesoró esa pelota no existían en esa línea. Porque al perderla en el campo días atrás, nunca llegó al futuro y tampoco fue suya. Había cambiado un aspecto de su temperamento que le tomó tiempo corregir sin intenciones de hacerlo. La poca madurez que poseía se tornó oscura porque no hubo nadie para mostrarle el camino.

Recordar.

Estaba perdido; la materia de su vida se había transformado por una pequeña acción, y no sabía qué era real o hasta qué punto desaparecía esa memoria que se estaba esforzando por recuperar. El agua del lavabo seguía corriendo, podía escucharla. Le hacía pensar en la playa, el puente y su casa. San Francisco estaba a menos de cuatro horas de allí, quizás si volvía podría entenderlo.

Se levantó del suelo cuidando sus pisadas; Taylor estaba durmiendo plácidamente, ajeno al agujero oscuro en el que estaba sumido. Salió de la habitación y caminó por el pasillo. La puerta de Sean Grace estaba entreabierta, lo vio dormir cuestionando por qué su presencia parecía volver a molestarle. ¿Su recuerdo perdido tenía algo que ver con él?, pensó sin ser capaz de responderse.

Una paradoja accidental.

Pero Dakho no podía permitirlo, pasó antes en el mirador y estaba pasando ahora. Y él se negaba rotundamente a seguir perdiendo su realidad de esa forma. Empujó la puerta lentamente; sobre la repisa de Sean Grace, donde reposaban sus trofeos, estaba también su cámara, un pequeño aparato negro que reproducía imágenes instantáneas, así que la tomó esperando no ser visto y se

movió lentamente hacia la salida.

Antes de marcharse, volteó a mirar la repisa de nuevo. El espacio vacío de la pelota que él mismo perdió resaltaba impresionantemente; le dolió el pecho sin razón, pero no le tomó importancia. Después de todo, ya no podía recordarlo.

Regresó a la habitación de Taylor; colocó la cámara dentro de una pequeña mochila roja que este solía llevar con él junto con un mapa doblado. Se colocó una camiseta ligera sobre la chaqueta que le pertenecía desde el comienzo, un pantalón de tela oscura y sus tenis. Entonces, se acercó a Taylor para moverlo ligeramente. Este no tuvo consciencia del tiempo que había pasado ni del momento en el que se quedó dormido aún con su ropa puesta hasta que sintió un par de ligeros golpes en su frente.

—Oye, Taylor, despierta —dijo. Él abrió los ojos, aturdido. Dakho estaba de pie frente a él intentando mantenerse lo más silencioso posible. Se levantó desorientado; sentía que habían pasado apenas un par de horas y estaba demasiado oscuro para ser hora de levantarse.

—Dakho... —tragó saliva adormitado—. ¿Qué hora es? —Volteó a ver el reloj al lado de su cama para constatar que apenas marcaba las cuatro de la mañana—. ¿Qué haces despierto?

—Necesito recordar algo, y tienes que ayudarme a llegar ahí.

—¿A dónde?

—A San Francisco, necesito ir a mi casa.

—Dakho... no creo que tu casa exista ahora —le dijo con pena.

—Lo sé, yo tampoco, pero no pierdo nada con intentarlo. Por favor.

Taylor apretó los ojos, le era difícil leer su rostro sin sus anteojos.

—¿Sabes cómo llegar? —cuestionó algo confundido.

—Sí, recuerdo el camino. Pero tenemos que irnos ya. Sean Grace despertará en un par de horas, y para entonces nosotros debemos estar a medio camino.

—Dakho, ¿qué sucede? Se supone que debíamos acompañar a

mi familia y...

—Al diablo con esa mierda. Querías desaparecer; bueno, eso es lo que haremos.

—Estás más estúpido cada día, no podemos hacer eso.

—Te dije que algo se me ocurriría. Vamos, no pueden obligarnos a ir si no nos encuentran.

Sonaba convincente. Sean hacía eso todo el tiempo y a sus padres les importaba poco. Taylor se levantó de la cama teniendo el mismo cuidado que Dakho al caminar. Se colocó sus anteojos y su chaqueta, luego de atar los cordones de sus *Converse*. Dakho solía tener ideas bastante extrañas por la madrugada, pero aun así quería seguirlo. Guardó su libreta en el bolsillo de su chaqueta y se dispuso a salir; pero antes de hacerlo tomó una hoja de su escritorio, escribió un pequeño mensaje en ella y la dejó sujeta a la puerta de su habitación con un poco de cinta adhesiva. Bajó y caminó directamente a la cochera. Dakho lucía nervioso, estaba agitado y pequeñas gotas de sudor resbalaban por su cuello.

—¿Estás seguro de que estás bien? —le preguntó, ignorando el colapso que Dakho había vivido horas antes.

—Sí, sí. Solo necesito salir de aquí, ahora —respondió ansioso.

—Dame las llaves del auto —ordenó Taylor, a sabiendas de que probablemente Dakho las había tomado de la entrada.

—No, yo conduzco.

—No mientras sigas así de nervioso. ¿Qué ocultas?

—¡Nada!

Taylor se cruzó de brazos y le reprochó con expresión burlona.

—¿Intentas mentirme a mí? Por favor, no olvides que dedico todo mi tiempo a estudiarte, así que es imposible no notar cuando algo te sucede. Pareces casi drogado.

—Yo siempre luzco drogado para ti.

—Ese no es el punto —dijo, acercándose a él para quitarle las llaves—. Abre la puerta de una vez y vámonos antes de que me castiguen por tu culpa.

Dakho suspiró en el intento de mitigar una sonrisa, sintiendo una extraña tranquilidad atravesar su cuerpo pese a los cambios en su moral. Un par de palabras fueron suficientes para convencer a Taylor, y quizás la complicidad que en él había encontrado era un placebo para su alma. Porque no tenía que decir nada para hacerle sentir que ya no estaba solo.

Abrió la puerta del garaje con sigilo, sosteniéndola para evitar que hiciera ruido mientras Taylor encendía el motor del auto y avanzaba hacia el exterior. Cuando estuvo afuera finalmente, Dakho volvió a cerrar la puerta y corrió hacia el auto. Llevaba con él la mochila y una refrescante visión de la madrugada. Buscó el mapa entre sus cosas y lo extendió sobre el tablero del auto. Era malo para las ubicaciones, y parpadeó confundido viendo las líneas en el papel.

—Bueno, esto será un poco más difícil de lo que pensé.

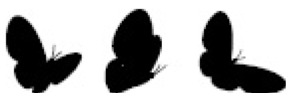
—No te compliques. Quieres llegar a San Francisco, ¿cierto? Lo único que tenemos que hacer es conducir fuera del condado y seguir hacia el norte. Confía en mí.

Dakho sonrió. La manera como Taylor complementaba sus pensamientos con una solución era digna de ovacionar. El condado Mariposa en California nunca sería rival para la ciudad del gran puente.

—Confío en ti.

Una aventura no programada; y un día menos para ambos. Pero ninguno de los dos parecía inmutarse por el tiempo. Tratándose del otro, no existía ninguna prisa.

Aún.



—«Te veré en la cena». ¡Te veré en la cena! ¡¿Puedes creerlo, mamá?!

Es un hermano sobreprotector.

Sean Grace estaba tomando el desayuno al borde de un ataque de nervios. Había despertado un par de horas más tarde de lo que acostumbraba para salir a correr y lo que había encontrado era una nota en la puerta de la habitación de su hermano que sabía era para él.

—No lo sé, parece que te verá en la cena —se burló ella.

—¡No es gracioso! Vamos, ¿cómo puedes no estar molesta?

—Es lo que consigues por intentar forzar a tu hermano a hacer algo que no quiere. Tiene los medios y un cómplice, estaba claro que se saldría con la suya.

—¡Pero, mamá, se robó el auto! ¿Eso tampoco te molesta?

Ella le sirvió un vaso de jugo.

—Oh, por favor, ese auto es más tuyo que nuestro —dijo con gracia.

—Sabes, esperaba un poco más de apoyo de tu parte en esto.

—Tesoro, ¿qué esperabas que hiciera? ¿Que lo obligara a ir?

—¡Sí!

—Yo me rendí hace años, y tu hermano ya no es un niño. Las palabras «Taylor» e «iglesia» son peligrosas juntas en la misma oración. Además, no entiendo tu interés en hacer que vaya.

—¡Me preocupo por él! Tengo miedo de que él... —se quedó

callado.

—¿Miedo de que él...?

—Nada, es solo que tiene ideas extrañas... supongo.

—Estamos hablando de Taylor, todo él es extraño.

—No me refería a eso... Es decir, iremos a la universidad el próximo año, y Taylor no ha mencionado a ninguna chica ni una sola vez, ahora repentinamente tiene amigos diferentes y...

Ella se paró firme frente a él y lo interrumpió antes de que siguiera hablando.

—No te atrevas ni siquiera a insinuar eso.

—Mamá...

—Tu hermano siempre ha sido diferente pero no merece que lo encasilles de esa forma. —Era difícil hacerla enojar, pero su semblante serio había aparecido—. Y si eso es lo que te preocupa, tú tampoco estás siendo un buen cristiano después de todo.

—¿Dices que estarías de acuerdo con eso?

—No quiero tener que pensar en esa situación —dijo dándole la espalda—. Apresúrate o no regresarás a tiempo para irnos.

—¡Pero mamá!

—¡Tu hermano no es un enfermo! —volteó a verlo—. Lo que dices es repulsivo. ¡Basta ya! —le gritó haciéndolo callar.

¿Realmente se había molestado con él por eso? Era absurdo. Estaba intentando ser coherente y todos parecían pensar hacia distintos extremos.

—Vayan sin mí —le dijo antes de levantarse de la mesa.

Su hermano se fugaba de casa y él era el villano. ¡No tenía sentido! Tenía puesta su ropa deportiva, así que decidió hacer lo único que sabía calmaría su inquietud: salir a entrenar. Sin importarle los llamados de su madre salió por la puerta trasera que conectaba la cocina con el jardín y luego comenzó a trotar por la acera.

Habían pasado muchas cosas en la última semana.

La noche de la fiesta, SunHee se había quedado a su lado para

cuidarlo y lo había interrogado intensamente para saber si él había hablado con alguien acerca de lo que sucedió entre ellos. Él lo negó por completo, pese a haber terminado dándole demasiada información a Taylor; pero algo en ella le parecía demasiado temeroso, como si su relación no fuese lo bastante evidente ya.

Tenía suficiente con sus problemas personales como para sumarle a su hermano paseándose por toda la escuela con gente como Augustus Moon. ¿Qué pensarían los demás? ¿Por qué Han parecía estar tan cómodo con ellos? Él se le parecía más, y estaba claro que encajaba mejor con el resto del equipo que con los fenómenos del arte.

Estaba tan concentrado en su propia porquería elitista que ni siquiera se había fijado en la camioneta que lo seguía desde hacía dos cuadras. Kim Anzu y Lee Jaewon se habían dedicado a hacer trabajo de campo durante toda la noche, en busca de la casa del sujeto. Después de haber identificado el auto, lo empezaron a seguir a todos lados. Esa madrugada observaron a ese auto ir a toda velocidad, burlando las señales de alto y los semáforos como si fuese conducido por un maniático. Intentaron alcanzarlo, pero fue inútil, había avanzado demasiado rápido.

El profesor Kim iba a perder la cabeza. El lapso de entrega de resultados de su experimento había comenzado a contar los días, y él aún no tenía ni idea de quién había logrado atravesar el vórtice que había creado. Después de fracasar intentando alcanzar el auto, ambos se dispusieron a regresar al bosque, pero no esperaban ver a su principal sospechoso trotando en medio del frío de la mañana. Completamente solo y expuesto.

Sean Grace subió el ritmo de sus pasos y empezó a correr como parte de su rutina. La camioneta detrás de él aceleró casi al mismo tiempo llamando su atención, así que aumentó más la velocidad y cambió de camino, pero el vehículo seguía detrás de él. No era momento para cuestionarse; en cuanto se dio cuenta de la situación, corrió tan lejos y tan rápido como pudo para intentar perderlo.

La zona residencial se había terminado. Quiso esconderse en medio de la vegetación del bosque, pero le fue imposible cuando la camioneta le cerró el paso.

—Oh, mierda.... —dijo intentando retroceder cuando la ventanilla del auto se abrió. Había dos personas con máscara de gas, una de ellas le apuntó algo antes de abrir la puerta.

Sintió un piquete en el cuello y empezó a sentirse un poco mareado. Le habían disparado desde la ventana. Se tocó el cuello y encontró un pequeño dardo clavado en su piel. Un hombre se bajó del lado del copiloto para subirlo al vehículo. Sean Grace era incapaz de resistirse, sus piernas estaban rígidas y su espalda, quieta, además de que todo a su alrededor parecía dar vueltas.

Como si fuera una presa, terminó en el interior de la cabina de la camioneta, intentando patalear y gritar sin éxito mientras golpeaba inútilmente al sujeto que luchaba por mantenerlo quieto y el auto aceleraba. En medio de la laguna mental a la que el sedante lo había inducido, intentó buscar en sus bolsillos cualquier cosa para defenderse, pero solo encontró la nota que arrancó de la puerta de su hermano.

Estaba demasiado drogado; no sabía qué carajos pasaba o qué había hecho para merecer esto, pero eso no importaba. Lo único que necesitaba era encontrar la forma de pedir auxilio. Se quitó el zapato y metió la nota en su interior. Se inclinó hacia la ventana tan rápido como su cuerpo al borde del colapso se lo permitió y entonces lanzó su tenis negro haciendo un gran esfuerzo por gritar:

—¡Ayuda! —asomó la cabeza por la ventanilla hasta que finalmente se desmayó y cayó rendido dentro de la cabina.

A pocos metros de allí, Haru se debatía mentalmente en si haber golpeado a ese policía había valido la pena. Al ser menor de edad y gracias a las influencias de su padre, su castigo se había reducido a hacer servicio comunitario de recolección de basura. Los viajeros solían arrojar mucha basura en la carretera que recorría las afueras del condado donde el área boscosa empezaba. Cada fin de semana

durante seis meses, él debía ir a recogerla. Así que allí estaba, en un puto domingo limpiando el bosque, con una bolsa para basura atada a su cintura y un palo con punta afilada recogiendo latas de cerveza y pañales. ¡Aleluya!

Una camioneta negra pasó a su lado tan rápido que apenas le dio tiempo de alejarse de la orilla. La siguió con la vista y se percató del momento exacto cuando arrojaron algo desde el vehículo en movimiento.

—¡Oye, idiota! ¡Esto no es un basurero! —gritó, agitando su puño, pero logró escuchar una voz alarmada.

El auto zigzagueó en medio de la carretera, como si luchara por no perder el control. Creyó que se detendría y alguien se bajaría a golpearlo. Imaginó miles de escenarios posibles, pero nunca esperó reconocer esa voz y ese grito de auxilio.

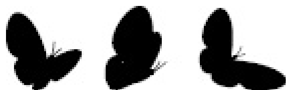
Comenzó a correr detrás de la camioneta, pero fue incapaz de alcanzarla debido a la velocidad y a que esta se adentró entre los árboles alejándose del camino principal hasta desaparecer entre la maleza.

Esto era extraño, demasiado extraño. Ni siquiera sabía si había escuchado bien, así que buscó entre la grama en dirección hacia donde vio caer el objeto. Metros más adelante lo encontró. Entonces supo que tenía razón. Él conocía ese zapato, era ese estúpido tenis negro que había dañado sus zapatillas la noche anterior.

—Sean Grace... —musitó confundido. Notó el trozo de papel en el interior del zapato, lo tomó y al desdoblarlo no le quedó ninguna duda de que algo malo estaba pasando.

«Te veo en la cena. -Taylor».

¿En qué mierda estaban metidos los Kim?



—Creo que deberías bajar la velocidad.

—¿Por qué? ¡Esto es excelente!

Taylor llevaba un par de horas al volante. Y Dakho comenzaba a comprender el motivo de que sus padres no le prestaran el auto.

Sus uñas estaban clavadas en la palma de su mano mientras Dakho sentía que pronto le arrancaría un pedazo de esponja al sillón por lo fuerte que intentaba sujetarse de él.

—¡Acabas de pasarte dos semáforos en rojo!

—No los vi.

Cuatro horas de camino; el sol reluciente y la autopista frente a ellos. Los vidrios del auto estaban abajo mientras aceleraban abriéndose paso por el camino. La vieja radio consiguió captar una emisora justo cuando entraban en la ciudad. Dakho se enfocó en ella cuando la locutora comenzó a hablar, feliz de que el aparato por fin hubiera funcionado.

«... Septiembre y la locura del otoño están aquí. Es un hermoso domingo para salir a disfrutar del viento y el cálido sol...».

Taylor estiró la mano para cambiar de emisora y poner las noticias matutinas.

—No actúes como un anciano justo ahora, Tyler.

—Si vuelves a llamarme así una vez más, abriré la puerta y te dejaré tirado en la carretera.

—¡Te lo mereces! No pasé dos horas intentando hacer funcionar la radio para que cuando funcionara vengas y le cambies a la música.

—¿En serio vamos a discutir por eso?

—¡Sí! ¿Cuál es tu problema con dejarme ser feliz con la radio?

—¡Te gusta la música para púberes!

—¡A ti también!

—¡Claro que no!

—¡Claro que sí! ¿A quién quieres engañar?

—Oh, rayos. ¿Qué te hace pensar eso?

—¿Estás celoso de un aparato electrónico, entonces? Eso sería un nuevo nivel de locura.

—Eres un idiota.

—Sí, y tú un reprimido de mierda.

—¡Basta ya! Pon tu estúpida emisora —le dijo molesto.

—Ahora ya no quiero.

Taylor negó con la cabeza; estiró su brazo derecho para alcanzar la guantera del auto y abrirla. En su interior se encontraban varias cajas de plástico.

—Toma un casete de esos y cállate.

Dakho lo miró fingiendo ofenderse por su cruel mandato mientras buscaba. Había escuchado los nombres de esos artistas y conocía muchas de las versiones actuales de esas canciones, pero nunca creyó ver una versión original tan auténtica de uno en específico. Abrió los ojos, sorprendido, cuando encontró un casete de un artista que adoraba y casi ahogó un gemido de felicidad cuando lo tomó entre sus manos.

—¡No puedo creerlo! Estuve buscando esto en eBay por años y no pude encontrarlo.

Taylor observó de reojo la gran felicidad de Dakho, el álbum era *Let's dance* de David Bowie, y él había conseguido esa cinta por poco dinero en una tienda cerca de su casa hacía algunos meses.

—¿Te... gusta? ¿Conoces el álbum? —preguntó confundido cuando lo vio abrir la caja. Había sido un regalo para su hermano, uno que tardó mucho tiempo escogiendo; pero después de recibirlo simplemente lo había engavetado junto con los demás en el interior de la guantera, así como todas las veces que era ignorado al hablar de sus intereses. Taylor pensó que quizás era demasiado corriente, y no volvió a involucrar su gusto musical con nadie más.

—Por supuesto que sí —dijo colocándolo en la casetera de la radio—. ¡En él está la versión original de una de las mejores canciones de Bowie de todos los tiempos!

Presionó el botón de reproducción, la primera melodía resonó con un acorde que vibró en el ambiente. «*I know when to go out, and when to stay in. Get things done I catch a paper boy; but things don't really change. I'm standing in the wind, but I never wave bye-bye...*».

—«*But I try, I try…*» —cantó Taylor por lo bajo.

—Oh, no. Creí que ya habíamos superado esta etapa. ¡Vamos! Se canta con sentimiento —le dijo colocando una mano sobre su hombro y elevando su voz—. *«I'm lying in the rain. But I never wave bye-bye… But I try, I try!… Never gonna fall for modern love…»*.

La llegada a San Francisco se eclipsó por la felicidad que se irradiaba. El puente Golden gate se presentó frente a ellos dándoles la bienvenida a un futuro pasado de Dakho en donde el color del cielo y la brisa se acoplaron en uno solo.

La cabeza de Dakho parecía disiparse de toda laguna mental y de la oscuridad.

—«Church on time, terrifies me, church on time…!».

Dakho sonrió al escucharlo cantar y por la forma en la que la letra encajaba con el chico.

—La iglesia realmente te aterra, ¿no? —bromeó conteniendo una carcajada—. Yo creo que es al revés. Ella te tiene miedo a ti.

—Oh, cállate —le dijo sin ofenderse, disfrutando de la velocidad y del nuevo paisaje.

No caer en las trampas del universo es imposible, de eso se trata el amor moderno. No se puede evitar que el corazón sienta, que vibre. Es un momento en el que se aprecia la vida y se disfruta, aunque sea por un instante, de aquello que los demás descubrieron en nosotros antes que nosotros mismos.

El viento despeinaba el cabello algo largo de Taylor. Dakho intentó concentrarse con todas sus fuerzas en su perfil mientras los recuerdos se instalaban en él. Esas calles, aunque anticuadas, le parecían familiares de pronto. Parecía que había tenido más amigos de lo que originalmente pensó. Él inventó eso de ir con unos amigos a la playa, pero... ya no era mentira.

—Detente aquí —pidió de pronto cuando llegaron a la mitad de una de las calles principales. Dakho bajó del auto corriendo.

Taylor no entendía lo que le sucedía. No sabía que Dakho había perdido la noción de su realidad.

—¡Espera! —gritó, y lo siguió mientras lo veía acariciar con una mano la pared de un edificio—. ¿Podrías explicarme qué demonios te pasa? ¡Has estado actuando como un lunático todo el día!

—Ellos me golpearon aquí. La sangre de mi nariz llenó toda la acera.

—¿Qué?

Era real, estar en ese lugar la había ayudado a materializarse. La segunda línea temporal era igual de fuerte que la primera.

—Cuando vine aquí... la gente comenzó a fastidiarme. Y yo me metía en problemas todo el tiempo, incluso peores que en Corea. Pero yo... yo no estaba solo.

—Dijiste que al llegar aquí nunca hablaste con nadie. Nunca tuviste la oportunidad de acercarte a alguien.

Habían jodido algo, pero ahora no estaba seguro de si era bueno o malo.

—Yo no me acerqué, él se acercó a mí —afirmó—. Su cabello era rojo, tenía unos cuantos centímetros menos de altura que yo, pero aun así recibió un par de golpes por mi culpa y luego me invitó a su casa a fumar hierba. Además de colocarme él mismo el *piercing* del labio.

Taylor se enfocó en su boca. Dakho no tenía el metal, pero sí la perforación bajo el labio. ¿Había tenido esa herida siempre?, se cuestionó. Y aunque quiso negarlo, su mente le gritó que sí.

—¿Qué tanto contacto tuviste con él? O, bueno, tendrás.

—Creo que fuimos algo, yo... me acosté con él. Sean Grace enloqueció al verlo dentro de la casa, dijo que de nada había servido librarme de un idiota si lo primero que hice al llegar aquí fue salir y buscar otro.

—¿Conoces su nombre?

—Dominic.

Dakho tragó saliva; esta parte de su vida era difícil de asimilar. La noche que pasó en la comisaría con él y los reproches de un Sean Grace desesperado estaban presentes.

—Nunca lo mencionaste antes. Suena como alguien importante.

—Yo no tengo idea de por qué. Solo lo supe de pronto.

—Dakho, piensa en las últimas dos semanas, piensa en qué pudiste haber hecho para crear otra brecha.

—No lo sé.

Taylor parpadeó repetidas veces. Esto era increíble, el mapa cronológico de Dakho y lo que se derivaba de una variante era colosal; y ahora no solo lo afectaba a él, sino a un sinfín de personas en el futuro.

—El efecto mariposa...

—¿Qué?

—Un pequeño cambio en el presente genera un gran cambio en un comportamiento futuro.

—Destruí algo importante en mi cabeza... ¿Verdad?

—Creo que sí —le contestó Taylor mirándolo con lástima.

Dakho comenzó a caminar por la calle; conocía muchos de estos edificios y sabía exactamente cuáles iban a demolerse. Había una peluquería en donde, en su época, habría un restaurante de comida china, el mismo donde Sean Grace ordenaba la cena cuando ninguno de los tres quería cocinar en casa. Taylor lo seguía en silencio, analizando su comportamiento. Dakho caminaba veloz, pero se deslumbraba en cada avenida hasta que finalmente volvió a detenerse frente a una construcción.

—Esta es mi casa. —Había personas acarreando material de construcción hacia el interior de la estructura sin acabar.

—¿Qué es lo que quieres recordar?

—El día que fui al lago con Sean Grace estaba molesto porque iría a la playa con él, veríamos el puente desde la bahía. Y terminé en el bosque con mi padrastro.

—No recuerdo que fuera exactamente así.

—Yo quería ir, lo sé, pero nunca había sentido tan real un deseo.

Dakho contempló la ventana de la que alguna vez sería su habitación desde el exterior de la casa y pensó con desdén que algo

faltaba allí. Su necesidad de atención era asfixiante. La ansiedad que existía dentro de él parecía haber crecido y el aire se le escapó del pecho cuando sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. Taylor lo tomó de la mano, Dakho volteó a verlo sorprendido.

—Entonces, vamos. Apenas es mediodía y la bahía no está lejos de la autopista.

—Taylor...

—Lo que sea que estés sintiendo o lo que sea que intentes devolver a ti es historia ya. Tienes dos opciones: dejar que la realidad te controle o controlarla tú mismo. No es bueno que estés tan cerca de tu futuro, esas cosas no son importantes, no justo ahora, así que ven, regresemos al auto.

—Al menos uno de nosotros dos tiene la infinita capacidad de ser coherente.

—Por eso somos un buen equipo, Dakho —le dijo sin dejar de mirarlo alejando sus ganas de llorar. Taylor tiró de su brazo para hacerlo caminar a su lado—. Ven, te compraré un helado.

—¿En serio acabas de ofrecerme un helado en este momento?

—Oh, sí, lo hice.

Sonrió; sabía que Dakho estaba a punto de tener un ataque de pánico, también sabía que no podía controlar la ansiedad, pero sí podía intentar alejarlo de ella y quedarse a su lado hasta que esos pensamientos fueran menos ruidosos.

—Espera —Dakho se quitó la mochila de la espalda y sacó de ella la cámara instantánea de Sean Grace. Entonces, le tomó una fotografía a la ventana de su casa, para luego guardarla de nuevo junto al aparato—. Ahora sí.

Taylor negó con la cabeza. Si le robó un cepillo de dientes nuevo del cajón, ni siquiera hacía falta preguntar de dónde la había sacado. El mediodía trajo consigo una extraña sensación de libertad, en la que vagaron por las tiendas de San Francisco disfrutando del poco sol y del ambiente fresco. Tuvieron que buscar un lugar para comer. Taylor se disculpó por haberse comido dos banderillas de

salchicha con tocino, frente a la pobre ensalada de Dakho, y le compensó comprando para él una paleta de hielo con sabor a chicle.

El auto tenía suficiente combustible para recorrer la ciudad a toda velocidad. Sin dejar de cantar, y disfrutando de la compañía del otro; ambos llegaron a orillas de la carretera desde lo alto en donde la salida de la ciudad se encontraba, y bajaron para detenerse a ver la ciudad al atardecer. Sí, esa tarde en la que juntos contemplaron el paisaje pareció eterna cuando Taylor se perdía en el asombro de la brisa. Dakho tomó fotografías de todo el lugar y del gran puente rojo a la distancia. Con el lente de la cámara intentó captar el cielo, pero la luz que según él emanaba de Taylor logró capturar por completo su atención.

—¡Oye! —dijo Taylor cuando notó que era el modelo de Dakho—. ¿Qué crees que haces?

—Intento conseguir tu mejor ángulo.

—Nunca he sido fotogénico —se excusó—. La cámara me odia.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Tu rostro es perfecto!

—¿Perdón?

Dakho se ahogó, no sabía de dónde le había salido decir eso. Siempre decía cosas inapropiadas.

—Sí, bueno, es decir, es genial. Tu rostro es bueno. Uhm, es diferente y te da un toque singular y no sé por qué estoy tan nervioso...

—Porque eres un tonto.

Taylor comenzó a reír a causa de su torpeza, y Dakho aprovechó ese instante para sacar una fotografía de él. Quería dejar constancia física de este día. Y aunque Taylor buscó la forma de evadir la cámara, sin éxito, quedó plasmado en el papel. Al notar su fuerte escepticismo sobre sí mismo, Dakho la guardó dentro de la mochila junto a las demás con especial cuidado.

—Será mejor que regresemos al auto, está empezando a hacer un poco de frío.

Ambos caminaron hacia el vehículo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó a Dakho.

—¿A qué te refieres?

—¿Te sientes diferente?

—No lo sé. Mi cuerpo sufre una extraña combinación entre depresión, ansiedad y ganas de follar.

—Joder, eres un asco.

—Lo sé. No puedo creer que sea así de promiscuo.

—Al menos tú no tienes problemas en aceptarlo.

—¿El estar caliente y deprimido? No.

—¡No! Me refiero a todo esto del contacto físico.

Dakho alzó curioso una ceja; el despertar hormonal de Taylor era interesante para él.

—Los humanos tenemos necesidades. No todo se trata sobre algo emocional.

—No parece. Últimamente pienso mucho en si alguna vez podré ser como los demás, en ese sentido.

—Oh, vamos. Entiende que realmente no importa.

—Maslow no diría lo mismo.

—Sabes que si vas a empezar con tus referencias para cerebritos debes traducirme.

Taylor sonrió. La luz del día comenzaba a caer. La ciudad de San Francisco era gloriosa al atardecer y mientras más hablaban, más se convencía de que estaba perdiendo su pudor y su razón.

—Maslow planteó que todo ser humano tiene que pasar por distintos estratos para alcanzar la autorrealización. Si puedes satisfacer las necesidades de un nivel de la pirámide, podrás pasar al siguiente hasta alcanzar el pico.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso en qué nivel nos coloca?

—De cinco apenas en el segundo; aunque no estoy tan seguro, considerando que ni siquiera soy capaz de acercarme a las chicas para completar el primer nivel.

—¿Hablas de sexo? —Taylor asintió—. Querer explorar tu

sexualidad no es malo. Es natural, podrías ser hetero, bi o incluso asexual, no hay razón por la que debas encerrarte en algo hasta no experimentarlo por ti mismo.

—¿Asexual? —cuestionó Taylor sin comprender. Nunca había escuchado tal cosa.

—Uhm, hay personas que no sienten atracción sexual por otras, su libido es diferente y por ello sus relaciones se basan más en una conexión emocional que corporal, o en no tenerlo. De hecho, es mucho más complejo que eso. Te mentiría si te dijera que la información que te doy es completamente correcta.

—¿Eso es posible, es un término válido? ¿Yo podría ser eso?

—Aparentemente sí. Pero tú... —Vaciló al mirarlo de cerca. La forma como Taylor le miraba los labios, como perdido en sus pensamientos, lo tentó y logró descontrolarlo invitándolo a sentirlo —. ¿Quieres que me acerque, cierto?

—No lo sé. —«Eso es lo que necesito saber», se dijo a sí mismo. Tragó en seco cuando Dakho colocó una mano sobre su pierna—. Cuando estoy contigo, pienso en cosas incoherentes.

—Ese es tu problema, Taylor. Deja de pensar.

La radio se desconectó cuando la respiración de Dakho se acercó a su cuello. No había ningún metal entre ellos, no había forma de conectar su corriente; aun así, el circuito de atracción estaba adherido a su piel y al deseo que brotaba de la desesperación en la fricción de las cargas.

El cerebro produce suficiente energía para dar luz; más allá de eso, cuando su poco juicio se apoderó del sistema, no había más que hacer que sucumbir ante este. Como todo ser humano desesperado por el calor.

Dakho solía pensar en alguien. Tenía la necesidad de sentirse piel contra piel, lejos de estar enamorado. Solía buscar atención en personas que solo se la darían a costa de su satisfacción. No tenía idea de quién era, pero, aun así, entendía lo que según él debía hacer cuando su mente se nublaba. ¿Qué lo controlaba? Quizás no

había más que desesperación y atracción, y su existencia, ajena a la realidad, quería ser parte de esta a cualquier costo.

—Dakho... —susurró Taylor cuando un beso se clavó bajo su mentón y escaló por su barbilla, quedándose contra la piel de su mejilla—. ¿Qué haces? —Dakho se quitó su propia chaqueta.

—Soy un experimento, ¿recuerdas?

—Yo no quise decir eso...

—No me molesta que me veas de esa forma, es lo que soy. Después de todo, puedo ser tu proyecto personal.

—¿Cómo? —preguntó al llenar su pecho de aire.

—Dime —Las manos de Dakho se habían colado por su ropa, y él, aunque temeroso, cedió. Ante la necesidad de conocimiento, se declaró a su merced—. ¿Qué es lo que quiero saber?

—No puedo explicártelo con palabras, y un beso no es suficiente para que lo entiendas.

El miedo se desvanece rápido cuando se mezcla con la sangre, intoxicando todo a su paso.

—Muéstrame.

El auto pareció más pequeño incluso después de mover los asientos; los anteojos de Taylor comenzaron a estorbar, tuvo que retirarlos. Dakho se colocó por completo frente a él, inclinando todo su cuerpo sobre el suyo cuando finalmente lo besó. Su lengua se introdujo descaradamente en su boca, dejando en claro el deseo que en ese momento se provocaban. No había palabras bonitas; era experimentación, saliva y testosterona luchando por estimular una reacción puramente física.

La espalda de Taylor estaba contra la puerta del piloto. Sentía todo su interior colapsar, el suave toque de Dakho que intentaba subir su camisa le hizo temblar, pero no quería detenerse. Le retiró los botones uno por uno y Dakho se separó de sus labios para bajar por su cuello hasta sus clavículas, saboreando la piel del chico donde sabía que dejaría pequeñas e inofensivas marcas violetas mientras este apretaba los ojos.

Continuó bajando; sin la barrera de tela, el pecho del otro estaba expuesto, subía y bajaba a medida que su respiración se volvía más incierta. Dakho se había arrodillado en medio de sus piernas separadas para quedar aún más cerca de él, pasando por encima de la palanca de velocidades. Un par de besos por encima de su ombligo y el toque sobre sus pezones. Taylor se sintió algo incómodo. Había comenzado a excitarse.

Dakho lo miró intrigado. ¿Hasta dónde era capaz de dejarlo llegar? La curiosidad del muchacho parecía darle la pauta libre para seguir hasta el final, pero la vergüenza en sus ojos ante su notable erección lo hizo reconocer que él aún no estaba listo para algo como eso. Dakho creyó por mucho tiempo que esta era la única forma de obtener afecto; pensó por un segundo en si debía retribuirle algo a Taylor como a los otros chicos que conocía.

Taylor lo estimulaba. ¿Tanto como para que su mente libertina y su ser adolescente desearan follar con él? Definitivamente sí; pero no podía, sabía que el chico no entendía completamente lo que eso implicaba. Él era un experto en el sexo por impulso, pero Taylor no se merecía eso, no allí.

Dakho agitó la cabeza. ¿Qué demonios estaba haciendo? Quiso alejarse, quiso actuar como un buen amigo, quiso decirle que nunca intentaría propasarse con él, pero la mirada suplicante de Taylor lo hizo dudar. Su erección era notoria, y sus ojos pedían a gritos que continuara; pero no quería ser un idiota, él se rehusaba a ser esa clase de hombre.

Colocó una de sus manos en su entrepierna, aún sobre la mezclilla de sus *jeans* y la movió lentamente sin dejar de mirarlo. Los mechones que se interponían en el medio de su rostro y sus jadeos eran muestra de su libido, realmente le gustaba sentirse así. Calor, energía y materia. Un equilibrio para su sistema, un toque de luz que parecía poseerlo, que podía sentir mezclarse con el suyo.

Taylor se desabrochó la hebilla del cinturón, sus ojos estaban cerrados, se sentía demasiado avergonzado como para mirar a

Dakho. Él mismo introdujo una mano dentro de su pantalón intentando mitigar ese deseo que rara vez salía a la superficie. Taylor, por su parte, alejó la vista del frente. ¿Debería pedir perdón? Estaba quedando como un tonto, pero no podía ocultar el hecho de que su cuerpo a veces reaccionaba por sí solo. Tenía diecisiete, y desafortunadamente para su intelecto, también tenía pensamientos que usualmente no mostraba.

Dakho sonrió de lado. Su moral lo hacía complicarse demasiado, así que retiró su mano por la muñeca, desabotonando el pantalón del chico. Taylor quería una experiencia que, de hecho, sería la primera. Y él podía darle una que no lo lastimara.

—¿Puedo? —dijo, pidiendo su consentimiento sin dejar de mirarlo. Taylor tragó algo ansioso.

—Sí...

—Esto va a gustarte —dijo mordiéndose el labio y jugando con la orilla de la ropa interior de Taylor. La bajó lo suficiente para liberar su miembro, tocándolo despacio, casi con miedo a su reacción—. Solo cierra los ojos.

La piel de su pelvis era suave. El sol aún golpeaba la ventana, aunque el atardecer estaba al acecho, lo que le permitía ver el color claro de sus vellos. Rodeó su pene con su mano derecha, subiendo y bajando mientras lo sentía y veía endurecer aún más.

—¿Qué ha-aces? —preguntó Taylor.

No obtuvo respuesta, nunca se imaginó experimentar lo que Dakho haría después de retirar la mano e inclinar su espalda sobre él. Tampoco la sensación caliente que caló hasta su vientre cuando se aproximó el aliento de Dakho. Su lengua se deslizó por la extensión de su miembro con lentitud, como intentando llenarlo de saliva por completo.

Los ojos de Taylor se mantuvieron clavados en el chico cuando Dakho regresó a la punta y le dedicó una pequeña mirada antes de lamerlo. Tomó aire profundamente e introdujo la erección de Taylor en su boca. Succionó poco a poco, haciendo presión con los

labios y la mandíbula mientras su lengua jugaba con las sensaciones que le provocaba.

—Dakho... —jadeó Taylor— Dah-ko, tú no... tú. ¡Maldición...! —gritó sujetando el timón del auto con su mano izquierda.

Taylor llevó su otra mano hasta la cabeza de Dakho; su respiración se cortaba cada vez que el otro movía la lengua. Los segundos en los que dejaba su miembro expuesto al frío se compensaban cuando la velocidad aumentaba. Enredó sus dedos entre las hebras oscuras de Dakho y tiró de ellos. Dakho gruñó ahuecando las mejillas y se adaptó hasta que introdujo el miembro hasta la garganta.

Fuerza y longitud: Taylor nunca había sentido una aplicación de presión tan literal. Si los libros de física plantearan los problemas de esta forma, estaba seguro de que la educación sería más efectiva, porque Taylor podía sacar al menos unas diez definiciones de lo que estaba sintiendo. En realidad, presión era igual a fuerza dividida por la superficie, pero no podía pensar con claridad en ese momento. Soltó un fuerte gemido, acompañado de un suspiro, cuando su aliento le fue arrebatado por la humedad y el temblor de sus piernas.

La sensación de rigidez que atravesó su abdomen le dio la señal de que no resistiría por mucho más. Intentó alejar a Dakho de su cuerpo, pero él se mantuvo firme en su labor; sentir el sabor peculiar del líquido preseminal aumentó el ritmo de sus movimientos; bajaba y subía con desesperación. No tenía planeado separarse de él, era magnetismo puro en el espacio con su cuerpo, la sangre y el sudor. Dakho respiraba acelerado, su propia erección iba a enloquecerlo, pero esperaría. Taylor luchaba por contenerse y ahogar sus alaridos, pero sabía que perdería una de esas dos batallas pronto.

Tiró con fuerza del cabello de Dakho por última vez, sin poder impedir que un gemido ronco brotara de sus labios cuando aquel líquido blanquecino fluyó de él en el interior de la boca del otro, en

un sonido tan exquisito que hizo a Dakho tragar repentinamente y cerrar los ojos, como hipnotizado.

Se alejó de Taylor y regresó a su asiento para satisfacerse a sí mismo; se desabrochó el pantalón desesperado. Volteó a mirarlo; Taylor respiraba por la boca, desaliñado, con las mejillas sonrojadas y los mechones castaños pegados a su frente por el sudor.

Dakho introdujo una de sus manos dentro de su propia ropa, envolviendo su miembro y tomando este con velocidad mientras comenzaba a moverlo; podía sentirlo húmedo ya, había aguantado demasiado tiempo. Algo parecía vacío en él. ¿Lo vería diferente? No quería. Taylor... él lo miraba siempre con complicidad. No había nada malo más allá de las inseguridades en su cabeza. A lo mejor, él no lo seguía para conseguir algo de Dakho, sino porque quería hacerlo, porque quería descubrir qué se sentía estar expuesto. Eso lo estremeció.

Llevó su otra mano al rostro de Taylor y lo tomó de la mandíbula, entonces tocó el labio inferior del chico con su pulgar mientras lo veía.

—Sigue gimiendo. Hazlo, gime mi nombre —pidió sediento de satisfacción.

—Dakho... —dijo con tenue voz para satisfacerlo al verlo masturbarse desesperado—, estás enloqueciendo.

La forma en la que sus ojos enormes llenos de brillo, adornados con esas largas pestañas y fijos en él parecían penetrar en su cabeza fueron lo suficientemente fuertes como para hacerle temblar. Dakho apretó los ojos cuando sus manos se llenaron de su semen al satisfacer su propio cuerpo. Luego suspiró para normalizar su respiración. La radio volvió sintonizarse una vez que su ritmo cardíaco disminuyó la velocidad.

Se quitó la camisa con dificultad y utilizó la tela para limpiarse. Taylor, que estaba a su lado, se había colocado los anteojos de nuevo y había empezado a abotonar su camisa en un intento veloz por arreglar su ropa y acomodarse de nuevo en su puesto.

Esa sociedad moralista en la que Taylor vivía se había encargado de enseñarle a los más jóvenes que sentir deseos sexuales estaba mal. De hacerle creer que tener esos deseos lo hacía menos merecedor de respeto, como si su valor como personas se basara únicamente en eso. En ese momento, un Taylor avergonzado descubrió que no era así. No tenía nada de malo experimentar, y quizás era algo impulsivo de su parte averiguarlo de esa forma, pero había sido completamente su elección.

Dakho no lo juzgaba, lo supo por su nerviosismo. Saberlo le gustó mucho. No lo hacía incluso si demostraba tener impulsos como los demás en cosas que le habían enseñado a creer que eran asquerosas y desagradables. Por un segundo, ante la mirada llena de asombro de Dakho, no se avergonzó de haber dado su consentimiento para algo tan volátil, pues tuvo la certeza de que no estaba mal sudar ni errar en propia piel.

No, no estaba mal ser humano.

Les encantó la forma en la que el otro no parecía cambiar la percepción que tenían de lo *suyo*, incluso después de saberse vulnerables; es decir, no se veían con menos valor, sino con mucha incertidumbre y quizás hasta con pena al ser ambos tan jóvenes, tan confundidos.

Ambos se habían quedado sin palabras. Había una parte dentro de Dakho que lo incitaba a errar, a buscar problemas, pero, cuando Taylor era lo único que veía, algo más tenía el control. Y eso le hacía recordar al verdadero Han Dakho. El estúpido e infantil Han Dakho era él. Alguien que ya no necesitaba la atención de los demás ni el tacto para sentirse completo. Y quizás nunca sabría de qué se trataba la memoria que perdió, quizás su futuro se había llenado de inseguridad, pero en ese momento, aquel sonrojo inocente del chico que apenado se negaba a mirarlo le hizo llenar ese hueco no solo en su mente, sino también en su pecho.

Dakho se aclaró la garganta. Usualmente desaparecería después de esto por la vergüenza, pero se rascó la cabeza buscando una

forma de volver a iniciar la conversación después de lo que hizo. Nervioso, buscó en la mochila eso que había guardado para sí mismo.

—Olvidé mostrarte esto —dijo, intentando romper el silencio—. Es el recuerdo de la primera vez que te fugaste de casa.

Taylor volteó a verlo, aún cohibido, pero sonrió al ver la fotografía en manos de Dakho. Sonrió con timidez cuando la tomó.

—Si esto continúa, la próxima será en la cárcel o el hospital —bromeó.

—No, de hecho, será de la cara de Sean Grace cuando volvamos a casa —dijo y comenzó a reír, al igual que Taylor.

—Quisiera ver su reacción si supiera lo que hicimos en su auto.

—Créeme, no quieres saberlo.

—Sean Grace es igual de conservador en el futuro. ¿No es así?

—No estoy seguro.

—¿Por qué?

—Esa es otra historia —respondió negando con la cabeza—. Como sea, debemos irnos si queremos regresar hoy a casa.

—Tienes razón.

Taylor asintió sin intención de forzar sus recuerdos; ya habían tenido suficiente por hoy. Arregló los retrovisores del auto y justo cuando quiso encender el motor se percató de que las llaves ya no estaban en su lugar. Volteó para mirar a Dakho y este lo recibió con una gran sonrisa, agitando las llaves frente a él.

—Yo conduzco —le dijo levantando ambas cejas repetidamente.

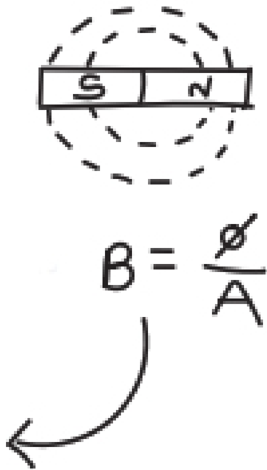
Taylor bufó derrotado, resignado a tener que cambiar de lugar; bueno, al menos ahora podía disfrutar el paisaje en el camino. El cielo que los trajo fue el mismo que los llevó de regreso a casa.

La autopista y el gran puente en el que el sol terminó de ocultarse se alejaron en el retrovisor a medida que avanzaban, abriéndose paso por kilómetros y kilómetros de carretera a través de la gran California. Dakho tarareaba cada canción que el locutor anunciaba, moviendo la cabeza alegremente sin despegar su vista

del frente y su atención del volante. Mientras tanto, Taylor desde el asiento del copiloto se dedicaba a observarlo. Encendió la luz interior del auto y sacó su libreta para actualizar su bitácora. No tenía ni idea de qué estaba haciendo.

Han Dakho y San Francisco:

Segunda contradicción.



Pérdida de la noción de la realidad, profundidad y distancia.

Cambio de perspectivas, recuerdos. El sujeto intenta preservar memorias que afirma que fueron reales.

Su autocontrol parece derivarse de su subconsciente, por lo tanto, este también cambia.

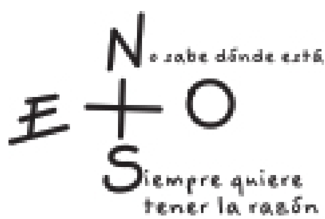
Respiración y pulsos cardíacos altos = aumento en las frecuencias de circuitos cerrados.

¿Magnetismo?

Evaluación física semanal: Oral. (Literalmente).

Taylor se mordió el labio pensando más allá de lo científico de sus anotaciones, que poco a poco transformaban su libreta, más que en

una bitácora, en un diario personal.



No podré volver a verlo comer helado de la misma forma.

Ama a David Bowie casi tanto como yo.

Arruga la nariz cuando está molesto.

Es terrible para jugar a las adivinanzas. También con los mapas y las ubicaciones en general.

Tomó la fotografía y en ella anotó un par de detalles antes de colocarla entre las páginas de la libreta. Se acurrucó en el asiento intentando mitigar el frío. Dakho, al notarlo, le entregó la chaqueta que tenía; una de las pocas cosas que había traído del futuro que poco a poco dejaba de reconocer.

Taylor cerró la libreta no sin antes anotar en ella el último pensamiento que le robó su compañero:

Él y yo somos extraños; me hace pensar que puedo ser normal a su lado.

09.

SEÚL, COREA DEL SUR
1 DE AGOSTO DE 1985.

El tiempo es incierto, pero sobre todo inestable, como el clima. Porque, sin importar el lugar, la capacidad de controlarlo es nula. Tanto como la lluvia que se colaba por la ventana abierta de la cocina o la llamada que decidió ignorar esa madrugada.

Jaewon estaba intentando reformar su vida. Ya no era más un muchacho. No era el chico que intentó saltar del puente. Ya no estaba perdido. Necesitaba dejar de pensar en estupideces y enfocarse en su futuro, volver a la universidad, conseguir un empleo real y una casa para sí mismo.

Estaba en su cama mirando el techo sin entender cómo había caído tan bajo. Es decir, justo en ese momento se sentía como peso muerto. El profesor Kim le había abierto las puertas de su hogar (si es que a eso podía llamársele así), era verdad, y no podía estar más agradecido, pero quizás era tiempo de marcharse. Después de ser echado como un animal de su casa, había recibido de él alimento y apoyo los último seis meses a cambio de nada más que su ayuda como asistente.

¿Realmente era importante? ¿Qué ayuda exactamente? ¿Clasificar sus documentos por tipo de papel? ¿Acompañarlo a beber cada dos noches para luego limpiar el desastre que el profesor dejaba en la sala? No tenía ningún futuro allí. ¿Eran miserables? No lo suficiente. Tenía que encontrar la forma de alejarse de su pasado. Pero, aun así, Jaewon no podía evitar pensar en su futuro, ese que

un apellido que ni siquiera quería destruyó. No, nunca podrían compensar haber perdido su vida entera, el futuro prometedor que merecía. Sí, aún pensaba en el motivo por el que terminó ebrio en una avenida y le repugnaba la vida de bastardo negado que le tocó.

Necesitaba un placebo, una voz que seguir ciegamente y a la cual aferrarse. No podía ser la propia, había dejado de confiar en sí mismo. La puerta de la habitación se abrió repentinamente, la luz se encendió, así como su sentido de alerta cuando se vio forzado a salir de sus pensamientos al ver a Kim Anzu con la camisa desabotonada, el cabello revuelto y una cerveza barata en la mano, con su mirada de loco usual, sudando y sonriéndole a mitad de la noche.

El profesor se acercó hacia él y lo tomó por los hombros para que se levantara.

—¡Lo logré, Jaewon! —dijo eufórico—. Todo está arreglado, nos vamos la próxima semana.

Jaewon se sobresaltó, apartándose. ¿De qué estaba hablando el lunático ahora?

—¿A qué se refiere con «nos vamos»? ¿A dónde?

Kim Anzu dio tres golpes a la cabeza del muchacho.

—Hola, ¿hay alguien allí? —se burló—. ¡Iremos a América, por supuesto! Aprobaron los fondos y las residencias, así que no hay nada que nos impida pasar a la siguiente fase del experimento.

—El experimento... —Jaewon había leído cada bitácora e interpretado cada ecuación, y en realidad no le tenía demasiada fe a la visión de su maestro.

—Es hora de hacer investigación de campo. Estaremos en el interior de la zona boscosa de un condado tranquilo, con suficientes hectáreas de vegetación y profundidad en el lago para comenzar.

—Señor, sé que este no es el momento, pero he decidido mudarme —soltó de repente.

—¡¿Qué?! No puedes hacer eso. No justo ahora.

—No pretendo sonar aguafiestas, pero primero necesita dejar de beber antes de que eso se apodere de usted; segundo, yo quiero

estabilizar mi vida, tener un empleo real; y tercero, necesita pensar esto con más calma, no lo sé, revisar los datos y...

—Ya esperé suficiente, Jaewon. He esperado veinte años. ¿Hablas de estabilidad, buscas dinero? ¿Es que acaso no lo entiendes? Si logramos que esto funcione, seremos más ricos de lo que puedas imaginar; más que eso, seremos intocables.

—¿Y qué pasa si el experimento falla? ¿Seremos unos lunáticos fracasados entonces?

—No sucederá —dijo como si de una verdad absoluta se tratara —, pero necesito que vengas conmigo.

No entendía el afán por convencerlo. Él mismo lo había dicho, era su trabajo, Jaewon no había hecho más que estorbar.

—Estamos hablando de atravesar una línea espacio temporal, profesor, eso es completamente imposible.

—Oh, mi pequeño Jaewon. Sé que eres joven y tu cerebro aún no muy brillante, pero créeme cuando te digo que hay posibilidad, una pequeña, pero real.

—Profesor, no podemos dejar todo por una posibilidad —dijo Lee, más preocupado que interesado—; la teoría de la relatividad... Einstein dijo que...

—Einstein dijo muchas cosas. Sus teorías son producto de su tiempo y de otras teorías que existieron mucho antes. —Kim Anzu alzó sus brazos derramando ligeramente su bebida en la alfombra—. ¿Conoces el apellido Poincaré? —El muchacho negó—. Exacto. Tu precioso Albert se basó en sus apuntes para darles base a sus propias teorías. ¡Y hoy ese nombre no es ni la mitad de famoso! Es cuestión de percepción.

—¿Y eso qué tiene que ver con salir del país y vivir en medio de la nada los próximos dieciocho meses?

—Que solo se necesita una mente brillante para hacer que todo esto continúe. Poincaré avanzó, Einstein planteó, pero se estancó, incluso Tesla lo intentó, y ahora nosotros podemos ejecutar. Esa mente brillante podría ser la mía o quizás la tuya.

—El tiempo no es una constante, lo sabe. Einstein pulió teorías, está bien ¿Dice que cometió un error?

—A menos que la gravedad influya, él no se equivocó, solo tomó un camino más largo, y para probarlo necesitamos crear una curva.

—Déjeme ver si entiendo. —No, ya no sabía qué hacer, su mentor estaba desquiciado, y peor, Jaewon había comenzado a enloquecer a su lado—. Recapitulando, quiere crear una curva en el espacio-tiempo que, según usted, podría ser real, para conectar dos puntos en el plano temporal, pero para eso necesita las condiciones necesarias.

—¡Bingo! Parece que por fin nos estamos entendiendo. Se ve que has leído mis apuntes, acá es donde entra el agujero.

—Entiendo toda esa parte. ¿Pero un agujero de gusano? ¿Tiene idea de la cantidad de energía que se necesita para crear uno y, peor aún, para contenerlo?

—Lo sé. Créeme que lo sé. Lo he estudiado por años. —Jaewon negó con preocupación—. ¿Estás asustado? Vamos, muchacho, que no he venido aquí para proponerte matrimonio. ¡Te estoy llevando a la aventura de tu vida!

—Una oportunidad así es demasiado buena para ser real. Incluso si lo logramos, ¿cómo sabremos qué hay del otro lado?

—Entraremos.

—Hablamos de energía. ¡Es un suicidio! Profesor, escúcheme, piense en todas las otras reglas físicas que eso rompería. Incluso si Einstein cometió un error, le aseguro que Newton, Tesla y Kepler no lo hicieron.

—Basta ya de hablar de eso. Ellos tienen sus propias teorías, y yo las mías. Es tiempo de cambiar las reglas.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que esta es la teoría de Kim.

—Ha puesto su vida en esto. Profesor...

—Te pido que hagas lo mismo. Sé que hay cosas que quieres cambiar, cosas que matarías por entender. Sé que eres como yo,

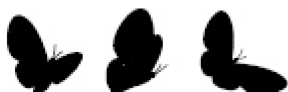
inusualmente brillante, pero, sobre todo, estás desesperado. Esta podría ser la forma de cambiarlo todo, así que dime, ¿vendrás conmigo?

Jaewon tragó con fuerza sin saber que estaba aceptando desperdiciar toda una vida a su lado. Asediado por sus imponentes ojos y su inteligencia abrumadora, sin saber que al igual que el profesor Kim, estaba condenado. Y peor, cuando a través de sus palabras se aferró incondicionalmente a la imagen de su mentor. No había certeza de que cumpliría. Pero estaba seguro de que no quería volver a estar solo.

La locura es relativamente normal.

—Lo haré.

Y contagiosa.



106 DÍAS ANTES DE...

—¿Hola, Policía? Quiero reportar un secuestro.

Augustus Moon y la casualidad de su existencia.

Él definitivamente no estaba dentro de los planes de Kim uno, Kim dos o Kim tres. Dos de ellos creyendo ser las mentes más prometedoras de la década: el primero cegado por su ego y el alcohol; el segundo, por las hormonas y su juventud; y el tercero, por su prepotencia.

Era poco lo que tenía que ver con ellos tres hasta que Dakho apareció. Ahora, y para su mala fortuna, estaba en medio de la segunda línea temporal, cuyos cambios parecían ser cada vez más grandes. Como una telaraña, frágil y llena de hilos, de relatos que al menos en esa historia eran reales. Bueno, en realidad, Kim tres y Kim dos tenían cierta relevancia para él; mucha, aunque no fuese la mejor de todas.

El tercero de los Kim le hacía recordar a su abuelo, quien solía escribirle versos, canciones y poemas que adoraba interpretar de niño; era su mejor amigo, y lo fue por mucho tiempo. Siempre dijo que él era abril, su abril. Tanto que talló en el árbol del jardín de su casa, con aquel *kanji* antiguo y tembloroso el nombre con el que solo él lo llamaba, y cuyos caracteres coincidían con la palabra «primavera».

Para todo el mundo podía ser April Augustus, pero ser Haru era la única forma en la que se sentía florecer, y era el nombre que su abuelo le otorgó. Sí, su abuelo fue la mejor persona que alguna vez conoció. Su altruismo era tan grande, que cuando el hijo de un viejo amigo apareció en la puerta de su casa pidiendo posada para él y su familia, no dudó ni por un segundo en ayudarlo. A ese hombre, su esposa y sus dos pequeños.

Augustus estuvo esa noche ahí, cuando en medio de la lluvia la familia Kim llegó a California con poco más que un par de maletas. Recordaba perfectamente haberse acercado a los niños que conoció aquella vez.

Taylor, que permaneció abrazado a su madre toda la noche, y de quien Haru estaba seguro de que tenía poco más de cinco años, ni siquiera pudo hablar con él. Lo miraba con desconfianza y con los ojos cristalizados, ajeno, asustado; pero el mayor parecía estar demasiado cansado para ser tan joven. Haru se acercó a él intentando ser un buen anfitrión e imitando a su abuelo al ser hospitalario con los Kim, así que cuando los adultos los dejaron solos en la sala intentó, lleno de temor, hablar con el chico. Se presentó ante él y consiguió una pequeña sonrisa como respuesta acompañada de su nombre.

Sean Grace era notoriamente más alto que él, y su mirada era dura. No hablaba inglés más allá de unas pocas frases y resultaba difícil para Haru entender sus palabras. Repitió una y otra vez, en su idioma natal, una misma frase que no pudo entender. Al menos no hasta que su abuelo apareció detrás de él para traducirle: «Grace

intenta saber si quieres ser su amigo», le dijo, palmeando su hombro.

El pequeño Augustus nunca había recibido una oferta así de importante. Nunca fue particularmente sociable, era el chico que iba solo a todos lados y que nadie comprendía. Se sentía patético al recordar la emoción con la que su pequeño yo le pidió a su abuelo que le diera a Sean Grace una respuesta por él: «Haru dice que desde hoy promete ser tu mejor amigo».

California y sus cuentos escondidos.

Haru tenía uno sobre cómo su mejor amigo se convirtió en un imbécil de metro ochenta y dos. El inicio de una pesadilla para él y el final que debía mantenerlos en sentidos contrarios, una realidad en la que Haru lamentaría acercarse a los hermanos Kim de nuevo y con Dakho en ella, su línea se había cruzado con las suyas otra vez.

Pero no era momento de pensar en eso.

La verdadera pregunta era: ¿qué demonios estaba pasando?

—Moon, sabemos que este es el teléfono de tu casa. Deja de molestar.

—Oficial Kennedy, estoy hablando en serio.

—No tengo tiempo que perder contigo.

Era la décima vez que marcaba a la estación de Policía en una hora. ¿Qué se supone que debía hacer? Literalmente había visto a Sean Grace pedir auxilio desde una camioneta negra, y eso era justo el tipo de cosas con las que debería lidiar la autoridad. Después de regresar corriendo a casa para lavarse el rostro y vomitar sin razón aparente, había pasado todo el día intentando conseguir ayuda.

—No es una broma. Por favor, estoy siendo sincero. Uno de mis vecinos desapareció esta mañana.

—¿Quién fue esta vez? ¿Peter Pan o Wendy?

Haru apretó los ojos, molesto. ¿Qué le hizo pensar que los ineptos policías podían hacer su trabajo bien?

—Púdrase —dijo, y colgó con fuerza el teléfono.

¿Cómo podían tenerle tanto rencor? Es decir, las bolas del oficial

habían sanado y él cumplía con su servicio comunitario, solo tenían que hacer su maldito trabajo. Pero bien, era definitivo, la Policía no iba a ayudarlo.

Su casa estaba en la misma calle que la de los Kim, así que decidió ir hasta allá. Caminó con pasos firmes pero inciertos. Se paró al frente y tocó el timbre; era mediodía, probablemente los padres de los chicos ya estarían de vuelta en casa. Y él esperaba, realmente esperaba haberse equivocado y que quien le abriese la puerta fuera Sean Grace.

La puerta se abrió y la figura femenina lo llenó de nerviosismo.

—¡Oh, Augustus! ¡Tanto tiempo sin verte! ¿Cómo has estado, hijo?

La señora Kim lo recibió cálidamente, como si no hubiera pasado el tiempo. Cuando preguntó por los hermanos, confirmó sus sospechas: Sean Grace no regresaba aún de su entrenamiento y Taylor y Dakho habían escapado para molestarlo. No le quedaba más que esperarlos. Haru asintió despidiéndose nervioso y con un leve movimiento de cabeza. Le avergonzaba un poco el trato cariñoso de la madre de los Kim. Tal vez debería ir a buscar a Sean Grace por sí mismo.

Sus pasos parecían pesados, quizás solo estaba enloqueciendo. Sí, quizás las últimas semanas no había hecho más que enloquecer ante sus recuerdos, sin tomar conciencia de cómo sus acciones y su rumbo cambiaron.

De la pelota que lo salvó por accidente.

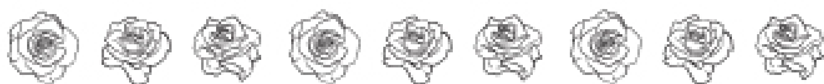
Es decir, se trataba de los chicos Kim. Del par de hermanos más egocéntricos de toda la ciudad. Se trataba del maldito Sean Grace y de, probablemente, un montón de conflictos en los que no le correspondía entrometerse. Pero algo no estaba bien; no era normal. Intentaba ser racional, pero sabía, Haru sabía que lo que sea que estuviera pasando bajo el apellido Kim era extraño.

Se sentó en el pórtico de la casa cuando el sol de la tarde empezó a resplandecer, y se recargó en el barandal mientras

esperaba que los chicos regresasen pronto mientras pensaba que tal vez no debería estar allí. Los árboles se habían llenado en su gran mayoría de ocre y naranja, en un cálido otoño que parecía anunciar la recta final del año. Era 1986 y faltaban pocos meses para que empezara a helar.

Aquellos arbustos alrededor de la entrada de la casa le rozaban la pierna; se fijó en ellos y en los rosales que adornaban con cuidado la misma, pensando en lo vulnerables que serían cuando el invierno llegara. El color y la pertenencia le hicieron recordar, le hicieron traer a su mente etapas que debería haber superado.

Como todo buen artista fracasado, alguna vez Augustus Moon intentó escribir poesía. Y aunque lo intentó y nunca logró rimar, anotó todo lo que vino a su mente durante un par de años. Lo hizo detrás de sus partituras, en donde esos patéticos versos se convirtieron en canciones que actualmente solo podían provocarle un sentimiento parecido a la rabia. Ya no existían; sus primeras canciones eran un asco y aunque las destruyó, algunas palabras parecían ser incapaces de desaparecer aún, como si la vergüenza detrás de ellas fuera a atormentarlo por siempre.



Recordaba en específico la que le costó diez puntos de sutura y una noche en Urgencias: parecía más un relato que una canción, pero era demasiado larga para ser un poema. Iniciaba con la frase: «En mi jardín planté un rosal, alrededor del árbol en el que tallé tu nombre junto al mío...». Agitó la cabeza tratando de dejar de pensar en eso. ¿Qué tenían que ver esas tonterías con el hecho de que sus amigos estaban metidos en quién sabe qué problemas? Nada, absolutamente nada.

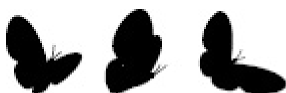
Siempre se sintió ajeno a Taylor Kim, nunca pudo acercarse como quería, jamás logró ser su amigo; sin embargo, el nexo que

había creado con Dakho era preciso para él en ese momento. Porque por patético que sonara, Dakho era la primera persona en la que sentía que podía volver a confiar en algún tiempo.

La historia, así como el tiempo, no es unilateral; tiene muchos aspectos. El libre albedrío de los humanos, es decir, sus decisiones, afectan todos y cada uno para crear una nueva o posible realidad diferente.

Se levantó y dio unos cuantos pasos sobre el llano del jardín, pero se detuvo para observar la casa. Debió haberse marchado, pero al decidir quedarse selló su destino. Le pareció ver algo entre el rosal, pero cuando quiso acercarse un mareo se apoderó de él. Acabó con el cuerpo contra la tierra mojada, escondido entre los arbustos de la entrada.

«En mi jardín planté un rosal, alrededor del árbol en el que tallé tu nombre junto al mío. Tus manos en mis hombros y una leve respiración; admito que me gusta soñar que me perteneces, que eres solo mío».



9:30 P. M.

—¡Solo falta un poco más! ¡Tú puedes!

—¡Cállate, maldita sea, y ayúdame a empujar!

Dakho estaba colapsando, bueno, no literalmente. Ambos estaban sudando, despeinados y desesperados por llegar a casa.

—No hay razón para ser así de grosero, Dakho. Solo intento darte mi apoyo moral.

—Tu apoyo físico me sería muchísimo más útil justo ahora, genio.

Taylor caminaba junto al auto del lado del piloto manteniendo el timón en dirección hacia el frente. Dakho estaba en la parte trasera,

mientras ambos intentaban empujar el vehículo para llegar hasta su casa. Estaban a pocos metros de distancia, la fachada de la casa lucía cada vez más como la entrada al cielo para Dakho, que no calculó bien la cantidad de combustible que iban a necesitar para recorrer medio Estado y que tampoco tomó en cuenta que no debía gastar en golosinas el poco dinero que tenían.

Después de empujar por mucho tiempo, por fin desistieron cerca de la casa.

—La próxima vez, yo cuidaré el dinero —dijo Taylor arreglándose los anteojos y negando con la cabeza.

—Oh, cierra la boca, Taylor. Agradece que al menos regresamos vivos. —Dakho lo observó con una ceja enarcada, ofendido.

—No discutiré contigo...

Taylor lo reprendió con la mirada. Guardaba un pequeño galón de gasolina en el interior de su cochera, así que solo tenía que entrar por él, hacer que el auto encendiera para poder guardarlo y luego golpear a Dakho por ser un terrible tesorero del equipo.

—¿Ahora vas a ignorarme? —lo llamó siguiéndolo a través del jardín.

—Sí.

—Eso es demasiado infantil de tu parte.

—Miren quién lo dice...

—¡Finnian Taylor! ¡Dame atención! Soy como un hada, moriré si comienzas a ignorarme.

—Cállate, es tarde. Y tú eres como un megáfono en el cuerpo de Campanita.

—¡¿Un megáfono?!

—Sí, idiota. Tu voz se escucha en todo el vecindario, así que deja de hacer tanto ruido.

Taylor le dio la espalda mientras caminaba en medio de la oscuridad para llegar a la puerta trasera. Sacó sus llaves e intentó abrir. Dakho lo siguió y, antes de alcanzarlo, su pie pateó algo blando detrás de los arbustos .

—¡¿Pero qué demo...nios?! —dijo cuando tropezó. Taylor volteó molesto, pero al verlo en cuclillas, ladeó la cabeza, confundido.

—¿Qué sucede?

Había un hombre en el jardín. Dakho agitó la cabeza ahogando un grito agudo muy poco masculino por el susto. Se trataba de Haru, que temblaba y sudaba.

—¿Haru? —dijo al reconocerlo—. Despierta —Dakho palmeó ligeramente su rostro para hacerlo reaccionar—, vamos.

El chico soltó un quejido de dolor. No sabía cuánto tiempo había pasado, ni por qué estaba en el suelo; aun así, su piel ardió al igual que sus párpados, y reaccionó agresivamente al intentar levantarse. Cuando finalmente se puso de pie, se tambaleó tratando de llegar a Dakho.

—¿Te encuentras bien? Hombre, te ves terrible.

—¿Qué hora es?

Taylor revisó el reloj en su muñeca.

—Un cuarto para las diez.

—Para las... diez... ¡¿Qué?! Maldición, es tarde. No, no, no. Yo tenía que... —Estaba confundido—. Tenía que...

Maldición, le dolía muchísimo la cabeza y el resto del cuerpo. Notó sus manos vacías y se precipitó a buscar entre la grama, tan agitado como nervioso, hasta que pareció encontrar algo en el suelo.

—Estás comenzando a asustarme... ¿Tarde para qué?

—¡¿Dónde estaban?! He estado aquí todo el maldito día.

—Alto, alto, alto ustedes dos. Primero vamos a calmarnos —dijo Taylor sin entender la situación—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Esto —le extendió el zapato—, esto fue lo que pasó.

—¿Un zapato? —Dakho negó confundido, a diferencia de Taylor, quien sí reconoció dicha prenda—. ¿Dormiste en el jardín por un zapato?

—Sean Grace... —masculló Taylor.

Haru tragó pesadamente al verlo.

—Él... —su voz tembló antes de comenzar a hablar. No sabía cómo explicarlo.

—¿Intentó golpearte por nosotros? ¿Preguntó algo? —preguntó Taylor intentando encontrar una respuesta lógica, aunque sin éxito. Se había comenzado a acostumbrar a que el chico estuviera todo el día junto a Dakho, pero verlo allí, en medio de la oscuridad de la noche y hablando sobre su hermano, le hizo sentir temor. El semblante de Taylor cambió cuando Haru negó.

—No se trata de eso. Yo-o en realidad no sé qué demonios pasa, tenía la esperanza de que regresaran los tres juntos. Intenté buscar ayuda, pero no tengo idea de si lo que vi fue real o...

—¿Qué pasó con Sean Grace? —dijo Taylor directo.

—Se lo llevaron.

—¿Qué?

—No sé quién y no sé por qué, pero creo que está en problemas.

—¿A qué te refieres con que «se lo llevaron»? ¿Qué fue lo que viste?

—¡A eso exactamente me refiero! Estaba en la carretera recogiendo basura, una camioneta pasó junto a mí, parecía descontrolada, luego alguien gritó y lanzó esto desde el auto en movimiento. Quise alcanzarlo, pero la camioneta aceleró y después desapareció en medio de la zona cercada del bosque. Iba a decirles a tus padres, pero no sabía si...

Taylor y Dakho voltearon a verse entre sí. ¿Habían cambiado algo más? O peor aún, ¿a alguien más?

—¿El bosque? ¿Como hacia el lago?

—Sí. ¿No me estás escuchando?

Taylor le mandó una mirada asesina a Dakho, quien sentía que la había embarrado. Decidieron entrar a la casa, avanzando entre la oscuridad hasta pasar por la cocina y luego a la sala. Entonces, una luz se encendió. La señora Kim estaba en el sillón esperándolos, molesta.

—Bueno, hasta que decidieron aparecer. —Taylor apretó los

ojos. Ya estaban lo bastante apurados como para sumar a su madre molesta a la situación.

—¡Mamá! No tenías que esperarnos despierta...

—Hola, muchachos —dijo amablemente, antes de tomar de la oreja a su hijo —. Finnian Taylor, ¿tienes idea de lo preocupada que estaba? No, por supuesto que no. Estuve así de cerca de ir a buscarte a la comisaría.

—No es para tanto, mamá... —masculló.

—¿Dónde estabas, jovencito?

Taylor volteó a ver a Dakho y a Haru en busca de ayuda, mientras estos contenían la risa en el fondo de la habitación.

—Solo salimos a pasear y...

—¿Todo el día? —severa.

—Habrían vuelto antes —intervino Haru—, pero yo los entretuve en la entrada y luego los invité a cenar a mi casa, estuve aquí en la tarde por eso. Mi abuela está en la ciudad y no quise desaprovechar la oportunidad.

Esperaba que la mujer ignorara el hecho de que pasó desmayado toda la tarde entre sus arbustos.

—¿Dónde está Sean Grace? —preguntó ella. Sus hijos estaban creciendo y simplemente quería que no fueran a traicionarla. Pero era un poco tarde para eso.

—El equipo tenía una reunión hoy... —dijo Dakho—, así que probablemente esté en casa de alguno de ellos.

Ella suspiró; no era la primera vez que Sean Grace desaparecía después de molestarse, y tenía miedo de que Taylor comenzara a hacer lo mismo, lo cual era raro, porque usualmente no le importaban lo suficiente sus hijos.

—Si todos están bien, supongo que puedo ir a dormir tranquila —dijo cruzándose de brazos con su bata para dormir.

—Gracias, mamá.

—Aun así, están castigados ustedes dos —dijo señalando a Dakho y a Taylor, antes de caminar hacia las escaleras—. Ah, y tú —

señaló al segundo—, ve a saludar a tu padre antes de irte a dormir.

Taylor asintió y esperó un par de segundos a que su madre subiera.

—Volveré pronto, ustedes quédense aquí y esperen a que regrese. Tenemos que arreglar esto —dijo a los otros dos antes de seguirla por las escaleras.

Dakho negó con la cabeza y caminó hacia la cocina.

—Oye —llamó Haru—, Kim dijo que nos quedáramos aquí. ¿Qué crees que haces?

—Técnicamente, esta es mi casa. Así que iré por un vaso de agua. Aunque creo que necesito cepillarme los dientes y darme una ducha.

—¿Dónde estaban? Realmente.

—Fuimos a San Francisco a ver la playa.

—Sean Grace desapareció y ustedes... ¿estaban en una cita? No me jodan.

—En primer lugar, estás malinterpretando las cosas. Y segundo, no fue una «cita», fue más bien una excursión.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué hicieron en la playa?

—Nosotros hicimos... —Dakho se quedó callado ante el recuerdo de Taylor gimiendo en el auto y de las canciones que cantaron en la carretera— cosas de playa.

—Claro, sigan pensando que soy idiota, lo que pasa entre ustedes no es normal.

—Taylor y yo tenemos nuestros propios problemas. Simplemente es cosa de amigos.

—¿Es normal para ti manosear a tus amigos?

Dakho se ahogó con su bebida.

—La próxima vez no le dejes marcas en el cuello, eh —rio Haru.

—Haru —dio un trago al vaso con agua—, déjalo pasar. No es asunto tuyo.

—Me sorprende que Kim haya superado su enamoramiento por SunHee.

Dakho se atragantó. ¿Qué? Nunca había oído hablar de eso. Bueno, quizás, pero no pensó que fuera nada serio.

—Qué cosas, ¿no? Su hermano el galán le robó la atención de la única chica que le ha interesado en toda su vida —suspiró Haru.

—Él no podría...

—Es bastante obvio; en fin, «no es asunto mío».

Dakho entrecerró los ojos; el chico sabía mover sus cartas.

—Taylor y yo hemos estado investigando cerca del lago, y puede que quizás eso sea ilegal. Y puede que tal vez, solo tal vez, sí sea nuestra culpa que hayan secuestrado a Sean Grace. Es más complejo que eso, en realidad, pero Taylor me matará si te lo digo.

—Gracias por el voto de confianza.

—Ahora, con respecto a SunHee...

—No hablaré sobre eso.

—¡Oh, por favor!

—¿Qué pasa? ¿Estás celoso por SunHee?

—¿Qué? —dijo Dakho, horrorizado—. No, no, no. Dios, eso es tan desagradable de pensar que... —Haru alzó una ceja—. Es decir, la chica es literalmente como yo, de donde vengo es alguien común.

—¿Entonces es por Taylor?

—¿A dónde quieres llegar con esto?

—A ninguna parte, solo me da gracia cómo enloqueces. —Haru sonrió con malicia—. Bueno, puede que sea solo una idea mía, pero Taylor solía sentir una especie de amor platónico por ella, y ahora lo tiene contigo. Es así de sencillo.

—Él y yo no... tenemos nada. No es lo que parece.

—Es un secreto entre ustedes, está completamente bien si no soy parte de esto. Todos tienen sus asuntos personales. He sido un rechazado bastante tiempo, así que lo entiendo —dijo Haru con dolor en los ojos mientras lo examinaba—. Y tú eres muy extraño. Cómo hablas, cómo te comportas... Pero lo que sea que oculten no podrán guardarlo por mucho tiempo.

—¿A qué te refieres?

—Nunca había visto a Taylor Kim actuar de la forma en que lo hace cuando está contigo.No es el tipo de chico que llevaría a una persona de buenas a primeras a su casa. Tampoco es sociable o extrovertido. Por eso no consiguió a la chica. No entiendo cómo es que alguien como él sea capaz de...

—Basta. ¿Y qué si no es ninguna de esas cosas? Nada de eso es importante, y lo sabes. Además, ¿qué podría tener yo de especial?

Alzó los hombros.

—Tengo varias teorías acerca de eso. Pero me inclinaría por dos.

—Ya veo. Y según tú, ¿qué es eso tan interesante?

—Pienso que te ve como un reto, algo así como un afrodisíaco para su inteligencia. Entenderte es su manera de entender un mundo al que no pertenece, o bueno, que no había conocido antes.

—¿Y la segunda?

—Podría ser que a él... simplemente le gusta estar contigo. Es algo bastante enfermizo.

Dakho suspiró. Augustus Moon parecía ser tan intuitivo como creativo, porque sin saber nada había entendido cosas que ni él mismo sabía explicarse bien.

—¿Y tú qué piensas sobre eso?

—¿Qué importa lo que yo piense? Más bien, ¿qué crees que piensa Kim de esto? Cada vez que lo veo parece entrar en una crisis existencial por tu culpa.

—Te repito que entre él y yo... no es eso. —Dakho lo miró sospechoso— Pareces bastante preocupado por él.

—Lo estoy. Toda crisis genera un cambio, Dakho. Y Taylor siempre ha sido alguien peculiar. —Se detuvo un momento ante la sensación de que había oído esa frase antes.

—¿Insinúas que estoy jugando con él o algo por el estilo?

—No. Solo pienso que... deberías tener cuidado con las ideas que metes en su cabeza. Es bastante susceptible y, en cuestiones de «amistad» —no se atrevía a decirlo directamente—, ingenuo.

—Pareces saber mucho de eso.

—Solo trato de hacerte ver que él podría, ya sabes... confundirse con tus acciones. Está deslumbrado por ti, es evidente, y eso es peligroso, así que sé precavido y no le des ese tipo de esperanzas.

—Oh, vamos. Hablas de mí como si fuera un fenómeno o algo. No me refiero a que tú, es decir, yo... no quise decirlo. —Haru arrugó la nariz. Dakho también podía ser perceptivo, como al hecho de que Haru tenía una aversión por esa palabra.

—No te preocupes. La palabra *fenómeno* puede llegar a ser una gran compañera de vida. ¿Sabes? Por mucho que duela, a veces te recuerda que no eres la misma mierda que todos a tu alrededor. Te recuerda que vales la pena.

—Es una buena forma de decir que todos somos unos fracasados.

—Ser un fenómeno tiene un precio, Dakho —dijo, soltando una pequeña risa

—¿Y eso qué significa?

—Chicos —dijo Taylor, interrumpiéndolos—, le dije a mamá que dormiremos en casa de Moon. Conseguí las herramientas y llené el tanque, así que todo listo, es hora.

—¿No se supone que estaban castigados? —cuestionó Haru, admirado por la forma en la que Taylor se salía con la suya.

—Usé a tu abuela de pretexto para salir, así que, si te preguntan, solo di que sí.

—¿Tenemos un plan siquiera? —dijo Dakho.

—Hablaremos de eso en el auto. Así que ya, muévanse.

—Te lo explicaré luego —musitó Haru a Dakho.

Ambos asintieron cuando Taylor salió de la habitación, dispuestos a enfrentar lo desconocido siguiendo sus pasos. Pero antes de salir, Dakho tomó a Haru del brazo para preguntarle algo que lo había intrigado durante la última media hora:

—Ustedes dos solían ser cercanos... ¿cierto? —dijo pensando que, a lo mejor, Haru y Taylor se conocían más de lo que les gustaba aparentar.

—Olvídate de eso, hay cosas que es mejor dejar en el pasado.

—Supongo que eso es un sí.

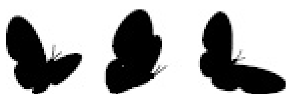
—No tienes ni idea de lo equivocado que estás.

Se soltó y caminó en dirección al auto. Dakho permaneció en silencio. Había pasado demasiado tiempo preocupándose por su futuro, por sus padres y por la posible muerte del muchacho, que había estado ignorando el hecho de que el presente era lo único verdaderamente importante. Entonces, pensó en que tal vez su amigo tenía razón, y eso lo asustaba.

¿Era posible que Taylor sintiera algo por él? Terminó sonriendo y muy en el fondo de su pecho deseó que la respuesta fuese un sí, aunque no fuera a admitirlo. El amor le parecía algo vano y estúpido, pero después de todo, ¿quién era él para impedirle a Taylor fantasear un poco? ¿Quién era él para arrebatarle todo el afán y los deseos de sentir el calor que sabía existían en el chico?

Cuando el auto arrancó y avanzó por la vereda, Dakho supo que, a lo mejor, no era tan malo terminar en el fondo del acantilado, sin entender que estaba saltando hacia algo que no conocía.

El universo elige a sus favoritos, y él, evidentemente, no era uno de ellos.



Sean Grace despertó aturdido. Sus ojos ardieron cuando una luz enceguecedora se asomó frente a él. No tenía idea de qué demonios era el lugar en el que estaba ni de su ubicación, mucho menos de cuánto tiempo había pasado.

La habitación era blanca y las salidas de aire eran pequeñas en contraste con el gran vidrio polarizado que cubría una de las paredes. Parecía una de esas salas donde la Policía interrogaba detenidos, salvo que era más reducida y parecía tener más presupuesto. Estaba esposado a una silla soldada al suelo, y frente a

él había una mesa larga. Apretó los dientes; le dolía el cuello y podía sentir el sudor bajando por su frente.

No sabía que estaba siendo observado por muchas personas con bata y máscaras para gas del otro lado del cristal, atentos a cada una de sus acciones.

—Despertó —dijo Jaewon. Kim Anzu sacó un bolígrafo y abrió su carpeta de expediente mientras fijaba su atención en el chico.

—Genial, parece que podremos conversar con él un rato.

—Profesor... —lo llamó— sigo creyendo que hacer esto está mal.

—El interrogatorio no está en discusión, Lee Jaewon.

—Me refería al hecho de secuestrar a un chico de preparatoria. Sin la orden, no podemos retenerlo. Es ilegal.

—¿Serás un buen samaritano ahora? —le dio dos pequeños golpes en la cabeza—. Los días corren, no tenemos mucho tiempo hasta que se venza el plazo del proyecto.

Kim Anzu soltó una risa ronca mientras pasaba una mano por su cabello. Avanzó para tomar el picaporte de la puerta; pero Lee Jaewon lo tomó del brazo para detenerlo.

—No planea lastimar al chico, ¿cierto?

—No si coopera.

—Entraré con usted para asegurarme de que no haga algo que pueda dañar nuestro progreso —dijo Jaewon con firmeza.

—¿Con quién crees que hablas? —dijo Kim Anzu levantando una ceja. Nadie más se atrevía a hablar—. Tu lugar es aquí, monitorea desde afuera si quieres. Este tipo podría ser peligroso. No pretendo exponer todo de esa forma.

—Es solo un niño...

—Nada, quédate lejos del sospechoso. Necesito que sigas con tu trabajo de campo, y, por lo tanto, exhibir tu rostro no es opción. ¿Entendido?

Jaewon asintió y Kim Anzu se acomodó la máscara. Su joven pupilo era más que su responsabilidad, a veces era todo un problema. Bueno, al menos cuando su moralidad entraba en

conflicto con sus intereses. Finalmente, le quitó llave a la puerta y entró a la pequeña sala de observación. Cerró de nuevo detrás de él y se acercó a la mesa.

—¿Dónde está? —inició directo, mientras se acomodaba frente a él. Tenía la voz serena y la mirada fija en Sean Grace.

—¡Esto es un delito, no pueden retenerme aquí contra mi voluntad! —Sean se removió inquieto en su lugar.

—No voy a repetirlo de nuevo.

—¿Quién demonios eres tú? ¡Exijo saber en dónde estoy!

—No tengo nombre y este lugar no existe —rio el profesor Kim —. ¿Alguna otra duda?

—Hijo de...

—Gracias, es justo el comportamiento de alguien de tu edad, Sean.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Buscó entre sus bolsillos y sacó de entre ellos una pequeña tarjeta con una fotografía del chico y su nombre en ella. Era su pase de biblioteca.

—La verdad, me siento un poco decepcionado. Cuando te requisamos creí que tendrías al menos una identificación decente. No lo sé, permiso de conducir o algo, pero supongo que esto sirve.

—¿Qué quieren?

—Por ahora, solo conversar. Entonces, dime, ¿dónde está?

—¿Qué se supone que debería saber?

—La noche del primero de agosto, ¿en dónde estabas?

—Eso fue hace meses, ¿cómo espera qué recuerde eso? Ni siquiera recuerdo lo que desayuné esta mañana.

—Hubo una tormenta eléctrica y un apagón durante un par de minutos. ¿Dónde estabas?

Sean Grace parpadeó recordando. No había vuelto a llover en un par de meses desde ese día.

—Fui a ver una película —dijo con cierta ambigüedad.

—¿Con quién?

—Con mi novia.

—¿Qué película?

—*Rocky IV.*

—Piensas rápido, ¿no es así? Sé que estabas aquí. Encontraste algo, lo llevaste contigo.

—No lo sé.

—¿Tienes idea de lo jodido que podrías estar? —Golpeó la mesa —. Esto es propiedad del Gobierno, entraste aquí sin autorización. Podrían procesarte por allanamiento o por robo de secretos de Estado. Hay muchos delitos fuertes en esa lista. Así que no me hagas más difícil esto y contesta. ¿Qué era y dónde está? —le repitió.

—¡Ya le dije que no lo sé!

Jaewon observaba desde afuera. Su mentor estaba enloqueciendo cada día más, y sí, él también estaba seguro de que las conjeturas del profesor eran correctas. Se trataba de un humano al que alguien más había ayudado a salir del bosque. Pero este chico, Sean Grace, no era la persona que estaban buscando. Había estado observándolo durante semanas, pero era una persona tan común que... realmente Jaewon dudaba de que tuviera capacidad de hacer lo que el profesor creía.

Se quedó quieto mientras veía a Kim Anzu anotar algo en su carpeta. Se acercó al chico y luego le cubrió el rostro para darle una bofetada.

—¡Suéltame! ¿Qué crees que haces? —gruñó Sean Grace, adolorido.

El otro caminó hacia él y le dijo en voz baja:

—Te llevaré a un lugar que te hará refrescar la memoria. —Después se dio la vuelta para salir de la habitación, dejando al chico forcejeando aún en la silla.

—¿Qué fue todo eso? —le cuestionó Jaewon al verlo salir, pero no se detuvo a escucharlo.

—Llévenlo a la sala B, haré un par de pruebas físicas —dijo a otros de sus ayudantes mientras seguía avanzando—. Si es necesario,

vuelvan a sedarlo.

—¿Siquiera está escuchando?

—Yo iré en un rato, necesito verificar ciertos datos antes de seguir.

—¡Profesor!

—¡¿Qué, por un demonio, qué?!

—Cuando se dé cuenta de lo mal que está... habremos perdido mucho tiempo —dijo con voz baja, a lo que el profesor Kim no contestó.

Abrió su carpeta y tachó de ella algo que Jaewon no alcanzó a ver. Intentó seguirlo, pero el resto de los integrantes de su equipo había entrado a la sala de observación y sujetado al chico para sacarlo de allí.

Se quedó de pie en medio del pasillo, viendo a Kim Anzu caminar hacia un lado y al chico agitado y vendado ser llevado hacia la otra sala. Vio desaparecer a su mentor cuando cruzó la esquina, y aunque quiso seguirlo, decidió avanzar en sentido contrario.

La sala de contención, o sala B, era un espacio acolchado imposible de abrir desde adentro. Lo utilizaban para observar la evolución de los efectos secundarios de la radiación con la que normalmente trabajaban. No pretendía desconfiar de su mentor, no, él quería creer que sería incapaz de lastimarlo, salvo que no podía confiar en él.

Esperó a que sus compañeros lo encerraran y luego se dedicó a ver a Sean Grace por las cámaras durante treinta minutos. Era de madrugada, cada uno regresó a su estación de trabajo, excepto él. En realidad, no tenía una en específico, así que cuando se quedó solo encendió el micrófono de la habitación. Y comenzó a hablar en su lengua natal.

—Si uso este idioma contigo, ¿dejarás de tener miedo? —le preguntó—. ¿Puedes entenderme?

Sean Grace asintió. Estaba sentado en el piso y no tenía idea de quién era el sujeto que le hablaba desde el altoparlante.

—¿Quién eres tú? —dijo en idioma local.

—No tengo nombre.

—Tu voz es diferente a la del otro sujeto sin nombre. ¿Qué es lo que quieren de mí?

—Quiero que me digas lo que sabes.

—¡Ya les dije que no sé nada!

Jaewon suspiró, viéndolo agitar la cabeza a través de la pequeña pantalla, tomando una decisión.

—Te creo.

—¿Qué?

—Esto es lo que va a pasar. La cámara se apagará por cinco minutos después de que yo termine de hablar, te quitaré las esposas, pero debes permanecer con los ojos cerrados, ¿Entendido? Encuentra la forma de salir de aquí y lárgate.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar—. ¿Por qué haces esto?

—No lo sé.

Jaewon se puso de pie y apagó el rústico servidor que alimentaba la cámara de contención. Caminó hacia la puerta sabiendo exactamente que Kim Anzu iba a enloquecer, se adentró en la habitación y sacó de entre sus bolsillos las llaves de las esposas que él mismo le había colocado al chico. Se dio la vuelta y dejó la puerta abierta antes de salir. Sean Grace separó sus brazos, presuroso, retirándose ligeramente la venda de sus ojos para tratar de ver a Jaewon por la espalda, aunque solo alcanzó a distinguir una bata blanca y un cabello rubio que sobresalía.

Se levantó del suelo y salió de la sala. Nunca había visto un lugar como ese, lucía como un cuarto de vigilancia, o peor, de tortura. Empezó a caminar lentamente por los pasillos. ¿Era un hospital? Quizás. No lo sabía con exactitud, no había ventanas a la vista. Siguió avanzando hasta que una voz lo detuvo, se quedó quieto detrás de la cortina plástica de lo que parecía ser una oficina. Era la única habitación con vista hacia el exterior.

—Creí que te irías a descansar.

—Lo intenté, pero no puedo.

Sean Grace quería conocer ese rostro al descubierto. Jaewon se acercó al marco de la puerta y abrió los ojos cuando reconoció la figura de su fugitivo sujeto detrás de ellos. Mierda. No había llegado demasiado lejos como para ser atrapado de esta forma.

Sean Grace apretó los ojos, pero contrario a lo que creyó, la persona que lo vio pareció decidir ignorarlo.

—Eres demasiado joven para tener ese tipo de problemas —dijo el profesor.

—¿Y usted? —contestó nervioso—. Cuando dijo que necesitaba revisar datos supuse que fumaría hasta el amanecer.

—Busco aclarar mi mente.

—¿Puedo? —preguntó. Su mentor lo miró intrigado. Lee Jaewon nunca fue amigo del tabaco—. Necesito mantenerme despierto.

—¿No crees que sería mejor tomar un poco de café?

—Quizás. Pero... —Buscaba una idea para sacar a Kim Anzu de allí—. Soy un hombre, necesito más que eso.

—Lo que tú eres es un niño cansado. —El profesor se levantó y apagó su cigarrillo en el escritorio—. Sígueme, es mejor que te alejes de todo este humo.

Se acomodó los anteojos y salió de su oficina sin percatarse de lo que estaba ocurriendo. Pero entonces, la luz de emergencia se encendió en el pasillo. Ambos se miraron; sabían lo que esa luz amarilla significaba.

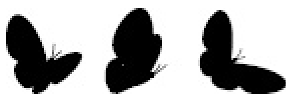
—El sensor... —dijeron al unísono.

Un perímetro de cinco kilómetros, el sujeto estaba cerca. Tomaron sus máscaras de seguridad y corrieron hacia el cuarto del radar. No habían tenido interacción en más de un mes, esto solo podía significar un avance. Cuando ambos se alejaron, Sean Grace entró a la oficina. Solo entonces pudo ver el exterior y supo en dónde se encontraba. Llevó su vista hacia el escritorio, una carpeta plástica llamó su atención, pues recordaba haberla visto antes.

La tomó y la escondió entre su ropa.

Ya sabía en dónde estaba, ahora solo necesitaba encontrar una salida.

Entonces, el vidrio de la ventana comenzó a lucir tentador.



—Tienen una hora.

—¿A qué te refieres con «tienen»? ¿No se supone que vendrías con nosotros? —dijo Dakho cuando Haru pareció dudar ante la idea de acompañarlos.

—En vista de que los dos son terribles al volante, y de que el plan de Taylor es un asco, yo conduzco, así que esperaré en el auto.

—Claro, quédate aquí, cobarde —secundó Taylor.

Haru era avezado, pero no suicida. Estaban en medio del bosque, justo donde comenzaba el perímetro cercado. Taylor había olvidado dónde estaban los agujeros que había hecho en la malla, así que tomó su pinza y decidió hacer uno nuevo.

—Como quieras —dijo intentando romper el alambre—, pero recuerda que si no salimos de aquí en una hora debes conseguir ayuda.

—Lo tengo.

Dakho asintió cuando Taylor finalmente consiguió hacer una abertura lo suficientemente grande como para que ambos pasaran por allí. Encendió una linterna y le extendió una mano a su compañero, invitándolo a tomarla.

—¿Listo? —preguntó Dakho mirándolo antes de atravesar la malla.

—Listo. —Taylor tomó su mano y se aferró a ella con fuerza.

Juntos se adentraron en el bosque con la única y débil luz que poseían.

Podría sonar patético, pero para Taylor era inmensamente surreal que alguien estuviera dispuesto a arriesgarse así con él.

Aunque era su culpa, claro. Pero el misterio y la adrenalina eran cosas a las que siempre se sintió atraído, y hasta ese momento, Dakho era la única persona que sabía se atrevería a sentirlas a su lado. No entendía cómo era capaz de colocar la conjunción «pero» antes del nombre del chico, porque poco a poco sentía que todo estaba mal, pero Dakho... pero no le importaba si Dakho estaba con él. Lo hacía sentirse como un creyente. Aunque no sabía exactamente de qué.

Juntos caminaron por el bosque sin saber qué encontrarían. ¿Armas? No, realmente no tenían nada además de un par de cuerdas y un bate de béisbol, pero, aun así, habían decidido encontrar a Sean Grace. Dakho se sentía abatido. ¿Por qué querrían a Sean Grace? ¿Esto sería realmente su culpa?

Se detuvo en seco con la mente deambulando en otra parte. De repente, un dolor en el pecho lo sobrepasó. Taylor ya lo conocía, era su típico ataque de pesimismo.

—Dakho —volvió hacia él—. Tranquilo. Sean Grace estará bien, ya lo verás.

—No es eso... Siento que estoy llegando a mi límite. Últimamente no sé qué hacer. Siento esta energía que no puedo controlar...

Taylor apretó los ojos. Dakho parecía alterado y adolorido.

—Son tus neurotransmisores, tus emociones, los que detonan tu energía. Eres un sujeto inestable. Desde la última vez que tus recuerdos cambiaron, es como si tu mente se hubiera saltado una etapa de maduración.

—¿De eso se trata tu experimento, cierto? Piensas que puedes manipular mis emociones para controlar también la energía que hay en mí.

—Es parte de... —carraspeó—, necesito entender cómo es que tu cuerpo es capaz de soportar el voltaje.

—¿Y el tuyo?

—¿El mío? ¿Si estando juntos me transmites corriente?

Ninguno de ellos sabía en dónde estaban ni la forma en la que los sensores enloquecieron por la presencia de Dakho. Ni de la mente de Dakho desvariando cuando el sudor comenzó a deslizarse por su cuello.

—Un paso a la vez, Dakho. Lo solucionaremos en el camino.

Pensó que lo que sea que acabara con el chico podría esperar, o tal vez era él que parecía alimentarse de la respiración del muchacho, porque dio un paso al frente al sentir un ligero mareo.

—Taylor... No puedo seguir.

—¿Qué? —preguntó, y clavó esa mirada densa y ámbar en él, cuando el pecho de Dakho chocó con el suyo.

—No lo sé, siento que debo acercarme.

—No es el momento, tenemos que llegar del otro lado.

—No lo entiendes... Es... inevitable, quiero estar cerca de ti. Necesito sentir tu piel. Así puedes sentirlo también, ¿cierto?

—¿Qué cosa?

—La descarga... —Sonrió con tristeza—. El dolor.

El viento estaba lleno de estática, lo sabía por la forma en la que el cabello oscuro del chico se encrespaba, al igual que los pequeños vellos cerca de su cuello y mentón, erizando su piel cuando su cuerpo se sentía condicionado a unirse con el suyo. Electromagnetismo, dos fenómenos unidos y un idiota demasiado cerca del origen. Cada centímetro más cerca del agua era un paso que Dakho debía retroceder. La fuerza dentro del campo era tal, que la energía y la polarización intentaban alejarlo.

Estaba siendo repelido sin darse cuenta. Parte de la electricidad del lago estaba adherida a él, lo que significaba que, al ser igual, debía repelerse; pero no podía moverse, no cuando estaba atrapado en medio de sus dos polos. No pudo hacer más que adherirse a su carga opuesta, que ahora estaba dentro de Taylor. Sí, su polo equivalente, cuya espalda estaba contra un árbol y lo miraba con los ojos abiertos y los labios húmedos.

Estaba sudando y sus extremidades parecían dormidas. Su pecho

temblaba y, a juzgar por su visión borrosa, la «sobrecarga», como él mismo había decidido llamar a sus ataques, ocurriría pronto. Cada vez, parecía que podía entender lo que sentía un poco más. No solo en su cuerpo, también en su subconsciente y en su yo real.

El abismo no se contempla de la misma forma desde el fondo. Y el momento antes de saltar es un segundo infinito de eterna culpa.

Las luces aparecían de nuevo y sus recuerdos estaban mezclados con la realidad. El dolor en su espina dorsal y pies le hacían saber lo que estaba por pasar. Su juicio se nublaba, pero debía evitarlo. Contempló a Taylor con temor, necesitaba aferrarse a lo único que era real para él en ese preciso instante y su sistema lo único que anhelaba era cerrar el circuito o desconectarse.

Taylor sintió temor cuando creyó que colapsaría en ese momento, pero sobre todo se quedó sorprendido cuando de pronto Dakho lo tomó de la mandíbula para besarlo, respirando agitado y, por un segundo, ebrio de la pesadez de su boca. Fue un beso fugaz y doloroso, y Taylor supo que estaba lleno de desesperación, de la lucha por mantenerse consciente que le dio una descarga. Era veloz, su saliva tenía hiel, sabor metálico y electricidad mezclada con lujuria.

Solo quería sentir que era real, que su piel no ardía como si todo dentro de sí le gritara que no pertenecía a ese lugar. Debían avanzar, pero Dakho no podía dar un solo paso al frente sin lastimarse más.

En ese momento, la luz de los reflectores del otro lado del lago se encendió acompañada de sirenas y alarmas de alerta, y los hizo reaccionar. El estruendo en medio de la noche y los tétricos árboles confirmaron que no estaban solos. Se miraron fijamente a los ojos al momento de separarse. Dakho tragó saliva asustado y Taylor temió cuando su mirada oscura se mostró cruda para él, más aún cuando sus labios volvieron a abrirse para susurrar un casi inaudible «corre».

A la distancia, los perros guardianes y la seguridad interna del lugar se habían desplegado. Pero no se trataba de la presencia de los chicos, sino de una fuga en el área de confinamiento.

Sean Grace había roto una ventana hacia el exterior y ahora buscaba desesperadamente despertar o salir de allí. Intentaba esquivar las ramas de los árboles mientras corría; necesitaba salir a la carretera, pero en el momento en el que logró escapar del laboratorio todas las sirenas y alarmas se habían disparado. Había luces encendidas y un gran revuelo; lo estaban siguiendo e iban a alcanzarlo; pero no, Sean Grace no se iba dejar atrapar tan fácilmente, no de nuevo.

Después de años de correr por kilómetros y de ejercitarse, este era el momento en el que podía probarse a sí mismo cuan rápido era en realidad. Y lo ágil que alguna vez sería. Así que respiró con fuerza, moviéndose a zancadas para avanzar en la fría hierba.

Sabía que la forma más rápida de llegar al otro lado era a través del agua, pero no estaba seguro de si sus habilidades como nadador eran confiables ni de la profundidad. Aun así, se lanzó al agua desde uno de los extremos e intentó con todas sus fuerzas contener el aire mientras desesperado buscaba salir de ese maldito bosque. La corriente del agua era fuerte, como nunca la había sentido a pesar de lucir como un líquido estático. Podía ver las luces de las linternas buscando entre la maleza durante los pocos segundos que sacaba la cabeza del agua.

Sentía demasiada presión, como si la fuerza del lago intentara hundirlo, arrastrarlo; así que cuando supo que estaba cerca de uno de los extremos, se aferró a un tronco que flotaba para impulsarse hacia afuera y llegar a tierra. Levantó la vista: no había logrado atravesarlo, pero sí se había evitado gran parte del bosque, un par de kilómetros hacia afuera. Llegaría a la malla de seguridad; sabía exactamente el punto en el que podría salir.

Se levantó cuando los ladridos de los perros acercándose lo alertaron. Su cuerpo estaba demasiado cansado y no respiraba con regularidad, pero no podía detenerse, no dejaría que esos idiotas lo atraparan de nuevo. Parecía un sueño, y en este punto, Sean Grace ni siquiera estaba seguro de que no lo fuera.

Alcanzó a ver un poste de alumbrado público a la distancia, estaba cerca y creyó que ya nada podía joderlo más hasta que su pie descalzo se deslizó por encima de la hierba mojada y se resbaló cuesta abajo, chocando con piedras y troncos mientras rodaba.

Haru había hecho aún más grande el agujero en la malla, se había adentrado en el bosque, ya que luego de una hora ninguno de los tres había regresado. Entonces, cuando por fin tuvo valentía para avanzar a pesar de la oscuridad, un objeto pesado impactó contra su cuerpo, haciéndolo caer.

—¿Kim? —dijo cuando logró reconocer a Sean Grace apretando los ojos a causa del dolor.

—¡¿Apr... Moon?!

—¡Kim! ¿Por qué estás todo mojado?

—¡¿Qué demonios haces aquí?!

—Vinimos a salvarte, cretino. —Sean Grace abrió los ojos, sorprendido, mientras comenzaba a levantarse del suelo.

—¿Vinimos?

—Kim... Tu hermano y Dakho, ellos entraron a buscarte.

—¿Qué? ¿Trajiste a mi hermano a un lugar como este?

—¿Cuál es tu jodido problema?

—Maldición... no hay tiempo para esto. Tenemos que irnos, ahora. Ya vienen. Levántate. —Tomó a Moon del brazo para hacerlo correr junto a él.

El estruendoso sonar de las alarmas incrementó acompañado de bullicio y de los alaridos de una voz conocida a la distancia.

—¡Enciende el auto! —gritó Dakho mientras se acercaba; detrás de ellos era posible ver linternas apuntando contra sus espaldas—. ¡Enciende el maldito auto!

—Bueno, parece que estamos todos... —dijo Haru al verlos.

Taylor se sentía cansado; cada vez que corría, había algo en su pecho que le hacía sentir la necesidad de respirar por la boca. Pero su adrenalina era mayor, no le permitía prestar atención a su cuerpo, solamente lo impulsaba a buscar desesperadamente una

salida. Alcanzó a ver a su hermano a la distancia y recuperó el aliento, entonces tuvo fuerzas para seguir avanzando.

Volteó para mirar a Dakho; su respiración estaba agitada y por un momento dudó en si las alarmas habían enloquecido por haber entrado o por la simple presencia de Dakho. Los focos del auto también parpadeaban. ¿Qué había allí? No lo entendía, pero aparentemente era lo suficiente fuerte para desestabilizar a Dakho.

Vio cómo Dakho caía al suelo después de haber rozado por accidente la cerca metálica. Un destello lo arrojó con fuerza contra el pasto. Estaban afuera del bosque a la orilla de la carretera, a pocos metros de los otros dos. La energía en su cuerpo estaba destrozándolo. Taylor lo sabía por lo doloroso que era incluso acercarse a Dakho. Lo sabía porque había pasado esto antes.

Dakho estaba desmayado, parecía como si no respirara; estaba en un completo estado de trance, paralizado. Moon se acercó a ellos para intentar levantar al muchacho, pero Taylor lo detuvo.

—¡No lo toques, morirás!

—¡¿Qué?!

—¡No puedo explicártelo ahora! —dijo asustado. Las luces se acercaban y él no tenía ni idea de qué hacer para sacar a Dakho de allí.

Haru no entendía qué pasaba, pero era tan perceptivo como para darse cuenta de los chispazos que salían alrededor de Dakho.

—Tómalo con mi suéter. Es de puro algodón.

Taylor entendió inmediatamente: era un material no conductor. Si lo jalaba de los pies con la prenda, podría separarlo de la tierra húmeda y rescatarlo.

Preso del miedo, se quedó quieto sin saber cómo reaccionar. Por primera vez estaba realmente asustado. Pero ya no tenían tiempo, Haru sujetó a Dakho desde los pies, intentando aferrarse a la tela para moverlo. Entonces Taylor dejó a un lado su temor y tomó a Dakho de los hombros, sosteniendo con fuerza la tela para levantarlo de la tierra húmeda.

—¡Tenemos que irnos ya! —gritó Sean Grace, que se había movido hasta el asiento del piloto y encendido el auto.

Quitó el neutro de la palanca y se acercó los metros que les faltaba a los chicos para llegar al auto. Haru abrió con dificultad la puerta del baúl para luego tomar un gran impulso y casi lanzar el cuerpo de Dakho al interior.

—¡Taylor, al auto, ya! —Haru empujó a Taylor por la espalda para hacerlo avanzar. Abrieron la puerta del copiloto y ambos entraron en el auto sin importar que estuvieran apretados en el mismo asiento.

—¡Deténganse! ¡Están cometiendo un delito federal! —dijo una voz detrás de ellos desde un megáfono.

Sean Grace apretó el acelerador para alejarse. Los neumáticos rechinaron sobre el asfalto; definitivamente no era la forma en la que esperaban recibir la llegada del último lunes de septiembre.

—Esos hijos de puta creen que pueden secuestrarme y salirse con la suya.

—¿Por qué nos están siguiendo? Necesito que alguien me explique qué jodidos pasa aquí —Haru volteaba a ver constantemente mientras su vista pasaba de Taylor a Sean Grace sin entender la situación.

Taylor sabía exactamente la razón, pero no esperaba que su hermano contestara con otra respuesta.

—Me robé esto —dijo sacando de debajo de su camisa una carpeta de color marrón, igual de mojada que el resto de él.

—¡¿Que hiciste qué?! —gritó Taylor tomando el objeto, incrédulo.

—Creo que es importante, allí anotaban todo lo que yo decía, creo que es una especie de bitácora, no sé. Malnacidos, espero que puedan seguir jugando al médico nazi sin su estúpido libro.

Taylor abrió la carpeta, la tinta se había corrido debido al agua, pero aun así era medianamente legible. Se quedó mudo cuando leyó las palabras «tiempo» y «energía» en la misma oración, además

de un encabezado a máquina de escribir que decía «K'sT, hipótesis n.o 100».

—Eso no responde mi pregunta.

—Joder, Moon. Créeme que yo tampoco tengo la más puta idea de lo que pasó allí o por qué. —Ambos se quedaron callados y voltearon a ver a Taylor, que se encontraba absorto con la carpeta en sus manos—. ¿Y tú, Taylor?

—¿Yo? ¿Qué les hace pensar que yo sé algo?

Sean Grace enarcó una ceja mientras lo miraba con seriedad.

—Oh, no lo sé. Quizás porque que cada vez que pasa algo extraño en la ciudad tiene que ver contigo, o por el hecho de que es tu amigo quien está desmayado en el baúl del auto.

—Yo no... no puedo decirles. No aquí, no ahora —dijo tragando saliva con fuerza—, necesitamos ir a un lugar seguro.

—Su casa no es segura por ahora, iremos a la mía —dijo Haru, a lo que los Kim asintieron. Sean Grace conocía el camino.

Después de un par de kilómetros disminuyeron la velocidad, ya nadie los seguía y ahora lo único que parecía atacarlos era el pesado ambiente en el que se encontraban. Sean Grace estacionó el auto directamente en la parte trasera de la casa; al detenerse, Taylor bajó del vehículo para correr a ver a Dakho y constatar que siguiera con vida.

Abrió el baúl, se veía pacífico y sereno. Su respiración se había regulado, parecía completamente inofensivo. Acercó ligeramente su mano a la frente del chico para tocarlo, estaba frío, pero no había corriente.

Era confuso, no entendía qué le había causado una sobrecarga. Quería entenderlo, necesitaba entenderlo, necesitaba saber qué era lo que provocaba eso en el chico; porque tenía miedo, sentía que Dakho podía un día simplemente no ser fuerte para soportarlo.

—La sangre sabe a metal. Odio ese sabor —dijo Dakho, removiéndose ante su tacto.

—Dakho... —musitó—. ¿Cómo te sientes?

—Débil. —Tragó saliva—. Me duele el pecho...

Sean Grace y Haru bajaron del vehículo también y se quedaron de pie detrás de Taylor mientras temblaba frente a Dakho.

—No había estrés ni nada para aumentar el voltaje. No deberías haber colapsado. ¿Qué sucedió?

—No lo sé. Yo solo... —Se quedó callado, no sabía cómo describir la sensación de ser arrastrado, como si todo su cuerpo se hubiese quedado atrapado por poco en un campo invisible, era el magnetismo literal—, tropecé.

Taylor negó, estaba seguro de que mentía, pero prefirió no decir nada; si la carga eléctrica no lo consumía, quizás la mental lo haría.

—¿Crees poder levantarte?

Dakho asintió e intentó sentarse para bajar del vehículo; se sentía perdido, pero el aire de la madrugada le hizo recuperar la estabilidad poco a poco.

—Taylor... ¿qué pasa? —cuestionó Sean Grace. Haru prefirió guardar silencio y, sin dudarlo, abrió la puerta de su casa para dejarlos entrar.

Los cuatro atravesaron el marco de la puerta y llegaron a la sala en pocos segundos.

—Es un ataque de asma, le pasa seguido —mintió serio mientras lo ayudaba a moverse—, le tomará un par de horas volver a estabilizarse, pero estará bien. Moon, ¿tienes un botiquín?

Haru asintió, pero, antes, tomó una de sus telas que estaban regadas por el lugar y cubrió el sofá antes de indicarle a Taylor que llevase a Dakho hasta allí para que descanse.

Taylor se mantenía atento a la palidez de Dakho, mientras Sean Grace caminaba inquieto por la habitación. Es decir, lo habían raptado y ¿aun así Dakho era más importante que él? Además, parecía ser el único idiota que no tenía ni idea de lo que acababa de pasar.

Se apoyó contra una estantería mientras veía a su hermano tomarle la temperatura a Dakho. Estuvo a punto de decir algo más,

pero gruñó cuando sintió la fría presión que le quemó en el hombro. Al voltear, vio a Moon intentar desinfectar su brazo herido.

—¿Qué haces? —le dijo, casi tan molesto como sorprendido.

—Intento curarte, ¿no es obvio?

—¿Por qué crees que quiero que...?

—No olvides que sé cómo piensas, y que sé que tu gran ego te asfixia mientras ves que tu hermano le da atención a alguien más, ya deberías saber que no es un objeto que puedas tener solo para ti. Así que, por una vez, deja de ser un idiota y cállate.

Sean Grace observaba a Taylor examinar a Dakho, la forma en la que le abrió la boca para revisarlo y luego cómo le tomó el pulso para anotarlo en la libreta que siempre llevaba con él. No sabía si estaba cuidándolo, estudiándolo o haciendo ambas cosas. Aun así, le resultaba demasiado extraño. Todo esto le resultaba casi irreal.

—Estás deshidratado, te pondré un suero después.

—Tenemos que regresar a casa —dijo Sean Grace llamando la atención de su hermano. Entonces, Taylor se levantó y caminó hacia él.

—Estamos en casa.

—¿Qué? —dijo confundido.

—La reina llegará en un par de minutos, alista el banquete, es hora. Tic toc...

—¿Qué rayos...?

—Lo siento.

Haru frunció el ceño; nada de lo que Taylor decía tenía sentido alguno, o al menos no lo tuvo hasta que vio al menor estampar un puño contra la sien de su hermano. Sean cerró los ojos y se desmayó.

—¡¿Taylor, qué demonios te pasa?! ¿Por qué hiciste eso?

—Estará bien —masculló, sosteniendo su peso—, ya he hecho esto antes.

—¡Acabas de noquear a tu hermano! ¿Qué te sucede? Espera, ¿cómo que ya lo has hecho antes?

—Es la mejor forma; no necesito a Sean Grace en esto, él no debe saber nada. Despertará en su cama mareado, pensará que se le pasó la mano con su medicamento y creerá que tuvo una alucinación, eso es todo.

—¡¿Saber qué?!

—Tú tampoco deberías saberlo, ni siquiera yo debería. Es peligroso, hoy lo confirmé. Estamos fichados.

—Oh, maldición, Taylor. ¿Qué tan malo puede ser como para que pienses eso?

Tragó saliva. ¿Era conveniente decirle? Probablemente no, pero no podía seguirle ocultando cosas. Es decir, no era como si pudiera engañarlo igual que a su hermano. No, definitivamente, era imposible manipularlo de esa forma.

—Si te lo digo... prométeme que no se lo dirás a nadie. Es más, júrame que nadie más sabrá de esto, júrame que nunca dirás una sola palabra, hazlo y prométemelo por lo que más ames en el mundo.

—Esto es...

—Júralo por tu abuelo.

Haru frunció el ceño. Taylor conocía parte de su pasado.

—Lo juro.

Taylor tragó con fuerza, no había forma sencilla de explicar esto.

—Hace unos meses encontré a Dakho desmayado a la orilla del lago. No es un estudiante de intercambio; lo llevé a mi casa y he estado intentando ayudarlo.

—¿Qué?

—Estaba seguro de que no era el único que sabía sobre esto y no me equivoqué. Aún no sé qué es lo que hay allí adentro, o quién lo trajo, pero lo averiguaré y encontraré una forma de que Dakho regrese a casa sin que lo lastimen.

—¿Y por qué se supone que Sean Grace no debe saberlo? ¿Qué me hace diferente a él?

—Tienes tantas agallas como cerebro. Y yo ya no puedo solo con

todo esto, necesito ayuda, necesito alguien que mantenga a mi hermano al margen de nosotros y ese eres tú. Además, la paradoja que causaría si Sean Grace se enterara de que el chico que duerme en mi habitación es el hijo de su novia de la preparatoria sería terrible.

Haru se ahogó con su propia saliva. Si antes entendía poco, ahora entendía menos.

—¿Cómo es posible? Taylor, no es momento para juegos.

—No estoy jugando. Dakho quería cambiar su vida, pero en este momento creo que sería más fácil simplemente volver al punto donde nada había cambiado aún.

—¿Volver a dónde?

—A la mañana del primero de agosto de su año, de su línea.

—Sé directo y dime de una vez por todas qué demonio pasa.

Taylor lo miró seriamente y se acomodó los anteojos antes de seguir hablando.

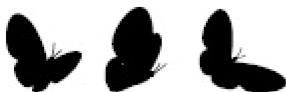
—Dakho viene del futuro —soltó.

Haru asintió esperando que fuera una broma, pero la mirada de Taylor no cambió, entonces supo que decía la verdad.

—Estamos jodidos, ¿cierto?

—Y mucho.

Oh, mierda. ¿En qué se había metido?



105 DÍAS ANTES DE...

Cuando Sean Grace volvió a abrir los ojos, lo primero que logró reconocer fue el techo de su habitación.

Volteó la vista hacia su mesa de noche y encontró su caja de pastillas para dormir, además de su gorra. Se recompuso sobre su cama, bastante adolorido, y parpadeó lleno de confusión. Hizo

crujir su cuello y después se levantó para bajar al primer piso. Todo parecía normal; se movió cauteloso mientras avanzaba por el pasillo hasta que llegó a la cocina donde encontró a Taylor comiendo cereal tranquilamente mientras leía el periódico.

—¿Cómo me trajiste hasta acá?

—¿Disculpa? —le dijo fingiendo demencia—. Buenos días a ti también.

—Ya sabes, el bosque y los... los tipos esos del laboratorio.

—No tengo idea de qué estás hablando.

—Pero tú y... Dakho...

—Regresamos anoche y te encontramos en tu habitación durmiendo.

—No... —parpadeó confundido— estábamos en casa de Moon y...

—¿Desde cuándo eres su amigo siquiera?

—No pude haber imaginado eso también.

—Escucha —le dijo con seriedad—. Mamá me dijo lo que hiciste. No debí escapar, intentaré no alterarte así de nuevo.

—¿Lo que hice...? —Taylor frunció el ceño.

—Se te pasó la mano de nuevo, ¿cierto? Tú prometes dejar de tomar esa basura. Y yo prometo no extralimitar tus nervios.

—No lo entiendo...

Taylor se sentía culpable por utilizar los problemas pasados de su hermano como chivo expiatorio para sus propios intereses. Quería preguntarle tantas cosas, pero no lo involucraría más. Le tomó casi una hora cargar el pesado cuerpo de su hermano hasta el auto y luego de regreso a casa para colocarlo en su cama. Además, había dejado a Dakho en casa de los Moon siendo atendido por su nuevo ayudante.

—Solo tuviste un mal sueño, grandote. Venga, ve a ducharte o llegaremos tarde —le dijo palmeando su espalda para hacerlo caminar de vuelta a las escaleras.

El doctor dijo que necesitaba un par de pastillas para dormir

hacía un par de años. A la fecha, parecía que seguía teniendo cierta tendencia a ellas.

—Taylor...

—Ah, y sobre el auto... Yo te lo explicaré luego, pero... será mejor que se quede en la cochera —le dijo.

Sean Grace regresó a su habitación confundido y se sentó en la cama mirando la mesa de noche de nuevo. Todo eso se sintió tan real que le resultaba imposible pensar que simplemente no lo era. Sonrió triste, pero después de todo no era la primera vez que despertaba así de desorientado por una de esas cosas.

Suspiró con fuerza y se dispuso a retirar su ropa para dirigirse a la ducha, pero se detuvo cuando su reflejo en el espejo cautivó su atención en la gasa de su brazo. La retiró levemente y se encontró con una herida limpia.

El recuerdo de Moon desinfectando su brazo apareció junto a un amargo sabor, porque eso solo podía significar una de dos cosas. La primera, que estaba enloqueciendo. Y la segunda, que Taylor mentía.

10.

22 DE SEPTIEMBRE DE 1986.

El tiempo es inestable, así como la vida, fortuita. Y juntos hacen que la existencia sea solo un accidente.

Lo primero que vio al abrir los ojos fue una mata de cabellos negros que se deslizaban por sobre una piel blanquecina y tersa. La chica a su lado dejaba ver un poco de su espalda baja mientras dormía delicadamente. Él volteó para mirar el reloj en su mesa de noche, era la una de la madrugada; no podía creer todo lo que había pasado el día anterior.

Quizás era la chica, o su buena suerte. Fuese lo que sea, empezaba a creer que su vida no era tan vacía como siempre creyó. Cerraba los ojos y los momentos se repetían una y otra vez frente a él. Había tenido una de las mejores tardes de su vida y no quería sonar tan patético, pero la calidez en su pecho comenzaba a quemarle.

Tuvo un gran partido, fue la estrella. Incluso después de pasar horas con su amada en el bosque, de llegar tarde al juego y de creer que estaba acabado, no fue así. Uno de sus compañeros resultó lesionado y él llegó justo a tiempo para ser el salvador del marcador, ganaron el juego y luego despertó con la muchacha en su cama.

Ella despertó y giró su cuerpo hacia él. SunHee le sonrió con timidez, por la forma en la que sus ojos le recorrían y su pose, en la que recargaba la cabeza sobre su brazo junto con su pecho expuesto.

—Basta de verme así, me avergüenzas —le dijo.

—Lo siento, no me canso de admirar lo bonita que eres.

—Cállate, eres un tonto.

—Tendrás que acostumbrarte a mis tonterías.

Él sonreía, pero la mirada de aquella joven estaba llena de incertidumbre. Luego, su expresión se volvió seria en medio de la tribulación de sus pensamientos. Por una vez en su vida, parecía que todo le salía bien, hasta que ella lo miró con cierto pesar.

—Sean.... Tú...

—¿Yo?

—¿Me extrañarás cuando me marche? —soltó SunHee sin dejar de verlo. La luz del exterior de la ventana se reflejó en sus ojos.

Sean Grace definitivamente abrazaba la idea de que ella se quedara a su lado para siempre. Un futuro desconocido no sonaba tan mal si podía vivirlo a su lado y sentirse como un pequeño ilusionado todos los días de su vida. Como un adolescente, había comenzado a soñar cometiendo el error más humano de todos: estaba demasiado enamorado de ella como para darse cuenta.

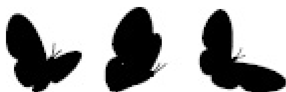
Pasó una mano por su cabello y le dio un pequeño beso en la frente exhalando contra su piel, sin saber qué decir, sin saber que eso exactamente iba a destrozarlo.

—Eso no responde mi pregunta —volvió a decir ella. La manta blanca sobre su cuerpo contrastaba con la oscuridad de su cabello y la sombra de su figura que solo dejaba a la vista la silueta de sus senos.

Sean tragó saliva con fuerza y sus labios temblaron cuando intentó abrirlos.

—Creo que... —suspiró—, no quiero que te marches.

La noche en la que fue la sensación del lugar estaba a punto de terminar. Cada recuerdo es un accidente, así como un aleteo de mariposa, un huracán.



—Para ser un principiante, eres bastante bueno.

La vida funciona de forma irónica y te coloca exactamente en donde debes estar para lograr su cometido; todo lo llena de complicidad. El sol resplandecía sobre las cabezas de los muchachos que, en el campo, buscaban dar lo mejor de sí mismos, intentando pulirse para comenzar con pie derecho la temporada de juego.

O bueno, la mejor parte de la temporada.

Habían vencido a varias escuelas meses atrás, y ahora que se acercaban a semifinales no podían descansar. Era un juego importante, que iniciaba la recta final de la liga. Era el último año para muchos de ellos, lo que hacía aún más fuerte su deseo de ganar, ya sea para conseguir la atención de un reclutador o simplemente para dejar un legado.

Sean Grace estaba lanzando mientras el resto de sus compañeros de equipo bateaba firmemente, a diferencia de Dakho, a quien habían castigado por faltar a tantos entrenamientos y ahora corría sin camiseta alrededor del campo. Sí, el sol resplandecía sobre la espalda de Dakho cuando se movía bajo su luz. Sudaba en medio de constantes exhalaciones, y tenía los ojos cansados.

—Taylor, ¿estás escuchándome? —Él ni siquiera le prestó atención, le era difícil asimilar la idea de que ahora tenía otro amigo.

Más allá de la malla, en la pequeña tribuna, se encontraban dos chicos ajenos a los viriles atletas. Un castaño, que había adquirido un reciente gusto por faltar a clases, y un artista que sabía que de todas maneras reprobaría.

Taylor intentaba enfocar su visión con los anteojos mientras veía a Dakho ser reprendido por el entrenador. Le gustaba estudiar cada parte de su torso, la imagen de sus omóplatos al moverse le hacían querer capturar cada detalle de él. Comer sano y la cantidad de ejercicio que hacía al jugar habían comenzado a pulir su cuerpo. Le

resultaba fascinante, tanto que había comenzado a llenar de dibujos su pequeña libreta. Parecía que había desarrollado un gusto culposo por las evaluaciones físicas que hacía sobre Dakho cada día.

Taylor recibió un pequeño golpe en la cabeza que le hizo dejar de ver al frente y redireccionar su mirada hacia el chico a su lado.

—¿Qué te sucede? —le dijo a Haru.

—En vista de que estabas distraído, lo repetiré—se burló—: dije que tus dibujos son bastante buenos. Tengo un gran ojo para cosas como esas.

—¿Esto? —Negó con la cabeza—. Son terribles, pero... necesito tener referencias para mi expediente.

—¿Por qué no le tomas una fotografía? —le dijo, sabiendo a ciencia cierta quién era la persona que Taylor observaba con tanto esmero. Y comprendiéndolo completamente—. Puedo hacerlo por ti si quieres.

Poseía su propia cámara, a diferencia de los muchachos, que habían tenido que robar la de Sean Grace.

—El tiempo es muy frágil, una evidencia de esa magnitud sobre él es... peligrosa.

—Aún no entiendo bien todo esto de Dakho, el robot del futuro.

—Tengo mucho que explicarte, demasiado. Y no, no es un robot, solo un exhibicionista... —dijo volviendo su vista por un par de segundos al muchacho en el campo.

Haru asintió con la cabeza. Habían pasado los últimos días intentando reparar las hojas rotas de la carpeta que Sean Grace sacó del laboratorio y que ambos habían prometido explicarle. Hasta el momento solo tenían unas cuantas páginas, pero Taylor ya casi podía saborear sus premios al recabar un par de datos nuevos mientras Haru lo ayudaba con la cinta adhesiva y Dakho coloreaba un oso amarillo a su lado. Pero en ese momento, Taylor intentaba actualizar su propia libreta con nuevos datos. Ambos estaban sentados en la tribuna alrededor del campo de béisbol en la parte trasera de la escuela.

—Podrían ser mejores, pero no son «terribles» —dijo Haru entrecerrando los ojos mientras veía los trazos—. Quizás solo necesitas mejorar las proporciones de tus dibujos.

—¿Cómo se hace eso? —Taylor encontraba un reto en cualquier disciplina que no dominase aún. Bueno, excepto cuando se trataba de comida: las artes culinarias eran su gran excepción.

—Es cuestión de práctica y buen ojo. —El chico extendió ambas manos en dirección al pequeño cuaderno—. ¿Puedo? —le preguntó antes de tocarlo.

Taylor dudó por unos segundos; finalmente, cedió entregándole la libreta abierta en una página en blanco y su lápiz mordido. El otro los tomó sonriendo; era una buena señal, significaba que confiaba en él.

—Divide mentalmente tu dibujo en figuras geométricas para guiarte —dijo comenzando por trazar un círculo delimitado por un triángulo invertido en su parte inferior—, y luego, unes cada línea. Intenta visualizar lo que quieres antes de hacerlo.

Haru había hecho tan solo un par de trazos, y en cuestión de minutos logró dibujar un pequeño cachorro en la página en blanco.

—Vaya, parece que eres bueno en esto.

—Algo así... el arte es lo mío.

—Se nota —dijo sonriéndole. Haru bajó la cabeza, sintiéndose avergonzado de recibir un cumplido. No era algo que le pasara a menudo.

Dakho, que había dejado de correr, fijó la vista en las graderías y miró intrigado a Taylor socializando sin su ayuda. Se quedó parado en medio del campo, lo que llamó la atención de Sean Grace. Al voltear también hacia aquello que miraba tan fijamente, se incomodó de inmediato.

Se ajustó la gorra y lanzó la pelota hacia la malla, causando que ambos se sobresaltaran, para luego acercarse a ellos desde adentro. Necesitaba sacarse de la cabeza las dudas que tenía, pero aún no sabía cómo. Realmente necesitaba saber qué estaba pasando y por

qué su hermano se atrevía a mentirle tan descaradamente. Solo que aún no había encontrado el momento preciso para averiguarlo.

—¿Qué hacen ustedes dos aquí? —preguntó desafiante.

—Vemos el entrenamiento, ¿no es obvio? —dijo Taylor—. Tenemos pasión por el deporte.

—Su repentino interés es demasiado sospechoso. Largo, saben que no son bienvenidos aquí.



—Estamos esperando a Dakho para almorzar, y no nos iremos sin él —dijo Taylor. Haru a su lado permaneció en silencio, sentía la mirada pesada de Sean Grace sobre él e intentaba evitarla.

El mayor tenía demasiadas dudas, sabía que lo que había vivido fue real y que su hermano intentaba engañarlo, pero no sabía cómo conseguir esa información, y volver «allá» era mala idea. Taylor obviamente no diría nada, aunque lo confrontase, y Dakho era la caja fuerte de su hermano. Así que solo le quedaba atacar al eslabón débil de su pequeño y extraño grupo. O bueno, a quien él creía sería más fácil de quebrar.

—Su primer juego es esta noche. Él tiene mucho que entrenar hoy, así que lárguense.

—¿Qué clase de capitán eres tú? Han estado aquí durante horas sin descansar un solo minuto. Es béisbol, no el ejército.

—No lo entenderían —dijo mirando con dureza a Moon, quien simplemente parecía evitarlo—. Así que fuera de aquí.

Se dio la vuelta y les dio la espalda antes de alejarse de la malla, regresando junto al resto de sus compañeros de equipo.

Taylor era su hermano y lo amaba, pero no pertenecía a su

círculo social. Nunca tuvo problemas con eso hasta ahora; Taylor solía evitar a cualquier persona con quien no pudiera debatir intelectualmente o que pudiera causarle dolor físico; pero ahora lo veía por todas partes hablando con chicos cada vez más y más dañinos para su imagen. Es decir, estaba sentado con Augustus Moon, jugando con la ridícula boina de este y colocándole el brazo sobre el hombro mientras reían, aunque todo el mundo lo viera. Además, Han tampoco era precisamente la mejor opción para ser su amigo. Sí, prefería los tiempos cuando su hermano estaba solo.

—Parece que tienes un par de fanáticos, eh... ¿Sean Grace?

Arrugó la nariz, ofendido, cuando el resto del equipo comenzó a reír burlonamente. Odiaba cuando hacían eso, pero no había mucho que hacer, él mismo se lo había ganado por permitirles tanta cercanía. Estuvo a punto de decir algo grosero, cuando alguien más habló por él:

—De hecho, son mis fanáticos —dijo Dakho redireccionando todas las miradas hacia él—. Aunque bueno, después de esta noche, ¿quién no será fan mío?

—Eres un engreído, Han —dijo Daniel, quien solo negó riendo y se dio la vuelta para caminar hacía en montículo en medio del campo de béisbol—. No fastidies.

—Oh, vamos, muchachos. Veo demasiada negatividad en sus rostros. Yo propongo un receso, ¿qué les parece?

—¿Quién te crees que eres? —Sean Grace lo miró molesto. A veces le agradaba Han, pero la mayor parte del tiempo quería golpearlo—. Tú no tomas las decisiones aquí.

—Suena bien. Todos estamos exhaustos —secundó uno de sus compañeros.

—¿Qué? —Los chicos asintieron mientras veían a Sean Grace—. No puede ser que estén así de cansados.

Dakho se tocó el pecho, fingiendo pesar y negando con la cabeza.

—Son solo humanos, capitán. Solo humanos.

El entrenador apareció detrás de ellos e hizo sobresaltar al mayor con el sonido de su silbato.

—El chico nuevo tiene razón. Vayan a descansar —ordenó—, los veré de nuevo a las cinco.

—¡Sí, entrenador! —gritaron los muchachos y se dispersaron en medio del lugar, incluyendo a Dakho.

—Alto, espera, Han —gritó el entrenador antes de que se alejara lo suficiente.

—¿Todo en orden? —preguntó ansioso por marcharse.

—Sí, es solo que, aunque eres un miembro de respaldo, me parece lo correcto que tengas esto —dijo tomando una bolsa y entregándosela al chico.

Dakho la abrió, en su interior se encontraba parte del uniforme del equipo. La camisa, una gorra y un par de complementos más. Nunca había pertenecido a ningún círculo. Y, por un momento, se sintió bien ser aceptado.

—Gracias… entrenador. Esto es genial. Lo digo sinceramente.

—La chaqueta es algo de los chicos, supongo que ellos te la darán… algún día —bromeó—. ¿Cierto, Kim?

Sean Grace estaba de pie detrás de Dakho. Se sobresaltó ligeramente al notarlo allí.

—Eso no pasará —dijo sujetando el tirante de su mochila para darse la vuelta y salir del campo.

—Como sea, te quiero aquí a las cinco, Han, jugarás si tienes suerte. Ahora ve, esos dos llevan horas esperándote.

—Estaré aquí.

Dakho acomodó su ropa, se vistió y luego atravesó la reja de salida sujetando la bolsa de su uniforme con él. Cuando llegó al lado de los otros dos les sonrió con complicidad. Era un gran día para él; uno de esos en los que olvidaba por completo que no pertenecía ni a esa ciudad ni a ese lugar, mucho menos a ese equipo.

Su mente estaba lúcida; después de su último ataque parecía estar lleno de energía. Y más atrevido que de costumbre.

Haru les habló de un buen lugar para pasar el tiempo: Cheese and Cake. Dakho no sabía de qué se trataba, pero una tarde de hamburguesas en el centro no sonaba mal. Ante el reproche de Taylor, los tres caminaron juntos, casi arrastrados del hombro por Haru. A lo mejor no debían exponerse, pero estar encerrados tampoco era una gran opción. Además, los protegía el poder de la amistad.

Hacía frío, y mientras avanzaban, Dakho se detenía a ver a las personas pasar y observar las vitrinas relucientes. Era imposible negar lo pintoresco de las calles y no compararlas con la metálica vida y la ciudad de duro concreto que conocía tan bien. Merecía disfrutar de su juventud. Cuando se pararon frente a la afamada cafetería, algo similar a la nostalgia invadió a Dakho, porque lucía exactamente como si hubiese salido de alguna serie ochentera de internet y porque la última vez que estuvo en un lugar así tenía siete años.

Los chicos entraron y buscaron una mesa redonda en la esquina del lugar. Las paredes eran de un verde suave y las sillas, blancas. Taylor se sentó frente a él. Había un gran cartel con una malteada en la pared con la leyenda: «Está lleno de leche». Dakho quiso burlarse, pero no era momento para sus malos pensamientos.

—Bien, jóvenes. Estamos aquí para poner al corriente a este estúpido acerca de nuestro plan para salvar el mundo —Dakho comenzó a hablar colocando ambas manos sobre la mesa.

—¿Salvar el mundo?

—Mi mundo. —Sus amigos le voltearon los ojos. Ya había empezado con sus dramas.

La mesera se acercó poco después de que se sentaron, dándoles apenas tiempo para ojear el menú.

—¿Qué van a comer, chicos? —les dijo interrumpiendo su conversación. Fue amable hasta que reconoció a Taylor.

—Oh, mierda... —masculló Taylor bajando la cabeza.

Haru lo notó y comenzó a hablar por él.

—Sí, sí. Dos hamburguesas con papas y malteadas, y uhm...

—Yo quiero una ensalada de la casa con pasta y jugo de mora.

—¿Algo más?

—Estamos bien por el momento...

La mujer apenas prestó atención a su orden, estaba viendo con molestia a Taylor, quien intentaba pasar desapercibido. Dakho, al darse cuenta, pasó la mirada de ella a él un par de veces hasta que ella se marchó.

—¿Qué fue eso? —preguntó indignado a Taylor.

—¿Qué cosa?

—Uhm... ¿Por qué la mesera te vio como si le desagradaras?

—No lo sé, está loca, ni siquiera la conozco.

Ella regresó cargando consigo las bebidas; las dejó sobre la mesa con fuerza, casi golpeando la charola con la mesa, en medio de un ambiente pesado.

—Ahora traeré su comida —dijo y volvió a marcharse.

Los dos amigos volvieron a mirar a Taylor con intriga.

—¿Nos dirás ahora?

—No, ya les dije que no la conozco.

—Ella parece que a ti sí —intervino Dakho comenzando a beber su jugo.

—No es cierto. ¿Por qué mientes?

—Le debo dinero.

—¿Si no la conoces por qué le debes dinero? —cuestionó Haru atrapándolo aún más.

—Taylor... ¿Qué ocultas? —Dakho frunció el ceño, curioso y con una sonrisa casi burlona.

—¡Nada! Dejen de molestar —dijo ajustando sus anteojos. Ellos lo miraban fijamente casi sin parpadear—. Maldición, está bien. Quizás haya aceptado salir con ella una vez y luego la dejé plantada con la entrada del cine, así que técnicamente sí le debo dinero.

—Alto. ¡¿Qué?! Tiene como treinta años, ¿qué sucede contigo?

—Tiene veinticinco y yo solo quería un *waffle* gratis, no una cita.

—Y luego dices que el idiota soy yo —lo reprendió Dakho—. ¿Qué tienes con las mujeres mayores?

—No sé qué me impresiona más. Si las cosas que haces por un postre o que realmente alguien quisiera salir contigo —dijo Haru—. ¿Qué eres, un gigoló o algo así?

—¡Oye! ¿Y eso qué tendría de extraño? Soy muy deseable.

—No lo sé, tú eres tú.

—Oh, por favor. Cállense ambos, par de vírgenes, siento que estoy presenciando una pelea de tarados.

—¿Y tú qué? ¿Eres todo un galán?

—Lo soy, de hecho. —Ladeó la cabeza—. Antes de venir aquí creo que fui popular.

—¿Nuevas memorias? —le preguntó Taylor concentrándose más en las palabras de Dakho que en la mesera con la comida a su lado y que se alejó cuando no consiguió encararlo.

—Sí, y al menos unas diez de esas están en clasificación para adultos. —Dakho tomó el plato con ensalada y comenzó a comer.

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo Haru. Tanto él como Taylor habían comenzado a comer con tranquilidad sin importarles mucho las dudas del chico.

—No lo sé, lo estuve pensando y parece que tuve una buena racha al mudarme aquí, bueno, allá.

—Espera, ¿qué pasó con el chico solitario de San Francisco? —Taylor estaba fascinado, su futuro modificado alteraba rasgos de su actitud.

Después de todo, el futuro no era nada sin el pasado.

—Yo... recuerdo más peleas y sexo que soledad.

—Estoy confundido —dijo Haru.

—Digo que aparentemente, alguna vez pude follarme a quien yo quisiera. —Ambos voltearon a verlo asqueados—. Eso explica que me metiera en peleas, ya sabes, quizás haya arruinado un par de relaciones.

—¿Tus recuerdos son más concretos ahora? —dijo Taylor. Desde

la última vez que su memoria cambió había estado comportándose más y más extraño.

—Lo suficiente como para saber que me gusta que me muerdan y que adoro las clavículas de la gente.

—Oh, eres asqueroso —le dijo Taylor acomodándose los anteojos.

—¡Vamos! No es como si no hubieran hecho algo así antes. —Ninguno de los dos contestó—. Bueno, contigo no necesito preguntarlo —dijo lanzando una mirada a Taylor, que volteó apenado la cabeza—. ¿Qué me dices tú, Haru?

—Uhm... no te interesa —le contestó este.

—¡Oh, vamos! Tus ojos están llenos de perversión, no puedes engañarme.

—¿Qué caso tiene? A estas alturas de mi vida creo que es... —Soltó aire pesadamente—. Bien, si lo que intentas preguntar es si soy virgen o no, la respuesta es no.

—No me esperaba eso. Como sea, la «virginidad» no es algo real más allá de lo social. Sería más apropiado decir que comenzaste a... Ya saben. Y ya.

—Lo sé. La gente me ve siendo raro y piensa que soy incapaz de hablar con una chica linda. En fin... no es como si negarlo cambiara el hecho de que pasó.

—Pensé que serías alguna clase de activista proabstinencia o algo así.

—La primera vez pasó y luego no lo sé...

—¿Fue así de mala?

—Golpeé la cabeza de la pobre chica por accidente, fue terrible.

—A mí me sangró la nariz sobre el pecho de un chico... la habitación parecía una escena del crimen, lo juró. —Dakho contaba el suceso con gracia. Hablar sobre eso era algo cotidiano para él, y realmente se sentía feliz de ver cómo sus amigos dejaban atrás poco a poco sus tabúes.

Taylor se quedó callado, no tenía nada que aportar a la

conversación en ese sentido. Y Dakho no podía evitar pensar en que el chico no sabía nada más allá del sentido teórico del tema. Lo miraba de reojo medio sonrojado con el sol brillando tras su perfil.

—Un chico... —masculló Haru pensativo.

—Todos estamos de acuerdo en que yo duermo con hombres, ¿cierto?

—Y eso... ¿duele?

Dakho soltó una pequeña risa.

—Depende de qué lado estés. Aunque al final te acostumbras, y es... bastante similar a lo convencional.

—Parece que tienes experiencia...

Dakho se rascó el cuello. Intentaba hablar con la mayor naturalidad, no estaba orgulloso de sus acciones, pero era eso o ponerse a llorar por toda la atención que necesitaba y que nadie le daría de otra forma que no fuera exponiéndose a sí mismo y a su cuerpo. Taylor y Haru se miraron entre sí incrédulos y luego se formó un silencio lleno de duda.

—¿Qué pasa con ustedes dos? —volvió a hablar Dakho—. No es la gran cosa. Parece que salgo con un par de ancianas en lugar de dos adolescentes.

—No somos la misma clase de adolescente que tú, evidentemente. —Taylor mantenía su mirada en la mesa, fija en su almuerzo. Tenía muchas preguntas y la sensación de calor que se extendía cuando Dakho hablaba eufórico parecía afectarlo a él también.

Quizás era un efecto secundario de su energía. O quizás, solo sus hormonas reaccionando a las sensaciones que le hacía revivir. Y no, él no quería ser esa clase de chico; pero, aun así, su cuerpo se comportaba de formas que nunca le habían preocupado.

—Leí que los animales en las granjas consumen tantas hormonas que a largo plazo afectará a los humanos del futuro. Por eso Dakho es promiscuo y hormonal —dijo Haru.

—Primero que nada, no soy promiscuo, y segundo, no como

carne.

Taylor se quedó meditando hasta que recuperó la compostura para hablar.

—Quizás sea la contaminación del agua —dijo ignorándolo.

—Tienen razón, no somos la misma clase de adolescente. Yo soy un chico malo.

Haru se atragantó con su malteada mientras reía. ¡Un chico malo! El dramático y sentimental Dakho era más bien un tonto de primera, por más ideas locas que tuviera de sí mismo. Lo fastidiaron hasta que su cara cambió de color a un rojo intenso y Haru decidió que había sido suficiente.

Era hora de ponerlo al día con lo que sea que estuviese sucediendo con Han Dakho.

—¿Quieres comenzar tú? —Dakho volteó a ver a Taylor, esperando su apoyo antes de hablar de más—. Mi nombre es Han Dakho, tengo dieciocho y...

—Esto no es alcohólicos anónimos, Dakho. Ve al grano.

—El grano está en tu frente, Taylor.

—No tienes que ser grosero, ¿de acuerdo?

—Tienes un poco de rostro en tu grano, me distrae.

Haru alzó una ceja cuando volvieron a interrumpir la explicación. Esos dos tenían el nivel de atención de una pareja de hámsters: eran tal para cual.

Haru aprendió que había nacido en Seúl y que venía del año 2019. Su llegada al pasado coincidió con el tiempo que su madre, Lee SunHee, pasó de intercambio en California. Era su versión joven y actualmente coqueteaba con Sean Grace Kim. Él era justamente la razón por la que se encontraba en 1986: lo había llevado de pesca y mientras discutían había caído al lago, en una especie de agujero que lo trajo a esta época.

—Vaya —dijo Haru, después de escuchar atentamente toda la historia—. Entonces... ¿Taylor estaba enamorado de tu madre?

—¡¿Es lo único que tienes que decir?! —gritó Taylor,

enrojeciendo—. ¡Y no estaba enamorado de ella! Yo solo... la invité a salir, le envié una nota firmada con mi apellido y luego ella salió con mi hermano, no es la gran cosa. Fue algo temporal. —Miró a Dakho con ojos suplicantes.

—¡Eres el culpable de que mi madre se casara con ese imbécil!

Haru reía ante la escena mientras su cerebro procesaba toda la información. Pobre chica, no era su culpa tener un hijo tan imbécil. De repente, ató cabos. Su sonrisa se desvaneció y fue reemplazada por una expresión incrédula poco a poco.

—Espera... ¡¿Eres hijo de Sean Grace?! ¡¿Sean Grace ti-tiene un hijo?!

Taylor comenzó a reír con fuerza, mientras Dakho negaba con ambas manos ante la interrogante del nuevo miembro de su equipo.

—¡¿Qué?! ¡No, no, no, no! Bueno...

—Pero tú dijiste que...

—¡Padrastro! ¿Está bien? Sean Grace se casó con mi madre en abril. Nos mudamos aquí en junio. No aquí... pero tú entiendes.

Haru asintió. Bueno, era muchísima más información de la que esperaba.

—Entonces... ¿Él no es tu padre?

—¡No!

Respiró tranquilamente de nuevo.

—¿Y no piensas volver a tu época? —le preguntó finalmente.

—Esa es la cuestión: no tiene idea de cómo volver —respondió Taylor.

—Dios, no soportaría vivir con Sean Grace diciéndome qué hacer —dijo Haru.

—¿Ves? Al único al que le agrada él es a Tyler aquí presente. —Señaló a Taylor a sus espaldas con el pulgar.

—Juro que voy a golpearte si vuelves a llamarme así... —Apretó los ojos—. Es mi hermano. ¿Qué esperaban?

Haru se quedó pensativo.

—Eres un imbécil, Dakho.

—¡¿Y ahora qué fue lo que hice?!

—Maldición, descubriste que puedes viajar en el tiempo. Deberías haber llevado la paz a Medio Oriente o curar enfermedades, no volver y... manosearte con tu tío.

—¿Qué?

—Si Sean Grace es tu padrastro en el futuro, ¿qué crees que sería Taylor de ti?

Los dos chicos escupieron sus bebidas.

—Mi tío *político*. Además, no lo conozco en el futuro —aclaró Dakho, exaltado.



—El problema —Taylor alzó la voz— es que Dakho emite electricidad, por el viaje en el tiempo. No sabe controlarlo. Y, además, cada acción idiota que hace en nuestra línea temporal parece alterar su futuro y sus recuerdos.

—¿Dakho está creando una nueva realidad? —El plan de Taylor de distraer a Haru había funcionado.

—Algo así. Nuestra historia es una línea recta y con Dakho en ella, se creó una diagonal paralela para él, para mí y hasta para ti, pero real para todos los demás —le explicó Taylor.

—Significa que... ¿esta no es la realidad que me correspondía vivir?

—Probablemente no. Ni siquiera estoy seguro de que sea la mía tampoco —respondió y Dakho guardó silencio.

«La realidad de ustedes dos es bastante injusta», pensó. Y se sintió ligeramente feliz de saber que al menos en esta, dos chicos solitarios eran amigos. Bueno, tres chicos, contándose a sí mismo.

—Lo bueno es que podemos coincidir en que es un gran momento, ¿cierto? Yo propongo un brindis.

—¿Brindis? —cuestionaron al unísono.

—Sí, por el comienzo de una extraña gran amistad —dijo alzando su vaso de jugo frente a los otros dos, sonriendo al haber descubierto algo positivo—. ¡Salud!

—¡Salud! —le contestaron chocando sus copas entre los tres.

Sus emociones positivas lo mantenían en equilibrio. Tanto como para que su energía fuese inofensiva.

—Taylor, reporte de avances —le preguntó animado. Después de semanas intentando arreglar los apuntes del laboratorio habían logrado avanzar.

—Según mis datos, parte de tu existencia aquí se debe a un cambio gravitacional dentro de un campo eléctrico.

—¿Un agujero?

—Tal vez, aún no llego a esa parte.

—¿Es posible?

—Tendríamos que generar nuestro propio campo electromagnético y colocarte en el medio. Todo se trata de electricidad y estática. Pero para eso necesitamos cables y materiales que no tenemos.

—¿Dónde podemos conseguir algo así?

—No lo sé, supongo que podríamos ir a la central eléctrica e intentar conseguir un par de metros de cableado. Y algo que funcione como imán.

Haru sonrió de lado.

—Sé dónde podemos conseguirlos. ¿Necesitas cobre, cierto?

Taylor asintió.

—Quizás no debemos buscar las cosas desde su exterior, sino hacia su interior, musicalmente hablando.

Ambos voltearon a verlo interesados.

—Habla, Romeo —dijo Dakho, curioso.

—Como yo lo veo, lo que necesitamos es una bocina.

Dakho negó con la cabeza. No había entendido eso último.

—¿Hablas de un amplificador? Esto no es como reparar un viejo estéreo. Sería mejor buscar conexiones directas o...

—No —interrumpió Taylor—, Moon tiene razón. Las bocinas de los estéreos tienen imanes adentro, eso podría funcionar.

—Incluso si tiene sentido, ¿dónde encontraríamos una bocina así de grande?

Taylor se quedó callado, meditando y utilizando su mente para encontrar una solución. Miró hacia la mesa de al lado cuando un pequeño volante llamó su atención, las letras lo golpearon abruptamente junto con la solución.

—Un concierto.

—¡Exacto! —secundó Haru—. Escuché que habrá uno la próxima semana.

—Entraremos. Aún no tengo el plan, pero quizás podamos lograrlo.

—Adoro la forma en la que arruga la nariz cuando tiene la solución —pensó en voz alta Dakho mientras veía a Taylor, ganándose una mirada desaprobatoria de los otros dos. —Es decir... sí, es una gran idea.

—Tu sinceridad es patética, amigo —dijo Haru negando con la cabeza.

—Lo sé.

Habían terminado de comer; después de pagar la cuenta y dejar propina a la mesera que los odiaba, vagaron por las calles de regreso a su vecindario. Haru se adelantó despidiéndose de los chicos y entró a su casa a sabiendas de que se verían en la noche para el partido. Y los otros dos avanzaron hasta su propia casa, entrando por la puerta principal como casi no lo hacían; querían llegar rápido a su habitación, pero fueron detenidos en la entrada.

—Te veré en las gradas de la entrada de la escuela en quince minutos.

Al entrar, lo primero que escucharon fue la voz de Sean Grace hablando por teléfono. Y segundo, al padre Kim extasiado de la felicidad al poder ver el partido de los jóvenes.

—¡Muchachos! ¡Vengan acá, están justo a tiempo para una fotografía! —Sacó la cámara y lo llamó para tomarse una fotografía juntos.

En el momento en que soltó el *flash,* Taylor se interpuso veloz para evitar que Dakho saliera en ella.

—Taylor, ¿qué intentas?

—Eso fue muy irrespetuoso —le dijo a su padre—. Dakho les teme a las fotografías.

Dakho se cubrió el rostro, siguiéndole el juego. Sabía que no podía evidenciar su presencia allí.

—Tengo un trauma —dijo Dakho con seriedad.

—Oh, lo siento. No tenía idea de que fuera un temor legítimo...

—Lo sé, pero no te preocupes, lo superará, pero supongo que necesita tiempo. ¿Dakho, me sigues?

—Te sigo.

Los señores Kim estaban realmente sorprendidos por lo extrovertido que se había vuelto su hijo y, aunque la idea de que los estuviera evitando no les encantaba, estaban felices de que Taylor actuase como alguien de su edad.

—¿Qué hay de ti? ¿Una foto? —le dijo a Sean Grace, quien ya estaba en la puerta dispuesto a irse.

—No puedo, tengo que irme —le indicó y se despidió con la mano—. Los veré allá —dijo antes de salir de la casa.

—Genial, dos hijos, uno falso, y ninguno le presta atención al viejo —dijo y se tomó a sí mismo una fotografía.

En el piso de arriba, los menores se reían a carcajadas luego de haber dado la excusa más tonta de todas, y eso que ya habían mentido demasiado.

—Tenemos una hora. ¿Qué planeas hacer?

—Tomaré una ducha —dijo Dakho buscando una toalla en el perchero—. Puedes acompañarme si quieres.

—Estar contigo en el agua no me inspira confianza. No quiero terminar electrocutado.

—Pensé que dirías que no confiabas en mí desnudo.

—Tampoco.

—*«Like a virgin...»* —canturreó sabiendo que Taylor odiaba esa canción, y lo que significaba, además.

—Sabes, considero que ser virgen es un gran acto de rebeldía.

—Lo es, entiende que solo estoy jugando contigo, me hiere tu falta de humor —dijo, tomándolo de los hombros.

—Saca tus hormonas de aquí, Dakho.

—Bien, ya que me desprecias, iré a ducharme.

Dakho le dio la espalda y caminó hacia el baño. Minutos después, el sonido del agua corriendo le anunció que estaría solo por algún rato, dejándolo finalmente solo con sus propias ideas.

Taylor se sentó en su escritorio mientras actualizaba su libreta. Escribía con cierta inquietud y trataba de avanzar en aquello en lo que se había estancado. Necesitaba construir algo lo suficientemente capaz de contener la energía, es decir, algo que fuera capaz de aislar la electricidad y entender cómo funcionaba el vórtice.

La llave de la ducha se apagó; Taylor estaba tan concentrado en sus apuntes que ignoró totalmente a Dakho que salía del baño en ropa interior y con el cabello aún pegado a la frente. El chico caminaba por la habitación buscando el resto de su ropa, se quedó de pie frente al espejo de cuerpo completo que estaba en la pared contraria al escritorio y se vio detenidamente en él.

En realidad, nunca le había preocupado lo suficiente su estado físico. La pubertad le había hecho perder un par de kilos y ganar centímetros de altura, y él se sentía bien con eso, ser decente estaba bien para él. Pero no podía negar que estaba contento con la forma

en la que los huesos de su cadera estaban comenzando a marcarse, junto con su abdomen. Había recibido tantos castigos durante los últimos dos meses que estaba seguro de haber hecho muchísimas series de abdominales y de haber corrido kilómetros.

Quizás tenía más potencial del que su vida sedentaria le permitía ver. Y no podía negar que le gustaba lo que veía. Se paró recto frente al espejo y dobló sus brazos para ver sus bíceps endurecer, constatando que estaban creciendo. Alzó una ceja y le sonrió seductoramente a su reflejo mientras pasaba una mano por su cabello. La línea ligeramente oscura que bajaba por su ombligo hasta perderse por su ropa interior combinaba con su abdomen y sus pectorales.

Taylor levantó la cabeza cuando encontró la habitación extrañamente silenciosa. Había una pequeña repisa de vidrio frente a él desde la cual podía ver a Dakho de espaldas. Sin buscar levantar revuelo, volteó a mirarlo disimuladamente mientras el otro tonteaba con su reflejo y contraía los músculos de su espalda en una perfecta muestra de testosterona contenida en aquel raro espécimen.

Taylor tragó saliva; las medidas de la espalda del chico habían cambiado de cuarenta y ocho centímetros a cincuenta y tres, según su evaluación física semanal. Taylor estaba impresionado por lo bien que su cuerpo respondía a los estímulos corporales. Y, sobre todo, por lo mucho que él estaba disfrutando sus avances. Porque convertir a su experimento en un modelo de Armani también contaba como avance, ¿cierto? Bueno, incluso si no fuera así, eso no significaba que no podía estar complacido con los efectos secundarios.

Dakho se dio cuenta de que lo estaban observando, pero él también observaba a Taylor en el reflejo de espejo. Tenía ambas cejas alzadas y la boca ligeramente abierta mientras parpadeaba. Se mordió el labio y flexionó ambos brazos a los costados para arquear su espalda hacia atrás. También frotó su cuello y giró ligeramente su cintura; sí, definitivamente le gustaba lo que veía.

Y él no era el único.

—Soy sexy, lo sé —dijo en voz alta, levantando la vista para hacerle saber a Taylor que estaba consciente de lo mucho que lo estaba mirando.

Taylor reaccionó asustado y se volteó de regreso a su libreta fingiendo inocencia.

—¿Disculpa?

—Puedes tocar si quieres, todo lo que ves está a tu disposición.

—Yo no estaba viéndote. Estaba evaluándote, es diferente.

—No te engañes. Eres un pequeño mirón pervertido.

Taylor se puso de pie al mismo tiempo mientras soltaba una carcajada.

—Nadie te juzga a ti por ser un narcisista de mierda.

—¿Yo?

—Sí, tú. No todo se trata sobre ti.

—La última vez que revisé, todos los planetas giraban a mi alrededor.

—No sé por qué me molesto si eres un tarado.

—Mierda, eso me hiere —dijo, fingiendo dolor en su pecho—. Yo no soy el fisgón aquí. Además, es difícil saberlo cuando lo único que veo es a mí mismo.

—¿Qué pretendes? —le dijo con descaro mientras Dakho se burlaba de él.

—Heriste mis sentimientos, tienes que compensarme.

—¿Qué? En vez de estar aquí, jugando al *stripper,* deberías apresurarte para regresar al juego.

—Estoy en la banca, ni siquiera importo.

—El entrenador confía en ti.

—Eso es irrelevante, aún no olvido el hecho de que me siento muy expuesto por tu culpa, justo ahora.

—Pues vístete, genio.

—O...

—¿O...?

—Tú podrías comenzar a desvestirte.

Taylor abrió los ojos con sorpresa. Testosterona era igual a libido, y eso era demasiado notorio en su tonto amigo.

—Alucinas. Estás demasiado lanzado hoy.

—¿Qué te tiene tan cohibido? ¿Si yo fuera SunHee lo harías?

—¿Realmente crees en lo que dijo Moon sobre ella? —Taylor ladeó la cabeza, con los ojos entrecerrados. Él estaba... ¿celoso?

—No lo sé, quizás.

—Relájate, Dakho. Es linda, pero no me interesa tu madre, ya es suficiente para mí la idea de que salga con mi hermano como para sumarle a eso el hecho de que literalmente saliste de ella.

—Primero, eso es perturbador, y segundo, te sientes muy valiente para molestarme cuando ni siquiera te has quitado la camisa.

Le tocó la vena competitiva. Taylor aceptó el reto despojándose de la primera prenda que lo protegía. Usualmente, utilizaba ropa ligeramente más grande, sus hombros y su altura estaban bien, se sentía bastante seguro de ellos, pero más allá de su torso sentía que su cuerpo no encajaba. No acostumbraba a cambiarse frente a él, y las pocas veces que lo había visto así estaba demasiado concentrado en el exterior como para pensar en sus inseguridades.

—No tienes ni idea —le dijo a Dakho cuando se quitó la camisa y respiró con fuerza.

—Muéstrame entonces.

El cuerpo de Taylor no era específicamente delgado, y la curva que se formaba abajo de sus costillas le acomplejaba de tal forma cuando se volvía pequeña en su cintura y luego se ensanchaba con descaro hacia su cadera. Tenía un pecho definido, en contraste con el resto de su torso. Todo en Taylor, aunque plano, era masculinamente bien proporcionado.

—A diferencia de ti, no necesito un montón de ejercicio para verme así.

Dio un paso al frente y colocó una de sus manos sobre el pecho de Dakho. Compartían la misma altura, pudo contemplar su

expresión intrigada cuando este le dijo:

—No entiendo por qué insistes en ocultar todo esto —masculló, intentando llevar sus manos a su cadera para acercarlo. Tenía una debilidad por la forma de sus hombros y la rectitud de sus clavículas, y una obsesión con su piel trigueña. Taylor no se intimidó ante él; su moral y su timidez se desvanecieron por segundo. Aun así, retrocedió cuando sintió un ligero roce del otro cuerpo adolescente en su estómago.

—Es evidente —dijo riendo. Le dio la espalda y caminó hacia el armario para cambiarse de ropa.

—Creo que será mejor apresurarnos —respondió Dakho, y agitó la cabeza, apenado.

No sabía qué estaba pasando, pero le fascinaba. Ver a Taylor con tanta confianza era demasiado provocador. Aclaró la garganta y lo imitó al colocarse su uniforme del equipo, esa camisa de rayas azules que se complementaba con su pantalón blanco y calcetines altos también azules. Caminaron hasta la escuela para el gran debut de Dakho, el beisbolista, o bueno, Dakho, el chico de la banca.

Las estaciones cambiantes, al igual que el cielo, marcan el paso del tiempo de forma silenciosa y artística, y pasan inadvertidas para los ojos comunes y son expuestas únicamente a aquellos que necesitan ver más allá. Dakho se fijó en que la libreta del chico era lo único que llevaba consigo, a diferencia de él, con toda su bolsa deportiva al hombro.

—¿Por qué la trajiste? —preguntó.

—¿La libreta? Por si necesito anotar algo importante.

—Es un partido de béisbol, ¿qué podría ser importante?

—Últimamente también estudio los comportamientos humanos, actitudes, cosas como esas.

—¿Me mencionas a mí?

—Eres mi sujeto de prueba, tu nombre está por todos lados —dijo dejando salir una pequeña risa—. Creo que hasta he anotado cosas innecesarias solo para recordar que te gustan.

—Eso no es justo.

—¿Por qué?

—Porque yo apenas sé de ti.

—Bien, ¿y qué quieres saber?

Dakho lo meditó. Había muchas cosas que quería saber, pero no sabía por dónde comenzar.

—¿Signo zodiacal?

—¿Es en serio? —le sonrió con más vergüenza que ternura—. Capricornio.

—¿Libro favorito?

—*Viaje al centro de la Tierra* de Julio Verne.

Se alejaron del área residencial vagando por los árboles alrededor de la carretera y desviándose de su curso sin razón aparente. Dakho se sentía emocionado con el uniforme, aunque pareciera un idiota por los calcetines altos. Taylor, en contraste, usaba una sudadera amarilla y pantalones de mezclilla, junto con Converse blancas. Dakho meditó en silencio y luego se atrevió a preguntar:

—¿Por qué dejaste de jugar béisbol?

—¿De dónde sacas eso?

—Sean Grace dijo que eras un segunda base increíble, pero que tú no...

—Simplemente —le dijo seco— me alejé de un mundo que no me pertenece.

—Creo que te subestimas demasiado. Apuesto a que eres genial.

—No se trata de eso. Sé que soy bueno.

—¿Entonces de qué?

—El deporte es todo para mi hermano —suspiró—, no podía quitarle eso también. No quería que me odiara más.

—¿Qué? No digas eso, él no te odia.

—Crecer a la sombra de alguien te hace ser observador.

—¿Te sientes opacado por él?

—Alguna vez... sí. Pero al crecer dejó de ser así. Dejó de

importarme, pero a él... —Se encogió de hombros—. No lo sé, es como cuando nuestros padres hablan sobre nosotros.

—Tus padres son excelentes, no exageres.

—Lo son para mí. Pero no para él. Papá lo presiona mucho con jugar bien, dice que es la única cosa en la que puede sobresalir. Es como si esa fuera su única cualidad. Nunca ha perdido la oportunidad para recalcarle que no es lo suficientemente inteligente para algo más.

Taylor suspiró. Sí, sus padres parecían ser las personas más geniales del mundo. Como si no fueran los mismos que tenían la maldita costumbre de desaparecer siempre que había problemas. Era tan estúpido para él, pero trataba de no pensarlo. Su madre lo encerraba en la oscuridad del armario para que dejara de llorar y luego lo obligaba a hacer caligrafía toda la noche hasta que se quedara dormido en la mesa del comedor. Pero claro, lo hizo porque los varones no lloran, y su letra no era lo suficientemente buena para un niño de seis años.

Tenía doce cuando su cuello se entumeció por el estrés, y la fatiga mental de los catorce le hizo arrancarse una uña cuando perdió en un concurso para el que estudió tanto, contra un tipo de piel más clara que la suya, bien posicionado, cuyo apellido local lo convirtió en ganador. Escuchó las burlas de su fracaso en la cena, y cuando su hermano quiso defenderlo se ganó un reproche y se quedó sin comer. Al menos ahora agradecía que pasaran tanto tiempo trabajando. Sí, los mejores padres.

—¿Y tú?

—Yo soy quien se saltó un par de años de escuela y ahora consiguió ofertas para becas completas en universidades prestigiosas.

—Él es tu sombra... —musitó con tristeza. Se sentía cada vez más culpable de callar algo tan importante.

—No iba a robarle la atención del juego también. No se lo merece.

—Nunca creí que tu padre fuera la clase de persona que compara a sus hijos.

—La relación entre nosotros tres es compleja. Además, creo que todos los padres cometen ese error.

—Al menos tienes buenos recuerdos junto a ellos.

—Quizás solo de la infancia, como venir juntos al bosque.

—¿A qué?

—Papá solía buscar troncos secos para la chimenea, por aquí. —Taylor se quedó quieto y con ambas manos en sus bolsillos, soltó—: Nos divertíamos mucho, aunque Sean Grace y yo éramos todo un dolor de trasero para él en ese entonces.

—¿Por qué lo dices? —Sonrió a medias.

—Por eso —señaló cuesta abajo un árbol casi ya sin hojas, del cual colgaba en una de sus ramas un par de neumáticos atados con cuerdas gruesas simulando dos columpios—. No teníamos dinero ni espacio para jugar, así que papá hacía cosas como esa para nosotros. Mi hermano y yo solíamos venir aquí cuando éramos niños para jugar con las hojas y correr.

—¿Y eso cuándo terminó?

—Uhm... crecí, supongo. Él también.

—Él se convirtió en idiota y tú en antipático.

—Exacto.

Había sentimientos que Dakho no alcanzaba a comprender; era hijo único y sus padres estaban divorciados, eso lo convertía en alguien solitario y le hacía pensar en lo mucho que le habría gustado tener un hermano.

—Venga, chico listo. —Dakho lo tomó del brazo para hacerlo caminar—. Vamos a jugar.

—¿Qué dices? —negó apartándose.

—Te has puesto un poco sentimental, es hora de aligerar el ambiente. Ven, toma mi mano.

—Dakho, esto es una tontería —le dijo buscando esconder su rostro en un intento por que su extraña sonrisa no fuese aún más

evidente—. Es para niños solamente, ha pasado demasiado tiempo.

—No temas hacer el ridículo. No debería importarte nada ni nadie más, solo importa lo que tú sientas, lo que tú desees.

—¿Y si digo que no quiero ir?

—Estarías mintiendo, y, cariño, eres un terrible mentiroso.

—Estás siendo todo un personaje justo ahora —se burló de él, mientras veía las hojas secas por todo el lugar.

—Los personajes ficticios somos sujetos bastante encantadores.

Taylor negó con la cabeza, mientras dejaba de pensar por un segundo. Quizás, una parte de él realmente anhelaba revivir eso.

—¿Carrera hasta los columpios? —dijo. Dakho no tuvo oportunidad de contestar, puesto que Taylor comenzó a correr cuesta abajo al terminar de hablar. Ganaba ventaja mientras reía a carcajadas.

—¡Detente! Eso es trampa.

Su sudadera era ligera para la estación, y el aire frío de un entrante octubre que comenzaba a acechar se clavó en su espalda. Taylor llegó antes al columpio y se sentó en aquel viejo neumático que se encontraba en una de las ramas de un árbol. Se sentía más pequeño de lo que recordaba, era todo un hombre ahora y sus piernas tocaban perfectamente el llano, por lo que podía impulsarse a sí mismo.

Le resultaba irónica la forma en la que sus tenis se habían llenado de tierra, al pensar en los pocos momentos en los que había disfrutado tanto de toda la naturaleza a su alrededor, con el sol y la brisa haciéndolo resplandecer mientras internamente se negaba a admitir que era un chico como cualquier otro. Más allá de ser aquel prodigio, el chico perfecto que él mismo se exigía ser, era un adolescente tonto más en busca de luz, de calor y de amor.

Y Dakho, quien nunca había estado en presencia de algo tan genuino, admiró con asombro la perfección en la imperfección de sus hombros y su cabello despeinado cuando comenzó a columpiarse, porque algo dentro de él se llenaba de calidez al verlo.

La oscuridad en su cabeza se mitigaba por instantes. Y quizás, escucharlo reír le hacía valorar un poco más el haber despertado. Sí. Taylor tenía una infinita capacidad de hacerlo amar la vida.

—¡Ven acá, tonto! —gritó Taylor, con una amplia sonrisa mientras se movía al ritmo del viento en ese antiguo columpio.

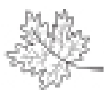
Y para alguien como Dakho, eso significaba haber encontrado una nueva pasión a la cual aferrarse ciegamente, sin entender qué era lo que pasaba en su interior. Sus manos estaban sudando, sus piernas temblaban con nerviosismo, pero no entendía por qué. Solo sabía con certeza lo mucho que el sol hacía brillar el cabello del otro en finas hebras de miel y sus ojos en un tono ámbar como una gema.

Dakho suspiró y caminó hacia él para tirar de una de las cuerdas que colgaban de la rama, tomar impulso y balancearse al mismo tiempo que Taylor. El atardecer estaba en su cúspide y habían perdido la noción del tiempo. Pero al menos podía intentar atesorar ese momento por un par de minutos, en los que podía ver sonreír a Taylor en cámara lenta en medio del cielo y de la belleza de un otoño volando a su alrededor.

—Veremos quién llega más lejos —dijo Dakho, retando para que junto a él fuese a lanzarse luego de impulsarse con más y más fuerza haciéndoles llegar muy alto.

—A la cuenta de tres, saltamos —aceptó Taylor, cómplice y mordiéndose el labio inferior.

—¡Uno!



Tres segundos…
—Dos...



…para dos fenómenos…



—¡Tres!
…eran tan hermosos como una eternidad.

Ambos saltaron al mismo tiempo, pero no esperaban que la rama que sujetaba los columpios desde hacía tantos años, finalmente se rompiera. Cayeron sobre un montón de hojas de colores que volaron a su alrededor cuando las aplastaron. Se quedaron atrapados entre sus carcajadas y las cuerdas que cayeron junto con ellos.

Dakho se sentó sobre las hojas mientras sacudía la cabeza. Aparentemente, eran demasiado pesados para la pobre rama. Miró a Taylor, quien lo había imitado sentándose a su lado e intentaba limpiar la tierra de su rostro, esbozó una sonrisa enternecida y llevó una de sus manos a la mejilla de su compañero para quitar de ella la suciedad.

No supo qué lo motivó a hablar, pero lo hizo:

—¿Me extrañarás cuando me marche?

Taylor se quedó callado, con el calor de la mano del otro sobre sí y su pulgar acariciando ligeramente su pómulo. Sin saber que seguía el curso de una historia que nunca tuvo y que no le correspondía vivir. Enamorarse en primavera es fácil, con las flores adornando los campos y la fresca brisa en el viento; pero el amor en otoño estaba lleno de frío, sencillez y eterna devoción.

Los árboles habían terminado de perder sus hermosas copas y sus ramas desnudas lucían tétricas cuando la noche comenzó a caer. Pero allí, y con el último rayo de luz, Dakho comenzó a creer que la primavera estaba sobrevalorada.

Los ojos de Taylor lucían perdidos sin los cristales que los protegían; no supo qué contestar y aunque no debió hacerlo, colocó su mano sobre la de Dakho antes de acercarse a besarlo en la frente, una caricia corta que duró tan solo unos instantes, en los que sus pestañas rozaron con su piel sin saber por qué lo hacía.

Con dulzura, y en cámara lenta, al ritmo del viento del otoño.

Su inocencia era tan adictiva como su saliva, y el accidental cariño de Taylor era como una alegre canción. Su pulso se aceleró cuando sintió sus labios deslizarse por su rostro hasta llegar a su

boca. Y la electricidad en su interior pareció ser incapaz de lastimarlo. Quizás una emoción positiva hacía que sus neurotransmisores se dominaran.

—Eso no responde mi pregunta —volvió a hablar Dakho, separándose tan solo un poco para musitar cerca de su oreja.

«Creo que… no quiero que te marches», pensó Taylor.

—Lo haré —le contestó sin decirle la verdad totalmente.

—Yo también te extrañaré.

Se quedaron en silencio. Taylor se colocó sus anteojos de nuevo y se fijó en el uniforme del equipo de béisbol que Dakho utilizaba, entonces recordó que estaban demasiado retrasados.

—¡Dakho! ¡El partido! —dijo, reaccionando.

—Maldición, es cierto. —Dakho se puso de pie, extendiendo su mano frente a él para ayudarlo a levantarse.

Tomó también su bolso, y sin soltarlo corrieron juntos por el camino antiguo de la ciudad de regreso a la escuela mientras anochecía.

Quizás era la historia de alguien más o, a lo mejor, solo eran dos chicos necesitados de atención eligiendo sentir, aunque sea por un instante, porque el calor que experimentaban era genuino y les pertenecía en su totalidad.

Parecía ser una tarde cualquiera de un día cualquiera en septiembre; salvo que no lo era. Porque ese día en específico, Dakho sintió que era capaz de amar la vida.

11.

21 DE SEPTIEMBRE DE 1986.

Vivir de la expectativa se siente como limpiar el piso con cloro caliente. Es tóxico, pero lo deja más limpio y el doble de rápido que si se cepillara solo con detergente.

Sean Grace no era fanático de encargarse de la limpieza en el cuarto frío del restaurante en el que trabajaba y, de tomar su turno normal (el de la tarde), no tendría que hacerlo, pero debía reponer horas que se ausentaría si quería su sueldo completo a fin de mes. El acuerdo al que había llegado con el encargado del local era el siguiente: Sean cubría los descansos para no tener que pagarle horas extras a nadie y podía faltar algunas tardes cuando tenía partido. No lo amonestaban por llegar tarde si la práctica se alargaba, pero, de vez en cuando, le tocaba hacer solo el trabajo de tres personas.

Cerrar el restaurante significaba tener que dejar todo impecable. Sacar la grasa de los canales de la plancha de carne, sacar la basura de todos los botes, embalar todo lo que no se usó durante el día antes de ordenarlo en el congelador, lavar los utensilios, secarlos y cepillar todo el piso de la cocina.

Y, por último, el del cuarto frío, que era eso exactamente: un congelador gigante al que había que entrar usando una chaqueta enorme que apestaba a sudor porque nadie se dignaba a lavarla. El hedor era lo de menos, el olor del cloro era más fuerte. Lo mareaba un poco, sumado al hecho de que, para ese punto de la noche, ya estaba bastante cansado para la fuerza que aplicaba al cepillar.

El manual del empleado decía claramente que no se debían mezclar los sobres de químicos con agua caliente; aun así, su jefe

siempre lo felicitaba por lo impecable que dejaba todo. Hacer cosas que podían ser dañinas para sí mismo pero que resultaban en aplausos era su especialidad. Sean Grace no podía solo esforzarse, él necesitaba que le expresaran su aprobación.

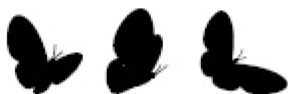
Su padre no estaba conforme con ese empleo. Necesitaban mucho el dinero extra, pero le dijo que «si estaba cansado como para jugar bien, tiraría a la basura su única oportunidad». A lo mejor tenía razón. Debería estar durmiendo, así no tendría que saltarse todas las clases de mañana para descansar un poco antes del partido.

Resultaba gracioso que a sus padres les pareciera más importante el equipo que sus calificaciones, incluso más importante que el dinero; pero ellos no lo entendían, este trabajo era temporal, solo un peldaño. Algún día sería un jugador famoso, firmando bates afuera del estadio y regalando su gorra a las personas que lo reconocieran por la calle. Lo invitarían a los programas radiales de deportes como un experto y tendría tanto dinero que no tendría que volver a preocuparse por cepillar correctamente el restaurante.

No podía tomar el dinero de sus padres ni salir de cita con el dinero por el que ellos sudaban. Cada regalo, cada billete que recibía de ellos se sentía como una deuda interna que solo crecía y crecía. Tenían la casa hipotecada y se estaban haciendo viejos; pero Sean era tan fuerte como alguna vez sería, usaba la misma fuerza para restregar las cerdas contra el piso que para batear, flexionaba las piernas como si estuviera lanzando y sudaba, porque nada podía persuadirlo de imaginar que coreaban su nombre cuando la pelota se elevaba muy alto, aunque estuviera congelándose mientras limpiaba.

El partido no le preocupaba. Mañana a esa hora, la pelota ganadora sería de SunHee.

Mañana a esa hora, todos aplaudirían a Sean Grace.



(AÚN) 100 DÍAS ANTES DE...

El momento se acercaba.

Haru regresó a la escuela luego de dejar sus cosas en casa y comenzó a buscar a sus amigos entre la gente. No era particularmente fanático de las multitudes o de los deportes, pero el ambiente era prometedor, los colores blanco y azul de su escuela estaban por todo el lugar y él había comenzado a cuestionarse si estaba vestido adecuadamente para la ocasión.

Como no encontró a Taylor entre la multitud, se acercó al campo y notó que los jugadores estaban calentando, pero hacían falta tanto Sean Grace como Dakho, así que supuso que a lo mejor seguían en los vestidores. Rodeó la piscina hasta llegar a los vestidores, donde escuchó ruidos. Entró tranquilamente y buscó con la mirada.

—¿Dakho? ¿Taylor?... —Avanzó por el lugar, las duchas estaban vacías y todo lucía deshabitado—. ¿Están aquí?

Uno de los casilleros se cerró causando un gran estruendo, Haru se giró sobresaltado.

—¿Qué haces aquí? Sabes que tienes prohibido entrar a los vestidores.

Sean Grace estaba terminando de abotonarse la camiseta y le lanzó una mirada de superioridad. Este era el momento.

—¿Quién eres? ¿El presidente? —le dijo retador.

—El capitán del equipo, y este espacio es para atletas solamente.

—Lo sé, huele a eso. Como sea, solo estoy buscando a los chicos.

—Parece que pasas demasiado tiempo con ellos.

—Sí. ¿Eso qué? —Lo evitó—. Y ya que no están aquí, me iré.

Haru intentó caminar hacia la salida, pero Sean Grace lo detuvo, bloqueando la puerta con su cuerpo.

—Quiero saber algo —le dijo.

—¿Qué haces? Muévete, Kim.

—Ellos dos están metidos en algo muy extraño y ahora tú también.

—¿Qué? No tengo idea de lo que dices.

—¿Por qué intentas evadirme? Dime. —Lo tomó del brazo—. ¿Qué están ocultando?

—Quítate de la salida o voy a quitarte. No estoy jugando, Kim.

—Por favor, los dos sabemos que eres incapaz de moverme. —Se burló, haciendo énfasis a la diferencia de tamaños.

—¡Suéltame! —le gritó como ultimátum.

—¡Tengo que hablar contigo, maldita sea!

Haru frunció el ceño, empujándolo para que se alejara. ¿Quién demonios se creía que era ese idiota para hablarle de esa forma?

—¿Qué te sucede, cretino?

—No irás a ninguna parte hasta que me digas exactamente qué fue lo que pasó la otra noche en el lago.

Tragó en seco. No esperaba que saber demasiado comenzara a causarle problemas tan rápido. Sus palabras y su memoria le congelaron el cuerpo.

Hizo lo que siempre hacía y tomó la acción evasiva número uno: fingir demencia.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué noche? ¿Cuándo?

—¿Acaso piensas que soy idiota?

—Sí, pero estoy seguro de que eso no tiene nada que ver con el hecho de que alucinas.

—Mi hermano, Han y tú fueron por mí al lago luego de que me secuestraron. Y ahora todo el mundo se empeña en actuar como si no hubiesen visto lo mismo que yo.

—¿Estás tomando esa mierda de nuevo?

—¡Joder, no! Sé que están intentando manipularme.

—Pienso que estás enloqueciendo.

—¿Por qué mientes tú también? ¿Qué pasa que es tan malo

como para que tú tengas que cubrirlos en sus mentiras?

—¿Cuándo, en mi maldita vida, he salido contigo y tu hermano al mismo tiempo? ¿No eras tú quién decía que no me quería cerca de él? ¿Ahora resulta que yo estoy cubriéndolo?

—Atravesé una ventana esa noche, y luego rodé cuesta abajo.

—¿Y eso a mí qué?

—Que si nada de lo que pasó fue real y es todo un invento mío, ¿por qué desperté con el brazo vendado al día siguiente?

Haru abrió los ojos, se sentía acorralado. Y Sean Grace pensó por un momento que había logrado quebrar al eslabón débil; o así fue hasta que este tomó la segunda acción evasiva: negarlo todo.

—¿Y? ¿Qué se supone que tengo que ver yo en todo eso?

—Tú me curaste, lo recuerdo bien. No pude haber imaginado eso también.

—Eres crédulo, no me sorprendería que lo hubieses hecho.

—¿No dirás nada más? Pues bien, nos quedaremos aquí hasta que hables —dijo y cerró la reja del vestidor.

Haru alzó los hombros.

—Está bien —le dijo restándole importancia y deslizó su espalda por la pared. Se acomodó en el suelo y exhaló con pesadez.

—¿Qué pretendes?

—Dijiste que nos quedaríamos aquí hasta que yo hablara, y como yo no diré nada, prefiero sentirme cómodo.

—Es una terrible idea.

—Quizás lo sea, pero hasta donde sé, tengo todo el tiempo del mundo para estar aquí y tú solo tienes hasta que empiece el partido, que será... —revisó la hora en su reloj— exactamente en diez minutos.

Sean Grace se sentó en la banca a su lado, abatido. Estaba demasiado confundido como para sumarle a eso el hecho de que estaba siendo superado por esos tres sabelotodos.

—No entiendo qué demonios pasa.

Haru lo observó de reojo; estar cerca del tipo que se encargaba

de joderle la existencia a diario le incomodaba. Aun así, su humanidad afloró por encima de su satisfacción al verlo así de desconcertado.

—Bienvenido al club... Solo intenta mantenerte al margen.

—No puedo.

Haru negó con la cabeza. No iba a discutir más sobre el tema, era algo que no le correspondía a ninguno de los dos saber, y él ya sabía demasiado.

—¿Quieres? —le dijo, extendiendo su brazo hacia él para ofrecerle una pequeña galleta de miel y fresa.

—¿Y eso qué significa? —molesto por la forma abrupta en la que cambió de tema.

Rodó los ojos. Sean Grace solo era Sean Grace, lo cual era sinónimo de ser un completo idiota.

—Significa que estoy obsequiándote una galleta, genio. Así que tómala y cierra la boca.

Sean la tomó con una ceja alzada y se la comió de un solo bocado.

—¿Intentas sobornarme con comida?

—En realidad intento hacer que te calles, porque ya comenzaste a hartarme.

—Imbécil... —Era incapaz de ser amable con él—. ¿Tienes alguna de nuez?

Le extendió el recipiente completo para dejarlo escoger. Tomó una de nuez con chocolate y le dio un gran mordisco, pero abrió los ojos cuando el sabor a quemado invadió sus papilas gustativas.

—Ah, olvidé advertirte, dejé a Taylor a cargo de la bandeja de nuez y bueno... es Taylor.

—Deja de involucrar a mi hermano en tus cosas, es asquerosa la forma en la que intentas llegar a él.

—¿Perdón? Él quería aprender... además, tú amas comer estas galletas.

—Comerlas no es lo mismo. Un día despertaré y él tendrá un

mandil igual al tuyo.

—¿Nunca puedes dejar de ser así de estúpido?

—Es un chico, la cocina no es algo que se le dé muy bien.

—Dakho y yo podemos hacerlo perfectamente, incluso tú. ¿Cuál es el problema?

—No quiero que termine metido en cosas extrañas.

Haru lo miró, decepcionado.

—Es tu culpa, lo sabes, ¿cierto?

—¿Qué cosa?

—Que tu hermano no tenga las habilidades básicas para que un adulto sobreviva en el mundo real.

—¿Es mi culpa querer que no lo maten a golpes?

—Es tu culpa pensar que tienen motivos para hacerlo. Si no puedes cambiar tu forma de pensar, ¿qué te hace pensar que el resto lo hará?

Se puso de pie, exaltado.

—Escúchame bien...

—Basta, no tienes que probarme nada a mí —Haru lo imitó para encararlo, levantándose sin miedo—. Tus amigos no están aquí, no soy más uno de ellos, no necesitas actuar rudo. Es más, deberías irte o no llegarás a tiempo al partido.

Quiso golpearlo, pero sabía que había perdido ante él. Su concentración se perdió al recordar que debía llegar cuanto antes al campo.

—Es cierto. ¿Qué hora es?

—Poco más de la cinco —respondió con seriedad.

—Maldición... —masculló tomando su bolsa. Estaba vestido ya, solamente se colocó su gorra y volteó a ver al menor antes de abrir la puerta.

—Suerte, cretino.

—Jódete, fenómeno —le dijo antes de salir.

Augustus Moon suspiró cansado y se dijo a sí mismo: «Aquí vamos de nuevo».

Sean Grace comenzó a correr por la parte de atrás de la escuela, pensando únicamente en su gran noche, sin tener en cuenta que estaba pasando por alto algo importante. Cuando cruzó por la salida de la escuela, se topó con un hermoso cabello negro. SunHee observaba la grama mientras se abrigaba del viento con el suéter celeste de Sean Grace. Ella estaba exactamente en el lugar donde se supone que se verían, y lo había esperado durante varias horas. Parecía cansada. Sean suspiró; sabía que esa expresión de desgano en los ojos que adoraba eran totalmente su culpa. Había olvidado por completo su compromiso por culpa de sus delirios y sus ansias de conocimiento.

Se acercó a ella apurado, pero no tuvo tiempo de hablar.

—¡¿Dónde estabas?! —vociferó con enojo.

—Lo siento, en serio. No quise...

—¿Dejarme plantada? Claro.

—Lo juro. Yo no soy esa clase de chico, algo surgió y me atrasé...

Ella se quedó callada, como intentando comprenderlo. Suspiró.

—¿Esa es tu explicación?

—¿Podemos hablarlo después? —interrumpió—. El partido...

Se escuchaba el bullicio. La afición y el equipo contrario habían comenzado a llegar.

—¡Es increíble! —le dijo, retomando su enojo. —Ni siquiera te interesa.

—No es eso. Sabes que lo siento, por favor, no te molestes, eres demasiado importante para mí, fue un simple error y...

—¿Siquiera pensaste en lo que te dije esta mañana? —Se quedó callado, no tenía ni idea de qué hablaba, seguro le habló mientras el cansancio le ganaba—. Vete. En realidad, no vale la pena. Te veré después.

—¿No te quedarás al partido?

—Lo haré, solo para ver a Dakho salir de la banca. En realidad, no quiero verte a ti justo ahora.

Otro de los chicos del equipo apareció detrás de ellos,

llamándolo:

—¡Oye, Kim! Ven acá, ¡ahora! Te necesitamos para comenzar.

Sean Grace volteó a verla con pesar.

—Te lo compensaré, lo prometo —le dijo dedicándole una última mirada antes de seguir al otro chico.

Ella simplemente asintió y con una mirada triste se alejó en sentido contrario sin saber que lo que la hacía sentir así de mal no era su ausencia, sino lo que eso significaba.

La línea temporal se distorsionaba de nuevo hacia la segunda, con una historia diferente.

Caminó hasta la entrada del graderío, donde se encontró con Haru, a quien saludó sin muchos ánimos. Él había estado lo suficientemente cerca como para escuchar su discusión. Después de salir del vestidor se quedó quieto detrás de la salida para que no lo vieran. Le resultaba fácil pasar desapercibido, y caminar de regreso al campo no le dio ningún problema.

Así que ahí estaba, tomando fotografías a algunos de los jugadores en el segundo escalón, incluso tomó una de Sean Grace cuando entró al campo, pocos minutos antes de que SunHee se sentara a su lado. La saludó con un ligero movimiento de cabeza, con más zozobra que agrado. En realidad, no eran amigos, y no habían compartido nada más allá de un par de palabras antes sin tener a Taylor de por medio, porque Taylor era lo único que le interesaba de ella, así que mientras SunHee se perdía con su vista en el suelo, él la veía con incomodidad.

Su rostro era bastante neutral, siempre lo era; de todas formas, eso no cambiaba el hecho de que él no dejase de pensar que ese suéter no le favorecía en nada a la chica. Es decir, sus manos presionadas en la orilla de la prenda la estaban estirando, parecía aferrada al suéter de Sean Grace. Joder, no era nada especial, hasta él había usado ese maldito suéter y sabía que ese color no le sentaba.

Agitó la cabeza. Era tan maduro como siempre lo había sido. Finalmente, le regaló una sonrisa a la chica a la vez que todos se

pusieron de pie para apreciar la alineación de los jugadores. El partido comenzó con la primera entrada, en un ambiente alegre y lleno de expectativas para todos los demás, excepto para cualquier persona relacionada con el apellido Kim.

Las ideas dentro de la cabeza de Sean Grace estaban quitándole la concentración, confundiendo izquierda con derecha. No sabía qué pasaba, pero no podía coordinar sus pies. Para el final de la cuarta entrada, se había tropezado un par de veces, fallado atrapadas y corrido tan solo algunas bases; sus piernas estaban demasiado rígidas.

Sus padres estaban entre el público extrañados por su comportamiento, al igual que el resto de sus compañeros. Él tampoco lo entendía, sentía que algo lo sujetaba, simplemente no podía jugar bien. Estaban a mitad de una jugada cuando volteó a ver a SunHee charlando con Haru. Ni siquiera pudo prever el momento en el que su vista se nubló y su cabeza comenzó a dolerle tras el impacto.

La pelota salió volando con una fuerza impresionante hacia la cabeza de Sean Grace, impactando en ella con dureza, aturdiéndolo y haciéndolo caer. No estaba enfocado, y él definitivamente nunca esperó que un tiro como ese terminara justo en su sien.

Vio a SunHee levantarse de su lugar en la tribuna, cubriéndose la boca con ambas manos, preocupada e intentando avanzar entre el público para llegar hasta él. Sonrió en medio de su dolor y su estupidez, sabiendo que ella no estaba tan molesta como había querido hacerle creer.

Estaba tendido sobre la tierra y soltó un quejido cuando apoyó sus codos contra el suelo. El silbato del ampáyer sonó para detener el juego.

—Si el chico no puede continuar, suspenderemos el evento.

—Vamos, Kim. Levántate, te necesitamos para ganar.

Sean Grace puso todo su empeño en ponerse de pie, pero veía doble. Dio un paso y se tambaleó hacia el frente.

—Por falta de jugadores, el equipo rival ganará por *default.*

—No, no, no. Entrenador, sé que puedo… —El árbitro colocó dos dedos frente a él.

—¿Cuántos dedos ves?

—¿Cuatro? —dudó.

—Es todo, se acabó —dijo el uniformado. Pero antes de que terminara oficialmente, los alaridos a la distancia aparecieron.

Dakho se acercó junto con Taylor en el momento en el que la enfermera y el entrenador habían entrado al campo para ayudar a Sean a levantarse.

—¡Alto! —gritó Dakho desde la reja cerrada—. Estoy aquí, el equipo está completo.

El árbitro alzó una ceja, no muy convencido. Era el inicio de la séptima entrada, les hacía falta tan solo mantener su titularidad para ganar y podía ver la desesperación en los ojos de todos.

—¿El chico es parte del equipo? —preguntó.

—¡Lo es! —afirmó el entrenador haciendo señas hacia las personas de la entrada para que lo dejarán pasar.

Lo hizo, al igual que Taylor, a quien no le importó colarse en el campo para llegar hasta Sean. Sus padres a la distancia lo miraron confundidos cuando se acercó a su hermano y lo ayudó a caminar hacia las bancas.

—Han, al jardín central. ¡Vamos! ¡Seis, cuatro, tres! —gritó anunciando sus posiciones antes de volver al encuentro.

Los alaridos de las personas sonaron de nuevo. La afición local sonaba aliviada mientras la visitante parecía alegar el cambio de jugador tan repentino que pudo haber marcado su victoria. Daniel se colocó de lanzador y miró con molestia al bateador que había logrado darle en la cabeza a Sean Grace.

Nadie estaba conforme con dejar entrar a Dakho en el equipo, pero ahora no tenían elección por culpa de ese malnacido. Hizo su mejor lanzamiento y después de tres intentos sacó del juego al bateador.

Después de varios bateadores más, tenían la delantera. Todos corrían levantando el polvo con sus zapatillas, la multitud gritaba por la emoción de la última entrada y en lo único en que Sean Grace podía pensar era en que él no era parte de toda esa algarabía.

—Si siguen jugando así... ganaremos la temporada —dijo entre dientes. Taylor a su lado había conseguido una compresa con hielos y la sostenía a la altura de su frente, parecía que el destino se empeñaba en lastimar físicamente al Kim mayor—. ¡Auch! —se quejó cuando su hermano menor presionó los hielos con dureza contra su rostro.

Taylor estaba concentrado en los brazos de Dakho y en su habilidad para burlar a sus rivales al correr. Tanto talento lo tenía hipnotizado. Y no solo a él, la audiencia estaba fascinada, incluyendo a Haru, quien olvidó hacer caso a las indicaciones de Taylor y disparó el *flash* de su cámara en dirección a Dakho.

Un par de minutos más y se terminaría.

Era momento de lanzar de nuevo. El resto de los jugadores de su equipo parecía hacer lo posible para que Dakho no tocase la pelota. El equipo contrario lo notó y planearon batearla exactamente en esa dirección para ganarles con su propia jugada en la última carrera. El *pitcher* local lanzó y se pudo escuchar cuando el bate golpeó la pelota con fuerza intentando direccionarla hacia el centro.

Dakho retrocedió. Estaba sudando, las luces en el campo comenzaron a parpadear cuando la adrenalina se disparó en su sistema. Taylor se puso de pie inquieto, al ver todas las señales de una sobrecarga; incluso el equipo de sonido del narrador empezó a fallar. La afición elevó un bullicio de sorpresa cuando las luces parecieron colapsar por la energía, sin perder de vista al jardinero central, el número nueve: Han Dakho corría de espaldas para atrapar la pelota.

Los corredores habían comenzado a moverse. El equipo rival iba a superarlos por una carrera, se podía sentir el ambiente tenso, expectante, cuando de pronto Dakho dio un gran salto con los

brazos extendidos y alcanzó la pelota en el aire. Fue algo increíble.

Su realidad parecía moverse más lento. La mirada impresionada de Taylor y la algarabía de la gente se aislaron poco a poco hasta que el sonido de su propio corazón fue lo único que pudo sentir, hasta que todo el lugar pareció enmudecer. Soltó aire con fuerza, y arrugando la nariz, lanzó de regreso la pelota a la primera base, dejando fluir de él toda su corriente eléctrica.

Uno de los receptores de su equipo atrapó el pequeño objeto blanco y terminó así con su última carrera. El ampáyer atravesó el campo gritando: «¡Están fuera! El equipo local avanza a semifinales».

Todos los jugadores corrieron hacia Dakho. Este no alcanzaba a comprenderlo, pero había logrado saltar una gran altura y caer de pie para lanzar la pelota de regreso en cuestión de segundos, como un balletista superdotado, algo que ni el mismo Sean Grace había hecho antes.

Aunque en realidad no les interesaba la razón, ¡habían ganado! Y eso era más que suficiente para poner el talento del chico por encima de sus ridículas peleas. Sean Grace se sintió feliz por la victoria, pero algo en su pecho se removió al pensar que pudo ser él quien recibiera esa gloria; peor aún, algo en su interior le decía que específicamente debió ser él.

Dakho se abrió la camisa cuando sus compañeros de equipo comenzaron a tirar de ella. Le entregaron la pelota del juego y luego lo vitorearon hasta el montículo en el centro del campo.

Luego se acercaron hasta Sean Grace para llamarlo a la celebración.

—Venga, Kim. ¡Pasamos!

Le dolía la espalda y le quemaba la presencia de Dakho frente a él. La energía era demasiado abrumadora entre ellos. Tanto, que lo hacía repelerse. Miró hacia las graderías y vio a SunHee alejándose hasta perderse entre la multitud. Se levantó para intentar seguirla, sin saber que su presente cambiado había redireccionado el final de

su noche.

Dakho se alejó del equipo, pues mientras todos intentaban demostrarle su atención, él sentía cómo era atrapado por algo más. Era la fuerza sobrenatural manifestándose sobre él como la primera vez, y no sabía cómo controlarla o detenerla, eran solo ideas aleatorias llenando su cabeza hasta convertirse en decisiones.

Había atrapado la pelota, y el ganador del juego siempre obtenía a la chica. O en este caso, al chico castaño que buscaba furioso a su hermano con los brazos en la cintura entre la gente. Caminó hacia él y lo tomó de los hombros. Taylor se sobresaltó al sentir una pequeña descarga de electricidad.

—¡Estuviste fantástico! Nada mal para una inesperada entrada —le dijo, dándole un ligero toque en la mandíbula, en señal de admiración—. ¿O no, superestrella?

—Parece que la suerte está de mi lado, ¿no crees?

—Lo está.

Dakho se pasó una mano por el cuello, sonriendo de lado al chico que se sintió cohibido ante su mirada. Las personas se habían marchado al estacionamiento a festejar y las luces del graderío no paraban de titilar.

—Ten —colocó la pelota frente a Taylor—. Es para ti.

—¿Qué?

—Eres la razón de mi juego. Te pertenece.

—Estás comenzando a delirar.

—La pelota ganadora se le obsequia a la persona más hermosa del lugar, así que —se la colocó en la mano—, es tuya.

—Dakho, basta, eres un tonto.

—No puedo dejar de apreciar lo bonito que eres, estoy enloqueciendo.

—¿Te sientes bien? —Solo un disparo de adrenalina. Uno solo.

Los latidos de su corazón se aceleraron al mismo tiempo que su respiración, con fuerza, intensamente.

—No sé por qué digo cosas como esta o por qué hago lo que

hago, pero yo...

Las luces alrededor del lugar finalmente colapsaron y estallaron una a una, en fila alrededor del campo, soltando grandes destellos.

—¿Dakho? —preguntó Taylor, asustado. O más bien, intrigado por esas reacciones. Cada detalle era importante para su investigación, desde las corrientes hasta el sudor deslizándose por el cuello de Dakho justo frente a él.

El equipo local tiene mucha suerte.

Ambos se cubrieron la cabeza para protegerse de las centellas; Dakho se aferró a Taylor, cubriéndose con él.

Cuando el lugar quedó sumido en la oscuridad, se miraron fijamente, mientras sus jadeos parecían unirse al romper con el vaho del otro. Taylor bajó la cabeza; no iba a besarlo ahí, sabía que era demasiado arriesgado. Pero tan solo el hecho de estar tan consciente de querer hacerlo lo llenó de un nerviosismo que nunca había sentido.

Si toda crisis genera un cambio, todo cambio generará una crisis, en un bucle infinito y constante en el que cada situación y sus rumbos se colapsan unos a otros. La noche de Sean Grace no terminó como debía. Y el día siguiente a ese tampoco resultó de forma predestinada. Parecía que todo se movía en círculo, o bueno, quizás al contrario, cuando esa línea se mezcló con otras que no

conocían.

Después de todo, el deseo, el destino y el autocontrol son cosas imposibles de ignorar o, peor aún, de combinar.

—Oye, Taylor —dijo Dakho, palpando la piel de su mejilla.

—¿Qué sucede?

—¿Realmente crees en la virginidad?

Deseamos cambiar nuestro destino aún sin tener autocontrol. Se trata de lujuria y egoísmo, lo cual significa ser completamente humano.

Taylor Kim y su latente homosexualidad.

Han pasado cincuenta y dos días desde iniciado el experimento, tantos como para comenzar a cuestionarme a mí mismo. Un efecto colateral es inminente, pero no sé hasta qué punto sea real. En mí.

Bitácora personal: Soy más idiota de lo que creí.

12.

87 DÍAS ANTES DE...

El silencio inspiraba temor. El plazo se había vencido y, justo ahora, las doce personas encargadas del trabajo de campo en medio del pequeño laboratorio del bosque mantenían la respiración mientras evitaban encarar a su mentor.

Las grabaciones habían desaparecido y habían dejado escapar al sujeto. Para variar, recibirían la visita de los inversores del Gobierno en pocos minutos y no había ninguna explicación por dar. Los hombres estremecían ante la evidente molestia de Kim Anzu, todos excepto Lee Jaewon, que veía con desdén hacia el frente sin apartar la mirada de su mentor. Sin remordimientos, sin miedo.

Debían justificar los gastos actuales y futuros ante un grupo de hombres de Washington que no entendían nada de ciencia, pero sí de resultados. Kim Anzu había vendido su idea con un *speech* motivador y positivo para la sociedad, aunque a sabiendas de que lo que se buscaba realmente era desarrollar un arma: «Moverse a través del espacio podría hacer de la guerra un simple juego de escondidas», les dijo. «Un juego en el que el tiempo y el espacio no limiten los movimientos de las tropas, o quizás solo se necesite un botón de emergencia para comenzar de nuevo. Una ventaja más allá de lo que podríamos imaginar».

Ahora no tenían nada. Ni sujeto, ni idea de cómo el sujeto había llegado, ni evidencia de lo ocurrido esa noche. Estaban jodidos. Y los oficiales ya habían llegado.

Kim Anzu chasqueó con la lengua y acercó su brazo a la botella de ron sobre una de las repisas de su oficina; la destapó y tomó un

gran trago que le quemó la garganta.

—Abran las rejas y que les den la bienvenida. —Volvió a colocarse sus anteojos—. Quiero que sepan que fue un honor haber trabajado como su líder.

Se dio la vuelta disponiéndose a abandonar el cuarto de control. Jaewon se apresuró a tomarlo del brazo antes de que se marchara. ¿Había sido tan grave dejar ir al niño beisbolista? No esperaba que lo fuera. Ahora se sentía culpable, pero no podía cambiar nada; además, él sabía que ese chico era inocente, que era tan solo un niño que no entendía ni la mitad de las cosas turbias que pasaban en ese laboratorio. Jaewon sabía que, si el chico hablaba, no saldría con vida de allí.

—¿Qué pasará ahora? —le preguntó a Kim Anzu en voz baja.

Este alzó la mirada hacia los demás, diciendo:

—¡A sus puestos de control, ahora! —ignorando a Jaewon por completo.

Todos comenzaron a moverse del lugar, ansiosos, a excepción de Jaewon.

—Profesor Kim... —lo llamó captando su atención, puesto que él nunca se atrevía a llamarlo por su apellido solamente—. ¿Qué pasará? —volvió a preguntarle.

—No lo sé. El que tiene el dinero manda.

—No comprendo.

—Deberías concentrarte en no desconectar las cámaras de vigilancia la próxima vez, así entenderías lo que sucede.

¿Kim Anzu sabía lo que había hecho? Por supuesto que lo sabía, era la persona más inteligente en el lugar; además, lo conocía bien.

—No somos criminales —le dijo angustiado—, somos científicos. Estamos aquí para crear, no para secuestrar y lastimar adolescentes.

—¿Es que acaso realmente no lo entiendes? El mundo real no funciona de esa forma. Y tu acto de buena fe le dio el tiro de gracia a nuestra investigación.

—No iba a permitir que lo asesinara —declaró con firmeza—. Ni

a él ni a nadie.

El profesor Kim se dio la vuelta para caminar hacia la entrada del laboratorio donde las camionetas habían comenzado a aparcar. Por primera vez en años, las rejas de la zona prohibida del bosque se abrieron.

—No iba a hacerlo —dijo abriendo la compuerta; se acomodó la bata y, antes de salir, añadió—, pero ellos sí lo harán.

Entonces avanzó hacia el exterior, dejando a su joven pupilo sumido en la devastación.

Eran cinco vehículos blindados con al menos cuatro soldados en cada uno. Del último vehículo bajó un hombre mayor con muchas estrellas y medallas colgando de su pecho, con el rostro blanco y el cabello naturalmente platinado como en una película antigua. Avanzó los pocos metros que quedaban hasta llegar al profesor y comenzó a hablar.

—¿Funciona? —fue lo primero que dijo al acercarse.

—Coronel, bienvenido.

—¿Funciona o no? —dijo sin detenerse a ser cortés.

Kim Anzu trató de serenar su mente cuando le habló sin tartamudear.

—Tuvimos un contratiempo, pero estamos más cerca que nunca. Acompáñeme, por favor, y lo verá por sí mismo —dijo. El hombre comenzó a caminar y fue seguido por el resto de sus oficiales. Kim Anzu carraspeó con la garganta y agregó—: Usted solo, por favor.

El coronel hizo una seña con la mano, dejando a su séquito en alerta mientras él accedía a las peticiones del demente profesor Kim. Ambos entraron al laboratorio y comenzaron a caminar por los estériles pasillos en total calma.

Llegaron hasta la sala de control principal desde donde, a través de un enorme cristal polarizado, podían ver el exterior del bosque y, específicamente, el lago.

Se colocó frente a la serie de botones mientras el otro lo miraba con expectativa. Tomó un par de gafas de seguridad y se las entregó

al anciano indicándole en silencio que se las colocara.

—¿Qué se supone que es esto? —cuestionó al verlo presionar botones.

—Esto, coronel, es una vista al futuro.

Entonces, encendió una por una las torres que se encontraban alrededor del bosque. Cuando encendió la última y dejó fluir la energía a través de ellas se formó una especie de luz incandescente en el centro que se reflejaba en el lago y que comenzó a abrir un vórtice, agitando las aguas violentamente.

El hombre abrió los ojos, impresionado.

—Funciona, pero aún no sabemos si es seguro usarlo. Conocemos el punto de origen, pero no el punto del final.

—¿Por qué no simplemente enviar a un par de hombres a su interior?

—Es mucha energía; es demasiado peligroso romper con la onda porque no sabríamos hasta dónde podría terminar ni en qué estado físico o mental.

—¿Acaso será este otro Chernóbil como el abril pasado? —le dijo con una ceja alzada.

—No puedo asegurar nada.

—Entonces, ¿cómo afirma que funciona?

—Aquí es donde entra mi contratiempo. Hemos traído algo del otro lado.

—¿Un monstruo?

—Un humano. Pero escapó; más bien, lo ayudaron a escapar. Hemos pasado los últimos meses buscando entre los pobladores sin poder ubicarlo. Logramos someter a uno de sus cómplices hace un par de días, pero lo perdimos en el intento.

—¿Y las cámaras de seguridad?

Se quedó callado, no podía exponer a alguien de su equipo ni mucho menos a su joven pupilo.

—Fallaron por la sobrecarga eléctrica —mintió—. Las cámaras exteriores apenas y lograron captar a un par de individuos por el

bosque y un auto sin placas.

—Entrégame ese vídeo y nosotros nos encargaremos del resto.

—¿A qué se refiere?

—Te daré el tiempo que necesites, pero no puede haber más errores. A partir de ahora, habrá custodia militar por todo el bosque, nadie entra y, en especial, nadie sale de aquí. ¿Entendido?

—¿Qué hay del vídeo?

—Haces muchas preguntas.

—A eso me dedico, así que me gustaría saber. ¿Qué hará con la grabación?

Su valentía lo convenció de hablar.

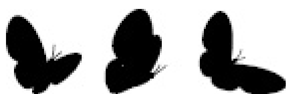
—Lo enviaré a la base. Después a cotejar con cada persona que habite en este pueblo y con cada auto dentro del perímetro.

—Muchísimas gracias por el apoyo, señor.

—Hemos invertido demasiado dinero en esto, no me importa si es humano o no, lo que sea que salió del lago es propiedad del Gobierno. Y quienes estén encubriéndolo están cometiendo un delito federal. No pueden esconderse para siempre.

Kim Anzu tragó en seco. Después de todo, la base misma de su experimento era saciar su culpa y su egoísmo. Era regresar al momento en donde pudo verlo por última vez, pero ahora su camino era totalmente diferente.

Esa parte del universo que había creado era, al igual que él, peligrosa e inestable.



Algunos kilómetros al sur, en una casa de los suburbios, había una habitación pequeña con una ventana que no cerraba bien y dos chicos en distintos azares mentales.

Dakho se había acostumbrado a la tetanización de su cuerpo; tanto, que los espasmos en su espalda y muslos que le impedían

moverse no eran capaces de perturbar su sueño. O quizás, más que eso, se encontraba en trance.

Había algo extraño sobre sus sueños, especialmente esa madrugada. Con el campo eléctrico encendido a la distancia y la onda magnética extendiéndose por todo el pueblo había comenzado a sentirse parte de ellos. Sus recuerdos nunca se habían visto tan reales como esa noche; sobre todo cuando ese recuerdo en específico era algo que nunca debió vivir.

«—Basta, no me siento bien haciendo esto.

—Un minuto y te gustará... ya lo verás —dijo el mayor tirando de su cremallera para comenzar a desvestirlo.

—Detente. Yo no quiero esto...

—Cállate, no puedes incitarme toda la noche y luego simplemente decir que quieres que me detenga.

—No. Ya basta, para... te lo suplico».

¿Qué le pasaba? Quería defenderse, pero no podía, era solo un espectador de su propia vida. Apretó los ojos cuando la luz lo golpeó. Dakho tenía una mala reputación en la que él mismo era incapaz de creer. Su frágil e infantil mente se retorció cuando los recuerdos le quemaron.

¿Se había quedado dormido? Sí, estaba en la habitación de Taylor, estaba en California, no en una estúpida fiesta. Nunca más en Seúl. No había bebido lo suficiente, de hecho, no había bebido casi nada. Su estómago estaba revuelto. Era un sueño, solo un sueño.

Pero ¿por qué estaba allí? Definitivamente, no recordaba haber subido hasta la habitación con ese chico. Tampoco lo que pasó después, pero estaba tan mareado que no podía ni siquiera moverse. Apretó con fuerza la sábana entre sus dedos y contuvo las lágrimas cuanto pudo, al voltear a ver al joven que, a su lado, comenzaba a vestirse en la oscuridad mientras él yacía a medio vestir en la cama.

Si era un sueño, ¿por qué se sentía tan real? ¿Por qué tenía que sufrir tanto?

Se sintió usado; tan ingenuo, tan volátil.

Le dolían las piernas, y su pecho palpitaba con fuerza mientras seguía sin creer lo que había pasado. Porque el rostro que alguna vez cautivó tanto su mente, era el mismo al que veía con tanto desprecio. Estaba demasiado mareado aún, las luces del exterior apenas lo dejaban verlo. Y no entendía si estaba soñando o si realmente se había jodido. Se sentía débil, no podía levantarse.

Necesitaba despertar.

«*—¿Jaehyun? El vaso… ¿Qué tenía el… —masculló— vaso?*

—Yo no te obligué a tomar nada.

—Pero…

—Silencio. Digas lo que digas, nadie te creerá. Después de todo, sabes que a nadie le importa alguien como tú».

Su voz resonó con eco dentro de la habitación. Dakho se quedó callado y abatido con su conciencia apenas a flote. Las imágenes dentro de él se volvieron oscuras, ni siquiera podía llorar.

Las torres eléctricas no solo lograban abrir el vórtice, sino también controlar la energía de Dakho. Y aún más, potenciarla, mezclando sus recuerdos con la realidad, ayudándolo a materializarse en otro punto de su espacio.

Ajeno al colapso del muchacho, Taylor estaba sentado frente a su escritorio sin saber cómo continuar. Una hoja más en el suelo y el gesto de frustración en medio de la noche. Después de mucho tiempo intentándolo, Taylor había logrado encontrar un espacio para concentrar su atención por completo en la investigación.

Sabía que era estúpido, pero quería intentarlo.

Había unido todas las hojas de la carpeta que hurtaron del «laboratorio» (como él mismo lo había nombrado) y traducido exitosamente la mitad de ellas. Lo llenaba de intriga; los extremos de las hojas estaban marcados en tinta roja; además, había varias anotaciones en ellas, en letra cursiva y diminuta.

¿Quién había escrito todo esto? Las páginas describían paneles solares, pararrayos y radiación. Mencionaban cosas sin sentido, cosas

que le parecían demasiado personales y que le recordaron un poco a sí mismo.

También encontró los detalles y medidas de una especie de red eléctrica que lucía más como una bobina que como un poste de alumbrado, pero la escritura era bastante difícil de entender, por lo que no estaba cien por ciento seguro de si se trataba de medidas o de coordenadas.

Abrió su propia libreta y comenzó a dibujar un pequeño trazo que luego se convirtió en un boceto a escala de lo que él creía era el medio para transgredir el espacio. En los apuntes de su desconocido rival, se mencionaba un perímetro de al menos diez kilómetros, pero también hablaba sobre profundidad y resistencia.

Taylor sentía que estaba enloqueciendo con tanta información, pero a su vez tenía la sensación de que algo estaba mal. Tenía demasiados tachones. ¿Qué tenía que ver el lago con esto? ¿Por qué exactamente ahí? Era como si lo hubiesen colocado en el centro a propósito.

Negaba una y otra vez mientras seguía con sus ambiguos planos de trabajo; intentó combinar lo que había en los datos con las torres que había visto por el bosque en el perímetro descrito. Se rascó la cabeza; recordaba haber visto unas torres entre los árboles. Cuatro, para ser exactos, que concordaban con las imágenes en la carpeta, pero no había tenido tiempo para medir las distancias; tampoco estaba seguro de si encerraban el lago de forma exacta.

Si esto tenía sentido, y él en realidad no estaba loco, era una especie de trapecio para contener algo. «¿Contener qué?», escribió remarcando con fuerza. 웜홀 이론

Las noches en las que Dakho parecía desmayarse él sufría del efecto contrario: no podía dormir, le costaba trabajo estirar sus músculos, pero al menos había logrado darle un uso a su insomnio al trabajar de madrugada sin que nadie lo interrumpiera. El universo es vasto; hablar sobre el tiempo y la gravedad era solo una

teoría para muchos, e incluso por mucho tiempo él lo creyó así.

Abrió el segundo cajón de la derecha en su escritorio y sacó otra hoja en blanco. Había leído todo lo que pudo rescatar y, según lo que había entendido, se había utilizado una especie de pararrayos para alimentar una bobina. Pero no entendía el punto o el objetivo, los informes estaban escritos en una especie de *hangul* con una caligrafía terrible; además, hacía años que no escribía en ese idioma.

Fuera de Dakho, toda su vida estaba escrita en inglés. Las palabras «gusano» y «salto» se repetían una y otra vez, haciéndolo dudar de si su traducción era correcta.

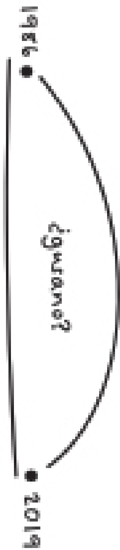
"웜" 홀

«El gusano que saltó hacia el otro extremo».

Remarcó en su libreta, copiando el título de las hojas del informe cuyo creador desconocía; luego escribió con su propia letra adueñándose del encabezado:

김의 이론

K'sT, Hipótesis n.º 101.



Debajo, trazó en la hoja en blanco una línea recta

horizontal e hizo dos puntos distantes sobre ella. Si el primer punto representaba a 1986 y el segundo a 2019, entonces, ¿cómo podrían conectarse? Mordió su lápiz, y meditando en silencio llegó a una vaga conclusión que no estaba lejos de la verdad.

—Saltando... —masculló mientras dibujaba sobre la línea recta una curva que unía ambos puntos desde el segundo al primero, y no pudo evitar pensar de nuevo en la primera palabra que le generaba conflicto—: saltando hacia atrás sobre un gusano.

Soltó su lápiz asustado y pasó su mano por su rostro cuando comenzó a sudar. Un agujero de gusano era impensable de crear y, peor aún, de contener. ¿Sería posible que...? Lograrlo quizás era más que un mito.

—El hiperespacio y el tiempo curvo a través de dos bocas de densidad...

Tenía sentido, aunque no contaba con la información suficiente.

Estuvo a punto de seguir escribiendo cuando un fuerte jadeo llamó su atención. Se levantó rápidamente. Algo extraño venía sucediendo con Dakho; con el pasar de los días, se había vuelto incluso más confuso y borroso para él. Como un mal recuerdo.

El día del juego, regresaron a la habitación; hacía mucho calor y podían sentirse transpirar el uno contra el otro incluso con las ventanas abiertas. Recordaba a Dakho arrancándose la camiseta y verlo con sus calcetines altos de béisbol cuando lo recargó contra la cabecera; recordaba el aliento caliente en su cuello y la estática quemándole el pecho.

Pero más que eso, recordaba la mirada perdida de Dakho como un ente que no se encontraba en sus cinco sentidos; estaba como en trance y luchando contra sí mismo por controlar sus acciones mientras mordía sus labios y jadeaba hablando solo. Pero en medio de toda la euforia, Dakho se había alejado abruptamente de él y luego se había desmayado a mitad de la habitación sin razón aparente.

Días después parecía que Dakho no era capaz ni de dormir al

lado de Taylor sin sentir náuseas. Incluso se había aferrado al viejo colchón para dormir separado de él. Realmente no entendía qué había convertido al Dakho hormonal en un niño asustado, pero, fuese lo que fuese, era lo mismo que lo hacía llorar en ese momento.

Llevó su vista a la lámpara; no parpadeaba. El voltaje de Dakho no era peligroso, supo que no era una sobrecarga, por lo que se animó sin represalias a enredar sus dedos en el cabello oscuro del muchacho acariciándolo con lentitud.

Dakho se sentía atrapado, pudo ver sus manos frías y sus pies caminando entre la nieve hasta que después de un par de pasos cayó entre la escarcha, haciendo que despertara violentamente de sus sueños.

Abrió los ojos, asustado y respirando con fuerza.

—Dakho... —musitó con suave voz y continuó por un par de minutos hasta que las pestañas mojadas del chico se separaron.

—¿Dónde estoy?

—California, 1986. El piso de mi habitación.

Dakho intentó recomponerse sobre el colchón, pero le fue difícil moverse.

—No es real —jadeó—, no, no, no. No es real. Nada de eso pasó.

—Dakho... —dijo Taylor temeroso—. ¿Todo en orden?

El silencio fue demasiado grande para responder un simple «no».

¿Cómo explicar lo que había vivido? Lastimosamente, no había forma sencilla de hacerlo. Taylor pensaría que estaba loco si le decía que creyó haber dejado la habitación por algunos minutos.

—¿Tienes pesadillas de nuevo? —preguntó. Las pupilas de Dakho estaban dilatadas.

Taylor se veía a contraluz. Dakho había tomado la decisión de no sucumbir a los carnales deseos que el muchacho despertaba en él. Con todo lo que pasaba en su cabeza, comenzaba a pensar que su cerebro se volvía agua dentro de su cráneo.

—¿Por qué estabas despierto? —le dijo Dakho, rehuyendo a su pregunta cuando logró ser más consciente de sus actos.

—¿Por qué lo dices?

—Traes anteojos, y estoy seguro de que no los necesitas para dormir.

Taylor se los quitó con lentitud y los colocó en la mesa de noche.

—Te has vuelto muy observador —comentó—, y también evasivo a mis preguntas.

—Tú también ignoras mis preguntas.

Taylor se quedó callado; no quería hablar con él sobre sus avances, era como dejarlo ir lentamente.

—Tengo tarea, aún estoy en la escuela. ¿Recuerdas? Aún necesito pasar este año —mintió—. ¿Y tú, qué soñabas?

—No puedo decírtelo, es asqueroso. Un recuerdo nuevo. O algo así...

—¿Nuevo?

—Sí... y no sé por qué, no sé de dónde viene o por qué de pronto apareció. No he hecho nada, no cambié absolutamente nada.

Taylor se mordió el labio. Decía la verdad, no había nada en su agenda destructora de realidades.

—Quizás sí. Algo cambió, te lo he explicado muchas veces, algo que tú ni siquiera sabías que había sucedido antes. Solo que ahora no formabas parte de ello y detonó en tu cabeza un recuerdo en cadena. Ya sabes, acción y reacción.

—No lo entiendo.

—Si un cuerpo actúa sobre otro, este reacciona contra otra fuerza, pero en sentido contrario.

La segunda línea de tiempo se balanceaba con fragilidad. El destino que no se cumplió le quemó el pecho a Dakho cuando en su libre albedrío decidió no sucumbir ante sus impulsos. Después de que atrapara la pelota debía haber dormido en el pecho de Taylor, pero se negó, inconscientemente, pues no sabía lo que estuvo

escrito alguna vez. Eran partes de la historia que desconocía y a las que, a su vez, ahora pertenecía.

La silueta de Taylor en la oscuridad lo llenaba de un sentimiento parecido a la impotencia. Su verdadero yo le decía que estaba mal mirarlo de esa manera; dentro de sí se mezclaba nueva tangente y desaparecía una parte de la historia. Estaban creando una noche que nunca pasó. Y otra que jamás debió suceder.

—Si no es parte de mi historia, entonces ni siquiera debería afectarme.

—No lo sé... es casi como si hubieses robado el secreto de alguien más.

—¿Alguien más?

—Por ejemplo... uhm, cuando evitamos el beso sabías dónde y qué pasaría, el cambio hizo desaparecer un recuerdo en ti. Pero este ni siquiera lo conocías en el futuro —intentaba explicarlo lo mejor que podía.

—Detesto que esto pase. Taylor...

—Supongo que dejará de pasar hasta que la historia vuelva a tomar su curso. O hasta que... —tragó saliva—, hasta que no exista nada más que cambiar.

—Ya no quiero que esto siga pasando —musitó con la voz quebradiza—. Cada vez que algo cambia, me siento como una mierda. Parece que no he logrado mejorar nada, mi futuro cada vez se ve peor. Y yo ya no quiero sentirme así.

Taylor se bajó de la cama y se quedó a su lado en el colchón. Le acarició el cabello con ternura, deslizando sus manos por sus espesas hebras oscuras, sintiendo sin miedo las pequeñas cargas de estática que se desprendían del otro.

—Está bien... ven aquí —le dijo, atrayéndolo hacia él para que Dakho colocara la cabeza sobre sus piernas. —Dime, ¿qué viste ahora?

—Algo que no quería —comenzó a llorar, evasivo.

—Solo fue un sueño, Dakho. Las cosas que ves...

—Son recuerdos —respondió con sequedad—. Lo siento adentro. Necesito cambiarlos, pero ya no quiero...

Se sentía vulnerable. Estaba lejos de saber que la noche que nunca pasó desapareció junto con una serie de cosas que fueron importantes para su madre y, por consiguiente, repercutieron en él mismo. Lo único que Dakho era capaz de entender era lo mucho que su subconsciente sacaba a relucir sus deseos. Él realmente deseaba desaparecer.

«*Tengo un ángel que me cuida... me acompaña cuando es de noche y cuando es de día...*». Su llanto se hizo menos fuerte cuando la voz de Taylor se coló con el frío de la noche, tersa y profunda, con un tono grave cuando comenzó a cantar: «*Me protege del mundo y me llena de su luz...*».

—¿Qué haces? —le preguntó, ligeramente confundido.

—Es una canción de cuna, te ayudará a dormir.

—No tengo cinco años, Taylor.

—No, pero me parece que sigues siendo tan inocente como un niño.

—¿Estás diciendo que soy un niño llorón entonces?

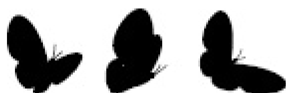
Taylor no le respondió. Soltó una pequeña risa y continuó con la canción, esa que Sean solía cantar para él cuando era pequeño.

—«*Dame la mano, antes de que me pierda en la brisa. Hazme volar... y guardaré por siempre en mi rostro una sonrisa...*».

Se quedó en silencio un momento. El perfil de Dakho se veía más pequeño. Pasó una mano por su mejilla húmeda y lo miró con ternura. Los sucesos aleatorios eran más importantes de lo que pensaban, y Dakho, quien nunca llegó a entender lo que era el cariño genuino, cedió ante su cambiante destino y el suave toque de las manos tibias de Taylor.

Se quedó dormido pensando en que, a lo mejor, había encontrado a su propio ángel de la guarda.

Porque estaba tres décadas en el pasado, e incluso así, sentía que podía pertenecer a esas manos.



10:30 A. M.

Ambos despertaron con un terrible dolor en el cuello por pasar la noche dormidos en el colchón del suelo.

Era temprano para tratarse de un sábado, pero Taylor tenía planes. Apuró a Dakho para que se cambiara y salieron raudos hacia la escuela. Había ofrecido ser voluntario para limpiar la piscina, pues se trataba de un lugar amplio y solitario donde nadie los molestaría. Ahí pensaba llevar a cabo la siguiente etapa de su experimento.

Para ello necesitaba piezas de todo tipo, que sacaron de la cochera amontonándolas en un carrito de supermercado como recolectores en época de cosecha. Su hermano mayor los veía de brazos cruzados, mientras intentaba reparar el auto. No le convencía mucho la excusa de que estaban «reciclando chatarra», pero había decidido dejarlos ir.

Sin el auto, tuvieron que cargar con todos los trastes a cuestas hasta la escuela. Además, no hubiese sido prudente salir en él; seguro estaba fichado por los lunáticos del laboratorio

—Espero que Sean Grace no logre repararlo —dijo Dakho.

—No hay que preocuparse por eso. El auto no funcionará.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

Taylor alzó ambas cejas antes de sonreír.

—Porque le quité eso —dijo señalando una pieza metálica dentro de la carreta.

—¿Y eso qué es?

—Es un pistón. —Ya que la cara de confusión de Dakho no cambió, siguió—: Debería estar dentro de uno de los cilindros del motor, así que tardará un par de días en encontrarlo.

—No creo que eso sea suficiente.

—Sin un pistón el cilindro no hará compresión y el motor no tendrá suficiente fuerza para arrancar.

—No intentes explicarme sobre autos. No es mi fuerte, y no creí que fuera el tuyo.

—Sé bastante sobre autos, también sé algo de herrería y carpintería. Lo normal

Dakho lo miró, sorprendido. Era el prospecto perfecto de hombre multitareas y ni siquiera parecía darse cuenta.

—¿Lo normal?

—Sí. ¿Nunca aprendiste alguna de esas cosas? Son básicas.

—Pues, yo tomé el curso de *crochet* en la escuela, e hice un mantel bordado.

—Tu imagen de chico rudo es cada vez más inexistente para mí. Al menos no terminarás quemando la casa como yo el día que intenté arreglar la caja de fusibles de la cochera.

Solo en caso de que a Sean encontrara la falla, Taylor le había retirado la batería y sacado el aire a los neumáticos. Todo un genio.

El sol era leve, y aunque era de día, el frío que había comenzado a fluir era notorio cuando el vaho se escapaba de ellos. La escuela estaba vacía, por lo que no les tomó mucho tiempo atravesar el estacionamiento y el campo de béisbol para finalmente llegar a la piscina. Se quedaron de pie frente a la reja con candado que les impedía el paso.

Taylor rebuscó en sus bolsillos una llave y se dispuso a abrirla.

—A veces pienso que esta escuela se toma muchas libertades.

—¿Como cuáles?

Dakho lo observó mientras el otro quitaba los candados.

—Apareciste en la oficina de la secretaria, dijiste una mentira y te dieron una llave. Así de fácil —le dijo incrédulo.

—En realidad, la engañé para que me la prestara y le saqué una copia.

—Bueno, eso tiene más sentido, viniendo de ti.

El área de natación estaba casi abandonada; no era un secreto

para nadie que los fondos de la escuela, entre los programas académicos de intercambio y el equipo de béisbol, no dejaban mucho presupuesto para apoyar al resto de clubes que tenían como propuesta, ni siquiera le daban mantenimiento a la piscina, y de no ser porque uno que otro estudiante todavía se interesaba en el arte, el auditorio estaría igual de descuidado.

Entraron empujando el carrito lleno de chatarra y lo dejaron a un lado. Taylor tenía la intención de llenar la piscina, pero las hojas secas de los árboles estaban por todo el lugar. Además, antes de comenzar con su experimento debía hacer la armazón de su bobina y pararrayos. Ojalá hubiese dos copias de sí mismo que lo ayudaran.

Puso ambas manos en su cintura y suspiró profundamente mirando a su alrededor. No era mucho, pero también era todo lo que tenía para comenzar. Tomó uno de sus empíricos planos y lo extendió en el suelo para revisarlo, pero el sonido de las ruedas sobre el asfalto exterior llamó la atención de ambos.

$$V = I \times R \qquad\qquad I = V/R$$

Augustus Moon se acercaba a velocidad sobre su patineta. Vestía pantalones cortos anchos y la gorra hacia atrás, también con su mochila en la espalda.

Se detuvo al llegar a la entrada, entonces levantó su patineta y se la colocó bajo el brazo.

—¡Viniste! —dijo Taylor, animado al verlo.

—Dijiste que era importante. Ten —se quitó la mochila—, aquí está lo que me pediste.

—Genial, yo traje el compresor de pintura que tomé del almacén de herramientas el otro día.

Dakho los observó. Él no sabía que Haru los ayudaría ese día; es decir, era genial, pero le resultaba extraño lo fácil que parecían haberse conectado. Ahora que él había debutado como la superestrella, pasaba demasiado tiempo con Sean Grace y el resto

del equipo, tanto como Taylor y Haru juntos. ¿Se sentía desplazado? Quizás un poco.

—Bien —intervino en su plática—. ¿Qué se supone que vamos a hacer?

Taylor le sonrió ajeno a sus pensamientos estúpidos.

—Necesito soldar varias láminas de metal en la punta de estos parales —dijo señalando los tubos metálicos que rodeaban la piscina, los cuales tenían luces y unas pequeñas banderas.

—¿Y cómo hacemos eso?

—Oh, para eso es el soplete —agregó Haru—. Ese es mi trabajo, lo estuve ayudando a dibujar los planos, así voy a hacer las uniones de metal mientras él hace el cableado, aunque en realidad no tengo suficientes metros de alambre para comenzar.

No entendía por qué se sentía molesto, el chico era tan inteligente como Taylor, además de hábil, y, en el fondo, parecía que no podía seguirles el paso intelectualmente. A=C/S

—Okey... ¿Y yo?

—Encárgate de limpiar la piscina —dijo Taylor sin dirigirle la mirada.

Dakho = -1

Dakho alzó las cejas ofendido. Si ellos eran el cerebro, eso hacía de Dakho... ¿la fuerza? La fuerza bruta, de hecho. Asintió con desdén y se alejó para tomar un balde y una escoba de entre las cosas de su carreta. El sol de mediodía comenzó a resplandecer sobre sus hombros; él barría las hojas desde el interior de la piscina mientras las guardaba en una bolsa plástica a la vez que dejaba caer un poco de agua en las baldosas para quitar la mugre y los veía medir los tubos en el exterior. Sus actitudes eran volátiles, y aunque quería ser racional, también quería atención.

Taylor levantaba la cabeza constantemente para mirarlo, y él, al estar consciente de eso, mojó un poco sus manos y las pasó por su cabello. Taylor lo miraba de soslayo, atento a sus movimientos

mientras sujetaba un trozo de metal para unirlo a la reja. Dakho estiró sus brazos y cuando supo que estaba siendo observado se levantó la camisa hasta quitársela. Estaba sudando, así que utilizó la tela para secarse el rostro y luego la dejó caer en las baldosas. Después continuó limpiando con tranquilidad, silbando y mofándose un poco al sentir la mirada sobre su espalda.

Taylor lo observaba con disimulo y él sonreía malicioso mientras se mordía la lengua al verlo entrar en conflicto y con ganas de acercarse. Había descubierto que su estimado Taylor heterosexual del pasado tenía una extraña fijación por la espalda de los hombres, y en especial por la suya, así que dejarla al descubierto y flexionar sus omóplatos le resultaba bastante positivo cuando quería obtener algo de él.

—Kim... el cable, estás moviendo demasiado el cable. Kim, ¡oye, Kim! ¡Los ojos al frente!

Taylor regresó su vista al chico cuando lo llamó interrumpiendo su atención hacia Dakho que se secaba el abdomen mientras agitaba la cabeza.

—¿Qué te sucede?

—Idiota, harás que me queme la mano.

Taylor reaccionó al ver que por su culpa la unión estaba quedando torcida. Agitó la cabeza.

—Lo siento.

Haru se levantó y se restregó los ojos.

—Descuida, de todas formas, no puedo continuar, necesito más electrodos.

Taylor asintió buscando una solución, él tenía exactamente el equipo, y estaba tan distraído que ni siquiera lo trajo consigo.

—Tengo muchos en casa. ¿Podrías ir por ellos?

—¿Ir a tu casa? No, ni loco.

—No seas negativo. Tú tienes la patineta, volverás pronto, y a mí aún me falta cerrar el circuito con estaño.

—Está bien. —Haru bufó.

—La puerta del garaje está abierta, solo entra y búscalos en alguna de las repisas.

Dakho se había acercado un poco a ellos y ahora podía escuchar su conversación, pensando que quizás podían quedarse a solas mucho más tiempo del estimado. Haru tomó su gorra y su patineta del suelo y comenzó a caminar hacia la salida. Dakho lo alcanzó para decirle lo primero que se le ocurrió.

—Moon, ¿podrías traer los destornilladores amarillos de cruz también? Los olvidé en la mañana y creo que van a necesitarlos.

—Claro —le dijo lanzando su patineta al asfalto y poniendo sobre ella un pie antes de subirse—. Volveré pronto —terminó y se alejó.

«No lo creo», pensó.

Cuando estuvieron solos de nuevo, Taylor se paró detrás de él y le lanzó su camisa.

—Sé lo que haces, imbécil —le regañó mientras regresaba hacia sus labores.

Dakho soltó una risa burlona, atrapando la tela.

—¿De qué hablas?

—Ponte la camisa y deja de distraerme.

—No lo hice a propósito.

—Sí, claro. No pienses que soy estúpido, mejor ven aquí y ayúdame con esto.

Dakho caminó hacia él, feliz de retomar su papel de ayudante y se volvió a vestir.

—Deberíamos recalcar el hecho de que admites que te encanta verme.

—Soy alguien observador. ¿Qué tiene de raro?

—No contestaré a tu pregunta porque no te gustará la respuesta.

Dakho se mofaba constantemente de la aversión por sus impulsos, incluso cuando él mismo estaba luchando por las cosas que sus recuerdos le hacían sentir.

—Lo dice el chico que decidió que se aleja de mí sin razón.

—Uuh... esto se volvió personal. Actúas como mi esposo.

—No me molestes —le dijo apuntándolo con el soplete.

—Okey, okey. —Dakho alzó ambas manos—. No seas gruñón, pastelito.

—Cállate, sé que no eres honesto conmigo.

—Lo soy... ¿Qué quieres saber?

—Tus recuerdos nuevos. Has estado muy misterioso con ellos.

—Estoy caliente, deprimido y ahora tengo un trauma. ¿Algo más?

Dakho se rascó el cuello cuando Taylor lo ignoró para enrollar en cinta aislante un trozo de cable. Soltó aire pesadamente cuando decidió ceder tan solo un poco. Dio un paso al frente y llevó su mano hasta el mentón del chico dándole un leve toque.

—Es malo, ¿está bien? —le dijo serio.

—Dakho... —Su repentina seriedad le asustó, tanto como sus ojos enfocados en él y su toque suave.

—Si me dejo llevar terminarás igual que yo. Y tú no te mereces eso. ¿Lo entiendes?

—Deberías ser más condescendiente.

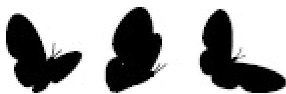
—No. Y lo peor es que estoy empezando a entender que soy mucho más peligroso para ti de lo que creía. Lo único que quiero es que nada te haga daño.

Taylor realmente quería comprender todo lo que le decía, pero era imposible cuando no conocía ni la mitad de las cosas que Dakho sentía y que, además, sabía.

Dakho le quitó un mechón de cabello de la frente, y en medio de la confusión del muchacho, le dio un pequeño beso en ese mismo lugar antes de sonreírle extrañamente. No. Kim definitivamente no entendía sus cambios de actitud, y aunque sabía que era información importante que debía archivar en sus hipótesis, optó por sonrojarse y acomodarse los anteojos, apenado.

—Deberíamos continuar. ¿Te parece? —dijo, refiriéndose a su máquina-monstruo en proceso.

Dakho asintió con una sonrisa y lo acompañó para seguir avanzando.



A un par de calles de la escuela, Augustus Moon había regresado a su vecindario para buscar los electrodos de soldadura que le hacían falta. Hizo una breve parada en su propia casa para tomar algunas otras cosas y luego avanzó a la casa de los Kim atento a su misión.

La puerta trasera del garaje estaba abierta, justo como Taylor dijo, así que entró con facilidad y en pocos minutos se vio a sí mismo buscando entre las repisas. Arrugó el ceño cuando su zapato tocó algo pegajoso en el suelo. Bajó la vista y se encontró con aceite de motor derramado y herramientas tiradas por todos lados. Le restó importancia y continuó buscando. Después de un rato, finalmente encontró lo que Taylor le había pedido y lo guardó en su mochila.

Bien, había logrado uno de sus objetivos, pero aún le hacían falta los destornilladores que no aparecían por ningún lado. Incluso había encontrado unos guantes para el calor que creyó podían servirles, pero no encontraba el jodido destornillador. Así que siguió buscando por todo el lugar. Luego de unos momentos alcanzó a ver una vieja caja metálica debajo de la estantería. Era el único lugar que le faltaba por revisar. Estaba muy lejos y su mano no llegaba hasta ella; estaba en el suelo y no vio a la persona que apareció desde la otra puerta.

Sean Grace regresó al garaje mientras se limpiaba las manos con una toalla. Ese auto estaba peor de lo que pensaba, ya había cambiado el aceite e intentado arreglar el motor, pero irremediablemente le hacía falta demasiado trabajo. Estaba sudando y bastante estresado como para tomar con calma al intruso rebuscando entre sus cosas.

—¡¿Quién eres?! —vociferó violentamente.

Moon levantó la cabeza de repente, golpeándose en el acto con una de las repisas.

—Auch… —musitó poniéndose de pie.

—¿April? —Su tono de voz se relajó al reconocerlo. Haru no dejaba que nadie lo llamara por ese nombre, pero esta vez no podría evitarlo—. ¿Qué haces en mi casa? —le preguntó Sean Grace, desafiante, mientras se recargaba de brazos cruzados en el marco de la puerta.

—Hola a ti también, cretino.

—Buenas tardes, Moon —lo saludó con una mirada burlona al verlo lastimarse—. ¿Qué haces en mi casa?

—Los chicos olvidaron un par de herramientas aquí, así que vine por ellas.

—¿Herramientas? —dijo extrañado—. Ellos sacaron muchas cosas de aquí en la mañana.

—Sí, metal y cosas para el calor —alzó los guantes frente a él para que los viera.

—Si ya las tienes, puedes irte.

—No, Dakho dijo que olvidó un juego de destornilladores, pero no los encuentro por ninguna parte.

—Eso es bastante específico —lo observó de arriba a abajo—, y lamento decepcionarte, pero no creo que estén aquí.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Taylor siempre lleva sus herramientas de bolsillo en su mochila. Ya sabes, destornillador, tornillos, cinta, pinzas… cosas así.

—Creo que se han equivocado.

—O solo querían deshacerse de ti.

Haru abrió los ojos al oír eso. Dakho había estado bastante extraño con él los últimos días. Y él, quien era un experto en sentir el hedor de los celos, lo entendió.

—Hijo de… —masculló pensando en Dakho—. Bien, gracias de todas formas —dijo y se dispuso a marcharse solo con los guantes en mano.

—Espera —lo llamó Sean Grace.

—¿Sí?

—Llévate algo de la cocina para que puedan merendar.

—¿Que haga qué cosa? —Parpadeó incrédulo.

—Esos dos idiotas ni siquiera se preocupan por sí mismos. Así que, si no te molesta, podrías llevar algo para que almuercen, supongo que tienen mucho trabajo hoy.

Por un momento sintió que Kim podría ser, si bien no una buena persona, al menos sí un buen hermano. Le juntó unas cosas de la cocina: algo para untar y unos panes para hacer sándwiches.

—Te preocupas por ellos, qué tierno —dijo Haru.

—¿Podrías dejar de juzgarme por cinco minutos, por favor?

—Y ahora usas las palabras mágicas. ¡Vaya! Me parece todo un avance.

A Haru le extrañó aquella actitud dócil. Seguro algo tramaba.

Y tenía razón. Sean en realidad no podía hablar de sus cosas con nadie, su hermano nunca le escuchaba y sus amigos del equipo tenían una nuez por cerebro, además de que haberse vanagloriado por años frente a ellos, tratando de mantener su imagen, no había sido de mucha ayuda. Sabía que era patético lo que estaba a punto de hacer, pero de todas formas lo hizo.

—¿Puedo pedirte un consejo? —dijo, tomando a Haru desprevenido.

—Supongo que sí. —Tragó saliva, él no era bueno con sentimientos y esas cosas; pero sabía que su antiguo amigo sí.

—¿Cómo logro que alguien me perdone?

El otro lo miró con seriedad y trató de escoger con cuidado sus palabras antes de responderle.

—Eso depende mucho de la persona a la que hayas lastimado.

—¿En qué sentido?

—Puede que sin importar la magnitud de tu error la persona decida perdonarte. Grande o pequeño, también influye lo que hagas para conseguir ese perdón.

—¿Como qué?

—Sé sincero. —La garganta le quemó, él intentaba no levantar mucho la vista concentrándose en llenar de mostaza el pan—. Discúlpate y espera lo mejor.

—Fui un idiota con SunHee, y en serio quiero que me perdone. No quiero que nuestra pelea se vuelva más grande de lo que es.

—Allí está tu primer error. Lo ves como algo sin importancia cuando puede que ella no lo vea así.

Sean Grace asintió prestando atención a sus palabras.

—¿Crees que debería ir a buscarla? —le preguntó mientras lo ayudaba a empacar los sándwiches en servilletas y plástico.

Haru suspiró agitando la cabeza cuando finalmente levantó su mirada.

—Creo que deberías hacerlo. Admitir que cometiste un error siempre es la mejor forma de demostrar cuánto quieres a alguien.

El mayor sonrió; se sentía más tranquilo ahora.

—Tienes razón —dijo poniéndose de pie—, iré a buscarla.

—Solo intenta no ser demasiado intenso, se nota demasiado que es la primera vez que alguien te interesa en serio.

—¿Es así de evidente? —Pasó una mano por su cuello, apenado.

—Acabas de pedirme un consejo a mí... y tú me odias.

—Oh, vamos, no es para tanto —dijo riendo genuinamente. Haru se sorprendió, hacía mucho tiempo que no lo escuchaba reír a su lado.

Sean Grace se agachó para buscar entre los compartimientos de abajo en la alacena. Sacó una pequeña canasta que guardaba en ella un mantel y la colocó sobre la mesa.

—¡Oye! —dijo Haru al reconocerla—. ¡Esa canasta es mía!

—¿En serio? Apareció entre las cosas del ático un día y mamá decidió quedársela.

—¿Cómo terminó aquí?

—No lo sé, supongo que debiste prestármela y yo lo olvidé o alguna tontería así. Llévatela, mamá estará muy apenada si se entera

de que se adueñó de ella.

Haru asintió cabizbajo, sin entender por qué se sentía de pronto tan molesto. Sean Grace ni siquiera lo recordaba.

—Genial... —masculló con pesadez—. Creo que será mejor que me vaya, los chicos deben estar esperándome.

—Sí, sí. Te acompaño a la salida.

Salieron de la cocina y avanzaron por la sala hasta la puerta principal.

«La chica es un ángel», pensó. «Logró convertir al idiota en alguien casi decente». Y luego recapacitó en quién era Kim en realidad, así que cuando la puerta se abrió, se volteó para encararlo.

—Kim... una cosa más. Si solo buscas jugar con ella ni siquiera te atrevas a buscarla. SunHee no se merece algo como eso, no merece tu hipocresía.

Pero sus cuestionamientos parecieron afectarlo.

—No estoy siendo hipócrita. Yo realmente quiero disculparme, quiero su perdón.

—Bien... aunque creo que ella no aguantaría tanto tiempo el rencor como tú la culpa.

—¿Y tú? —Sean Grace volteó a ver hacia el lado contrario.

—¿Yo qué?

—¿Cuánto tiempo más puedes soportar tu rencor hacia mí? —dijo con cierta crudeza.

—Es a ti a quien le encanta joderme la existencia. ¿No debería ser al revés?

—¿Tú me perdonaste? —soltó sin tapujos.

El semblante de Haru cambió.

—¿Alguna vez te disculpaste conmigo? —le preguntó sabiendo que nunca lo intentó, y que ni siquiera se preocupó por hacerlo.

—Yo...

—Allí tienes tu respuesta.

Finalmente dio un paso hacia atrás en la entrada para salir de la casa.

—No quise que terminara así, April, se me salió de las manos.

—No —endureció lo más que pudo su mirada—, no uses ese nombre. ¿Que se te salió de las manos? ¡No hiciste nada! ¡Absolutamente nada! Te quedaste viendo como el animal que eres mientras usabas a tu hermano como excusa.

—¡No fue mi culpa! No quería que le sucediera algo malo a él. Y tú ibas a arrastrarlo...

—Eres tan idiota que sigues pensando que yo... —se detuvo, esas cosas no eran buenas y él lo sabía, contuvo su respiración, calmándose—. ¿Sabes qué? No tiene sentido explicarle eso a alguien como tú.

Haru se dio la vuelta y salió abriéndose paso por el jardín aplastando un par de rosas de la entrada.

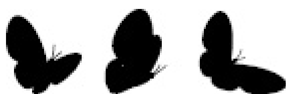
—¡Solo quiero llevar las cosas en paz! —le dijo Sean Grace desde la puerta.

Se permitió contestarle cuando casi llegaba a la acera, harto de Sean Grace, de sus memorias y de sí mismo.

—Aléjate de mí —le respondió antes de marcharse finalmente.

Por mucho que quisiera creer en la falsa bondad de Sean Grace, no podía. Porque sabía que, en el fondo, lo único que le interesaba era él mismo.

Cuando la historia retoma su curso, las tangentes deben obedecer al orden lógico de la realidad. Y seguir avanzando hasta chocar una y otra vez.



—Se ve bastante prometedor —dijo Taylor.

—Yo solo espero que el director no te obligue a quitarlo —comentó Dakho viendo la unión eléctrica alrededor del perímetro del área de natación.

—Me debe un favor, así que no creo.

—¿Qué clase de favor? —Alzó ambas cejas de forma sugerente, pero olvidó que Taylor... era Taylor.

—Le arreglé su declaración de impuestos, no es gran cosa.

—No sé por qué todavía me sorprende que todos tus amigos sean personas mayores.

—Tengo amigos de mi edad.

—Tienes exactamente dos amigos casi de tu edad, de los cuales Haru es mayor y yo vengo del futuro, así que...

—Son detalles.

—Bien, mejor sigamos hablando del hecho de que debimos construir esto en casa.

—No podía construirla en el jardín de mi casa, necesitaba la piscina.

—¿Tu máquina del tiempo?

—Mi máquina del tiempo. Aunque aún me falta mucho estudio para construir un capacitor de flujos.

—¿Dónde he escuchado eso antes? —dijo, intentando recordar por qué le resultaba tan familiar todo eso.

—No lo sé. ¿Una película? ¿Un libro?

Dakho se quedó quieto intentando recordar, cuando una alegre tonada del año dos mil y tantos apreció frente a él.

—¡Como canción! Oh, por dios. —Emocionado por su repentino descubrimiento—. Si esto realmente funciona será como vivir en una de mis canciones favoritas.

Taylor sonrió sin entender de qué rayos hablaba.

—¿Qué canción?

D - Em - F#m - G - F#m - Em - F#m - G - F#m - A - G

—«Year 3000», de los primeros álbumes de los Jonas Brothers. Ya sabes, *«...He told me he built a time machine. Like one in a film I've seen, yeah»*. O bueno, creo que la canción original es de otra banda; pero como dices «son detalles».

—Te recuerdo que no entiendo tus referencias del futuro.

—Ni de bandas de chicos o pop en general. Porque eres un amargado.

—¡Lo estás haciendo de nuevo!

—*«Oops, I did it again...»*.

—¿Qué diablos, Dakho?

Él respondió, burlón, arrugando la nariz.

—Referencia a Britney Spears.

—Si no vas a explicarme, entonces cállate.

—Uy, qué agresivo te has vuelto. Aplicas al «*The old Taylor can't come to the phone right now. Why?*». —Kim ladeó la cabeza—. «*Oh, 'cause he's dead*».

—¿Yo dije eso alguna vez?

—Taylor Swift, sí. Me recuerdas a ella cuando te enojas.

—Me rindo, no entiendo nada.

—No te molestes conmigo, déjame ilustrarte, te pondré en contexto —aclaró su garganta—: las bandas de chicos están por todas las décadas. Los Backstreet Boys, por ejemplo, aparecen a finales de los noventa, y luego NSYNC. Ya sabes, son grupos de chicos que cantan y bailan.

—¿Y qué tienen de especial?

—No lo sé. Son guapos —dijo con gracia—, luego a inicios de los 2000 aparecen las bandas de punk rock, con toda esta onda rockera que viene desde los ochenta, pero ahora más alternativa, pero explicar eso sería irme hacia un lado mucho más extenso con My Chemical Romance o los All Time Low, bandas con un estilo propio, mucho más estético, pero integradas por verdaderos músicos. Y bueno, al mezclar a una banda de chicos guapos comerciales con instrumentos aparecieron los Jonas Brothers, la banda de la que estaba hablándote.

—Okey... Esa fue demasiada teoría para mí.

—No eres el único chico listo por aquí.

—¿Y qué pasó con ellos?

—Vivieron el sueño y decidieron retirarse por algún tiempo. Luego surgió otra banda de chicos, One Direction, en 2010. Y bueno, aquí estamos superando su separación.

—¿La separación de los Jonas Brothers o de One Direction?

—De ambas bandas.

Taylor parpadeó confundido. ¿Dakho acaba de hacerle una cronología de cosas que pasarían y de las que probablemente no debía hablar? Sí. ¿Le había entendido? No. ¿Le encantaba oírlo

hablar? Definitivamente.

—Tendrás que anotarme todo eso porque me perdí después de la segunda banda.

—Te lo explicaré con más calma luego. Aunque creo que estoy considerando ir a Reino Unido solamente para asegurarme de que nazca Harry Styles.

—¿Y él es hermano de los Jonas?

—No, él es de One Direction.

—¿No eran lo mismo?

—¡No, Jesús, no! ¿Cómo te atreves?

—¡Son muchos nombres!

—Mi Harry Styles es como tu Mick Jagger joven.

—Él era lindo.

—Te encantaría, lo sé.

—No tanto como David Bowie.

—¿Estás diciendo en voz alta que tienes un platónico con él?

Taylor suspiró mientras negaba. No tenía sentido mentirle a Dakho.

—Es mejor que guardes silencio, me distraes —le dijo intentando cambiar de tema.

—Oh, sí, claro. Sigue con tus cosas científicas. Ignórame.

Taylor se burló de él con una gran sonrisa y luego le dio la espalda para seguir atornillando la placa de metal en el poste del alumbrado alrededor de la piscina.

—Pásame el destornillador —le dijo.

—Ten, idiota.

Dakho entrecerró los ojos. El tonto Taylor era muchísimo más adolescente de lo que le gustaba demostrar. Le pasó el destornillador que había solicitado y luego alzó la vista hacia la reja de la entrada en donde la silueta de Haru regresó acompañada de una canasta y más cajas.

—¡Moon! Creí que no regresarías —le dijo Taylor al verlo.

—Sí, ¿por qué tardaste tanto? —preguntó Dakho.

—Hice una parada para traer el almuerzo... —Había tenido que regresar a su propia casa para lavarse el rostro—. No sé ustedes, pero yo estoy muriendo del hambre.

—También yo —secundó Dakho, que parecía algo molesto—. ¿Necesitas ayuda con eso?

Dakho sacó de la canasta una pequeña manta y la extendió en el piso. Mientras, Haru le pasó a Taylor los electrodos y los guantes para soldar las piezas que le faltaban. Habían logrado avanzar muchísimo, y aunque aún les faltaban piezas, Taylor comenzaba a pensar que realmente tenían una oportunidad de lograr algo importante.

Los tres terminaron sentados a orillas de la piscina vacía mientras el cielo se tornaba oscuro, cada uno con un sándwich en la mano, mientras analizaban el progreso del día. A Dakho en realidad le hacía mucho más feliz el hecho de que Haru haya intentado rellenar su emparedado con tomate y mostaza que el avance del proyecto; también le hacía sentirse culpable por haber intentado deshacerse de él.

Se sentía feliz, nunca había tenido amigos que se preocupasen por él o que le diesen importancia a lo que decía. La soledad era buena, pero comenzaba a acostumbrarse a la compañía de los muchachos.

Ni siquiera estaba prestando atención, y lo hizo hasta que la conversación de los chicos lo hizo reaccionar. O más bien, era la vibra que transmitían. Augustus Moon era su amigo ahora, pero por alguna razón no podía dejar de pensar en lo mucho que parecía enfocarse más en Taylor que en él. Taylor le hablaba sobre su experimento mientras le enseñaba las notas de su libreta y reían. Su cercanía lo llenó de un sentimiento que podría llamar celos, pero que en realidad no estaba seguro de qué era.

—Como sea, aún necesito metros de cableado y el imán.

—Cierto. Deberíamos pensar en cómo conseguir las entradas del concierto. Es en un par de días, ¿no?

—Sí.

Dakho aclaró la garganta interviniendo después de haber pasado un largo rato callado.

—No tenemos dinero para eso. ¿No podemos simplemente colarnos y ya?

Haru volteó a ver a Dakho con extrañeza.

—Por supuesto que no.

—Bueno... De hecho, ese es el plan —declaró Taylor—. Literalmente iremos a robar, Moon. Hazte la idea de que somos delincuentes.

—Ni siquiera entiendo al cien por ciento esto de la máquina del tiempo, pero supongo que si es necesario...

—Sobre eso... —dijo Taylor levantándose del suelo.

Los dos muchachos se miraron confundidos por su repentina reacción al verlo caminar alrededor de la piscina conectando los cables entre los parales. El cielo se había terminado de teñir de negro y era el momento preciso para comenzar a probar su trabajo.

—¿Qué crees que haces? —dijo Dakho al verlo.

—Quiero enseñarles algo. Es tiempo de saber si desperdicié mi día o qué tan equivocado estoy.

—¿No es un poco pronto?

—Es solo la base, ya verás.

—No te fatigues —dijo Haru—, acabas de comenzar a construir. Está bien si no funciona.

—¿Qué insinúan?

Taylor tenía dos cables en las manos, unidos a la iluminación exterior de la piscina. Luego bajó al interior de esta para dejar la batería del auto en el centro.

—Que eres un lunático —dijo Dakho sin dejar de verlo. Haru asintió, con miedo.

—Lunático es sinónimo de genio, querido.

Taylor soltó una risa traviesa que asustó a Dakho por un segundo antes de hacer que las luces chispearan. Conectó dos cables y la

iluminación entera del lugar se apagó concentrándose en los cuatro parales alrededor de la piscina. Un pequeño rayo de electricidad rebotó en el centro de la caja hacia sus cuatro lados, uniéndose así en un círculo eléctrico cuya intensidad era manejable y cuyo voltaje no era mortal.

Dakho se levantó del suelo para seguirlo.

—Me encanta cuando actúas como desquiciado —le dijo cuando la luz reflejada en sus anteojos y su sonrisa se burlaron de su incredulidad.

—Lo sé.

El lugar y el momento exacto. La inteligencia de Taylor despertaba su admiración, pero más que eso, la luz que emanaba del chico lo cautivaba en todos los sentidos. Le hacía pensar que haber caído dentro del lago en realidad no había sido tan malo como pensaba.

—Podríamos lograrlo... realmente podríamos...

—Te dije que te llevaría de regreso a casa y voy a cumplirlo.

Dakho tragó pesadamente. Un pequeño «Gracias» se convirtió en lo único que fue capaz de esbozar cuando se dio cuenta de que estaba empezando a amar el lugar. Comenzaba a sentirse vivo allí.

Taylor le sonrió orgulloso y desconectó los dos cables que tenía en su poder. Entonces intentó enrollarlos alrededor de la cerca para ocultarlos.

—Chicos —llamó Haru—, creo que es hora de marcharnos —dijo para luego comenzar a levantar la basura del piso.

—Terminen de limpiar aquí —pidió Taylor tomando el soplete —, yo iré a devolver esto al armario de mantenimiento.

Cuando se quedaron solos, Haru fue el primero en hablar. No iba a ignorar que lo había mandado a buscar un destornillador falso solo para sacarlo de su camino.

—Eres un perro alfa celoso, ¿eh, Dakho?

—¿Perdón?

—No entiendo lo que sucede entre Kim y tú, pero, si no estás

consciente de lo que estás causando en él, eres un verdadero idiota. Pero hacerme perder el tiempo así… vaya.

—¿Cómo dices? No tengo celos de ti. Y tú, ¿no te parece que estás algo obsesionado con Taylor?

—¿Qué? ¡No! ¿Acaso no me escuchas? Sabes qué, olvídalo.

Se dio la vuelta, dispuesto a marcharse. Esta conversación no tenía sentido.

—Lo siento. No quise ser grosero, espera.

—No importa. En realidad, no iba a regresar, entendí que querían su espacio, pero necesitaba hablar con alguien. Pensé que tal vez tú podrías ayudarme.

—¿Qué sucede?

Había comenzado a cuestionarse un par de cosas desde hacía semanas; esa tarde en el garaje lo hizo pensar aún más y aunque necesitaba sacarlo no podía, nunca podría.

—Quizás después. Es tarde y tuve un día difícil.

—Haru…

—Estamos bien, ¿sí? —sonrió cansado—. Te veré el lunes.

Hizo un gesto rápido con las manos antes de guardarlas en los bolsillos de su chaqueta, mientras se llevaba consigo su canasta y caminaba hacia la salida. Dakho permaneció callado y confundido, mirando su silueta alejarse hasta que desapareció.

Taylor regresó y volvieron a casa en completo silencio. Dakho estaba sumido en sus pensamientos. Odiaba muchas de las actitudes que tomaba, y simplemente no entendía cómo era tan impulsivo y egocéntrico a veces. Ni siquiera durante la cena pudo prestar atención. Tan pronto como terminó la comida fue a sentarse en el balcón de la habitación.

—Dakho… —dijo Taylor cuando lo alcanzó en la habitación; ya la noche estaba en su cúspide—. ¿Todo bien? —Al no obtener respuesta, se acercó con lentitud y se sentó junto a él en la ventana.

—No lo sé.

—¿Los recuerdos de nuevo?

—No, están lejos cuando estoy consciente.

—Entonces no busques atormentarte; es tarde, ven a dormir.

—No puedo, no quiero volver a ellos. Y si vuelvo a soñar lo haré.

—Me parece que has estado perdido todo el día...

—A veces siento que estoy en automático.

—Es la ansiedad, es algo imposible de evitar. Lo sabes.

—Sí, pero...

—¿Pero...?

—¿Alguna vez te has sentido como si todo lo que hicieras fuera un error? —Soltó sin saber si sonaba tan mal en voz alta como en su cabeza—. Como si fueras incapaz de actuar con lógica.

—Tengo la sensación de que me has preguntado esto antes.

—Suena estúpido... lo siento.

La forma tan compleja de la situación de Dakho no era lo que le fascinaba de él, no, el hecho de que viniera del futuro no le asombraba tanto como su cercanía. Porque él, quien nunca pudo ser cercano a nadie, se sentía abrumado ante tantas emociones ajenas.

Dakho se mordía el labio inferior cuando algo le inquietaba, sus cejas caían mostrando un perfecto ceño fruncido contrario a sus grandes ojos oscuros abiertos con temor. La noche y la discusión con su amigo habían sido suficientes para descompensar su poca estabilidad emocional. Además, tenía miedo de volver a cerrar los ojos.

—¿Qué fue lo que viste? —preguntó Taylor.

—No se trata de lo que vi, sino de lo que sentí. Algo está muy dañado dentro de mi cabeza.

—No es solo un recuerdo...

—Son miles. Casi ninguno es claro y los pocos que lo son, se vuelven tan reales que me dan arcadas.

—Tienes que entenderlos antes de poder dominarlos. Uno a uno.

Dakho bajó la cabeza. No entendía de dónde brotaba tanta

vulnerabilidad. Peor aún, porque le hacía cuestionarse si alguna vez tuvo un sueño bueno o quizás alguna clase de aspiración. Porque, en sus visiones, su realidad lucía cada vez más desolada.

Le hacía preguntarse «¿Quién soy en realidad?» en voz alta.

Taylor sonrió; se acomodó sus anteojos ladeando la cabeza.

—Eso es algo que solo tú puedes responder.

—¿En serio lo crees?

—Claro, al final todos necesitamos encontrar un significado para nuestras vidas.

—¿Tú tienes uno?

Taylor se quedó en silencio. ¿Su vida tenía algún propósito? Y cuando no pudo responderse, algo le gritó que nunca había tenido un propósito que le apasionara tanto como la aparición de Dakho.

—No —le dijo— también soy un fracasado sin futuro.

Dakho sonrió cuando el chico llegó a la misma conclusión que él.

—Escucha, esto va a hacerme sonar como un tonto, pero me gusta que estés tan jodido como yo.

—Es una forma muy extraña de decir que te gusto.

—Eso es malo, ¿cierto? —dijo bajando la cabeza, apenado. Taylor colocó su mano sobre el hombro.

—¿Por qué tendría que serlo? —le dijo.

—¿No vas a darme un sermón extraño para que deje de ser raro?

—No debería.

—Ah, ¿no? ¿Por qué?

Taylor exhaló con fuerza y apretó los ojos. No tenía ni idea de dónde había sacado la motivación para decirle:

—No lo sé, porque tú también me gustas, supongo.

—¿De una forma amistosa o de una forma pecadora? —bromeó alzando las cejas, a lo que recibió un pequeño golpe en la frente—. ¡Eh! ¿Qué dije de malo?

—No me presiones, Dakho —dijo. Escucharlo animarse le había regresado la tranquilidad, aunque sea por unos instantes.

—Decir que te gusto no es muy heterosexual de tu parte. ¿Cómo vas con ese segmento de tu investigación?

Taylor se ahogó con su propia saliva.

—¿Mi investigación...? —Entonces abrió los ojos, molesto, recordando un par de enunciados que escribió semanas atrás—. ¡¿Volviste a leer mi libreta, idiota?!

—¡Lo siento! Tenía curiosidad. Se la prestaste a Haru y no a mí. Sé que estuvo mal, lo lamento.

Algunas veces Dakho era tan maduro y profundo, y otras solo un niño pequeño.

—Está bien —dijo suspirando—, pero la próxima vez que lo hagas dormirás afuera.

—Eres cruel, algo está fallando aquí arriba. —Dakho le dio dos pequeños toques a la frente del muchacho.

—Cállate, estamos intentando arreglar tu cabeza, no la mía.

—Oh, no. Eso no tiene arreglo, a este paso terminaré por darme un tiro.

—¿Por qué siempre piensas en cosas así? Es decir, creo que todos tenemos pensamientos como esos, pero tú lo llevas a otro nivel.

Dakho alzó una ceja, curioso; ese «todos» incluía a Taylor, y en realidad no se lo esperaba.

—No lo sé... es solo que por mucho tiempo pensé en la muerte como una solución a mis problemas y ahora... solamente se ve más claro —dijo.

—Se llaman pensamientos intrusivos y son un reflejo de lo que pasa en nuestra cabeza. La realidad apesta, pero muchas de las cosas que pasan aquí —dio dos toques suaves en la sien del muchacho— no son reales. Incluso la mitad de tus memorias no son reales aún.

—Esos pensamientos de mierda me hacen creer que desperdicié un día importante para ti con mis problemas. Temo que estés desperdiciando tu vida por intentar ayudarme.

Taylor rio sin conocer el trasfondo de sus palabras.

—Oh, vamos. Me divertí mucho contigo hoy.

—Sí, claro. Tú hiciste cosas científicas mientras me hacías limpiar la piscina sin camisa.

—Yo te pedí que limpiaras, tú te quitaste la ropa, eso ya no es asunto mío.

—Pero te gustó, ¿cierto?

Taylor se quejó poco convincentemente. Dakho meditó un par de segundos si debía preguntarle lo que quería saber, pero, si Taylor se la pasaba indagando en su mente, significaba que era justo que él hiciera lo mismo.

—Taylor —dijo con seriedad—, si supieras que morirás, si supieras que no te queda mucho tiempo... ¿qué harías?

—Tu pregunta está mal formulada. —Dakho alzó una ceja—. El conflicto real está en el «cuándo» lo haré. Sé que moriré. Todos lo haremos, es natural.

—Bien, señor sabelotodo. ¿Qué harías si supieras que mañana es tu último día?

El chico se quedó callado. Nunca se había detenido a pensar en algo como eso por tanto tiempo.

—Si las dimensiones físicas no me limitaran, creo que... —negó con la cabeza— saldría a maldecir y a pintar las calles.

Dakho dejó escapar una pequeña sonrisa.

—¿Qué cosa?

—Yo quería ser pintor, mis padres nunca me dejaron pintar dentro de la casa y creo que con el tiempo lo fui olvidando. Últimamente he pasado tanto tiempo con ustedes que comencé a recordar lo mucho que amaba ser así.

—¿Ser cómo?

—Creativo, supongo. Así que sí, eso, llenaría cada rincón del maldito condado Mariposa con pintura de colores.

—Eso es hermoso. Dime más.

La mente de Dakho estaba desesperada por desaparecer; mientras que la de Taylor gritaba por sentir.

—Comería hasta desmayarme, me haría un tatuaje, me afeitaría

la cabeza e iría a la casa del alcalde a gritarle que su administración apesta.

—Un liberal, ¿eh? Mi pequeño Kim es todo un vándalo en su interior. Espero que te hagas un mohicano.

—Creo que mejor reconsideraré lo de raparme —se burló.

—Si quieres hacerlo, hazlo. No te juzgaré, soy una persona que ha tenido la cabeza de todos colores, pero el tinte no me dura más de tres semanas porque mi cabello es tan oscuro que las raíces vuelven a aparecer.

—¿Cómo rayos es que aún tienes cabello?

—Supongo que podré borrar «ser calvo» de la lista de cosas que pasarán antes de que muera.

Taylor rio y luego lentamente se quedó en silencio cuando la pregunta lo golpeó con más fuerza, más allá de su euforia.

—Si fuera mi último día —dijo con voz trémula— correría kilómetros por la carretera hasta que...

—¿Que...? —No pudo continuar, la voz de Taylor lo detuvo.

—Hasta ser capaz de dejar de llorar —tragó con fuerza—. Llegaría al borde del acantilado y luego solo —hizo una pausa para contener su aliento— me dejaría caer en el lago desde lo alto cuando la hora llegara.

—¿Por qué harías algo así? —Incrédulo de sus intenciones, al parecer, él no era el único que había fantaseado con desaparecer antes.

—Soy un controlador de primera. Y es mi muerte, tengo derecho a decidir sobre ella, ¿o no?

—La idea de controlar el universo es bastante ambigua y narcisista.

Quiso ocultar su temor con un mal chiste. Sabía que las palabras de Taylor estaban llenas de historias escondidas de las que era incapaz de preguntar. ¿Y si la pregunta no era «qué» terminó con la vida de Taylor, sino «quién»? Entonces, se asustó al encontrar una gran cantidad de nombres en esa lista, pero principalmente el suyo

e incluso el de Taylor.

—Venga, deja de pensar en tonterías —Taylor le golpeó el hombro ligeramente—. Somos demasiado jóvenes para morir.

—Lo somos, ¿no es así? —le dijo tragándose el nudo que se formó en su garganta—. Pienso que tal vez... deberíamos empezar a vivir como si...

—¿Como si fuera nuestro último día? —se burló.

—Como si fuera nuestra última noche.

Taylor alzó el meñique frente a él y acercó su mano a la del muchacho.

—Prométeme que no vas a olvidarme —dijo sin dejar de verlo.

Dakho tragó en seco. ¿A dónde iba todo esto? Su corazón tembló cuando se percató de que estaba frente a la única persona con la que se había sentido real en años. Era un humano en busca de algo a lo que se aferró sin saberlo.

—Lo prometo —le aseguró alzando su propio meñique y se desgarró con fuerza su alma al leer lo que estaba implícito en sus ojos—. Pero tienes que hacer algo por mí.

Devoción u obsesión, no lo sabía. Dakho no tenía palabras para definir lo que sentía cuando sonrió ante una promesa de la cual no tenía certeza, pero le gustaba. Y de unos ojos que brillaban mirándolo únicamente a él.

—¿Qué cosa? —preguntó Taylor, iluso, inocente mientras entrelazaban sus dedos.

—Si alguna vez sientes deseos de saltar hacia el acantilado, debes prometerme que te quedarás en la orilla.

—No entiendo lo que quieres decir, Dakho.

—Solo prométtelo. Lo entenderás algún día.

Taylor tragó con fuerza, era lo suficientemente inteligente como para saber que estaba escondiéndole algo.

—Lo prometo —declaró con tal seguridad que logró hacerlo flaquear.

—No lo olvides —le dijo. Y en medio del silencio, pudo escuchar

a Taylor aclarar su garganta antes de hacerle otra pregunta.

—¿Qué hay de ti? ¿Qué quieres hacer antes de morir?

Dakho sonrió ante su curiosidad; estaba cautivo, preso en él y en el nexo que tenían. Y aunque en medio de sus recuerdos intentaba comparar cada sensación con la calidez del chico, no había nada que se le pareciera.

—Quiero ser especial —confesó Dakho.

Taylor dejó escapar una pequeña risa que logró avergonzarlo por un segundo cuando le dio un ligero empujón.

—Me parece que puedes borrar eso de tu lista.

—¿Puedo? —Alzó una ceja en dirección a Taylor.

—Oye, superestrella —se burló de él con suave voz—, no tienes ni idea de lo especial que eres para mí.

Dakho extendió su brazo para tocar con suavidad el cabello de Taylor y luego deslizarlo por su mejilla con miedo. Era demasiado estúpido para él aferrarse de esa forma a un sentimiento que sabía era incapaz de prosperar; pero cuando estaba frente a él, ni su futuro ni su pasado eran relevantes, lo único que le importaba era el presente.

—Quiero aprender a andar en bicicleta —declaró rompiendo el silencio que se había formado—. Es la siguiente cosa en mi lista —explicó Dakho levantándose del balcón repentinamente.

—Oh, no. Creo que sé a dónde va esto y quiero que sepas que es demasiado tarde para... —Dakho había comenzado a vestirse, y para callarlo, le lanzó un pantalón a la cabeza—. No te importa, ¿verdad?

—No. Así que levántate y sígueme.

—Yo y mi gran boca —dijo más para sí mismo cuando cayó en cuenta de que una sola palabra era capaz de hacer que Dakho tuviera ideas extrañas. Pero allí estaba él, levantándose para seguirlo.

Taylor chasqueó con la lengua mientras se ponía de pie y buscaba sus anteojos.

—Toma tu mochila y no hagas ruido —dijo Dakho, tirando del

brazo del chico para que lo siguiera.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Hace mucho que no salimos por la noche. —Dakho caminó hacia el garaje y empujó la bicicleta de Taylor hacia la puerta.

Se escabulleron por el jardín hasta llegar a la acera. Dakho caminaba rápidamente jalando al chico para hacerlo caminar a su ritmo.

—No me molestes.

—Te he corrompido.

—No lo suficiente, aún no entiendo tu afán por salir de casa por la noche.

—Ni yo, pero es un viejo hábito aparentemente. Cuando no puedo dormir, necesito aire fresco.

—¿Solías hacer esto antes?

—Eso creo. Además, tuve un par de ideas y no puedo sacarlas de mi cabeza. Tampoco tengo mucho tiempo para postergarlas.

Avanzaron un par de casas. Taylor miró con curiosidad a Dakho cuando se inclinó frente a la casa de los Moon, levantó una piedra y la lanzó hacia la casa.

—¡¿Qué rayos crees que haces?! —le dijo cuando tomó otra y volvió a lanzarla, esta vez golpeando en la ventana.

—Si existieran los mensajes de texto o el internet no tendría que hacer esto. Créeme.

Lanzó una piedra más, luego la ventana se abrió y de ella emergió un ente adormitado y visiblemente molesto.

—Buenas noches, señora. ¿Haru está en casa? —dijo, burlándose al ver a su amigo desde el balcón con una liga sujetando su cabello y un pijama rojo.

—Por un demonio, Dakho. ¿Sabes qué hora es? ¿Qué quieren?

—¡Vine a pedirte perdón!

—Maldición, ¿no podías esperar a que amaneciera?

Taylor los observaba intrigado; no sabía de qué se había perdido entre esos dos, pero le encantaba la escena de un Dakho arrodillado

en la grama y de Moon maldiciendo desde su habitación.

—¡En realidad no!

—Te dije que estamos bien. —Nunca había sido capaz de ser cruel—. Ya lo olvidé; ahora, váyanse y déjenme dormir.

—¡Espera!

—¡¿Ahora que?!

—Necesitamos pintura, y supuse que tú tendrías así que...

—Es casi medianoche. ¿Para qué la necesitan?

—¿Tienes pintura o no? —le dijo desafiante.

Haru le mostró el dedo del medio desde lo alto y luego se alejó de la ventana.

—¿Tú crees que se haya enojado? —le preguntó Taylor sin entender bien por qué estaban allí a esa hora ni por que le había hecho sacar su bicicleta si ni siquiera se acercaba a ella.

—No lo sé, hay que esperar —dijo encogiéndose de hombros.

La luz de la habitación se encendió y pasados unos minutos en los que los dos chicos esperaron a la expectativa, la puerta principal se abrió revelando a su amigo molesto y con una bolsa de plástico negro en la mano.

—No voy a preguntar para qué la quieren, así que tómenla y lárguense de aquí —dijo extendiendo una bolsa frente a ellos.

Dakho la tomó sin poder borrar la sonrisa burlona de su rostro. Sus ánimos habían vuelto.

—No quiero ser indiscreto, pero ¿qué llevas puesto? —Abrió la mochila y comenzó a guardar las latas que le habían entregado—. Se ve muy suave y fresca por abajo.

—Se llama seda y estoy seguro de que tu piel no sería capaz de apreciarla.

—No, pero creo que también quiero un camisón de esos —admitió Taylor en voz alta riendo.

—¡No es un camisón!

—Lamentamos haber interrumpido tu sueño reparador —dijo Dakho.

—Sí, sí; cómo no. Fuera de aquí, par de idiotas, déjenme dormir —les dijo antes de despedirse con la mano y cerrar la puerta en sus caras.

—Vaya, parece que alguien tiene el sueño pesado.

—Lo sé. Recuérdame pedirle que nos haga unas pijamas como esas.

—Lo tendré presente.

Ambos caminaron por la acera, alejándose de la casa.

—¿Para qué necesitamos la pintura? —preguntó Taylor.

Dakho sonrió complacido al notar que lo que Haru le había entregado eran latas de aerosol. Sacó una de la mochila y la agitó diciendo:

—¿Acaso no es obvio? Vamos a pintar la ciudad.

—¿Qué hay de la bicicleta? ¿Realmente quieres aprender?

—¡Lo haré! Algún día... Pero por ahora no planeo recorrer el pueblo corriendo, así que conduce, llévanos al centro.

—Eres un cobarde —se burló sabiendo demasiado bien que Dakho le tenía mucho miedo a caerse como para intentarlo. Y que sus excusas eran tontas.

—Lo sé —dijo con una gran y tierna sonrisa.

Taylor subió a la bicicleta y Dakho se situó de pie sobre los tubos de la rueda trasera, sosteniéndose con ambas manos de los hombros de su compañero.

La fresca brisa de la noche golpeaba en sus rostros con fuerza llenándolos de ansias y de energía mientras se movían cuesta abajo hasta llegar a la carretera que los llevaba de camino al centro. Habían aprendido a aprovechar cada minuto del día y de las noches que el universo decidió permitirles estar juntos. Se detuvieron cuando la zona residencial se acabó, justo en frente de la alcaldía.

Dakho buscó en el interior de la mochila dos latas, destapó la primera y presionándola, hizo una línea de color verde por sobre una pobre pared de ladrillos detrás de él; mientras reía, comenzó a dibujar una pequeña flor en ella, seguida de líneas a su alrededor.

—¿Qué esperas? —le dijo a Taylor extendiendo hacia él la segunda lata—. Este es tu deseo.

Taylor parpadeó incrédulo. ¿Realmente le había dado importancia a su conversación? Había sido algo muy estúpido, pero allí estaba, intentando hacerlo realidad. Debió prestar atención a la culpabilidad del chico, pero ante sus ojos llenos de ilusión fue incapaz de racionar los verdaderos motivos.

Dakho solo quería enseñarle la vida de una forma que valiera la pena recordar y que sabía que no llegaría a tener. Estaba seguro de que se la merecía más que cualquier persona en el mundo. Incluso más que sí mismo. O quizás, simplemente había comenzado a adorar hacerlo feliz porque aceptaba que su sonrisa lo llenaba de una paz que por mucho tiempo había buscado.

Taylor tomó una lata y sonrió cuando la tapa cayó al suelo, luego comenzó a llenar de espirales azules la pared, sin importarle que sus garabatos no tuvieran ningún sentido. Alzó la ceja cuando Dakho se alejó ligeramente de él, lo vio subir rápido el graderío de la entrada y comenzar a pintar sobre los escalones.

—«Tyler estuvo aquí» —leyó en voz alta, entrecerrando los ojos.

—¡Lo siento! ¡Tenía que hacerlo! —se excusó mientras seguía garabateando por encima de las estatuillas blancas y las paredes de alrededor.

—Ja, ja, ja. Muy gracioso. Se supone que debíamos escribir algo más profundo que eso.

—Hazlo —lo motivó asintiendo con la cabeza.

Taylor lo meditó por un par de segundos y finalmente se animó a subir el graderío para pararse frente a la puerta de la alcaldía.

Tomó el aerosol rojo de la mochila y con esmero escribió lo primero que vino a su mente en la blanca pared principal.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Dakho cuando pareció haber terminado.

—«Ningún futuro es real» —leyó ahora Dakho—. Me gusta, pero no lo entiendo. ¿Por qué?

—Pienso que, si alguna vez el futuro luce mal, puedo recordar que existen miles de posibilidades de cambiar mi destino.

Dakho se alejó de él suspirando y pasó una mano por su propio rostro. El tiempo es una ilusión del humano. Es la continuidad de la vida y de los pocos instantes en los que somos conscientes de los años que han pasado.

—Entonces creo que tu frase está incompleta. —Dakho agitó otra lata y se acercó para escribir más abajo: «Ningún futuro es real si elijo quedarme en el presente».

Taylor estuvo a punto de leer la frase completa cuando una luz se encendió directamente hacia ellos seguida de una voz que los interrumpió.

—¡Ustedes dos! ¡¿Qué creen que hacen?!

Ambos se miraron entre sí y huyeron corriendo, dejando la bicicleta tirada en la calle junto con la mochila. Uno de los vecinos había llamado a la Policía después de escuchar sus risas y el estruendo.

—¡Alto, deténganse! —gritó el hombre corriendo detrás de ellos.

—Maldición... —masculló Dakho mientras intentaban esconderse entre los arbustos.

—Oh, Dios. Estamos jodidos —le dijo Taylor.

—No si no descubren que fuimos nosotros. Así que baja la voz, no olvides que esto no es precisamente legal.

—Olvidé que a esto de pintar las calles se le conoce como vandalismo. Soy tan tonto, en serio.

—Solo cállate, Taylor —le regañó.

—¿Qué hacemos?

—Corremos hacia los callejones y luego lo perdemos en el bosque. Sígueme, a las tres.

—Bien.

—Una... dos...

—¡Tres! —dijo el policía que ya los había localizado desde hacía un par de minutos.

Ambos apretaron los ojos al verse acorralados. Fueron requisados contra la patrulla con dureza y luego subieron sin resistirse. Pero al contrario de la preocupación de Dakho, Taylor comenzó a reírse escandalosamente cuando el viejo y gordo policía le empujó la cabeza hacia el interior del vehículo.

—Están en serios problemas, jovencitos —dijo el oficial al volante observándolos por el retrovisor.

Dakho volteó a ver a Taylor en busca de alguna señal de miedo, pero no la obtuvo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —respondió intentando no reír—. Demasiado sorprendido, de hecho, el idiota tenía razón.

—¿A qué te refieres?

Después de todo, parecía que Sean Grace tenía razón al decir que algún día terminarían en la comisaría.

—No es relevante —dijo—, como sea, parece que también puedo tachar «ser arrestado» de mi lista de deseos.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —Dakho rio.

—Supongo que no tengo miedo cuando estoy contigo.

—¿Y eso es bueno? —La franqueza en sus palabras le inspiró ternura. Él era más transparente de lo que imaginaba.

—No necesito saberlo.

Taylor negó con la cabeza. La vida siempre le había parecido más divertida cuando rompía las reglas, pero en especial, su existencia era mejor con Dakho a su lado.

Y todo lo demás, realmente no le importaba.

Porque hacía demasiado frío y estaba en la parte trasera de una patrulla. Porque sus padres y su hermano iban a matarlo y aun así era incapaz de dejar de sonreír. Porque estaba cansado de trabajar bajo el sol todo el día, pero accedió a vagar por la oscuridad de las calles. Porque esto era una locura y su parte libertina de todas formas quería besar a Dakho una y otra vez por ser tan idiota, por impulsarlo a hacer estupideces que nunca pensó que sería capaz de

hacer.

Sentirse iluso lo asustó.

Tenía la certeza de que estaba perdido en más de una forma.

Por él. Mierda.

Finnian Taylor y su latente homosexualidad:

Siempre me he sentido diferente, pero ahora no tengo idea de lo que quiero.

Creo que realmente quiero besarlo. Me gustaría saber si él piensa lo mismo... de mí. ¿Quién soy?

13.

3 de julio de 2019.
3 años, 3 meses y 3 días
después de...

Abrió los ojos repentinamente; el sonido del teléfono martillando sus tímpanos lo hizo sobresaltarse en la cama. Suspirando, volteó a ver a su lado derecho: estaba vacío. La luz del baño de la habitación estaba encendida por lo que supuso que su esposa estaba dentro.

El teléfono continuaba sonando, cogió el aparato con molestia. Era más de medianoche, ¿quién se atrevía a perturbar sus preciadas horas de sueño?

Presionó el botón verde y contestó con voz dura.

—¿Sí, diga?

—Buenas noches, ¿algún padre o encargado del joven Han?

—Sí, sí. —Aclaró la garganta, en realidad no esperaba eso—. Soy su padrastro. ¿Qué sucede?

—Hablo del departamento de Policía de la ciudad de San Francisco para notificarle que su hijo fue detenido y se encuentra custodiado en la estación central.

—Disculpe —Sean Grace se levantó exaltado. El sueño había desaparecido por completo—. ¡¿Qué?!

—Se negó a tomar su llamada por derecho, pero al ser menor de edad nos vemos en la obligación de informarle.

—No lo entiendo, es imposible. ¿Detenido bajo qué cargos?

—Posesión de alcohol y vandalismo.

«Maldición, Dakho...», pensó.

—Está bien. Muchísimas gracias, iré enseguida. Tenga una buena noche —dijo, y cortó mientras se levantaba de la cama.

La llamada le había quitado el sueño. Tomó unos pantalones de su perchero y luego una camisa. Hervía de furia. Hasta donde él sabía, Dakho debería estar en su habitación mirando cosas por internet, pero, aparentemente, el niño había decidido fugarse de la casa, hacer quién sabe qué cosas para terminar en la cárcel y encima de eso pretendía que nadie se enterara.

Se colocó sus anteojos y su chaqueta, y mientras buscaba su chequera, su esposa salió del baño. Se sorprendió al verlo completamente vestido.

—Amor, ¿está todo bien? ¿Qué sucede?

Estuvo a punto de desatar sus palabras con furia, pero se contuvo. Su esposa había estado enferma las últimas semanas, lo último que necesitaba era preocuparse por su hijo, el futuro convicto.

—Sí, sí... Bueno, realmente no. Uno de mis socios estrelló su auto en el centro y necesita ayuda, nada grave.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. No te preocupes, volveré pronto.

—Está bien, te quiero, cuídate —lo apoyó despidiéndose de él.

—Intenta descansar. —Sean Grace besó su frente y le sonrió, se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. ¿En qué demonios pensaba el chico? O peor, ¿qué tan mal padre era como para no darse cuenta de que se había escapado?

Antes de marcharse pasó a su oficina para tomar la copia de la llave de la habitación de Dakho. Y en contra de todos sus principios, entró en ella solo para encontrarse con la computadora encendida reproduciendo una serie cualquiera, la ventana abierta y una soga colgada en dirección al poste de luz. «Esto debe ser el karma», se dijo antes de volver a cerrar la puerta con llave.

Salió de la casa y subió al auto. Condujo sin saber realmente

cómo reaccionar. Él había hecho cosas bastante estúpidas en su juventud, pero eso no lo había llevado a nada, y últimamente Dakho estaba más incontrolable que nunca.

Esto de tener un hijo adolescente era más y más difícil cada día. Apenas habían pasado un par de semanas desde que habían llegado a San Francisco y Dakho parecía evadir todas sus palabras. Sabía que no tenía derecho alguno para regañar al chico, pero maldición, a este paso tendría que ir a visitarlo a la correccional.

«Es idéntico a mí».

Tal vez lo era, y no lo entendía. Era irónico pensar que alguien tan opuesto a él podría ser tan parecido al mismo tiempo. Pero después de todo, sabía que el camino que Dakho estaba siguiendo lo llevaría al mismo lugar que a él.

Nunca esperó que su vida terminara de la forma en la que lo hizo. Las noches en vela pensando en su amada, y el otoño que vivió a su lado jamás lo prepararon para lo que pasó después.

Las calles parecían inquietas, al igual que su mente. Esa oscuridad en el cielo contrastaba con las luces de los edificios y de los semáforos. Se estacionó frente a la comisaría y suspiró con fuerza, no podía evitar sentir que había vivido esto antes. No podía pasar por alto ese sentimiento en el que su cabeza fallaba. Algo no cuadraba. No era real.

Bajó del vehículo, colocó sus manos en sus bolsillos y caminó lentamente hacia el interior de la estación. Al entrar recibió un par de miradas curiosas. Su seriedad le daba un aire imponente.

—Buenas noches —dijo—, busco a mi hijo, lo detuvieron hace poco.

La mujer levantó la cabeza y lo examinó de arriba abajo alzando una ceja al verlo.

—¿Es usted el encargado del chico Han? Bien. ¿Tiene alguna identificación?

Sean Grace abrió su billetera y le mostró su identificación.

—Acá tiene. —Ella escribió su nombre en una papeleta verde y

luego hizo señas a uno de sus compañeros para que se acercara. Cuando finalmente lo hizo, le dijo a Sean Grace:

—Mi compañero lo atenderá. —Le entregó otra hoja al oficial—. Viene por el chico de los grafitis —le indicó ahora al otro.

—Acompáñeme.

—Gracias. —Era incómoda la forma en la que los oficiales lo miraban al caminar por el pasillo.

A través de los corredores de la comisaría había varias salas con grandes vidrios desde donde se podía ver a muchas personas en sus propios problemas con la ley. Pudo ver a Dakho en la carceleta de la comisaría al fondo del lugar. Estaba en pijama y tenía el cabello mojado.

—Déjeme ver —dijo el oficial llamando su atención, luego abrió el expediente cuando se acercaron de las rejas—. Delito menor, su hijo... Dereck...

—Dakho.

—Sí, Jacob. Manchó las escaleras de la biblioteca, además de vandalizar dos estatuas en la entrada de esta, incendiando botes de basura que rodaron por el césped frontal, presuntamente intoxicado y en compañía de otro menor.

—Demonios...

—Como sabe, es propiedad del Estado, así que se ha fijado una fianza de novecientos dólares por cabeza equivalente a daños. O...

—No necesita decir la otra opción. Tomaremos la fianza.

El tipo pareció jactarse en voz baja.

—Es bastante evidente... —Alzó una ceja y le entregó otra forma, junto a varias hojas que había firmado minutos antes—. Cancele este formulario y luego regrese para que podamos terminar el papeleo para dejar ir al chico.

Comenzó a leer las hojas en sus manos. Sentía que estaba cometiendo un error, era como si hubiese tenido que hacer esto antes. Le dolía tanto la cabeza que se sintió mareado. Sabía que no debía prestar atención a las conversaciones ajenas, y aun así lo hizo.

No pudo evitarlo al sentir todas las miradas sobre él.

«—Te lo dije. Me debes cincuenta billetes.

—Lo sé, lo sé. Los idiotas como él nunca reciben su merecido.

—¿Y qué esperabas? Solo basta con ver el reloj del tipo que vino por él. El dinero mueve al mundo. Papá pagará la fianza y el niño volverá a su lujosa casa de brazos cruzados porque no obtuvo lo que quería por una vez.

—Puede que sí, y lo peor es que, las personas como ellos, nunca entenderán cómo funciona el mundo en realidad».

Dejó de escribir. Había algo de cierto en sus prejuicios. Pensó que, si alguien lo hubiera detenido, no habría arruinado gran parte de su vida.

Dakho, su Dakho. Era un rebelde sin causa, justo como él mismo. Y aunque no los unía ningún nexo sanguíneo, podía ver en él su pasado. Como el hijo que nunca tuvo. ¿Es que estaba destinado a ser un mal padre? Bajo cualquier circunstancia, sentía que era su culpa.

Sean Grace miró hacia el interior de la carceleta: Dakho miraba despreocupado hacia el cielo y un pelirrojo desconocido miraba el suelo, abatido.

Regresó al escritorio con el formulario ya lleno y dos cheques a nombre del Estado.

—Disculpe, el otro chico, ¿alguien ha venido por él?

—No, y de hecho no ha cumplido con la fianza, así que pasará un tiempo aquí.

—Yo pagaré ambas —dijo, entregándole los formularios—. Puede encargarse usted del resto.

El oficial lo miró con los ojos entrecerrados.

—Bien, si es lo que desea, intentaré contactar a algún representante del chico, por lo pronto, enviaré por ambos.

—Quiero pedirle un favor —dijo seriamente y a sabiendas de que era exactamente el tipo de idiota con dinero que aparentaba ser.

—¿Disculpe?

Sean Grace se acercó y le habló por lo bajo, pero aún con firmeza.

—Le daré efectivo si no deja salir a mi hijo hasta mañana.

—¿Qué cosa?

—Lo que escuchó; así que tómelo o déjelo.

—Señor, eso va en contra de las políticas del departamento y...

—Por favor, no la haga más difícil. Es una muestra de buena fe.

El hombre pareció meditarlo mientras lo veía de soslayo, intrigado.

—Está bien —se acomodó el cinturón sin darle mucha importancia—, solo márchense a primera hora en la mañana —dijo, avanzando por el pasillo.

—Disculpe las molestias —respondió Sean Grace, cínicamente.

El hombre resopló cansado cuando llegaron frente a la carceleta.

—Cada vez son peores... —La puerta se abrió y dio un pequeño paso adelante—. Dominic Heart. —El chico de cabello pelirrojo levantó la cabeza—. Puedes irte.

Dakho alzó la vista, consternado, cuando su amigo se puso de pie. Al hacerlo, lo primero que observó fue la figura de brazos cruzados de un Sean Grace que lo miraba molesto mientras negaba con la cabeza.

—¿En serio puedo irme? —le preguntó el chico al oficial.

—El padre de tu amigo pagó tu fianza, así que largo de aquí y deja de dar problemas.

Dakho suspiró, le esperaba un largo sermón camino a casa. Se levantó de la banca en la que estaba sentado y se dirigió hacia la salida, pero no esperaba que el oficial cerrase la puerta de nuevo. Confundido, miró a Sean Grace, quien simplemente se acomodó lentamente en la banca de afuera de la carceleta, sin dejar de mirarlo con una expresión dura.

—¿Lo sacaste a él y no a mí? —le cuestionó.

—Ese chico estaba aquí por tu culpa, era mi deber sacarlo.

—¿Qué hay de mí?

—Tú debes cargar con tus propias consecuencias, hijo.

—No me vengas con esa mierda moral —le dijo riéndose de su actitud.

—Bien —se acomodó sus anteojos y sacó su teléfono para ignorarlo—, será a tu manera.

Dakho se frotó el cuello inquieto. ¿Qué más quería? Sí, la había jodido. Sí, estaba en una muy mala posición y ahora él tenía una excusa perfecta para molestarlo.

—¿Qué es lo que esperas de mí? ¿Quieres que me disculpe? ¿Acaso quieres que llore? —No obtuvo respuesta—. ¡Deja de ignorarme!

Sean Grace levantó la vista.

—Lo siento, esto del celular es adictivo —le dijo sarcásticamente.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Quiero que dejes de ser tan arrogante.

—Tienes que ser muy hipócrita para pedirme eso.

—Hay una diferencia muy fina entre la hipocresía y la madurez, Dakho. Estoy intentando que la entiendas por las buenas.

—¿Y qué si no?

—¿Y si no? —reprochó ofendido. Finalmente se levantó, su paciencia se había acabado—. ¿Crees que la vida se trata de esto? ¿Realmente lo piensas? Dakho, la vida no es buena enseñando por las malas. ¿Piensas que vale la pena tirar tu futuro por una estupidez de estas? Hoy logramos solucionarlo. ¿Qué pasará mañana? Pudiste haberte lastimado o causar algo mucho peor. Sé que eres más inteligente que esto y que crees que yo solo soy un viejo ridículo al que le encanta joderte las pelotas, pero no es así. ¡Lo peor es que ni siquiera te importa el daño que podrías causar! Solo acepta que te equivocaste y enfrenta las consecuencias de tus actos. ¡Por una vez!

Dakho se quedó callado, con la boca y los ojos abiertos sin saber cómo reaccionar ante su enojo.

—Tienes razón... Lo siento —murmuró apartando su mirada.

El señor Kim lo miró por encima de sus anteojos.

—¿Qué dijiste?

—¡Dije que tienes razón! —suspiró.

—Bien. —Sean Grace colocó ambas manos dentro de los bolsillos de su chaqueta—. Supongo que eso es suficiente —le dijo antes de darle la espalda.

—¡Oye! —lo llamó cuando vio sus intenciones de alejarse—, ¿adónde vas?

—A casa. Tengo una reunión mañana temprano, así que necesito descansar.

—¿Planeas dejarme aquí?

Sean Grace se detuvo para mirarlo. Dakho era como él. Lo único que quería era que el muchacho no tuviera que esperar a ser un viejo para madurar.

—Lo que no entra por los oídos, entra por los poros, hijo.

—¿Eso qué se supone que significa?

Sean Grace negó con la cabeza cuando una sonrisa casi burlona escapó de él.

—Que te veré en un par de días, Dakho —le dijo dándose la vuelta y caminando por el pasillo antes de dejarlo completamente solo en la celda.

Salió de la estación de Policía, regresó a su auto y se quedó sentado en el asiento del piloto. Nuevamente empezó a sentirse mareado. Observó su reflejo por el retrovisor mientras los recuerdos lo llenaban de nostalgia y confusión. Buscaba un recuerdo específico en su memoria, pero no lo encontraba. Poco a poco, el cansancio lo atacó.

No supo en qué momento se quedó dormido, o si quizás se desmayó. Pero los golpes en su vidrio le hicieron despertar, ya era de día y Dakho había salido de la estación. No esperaba encontrar a Sean Grace afuera; pero allí estaba, durmiendo con la boca abierta mientras lo esperaba. Le abrió la puerta del auto y el adolescente entró lentamente.

—Creí que tenías una reunión temprano —le dijo sin verlo al

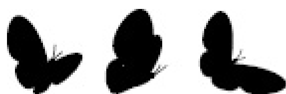
cerrar la puerta.

—Primero iré a desayunar. —Encendió el motor pensando en si había hecho lo correcto—. ¿Vienes?

—¿Manzanas y avena? —se animó a pedir con pena.

Asintió.

—Manzanas y avena.



ESTACIÓN CENTRAL DE POLICÍA DEL CONDADO MARIPOSA, CALIFORNIA. 86 DÍAS ANTES DE...2:27 A. M.

Taylor estaba sentado en la banquilla dentro de la rústica celda cuando esta se abrió.

—¿Y ahora qué? —dijo mirando a Dakho tomar su llamada por derecho—. ¿Conseguiste ayuda?

El reloj de la pared y las letras sobre la puerta les recordaban la urgencia de solucionar el lío en el que se habían metido. Habían pasado casi dos horas desde que llegaron a la estación; no tenían cómo identificarse y tampoco tenían dinero. Además, los habían fotografiado contra su voluntad. Sí, la habían jodido. Otra vez.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Dakho.

—¿Qué hiciste con tu llamada?

—Nada, marqué un número falso.

—¡¿Qué?! —Taylor se puso de pie exaltado—. ¡¿Por qué hiciste eso, idiota?!

—Saldremos de aquí por nuestra cuenta.

—¿Se te secó la cabeza o qué?

—No tomes tu llamada. No deben saber que somos nosotros. A ti te toman como americano, pero acá no soy más que un extranjero

sin papeles.

Taylor inhaló bruscamente.

—Tienes razón, eres ilegal.

—¡Joder! Al fin entiendes.

—Como sea, llamaré a mi casa y le diré a mi hermano que venga por nosotros.

Dakho apretó los ojos, inquieto. Sí, ahora recordaba perfectamente la noche que pasó en prisión, sus recuerdos eran más claros y eso lo hacía molestarse aún más con Sean Grace.

El oficial señaló al castaño y Taylor caminó hacia él dejando a Dakho solo en la celda. Trataba de tranquilizarse; esto no era necesariamente malo. ¿A quién quería engañar? Era muy malo.

Conocía el protocolo, y ellos no tenían dinero. Al menos en su realidad tenía a su madre adulta y a su padrastro imbécil. ¿Pero qué tenía ahora? Solo a Taylor y a un Sean Grace adolescente que no los ayudaría en nada. Pensó en fugarse, pero no conocía esa comisaría. Ya había desperdiciado su oportunidad de llamar, ¿qué debía hacer ahora?

Su mente se debatía entre tantas posibilidades que empezó a marearse.

Pasados unos minutos, el sonido de la reja y las llaves volvió a resonar. Levantó la cabeza y vio a Taylor con una mano en el cuello mirándolo con pesar.

—¡¿Alguien contestó?! —preguntó cuando lo vio acercarse.

Taylor tragó saliva.

—¿Recuerdas que dijiste que no llamara a Sean Grace?

—¿Él contestó? —cuestionó ansioso—. ¿Vendrá por nosotros?

—Pues... —el bullicio del fondo se hizo más fuerte cuando otro oficial apareció por el pasillo sujetando al hermano mayor de los Kim, quien pataleaba y decía cosas sin sentido— algo así.

Sean Grace entró a la celda, seguido de Taylor, quién entró ahora preocupado. Los encerraron de nuevo. Dakho alzó una ceja con los brazos cruzados, incrédulo y, más que eso, divirtiéndose con

lo irónico del pasado.

«Vaya, vaya, vaya. Don perfecto está aquí, quién lo diría», pensó mientras estrechaba los ojos.

—¿Está ebrio? —le preguntó a Taylor.

—Lo está.

—Joder —Taylor suspiró con fuerza—, ¿cómo terminaste aquí? —preguntó a su hermano.

Los dos menores se vieron entre sí, luego a Sean Grace, que tenía el rostro rojo y sudaba.

—Fui a buscar a SunHee a su casa... bueno —hipó— la casa de sus tutores. Y pues, al parecer a ellos no les hizo mucha gracia un tipo cantando en la calle a las dos de la mañana.

—Eres patético —escupió Dakho. Pero a él no le importaban sus burlas.

—Lo sé —dijo Sean, abatido.

—¿Y ahora qué hacemos? —le dijo Dakho a Taylor.

—Sí, Taylor. ¿Qué hacemos? —cuestionó también el mayor de los tres.

—¿Por qué me miran a mí? No tengo ni idea de cómo sacarnos de aquí.

—Tampoco yo —secundó Dakho pasándose la mano por el cabello antes de sentarse en la pequeña banca de la celda.

—Piensen, ustedes son los inteligentes.

—Realmente necesito mi celular —masculló Dakho con pena.

—Piensa en algo que sí exista, genio —le regañó Taylor.

Dakho se concentró al máximo para encontrar una solución.

—Sean Grace no ha hecho su llamada, ¿cierto? —le dijo a Taylor, quien volteó a ver al mayor. Este negó—. Eso es, usaremos su llamada para conseguir ayuda.

—¿Cuál ayuda? ¡Él era nuestro plan de reserva y está aquí actuando como un bebé!

—¡Oye!

—Cállate, ella no te ama.

Dakho apretó los ojos intentando que el hámster en su cerebro trabajara.

—Haru —dijo apresurado—, él dijo que conocía a la gente de la estación, él podría ayudarnos.

—No estoy seguro si «conocer» a los policías sea algo necesariamente bueno.

—Pero quizás sí. ¿Sabes el número de su casa?

—No, pero...

Ambos voltearon su vista a Sean Grace cuando no encontraron otra alternativa.

—¿Yo qué? —dijo temeroso ante la mirada siniestra de los siameses.

—No lo niegues, conoces el número —declaró Taylor—, llama a su casa y dile que venga por nosotros.

—Yo no voy a hacer eso, prefiero quedarme aquí antes que pedirle ayuda.

—Ay, mierda. Sí sueno como él —dijo Dakho pasándose una mano por el rostro.

—Te lo dije.

—Dejen de decir tonterías. No lo haré. Llamaré a casa, espero que papá conteste.

Taylor se aproximó a él velozmente y lo tomó por el cuello de la camisa.

—Escúchame bien, imbécil. Papá tiene el sueño tan pesado que dudo que conteste y tú ya estás en edad de ser juzgado como adulto, pasarás más tiempo aquí que nosotros. Así que cuando venga el oficial levantarás tu ebrio trasero, llamarás a casa de Moon y le dirás que venga por nosotros. ¿Entendiste?

Sean Grace lo miró con molestia y se soltó de su agarre.

—Está bien, lo haré —le dijo y se levantó.

Acompañó al oficial por el pasillo hasta el teléfono que estaba en el escritorio de la recepción. A tientas, marcó el número de los Moon. ¿Estaba tirando su dignidad a la basura? Sí. ¿Estaba así de

necesitado? También.

La línea sonó por un par de segundos hasta que alguien contestó.

—¡¿Moon?! —Su ansiosa voz era evidente. Pero no estaba hablando con el menor de esa casa, sino con su cabeza, el padre de Haru.

—¿Buenas noches? —cuestionó el hombre.

Aclaró su garganta, no tenía mucho tiempo.

—Soy Sean Grace, el nieto de Kim Hyun Joong, amigo de su hijo Augustus —ni siquiera tomaba aire para hablar—, sé que esto es muy irrespetuoso de mi parte, pero mi hermano y yo estamos detenidos en la estación de Policía, y no hay nadie en casa. Pensamos que quizás su hijo, o b-bueno, ustedes podrían...

La llamada se cortó.

Sean Grace volteó a ver al oficial, quien alzó los hombros y le dijo:

—Se acabó el tiempo, chico.

Resopló resignado pensando «Al menos lo intenté».

Caminó lentamente de regreso a la carceleta; al volver, vio con desdén a los otros dos. Los menores se levantaron a la expectativa cuando lo vieron.

—¿Nos ayudará? —preguntó Taylor.

—No lo sé... —rezongó frustrado.

—¿Cómo que no sabes?

—Me cortaron la llamada. Así que...

—Estamos jodidos, ¿cierto?

—Ajá.

—Todo es tu culpa, Sean. Si hubieras estado en casa, podríamos salir.

—¿Mía? —dijo, ofendido—. En primer lugar, ¿cómo terminaron ustedes aquí?

—Ese no es el punto.

—Uy sí. Al menos yo tengo una razón casi válida. ¿Cuál es su

excusa? No me extrañaría que los hayan arrestado por andar vagabundeando como lo han hecho las últimas semanas.

—¡Lo nuestro es investigación, lo tuyo es un romance pasajero!

—Es más que eso, así que cállate, Taylor. —Sean Grace suspiró.

Dakho se había mantenido en silencio hasta que la conversación comenzó a interesarle. Su madre se estaba alejando de Sean Grace sin necesidad de que él interviniera, así que no sabía si su plan estaba saliendo muy bien o muy mal.

—Bueno... —dijo intentando sonar natural— supongo que ustedes terminaron.

—Te equivocas —soltó una estruendosa risa—, la veré cuando salga de aquí. Ella me perdonó, Han, lo hizo. Aún con todo... sé que me quiere.

—Maldición. No entiendo qué es lo que te ve. —«Ahora y en el futuro», pensó Dakho.

—A muchas personas les gustan los tipos guapos y descerebrados —comentó Taylor cruzado de brazos.

—No tienes que entender a las chicas, Dakho. Solo tienes que amarlas.

Dakho intentó no burlarse de sus palabras cliché.

—Se nota demasiado que ustedes dos no saben nada sobre mujeres —les dijo a los hermanos viéndolos con gracia.

Sean Grace alzó una ceja.

—¿Qué podrías saber tú sobre mujeres que nosotros no?

—No es tan complejo como parece, no es ciencia. Es decir, no se necesita ser un genio o un galán para entender a las chicas. Solo tienes que escuchar, y listo.

—Es lo más tonto que he escuchado.

—Tu problema es que las tratas como si fueran seres extraños. Son humanos, solo debes prestar atención y todo tendrá sentido.

—Y si me gusta una chica, ¿cómo consigo su atención? ¿Me quedo escuchando? Por favor, Dakho. A las chicas les gusta la acción y la emoción. Quieren fuerza e iniciativa.

—Demasiada «fuerza» e «iniciativa» —hizo comillas con las manos— son innecesarias. Necesitas su consentimiento, ¿sabes? A todos nos gusta sentirnos importantes. Ese es el punto.

—Nadie quiere salir con un blando.

—Tampoco con un patán.

—Chicos, chicos, chicos, paren —intervino Taylor—. Están confundiéndome. ¿Es escuchar a la fuerza o cómo?

Dakho se removió curioso. Taylor era un genio en muchos aspectos, menos en el social. Su mirada curiosa le indicaba que era genuinamente ignorante en el tema.

—No le hagas caso a Sean Grace, es un tarado.

—Mira quién lo dice —bufó mientras veía a Dakho, y luego volteó a ver a Taylor—. ¿Quieres saber cómo conquistar a alguien, hermanito?

—¡Sí!

—Primero, ignora a Han, se nota que no ha follado en meses.

—Pues...

—Y segundo, sé directo, gracioso y encantador. Tu primera impresión ayuda mucho. Puedes hacerle cumplidos, siempre debes ser respetuoso, amable y, no lo sé, creo que usar perfume te da un toque extra.

Dakho ladeó la cabeza, confundido de que Sean Grace dijera algo casi decente.

—Oye... eso no sonó tan mal.

—No soy tan idiota como parece. Además, me resulta prometedor que a Taylor le interesen estas cosas.

—¿A qué te refieres? —cuestionó el menor.

—Esas marcas extrañas llevan días en tu cuello. ¿Me dirás quién es?

«Oh, mierda. Se me pasó la mano», pensó Dakho. «O bueno, la boca».

—¿Quién es qué?

—La chica con la que sales.

—No... —volteó a ver a Dakho en busca de ayuda— no es nadie. Es solo una amiga.

—¿Amiga? —cuestionó Dakho con una ceja alzada.

—¿Mejor amiga? —intentó corregir pasándose la mano por la parte de atrás del cuello, apenado—. Es decir, es una tontería, no hablaré de eso contigo.

—Soy tu hermano mayor, deberías contarme cosas como estas. Es más —sonrió perversamente—, creo que debería tener «la charla» contigo.

Taylor negó con la cabeza.

—No, por favor, no empieces. Estás ebrio.

—Cuando una abeja y una flor se quieren mucho...

—¡Basta! —gritó antes de que continuara—, sé cómo funciona, no necesitas explicarme nada.

—Aguafiestas —le dijo burlándose de su notable incomodidad —. Solo ten cuidado, ¿quieres? La paternidad no te luce.

—No creo que Taylor sea mal padre, creo que tú serías peor —dijo Dakho, riendo.

—Oh, sí —asintió repetidamente—. Yo sería un terrible padre, créeme que tener un hijo no es algo que quiera.

—Ew, nadie quiere ser padre —le dijo Taylor pensando en lo difícil que eso era—. Piensa en todo el dinero que eso significa.

—No lo sé, sería bastante irreal tener a alguien que piense que soy su héroe, ¿no les parece?

—No puede ser que seas un egocéntrico hasta en eso —le dijo Dakho.

—Tener hijos es un gran —abrió los ojos haciendo énfasis—, gran problema para tu bolsillo, pero, por otro lado, siempre tendrías alguien para entrenar o para ver tus programas favoritos de la televisión, aunque piense que son tontos. No sé —se quedó callado, aún estaba ligeramente ebrio—, quizás dentro de muchos años no sea tan mala idea.

—¿Algún día? —murmuró Taylor viendo a Dakho, amaba

molestarlo al recordarle que era, técnicamente, su hijo.

—Algún día —afirmó Sean Grace.

Dakho se sintió culpable de alguna forma y se preguntó qué estaría haciendo su verdadero padre justo en esos momentos. ¿Pensaría igual sobre su nacimiento? Su madre nunca habló mucho sobre esos años, y pensó que, a lo mejor, no había nada bueno que contar.

El tintineo de las llaves apareció de nuevo en la escena. Los tres levantaron la vista para ver ahora a otro oficial abriendo la reja, cruzaron miradas entre sí sin saber qué estaba pasando.

—Sus padres vinieron por ustedes —les dijo—, Alvin y Taylor, pueden irse.

—¿Quién carajos es Alvin? —cuestionó Sean Grace alzando las cejas confundido.

—Yo, mucho gusto—dijo Dakho intentando disimular. Taylor les restó importancia a sus tonterías.

—¿Qué hay de mi hermano? —señaló al mayor mientras avanzaba hacia la salida.

—No, él saldrá de aquí mañana por la tarde. No hizo ningún daño a la propiedad pública, pero de todas formas está ebrio, y sería muy negligente dejarlo salir así.

Sean Grace se dejó caer de regreso en la banquilla y se despidió de ellos con la mano.

—No se preocupen por mí, los veré cuando salga de rehabilitación, tontos —les dijo burlándose de su propia desgracia.

Ambos le dedicaron una mirada lastimera y salieron de la celda. Luego, la reja se cerró nuevamente. Taylor y el oficial comenzaron a avanzar, pero la parte vulnerable de Dakho le hizo quedarse de pie frente al mayor. Realmente quería restregarle su libertad en la cara, pero no fue capaz de hacerlo cuando entendió que quizás era un idiota justo ahora, pero algún día Sean Grace tendría razón.

—Vendré a verte en la mañana.

—¡Oye, chico! Ven acá —le gritó el oficial. Dakho se despidió de

él con la mano.

—¡Te traeré el desayuno! —dijo mientras se alejaba por el corredor.

Sean Grace no lo entendió y se quedó en silencio, sin saber que, en medio de todos sus errores futuros, había hecho algo bien.

Cuando los dos menores regresaron a la recepción se encontraron con algo con lo que no esperaban lidiar: los padres de Kim, el señor Moon y su amigo parecían querer comérselos vivos.

—Hola... —intentó saludar Taylor a su madre, pero la mujer lo pescó de la oreja haciéndolo agacharse a su altura.

—Finnian Taylor Kim, ¿quieres explicarme qué hacías rayando paredes a medianoche?

—¡Mamá! ¡Duele!

—La fianza salió de tus ahorros para la universidad, así que debes pensar en lo que hiciste.

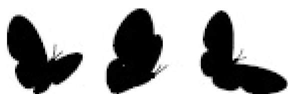
—¡Lo haré, mamá! ¡Lo siento!

—Y tú —la mujer volteó a ver a Dakho—, más te vale dejar de apoyarlo en sus tonterías.

Dakho asintió con miedo. Esa señora inspiraba demasiado temor para ser alguien tan pequeño. Al parecer, y aunque Haru le rogó a su padre que no lo hiciera después de haber escuchado la llamada, el señor Moon había caminado dos casas en su calle y tocado el timbre de los Kim para contarles la noticia de que sus hijos estaban en prisión.

Y bueno, después de saludar a un amigo en la estación y de pagar una pequeña fianza, los habían dejado ir. Cuando salieron, se acercaron a la camioneta del padre de Haru. Aunque eso no cambiaba el hecho de que estaban castigados y lo estarían por mucho tiempo.

De todas formas, Dakho fue a visitar de madrugada a Sean Grace.



79 DÍAS ANTES DE...

Luego de varios días la situación seguía siendo la misma. Sean Grace salió de la estación y después de encarar a su enojada madre, había sido igual de sentenciado que ellos.

Todos los días debían volver directamente de la escuela para hacer una tarea específica cada uno. Hasta el momento, la cochera, el ático y la cocina estaban impecables gracias a su trabajo forcivoluntario. Octubre corría; Sean Grace apenas tenía chance para entrenar después de clases, mientras los otros tres aprovechaban ese reducido tiempo para organizar sus planes.

Habían salido de la escuela y caminaban siguiendo a Haru por el extravío entre el bosque y el centro.

—¿A dónde vamos? —preguntó Taylor—. Si llegamos tarde a casa, mamá nos cortará el cuello.

—Relájate, Kim. Olvidé recoger algo aquí.

La luz del mediodía los hacía apresurarse. Después de dos masajes de pies y de teñirle el cabello a su madre, Taylor finalmente había conseguido permiso para llevar a otro de sus amigos a dormir a casa. Esta era la noche que habían planeado por semanas. Se trataba de un concierto en la ciudad, y si bien no estaban ni remotamente cerca de terminar su castigo, él había ideado una coartada para su escape.

Todo en su plan era perfecto, bueno, debía serlo; aunque no estaba seguro de qué tanto podrían robar entre los tres huyendo a pie. Cada minuto era clave para una buena ejecución, pero claro, al idiota de Moon se le había olvidado su propia coartada y ahora debían ir por sus cosas a quién sabe dónde.

—Joder, ¿por qué no simplemente vamos a tu casa? Hombre, vives a dos casas de la nuestra —le dijo Dakho.

—No tardaré, lo juro —les dijo—, dejé mi bolsa de dormir en la bodega la otra noche. Además, compré algunas cosas para ustedes que escondí aquí el otro día, las tomaré y ya.

—¡Pero no vamos a dormir! —le respondió ahora Taylor. Los tres se detuvieron al llegar frente a una gran galera metálica.

—¿Dónde se supone que estamos?

—Es la antigua bodega del aserradero.

—¿Aserradero? —preguntó Dakho. Realmente, había muchas cosas que no conocía—. ¿Qué hacías tú aquí?

—Trabajo aquí —ladeó la cabeza—, cuando no estoy perdiendo el tiempo con ustedes o en el auditorio, vengo a ordenar este lugar.

Sacó sus llaves y abrió la pequeña compuerta dejándolos entrar. En el interior del lugar había decenas de troncos apilados, además de sierras y otras herramientas.

—¿No es un poco negligente dejar trabajar a un adolescente en un lugar de estos? —dijo Taylor sin dejar de ver el montón de objetos afilados a su alrededor.

Haru soltó una risa mientras caminaban hacia la parte trasera.

—Sé manejar esas sierras desde los diez años, no es la gran cosa.

—¿Qué? ¿Por qué? —Dakho lo siguió.

Suspiró, ambos eran unos idiotas.

—Por si no es lo bastante evidente, este lugar es de mi familia —les explicó—. Mi padre dijo que podía quedármelo si lograba limpiarlo todo.

—¿No se supone que tu familia tenía una cosa rara con las plantas? Por el vivero de tu casa, creí que eran una especie de jardineros budistas o algo así. ¿Ahora resulta que cortan árboles?

—Mi abuelo pensaba que por cada árbol talado se debía sembrar dos más; y mi abuela ama las flores, así que técnicamente sí tenemos algo extraño con las plantas.

Los dos amigos se movieron hasta la oficina donde estaban las cosas de Haru, mientras Taylor exploraba el lugar admirándose con la cantidad de herramientas a las que el chico tenía acceso. Avanzó

un par de metros en dirección a la salida y se topó con la pieza que le hacía falta para completar su malvado plan.

—¡Oye, Moon! —lo llamó cuando los vio regresar cargando una mochila y un par de bolsas—. ¿Este aún funciona?

Había eco, por lo que llamó su atención de inmediato. Taylor estaba de pie frente a un camión estándar, aunque bastante antiguo.

—¡Claro! Es viejo, pero es mi bebé. Lo usaban para llevar leña, porque siempre ha sido pequeño a comparación de los nuevos camiones, pero ahora es chatarra.

Dakho colocó su mano sobre el vehículo.

—Tienes todo un lugar lleno de cosas geniales, ¿y esperaste hasta ahora para decirnos?

—Amigos, les di tres latas de pintura y terminaron en prisión. ¿Qué crees que pasaría si les doy un hacha?

—Tienes un punto.

—Venga, vamos —le dijo a Dakho y lo tomó del hombro para salir, pero Taylor no se movió, estaba uniendo los puntos—. Oye, Kim —gritó llamando la atención de su amigo, que levantó la cabeza—, ¿vienes?

Taylor asintió y lo siguió en silencio.

Tenían una gran oportunidad justo allí y no iban a desaprovecharla. Caminaron por la vereda de regreso a los suburbios mientras él reestructuraba su plan. Los chicos llegaron por la tarde a la casa de los Kim y entraron con total naturalidad, pero se encontraron con el hermano mayor discutiendo con sus padres.

—No es no, Sean Grace. Basta con eso.

—¡Pero, mamá! Tengo las entradas desde hace un mes. ¡Y además tengo una cita!

—No me interesa. Te arrestan, repruebas, huyes de casa. ¿Te parece poco?

—Solo será una noche... por favor.

—¡Dije que no!

—Buenas tardes, señora Kim —la saludó Haru con su bolsa de dormir bajo el brazo.

—¿Y estos qué? —dijo Sean Grace al aire.

—Tu hermano tiene una pijamada.

—¿Lo dejaste tener una pijamada y yo no puedo ir a un concierto? ¡A él también lo arrestaron!

—Él no tiene antecedentes, y estará en casa.

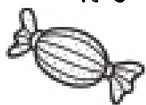
—Perdón por interrumpir —dijo Taylor al sentir la tensión del momento—. Estaremos arriba, mamá —se limitó a decir empujando a los otros dos para que subieran las escaleras.

Se sentía mal por engañar a su madre, pero estaba muy cerca de terminar su generador y no iba a detenerse justo ahora. La situación era la siguiente: una banda de rock bastante conocida llegaría al pueblo. Técnicamente ya estaban allí. Después de haber monitoreado el campo donde se realizaría el concierto, Taylor tenía el plano completo de la zona. Había estudiado cada lugar y cada rincón para que todo fuera preciso, y ahora necesitaba darle el toque final.

Miró fijamente a Haru, quien sintió un frío recorrerle la espalda. ¿Qué tramaba?

—Necesito que saques tu camión esta noche.

—¡¿Qué?! No, no, no. Ni lo sueñes. Mi padre me mata.



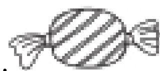
—Vamos, ya sabes del plan. Es perfecto.

—Sí, tu padre no tiene por qué enterarse —secundó Dakho, emocionado.

La pareja lo arrinconó hasta que no pudo darles la contra. ¿En qué demonios se había metido? ¿Y con quiénes? Finalmente aceptó, con la condición de que todo quedara extremadamente claro.

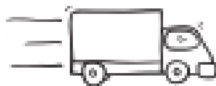
—Hice un pequeño mapa del lugar —dijo Taylor extendiendo la cartulina en su escritorio. Entonces colocó sobre esta una piedra, un caramelo y una moneda, además de un pequeño auto de juguete—.

Tomando en cuenta nuestros cambios, el auto representaría al camión, así que Augustus —tomó el caramelo y lo puso encima del juguete— estará aquí.

—Yo quiero ser el caramelo —interrumpió Dakho. 

—Bien, Dakho será el caramelo y Augustus, la piedra —declaró cambiando de lugar los objetos.

—¡No se vale! Yo era el caramelo. Es mi camión y tengo derecho a ser el caramelo. —Haru alzó los brazos, inconforme. Taylor sacó otro caramelo de su bolsillo y lo colocó sobre la mesa.



Esto es una mala idea.

—¡Listo! Los dos son caramelos.

Dakho arrugó la nariz, celoso.

—Pero ahora no se entiende quién es quién.

—¡Maldición, cierren la boca! —Taylor golpeó la mesa—. Yo seré el caramelo, Dakho la piedra y él el centavo. ¿Quedó claro?

—No tienes que ser tan grosero con nosotros.

Haru esperaría afuera a que terminara la última canción, mientras Taylor y Dakho se infiltraban en el concierto. En el momento preciso, iniciarían una pelea entre los fanáticos, causando una conmoción que los ayudaría a escabullirse detrás del escenario. Allí, abrirían la puerta trasera y Haru pasaría con el camión para finalmente sacar lo que necesitaban.

Ambos asintieron esperando lo mejor y no ser arrestados (de nuevo) en el intento.

¿Taylor estaba loco? Sí. ¿Valía la pena intentarlo? No lo sabían, pero al menos lo averiguarían en la noche. Les hacían falta piezas

para su pseudo máquina del tiempo, y solo tenían un tiro para lograr conseguirlas.

—Bien, ahora que todo está claro, debemos resolver el otro problema —dijo Haru moviéndose hacia el espejo.

—¿Qué problema?

—¿Qué usarán para ir al concierto?

Taylor alzó ambos hombros. Tenía pantalones rectos y un suéter de botones como de anciano.

—Yo iré así —dijo sin darle importancia.

—La ropa de Dakho pasa, pero la tuya... ¡Ni lo sueñes! —se jactó observando al castaño de pies a cabeza. Era obvio que desaprobaba su atuendo.

—No es un paseo recreativo, Moon.

—¡Parece que vendes biblias! Es un concierto, Kim. Será más fácil mezclarte con la multitud si luces como una persona normal. ¿Tengo razón o no? —volteó a ver a Dakho.

—Tiene razón —secundó Dakho intentando no reírse de la indignación de Taylor—. ¿Sabes lo que eso significa?

—¡Cambio de imagen! —gritó Haru tomando una de las bolsas que había traído consigo—. Conseguí esto en el centro comercial, así que ese suéter feo, a la basura.

—*¡Fashion police*! —gritó Dakho desconcertando a los otros dos —. Lo entenderán en veinte años.

Haru y Dakho se miraron perversamente el uno al otro. Taylor era una indefensa presa ante dos depredadores que lo único que querían era jugar a las muñecas con él. Haru había elegido su propio atuendo con cuidado, y como el artista que en el fondo era, había elegido el de los chicos también.

Le lanzó a Dakho una bolsa en la que había una camisa de cuadros sin mangas y unos vaqueros negros rotos. No hubo necesidad de preguntarles sus tallas; cuando se trataba de telas, él tenía todo calculado.

Dakho comenzó a vestirse mientras Taylor se negaba a utilizar la

ropa que habían elegido para él. Se puso el pantalón, que era una especie de deportivo ajustado oscuro, pero realmente tenía sus dudas con respecto a la camiseta.

—Ni siquiera estoy seguro de que esto sea ropa de hombre —le recriminó a Moon mientras alzaba la camiseta en sus manos.

La prenda era ligeramente más pequeña que las de los otros dos, y Taylor estaba seguro de que le quedaría demasiado arriba de la cadera.

—Silencio, *Macho Man*, pruébatela y ya verás —lo alentó Dakho.

Taylor suspiró; sus amigos eran cada vez más y más raros. Dakho había encontrado un barniz para uñas y se lo estaba colocando con calma mientras esperaba que Taylor se animara a vestirse. Tomó la camiseta; después de quitarse su suéter, terminó de acomodar su ropa y, tal como pensaba, al moverse, la camiseta dejaba ligeramente a la vista su abdomen. Haru tomó el frasco de vaselina de su mesa de noche y le colocó un poco en el cabello para peinarlo.

—¡No se vale! Ustedes lucen intimidantes y geniales y yo luzco como salido de un vídeo de aeróbicos.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Dakho alzando ambas cejas.

Dakho levantó la cabeza para mirar a Taylor completamente cohibido con su ropa ajustada. Se mordió el labio complacido.

—No importa qué ropa utilice —dijo con atrevimiento—, sé que se vería mejor sin ella.

Haru le lanzó una almohada a la cara.

—No es la clase de opinión que necesito que le des al niño, tarado —le dio un golpe en el hombro—. Dile algo bonito.

Taylor enrojeció y empujó a Haru para que dejara de molestarlo. Dakho sonrió, le encantaba la actitud de ambos.

—Te ves increíble, Taylor —le dijo con una sonrisa de lado que avergonzó aún más al chico.

—Bueno, parece que mi trabajo está hecho aquí. —Juntó ambas manos—. ¿A qué hora se cena en esta casa? —preguntó robándole la seriedad al momento.

Taylor aclaró su garganta.

—Hay pastel en la cocina; si tienes hambre, sírvete —le dijo sintiéndose un poco más confiado.

—La hospitalidad de este lugar me sorprende, pero lo acepto. Ya vuelvo —dijo antes de dejarlos solos.

Tenía que admitir que le gustaba mucho la forma en la que Taylor se intimidaba ante lo atractivo de su propio cuerpo. Era casi hipnótico. Era observador, y el hecho de pasar tanto tiempo con ellos le hacía darse cuenta de que sus pensamientos eran más reales de lo que creía y que además se materializaban sin necesidad de ser parte de ellos.

Era un contraste digno de retratar en pintura, y la química entre esos dos lo hacía sentirse ajeno al pensar en que a lo mejor su único error fue la persona que provocó sus oscuros deseos. Entró a la cocina y tomó dos porciones de pastel. Estaba tan hambriento que no le importó acabarse uno de los trozos de un par de bocados. Y luego, con su plato en mano, se dispuso a subir de regreso a la habitación de Taylor.

Avanzó un par de metros en el corredor hasta que un brazo le tapó la boca y lo arrastró hacia el interior del cuarto de limpieza. Se removió inquieto intentando no soltar su pastel, pero finalmente lo dejó caer en la alfombra. Sean Grace lo empujó contra la pared para tenerlo de frente y luego comenzó a hablar.

—Voy a soltarte si prometes no gritar. —Haru, sin dejarlo reaccionar, mordió la palma de su mano—. ¡Oye! ¡¿Qué te pasa?! ¡Solo quería hablar!

Se separó de él rápidamente mirando su mano herida.

—¿Qué quieres? —le dijo desafiante. ¿Qué se creía este tipo para molestarlo de esa forma?

—Quiero saber la verdad. ¿Qué es lo que está pasando allá adentro?

—Estamos usando tacones altos mientras vemos calendarios de bomberos, si eso es lo que querías saber.

—¡¿Qué?!

—Kim, sabes que solo bromeo. Es noche de chicos, ¿sí? Peleas, historias de terror y comida, nada extraño. Gracias por arruinar mi pastel, por cierto.

—No mientas. Los escuché hablando sobre un plan. Dime, ¿qué es eso?

—¡¿Estabas espiándonos?!

—No, las paredes son delgadas.

—Maldita sea, Kim. ¡Deja crecer a tu hermano de una puta vez!

—¡No se trata de eso!

—¿Entonces de qué? —Moon se cruzó de brazos.

—Bueno, sí, pero.... Maldición, es sobre el lago. ¿Está bien? Quiero saber qué pasó esa noche y por qué se siguen negando a explicármelo.

—Oh, por favor. Sabes que nada de eso pasó en realidad.

—¡No estoy loco! Sé lo que vi.

—Tu vista está tan jodida que inventa cosas. Consíguete unos anteojos nuevos.

Se zafó de su agarre y le dedicó una sonrisa. No le sacaría información, no con sus técnicas estúpidas. Sean Grace lo tomó por la camisa y volvió a acorralarlo.

—Estás agotando mi paciencia.

—¡Suéltame, miope de mierda! —gruñó molesto.

—Voy a partirte la cara si no me dices lo que oculta mi hermano.

—¿Ah, sí? ¿Qué harás? ¿Llamarás de nuevo a tus amigos para defenderte del debilucho?

—No sé qué cosas bizarras estés metiéndole en la cabeza a los chicos, pero no te atrevas a.... —La risa de Moon lo interrumpió—. ¿De qué te ríes, fenómeno?

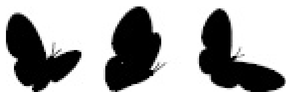
—Nada, nada; solo de lo irónica que es la vida. ¿Qué es lo que te preocupa realmente? ¿Los lunáticos del lago o... —se acercó a su oreja para decir en voz baja— que alguien esté corrompiendo a tu hermanito?

—Depende —respondió sin retroceder— ¿Estás confirmando algo?

—¿Tú qué crees? —dijo burlándose de él con una risa perversa —. Aléjate de nosotros.

Sean Grace se separó del chico dejándole libre el paso, consciente de que había perdido. Augustus Moon le dio la espalda antes de pasar por su lado y subir hasta la habitación de los chicos.

La mejor forma de controlar el paso de las cargas eléctricas era mantener entre ambas un aislante. Taylor tenía razón cuando decía que la única forma de mantener a Sean Grace a raya era confrontarlo para repelerlo. O, en este caso, aislarlo.



En el interior de la habitación, los chicos habían terminado de vestirse y se miraban en el espejo felices de su imagen. En especial Taylor, quien comenzaba a creer que su rostro tenía mucho más potencial del que pensaba.

Dakho lo observaba divertido, recostado desde la cama y sujetando su cabeza con su brazo mientras lo veía fanfarronear frente al espejo.

—No sabía que eras tan vanidoso —dijo sonriente.

—No lo soy... tanto. Pero oye, parece que puedo lucir decente después de todo.

Dakho asintió. De hecho, estaba bastante satisfecho con oír eso.

—Estoy totalmente de acuerdo.

—Sí —afirmó con la cabeza—, creo que soy guapo.

—¿A qué te refieres con que «crees» que eres guapo? Cariño, eres todo un *material boy* —canturreó, haciendo referencia a la cantante favorita no oficial de Taylor.

Lo miraba de arriba abajo pensando en lo mucho que se parecía a Johnny Depp en *A Nightmare on Elm Stree*t, y lo mal que estaba

pensar en él de forma indecente.

—Oh, cállate.

—No miento. Te juro que, si estuvieras en mi año, cientos de personas se morirían por ti. Es más, dejarías toda una hilera de corazones rotos a tu paso.

—¿Qué hay del tuyo? —cuestionó con una ceja alzada.

Dakho sonrió ante su atrevimiento. ¿El chico estaba aprendiendo a coquetear? Probablemente sí, e iba a atribuirse ese logro.

—El mío está bien por el momento, gracias por preguntar —le contestó descaradamente poniéndose de pie al mismo tiempo. Taylor rio volviendo a verse en el espejo.

—Esto de la ropa está empezando a gustarme.

—Pasas demasiado tiempo con Haru —se burló Dakho.

—Lo sé, pero aprendo cosas interesantes con él.

—¿Como qué?

—Que las rayas horizontales te hacen ver más ancho. Y que los pantalones de campana ya no están de moda desde el 82.

—Pensé que dirías que te enseñó cómo hacer un arma con jabón o cómo bailar *tap*.

—Me enseñó a declamar, ahora le ayudo a ensayar su obra de teatro.

—¿Qué? ¿Y eso cuándo pasó? No creí que te gustara la actuación.

—Pues, descubrí que cuenta como actividad extraescolar, ya que él es el presidente del club y único miembro, al parecer. Puede firmar mi asistencia, así que después de todo es bueno para mi expediente. Además, necesito algo que hacer mientras estás entrenando.

—Entonces, ¿eres Julieta? —dijo levantando ambas cejas sugerentemente. Taylor le dio un golpe en el pecho—. ¡Auch! Solo decía...

Pero el chico negó apenado.

—De hecho, sí lo soy...

—¡¿Qué?! ¿En serio? Vamos. Muéstrame lo que has ensayado.

—No lo haré, apenas voy aprendiendo un monólogo.

—¡Por favor! —le suplicó mostrándole el labio inferior.

—¡Dije que no!

Dakho lo tomó de los hombros para sacudirlo.

—¡Te lo suplico! —Le mostró el labio inferior arrugando las cejas—. Eres muy injusto conmigo.

Chasqueó la lengua, derrotado. No había mucho que pudiera hacer, al final, sabía que iba a molestarlo de todas formas.

—Está bien, pero solo el fragmento que recuerdo.

Taylor suspiró sin poder negarse a hacer el ridículo. Tragó con fuerza serenando su rostro antes de recitar. La puerta de su habitación se había abierto lentamente; Moon estaba de pie en el marco intentando no causar mayor estrago en la escena.

—«La noche me oculta con su velo; si no, el rubor teñiría mis mejillas por lo que antes me has oído decir». —Levantó los brazos exclamando, pero su voz era ronca y suave—. «¡Cuánto me gustaría seguir las reglas, negar lo dicho! Pero ¡adiós al fingimiento! ¿Me quieres? Sé que dirás que sí y te creeré. Si jurases, podrías ser perjuro: dicen que Júpiter se ríe de los perjurios de los amantes. ¡Ah, gentil Romeo! Si me quieres, dímelo de buena fe».

Dakho conocía a la perfección esa historia. Un amor que no era permitido y una juventud que no valía nada. Se mordió el labio agregándole a las líneas del chico su propia esencia.

—Te quiero —dijo a secas, sin dejar de verlo jugar con su personaje. Taylor negó con la cabeza entendiendo lo que buscaba hacer.

—Ni siquiera lo intentes. Eres un terrible Romeo, Dakho —se burló dando un paso al frente para sujetarlo de la mandíbula.

—¿Sí? ¿Cómo te atreves a decir eso? —Los ojos de Taylor estaban clavados en sus labios, atentos a cada palabra del chico.

—Romeo es apasionado, es un poeta. Y tú eres un idiota.

—Soy un idiota que habla bonito, que es casi lo mismo. —Dakho tomó la muñeca del chico acariciando ligeramente su brazo—.

Podría derretirte con mis encantos.

—Romeo, eres incapaz de decir algo que logre impresionarme.

Taylor levantó la cabeza; llevaba un par de días con la sensación de querer tocarlo, pero sin poder lograrlo. Solo quería saber qué era lo que lo motivaba tanto.

—Hueles bien —le dijo—, ¿desde cuándo usas perfume?

—Desde siempre, claro...

—No estarás intentando conquistar a alguien, ¿cierto?

—Depende... ¿Funciona?

Suspiró y estuvo a escasos centímetros de rozar sus labios contra los de Dakho cuando el intruso en su habitación decidió hablar.

—Como director artístico de este equipo quisiera agregar un par de sugerencias a esta escena —dijo, causando que se separaran abruptamente—. Me gusta la atmósfera aquí, les doy un diez por su química, pero un tres por su falta de atención en el escenario.

Dakho cerró los ojos, molesto, y se volteó para ver a su amigo.

—¿Por qué carajos siempre apareces de la nada? Voy a ponerte un cascabel.

—¿Disculpa? —dijo ofendido—. Ustedes son demasiado descuidados, tienen suerte de que sea yo y no Sean Grace. ¿Qué crees que le pasará a Taylor si alguien los ve?

Taylor se acomodó los anteojos y carraspeó con la garganta, apenado. Haru tenía razón, su estúpida cabeza apresurada no le dejaba pensar con lógica. Se dio la vuelta intentando reescribir la escena y se dirigió a su escritorio

—¿En dónde nos quedamos?

Haru se rascó el cuello con la sensación de que tal vez se había excedido con sus palabras. Pero para Dakho, la forma en la que la mirada del chico cambió le hizo saber lo desesperado que estaba por dejar de esconderse. Y pensó en qué habría sido de Taylor sin él a su lado. Pensó en el pasado que le correspondía vivir; en un Taylor que se fue en silencio sin siquiera cuestionarse sobre la vida.

Dakho se acercó a la puerta y la cerró asegurándose de colocar el

seguro. Los chicos lo miraron con curiosidad cuando caminó por la habitación cerrando las cortinas de las ventanas una por una.

Entonces tomó una almohada de su colchón y se acercó a ellos.

—Es tarde, deberíamos salir ahora mismo.

—Aún no, debemos esperar a que Sean Grace y mis padres se duerman.

Dakho soltó una risa llamando la atención de los otros dos.

—Bueno, parece que tenemos tiempo para que obtengas tu merecido, Haru. Espero que sepas defenderte.

Taylor y Haru se miraron confundidos por unos instantes ante las extrañas palabras del chico, que tuvieron sentido un par de segundos después cuando Dakho levantó sus brazos para golpear a Haru con la almohada.

—¡Oye! —se quejó Haru tomando otra almohada para devolverle el golpe, pero al hacerlo, Dakho se movió de lugar, por lo que terminó golpeando a Taylor en la cara—. ¡Toma esto!

A Taylor se le desacomodaron los anteojos y fingió llorar por el golpe.

—No te atrevas a tocar a mi hombre —dijo Dakho retando al otro e intentando escudar con su cuerpo a Taylor—. ¡Venganza!

—Oh, no. Eso déjamelo a mí —respondió Taylor tomando un viejo oso de felpa de su cama. Lo lanzó con tal fuerza que su costura cedió y el relleno salió volando por la habitación e impactó contra Moon.

—¡Pelea! —gritaron los otros dos al unísono y se prepararon para librar una batalla campal entre los tres mientras reían.

La puerta estaba cerrada con llave.

Sean Grace en el pasillo quiso acercarse para tocarla y callar el alboroto que se escuchaba desde su interior. Se quedó de pie frente a la habitación, incapaz de tocar la puerta. Los sonidos particulares que percibió lo llenaron de culpa. Pensó en lo fácil que sería abrir esa puerta e intentar unirse, en lo mucho que quería saber qué era lo que unía a tres personas tan diferentes como ellos.

Las risas no se detenían; hacía tiempo que no se escuchaba tanta felicidad en esa casa, al menos no desde que era más joven. Su hermano gritaba ofendido —aparentemente estaba perdiendo la pelea— y Haru reía victorioso en una escena que le hizo pensar que Dakho suplantaba su lugar, mientras la vida avanzaba y su futuro se hacía más incierto.

Pero, sobre todo, pensaba en lo mucho que extrañaba a su hermano, y en que, quizás, también se extrañaba a sí mismo siendo genuinamente él. Suspiró intentando borrar esos pensamientos de su cabeza y retrocedió hacia las escaleras para bajar a la cocina. Entró y se sirvió un vaso con agua tratando de disipar su miseria mental, pero entonces escuchó que alguien lo llamaba en voz baja.

Confundido y algo temeroso, volteó hacia la ventana donde la silueta de una persona le chistaba. Abrió la cortina con lentitud y se encontró con su ángel de cabellos negros.

—¿SunHee? —miró el reloj en la pared para constatar la hora—. ¿Qué haces aquí? —farfulló en voz baja.

—Quiero disculparme, y yo... necesitaba —soltó aire pesadamente—, necesito hablar contigo.

Sean Grace casi se desmaya de la felicidad, y aunque trató de disimularlo, no pudo. Le sonrió intentando mantener la compostura.

—Si es sobre lo de la cárcel, olvídalo, no es la gran cosa y no fue tu culpa. Yo me lo gané por impulsivo —le dijo con una sonrisa cansada.

—No, bueno, sí, pero no es de eso sobre lo que quiero hablar —dijo un tanto ansiosa—, es algo urgente.

—Es demasiado tarde, ¿tus tutores saben que estás aquí?

—Piensan que estoy durmiendo; además, no pueden saberlo, han estado extraños últimamente y eso nunca es bueno.

Sean Grace lo meditó un par de segundos; sería demasiado imprudente y desconsiderado de su parte dejarla allí afuera. Entre sus padres cansados por el doble turno en la fábrica y la pijamada de

su hermano, nadie notaría la presencia de la chica.

El aire frío resopló por la cocina haciendo chillar las bisagras de la ventana.

—Pronto lloverá —dijo mirando hacia afuera—; si quieres hablar, entonces entra.

—No puedo estar mucho tiempo aquí.

—Entonces entra rápido —murmuró.

—Rayos... —dudó—. Está bien.

Volteó a ver hacia ambos lados para asegurarse de estar solo y le hizo señas para que avanzara, luego se acercó a la puerta trasera abriéndola con suavidad.

—No hagas ruido y sígueme —le dijo tomando su mano antes de salir de la cocina.

Revisó el perímetro antes de caminar, subiendo un par de escalones para cerciorarse de que las puertas de las demás habitaciones estuviesen cerradas. Luego corrieron por el pasillo para finalmente encerrarse en la habitación de Sean Grace.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó sentándose a la orilla de la cama—. Alguien podría...

—No te preocupes por ellos, tienen el sueño pesado. Y Taylor... él está entretenido.

Sean Grace parecía calmado pese a que creyó que estaría molesto con ella. La forma en la que sus ojos cansados la veían lo hizo flaquear.

—Yo... —dudó, a lo mejor estaba exagerando, pero no sabía cómo hacer esto.

Sean Grace se sentó a su lado, dejándose caer de espaldas sobre el colchón.

—Estás pálida. ¿Todo está bien? ¿Quieres que cierre la ventana? Hace demasiado frío.

—No, no, no —suspiró negando con la cabeza —, es solo que estoy nerviosa, no sé cómo decirte esto.

—¿Decirme qué? —Sean Grace volvió a sentarse correctamente

para verle de frente.

Estaba temblando, sintiéndose pequeña por la manera como cosas se le iban de las manos.

—Necesito saber algo. —Tragó con fuerza—. ¿Qué piensas del futuro?

Sean Grace bajó la mirada.

—¿Qué pienso sobre el futuro...? —murmuró—. No lo sé. Nunca he tenido un plan realmente. ¿Sabes? Y ahora simplemente espero que todo mejore.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que fue sincero sobre sus sentimientos con una persona, desde que pudo ser brutalmente honesto sobre sus aspiraciones y temores.

—¿Te asusta? —le preguntó SunHee con sus enormes ojos oscuros. Sean Grace podía ver en ellos incertidumbre, pero, aun así, pensó que, si debía confiarle sus secretos a alguien o a algo, sería a ellos.

—Mucho —declaró—, pero aún le tengo fe al tiempo.

—¿Fe?

—Dirás que soy un soñador, pero sí. —De su boca brotó una pequeña risa que a ella le provocó ternura—. Tendré a toda la afición gritando mi nombre; seré importante algún día, lo prometo.

SunHee se encogió internamente en su lugar. Sean Grace estaba soñando con las grandes ligas y ella estaba atada de manos.

—Quisiera tener esa determinación —le dijo.

—Eres asombrosa, sé que tú...

—Justo ahora, no sé qué rayos pasará con mi futuro —le interrumpió, abatida.

—¿Por qué lo dices?

Intentó hacerlo, pero no pudo. Su mente se nubló por completo y fue apenas capaz de cumplir a medias con el propósito de su visita.

—Mis padres... ellos quieren que regrese a casa cuanto antes.

—¡¿Qué?! Dijiste que te quedarías hasta el final de semestre.

—Lo sé...

—¿Qué hay de la universidad? Intentarías entrar a una universidad aquí para poder quedarte. ¡Ese era el plan!

—¡Sí, eso ya lo sé! —Se detuvo antes de decirlo—. Ellos tienen otros planes para mí, aparentemente.

—¿Y qué dijiste tú? Tenemos que hacer algo.

—Los tutores intentarán convencerlos de que me quede hasta terminar el año, pero es complicado.

—Y tú, ¿quieres irte?

—Tengo que.

—No, sabes que no es así. Se trata de ti misma, y tú... ¿quieres irte, cierto?

—Sean Grace, sabes que no. Pero lo arruiné todo y no podré lidiar con esto yo sola.

—No estás sola, yo estaré aquí.

—Sí, pero no es eso...

—¡¿Entonces qué?! —espetó con frustración, casi sin comprender su actitud.

—¡Eres demasiado inmaduro para entenderlo!

Sean Grace abrió la boca, sorprendido. Nunca creyó que le diría algo como eso.

—Tal vez lo sea, pero al menos soy honesto. Y si marcharte es lo que quieres, adelante, hazlo. —Sus ojos se volvieron brillantes por un momento—. Pero si no, debes entender que lo que estás haciéndote no es justo.

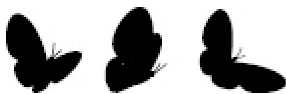
—Estoy consciente de eso. Lo único que puedo hacer es resignarme y esperar.

—Puedes quedarte conmigo hasta que el tiempo se acabe —dijo con miedo de su reacción.

Ella le sonrió conteniendo su tristeza. No podía hacerle esto a sus padres ni a sí misma; pero él... Maldición, sufriría al alejarse de él. De todas formas, ya la habían prometido para casarse.

—Lo haré —le dijo como si de un juramento se tratase, tocándole las mejillas con la mano cuando creyó que iba a llorar.

La noche era tan joven como ellos, y tan oscura como sus destinos escritos y sin remedio.



—¿Qué miras? —preguntó Taylor mientras sostenía un pequeño espejo desde su ventana hacia el exterior.

Dakho tenía la cabeza fuera del balcón para intentar ver hacia la habitación contigua.

—La luz de su habitación se apagó —murmuró—. Está dormido.

Haru se colocó su gorra al revés antes de acercarse a la ventana. Habían movido el escritorio de Taylor para evitar a toda costa que la puerta se abriera.

—Hora del *show*, chicos —dijo tomando su mochila y esperando lo mejor.

Con una gruesa cuerda bajaron desde el segundo piso hacia la terraza. Debían treparse por la rama de un árbol, en silencio, hasta deslizarse al piso. Dakho tomó la iniciativa y en menos de tres saltos se halló en la terraza. Luego bajó Haru, luchando por su vida para no hacer crujir la rama del árbol. Se balanceó aguantando la respiración y cayó al suelo flexionando ligeramente las rodillas.

Era el turno de Taylor. Tragó saliva pesadamente cuando se acercó a la orilla. Estaban en un segundo piso y, por alguna razón, la idea de caerse lo había estado persiguiendo constantemente. Tenía sueños donde caía al vacío, y ahora parecía que también lo estaban acechando en la realidad. Se quedó inmóvil ante la mirada preocupada de sus amigos. Haru entendió de inmediato su miedo y le hizo algunos gestos con los brazos.

A diferencia de los otros dos, Taylor siempre había tenido la cualidad de ser más fuerte que sus miedos. Respiró profundamente, dio un par de pasos inciertos sobre la rama y se sentó en ella con lentitud para luego sujetarse de la cuerda antes de intentar bajar,

pero sus manos sudorosas le fallaron y resbaló. Los otros dos chicos exhalaron sorprendidos y corrieron hacia él, en especial Dakho, que, en su calidad de deportista, se lanzó a tiempo para atraparlo antes de que cayera al suelo. Taylor tenía los ojos cerrados y solo esperaba el impacto de su cuerpo contra el suelo, pero cuando los abrió solo se concentró con alguien que lo rodeaba luchando por no caerse él también ante su peso.

—¿Estás bien? —le preguntó con sus enormes ojos oscuros.

El chico asintió sin poder hablar, percatándose de la cicatriz en la mejilla y de su expresión preocupada. No entendía por qué Dakho cuidaba tanto de él, y en realidad no quería entenderlo, solo quería tener toda su atención para él. Aunque tampoco entendía bien qué significaba eso.

Asintió en voz baja y se reincorporó, acomodando sus anteojos. No había tiempo que perder. Se separaron al llegar al centro de la ciudad. Haru caminó hacia el aserradero de su familia, temeroso de que su padre notara que se había robado las llaves de la persiana y del camión. Los otros dos caminaron hacia la arena donde el concierto se estaba desarrollando. A pesar de la hora había muchas personas en las calles, en su mayoría jóvenes que corrían con carteles, emocionados.

Bon Jovi se presentaba esa noche. Dakho sonrió pensando en que su madre del futuro moriría por tener la oportunidad de verlos en vivo, ya que era su banda favorita. Taylor avanzó sin miedo hacia la entrada, resguardada por cuatro hombres musculosos, y Dakho lo siguió sin entender aún cómo harían para ingresar.

La fila avanzaba y los nervios de Dakho crecían al no saber lo que Taylor tenía en mente. Solo esperaba no tener que golpear a nadie, porque, tratándose de su pastelito, no le sorprendería que atacar guardias fuese parte del plan. Se dio cuenta de sus nervios cuando llegaron a la entrada.

—Boletos —pidió el guardia. Dakho volteó a ver a Taylor sin saber qué hacer.

Pero se confundió aún más cuando Taylor sacó tranquilamente de su bolsillo dos boletos rojos marcados como exclusivos.

—Acá tiene —dijo amable.

—Bienvenidos, adelante —le respondió el hombre.

Dakho se acercó a su oído para decirle:

—¿Son falsos? —le murmuró.

—No.

—¿De dónde los sacaste?

—Dah, obviamente los compré, genio.

—No mientas —dijo incrédulo—. Se supone que estaban agotados. ¿Cómo los conseguiste? ¿Cuándo?

—Digamos que... —se rascó el cuello—. Se los robé a mi hermano para conseguirlos.

—¡Lo sabía!

—Sean Grace compró los suyos desde hace semanas. Pero está castigado, deprimido y yo le ofrecí dinero. Es un tonto, pensó que me había estafado porque se supone que nosotros también estamos castigados y al final nadie los usaría. ¿Pero qué crees? Yo gané.

—Eres un genio malvado, ¿o no, Taylor?

—Lo soy.

El humo y las luces eran increíbles, y el sonido los encandiló por completo cuando los músicos en el escenario gritaron anunciando la siguiente canción: *«Shot through the heart, and you're to blame. Darling, you give love a bad name...»*.

El sonido de las guitarras resonó por todo el lugar. No tenían tiempo para disfrutar el concierto, pero ambos se habían quedado hipnotizados por la música y el ambiente. Dakho pensó en que Sean Grace jamás lo habría dejado ir a un concierto de estos, y Taylor pensó en que nunca se habría atrevido a venir solo. Ambos conocían la canción, era una de las más esperadas de la noche y les fue imposible no cantar fuertemente mientras se mezclaban con la multitud.

Las luces de colores alumbraban sus rostros. Dakho intentaba

mantener su vista al frente para disfrutar, aunque sea un poco, el concierto, pero no podía, no cuando el verdadero espectáculo estaba a su lado moviendo los hombros y la cabeza al ritmo de la música. Quizás fue la canción o el destino, pero como un prisionero encadenado, su pecho se sintió pequeño, mientras miraba aquella sonrisa y esa espalda que le prometían el cielo, aunque sabía que lo llevarían directamente al infierno.

Comenzó a marearse; algo estaba cambiando de nuevo. Las historias de cualquier persona en la nueva línea de tiempo estaban mezcladas entre ellas, y repercutían en aquel que se atrevió a entrometerse en el destino. Las luces lo lastimaban. Su pulso se aceleraba y era incapaz de caminar entre la multitud. No podía respirar, sentía su garganta cerrándose mientras tambaleaba.

Las personas lo empujaban y le era imposible mantenerse en pie. Estaba agitado y sentía ahogarse cada vez que intentaba respirar. No podía continuar, se arrastró un par de pasos hacia atrás y cayó en el suelo mientras luchaba por mantener la calma. No había electricidad que pudiera lastimarlo, pero seguía siendo tan solo un niño con problemas que no sabía lidiar con el pánico de la multitud.

Demasiadas personas.

Demasiado ruido.

Poco aire.

Una historia dentro de la historia de otra que no conocía.

Taylor volteó a ver a su alrededor al notar la ausencia del chico.

—¡¿Dakho?! ¡¿Dónde estás?! —gritó a la distancia levantando los brazos en un intento de encontrar a su cómplice.

Apenas podía moverse debido a la aglomeración. Avanzaba con dificultad abriéndose paso entre las personas. Un chico a su lado levantó una pancarta que golpeó su cabeza e hizo que sus anteojos salieran volando, limitando aún más su visión. Taylor maldijo y se arrodilló para buscarlos entre los pies de todos, rogando al cielo que nadie fuese a pisarlos.

Tocó la grama hasta que finalmente los encontró. Parpadeó

recuperando su vista; entonces, alcanzó a ver los pies de Dakho a la distancia entre las piernas de todos. Se arrastró empujando a todos a su paso para llegar al lado del muchacho. Cuando estuvo junto a él, se inclinó para ayudarlo a levantarse. Tragó pesadamente; una sobrecarga con tantas personas a su alrededor era malo, muy malo.

—No aquí, por favor, Dakho. No aquí —le dijo, pero al verlo, lo único que encontró fue miedo en sus ojos.

No le importó el riesgo cuando lo tomó del rostro para obligarle a verlo; aliviado, respiró con fuerza cuando en sus manos no sintió ninguna clase de corriente; su electricidad estaba controlada.

—Yo... —exhaló abatido—, quiero salir de aquí. Son muchas personas, yo...

Quizás no siempre tenía que ver con sus experimentos; a veces, era más sobre sus traumas.

—Estarás bien, saldremos de aquí, pero tienes que levantarte —le dijo mientras la banda en el escenario tocaba una nueva canción —. Puedes hacerlo, has hecho esto muchas veces antes.

Las luces comenzaron a parpadear. Mierda, esa era la señal. Si sus cálculos eran correctos, Haru debía estar detrás del escenario en ese momento, tenían que irse ya.

—No puedo respirar.

—Es un ataque de pánico, eres más fuerte que eso.

La fragilidad de la mente de Dakho combinaba con la delicadeza de las manos de Taylor. Porque, aunque Taylor estaba afuera del agujero oscuro en el que se encontraba, sus manos parecían ser lo único que podía llevarlo a la salida.

—Ayúdame... —musitó—. No puedo conmigo mismo.

Taylor pasó una mano por su cabello. ¿Qué clase de recuerdo había tocado esto? No lo sabía, pero lo estaba golpeando internamente en todas las formas posibles, y lo peor es que ni siquiera era suyo.

—No hay nada ni nadie más. Solo somos tú y yo, aquí, justo ahora.

—Tay-Taylor... No puedo.

—Respira, estoy aquí.

Dakho abrió los ojos, incrédulo al observar una imagen inusual de su amigo: su cabello se había esponjado por el sudor y los cristales de sus anteojos no dejaban ver sus ojos, eclipsados por el reflejo de las luces. Tenía los labios entreabiertos. Su imagen lo hacía perderse; pero más que eso, lo ayudaba a persuadir su mente.

—Estás aquí... —masculló con una leve sonrisa cuando logró tranquilizarse, sabiendo que aquello que comenzó a abrirse en su pecho le causaría un dolor enorme si alguna vez tuviera que cerrarlo.

Nunca comprendió el amor de la misma forma que los demás. Y mientras que los sueños de Taylor estaban llenos de ambiciones y de luz, el sentimiento que apareció en Dakho lo golpeó con fuerza, tomándolo como rehén de su corazón.

Todo nacer es sufrimiento, pero, sobre todo, el nacer del amor.

Dakho apretó los ojos y se armó de valor para levantarse. Taylor lo imitó tomándolo de la mano para rodear a la multitud, el toque le erizó la piel mientras lo seguía sin discutir.

—Es la canción —le dijo—, tenemos veinte minutos para sacar las cosas. ¿Podrás hacerlo?

Aclaró su garganta, tenía que hacerlo. No podía fallarle a su equipo.

—Sí, hagámoslo —afirmó.

Taylor guardó sus anteojos antes de apretar los nudillos y la mandíbula. Entonces, le tocó el hombro a uno de los sujetos del público y antes de que pudiera voltear a verlo consiguió darle un golpe en el rostro haciéndolo enfurecer. Dakho empujó por la espalda a otro a su alrededor; cuando ambos tipos se voltearon, se miraron mutuamente con enfado, pensando que el otro estaba buscando problemas.

Los chicos retrocedieron viendo con diversión cuando comenzaron a gritarse entre ellos, luego la novia de uno de ellos le

lanzó su bebida al otro en la cara. Comenzaron los gritos y el bullicio entre la gente, poco tiempo después, se había armado una gran revuelta.

Dakho le dio la señal para salir cuando un par de guardias de seguridad llegaron intentando contener el disturbio entre el público. Taylor asintió, y con una mirada de aprobación corrieron hacia el estacionamiento donde una pared de concreto con una puerta metálica que solo podía abrirse desde adentro los separaba de la parte trasera del escenario.

Haru se encontraba ya listo en el interior del pequeño camión para comenzar a sacar las cosas. Retrocedió lentamente para dejar a Dakho subir en la parte trasera, quedando lo suficientemente alto para alcanzar el borde de la barda.

Era el turno de que hiciera honor a su cargo en el equipo; aún estaba mareado, pero debía actuar como quien no estuvo a punto de tener un colapso mental a media arena. Entonces, se asomó y, efectivamente, no había ninguna persona en el área de carga. Estiró sus brazos, colgándose del borde para luego impulsarse y caer en el otro lado.

Por dentro, la puerta era más rústica de lo que imaginó. Quitó los cuatro grandes pines que la aseguraban y luego la abrió de par en par para darle acceso a los otros dos hacia el interior. Haru y Dakho comenzaron a sacar todo lo que podían sin detenerse a pensar si era útil o no. Cargaron bocinas, cables, amplificadores y cualquier cosa que no estuviera fijada al suelo.

Mientras, Taylor se colocó sus anteojos de nuevo y corrió tras bambalinas buscando los controles de electricidad. No era la primera vez que saboteaba un concierto. Una vez lo hizo sin querer por meterse al vestidor de la cantante por equivocación, y ahora solo tenía que apagar las luces. Era sencillo.

El punto central de toda la electricidad estaba concentrado en un generador que parecía obtener energía del alumbrado público. En medio de todo el bullicio alcanzó a escuchar la bocina del

camión que le indicaba que era el momento de huir.

Conocía tan bien la canción que estaba sonando que esperó hasta el último segundo para desconectar el generador y llevarse la pieza que necesitaba para el suyo. Entonces, y justo a tiempo, los fuegos artificiales del escenario se activaron, contrastando con la falta de electricidad que causó al desconectarlo.

Los instrumentos se apagaron y el sentido de alerta de los guardias se encendió cuando los controles se quedaron sin energía. Una pequeña chispa brotó del cableado. Taylor no sabía si había tocado algo mal o si realmente tenía un talento oculto como pirómano, pero comenzó a oler a quemado: la había jodido. Todo quedó sumido en la oscuridad por un par de minutos. Taylor se quedó paralizado, no podía moverse ni salir.

Corrió a ciegas hacia la salida cuando escuchó pasos acercándose detrás de él y aceleró sus movimientos en un intento por huir. Lo único que podía ver eran las luces traseras del camión indicándole su destino.

—¡Date prisa, Kim! —gritó Haru desde la cabina del piloto encendiendo el motor del vehículo. Estaban sobre el tiempo y ninguno de los tres podía ser arrestado de nuevo.

Taylor corría detrás del camión en movimiento.

—¡Sube rápido! —gritó Dakho.

—¡El lugar va a incendiarse!

El cielo resonó con un gran trueno cuando las grandes gotas de agua comenzaron a caer.

—¡No creo que sea un problema! —le respondió con una gran sonrisa.

—¡Es un incendio eléctrico, tarado, el agua solo lo empeorará!

—¡Me parece que ellos ya lo saben! —gritó Dakho. Taylor volteó a ver y observó a los guardias demasiado ocupados con los extintores en la cabina como para enfocarse en ellos huyendo a la distancia.

Dakho estaba de pie junto a las cosas en la parte trasera del camión. Taylor logró alcanzarlos, alterado, y Dakho le extendió la

mano para ayudarlo a subir y una vez adentro cerraron las puertas. Cuando Haru escuchó el sonido del seguro, presionó con fuerza el acelerador para escapar. El empuje hizo tambalear a los chicos dentro del furgón.

No podían verse y aun así ambos estaban seguros de que el otro sonreía. ¿Estaba mal sentirse tan bien después de robar? Probablemente sí, pero ambos eran adictos a la emoción.

—¿Todo en orden? —le preguntó Taylor, aún asustado.

—¿Por qué no debería estarlo? —respondió cuando finalmente consiguió respirar con regularidad.

—Perdón por esto —dijo en voz baja, desconcertándole un poco.

Taylor palpó el pecho de Dakho. Se reprendió mentalmente al no poder frenar sus impulsos, cuando, en la oscuridad, se atrevió a robarle un corto beso en los labios. Taylor intentó retroceder, avergonzado, pero no pudo, ya que las manos de Dakho lo tomaron de los hombros.

—¿Por qué te disculpas?

—Yo... lo siento. No volverá a pasar.

—¿Quién te crees que eres? —le escuchó decir divertido mientras soltaba una pequeña risa.

—No puedo evitarlo, necesito saberlo.

—¿Saber qué? —El tono de pregunta en el aire se mezcló con la tibieza de su aliento. Taylor tembló cuando lentamente se animó a llevar sus brazos al cuello del muchacho para apretar su pecho contra el de Dakho. No era la pregunta que quería hacerle, pero tampoco sabía exactamente qué era lo que quería saber. Solamente buscaba aprobación en medio de su ignorancia para sentir algo por encima de su racionalidad.

—Tú también quieres besarme, ¿cierto?

—Me temo que sí —Dakho se quedó callado unos segundos. Luego se inclinó para devolverle un beso fugaz—, y mucho.

Taylor suspiró cayendo en la trampa del tiempo cerrando los ojos cuando Dakho juntó sus labios con los suyos. Y Dakho se sintió

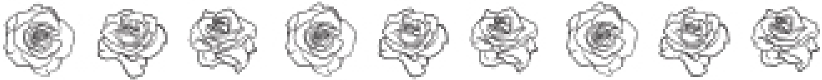
encadenado a sus brazos.

Quizás lo único que un incrédulo como él necesitaba para caer era encontrar aquella esencia que nunca creyó que existiera.

Porque existían muchos destinos y muchas vidas, pero el corazón escéptico de Han Dakho se aferró con ilusión a unos labios por primera vez en su vida.

14.

1 DE AGOSTO DE 1986.



El tiempo es una línea recta hecha con tinta oscura y permanente.

Cuando es alterada y una nueva línea aparece, algunos sucesos parecen fragmentarse para unirse a la nueva historia. De todas las historias que Han Dakho rompió, esta es la primera.

La noche en la que una fuerte tormenta azotó el condado Mariposa en California, Finnian Taylor Kim se vio acorralado en medio de los árboles del bosque. Estaba buscando respuestas a lo que creía era una conspiración a orillas del lago, pero lo único que había logrado conseguir era terminar a su suerte en medio de la oscuridad.

Las rosas tienen espinas.

Las primeras gotas comenzaron a brotar del cielo y empañaron sus anteojos. Siguió avanzando, pero le era imposible ver con claridad mientras el agua lo atacaba y lo hacía tropezar

contra las rocas. Un destello lo cegó por un par de segundos cuando iluminó completamente el cielo nocturno, casi aturdiendo al chico.

Su hermano lo había abandonado por una estúpida película, y a menos que quisiera terminar alcanzado por un rayo, necesitaba salir de allí justo ahora. Agitó la cabeza y comenzó a correr intentando esquivar las ramas de los árboles. La historia original y aquello que Taylor encontró esa noche no tenían nada de científico.

No tropezó; no había nadie en su camino; simplemente siguió avanzando mientras maldecía mentalmente a Sean Grace. Le importaban un carajo los experimentos y la gente alrededor del lago, así que huyó del bosque sin detenerse a mirar hacia atrás. La carretera estaba vacía y las gotas de lluvia le golpearon la espalda con rudeza. Su campo de visión era limitado y de no ser por la adrenalina, estaba seguro de que estaría temblando por el frío y por la ropa mojada pegada a su cuerpo.

Avanzó por el extravío hacia la zona residencial, corriendo por los jardines traseros de las casas. Entonces, la suela de sus Converse se deslizó sobre el asfalto mojado cuando intentó saltar la cerca de uno de sus vecinos. Finalmente, tropezó y cayó hacia su destino ya escrito. Se quedó adolorido sobre la acera mientras intentaba levantarse, pero encontró algo en lo que no debió entrometerse.

A pocos metros había otra persona igual de tosca que él en el suelo bajo la lluvia.

Era un chico que lloraba y tiraba de su cabello con fuerza. Estaba de rodillas entre la tierra y arrancaba las rosas en medio de su jardín. Gritaba, pero su llanto desgarrador era eclipsado por el sonido de la lluvia; aun así, Taylor fue capaz de contemplar la desesperación pura del dolor en esos ojos y la forma en la que parecía desear con ansias desaparecer mientras gemía.

Un alma necesitada.

Taylor reconoció a ese chico, estaba en la misma clase que su hermano. Lo miró con pesar y se levantó del suelo. Luego caminó hacia él transgrediendo una de las reglas que le había impuesto su

hermano desde que habían terminado en el mismo grado: no debía hablar con nadie cercano a Sean Grace.

—¡Oye, detente! —le dijo corriendo hacia el chico, tomándolo de los hombros para hacerlo reaccionar—. ¿Qué sucede contigo?

Augustus Moon levantó el rostro al verlo. Sus ojos estaban hinchados, su cabello pegado a su frente y sus manos temblaban de dolor al igual que el resto de su cuerpo. El vacío le ardía por dentro, tanto que sentía que terminaría por quemarlo.

La imagen del joven alto frente a él logró confundirlo por un segundo. ¿Qué clase de aparición era esa? Los anteojos, el cabello castaño y desordenado al igual que esas manos le hicieron pensar por un segundo que a lo mejor el arrepentimiento existía, cuando por un instante sintió haber regresado en el tiempo, pero supo que se había equivocado cuando reconoció a Taylor.

—¡¿Qué haces tú aquí?! —cuestionó entre sollozos. Él ya conocía al menor de los Kim y no era exactamente lo que esperaba.

—¡Lo mismo digo! —Moon parpadeó, no recordaba que ese niño fuera así de alto—. ¿Qué demonios estás haciendo? ¿Por qué estás aquí afuera? ¿Que no ves que hay una tormenta?

Taylor se pasó una mano por el cuello, preocupado; las manos de Moon estaban llenas de sangre. Las espinas de las rosas que había arrancado preso de su desesperación solo habían logrado desgarrar la piel de sus dedos y de sus palmas.

—Yo... yo... —¿Qué debía decir? No había una explicación coherente para lo que estaba haciendo. Respiró con fuerza y tartamudeó—. Mi abuelo...

Taylor levantó la vista hacia la casa. Las luces estaban encendidas a pesar de la hora, y había personas adentro, además de una gran guirnalda de flores en la puerta. No había que ser un genio para entender lo que había acontecido.

—¿Cuándo sucedió?

—Anoche.

El menor de los Kim asintió, nunca supo ser sentimental.

—Vamos, levántate. Entremos a la casa.

—No, es un maldito funeral. Hay muchas personas adentro, incluso tus padres están ahí. No quiero que nadie me vea así.

Taylor lo meditó por unos instantes, no podía dejar allí al chico. Sus heridas podían empeorar o incluso la hipotermia podría matarlo.

—Vamos a mi casa —le dijo—. Si mis padres están aquí, no habrá problema con que te ocultes un rato.

—¿Qué hay de tu hermano? —preguntó.

—Salió con una chica; relájate, estaremos bien.

Moon suspiró con fuerza, ahora más consciente del frío que caló en los músculos de su espalda. Su padre lo ignoraba, no tenía más a su abuelo y la persona de la cual esperaba recibir al menos el mínimo rayo de afecto que necesitaba se encontraba a un par de kilómetros de distancia viviendo un romance de película.

Estaba solo.

La única opción que tenía era la benevolencia que brotó del más joven de los Kim esa noche.

Volteó a ver por un segundo a su casa y asintió. Taylor lo tomó del brazo y lo hizo caminar a su lado. Corrieron bajo la lluvia dos casas a la derecha y luego entraron en la de los Kim por la puerta trasera intentando pasar desapercibidos en caso de que alguien hubiese regresado.

El mayor se tambaleó en las escaleras cuando siguió al muchacho hacia el segundo piso. Taylor cerró la puerta de la habitación con llave cuando llegaron y se dispuso a buscar algo en su clóset. El otro lo observó con curiosidad sin alcanzar a comprender por qué demonios había sido él quien apareció.

Taylor le lanzó una camiseta y un pantalón deportivo seguido de una toalla, y Moon se sentó a la orilla de la cama.

—Ponte esto —le dijo Taylor mientras él mismo comenzaba a secarse y cambiar su propia ropa.

—¿Por qué me dejas entrar en tu casa? —preguntó—. Es más,

¿por qué estás hablando conmigo siquiera?

—¿Por qué no lo haría? —respondió Taylor. Moon parpadeó, el chico parecía no saber nada.

—No lo sé, yo... soy raro.

Taylor terminó de vestirse y buscó entre su escritorio un par de vendas antes de volver a acercarse a él.

—Bienvenido al club —le dijo con gracia—, relájate, chico raro, enséñame tus manos.

Ladeó la cabeza, consternado, cuando lo vio sentarse a su lado y extendió sus manos hacia él para que lo examinara con delicadeza. Nunca había cruzado más que un par de palabras con el muchacho y ahora resultaba que quería ayudarlo.

No lo entendía, y se sentía estúpido al imaginar a través de él a su antiguo amigo cuando era un par de años más joven, pero le era imposible no hacerlo, eran tan parecidos, desde su cabello ondulado hasta la forma de sus hombros.

Taylor limpió sus manos con un poco de alcohol; luego retiró un par de espinas aún clavadas en su piel haciéndole arrugar la nariz y las cejas, para después colocar pequeñas vendas en sus dedos.

El chico tenía el rostro más pálido de lo usual debido al frío; pese a esto, su nariz y mejillas se tornaron rojas anunciando que, efectivamente, se había resfriado. Sus ojos oscuros lucieron tan grandes, y su completa imagen pareció indefensa ante un Taylor que nunca fue capaz de hacer un amigo por sí mismo ni demostrar empatía por otra persona. Quizás fue esa miseria mental aquello con lo que pudo identificarse, o quizás, simplemente, se había tropezado con algo que no supo definir. Taylor se compadeció de aquel que, incluso siendo mayor, parecía un pequeño a su lado.

—¿Por qué haces esto? —volvió a decir.

—¿Piensas que soy un tirano o algo así? Soy humano también, no podía dejarte.

Moon sonrió débilmente; había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien le había mostrado bondad.

—Gracias... supongo.

Taylor se acomodó los anteojos.

—¿Puedo preguntarte algo sin parecer demasiado tonto?

—¿Qué cosa?

—¿Sería muy cruel de mi parte decir que no recuerdo tu nombre? —declaró avergonzado.

Moon soltó una carcajada. Taylor era bastante despistado con las personas.

—Se supone que mi nombre es Augustus, pero es difícil de pronunciar y no combina con mi apellido —dijo, burlándose de sí mismo—, así que mejor llámame Haru.

El cabello oscuro de Haru se había esponjado cuando lo frotó con la toalla. Taylor sonrió; era frágil en comparación con él.

—Entonces, Haru... —Se acercó para retirarle un mechón oscuro de la frente—. ¿Qué tienes en contra de las rosas?

Se rascó el cuello; era una larga historia que no estaba dispuesto a contarle. Menos mientras el otro tenía el descaro de tocarle el cabello. A las afueras de la casa, el sonido del motor del auto de la madre de Taylor resonó, como anunciando la llegada de alguien más, seguido de las llaves de la puerta principal.

—¿Qué es eso? —preguntó Haru alejándose de él.

—Maldición, mi hermano está aquí —masculló asustado—. ¡Entra al armario, ya!

—¿Qué se supone que soy? —le dijo ofendido cuando el otro lo tomó del brazo para obligarlo a moverse.

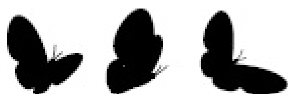
—Eres mi secreto, así que coopera, chico raro.

En la segunda línea de tiempo propiciada por la aparición de Han Dakho, en la que el menor de los Kim se tropezó literalmente con el descubrimiento de la década, esto jamás sucedió.

El ángel nunca fue lastimado por la primavera.

Augustus Moon se quedó solo bajo la lluvia, Han Dakho fue salvado por aquel castaño angelical y Taylor no descubrió aquello que lo hizo ser diferente al resto.

Hasta mucho después.



71 DÍAS ANTES DE...

—No, no, no. Lo haces al revés. Vamos a empezar de nuevo. —Haru volteó hacia el piano—. Dakho, música por favor.

—Deja de presionarme. ¡Hago lo que puedo!

Con el correr de los días, la etapa final del año había llegado, esa que estaba llena de festividades, alegría y dinero desperdiciado. Había muchas cosas en la lista antes de que las vacaciones de invierno llegaran y las bajas temperaturas comenzaran a congelar el lugar. Principalmente, el final de la temporada de béisbol escolar.

Era la semana de la semifinal; había emoción y altas expectativas en el aire debido al gran desempeño del equipo ese año, sobre todo gracias a su novato estrella. Pero a este en realidad no le interesaba lo suficiente, de hecho, en ese momento estaba en el auditorio practicando una mala obra en lugar de entrenar con el resto del equipo. Bueno, en realidad sí le importaba un poco, pero no podía perderse el ridículo que hacía Taylor cuando se equivocaba al decir sus líneas sobre el escenario.

—Debo hacerlo. Necesito tus habilidades pulidas para poder presentar la obra al público —le dijo Haru.

—¿Quién dijo que yo haría esto en público? —bufó agitando el libreto en sus manos.

—Tú, así que vamos, haz tu monólogo.

Sí, Dakho se divertía muchísimo viéndolo tambalearse sobre la madera del escenario. Habían llegado al acuerdo de que representaría a Romeo en la vista al público, porque, obviamente, dejar salir a Taylor en falda a mitad de la obra escolar, por mucho que quisieran, solo causaría que los golpearan, así que estaba

ensayando sus nuevos diálogos.

Dakho se levantó del piano y con un rápido salto subió al escenario junto a ellos.

—¡Eso intento!

—¡Pero debes decirlo con emoción!

—Chicos, chicos, chicos —intervino Dakho—, esto es sencillo, solo hay que agregarle un poco más de sentimiento.

—Oh, claro. Dakho, el robot del futuro, podría hacerlo mejor —Taylor alzó una ceja, burlón.

Dakho sonrió descaradamente y se precipitó a quitarle la copia del libreto en sus manos para darle una rápida ojeada a la escena.

—Por supuesto que lo haré mejor —lo retó.

Detrás de ellos se encontraba una escalera que simulaba la torre y una luna a medio pintar, cuya pintura fresca se escurría en el piso.

—Si lo que quieren es perder el tiempo, pues bien —dijo Haru—. Kim, sube a la escalera. Dakho, eres Romeo. Yo encenderé los reflectores.

Taylor suspiró y se movió un par de pasos hacia la escalera, subiendo los escalones y sentándose en la parte más alta mientras veía a Dakho. Las luces se volvieron tenues dejando apenas visibilidad; luego, un solo reflector se encendió hacia el centro del escenario, iluminando a Dakho, cuyas pupilas se contrajeron debido a la fuerte luz. Dio tres pasos al frente que resonaron en todo el lugar, desordenó su cabello entrando en personaje y volteó a ver a Taylor mientras este le sonreía con complicidad.

Entonces, aclaró su garganta y respiró profundamente antes de comenzar a hablar.

—Alto —exclamó abriendo los ojos en señal de sorpresa—. «¿Qué luz alumbra esa ventana?» —leyó con voz suave pero segura. El segundo reflector se encendió ahora hacia la falsa torre en donde él reposaba. Levantó la vista y contempló con asombro la imagen reluciente de Finnian Taylor desde lo alto—. «Es el oriente, y Julieta: el sol. Sal, bello sol, y mata a la luna envidiosa, que está enferma y

pálida de pena porque tú...».

Dakho se quedó callado cuando perdió la concentración. Estaba leyendo y había perdido el sentido de su lectura. Y es que las palabras escritas en ese papel no podían ser más adecuadas a la realidad. Más aún cuando los pantalones cortos que llevaba dejaban reflejar la luz en la piel de sus piernas.

—¿Yo? —dijo Taylor al notarlo divagar mentalmente. Parpadeó un par de veces, batiendo sus largas pestañas que detrás de esos cristales no hacían más que engrandecer sus ojos.

Dakho sonrió y colocó ambas manos en su pecho antes de seguir hablando.

—«...Tú que la sirves, eres más hermosa...». —Se arrodilló—. «...Dos de las estrellas más hermosas del cielo tenían que ausentarse y han rogado a tus ojos que brillen en su puesto hasta que vuelvan...». Maldición... —dijo negando con la cabeza y soltando su libreto—. «Porque la belleza que posees es inusual. Algo demasiado complejo para explicar y demasiado único para mostrárselo al mundo. Elegiría ser egoísta antes que dejarte a merced del destino, oh, amado mío».

Taylor carraspeó.

—Lo último no es parte del guion —le dijo.

—Lo sé —contestó Dakho aún de rodillas y sin dejar de mirarlo.

La actitud de Dakho siempre variaba, pero últimamente parecía haber entrado en otra etapa, una más ilusa. Quizás ninguno lo entendía, pero se sentía diferente.

Las luces se encendieron y un aplauso resonó en el aire.

—¡Excelente, Dakho! Kim —dijo Haru, volteando a mirarlo—, estás despedido.

—¡Oye, no seas grosero! Soy tu único actor.

—Es cierto —lo meditó—, quedas recontratado.

Dakho hizo una pequeña reverencia.

—Gracias, gracias. Fue un honor deleitarlos con mi presencia.

—Lo reconozco —dijo Haru regresando al escenario—. Eso

estuvo muy bien, apoyo la improvisación —levantó su libreto y le dio un golpe en el pecho con este—, pero no lo hagas en mi escenario.

Dakho soltó una risa mientras se levantaba. Caminó hacia la escalera para extender su mano y ayudar a Taylor a bajar lentamente. El timbre sonó y los chicos comenzaron a alistarse para salir del auditorio. Este era su período libre, Taylor tenía laboratorio de Química; Haru y Dakho, clase de Literatura. Y ninguno de los tres estaba realmente enfocado en sus estudios.

—¿Qué te pareció a ti? —le preguntó Dakho a Taylor.

Este se acomodó sus anteojos.

—Pudo ser mejor.

—¡Vamos! Te destrozaría en el escenario.

—Sigue soñando —le dijo dándose la vuelta para recoger sus cosas que estaban en el suelo. Pasó a su lado dedicándole una mirada retadora antes de darse la vuelta y avanzar lentamente.

Dakho tomó su mochila y se la colocó en el hombro antes de seguirlo. Dio un par de pasos y, al hacerlo, ambos notaron que el tercero de ellos se había quedado atrás.

—Oye —dijo Taylor—, ¿te sientes bien?

Haru se acercó; ser el tercero entre ellos lo hacía marearse. Asintió acercándose.

—Sí, sí. Solo me mareé por un segundo.

Dakho le puso la mano en la frente.

—Tienes fiebre —notó preocupado—. ¿No crees que deberías ir a casa?

—No es nada; me resfrié hace poco y parece que aún no me recupero —dio un paso y tambaleó un poco—, iré por un antigripal a la enfermería. Los veré después.

—Tenemos planes para esta noche, no lo olvides.

El chico asintió separándose de ellos lentamente.

—¿Planes? —dijo Dakho cuando se quedaron solos.

El otro le dio un golpe en el hombro.

—¿Tú también lo olvidaste? —Taylor abrió su libreta y señaló con

el dedo en una de las páginas—. Es día de pruebas experimentales, ¿recuerdas?

Dakho apretó los ojos. Habían pasado un par de días construyendo su extraña máquina del tiempo en la piscina de la escuela y aún les hacía falta probarla. La fecha estaba remarcada en la libreta, pero él tenía algo más que hacer.

—¿Tiene que ser justamente hoy?

—Sí —dijo—, no tenemos mucho tiempo antes de que octubre termine. Cuando empiece el invierno, el agua se congelará y será imposible intentarlo.

—¿Y que se supone que haré con el partido?

—No vayas y listo. —Taylor se quedó quieto y volteó a verlo con una ceja alzada—. ¿Realmente te importa el juego?

—Tal vez, no lo sé. —Se rascó el cuello—. Se siente extraño ser importante en el equipo, ¿sabes? Es algo estúpido pero genial a la vez.

Avanzaban por los pasillos de la escuela. El aire azotaba las puertas de los casilleros abiertos y en lo único que podía pensar era en que el invierno había llegado. Y el frío en sus manos no tardaría en aparecer. Dakho tenía un libro en sus brazos. Mientras caminaba, pequeñas tarjetas cayeron de este. Taylor lo notó y se agachó para recogerlas.

—¿Y esas notas? —cuestionó al ver su letra desprolija en ellas.

—Oh, cierto. Tengo examen de Literatura la próxima semana, así que estuve estudiando.

—Dakho...

—Ya sé, ya sé, ni siquiera soy un estudiante real, pero tengo que disimular un poco.

Taylor no se atrevió a decirle lo que estaba pensando. ¿Se estaba volviendo parte de esa realidad o solo le gustaba sentir que encajaba? Quizás ambas; la duda se clavó en su cabeza.

—Está bien, lo intentaremos antes del partido. Te tomará dos minutos llegar de la piscina al campo, así podrás estar en los dos

lugares, ¿te parece?

—¡Sí! Gran idea.

—Bien, superestrella —palmeó su hombro—, te veré a la salida.

Estaban frente al salón de Taylor; este abrió la puerta dándole una mirada preocupada a Dakho antes de entrar. La clase no había empezado aún, se sentó en uno de los primeros asientos y abrió su libreta para comenzar a escribir un título que había dejado de aparecer.

A B C

HD ⊄ 1986 ?

Han Dakho y... ¿sus secretos?

Lenguaje corporal cambiante.

Extrema preocupación o pérdida del sentido de importancia repentinas.

Empieza a crear una ilusión donde idealiza su realidad actual.

Se siente parte de ella, ¿o realmente lo es?

Miente. ¿Por qué?

realidad = ¿percepción + sentido común?

~~L1 | L2~~ $L1 \neq L2$

¿Qué oculta?

La cerró cuando el profesor entró y el resto de sus compañeros se acomodó correctamente en sus asientos. Se removió en su asiento suspirando, él sabía exactamente de qué hablaba el maestro, pero le había dejado de importar. Tanta inteligencia se había quedado en segundo plano el día que su mente descubrió que era capaz de ser algo más que un prodigio. Cerró los ojos y divagó fantaseando con las palabras tontas y los halagos del otro.

Estaba sentado en el borde, y sabía exactamente lo que pasaría si se dejaba caer.

Mientras tanto, en el ala sur de la escuela, Dakho prestaba atención a su profesora. El entrenador le había ofrecido un puesto titular que se vería muy bien en una solicitud universitaria, pero debía igualar sus calificaciones para poder mantenerse en el equipo.

Era estúpido pensar que lo estaba intentando cuando ni siquiera era parte de ello; aun así, era un reto que quería tomar. Ese puesto nunca debía corresponderle a él. Estaba sentado, solo; Haru ni siquiera apareció en esa clase ni en la siguiente.

En uno de sus períodos sintió un golpe ligero en su nuca. Era una bola de papel. Volteó a ver y se encontró con uno de sus compañeros del equipo.

—Oye, Han —chistó—. Saldremos para calentar antes del entrenamiento, ¿vienes?

—¿No es un poco temprano? —murmuró.

Volteó a ver a Sean Grace. Este no parecía estar prestando atención a lo que sus amigos decían, llevaba días distraído.

—Vamos, hombre. Almorzaremos también.

Dakho lo meditó; le parecía curiosa la forma en la que ellos habían comenzado a seguirlo después de que Sean Grace fallara un solo tiro.

Entonces asintió.

Uno de ellos se levantó; los otros lo siguieron sin incluir al mayor de los Kim. La profesora no se inmutó al verlos salir. Los muchachos caminaron por los pasillos hablando animadamente hasta salir de la escuela y llegar al campo de juego. Estaban corriendo como estúpidos y haciendo volteretas para impresionarse entre ellos. Era posible verlos desde los salones del segundo piso, incluso desde el salón en el que Taylor se encontraba.

La algarabía del exterior le llamó la atención. Y entonces vio a Dakho en su hábitat natural, bajo el sol y siendo el centro de atención. «Si esta fuese una historia, él tendría más madera de

protagonista que yo», pensó, sabiendo que el chico debería estar en clase en ese momento y aun así decidió ir con ellos. Pensó en que, incluso Dakho, viniendo del futuro, había logrado encajar, y él seguía siendo un inadaptado sentado junto a la ventana. Volteó a ver de nuevo hacia el campo y suspiró.

Quizás en otra línea, Dakho era como él. Pero en esta, ya no estaba tan seguro de que lo fuera. Dakho se divertía en la tierra; no había mucho dónde correr en Corea y toda su infancia se basó en las metálicas paredes de su apartamento en Seúl. El viento y los estragos del universo le hacían creer que, a lo mejor, era la oportunidad que merecía. Y quizás California nunca fue tan mala como imaginó.

Uno de los chicos apareció con una hielera y un recipiente lleno de algo que Dakho no supo definir; también le entregó unos vasos a cada uno.

—Hora del descanso, señoritas —dijo y comenzó a servirles.

Dakho lo tomó; estaba frío y era bastante espeso. Le dio una oportunidad y tomó un gran trago. Era salado, aunque no desagradable. Siguió tomándolo hasta casi terminarlo, realmente sentía que moriría de hambre y a juzgar por la cara de esos idiotas este era el almuerzo al que se referían.

—¿Qué se supone que es eso? —cuestionó cuando se lo terminó.

—Pura proteína, hermano.

—¿Qué? —Parpadeó confundido, no le estaba gustando hacia dónde iba eso—. ¿Qué tiene exactamente?

—Ya sabes —dijo otro de ellos—, huevos crudos, zanahoria, carne y no sé qué demonios más le agregó Tom.

—Esto es... —volteó a ver su vaso vacío y luego a los chicos repetidamente cuando las náuseas comenzaron a aparecer.

—Es su batido de la suerte. Nos dará la energía que necesitamos para ganar hoy.

Era momento de vomitar. Sintió que su estómago se cerró cuando luchó por tranquilizarse con todas sus fuerzas.

—Me tengo que ir —logró decir antes de dar un paso hacia atrás para alejarse.

Todos lo miraron confundidos cuando comenzó a correr. Y lo hizo por kilómetros sin detenerse.

Había estado haciendo esto a escondidas y hoy lo habían atrapado. Bueno, él mismo se había atrapado. No quiso esperar a Taylor o alguno de sus amigos. Solo siguió avanzando con la esperanza de que la brisa en su rostro disipara las náuseas.

La idea de que alguien lo viera vomitar le asqueaba tanto como el vómito mismo. Nadie en el maldito pueblo lo vería vomitar porque eso lo hacía sentir débil. Le hacía recordar a su padre empujándole la cabeza en el plato de estofado mientras él luchaba por no sacar todo el contenido de su estómago.

Por eso se contuvo cuanto pudo mientras avanzaba. Tal vez debió detenerse en el bosque, pero sentía que no era capaz de pensar. No quería pensar en cosas que habían dejado de importarle hacía muchos años, pero lo hizo y se sintió como un niño pequeño de nuevo.

Entró a la casa por la puerta de atrás. Soltó sus cosas en medio de la sala y corrió hacia el lavabo de la cocina donde finalmente comenzó a vomitar con tanta fuerza que intentó olvidarlo.

Siempre se había sentido culpable por lo que pasó. La señora Kim entró y lo miró preocupada.

—Cariño, ¿estás bien? —dijo poniéndole una mano en la espalda.

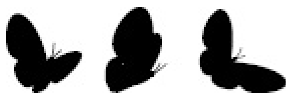
Se recompuso y abrió el agua del grifo, no quería que lo viera así. Comenzó a lavarse la cara y la boca con insistencia.

—Sí, mamá. No es nada —respondió temblando. Luego abrió los ojos cuando se percató de que la mujer no era su madre—. Es decir, señora Kim, estoy bien.

—Descuida, hijo. —Ella le pasó una mano por el cabello—. ¿Estás seguro de que no es nada?

Él asintió aclarando su garganta. Y apenado subió a la habitación

de Taylor. Se sentó en el piso y se quedó mirando el techo durante un largo rato.



Haru salió de la enfermería después de una siesta de tres horas. Luego de tomar un té de manzanilla con la enfermera y un analgésico, la camilla con cobertor de gatitos empezó a parecerle muy cómoda.

El timbre de la salida había sonado hacía un par de minutos y los pasillos de la escuela se habían quedado vacíos. Buscó al menor de los Kim y a Dakho junto a las escaleras de la salida; al no encontrarlos, comenzó a caminar por el estacionamiento suponiendo que se habían marchado ya.

Entonces, se quedó quieto cuando tuvo un mal presentimiento. Últimamente tenía la sensación de que alguien lo observaba.

Volteó a ver ligeramente solo para reconocer una camioneta que recurrentemente aparecía por la escuela o por su vecindario. Taylor Kim le había contagiado su paranoia, a tal punto que ahora creía que tal vez intentaban fotografiarlo. Pero no había nadie más allí, solo él y la silueta dentro de la camioneta blanca.

Se quedó quieto y la rodeó antes de salir del área de la escuela; no tenía tiempo para estupideces, así que, si querían joderlo, él daría el primer paso; entonces, se acercó para tocar la ventanilla del auto, pero alguien más le tocó el hombro haciendo que se sobresaltara.

—¿Qué haces todavía aquí? —le preguntó el desconocido—. Es tarde.

Su respiración volvió cuando reconoció al chico detrás de él.

—Oh, mierda. Eres solo tú —gruñó a Sean Grace y empezó a caminar hacia la acera exterior de la calle de la escuela.

—Luces extraño, ¿estás drogado o algo así? —dijo siguiéndolo

por el camino. Tenía una camiseta sin mangas, pero sus brazos estaban ocultos por un suéter celeste cuyo color nunca le quedó bien.

—Estoy resfriado, no es la gran cosa. —Caminaba lento bajo la vereda de árboles, inquieto por que el otro mantuviera el ritmo de sus pasos—. ¿Se te perdió algo o qué?

—¿A mí?

—Deja de seguirme.

—No estoy siguiéndote. Somos vecinos, idiota.

—Oh... —murmuró apenado. Era lógico—. Como sea.

Sean Grace soltó una pequeña risa.

—Deja de ser tan cascarrabias. ¿Qué tiene de malo que camine contigo?

—Que estoy seguro de que quieres un favor. Y no estoy interesado en ayudarte.

—Nah.... —dijo, restándole importancia—, estoy siendo agradable, para variar.

—¿El equipo te abandonó de nuevo, cierto?

—Uhm... está bien. Sí, admito que se fueron sin mí.

—Eres patético.

—Tú también regresas a casa solo. ¿Dónde están tus... —fingió una arcada—, tus amigos?

—No lo sé; tienen sus propios asuntos, supongo.

—Eres el menos necesario de los tres. ¿O no, tercera rueda?

—Eso creo. Pero está bien, al menos no tengo que almorzar solo.

Sean Grace se quedó callado.

—Lo siento por decir eso —soltó sinceramente.

—Estoy acostumbrado, descuida.

Sean Grace no sabía qué más decir. Era egoísta decir que estaba junto a él porque se sentía solo.

—¿Vendrás al partido de hoy? —preguntó. El otro arrugó el gesto.

—No, de hecho, tengo algo que hacer más tarde.

—Uh... —Alzó las cejas sugerentemente—. ¿Y eso que harás tiene que ver con mi hermano y sus mentiras?

—Joder, eres un fastidio. No te diré nada; no sé qué fue lo que pasó y, si lo supiera, tampoco te lo diría.

Habían avanzado un gran tramo de sendero y entrado en la zona residencial, llegando casi a su calle. El verano parecía ser algo ficticio al ver las ramas desnudas de los árboles y la suave llovizna que empezó a caer.

Cuando llegaron frente a la casa de Moon, este se dio la vuelta para caminar por su jardín, pero el otro lo siguió.

—¡Solo quiero conversar!

Suspiró molesto y se sentó en las gradas de su entrada, cruzando los brazos.

—¡Bien! Entonces habla y luego déjame en paz.

Sean Grace tragó en seco. Así de bajo había caído.

—Okey, está bien. Me atrapaste, necesito ayuda.

—Si es sobre tu hermano, puedes retirarte. Creí que ya habíamos acordado que ibas a dejarnos en paz.

—Yo no acordé nada. Además, esto no es sobre ustedes, idiota, es sobre mí.

—Siempre se trata de ti de todas formas.

Sean Grace le dio un pequeño empujón y se sentó a su lado en el pórtico de la casa.

—Deberías sentirte afortunado. Estoy a punto de contarte un nuevo episodio de la telenovela de mi vida.

—¿Debería? —Haru fingió emoción—. Oh, rayos. Es todo un honor.

—No seas cruel... Eres el único al que puedo contársela.

—No recuerdo haber aceptado ser tu confidente.

El otro ladeó su cabeza, quizás era una mala idea.

—Bien, debo irme. Aún tengo que recoger un par de cosas en mi casa antes del juego —dijo y se dispuso a irse.

Haru se mordió la lengua y lo tomó del brazo para evitar que se

levantara.

—¿Es sobre la chica, cierto? —Sean Grace asintió.

—¿Recuerdas la noche de su pijamada? Bueno... SunHee apareció en mi casa.

—¿En la noche?

—¡Sí! Ella... dijo que se marchará.

Haru frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Ni siquiera me dio una razón. Dijo que era cosa de sus padres, pero yo no le creo. Actúa como si estuviera ocultando algo. Maldición, pareciera que todos estuvieran ocultándome algo.

—¿Cuándo se irá?

—No lo sé; pronto, supongo. Volvió a evitarme y no logro comprender. Esa noche nosotros...

Negó con la cabeza.

—No hace falta que lo digas.

—¿Qué voy a hacer? No quiere hablar más conmigo. Tampoco me escucha.

—Escríbele una carta —sugirió de pronto—, y guárdala en su casillero. Ella parece una chica dulce, el tipo de persona a la que le gustan esos detalles.

—¿Y eso de qué serviría?

—Ella te escuchará sin necesidad de que hables, ¿entiendes? Las letras son poderosas. Incluso si se marcha, te llevará con ella.

—Ese es el problema, yo no quiero que se vaya.

Haru alzó una ceja, conmovido, y le dio una palmada en la espalda; en fondo, lo entendía.

—Escríbeselo entonces, es mi más humilde consejo. Algo tan profundo que haga que la lea una y otra vez hasta que sea tu voz la que escuche mientras lo hace.

Sean Grace soltó una risa casi inocente que golpeó a Haru con nostalgia. El alma de un escritor enamorado nunca podría alejarse de los versos a los que tanta alegría dedicó.

—Tus cursilerías y tú nunca cambian, ¿eh?

—Lastimosamente, no...

—Oye, tú sabes sobre escribir y eso, ¿cierto?

—¿Y eso te importa porque...?

—Necesito tu ayuda. ¡Eres la persona más inteligente que conozco!

—No mientas, vives con el genio de tu hermano.

—Bueno, sí, eres la segunda persona más inteligente del lugar después de él. Pero, oye, Taylor no sabe nada de sentimientos, pero tú sí.

—¿Gracias?

—Necesito que me ayudes a escribir un poema.

Haru intentó con todas sus fuerzas no echar a reír, pero no lo logró. Rio hasta que se quedó sin fuerzas, frente a la cara encendida de su interlocutor. Ver cómo aguantaba estoico sus burlas lo hizo cambiar de opinión. Tal vez no sería mala idea ayudarlo.

—Bueno, como dicen: «Es al separarse cuando se siente y se comprende la fuerza con que se ama» —citó alzando sus brazos.

—¿Tú inventaste eso? —le preguntó.

—Eso quisiera. —Soltó una pequeña risa—. Es de Shakespeare, ya sabes, *Romeo y Julieta.*

—Estás obsesionado con esa historia.

—Algo —dijo apenado—. Mi ensayo para la universidad es un guion adaptado de esa obra.

—¿Y está lleno de frases tontas como esa? —le preguntó.

—Están por todas partes.

Sean Grace se quedó pensando.

—Déjame ver —dijo.

—¿Mi libreto?

—Sí.

—Ni lo sueñes.

—¡¿Por qué no?! —lloriqueó.

—No te lo mereces. —Era demasiado humano para no darle su

ayuda—. Pero puedo darte algo mucho más interesante en su lugar. Espera aquí.

Haru se levantó del pórtico y caminó hacia el interior de su casa dejando a Sean Grace confundido. La tarde era joven y fría; aun así, estaba llena de culpa. Corrió hacia su habitación y tomó de su librero un tomo pequeño y polvoriento de los poemas de Emily Dickinson y se lo llevó consigo.

Estuvo a punto de regresar cuando aquellos cristales le llamaron la atención desde la repisa donde sus pinturas reposaban. Se acercó a tomarlos y los metió en su chaqueta antes de salir de la habitación.

—¿Qué demonios estoy haciendo aquí? —se dijo a sí mismo Sean Grace bajando la cabeza. Al hacerlo, logró ver las rosas que ahora habían cambiado de lugar desde la última vez que estuvo allí. Ahora estaban en el jardín principal alrededor de los escalones de la entrada.

Cuando la puerta volvió a abrirse, Augustus Moon regresó cargando con él un pequeño libro viejo.

—Ten; podría darte una o dos ideas, haz lo que quieras con él.

—¿Un libro? —cuestionó con la ceja alzada—. Sabes que yo no leo.

Haru sonrió vagamente y sacó los antiguos anteojos de Sean Grace.

—Lo sé —le respondió—, necesitarás esto también. Espero que aún sean de ayuda.

Los tomó confundido y con la boca abierta. ¿Cómo? O bueno, ¿Por qué?

—Todo este tiempo... ¿Por qué los guardaste?

—No preguntes.

Sean Grace los tomó sin terminar de entender el motivo por el que el karma se empeñaba en lastimarlo.

—Gracias... —dijo con desdén. El otro asintió.

—Ahora que ya sabes qué hacer, vete, tengo asuntos más importantes que escuchar tu melodrama de vida.

Sean Grace tomó su bolsa y se puso de pie; debía ir a entrenar antes del partido. Bajó un par de escalones, entonces volvió a ver las rosas.

—Oye, Moon —le llamó—. ¿Crees que podría cortar una?

—Claro —su mirada se tornó fría—, pero recuerda que si la tocas demasiado se marchitará.

Asintió y decidió regresar a cortarla después, para el momento en el que realmente la necesitara, que sería cuando hubiese escrito la carta para su amada.

Se despidió y caminó hacia su casa. Haru regresó al interior de la suya para lavarse el rostro desesperado y preparar sus utensilios para el experimento de esa tarde.

Una rosa y un atardecer.



Taylor regresó a casa luego de salir de la escuela y no encontrar a Dakho en el campo. Supuso que había salido con el resto del equipo. No le molestaba, en realidad. Bueno, quizás un poco, pero no había mucho que pudiera hacer sobre eso.

Al llegar a casa le extrañó ver la mochila de Dakho en el suelo de la cocina. Aún más extraño fue entrar a su habitación y encontrarse con Dakho en la alfombra, sudando mientras se ejercitaba.

—No sabía que estabas aquí —le dijo observándolo detenidamente al ver que no tenía puesta la camisa.

El otro le respondió con un leve resoplido.

—Me adelanté para ejercitarme un poco.

Su cabello estaba mojado por el sudor y su respiración era irregular.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo eso?

—No lo sé. ¿Dos horas?

—¿Debería preocuparme? —le dijo observando su cuerpo bajar

casi al nivel del suelo.

—¿Tienes algún motivo?

—Has hecho muchísimas flexiones ya... —dijo tratando de no ser muy obvio. Dakho rio mientras volvía a flexionar sus codos, haciendo bajar y subir su cuerpo nuevamente.

—¿Estás contándolas acaso?

—No...

—Si mentir te da paz mental, yo fingiré que no me siento acosado cada vez que me quito la camisa.

—Yo no estoy acosándote, me preocupas—. Taylor se levantó y carraspeó—. Haces demasiado ejercicio últimamente. Te estás convirtiendo en «uno de los chicos» —dijo haciendo comillas con las manos refiriéndose a los idiotas del equipo de béisbol.

—Lo soy, aparentemente —contestó tensando sus brazos, haciendo que el músculo de sus bíceps se marcara—. Relájate, un par de series más y habré terminado.

—Eras más llenito cuando llegaste aquí.

—Lo sé. —Su respiración resonaba, pesada, mientras sus omóplatos se mantenían expuestos ante los ojos de un curioso que quería tocarlos—. He hecho cosas de las que no estoy orgulloso.

—¿A qué te refieres?

Dakho dejó caer su cuerpo, su pecho tocó la alfombra. Entonces, se dio la vuelta para sentarse en el mismo lugar, flexionando sus piernas para luego abrazarlas.

—Soy selectivo con la comida. Pero aquí no puedo, es demasiado complicado.

—¿Hablas de la carne?

—He tomado suplementos por algún tiempo, ya sabes, para reemplazar algunos nutrientes. —Se rascó el cuello—. Pero no puedo conseguirlos aquí; el deporte me provoca el doble de hambre, y yo... hice algo malo.

—¿Dakho?

—He estado comiendo cosas que no debería y luego intento

sentirme menos culpable haciendo ejercicio.

—¿Qué tanto?

—Mucho...

Taylor no entendía los ideales de Dakho, pero no tenía corazón para preguntarle qué lo impulsaba a pensar de esa forma. También sabía que no borraría la culpabilidad de su cabeza.

—Puedo preguntar la razón de que seas... ya sabes... así.

—Me preocupa que el consumo de carne dañe al planeta.

—Eso tiene sentido, pero no vale la pena que mientas.

Dakho suspiró.

—¿Quieres saber mi secreto?

—Si tiene que ver con tu dieta extraña, sí —dijo con gracia.

—Cuando cumplí doce mi madre me obsequió un conejo mascota. Se burlaban de mis dientes en la escuela y eso me hacía pensar que, si él era lindo, yo también podía serlo. Era una estupidez.

—No, de hecho, es muy inocente. «¿Cómo se atreven? Su sonrisa es adorable», pensó.

—Papá dijo que eso era raro y quiso dormirlo. Él estaba ebrio y mi madre se opuso, se pelearon, ella terminó inconsciente en el suelo de la cocina y mi conejo...

—¿Dakho?

—Fue la cena de esa noche. Me hizo tragármelo pedazo por pedazo.

—Oh, mierda. Eso es escalofriante.

—Se divorciaron un mes después. Todo empeoró. Mi madre dijo que no quería estar cerca de un lunático como mi padre. Y él dijo que no soportaría ver cómo ella me convertía en un marica. Yo no pude comer carne en seis meses sin vomitar y luego... no lo sé, intenté encontrarle el lado positivo.

—Se llama trauma, Dakho. ¿Hablaste de eso alguna vez?

—No, y soy tan imbécil que me fallé a mí mismo. He estado comiendo cosas que tu madre deja en el refrigerador, comí una

jodida hamburguesa ayer —soltó una risa irónica—, maldición, creo que comí huevos crudos hoy.

—Parece que perdiste el camino —dijo con suave tono— no es el fin del mundo. ¿Está bien?

—Creo que tiré años de esfuerzo a la basura.

—No te preocupes, es solo un desliz. Ahora, relájate. Voy a preparar la cena. Te haré un poco de arroz blanco.

—¿Tú cocinarás?

—¿Por qué a todos les sorprende tanto?

—Tienes cierta reputación —se burló.

—Ya, deja eso y baja a ayudarme.

¿Taylor en la cocina? Le pareció tierno y peligroso a la vez. Pero quería acabar antes con sus series.

—Aún no, debo terminar —dijo flexionando de nuevo sus brazos.

—Apresúrate —dijo, y se dispuso a irse cuando el otro lo llamó de nuevo.

—En lugar de presionarme, deberías venir y ayudarme a terminar más rápido. —Dejó caer su cuerpo, soltando un grave quejido. Luego se acomodó en la alfombra doblando las rodillas—. Sujétame los pies.

Las pequeñas gotas de sudor caían lentamente por su cuello, mezclándose con su aliento caliente. Taylor tragó en seco.

—¿Qué dices? —cuestionó arrastrando sus palabras.

—Ya que estás empeñado en observarme, deberías venir aquí y ayudarme a hacer ejercicio. —Dakho soltó un pequeño jadeo, aún le faltaba mucho para terminar su rutina del día—. Ven aquí —levantó la cabeza para verlo detenidamente—, y sujétame con fuerza.

Taylor asintió, curioso. Luego se movió hacia él, temblando, y se arrodilló frente a Dakho, que le sonrió complacido. Dakho puso la espalda en el suelo y luego colocó sus manos detrás del cuello, dejando sus piernas flexionadas y sus pies fijos en el piso. Taylor colocó ambas manos sobre estos para evitar que se moviera. Empezó

su sesión de flexiones, sus rostros se acercaban en cada una. Dakho cerró los ojos, no pudo notarlo fantasear con la línea húmeda en su pecho.

—Quince... —dijo Taylor en voz baja cuando lo vio acercarse.

Su mente estaba completamente enfocada en el calor de su abdomen mientras comenzaba a contar en voz alta.

—Dieciséis ... —gruñó ya cansado de sus series anteriores.

Su espalda tocó la alfombra, entonces abrió los ojos; al levantarse se encontró con el cabello revuelto de Taylor y su mirada libre de cristales mientras le sonreía con perversidad. Volvió a bajar y Kim deslizó una de sus manos por la pantorrilla hasta subir a su rodilla, presionando sus uñas ligeramente en la piel.

Parecía que el sonido de la respiración de Taylor se hacía más y más fuerte en cada flexión, tanto como para aturdirlo y dominarlo. Cuando volvió a levantarse, se quedó quieto observando la mano del otro sobre sí mismo.

—¿Por qué te detienes? —le preguntó Taylor. Ambos se miraron por unos segundos en los que sus dos manos llegaron a las piernas de Dakho.

—No puedo concentrarme... Siento que pasará *eso* de nuevo.

—¿Qué cosa?

—Por alguna razón, siempre que tenemos una conversación profunda terminamos manoseándonos —le dijo con gracia.

—Y luego vamos a fingir que no pasó nada. Es algo muy nuestro, ¿no te parece?

—¿Entonces no soy el único que lo piensa? —Dakho soltó una carcajada.

—Desafortunadamente, no... —dijo Taylor. Se quedaron quietos antes de comenzar a reír escandalosamente.

Dakho divagó un segundo en el que la coraza de escepticismo del chico pareció desaparecer. Nunca lo sabría, pero él era la única persona con la que Taylor podría ser él mismo. Su yo real no solo pensaba, también sentía mucho.

—Necesito saber algo —dijo mordiéndose el labio.

—¿Sobre el experimento?

—No, sobre ti.

—¿Qué quieres saber?

—Taylor... ¿sientes algo por mí?

—¿Por qué la pregunta?

—Quiero saber... ¿Qué sientes cuando te toco?

La mirada de Taylor estaba fija en él, parecía inquebrantable y llena de una locura que deseaba poseer.

—Siento insectos en el estómago.

Dakho soltó una risa inocente.

—¿No querrás decir mariposas en el estómago?

—Las mariposas son insectos, lepidópteros, de hecho.

—¿Cómo puedes decir eso en un momento como este? —se burló—. Eres la persona más pura del maldito universo. ¿Lo sabes, cierto?

—Yo no estaría tan seguro de mi «pureza» —le respondió divagando entre su cuello y sus clavículas—, si es lo mismo que sientes tú cuando te toco, cuando estás conmigo.

Dakho alzó una ceja ante sus cuestionamientos, llevando una de sus manos al mentón del chico para sujetarlo mientras veía sus labios.

—Yo siento arañas en el estómago —le dijo burlándose de su respuesta.

Taylor negó con la cabeza.

—Las arañas no son insectos, tarado. Son artrópodos.

Dakho tragó saliva y aguantó un suspiro.

—Insúltame todo lo que quieras, sabelotodo. Nunca sabrás lo que siento.

—¡No es justo!

Llevó su mano a la suya y la colocó encima mientras el otro acariciaba su mejilla con lentitud, cediendo ante su piel y el abismo.

—Taylor... —lo llamó en un leve susurro, esbozando una

pequeña sonrisa casi incrédulo de lo que estaba por decir.

—¿Sí?

—Tú me haces sentir real.

Apenas abrió la boca cuando se aproximó a besarlo atrayendo todo su cuerpo sobre él. Taylor se acercó y colocó una pierna de cada lado dejando a Dakho en el medio y sentándose sobre su regazo para sujetarle del cuello. Era adicto o estaba obsesionado; o quizás solo era un joven emocionado.

No podía dar crédito a lo que sus impulsos le llevaban a hacer. Taylor quería tener más de él mientras deslizaba sus labios sobre los suyos; tenía miedo de dejar de respirar si se alejaba de él. Dakho estaba seguro de que, aunque existían ya demasiados escritos sobre la belleza en el mundo, ninguno era capaz de definir con precisión lo hermoso de esa piel trigueña que se estremecía con cada toque.

Era como un sueño, como una canción cuyo compás avanzaba a medida que los ojos del otro se perdían en los suyos. Y lo peor era que todas esas cosas que alguna vez lo llenaron parecían vanas, haciéndole pensar que su vida nunca tuvo un significado hasta ese momento. Sentía al doscientos por ciento.

Su aliento lo hipnotizaba. Para Taylor, era una clase de atracción física mezclada con el estímulo mental que necesitaba, y eso estaba volviéndolo loco. Era una sobredosis de dopamina, pero esto solo aumentaba las palpitaciones de su pecho, y lo hacía confundir el mareo constante con la excitación y no con lo que realmente era, y eso lo puso sobre aviso.

Taylor empezó a moverse sobre Dakho, mientras este cerraba los ojos, fascinado con los avances de su proyecto personal. Dakho no tenía ni la más mínima idea de lo que había hecho para merecer esto, pero no iba a detenerse a preguntárselo, estaba disfrutando demasiado al sentir al chico sentado sobre su ingle mientras lo besaba desesperadamente.

Quemaba; le quemaba demasiado.

Le hacía pensar en si él realmente había cambiado algo en la

historia del muchacho. Siempre parecía como si ocupara el lugar de alguien más: en el campo de béisbol, en el bosque y ahora entre sus piernas.

Dakho estaba lejos de comprender que había caído en el centro de una telaraña, y se había unido no solo a la historia de aquel inocente que lo encontró esa noche, esa que sin querer atravesó y que marcaba el inicio de una tragedia para Kim tomando el lugar de su verdugo; sino también a aquellas en las que osó entrometerse con malicia. Y eso sin contar que mantuvo a flote un experimento que debió perecer esa noche.

El cuento del ángel, su verdugo y los amantes mártires.

Estaban atados, y aunque su destino era incierto, en él recaía la responsabilidad de llevarlos ilesos al otro lado. Quizás era preciso preguntarse qué fue lo que debió pasar la noche que apareció y qué pasaría el día que decidiera irse. Pero no le interesaba, era egoísta y estaba cegado, cegado por un amor que nunca había experimentado y unos labios que al morder los suyos le hacían perder la cordura. La forma en la que Taylor lo besaba le hacía reflexionar en que era, en efecto, el hombre más afortunado del mundo.

No; la sola idea de pensar en compartirlo le removió el estómago. Incluso si se trataba de un pasado del que ya no eran parte, no quería que nadie más se atreviera a colocar sus manos en la cadera de Taylor de la forma en la que él lo hacía justo en ese momento. Subió una de sus manos por su espalda dándole pequeños toques, y cuando finalmente llegó hasta su cuello, enredó sus dedos con delicadeza mientras saboreaba sus suaves labios.

Sí, era egoísta. Aún más cuando se aferró a la vana idea de que quizás su existencia estaba destinada a poder tocarlo. Se encerró en la idea de poseerlo.

Quizás Dakho había nacido para adorarlo.

—Tengo que entrenar... —murmuró contra sus labios— p-para el juego.

A lo mejor en otra línea Taylor se había chocado con alguien más, pero nunca encontró ni amor ni compasión, mucho menos esa euforia que venía junto a las manos que lo tocaban de tal forma que lo estremecían sin dañarlo. Y esos ojos que, aunque estaban llenos de dolor, eran incapaces de herirlo. Sí, Han Dakho era todo lo que le gustaba.

—Lo sé —le respondió Taylor separándose ligeramente de él para respirar agitado y mirarlo con ojos llenos de brillo—, pero no me interesa —declaró acercándose a su oreja para besarla.

Dakho estaba sudando, sí. ¿Eso qué? Había mucho de excitante en eso, según Taylor.

Sintió tanta seguridad y supremacía que la sonrisa que esbozó estremeció el pecho de su acompañante, que llevó sus manos a la orilla de la camisa del chico y comenzó a subirla. Taylor levantó los brazos para ayudarlo a retirarla.

Dakho no esperaba que Taylor comenzara a besar su cuello, succionando la piel debajo de su mentón mientras le clavaba las uñas en los hombros. Al parecer, quería devolverle las marcas que accidentalmente le había dejado días atrás. Dakho puso sus manos en la espalda baja, ansioso por saber qué tan lejos estaba dispuesto a llegar esta vez; quería sentir a Taylor subir y bajar sobre él cuanto antes, y no estaba seguro de si aguantaría mucho tiempo más.

Metió una de sus manos por encima del pantalón corto del muchacho, tocando con descaro su pene, lo que causó que Taylor alzara la voz en un gemido grave. Quiso comenzar a bajar el elástico de las prendas que lo protegían, pero se abstuvo de hacerlo cuando un fuerte golpe resonó detrás de ellos, seguido de un intento por abrir la cerradura.

—¡Oigan, idiotas! —gritó Sean Grace desde afuera. Dakho tapó inmediatamente la boca de Taylor después del gemido—. Abran la puerta.

Ambos intentaron levantarse rápidamente. Taylor se colocó la camiseta a toda velocidad, la voz de su hermano había logrado llevar

su libido de diez a cero en tan solo unos segundos. A Dakho no le dio tiempo de vestirse; no tenía idea de dónde estaba su camisa, así que simplemente se sentó a orillas de la cama, inclinándose hacia el frente para intentar disimular su aún notoria erección.

Taylor se acercó a la puerta, suspiró para mantener la calma y luego quitó el seguro.

—¿Qué quieres? —le dijo molesto a su hermano.

—¿Por qué siempre cierran la puerta con llave? —cuestionó con una ceja alzada.

No quería admitir que los espiaba, pero esta vez sencillamente se había acercado inocentemente a la habitación de su hermano.

—Porque es mi habitación y puedo hacer lo que quiera con ella —le contestó a la defensiva—. Pero ese no es asunto tuyo, en fin, ¿qué quieres?

—Lo que digas, tonto —respondió—. Mi ducha se descompuso y vine a usar la tuya.

Sean Grace tenía una toalla alrededor de su cintura y los miraba con curiosidad, en especial a Dakho, que sudaba y estaba a medio vestir. Tenían las mismas marcas, y él realmente intentaba no pensar en tonterías, pero había comenzado a angustiarse más de lo debido.

Dakho parecía ser una buena persona; un imbécil, pero una buena persona. Alguien incapaz de hacerle daño a su hermano, pero no sabía si atribuirle sus actitudes a la extraña confianza entre ambos o a algo más. Después de todo, él siempre fue alguien intuitivo, y justo en ese momento no sabía si le preocupaba más que su hermano se hubiese vuelto un mentiroso, sus alucinaciones o...

Sean Grace tenía miedo de tener razón.

Taylor rodó los ojos.

—Haz lo que quieras —le dijo—, yo iré a hacer la cena.

Taylor se movió hacia la puerta y salió de la habitación para ir a la cocina. Dakho tomó su camisa ante la mirada juzgona de Sean Grace, que lo miraba con el rostro serio.

—Creo que iré a ayudarlo —dijo, incapaz de ponerse de pie sin

evidenciar su erección.

—Par de fenómenos —le respondió dándole la espalda para caminar hacia la ducha.

Dakho tenía que controlar sus impulsos mejor o encontrar un lugar más tranquilo para estar a solas con Taylor. Agitó la cabeza; se regañó mentalmente antes de ponerse de pie. Marty McFly estaría muy decepcionado de él. Se colocó sus zapatos, tomó su bolsa para el juego y salió de la habitación un poco más tranquilo.

En la cocina Taylor tarareaba una canción que no supo identificar, pero se veía gracioso mientras movía la cabeza y servía dos platos. Había unas flores pequeñas en la mesa y se movía arreglando el mantel.

—¡Oh, eres tan romántico! —dijo sonriendo desde el marco de la puerta.

—Cállate, soy detallista. Es diferente.

—Veo que has mejorado al intentar seducirme.

—Come y deja de molestar. ¿Quieres? —le respondió frustrado por sus burlas—. Tenemos prisa, ¿recuerdas? Come rápido.

—Se te bajó la calentura y ahora sí te importa el tiempo, ¿eh?

—Ya volví a ser coherente.

—No te cohíbas, no olvides que la seducción es un arte.

Taylor le dio un pequeño empujón en el pecho para alejarlo ganándose una sonrisa burlona de parte del otro.

—Aquí no, genio. Aún hay mucho por hacer. La próxima vez que estemos solos me la vas a pagar.

Después de una rápida comida salieron de casa cargando con ellos la ropa deportiva de Dakho y el equipo de seguridad para el experimento. Habían tomado la bicicleta de Sean Grace, porque perdieron la de Taylor la noche que fueron a prisión. Avanzaron a través de la vereda de árboles hasta llegar a la escuela. Una vez en la piscina, Dakho dejó sus cosas en el azulejo de alrededor y se quedó con una ligera camiseta y un pantalón corto. Tenían media hora para esto y luego debía ir al partido.

—¿Cuál es el plan, profesor Kim? —le dijo bromeando. Taylor sacó una cinta adhesiva gris y la utilizó para pegarle cables en la sien y en las muñecas.

—Básicamente, conectaré las cuatro torres, buscando dirigir la energía del alumbrado público hacia un generador conectado al cableado alrededor de la piscina contigo en el medio.

—No sé, eso suena doloroso. ¿Para qué necesitas eso?

—No tengo un voltímetro, pero necesito estar al pendiente de tus cargas eléctricas.

—¿No vas a freírme vivo, cierto?

—En realidad, si mis cálculos son correctos, tu cuerpo debería repeler las cargas o bien conducirlas.

—Solo espero que realmente logremos avanzar con esto.

—¿Estás listo?

—Eso creo —le contestó no muy seguro.

Dakho fue hasta el borde de la piscina y se sentó en ella para luego introducirse lentamente en el agua. Primero sumergió sus piernas, castañeando los dientes debido al frío. El agua le llegaba casi hasta el cuello; levantó la cabeza para evitar tragar agua e intentó llegar al centro. Haru apareció en la reja antes de que llegara.

—¿No es muy tarde, cierto? —les dijo.

—Justo a tiempo para verme morir frito —le gritó Dakho desde el agua—, ¿dónde estuviste todo el día?

—No me creerían si se los dijera —respondió.

Taylor alzó una ceja y se colocó sus gafas de seguridad; Haru tomó la careta de soldadura y también se la colocó.

—Bien, quiero que relajes tu mente. Cierra los ojos y no pienses en nada por el momento. —Dakho tomó aire y relajó su cuerpo. Tenía un mal presentimiento sobre esto—. Vamos a repetir el primer experimento. Hablaremos, intenta mantenerte consciente. ¿Lo tienes?

—Lo tengo.

—Entonces, cuéntame sobre tu madre. Lo primero que se te venga a la cabeza.

—Le gusta fumar y hace críticas muy acertadas al Gobierno.

—¿Ese es el primer recuerdo que tienes sobre ella?

—Es realmente buena escuchando.

—Dime más, algo más personal.

Dakho hizo una pausa y Taylor le hizo señas con las manos a Haru para que encendiera el interruptor de su generador. Las luces alrededor de los laterales se encendieron; Dakho y su energía estaban estables.

—Hacía galletas en Navidad y me dejaba decorarlas, aunque lo hiciera terrible.

—¿Y eso es importante para ti?

—Es un gran recuerdo; no he comido una de esas galletas en años.

—¿Por qué? —La luz parpadeó.

—Paso Navidad en casa de mi padre desde los doce.

—¿Y tu padre? ¿Qué hacías con él?

—Me llevó a esquiar una vez. Me caí y tuve la pierna inmovilizada por un mes.

—No suenas triste.

—No lo fue; se sintió tan culpable que me compró un enorme oso de felpa y lo usaba como títere para hacerme reír.

—Parece que tienes buenos recuerdos de él.

—Algunos.

Taylor necesitaba una reacción más fuerte para entrar en su subconsciente.

—¿Qué hay del divorcio?

—¿Qué esperas que te diga? Tomaron caminos diferentes. —Si Taylor pensaba usar su conversación para provocar una reacción, estaba demente.

Ahora el alumbrado público también pareció subir de intensidad. Haru retrocedió cuando la luz comenzó a lanzar

pequeños destellos en dirección a las bobinas de los cuatro extremos de la piscina.

—Funciona... —masculló, y Taylor asintió antes de seguir hablando.

—Quiero que vayas a ese día y me digas que puedes ver.

—Fue hace mucho tiempo...

—Hazlo, ¿dime qué ves?

—Salí a buscar hojas y ramas para mi mascota. Era un poco tarde y yo los escuché pelear.

—¿Qué más? —Su pecho comenzó a temblar. Y su respiración se volvió pesada a medida que la electricidad en él crecía—. ¿Por qué peleaban?

—No lo sé. —Las descargas se volvieron más fuertes, todo su cuerpo se sintió pesado y él creyó que se hundiría.

—Sí lo sabes.

—¡Ya te dije que no lo sé!

—Estaban peleando por tu culpa, y lo sabes.

—¡No!

—Kim, basta. Esa cosa lo lastima —intentó detenerlo Haru, pero Taylor siguió hablando. Necesitaba elevar su estrés al máximo.

—¿Entonces qué fue lo que pasó después? O antes, piensa en qué los llevó a ese extremo. Exacto, fuiste tú.

Dakho se removió en el agua, intentó salir, pero la corriente era ya muy fuerte. Tanto que entumeció sus extremidades y lo arrastró hacia el fondo. Todo se volvió negro de pronto, como si estuviera durmiendo, o eso creyó hasta que volvió a abrir los ojos.

Lo primero que vio fue el techo de su antigua habitación; había un póster de un Pokémon cuyo nombre ya no recordaba. Levantó sus manos y, al verlas, se sorprendió: eran pequeñas.

Se levantó de la cama y se colocó sus pantuflas. Sus juguetes estaban intactos y al verse en el espejo se dio cuenta de que era su versión joven la que estaba frente a él, estaba despertando de su siesta vespertina. Escuchó un chillido a su lado y volteó con incredulidad. Su blanco y peludo amigo lo

estaba saludando. Se acercó y abrió la jaula de su conejo para acariciarlo lentamente.

—Yo también te extrañé, Billy —le dijo—. Parece que necesitas una nueva rama para roer. Iré a conseguirte una.

Cerró la jaula y bajó de prisa las escaleras en dirección al jardín, sin percatarse de que sus padres estaban hablando. Al notarlo, se quedó quieto afuera de la cocina.

—Lo estás deformando —escuchó decir a su padre.

—Es solo un niño, déjalo tranquilo.

—Debería ser como los demás chicos de su edad, pero se la pasa hablando con ese animal todo el día.

—¿Y eso que tiene de malo?

—¡No es normal!

—No me jodas con eso. El hecho de que tú seas un enfermo de mierda no significa que el niño tenga que soportar tus tonterías. Si te molesta tanto verlo ser feliz, lárgate, la puerta está abierta. Mi hijo no te necesita tanto como tú necesitas mi dinero.

—Ya tiene doce años y actúa como un bebé. Y es tu culpa.

—¿Qué estupideces dices? —El hombre la empujó haciendo que su espalda chocara con el refrigerador.

Dakho quería moverse de ahí. Su versión adulta sabía lo que iba a pasar y aun así fue incapaz de moverse. Su recuerdo se había apoderado de él.

—Él está mal de la cabeza por ti y por la forma en la que lo mimas.

—Yo estoy actuando como su madre.

—¿Desde cuándo eres una buena madre? Nunca lo fuiste, ni antes ni ahora. No me vengas con esa mierda. Ni lo serás.

—Al menos yo intento mejorar.

—No intentes aparentar. Siempre has sido una perra.

No lo soportó más; le lanzó una bofetada ante la cual él solo frunció el ceño. Ella se arrepintió al instante, ya que sabía cuán violento era. Él le devolvió el golpe y la sujetó del cabello obligándola a arrodillarse. Con la otra mano le apretó las mejillas y la hizo mirarlo.

—Quiero el divorcio —logró decir.

—Eso te saldrá muy caro.

—Me das asco, oportunista.

Luego sonó un estruendo. Algo se había quebrado. La golpeó tan fuerte en la cabeza que tambaleó chocando con el gabinete. Dakho estaba allí y su consciencia mayor quiso intervenir haciendo que su pequeño cuerpo entrara abruptamente.

—¡Basta! ¡Déjala sola!

—Dakho, vete a tu habitación… —masculló SunHee.

—¡No! —Corrió con intenciones de empujar a su padre, pero este era veloz y más fuerte. Lo golpeó en el pecho haciéndolo caer detrás de la mesa.

—¿Tu hijo quiere ser un héroe ahora? —le dijo. Quiso levantarse, pero él la pateó y le negó el paso—. Tú aprenderás una lección esta noche, Dakho —la tomó del cabello—. Así es como se trata a la gente insolente.

—¡Déjala!

En la piscina, las luces habían comenzado a parpadear. La onda se expandía de tal forma que incluso las del campo de béisbol y la escuela a unos metros estaban por colapsar. Las personas comenzaron a angustiarse por la sobrecarga de energía.

Taylor vio a Dakho en el fondo, atrapado en su cabeza.

—¡¿Qué demonios hiciste, Taylor?! —gritó Haru.

—¡No lo sé! ¡Esto no debería pasar!

—¡Se está ahogando!

No podía acercarse sin sentir dolor causado por la estática.

—¡Tengo que entrar por él! —dijo quitándose sus anteojos.

—Si lo haces... morirás.

Taylor tragó en seco y volteó a ver hacia la piscina en donde Dakho estaba sin poder moverse. Estaba inconsciente en etapa de tetanización, un par de minutos más y dejaría de respirar; bueno, Taylor ni siquiera estaba seguro de que aún respirara. El viento azotaba las rejas de la piscina y hacía volar hojas a su alrededor. No sabía qué demonios había logrado hacer, pero estaba seguro de que el universo se había enojado con él.

—Lo sé.

Taylor corrió hacia el agua intentando sacar a Dakho, pero era demasiado arriesgado. El campo eléctrico alrededor de él era demasiado fuerte.

—¡Taylor! ¡No! —gritó Haru intentando bajar la palanca sin éxito. Sus experimentos amateurs eran la prueba de lo terriblemente mal calculado de su plan.

Algunos problemas son imposibles de resolver cuando se ignoran todas las variantes.

El viento empujaba a Taylor como intentando alejarlo del borde de la piscina. Haru levantó la cabeza buscando una solución, asustado; entonces se colgó del cable que unía la energía de las bobinas con el alumbrado público; logró que se soltaran y rompió el circuito.

Las luces colapsaron a la vez; no solo las que rodeaban la piscina, sino también las de la escuela, la calle y el campo de béisbol.

Taylor había caído al agua, y aunque era doloroso, parecía que no había más corriente dañina en ella, o al menos eso pensó.

Intentó con todas sus fuerzas llegar hasta el cuerpo de Dakho para intentar sacarlo, pero era demasiado pesado, se sentía incapaz de moverse. Taylor lo arrastró para llevarlo a un lado de la piscina donde había una pequeña escalera. Logró levantar su cuerpo y arrastrar al chico por el azulejo del exterior. Luego lo agitó por los hombros y se arrodilló a su lado para hacerlo reaccionar. Comprobó su pulso, pero aun así no se movía.

Si la sobrecarga acabó con el circuito eléctrico de la escuela, ¿qué podía causarle al cuerpo humano?

—Por favor, no. Por favor, despierta. —Comenzó a llorar sobre el cuerpo de Dakho—. Por favor.

El partido había comenzado desde hacía rato; el marcador estaba a su favor hasta que un fuerte destello los interrumpió. Sean Grace y el resto del equipo llegaron a la piscina y se quedaron consternados por la escena iluminada solo por la luna.

—¡¿Qué pasa aquí?! —gritó uno de ellos al ver al chico de

cabello negro que yacía en el suelo.

Sean Grace fue el primero en acercarse al ver a su hermano mojado y llorando desesperado. Haru estaba en el otro extremo del lugar, aferrado al barandal y pálido del miedo.

—Maldición, es Han —dijo cuando logró reconocerlo—. ¡Está inconsciente!

—¡Tenemos que llevarlo al hospital! —gritó otro de los muchachos cuando el revuelo se armó.

Haru se levantó y corrió hacia ellos para interponerse entre el equipo y los chicos que temblaban.

—¡No nos toquen! ¡Es peligroso! —advirtió Taylor—. ¡Atrás!

La incertidumbre estaba presente en el aire, al igual que la estática. Cuando Sean Grace dio un paso hacia atrás, todos los demás lo hicieron. Dakho, en medio de su trance, estaba escondido detrás de la mesa de su antigua casa mientras lloraba como el pequeño indefenso que era. Quería correr y necesitaba volver, pero no encontraba la forma de hacerlo. Esta parte de su subconsciente era algo que su mente había intentado bloquear durante mucho tiempo.

—Vamos, despierta. Te lo suplico, Dakho, quédate conmigo... —murmuró Taylor frente a todos.

Golpeó su pecho repetidas veces, haciendo presión para intentar sacarle el agua que había tragado; la piscina era profunda y se sentía tan mal por haber sometido a Dakho a sus peligrosas pruebas. SunHee apareció de entre la multitud y se acercó a ellos, evadiendo a Haru, que intentó detenerla. El magnetismo puro la atraía hacia él.

Había algo en ese chico Dakho que hacía que se preocupara por él. Y no lo entendía. Lo conocía muy poco, pero, aun así, era una extraña calidez la que la motivaba a ayudarlo.

Dakho se puso de pie en su trance, su madre estaba en el suelo y él no era más que un niño indefenso. Caminó hacia ella para intentar ayudarla a levantarse; pero al tocarla, vio sus propias manos,

que ahora eran grandes.

Solo era un recuerdo, y él no tenía por qué estar más allí. Agitó la cabeza y sintió hiperventilar hasta creer que colapsaría, pero contrario a eso, abrió los ojos sin saber con certeza en dónde estaba. Comenzó a toser cuando reaccionó, había regresado a su estado normal. Todo estaba oscuro, pero era capaz de reconocer las figuras a su alrededor.

La silueta joven de su madre desde arriba lo llenó de tranquilidad. Nada de eso había pasado aún.

—Estás aquí... —murmuró apenas la vio, alarmando a los que lo rodeaban. Pero algo había cambiado dentro de él, algo se había tornado vulnerable frente al dilema que apareció en su mente. Ella realmente la pasó mal por su existencia. SunHee no pudo contestarle. La multitud finalmente se acercó al chico, dejándola atrás entre las personas.

«Oh, no. Ha sido bastante malo esta vez», pensó.

—¡Dakho! ¡Despertaste! —dijo Taylor tocando sus mejillas. Apenas logró levantar la cabeza para ver a su alrededor y a las personas que le veían a la expectativa.

—¿Dónde estoy?

—California, 1986.

Él luchó por levantarse, pero no pudo. Respiraba con cierta dificultad mientras pensaba en lo jodido que había sido pretender regresar a su época de esta forma. No supo cómo sentirse respecto a eso, pues era el mismo Taylor quien lo había llevado a tal extremo. Quería regresar, sí, pero ya no estaba tan seguro de si era correcto. Taylor, su Taylor había logrado llevarlo a un lugar que era incapaz de controlar. ¿Cómo le explicaría lo que revivió?

—Taylor...

—¿Sí?

—No puedo más.

Se quedó allí con los ojos abiertos mientras reflexionaba en lo que había visto. Se había sentido tan real y ahora solo quería apretar

el botón de reinicio dentro de su cerebro para olvidarlo todo.

Quizás él era quien estaba destinado a salvarlo.

Dakho intentó levantarse. A Taylor no le importaron las miradas de Sean Grace y sus amigos cuando se lanzó a abrazar al chico mientras lloraba.

—Lo siento, lo siento. No sé qué haría si algo te sucediera. Perdóname, Dakho, por favor.

Sean Grace abrió la boca, sorprendido; él conocía esa mirada, él sabía que había algo diferente en su hermano, pero no se atrevería a decirlo. Él, mejor que nadie, conocía los estragos de la ilusión.

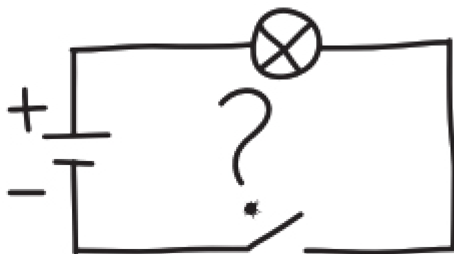
Devoción.

No había otra forma para definir lo que existía entre ellos.

La semifinal que se suspendió esa noche debido al problema eléctrico dejó el marcador a favor del equipo local, de modo que el equipo del condado Mariposa avanzó a finales.

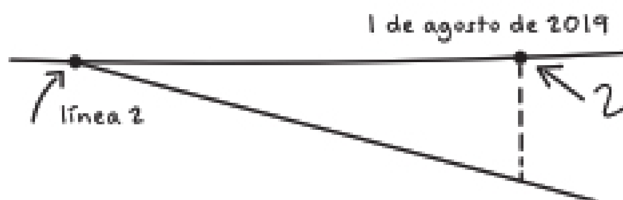
Y Dakho, ante las miradas de preocupación y los brazos de Taylor, se desmayó cuando comenzó a cuestionarse si realmente valía la pena regresar a su hogar.

Pero ¿es que acaso tuvo uno alguna vez?



15.

2 DE AGOSTO DE 2019.



El tiempo nunca se detiene.

Muchos piensan que tiene la capacidad de sanar las heridas, sin saber que el tiempo no cura, solamente es hipócrita para consolar. De los miedos, los errores y la agonía del alma, el tiempo es el primero en burlarse.

—Necesito la descripción completa del muchacho.

Las luces rojas y azules de la patrulla hacían lucir las sombras de los árboles un poco más tétricas que de costumbre. Todo el bosque había sido evacuado, en especial el área del lago, que estaba cercado con cinta amarilla para evitar que los turistas continuaran acercándose.

La Policía y los paramédicos se encontraban alrededor. El cielo había comenzado a oscurecer y Sean Grace no sabía qué demonios hacer, todo había sucedido muy rápido.

Agitó la cabeza e intentó enfocarse en el oficial que le hablaba.

—Disculpe, ¿qué dijo?

—Necesito una descripción física completa del muchacho —repitió con su bolígrafo en mano.

—Tiene cabello negro, estaba usando una chaqueta de mezclilla

oscura y una camiseta negra con letras rosas. Uhm, tiene perforaciones, varias perforaciones y... los ojos grandes.

El oficial asintió.

—Excelente, nos servirá para identificarlo. Por el momento, continuaremos buscando en los alrededores del lago mañana, en caso de que se encuentre en la orilla.

—¡¿En la mañana?!

El hombre pareció restarle importancia. Cuando esto pasaba, difícilmente encontraban respirando al desaparecido.

—En la mañana —volvió a decir el oficial duramente.

Sean Grace asintió; era apenas capaz de hablar por lo consternado que estaba, tenía una toalla en su espalda que le habían dado los paramédicos cuando lo sacaron del agua después de tranquilizarlo.

No había mucho que explicar, en el momento en el que Dakho cayó al agua intentó llegar hasta él, pero fue imposible. Alguna vez pudo moverse con facilidad, pero esos tiempos estaban muy lejos ya. El chaleco salvavidas lo mantuvo a flote el suficiente tiempo como para que otros turistas se alarmaran y llamaran a los guardabosques del lugar.

Le dolía el pecho y no sabía si se trataba de la falta de oxígeno o de la culpa. Se sentó en la parte trasera de la ambulancia sin dejar de temblar.

Había al menos diez personas con linternas recorriendo el lugar como parte del protocolo de rescate; pero él sabía que eso no llevaría a nada. La voz del oficial y de los guardabosques a la distancia lo tenían petrificado. Y es que ellos, aún después de horas y con todos sus intentos, no creían que fueran a encontrar algo en realidad. Al menos no hasta dentro de un par de días.

—Creen que está muerto, ¿no es así? —murmuró para sí mismo. Él, que creció en ese lugar y que había visto la voracidad del lago de cerca, no fue capaz de tener esperanza—. Yo también lo creo.

Se escuchó bullicio del otro lado; Sean Grace levantó la cabeza

con desdén y encontró a su esposa discutiendo con un policía que no la dejaba pasar del área acordonada.

Levantó una mano para que ella lo encontrase; al hacerlo, él se levantó de prisa e intentó correr hacia ellos, pero nuevamente su pierna lo traicionó y cayó sobre la tierra. Gimió de dolor y de rabia en un triste intento por ponerse de pie; ella llegó a su lado y lo tomó del brazo para ayudarlo.

Después de tanto tiempo, seguía arruinando todo. Estaba perdido; era inútil y completamente patético.

Logró ponerse de pie a tientas, mientras su esposa lo miraba asustada.

—Amor, ¿te encuentras bien? ¿Qué sucedió? Recibí la llamada del oficial.

—Yo... —Levantó la mirada lleno de pesar.

—¿Dónde está? —preguntó alterada—. Dime por favor que lo encontraron.

—Llevan horas buscando, dijeron que... —respiró con fuerza—, dijeron que lo buscarán en la mañana.

—¡¿Qué?! Sean... eso significa que...

Él se acercó a ella y dejó caer su cabeza sobre su hombro cuando comenzó a llorar. El chico no se merecía esto, y ella tampoco. Ninguno de los tres merecía seguir sufriendo. Carraspeó con la garganta cuando un nudo se formó en ella, y entonces, finalmente, fue capaz de hablar.

—Desapareció, perdí a nuestro hijo —dijo él mientras luchaba por no tartamudear.

Ambos se abrazaron en medio del llanto desesperado. Ninguno de los dos podía hacer esto. No otra vez.



60 DÍAS ANTES DE...

La luz de la mañana es amigable. Está llena de bondad y buenos deseos.

Dakho estaba en cama; al abrir los ojos, lo primero que encontró fueron los rayos de sol colándose por la ventana y el olor de chocolate recién preparado a su lado. Habían pasado un par de días desde su último colapso y le había tomado un poco más de tiempo recomponerse.

Sin embargo, eso no era un problema: gracias a su divina intervención, el circuito eléctrico de la escuela había fallado, y, por ende, las clases habían sido suspendidas hasta la siguiente semana.

Se sentó en la cama de Taylor y estiró sus brazos. Aunque probablemente debieron llevarlo al hospital, no lo hicieron. Taylor sabía que eso despertaría demasiadas sospechas. Es decir, ir a urgencias por un par de golpes era algo sin importancia, pero ¿qué se suponía que dijeran? No podían simplemente aparecer con un chico cuyo cuerpo parecía tener un repelente de energía adherido, por lo que decidieron encargarse ellos mismos del problema.

El chico tenía razón, siempre la tenía. Sí, no había pisado el hospital; pero Taylor y la señora Kim lo habían estado mimando tanto que se sentía como si tuviera la atención del mejor hospital de todos. Tomó su chocolate de la mesa de noche y le dio un gran sorbo, dejando que calentase todo su interior antes de dejarlo nuevamente en su lugar. Después de las cosas que había visto, se sentía vulnerable.

Cuando el director de la escuela preguntó qué había sucedido, Taylor y Haru reaccionaron asustados inventando una historia de cómo ellos inocentemente estaban limpiando la piscina cuando el sistema eléctrico colapsó y que Dakho había intentado arreglarlo. Dakho pensó que era una explicación patética, pero el director pareció creerles. Y eso era más que suficiente.

Ahora solo les restaba mantener oculto su generador y recalcular los datos, pero lo cierto era que ninguno de los tres tenía la valentía para intentarlo de nuevo. ¿La onda eléctrica les había afectado? No

lo sabían, pero de lo que sí estaban seguros era de que habían logrado hacer algo extraordinario. Y que, si tan solo tuvieran el resto de los apuntes, podrían controlarlo mejor.

Pero hoy no había tiempo para experimentos.

Dakho se levantó animado; el calendario junto al escritorio de Taylor le confirmó aquello que había estado esperando. Finalmente, octubre había terminado, o bueno, casi. Era el último día del mes y eso significaba que era uno de los días favoritos para Dakho.

Oh, sí, su amado Halloween había llegado.

Para él representaba un día de vandalismo con dulces de por medio, ¿cómo no amarlo?

Escuchó el sonido de la ducha apagarse. Taylor saldría en cualquier momento, así que caminó hacia el armario y se escondió en él. Taylor salió del baño a medio vestir y con el cabello aún mojado; tomó una toalla y comenzó a secarlo. Notó que Dakho ya no estaba en la cama y supuso que había bajado a comer algo.

Se acercó al armario para buscar una camisa limpia, pero al abrir la puerta Dakho saltó hacia fuera.

—¡Feliz Halloween! —le gritó, asustándolo.

—¡Ahhh! ¡¿Qué rayos te pasa?!

—¡Estoy emocionado!

—¡¿Y por eso tienes que asustarme, idiota?!

—¡Sí, esa es la idea del Halloween!

—No puede ser —maldijo—, será mejor que me quede en casa hoy.

—¡¿Qué?! ¡No! Hay que salir a pedir dulces más tarde. ¡Ya sabes! ¡Con disfraces, huevos y papel higiénico!

—Yo paso, gracias.

—¿Por qué eres tan aburrido?

Taylor lo empujó. No era un escéptico sobre las fiestas, pero en realidad no le agradaban mucho. En especial, Halloween. Para él, significaba terminar colgando de algún árbol con el ojo morado y sin zapatos. Bueno, al menos así fueron últimos diez años.

—¡Es tonto!

—¡No lo es! —Dakho se sentó en la cama, volvió a tomar su chocolate entre ambas manos mientras lo miraba con los ojos abiertos y una mueca de tristeza.

—Los idiotas querrán meterse con nosotros, lo sé.

—¡No puede ser que les tengas miedo! Eres un tipo de casi metro ochenta que siempre está de mal humor.

Taylor tomó una camiseta sin mangas y se la puso. El nuevo cambio de actitud de Dakho según sus estudios incluía demasiada energía física y una actitud casi infantil.

—Siendo honesto, me sorprende lo mucho que he crecido en estos dos años. Cuando Sean entró a preparatoria yo apenas le llegaba al hombro y ahora somos casi de la misma estatura.

—Estás a nada de ser más alto que él.

—Eso creo.

—¿Lo ves? Es algo positivo.

—Sí, al menos ya no quepo dentro de los casilleros —se burló de sí mismo.

Dakho quiso decirle algo grosero, pero su nariz cosquilleó y no pudo resistirse a estornudar. Apretó los ojos sabiendo lo que le esperaba.

Taylor se alarmó y caminó hacia él.

—¿Estás resfriado? —le preguntó con preocupación—. ¿Malestar, dolor, mareos, náuseas? —Volteó a verle los pies—. ¿Por qué estás durmiendo sin calcetines de nuevo? Tendré que volver a revisarte la presión.

Oh, no. Había despertado a papá oso.

Negó con ambas manos, él ya había tenido decenas de exámenes y de revisiones por el paranoico Taylor. Y precisamente hoy no quería pasar el día entero en cama como los últimos días.

—No, no, no. Me siento genial, ¿ves? Todo luce bien en mí.

Taylor tomó su libreta del escritorio para revisar el control de su sujeto de prueba. Su última revisión había sido hace dos días y todo

parecía estar en orden.

Mientras lo hacía, el moretón en su brazo llamó la atención de Dakho.

—¿Qué te sucedió en el brazo? —preguntó.

—¿Qué cosa? —Taylor volteó a mirarse en el espejo, entonces notó unas marcas violáceas ligeramente más abajo de su hombro derecho.

—Ahí —señaló—, tienes un moretón. Luce como si alguien te hubiese golpeado.

Taylor pareció restarle importancia, le interesaban más sus apuntes.

—Ah, eso. Tengo varios iguales en las piernas —confesó—, es mi culpa por ser torpe.

—Comienzas a preocuparme, quizás deberías revisarte a ti mismo.

Taylor se colocó también sus anteojos y se cruzó de brazos molesto para mirar al inocente Dakho que solo quería evitarse esta situación.

—No intentes cambiar el tema, jovencito.

—¡Ya te dije que estoy bien!

—¿Seguro? —se acercó preocupado.

—No tienes que monitorear todo lo que hago —respondió Dakho rodando los ojos.

—¡Claro que sí! Te tengo en observación.

—Tú siempre me tienes en observación.

—Sí, pero ese no es el punto.

Dakho terminó su chocolate, dejó la taza en la mesa y se levantó.

—Relájate ¡Estoy bien!

A Taylor no le importaban sus palabras. Caminó hacia su escritorio y buscó en la gaveta el termómetro, lo tomó y caminó de regreso hacia él.

—Casi te vi morir ahogado y pides que me relaje.

—¡Te juro que estoy bien...! —No pudo terminar de hablar; en el

momento en el que abrió la boca, Taylor le había colocado el termómetro en ella para monitorearlo.

Lo observó detenidamente para que no se moviera y luego de unos minutos le retiró el objeto.

—Uhm... parece que no tienes fiebre.

—Estás siendo ridículo.

—Perdón por preocuparme por ti.

—Oh, vamos. No deberíamos estar peleando, deberíamos estar camino al centro.

—No creo que sea necesario salir.

—¡Es Halloween! Hazlo por mí —dijo sacudiéndolo.

Taylor suspiró; nada iba a quitarle esas ideas de la cabeza, ¿cierto?

—Está bien, pero volveremos antes de que anochezca.

—Eso es suficiente para mí —dijo feliz—, ahora, lo siguiente importante en la lista es encontrar un disfraz.

—Los disfraces de mi hermano de hace un par de años están en el cuarto de limpieza, podría ir a buscarlos.

—¿Ves cómo todo se resuelve? Tú ve a buscarlos y yo tomaré una ducha.

Dakho le palmeó la espalda antes de pasar a su lado, en dirección al baño. Taylor miró su libreta abierta y pensó en los últimos detalles del experimento. Dakho parecía renuente a dejarlo solo, o tal vez estaba demasiado interesado en leer sus apuntes. Así que este era el momento indicado para anotar sus descubrimientos de los últimos días.

Por supuesto que fallaron al no medir riesgos, pero Dakho había logrado moverse a través de un espacio dentro del plano. De lo poco que logró explicar, manipuló las acciones dentro de uno de sus recuerdos. Y Taylor no entendía cómo ni por qué, pero si lo que decía era real, y él no estaba demente, quizás la solución sería manipular un recuerdo en específico para encontrar una salida.

Se acercó al escritorio, pensando que, a lo mejor, encontrarían la

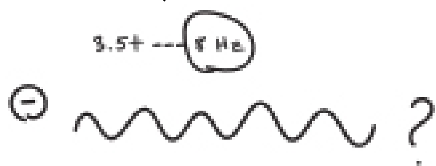
respuesta si regresaban al lago, pero sabía que el cuerpo de Dakho no lograría estar muy cerca de la corriente eléctrica. Ya había colapsado tres veces sin contar la noche que lo encontró. La primera, en la bañera; la segunda, cerca del lago y la tercera, dentro de la piscina.

Pero ¿cómo resistía su cuerpo? En especial, su cerebro. Abrió los ojos pensando que a lo mejor había estado enfocándose demasiado en su cuerpo y no en su cabeza. Tomó su lápiz y comenzó a morderlo mientras intentaba sacar una nueva hipótesis para sus teorías.

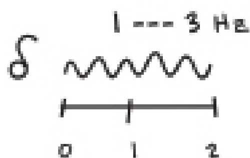
Si el cerebro humano emite suficiente energía para encender un bombillo, ¿cómo se regulan las ondas eléctricas cerebrales en su caso particular? Sabía que existían distintas clases de ondas, recordaba haber leído sobre eso en alguna parte, pero le faltaba información.

Así que comenzó a anotar:

Han Dakho y sus ondas cerebrales:



Anteriormente se descartó la posibilidad de una lesión cerebral; mantener en observación.
Podría repercutir en cambios de actitud regulando su respiración y corazón.



Sobrestimulado.
Buscar información de ondas delta y theta.

Cerró su libreta y apretó los ojos. Se sentía cansado, últimamente parecía que no lograba dormir lo suficiente, además de que constantemente le dolía la cabeza. Escuchó cómo Dakho cantaba en la ducha; entonces recordó que no se encontraba solo y que debería estar buscando los disfraces.

Escondió su libreta dentro de la gaveta del escritorio. Se levantó y caminó fuera de su habitación; entró al pequeño cuarto de limpieza y comenzó a buscar entre las repisas, pero no encontró nada.

Arrugó la nariz. La última vez, la caja de disfraces estaba allí, entonces regresó a su habitación y abrió su armario. ¿Había olvidado dónde los guardó, quizás?

Se arrodilló para buscar en el fondo sin encontrar nada. Dakho salió del baño, se había duchado y caminaba vistiéndose por la habitación mientras veía al chico revolver las cosas del armario. Si no estaban allí, solo quedaría revisar un lugar: el ático.

Tomó una escoba del armario y ambos avanzaron hacia el pasillo de su habitación. Taylor la utilizó para jalar de la cuerda que estaba pegada al techo en la entrada. Como cualquier casa de la época, la entrada al ático constaba de una escalera plegable que aparecía cuando se jalaba de la pequeña compuerta en el techo. Su padre había puesto mucho esmero en esa casa. Taylor terminó de jalar la escalera y comenzó a subir lentamente por ella para asegurarse de que aún funcionara.

Cuando estuvo arriba, Dakho lo imitó subiendo uno a uno los peldaños de madera para llegar hasta el oscuro interior del ático.

—Vamos, sube —lo llamó desde arriba.

Era la primera vez que estaba ahí. Se sentía en una película, era un lugar espacioso, aunque no muy alto, en el que había cajas y otras cosas por todos lados. Estaba hecho de madera y había una pequeña ventana en una de las paredes.

Siguió a Taylor, quien parecía buscar entre una de las cajas.

—¿Encontraste algo?

El lugar estaba más limpio de lo que esperaba, había olvidado que uno de los castigos de Sean había sido limpiarlo.

—Deberían estar aquí —dijo molesto—. Creo que mi hermano los tiró. Supongo que nos quedamos sin disfraz.

Dakho lo vio, decepcionado; dio un par de pasos hacia atrás y chocó contra unas cajas haciéndolas caer al piso.

—Oh, mierda —dijo inmediatamente y se arrodilló para recoger los adornos que habían caído al suelo.

Taylor soltó una carcajada al verlo.

—Dakho, deja de jugar con los adornos de Navidad, ¿quieres?

Dakho entrecerró los ojos. Parecía que a Taylor le divertía su torpeza. Tomó un par de esferas navideñas y las colocó dentro de la primera caja acompañada de unas luces.

—Lo siento, es que adoro la Navidad —dijo sarcásticamente intentando arreglar todo.

—Uy sí, se nota.

Se paró y dio un vistazo a su alrededor. Siempre quiso disfrazarse para Halloween y nada iba a detenerlo.

—Eres un aguafiestas; Halloween inicia la mejor época, las fiestas. Así que no mates mi espíritu.

—No olvides mi cumpleaños, es casi en Año Nuevo.

—¿Lo ves? Es la mejor parte del año.

Dakho comenzó a abrir las demás cajas y a buscar entre los estantes.

—¿Qué crees que haces? —le preguntó el otro.

—Busco algo con qué poder disfrazarnos.

Taylor negó con la cabeza al verlo caminar por el lugar y se movió hasta donde estaban las cosas de su antigua habitación.

—¿En serio esperas que salgamos a pedir dulces?

—No, quizás estamos muy viejos para eso; también pensé que podríamos salir a repartirlos y hacer una que otra broma.

—¿Qué cosa?

—¡Sí! Es una gran idea, ¿no te parece?

—Estás muy bondadoso hoy, ¿eh? ¿Y eso a qué se debe?

De todos los cambios que había tenido la actitud de Dakho, este era el que más le sorprendía. Una extraña mezcla de inocencia y optimismo que le parecía casi irreal.

—Mi cerebro está dañado, ¿qué esperabas? No lo sé, solo pensé que sería divertido.

Taylor se recargó contra un viejo colchón que estaba allí.

—Podríamos ir a comprar dulces si quieres —sugirió cómplice.

Dakho volteó a verlo emocionado y asintió, pero algo detrás del chico llamó su atención.

—¿Eso es otro colchón? —le preguntó caminando hacia él.

—Sí. Sean Grace y yo tuvimos una litera cuando éramos pequeños. El otro colchón es el que tenemos extra, abajo en mi habitación.

—¿Hablas de mi supuesta cama?

—Exactamente.

Dakho notó que había varios osos de felpa, también libros de cuentos y muchas frazadas.

—¿Por qué tienen todo esto aún?

—Uhm, a nosotros... —se rascó el cuello avergonzado—, nos gustaba subir a jugar aquí. Construíamos un fuerte con todas estas cosas, incluso dormíamos aquí. Supongo que ninguno de los dos quiso deshacerse de esto.

Dakho sonrió enternecido. A él le habría gustado mucho tener un hermano. Recordaba haber pasado por esa misma etapa y a sus padres castigándolo por mover los cojines del sillón.

—Podríamos hacer uno nosotros.

—¿Por qué? —dijo el otro extrañado.

—Porque es divertido.

—No puedes estar hablando en serio. Dakho, no tenemos siete años.

—Piénsalo, sería nuestro lugar secreto. Solo tú, yo, tus viejos osos de felpa y chocolate caliente cuando empiece a nevar.

Taylor no entendía de dónde venía tanta inocencia, era demasiado lindo. Suspiró; quería decir que no, pero en el fondo no podía.

—Está bien —le dijo—, pero primero ayúdame a mover esto —Dakho asintió feliz y se movió veloz para ayudarlo a colocar horizontalmente el colchón sobre el piso.

Taylor tomó unas sillas viejas colocándolas a los extremos y comenzó a desenvolver unas frazadas. A Dakho le ganó la curiosidad mientras lo ayudaba a colocar el techo de su fuerte y seguía revisando las demás cajas. Encontró unas cajas con libros y carpetas con hojas que estaban abiertas.

Abrió una carpeta y en ella reconoció la letra de Taylor y su nombre escrito en la portada.

«La tundra y los osos polares», por F. T. Kim, 3.er grado.

Sonrió, había un oso polar mal dibujado con una sonrisa y grandes orejas en la portada, además de al menos unas tres hojas de mucha información.

Tomó otra carpeta.

«Gymnopédies: La elegancia del rechazo a las estructuras de la música clásica», por F. T. Kim, 7.º grado.

La letra parecía más prolija y pulcra. Cuatro años después y parecía existir una abismal diferencia.

—¿Conservas todos tus ensayos viejos? —dijo rebuscando entre las hojas, a lo que Taylor asintió. Siguió buscando extrañado, él apenas podía acordarse de presionar «Guardar» en su computadora.

Había muchísimas hojas escritas a mano sobre diversos temas; desde tareas de álgebra hasta ensayos sobre libros. Todas ordenadas perfectamente por tamaño de hoja y de curso.

—Es basura, déjalo así.

—Si es basura, ¿por qué no la tiras?

—No puedo decírtelo. —Taylor sonrió colgando las luces de Navidad alrededor del fuerte de almohadas para adornarlo.

—¡¿Por qué?!

—Porque eres un burlón de primera.

—No seas cruel. ¡Dime!

—No es nada malo. Es solo que hace algún tiempo descubrí que Sean suele venir aquí a buscar información para estudiar. No es la gran cosa.

—Define «buscar información».

—Ha estado copiando de mis apuntes todo el semestre.

—Pero estamos en el mismo grado, ¿cierto?

Taylor soltó una risa.

—Llevé esos cursos el año pasado porque entré al programa especial.

—Alto, alto. Está haciendo trampa... ¿Y tú lo dejas?

—Sí —dijo tranquilo—, incluso los ordené para que fuese más fácil buscar. Es mi forma de ayudarlo.

—Eso explica por qué sus calificaciones han mejorado, tú lo ayudas. —Taylor asintió—. ¿Y él lo sabe?

—Algo así. Hace dos semanas se quedó dormido en la cocina mientras hacía su tarea de Álgebra, así que decidí dejar mi libro abierto con las respuestas coincidentemente a su lado.

—Lo sabe y prefiere fingir demencia.

—Supongo que es mejor para ambos así.

—¿Por qué? ¿No sería más fácil simplemente preguntarte y pedirte tu ayuda?

—Oh, por favor, Dakho. Es Sean.

—Es un egocéntrico.

—Eso también.

Dakho negó con la cabeza. Taylor tenía muchos libros en su habitación, y en el ático había muchos más.

—Creo que podríamos armar una biblioteca con todos los libros que hay en esta casa.

Taylor chasqueó con la lengua conectando las luces. Le gustaba como se veía, entonces se dejó caer en el colchón, con todos los osos de felpa a su alrededor. Sí, era tan cómodo como lo recordaba. Y él

estaba muy cansado de trabajar en la madrugada.

—Ahora que lo pienso, creo que la bibliotecaria me odia.

—¿Por qué?

—Nunca devolví ninguno de estos libros o sus llamadas —confesó.

—Prefiero no preguntar —dijo Dakho sabiendo que por alguna razón Taylor parecía ser perseguido por cualquier mujer arriba de los veinticinco.

—No es lo que estás pensando.

—Lo que tú digas, galán.

Dakho se burlaba de él mientras seguía revisando las cajas; entonces encontró lo que parecía ser una versión antigua de su actual libreta. Esta tenía todas las hojas manchadas y una calcomanía de un árbol en la pasta.

Abrió la que tenía en su poder, y al hacerlo notó que había un par más de ellas allí.

—¿Desde cuándo haces esto?

—¿Qué cosa? —Taylor volteó a verlo—. Oh, ¿las libretas? No lo sé, desde siempre, creo. Me gusta anotar todo lo que no entiendo, a veces también escribo cosas que me preocupan.

Había dibujos sobre flores y animales. Su letra era bastante desordenada, como si un pequeño Taylor hubiese estado ansioso por entenderlo todo.

Dakho sonrió al escucharlo.

—¿Eso significa que no me entiendes y te preocupo? —dijo, sabiendo que su nombre aparecía en cada página de su actual libreta.

—Digamos que sí —se burló.

Sus diarios de investigación estaban junto a sus libros de trabajo. En una de las últimas cajas había unas hojas unidas con una grapa y cuyo título llamó la atención de Dakho: *«El eterno retorno de Nietzsche», por F. T. Kim, 11.° grado.*

—Eterno retorno... —murmuró—. ¿De dónde me suena?

—Vamos, tu examen de Literatura es sobre eso, ¿no has aprendido nada? —Dakho se sobresaltó al darse cuenta de que Taylor había leído sus apuntes—. Es un concepto filosófico. Digamos que el tiempo es cíclico; los sucesos ocurren una y otra vez eternamente. Entonces, las cosas vuelven a ocurrir, quizás en diferentes circunstancias, pero con la misma esencia.

—¿Eso significa que todo está destinado a pasar de nuevo?

—Es una teoría, nadie sabe con certeza lo que pasa después de la muerte.

Dakho suspiró mientras abrazaba un oso amarillo de felpa.

—Supongo que entonces la única forma de vivir la vida sería vivir una que valiera la pena repetir, ¿cierto? —dijo mientras meditaba.

Taylor sonrió a su lado, explicarlo había sido más fácil de lo que pensó.

—Es sencillo, ¿ves? Ahí tienes la respuesta de tu examen, superestrella.

—¡¿En serio?! —Dakho se sentó emocionado. El otro asintió imitándole—. Vaya que tengo que compensarte. ¿Debería quitarme la camisa ahora o después?

—¿Qué cosas dices? —dijo Taylor apartando el rostro.

Dakho se aproximó a él, pasando su lengua por el labio inferior.

—No mientas, creí que ambos teníamos claro el descubrimiento de que tienes un fetiche.

—¡¿Yo?! ¡Por supuesto que no! Esa es la parte *gay* de tu cerebro hablándote.

—No te engañes.

—Según tú, ¿cuál se supone que es ese fetiche?

—Al pequeño Kim intelectual le gusta mi espalda... —Se acercó un poco más, en total control, con calma—. Y los besos en el cuello.

Taylor tragó saliva con fuerza cuando sintió su respiración tan cerca; entonces, cerró los ojos. Pero contrario a lo que creyó, Dakho se alejó para luego ponerse de pie.

—¡Oye! ¿Qué crees que haces? —le dijo viéndolo extender dos

sábanas blancas que había sacado de las cajas.

Dakho fingió demencia mientras hacía dos agujeros en la primera manta.

—Hago un disfraz de fantasma —contestó inocente—. ¿Por qué? ¿Esperabas que hiciera algo más? ¡Es Halloween!

Taylor entrecerró los ojos. Vaya que Dakho sabía cómo molestarlo. Había sacado unas tijeras de la caja de utilería de su madre: unos años atrás, había jugado a ser estilista y tenía de todo tipo de productos del cabello: tijeras, *sprays*, vaselina, pinzas y rollos. Excelente para armar un disfraz.

—Si es Halloween, ¿el disfraz no se supone que debe ser terrorífico?

—Pues dudo que este cumpla el requisito —dijo Taylor mirando la tela blanca—. Dime, ¿a qué le tienes miedo?

—A las muñecas —gruñó Dakho y Taylor rio incrédulo— ¡Es en serio! Me dan terror. ¿Y si cobran vida? —se quedó pensativo—. También le temo a los ratones muertos, a la oscuridad, a los temblores, a los políticos...

—Qué infantil. Eres casi un adulto, yo dejé de temerle a esas cosas cuando tenía unos diez años.

—Ah, ¿sí? Según el maduro Kim, ¿qué calificaría como «miedo adulto»?

Dakho pensó que a lo mejor solo estaba jugando con él, pero no esperaba que comenzara a hablar.

—Supongo que aquellos que aparecen cuando crecemos. Por ejemplo, recuerdo que mientras yo tenía miedo de las cosas que los niños más grandes decían de mí, mi padre le temía al día que llegaban las cuentas. O mamá, ella le temía a que alguno de nosotros tres enfermara.

De entre todas las cosas a las que podía temerle, Han Dakho nunca se había puesto a reflexionar si alguna de ellas se había quedado el suficiente tiempo con él para ser un temor real. El miedo te persigue hasta que decides enfrentarlo; a veces, logras

vencerlo y se marcha para siempre. Otras, simplemente se sienta a tu lado y te palmea la espalda mientras aprendes a vivir con él.

Quizás, eso era lo que había estado haciendo Dakho todo este tiempo. Dejó las tijeras en la caja y ni siquiera levantó la cabeza cuando dijo:

—Tengo miedo de despertar un día y encontrar el radio encendido; de saber que si dejo la ventana abierta por la noche estará igual por la mañana.

—¿Tienes miedo de que nada cambie? —preguntó.

—Tengo miedo de estar solo —confesó.

—Ese es un temor legítimo —dijo intentando animarlo.

—¿Ah sí? —Dakho se jactó casi incrédulo. Había estado solo por tanto tiempo y aun así le asustaba. Tanto, que el hecho de ser escuchado hacía que su temor se hiciera más grande—. ¿A qué le temes tú?

—No sé cómo decirlo, pero creo que mis temores no han cambiado desde que era pequeño.

—¿Le temes a los niños más grandes? —bromeó inocentemente sin dejar de observarlo.

—Últimamente pienso que quizás siempre he tenido miedo de ser yo mismo.

—Las personas siempre le tienen miedo a lo que no es normal, Taylor. Porque nadie sabe realmente qué lo es.

—¿Eso significa que yo también?

—Todos le tenemos miedo a ser parte de lo *diferente.*

Taylor suspiró; esto de ser consciente de sus miedos era aún más abrumador de lo que creyó. Vio a Dakho doblar las sábanas que había cortado para llevarlas consigo. Su mirada estaba calmada. Y aunque había removido algún recuerdo, no pareció alterarse. Eso era todo un avance.

—Oye, Dakho, ¿quieres ir por tus caramelos al supermercado? —sugirió.

—¡Vamos! —respondió Dakho, animado.

No pudo evitar sonreírle. Quizás, el mayor de los avances en su experimento era haber logrado que Dakho se emocionara, porque esos ojos estaban llenos de asombro por cada pequeña cosa a su alrededor.

Ambos bajaron al segundo nivel de la casa. Hicieron una breve parada en su habitación para tomar dinero y luego se dirigieron hacia la planta baja.

Los padres de Taylor parecían haber terminado de desayunar sin ellos, y muy al fondo en el garaje se encontraba Sean Grace, quien había aprovechado estos días libres para intentar arreglar el auto. Otra vez.

—Oye, Taylor —lo llamó cuando los vio cruzar la puerta de la cocina—. ¿Qué demonios fue lo que le hicieron al auto?

Taylor se acercó, mientras Dakho siguió de largo para entrar a la cocina y robarse un pan tostado con jalea.

—Comenzó a calentarse —dijo restándole importancia—, y después la batería falló.

—No mientas. Le hacen falta dos pistones al motor. ¿Qué fue lo que hiciste con el auto para eso?

—Ah, no. No intentes culparme de tus cosas —dijo, fingiendo demencia y chasqueando la lengua. Maldición, Sean Grace se había tardado menos de lo que esperaba en encontrar el fallo del auto—. Tú comenzaste a desarmarlo, estoy seguro de que dejaste algo mal.

Sean Grace suspiró frustrado y se limpió las manos con un trozo de tela. No estaba seguro de haberlo armado bien.

—Como sea, alguno de ustedes dos tiene que ayudarme a repararlo.

—Dakho te ayudará más tarde. Yo tengo cosas que hacer.

—¿Han sabe algo de mecánica?

—Oh, sí. Es un gran mecánico.

Dakho había caminado hacia el garaje después de oír su nombre.

—¿Que yo qué?

—Le estaba contando a Sean Grace que eres bueno con los autos. Y que lo ayudarás más tarde.

Dakho ladeó la cabeza. Definitivamente no sabía nada sobre mecánica, y el último auto que había sido amable con él fue el Rayo McQueen en Disneyland. Taylor le dio un pequeño empujón para que le siguiera la corriente.

—Sí, claro. Yo te ayudo más tarde.

—Asunto arreglado —dijo Taylor tirando del suéter de Dakho—, ahora vámonos de aquí.

Evadieron la voz de Sean Grace y salieron de la casa por la puerta del garaje. Si se quedaban mucho tiempo, él comenzaría a hacer preguntas, y eso era algo que a ninguno de los dos le convenía. Cuando se encontraron afuera de la casa, Dakho rio ante la idea de ser el mecánico asistente. Él no tenía idea de autos; lo máximo que podía hacer con las manos era tejer a *crochet*. Sin embargo, había que retrasar a Sean Grace: ya se había dado cuenta de la falla y en cualquier momento haría andar ese carro fichado por los científicos del lago.

Al tiempo que Taylor había comenzado a caminar hacia la acera, notó que Dakho había dejado de seguirlo. Cuando volteó a buscarlo, se encontró con que estaba de pie, cubierto por la manta que había cortado.

—Dakho... ¿Qué demonios haces?

—¿No es obvio? Soy un fantasma. —Dakho se colocó unos anteojos de sol por encima de la tela.

—¿De dónde sacaste esos anteojos?

—Se los robé a Sean Grace de su habitación —confesó y le extendió la otra manta—, aquí está la otra por si quieres disfrazarte tú también.

—Yo no voy a ponerme eso.

—Esta es una gran idea para que nadie se dé cuenta de que saliste a pedir dulces hoy. Claro, a menos que quieras que todos te reconozcan.

Taylor bufó. Dakho sabía cómo manipularlo. Halloween no era una buena fecha para que los idiotas lo vieran vagando por la calle. Dakho sonrió debajo de la manta y se apresuró a cubrir a Taylor con su disfraz.

—¿Ya estás feliz? —preguntó.

—Mucho.

—Bien. ¿Ahora qué se supone que haremos?

—Ir por Haru y luego al supermercado. El primero en llegar gana —dijo Dakho.

—¿Qué? ¡Espera!

Dakho salió corriendo, dejando a Taylor en desventaja mientras avanzaba a toda velocidad hacia la casa de su otro amigo. Estaba lleno de energía.

Al llegar, tocaron el timbre repetidas veces. En verdad, Haru lo había escuchado sonar la primera vez, pero decidió ignorarlo. Su abuela y su padre habían salido de casa, y él quería aprovechar su tiempo al máximo.

El día trigésimo primero de cada mes se había convertido en una fecha importante para él. En ese momento, se encontraba en su jardín cortando unas pequeñas flores mientras las acomodaba en la canasta que había recuperado de casa de los Kim.

Como el timbre sonaba incesantemente, decidió levantarse. Al abrir la puerta se encontró con dos tontos que parecían haberle quitado las sábanas a su cama.

—¿Y ustedes qué? —dijo intentando no burlarse de ellos.

—Somos fantasmas —contestó Dakho alzando los hombros.

Haru comenzó a reír con fuerza.

—¿Es en serio?

—Sí. ¿Vendrás a pedir dulces con nosotros? —preguntó Dakho mirándolo con sus guantes llenos de tierra.

—¿Dulces? ¿No estamos un poco grandes para eso?

—¡Basta con eso!

—Solo decía; además, creí que irías a la fiesta del equipo.

—¿Qué fiesta? —Dakho pareció confundirse. Es decir, la mitad del equipo lo había visto casi convulsionar alrededor de la piscina y, con la escuela cerrada, él apenas estuvo asistiendo a los entrenamientos.

Taylor rodó los ojos, recomponiéndose para hablar.

—Lo hacen cada año, la misma mierda elitista de siempre.

—Sí, son unos tarados —secundó Haru—, pero son buenos para las fiestas.

—El año pasado terminé atado al semáforo por culpa de su estúpida tradición de bromas.

—Al menos te dejaron en la ciudad —dijo Haru—. A mí me pusieron de cabeza en un árbol de la carretera hace dos años.

Dakho lo meditó; en realidad, no estaba listo para tener que darles una explicación. Es más, no quería hacerlo. Pero se merecía ir, ¿cierto? Y los chicos también. Era su último año y, a juzgar por las anécdotas que contaban sobre quién la había pasado peor, supuso que era un buen momento para crear un recuerdo positivo.

—Deberíamos ir.

—La última vez casi nos golpean, estás loco, Dakho. No, gracias. Yo aprecio mis órganos internos.

—Oh, vamos. Al menos acompáñanos a pedir dulces —pidió Dakho.

—Quizás más tarde, no he terminado mi disfraz.

—¡¿Qué?! Literalmente, tienes un perchero lleno de disfraces en tu habitación —reprochó Dakho, pensando que debieron pedirle uno a él en primer lugar.

—Se le llama utilería de escenario, no «disfraces».

—Lo siento. —Dakho se cruzó de brazos—. ¿Al menos podrías prestarnos tu cámara?

—Voy a comenzar a cobrarles —Haru asintió con la cabeza, retrocediendo de regreso a la sala de su casa. En uno de los pequeños estantes junto al televisor se encontraba su cámara nueva, así que la tomó y regresó a la puerta—. Promete que vas a devolverla

—le dijo a Dakho.

—Lo prometo.

—Mejor se la daré a Taylor —declaró entregándole el aparato a este.

—¿Seguro de que no quieres venir? —dijo él, tomando la cámara y colgándose el estuche en el hombro.

—Los alcanzaré después, tengo cosas que hacer.

Ambos se miraron confundidos entre sí cuando Haru se despidió de ellos y cerró la puerta sin darles tiempo para objetar algo más.

—¿Nos acaba de rechazar? —dijo Taylor, incrédulo.

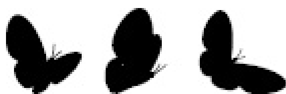
—Ajá.

—¿Crees que tenga otros amigos?

—No lo sé, a veces me gustaría saber qué hace cuando no está con nosotros.

—También a mí —contestó Taylor.

Los dos caminaron de regreso a la calle y se dirigieron hasta el centro, arrepentidos de no llevar la bicicleta de Sean Grace: la caminata les tomaría al menos una hora.



Después de que los chicos se marcharon, Haru revisó ansioso su reloj. Suspiró aliviado, aún tenía tiempo antes de que su padre regresara.

Volvió al jardín trasero de su casa y terminó de ordenar las flores que había cortado en el interior de su canasta. Las margaritas de su abuela lucían hermosas, y pensó que se verían aún más hermosas como adorno. Después, se había sentado en la grama para cortar delicadamente las begonias y armar una pequeña corona trenzando las ramas y las hojas. Sonrió complacido, tenía todo listo, así que tomó la canasta y sus llaves, y salió de casa.

Pensó en llevarse su patineta, pero las flores necesitaban un

cuidado especial, no podía dañarlas. Entonces, decidió irse caminando en sentido contrario al centro, en dirección al cementerio de la ciudad, mientras silbaba alegre. Se burló un poco mentalmente de los chicos y sus tonterías. La última vez que salió a pedir dulces tenía unos doce años. Parecían muy animados por hacerlo, y él, cuya alma parecía tener más daños que años, pensó que a lo mejor sería divertido ir con ellos. La hora marcaba poco más de mediodía, y creyó que tal vez si regresaba antes del anochecer le daría tiempo para ir por su disfraz y alcanzarlos.

Llegó al cementerio y caminó un par de metros desde la entrada hasta el viejo roble donde se encontraban las tumbas de su familia. Se acercó a la primera y la limpió un poco antes de dejar sobre ella una pequeña corona de begonias. El cementerio tenía grama verde a su alrededor, y aunque le preocupaban las personas que se acercaban al lugar ese día, terminó de acomodar sus flores y quitó las viejas que había dejado el mes pasado. Después, se movió un par de pasos y se sentó frente a la lápida del centro, dejando su canasta entre la grama.

—Hola, abuelo —dijo sonriente—, vine a ver a mamá, pero no creas que me he olvidado de ti—. Tomó unas pequeñas margaritas blancas y comenzó a ponerlas alrededor de la tumba intentando adornarla con delicadeza—. Te traje las flores que la abuela plantó a inicios del año, pensé que se verían lindas aquí. A papá no le gustaron mucho, así que, bueno, ya sabes cómo es...

El frío de la temporada lo golpeaba en la espalda mientras él seguía hablando. Sabía que nadie iba a contestarle, pero, aun así, no había encontrado un mejor lugar para desahogarse. Se sentía muy solo en casa y no quería perturbar a sus amigos con las cosas que pasaban dentro de su cabeza.

—Desde que te fuiste, papá parece pasar más tiempo en casa, lo cual es bastante malo para mí, pero hizo que la abuela se sintiera un poco mejor.

Unos cuantos metros más en la carretera, Sean Grace caminaba

en dirección a la gasolinera para conseguir algo de combustible y probar si el auto funcionaba bien. Recordaba tener un poco en su garaje, no entendía a dónde se había ido, pero cargaba con él un pequeño galón vacío mientras caminaba maldiciendo. Ya era más del mediodía y Dakho ni siquiera había aparecido para ayudarlo.

«¿De qué sirve tener dos hermanos si ninguno me ayuda nunca?», pensó.

Ya que los entrenamientos estaban limitados por el cierre de la escuela, intentaba hacer todo el ejercicio que fuera necesario por su cuenta. Quizás en el fondo le había tomado cierto gusto a pasar horas reparando el auto porque al menos así no se preocupaba por las demás cosas que estaban mal en su vida. Algo extraño había pasado la última semana. Las cartas de admisión de las universidades habían seguido llegando a casa, no le sorprendía, él sabía que al menos tres de esas eran para su hermano, pero, contrario a lo que esperaba, uno de los sobres tenía escrito su nombre.

Tenía una oportunidad. Y el saberlo hacía que volviera a tenerle miedo al futuro.

Quizás su peor miedo siempre fue no ser suficiente.

Mientras caminaba por la orilla de la carretera, vio una camioneta blanca que pareció bajar la velocidad por un segundo al pasar junto a él. Volteó a ver discretamente y esta se había detenido.

Por instinto, corrió hacia los árboles que rodeaban una pequeña reja de metal para salir del camino y esconderse. Sí, estaba paranoico. Sus temores siempre lo habían mantenido a salvo. Al alzar la vista, se percató de que la camioneta ya no estaba. Vio a su alrededor solo para constatar que estaba en el camposanto. Ese lugar siempre le había causado escalofríos.

Desde lo alto de la colina vio a varias personas bajo el sol. Ladeó la cabeza, era Halloween y no le sorprendía que la gente se acercara a los cementerios, aunque era algo terrorífico a su parecer. Se movió más tranquilo, caminando entre las tumbas; de todas formas, este era un buen atajo. Continuó avanzando hasta que captó una voz que

charlaba amenamente, o al menos eso parecía. Se ocultó detrás de un mausoleo cuando reconoció a Moon de espaldas y hablando solo.

—Parece que alguien enloqueció —dijo en voz baja. Pero cuando quiso acercarse a joderle la existencia, el otro siguió hablando.

—Papá piensa que la universidad no vale la pena. Dijo que cuando termine la escuela debería enlistarme, dice que debo abrirme al mundo y ser un hombre real. Él no cree que pueda lograrlo.

Sean Grace frunció el ceño. Tantos años, y la familia Moon no había cambiado de opinión.

—En fin, basta de malas noticias. Me siento mejor ahora. ¿Sabes? Hice un par de amigos y he estado comiendo tres veces al día, hasta más. Estoy casi arriba de mi peso ideal —se rascó en el cuello—, supuse que te hubiera gustado escuchar eso.

Haru abrazó sus piernas mientras seguía hablando. A diferencia de los demás, él no tenía miedo del futuro, a la soledad o a la sociedad. Pensaba que cada día era una oportunidad para descubrir algo nuevo, pero en el fondo tenía miedo de regresar a donde tanto trabajo le costó salir.

Su peor miedo era equivocarse.

—Ellos no lo entienden, pero sé que tú sí lo entenderías —dijo suspirando con fuerza.

El ocaso de ese día se trataba sobre temores, y él se tenía miedo a sí mismo.

Por mucho que quisiera llorar, no lo haría. Porque no tenía fuerzas para compadecerse de sus errores. Había pasado demasiado tiempo sintiendo lástima por él mismo, que ya no soportaría verse así de débil otra vez. Pero eso no significaba que dejara de ser vulnerable ante los ojos ajenos. Sean quiso acercarse, pero al hacerlo, su pie se deslizó sobre una rama, haciendo que Moon se sobresaltara.

Sean Grace retrocedió y se ocultó detrás del mausoleo casi por instinto para no ser visto. Agitó la cabeza y se recompuso para avanzar. Moon se había marchado. Esperó unos minutos antes de salir de su escondite; dio un par de pasos en dirección hacia esa tumba y la observó mientras recordaba la última vez que habló con él.

Recordaba haber tocado la puerta de esa casa con desesperación después de semanas de esperar la oportunidad de acercarse y la mirada de molestia que recibió cuando esta se abrió. «Ya no eres bienvenido aquí», le dijo mirándolo con la más profunda de las decepciones antes de cerrar la puerta de nuevo, y Sean Grace entendió que ese hombre siempre supo más de lo que le gustaba alardear.

—Gracias por dejarme entrar a su casa la primera vez, señor —dijo arrodillándose ante la tumba y quitándose la gorra en señal de respeto—. Lamento haberlo decepcionado.

Era preciso reconocer que le debía una explicación a ese viejo. Pero no tenía una más allá de su cobardía y vanidad. Suspiró viendo las pequeñas flores e hizo una reverencia, antes de ponerse de pie y alejarse bajo el frío de la tarde.

Haru salió del cementerio con su canasta vacía. Debido a la hora, su estómago comenzó a rugir, así que creyó que era un buen momento para ir por una merienda. La estación de conveniencia de la gasolinera no estaba muy lejos, y él no tenía mucho tiempo antes de tener que regresar a terminar su disfraz, así que pensó que un par de caramelos antes de la noche no estarían mal.

Comenzó contando su dinero mientras se acercaba a la entrada; no tenía mucho en realidad, solo un par de billetes arrugados y unas monedas que no le alcanzarían para gran cosa. Estaba afuera de la tienda de conveniencia cuando algo le llamó la atención. La puerta se abrió bruscamente y de ella salió una chica trastabillando. Caminó un par de metros y luego pareció tropezar. Se sujetó de un basurero para no caerse.

—¿Lee SunHee?

Corrió hacia ella preocupado. Parecía enferma o, más que eso, desubicada.

—Oh, rayos. ¿Estás bien? Parece como si fueras a vomitar —le dijo con amabilidad, ayudándola a recomponerse, y la tomó suavemente de la mano—. Siéntate un momento.

—Sí, sí, no es nada —respondió sentándose en la orilla de la acera.

Moon la miró con incredulidad.

—Luces pálida. ¿Estás segura de que te encuentras bien? ¿Quieres que te acompañe a casa?

—No te preocupes. He estado bajo el sol todo el día y me mareé un poco. Es todo.

Haru dudó ante su actitud.

—Espera aquí —le dijo y se dio la vuelta para entrar a la tienda. Ella pareció sorprenderse. Él siempre era tan serio, que le resultó extraño cuando comenzó a hablarle con tanta confianza.

Se tardó un par de minutos antes de regresar. Cuando lo hizo, extendió un pequeño paquete frente a ella acompañado de una botella.

—¿Chocolate? —cuestionó. Él asintió y se sentó junto a ella.

—Te ayudará con el mareo, pero no te excedas. También toma agua, puede que solo estés deshidratada. A veces, tu cerebro se sobrecalienta, por eso luego te duele la cabeza.

—¿Cómo sabes eso?

—Mi abuela cree que ha perfeccionado el arte de los remedios caseros. Así que algo se me quedó.

SunHee sonrió. Su sonrisa era tan pura que consiguió hacerlo sonreír. Ninguno de los dos entendió por qué de pronto se sentía tanta paz entre ellos, como si algo hubiese cambiado en el guion.

—¿Vives con tus abuelos? —preguntó curiosa.

—Por ahora solo somos mi abuela, mi padre y yo.

—¿Y tu madre?

—Ella falleció cuando era pequeño. En realidad, no tengo mucho que contar sobre eso —le dijo, pero su tono era tranquilo, casi ameno.

—Lo siento. No quise incomodarte.

—No te preocupes, me encanta hablar sobre mi madre. —Haru sabía que no debía entrometerse en los problemas que no eran suyos, pero la oportunidad estaba ahí y él no iba a desaprovecharla —. ¿Qué hay de ti? Escuché que regresarías antes a casa.

Ella pareció alterarse.

—¿Cómo lo supiste? —Solo lo sabían la encargada de intercambio y Sean Grace.

Oh, mierda. No podía decirle que su no-amigo Kim se la pasaba lloriqueando en su hombro todo el día por ella. ¿Cierto?

—Lo escuché por ahí. Nadie suele regresar antes de que acabe el programa, muchos incluso deciden quedarse aquí. Así que se volvió un rumor.

Volvió a respirar tranquila, parecía que nadie era discreto en ese lugar.

—Es cosa de mis padres.

—Luce como algo personal —murmuró. Ella mantenía la mirada fija, y Haru, con lo observador que era, se llenó de curiosidad.

—Lo es.

—Entonces supongo que te irás en un par de días.

—No lo sé en realidad. Quizás a finales de noviembre. Mis tutores enviaron una carta a mi casa, no sé cuánto tiempo tarden en responder.

Siempre había sido excepcional para leer a las personas, y aunque era muy buena fingiendo, él sabía que mentía.

«Vaya, quién diría que Sean Grace Kim aún tenía el don de la intuición», pensó Haru, aunque quizás tenía el talento de ser inoportuno, ya que después de salir del cementerio se encontró con la escena de Moon y SunHee conversando. No quería parecer un

acosador, pero le resultaba increíble que esos dos siempre se escabulleran de él para evitarlo. Y el día que no intentó acercarse a ninguno de ellos, casualmente los encontró, y juntos.

Negó con la cabeza, su vida era una ironía constante.

—Sí —se levantó de la acera—, tengo que irme. Me esperan en casa. Gracias por la ayuda.

—Oye, Sunny—le llamó, siempre olvidaba su nombre.

—¿Perdón?

—Es decir, SunHee —corrigió apenado. Pero a ella le causó gracia.

—Puedes decirme así, es lindo, de hecho. Me gusta.

—Sunny —sonrió apenado—, ¿tienes algo que hacer después de clases? Bueno, cuando abran la escuela.

—¿Y esa pregunta?

—Sé que no es el momento, pero nos hace falta una actriz en el club de teatro y pensé que podrías unirte. Ya sabes, para distraerte un poco. Haremos una presentación en un par de semanas, supongo que si aún estás aquí podrías participar.

—No sabía que había un club de teatro —dijo ladeando la cabeza.

—Básicamente somos Taylor, algunos chicos de primer año y yo intentando no dejar morir el auditorio. —Ella sonrió—. ¿Qué dices? Tengo una vacante para Julieta y podría ser tuya.

—Lo haré —dijo feliz y dio un par de pasos—. Tengo que irme —terminó de decir. Haru se despidió de ella alzando la mano y luego la vio marcharse.

Amable; ser amable lo llenaba de tranquilidad, y ella le parecía muy bonita.

Él comenzó a caminar, pero ahora y sin represalia alguna, Sean Grace salió detrás de la caseta de la tienda para encararlo.

—¡Buu! —le dijo saltando frente a él. Haru se sobresaltó al verlo aparecer de pronto.

—¡Deja de hacer eso! —le reprochó.

—¿Te asusté acaso? —sonrió mientras se burlaba.

—Obviamente, tu disfraz es horrible.

Sean Grace ladeó la cabeza.

—No estoy disfrazado —le dijo confundido.

—¿Y qué con esa máscara de imbécil que traes? Ah, no. Espera, es tu rostro.

Comenzó a reír cuando el otro le dio un pequeño golpe en el hombro. Definitivamente, amaba molestarlo.

—Te vi hablando con SunHee —le dijo, aunque no le comentó que también lo había visto en el cementerio.

Mierda, sí era un acosador.

—Ajá, ¿y eso qué? Alto, alto. ¿Estás siguiéndola?

—¡No! Fue casualidad. Decidí darle su espacio antes de que me odiara. ¿Por qué estabas hablando con ella?

—Es muy agradable; además, parecía algo perdida.

—¿Te gusta o algo así?

—¡¿Qué?! No empieces con tus ridiculeces, por favor.

—¿Entonces por qué la invitaste a salir?

—No la invité a salir. —Haru alzó una ceja.

—¿Y eso qué fue entonces?

—Oh, sí, eso. Ya que está ignorándote decidí aprovechar el momento para declararle mi amor, así que huiremos a México al amanecer —le dijo sarcásticamente.

—No me jodas.

Le dio tres golpes en su cabeza, poniéndose de puntitas para alcanzarlo.

—Calma, cabeza hueca. La invité al club de teatro. Solo intentaba ayudarte.

—¿Ayudarme?

—Además, me hace falta una chica en el elenco. Es perfecta para el puesto, supongo que ella y Taylor cantarán bien juntos.

—¿Taylor canta?

—Y baila también. Pero ese no es asunto tuyo.

—Claro, y de todas las personas en la escuela debiste elegirla precisamente a ella. ¿Por qué?

—Taylor necesita alguien a quien le tenga confianza para desenvolverse mejor.

—Oh, no. Déjala fuera de tus cosas raras.

—Pues a menos que quieras que tu hermano salga al escenario usando vestido, necesitamos una chica.

—Pensé que el de los vestidos serías tú —se burló.

—Por favor. Tú y yo sabemos que tengo las piernas para hacerlo; pero no puedo, soy el director.

—Ew; aún no entiendo cómo podría ayudarme esto.

Haru sabía que era inútil intentarlo; que el destino había predicho ya que ella se marcharía y que no la vería en treinta años más; aun así, no podía decírselo. Darle un poco de esperanza no estaba mal, ¿cierto?

—Ella estará conmigo todos los días después de clases, así que podremos averiguar por qué está evitándote, al menos hasta que se marche.

—¡Eres un genio! Así podré saber dónde está.

—Wow, wow, alto ahí. No me malinterpretes, me refiero a ganarnos su confianza. No te quiero molestando a mi nueva actriz. Ya tengo suficiente con que espíes a tu hermano todo el tiempo como para tener que aguantarte siguiéndola a ella también. Ni sueñes con que te dejaré entrar al auditorio.

—¿Y entonces qué caso tiene?

Haru podría haberle dicho la fecha de su partida, su destino o las conjeturas que tenía. Pero eligió sacarle provecho a su afán por acercarse a ella.

—Si quieres verla tendrás que venir a nuestro *show.*

—¿Y eso cuándo será? —Sean suspiró.

—En un mes.

—¡¿Qué?! ¡No puedo esperar tanto tiempo!

Haru sonrió perversamente, necesitaba mucho más apoyo.

Estaba retrasado, sus únicos dos ayudantes constantes se la pasaban besándose en lugar de ayudarlo, y él necesitaba agilizar las cosas. Además, aún le faltaba encontrar más personas para armar su elenco.

—Supongo que podría dejarte entrar si me consigues apoyo para armar el escenario.

—¿Apoyo?

—Sí, necesito tres o cuatro chicos fuertes que me ayuden con la utilería.

—¿Qué? Estás loco. ¿Dónde crees que voy a conseguir? —se quedó callado—. No me gusta hacia dónde va esto.

Quiso refutarlo, pero su rostro se había vuelto serio de pronto. Estaba enloqueciendo y sentía que le observaban. Era eso, y el hecho de que había alguien oculto detrás de los árboles.

—Entre más ayuda consigas, mejor —se burló Haru, sabiendo que se mantendría alejado—. Ahora, si me disculpas... —Estuvo a punto de avanzar, pero Sean Grace lo tomó del hombro para detenerlo—. ¿Qué te sucede?

Sean Grace se había quedado callado y su mirada estaba fija en un punto detrás de Haru. Eran ellos y su estúpida camioneta otra vez.

—Alguien está siguiéndome —dijo rompiendo con la tranquilidad del momento.

—¿Qué? ¿Por qué lo dices?

—Esa camioneta, la he visto afuera de la escuela, de tu casa, la vi de camino a aquí. Y ahora está demasiado cerca.

Haru quiso voltear, pero el otro lo tomó del rostro para evitar que lo hiciera. Se tensó, él también sentía que lo observaban desde hacía días.

—¿Cómo sabes que...?

La ventanilla de la camioneta estaba a la mitad, pero no había nadie en el asiento del piloto. Sean Grace levantó la vista, como intentando encontrar un indicio de que no estaba enloqueciendo;

entonces, a la distancia se encontró con la mirada de un rubio que parecía atento a sus acciones. Apenas podía distinguirlo, pero incluso con su defectuosa visión, él podía jurar que había visto a ese hombre antes.

—Escúchame, vas a hacer lo que yo diga, ¿está bien? No voltees y avancemos al mismo tiempo.

—Solo estás siendo paranoico —murmuró el otro tentado a voltear.

—Eso espero, pero vamos a comprobarlo. Camina hacia el frente y yo lo haré hacia atrás. Guíame.

Haru no entendió a qué se refería, pero aun así lo hizo. Lo tomó de ambos brazos y avanzó un par de pasos esperando que solo se tratara de paranoia. Despistar al enemigo con movimientos tan sutiles como si de un baile se tratara.

—¿Sigue allí?

Sean Grace asintió. Cuando se movieron, el hombre cambió de posición y empezó a seguirlos caminando rápidamente. Al hacerlo, otro tipo salió detrás de la camioneta, imitándolo.

—Son varios —dijo Sean Grace. Cuando aumentaron su velocidad, los sujetos comenzaron a correr detrás de ellos.

Uno de ellos sacó una pequeña arma y apuntó hacia ellos, jalando el gatillo en dirección a los muchachos. Sean Grace empujó a Haru hacia un lado y una punta filosa se clavó en la madera de uno de los parales de la estación.

—Eso es... ¡¿Un dardo?! —dijo Haru, incrédulo. ¿Querían sedarlos?

—Oh, no. No van a hacerme esto otra vez —le dijo Sean Grace —. ¡Corre!

Los pies de Haru se movieron pesados; Sean Grace comenzó a tirar de la camiseta del chico para hacerlo avanzar. ¿Por qué los querían a ellos? Ninguno de los dos tenía nada que ver con los experimentos. No podía dejar de pensar en cómo jodidos los habían ubicado. Rodearon la estación de servicio con la intención de

escabullirse entre los callejones, sin tomar en cuenta la pared de concreto que dividía esa calle con la otra.

—No hay salida —masculló Sean Grace al ver el muro. Estaban acorralados.

Haru vio a su alrededor en busca de un milagro, y cuando lo encontró, ni siquiera se detuvo a pensarlo. A su lado había un gran contenedor de basura metálico. Rápidamente, se acercó a él y levantó la tapa.

—Rápido, entra —le dijo a Sean, colgándose del borde para intentar impulsarse desde afuera, sin poder lograrlo, debido a que sus brazos no soportaron su peso.

Sean Grace entendió lo que intentaba hacer y corrió hacia él para tomarlo de las piernas y levantarlo.

—¡¿Qué haces?!

—Te ayudo a subir —le reprochó.

—Agh, mierda...

Los pasos se aproximaban y Haru no tuvo más opción que perder su dignidad sujetando los hombros de Sean Grace para subir. Finalmente, logró entrar al contenedor y cayó de pie. Sean Grace volteó a ver inquieto. Se sujetó de la orilla y tomó impulso para subir; logró que una de sus piernas entrara y luego se dejó caer entre las bolsas de basura. Se quejó del dolor.

—Cierra la tapa, ciérrala ya —le dijo a Haru.

Ambos se quedaron en silencio a la expectativa de no ser encontrados.

—¿Qué fue todo eso? —murmuró Haru.

—Eso es lo que yo debería preguntarte a ti —respondió en igual tono.

—No me jodas con eso ahora. ¿Por qué nos siguen?

—Saben que nos robamos algo de su laboratorio —dijo Sean Grace refiriéndose a la carpeta que había traído con él esa noche.

—¿Qué? ¿Cómo qué le robamos algo a esos maniáticos? —«¿Dakho les pertenece?», pensó, malentendiendo todo.

Se escucharon pasos afuera y ambos volvieron a callarse.

—Saltaron el muro —dijo con fuerza la voz de una persona joven y angustiada.

Luego se escuchó un gran estruendo seguido de un golpe al metal del basurero, como si lo hubiesen pateado lleno de enojo. Haru colocó su mano sobre su propia boca para evitar emitir algún sonido. El otro contuvo la respiración y cerró los ojos, realmente no quería que sucediera de nuevo.

—Si tienes razón, será mejor apresurarnos para alcanzarlos en el bosque —dijo otra voz; hablaba con serenidad pese a la situación—. Debemos encontrarlos antes que ellos.

Los dos chicos asustados escucharon voces discutiendo y luego pasos alejándose. Se habían marchado. Esperaron inmóviles un par de minutos.

—¿Crees que ya se fueron?

—No lo sé. Asómate a ver.

—¿Y por qué yo? Eres más grande, nada más basta con que levantes un poco la cabeza para abrir la tapa.

—Eso no es justo. Ser enano no te hace especial.

—Que tú seas alto no significa que yo sea enano. Yo estoy dentro de la altura estándar.

—Si eso te hace sentir mejor... Bien, yo lo haré.

Al tiempo, Sean Grace se alzó para abrir la tapa y asomarse. Sin embargo, no se movió ni un milímetro. Estaban encerrados.

—No puede ser... ¿Y ahora qué? —preguntó preocupado Haru.

—Esperar —respondió el otro, frustrado.

Sean Grace se acomodó; al hacerlo, su pie rozó con la pierna de Haru haciendo que se alarmara.

—¡Algo se movió cerca de mí!

—¡Mierda, mierda, mierda! —Estaba oscuro, y sin importar cuánto lo intentaran era imposible abrir el contenedor de basura desde adentro. Se movió, sus tenis causaron un pequeño rechinido.

—¡Creo que es una rata!

—¡Mátala, mátala! —Haru tomó un trozo de madera, o al menos eso creía que era, y lo lanzó en dirección hacia donde la supuesta rata se estaba moviendo. Al hacerlo, Sean Grace gimió del dolor.

—Ese era mi pie, idiota.

—Ay, perdón.

—¡Lo hiciste a propósito! —No podía verlo por la oscuridad, pero eso no impidió que lo empujara.

—¡Claro que no! —Haru lanzó un golpe al aire que terminó dándole en el estómago al otro.

—No hagas que te golpee. Aquí adentro no puedes escapar.

—Inténtalo, cretino.

Sean Grace frunció el ceño. ¿Qué caso tenía ser intimidante en esta situación? Se sentó a su lado, ambos tenían la espalda recargada a uno de los laterales metálicos y las piernas perdidas entre las bolsas.

—¿Te das cuenta de que estamos atrapados con este montón de basura y lo único que nos importa es pelear?

—Es tu culpa, yo solo quería mis dulces de Halloween. Además, parece que por fin estás en el lugar a donde perteneces.

—Hoy amaneciste bromista, ¿cierto?

—Tienes que admitir que es gracioso. —Haru sacó una paleta de su bolsillo, le quitó el empaque y comenzó a comérsela.

—¿Estás comiendo? —preguntó incrédulo.

—Sí, mi estómago me lo exige.

—Dime que no sacaste eso de la basura. —Sean Grace apretó los ojos.

—La compré en la tienda hace veinte minutos.

Sean Grace suspiró.

—Bueno, al menos creo que estamos a salvo de los lunáticos.

—¿Estamos? Oh, no. Ellos te quieren a ti, no a mí.

—¿Estás seguro? —No le contestó—. Vamos. No tiene sentido que lo sigas negando.

—Es complicado. Pero ¿por qué me quieren a mí?

—Si me hubieses explicado qué sucedió esa noche, yo podría haberte dicho qué fue lo que pasó allí adentro. Y tendríamos una explicación lógica.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Porque sea lo que sea, estoy seguro de que tu rostro también está incluido.

Haru chasqueó con la lengua, atrapado.

—Habla primero tú.

—¿Por qué yo?

—Porque tú no eres de fiar.

Quiso contradecirlo, pero sabía que tenía razón.

—Conozco a ese tipo rubio. Sé que lo he visto antes, fuera del lago, pero no sé dónde. En la escuela, quizás. Además, él me dejó escapar, pero yo me llevé una libreta esa noche. Y no sirvió de nada porque la perdí, era mi única prueba y desapareció.

Haru se quedó callado, no podía decirle que Taylor la tenía. Él mismo había ayudado a reparar las hojas de esa carpeta, era por estas que habían avanzado con el experimento.

—¿Hablaron contigo?

—Sí. Me tuvieron atado a una silla por horas preguntando «¿dónde está?».

—¿Qué cosa?

—¿Cómo saberlo? No soy el sujeto que buscan. Creo que por eso él me dejó escapar. Así fue como conseguí salir.

—Si te capturaron, ¿por qué te dejaría escapar? ¡No tiene sentido!

—Lo sé. Quizás no son malos, pero... —se rascó el cuello—, están desesperados. Como sea, te toca.

—¿Qué cosa?

—Explicarme lo que sabes.

—Ah, sobre eso. No lo sé, pregúntale a Taylor.

—¡Dijiste que ibas a contarme la verdad!

—Quisiera hacerlo, en serio, pero yo tampoco sé un carajo —

mintió—. Lo siento.

—¡No es justo! ¡Yo confié en ti!

—Terrible elección.

Sean Grace se cruzó de brazos. Estaban atrapados y no sabía por cuánto tiempo más. Toda esta situación era estúpida para él.

—Este es el peor Halloween de mi vida.

Haru comenzó a reírse.

—¿Qué hay de la vez que se te atoró la cabeza en el buzón? —le recordó, logrando sacarle una pequeña risa.

—Es cierto, ese pobre disfraz de dinosaurio no volvió a ser el mismo. Creo que este es el segundo peor. —Suspiró.

—¿Lo ves? Podría ser peor.

—¿Recuerdas cuando destruimos las calabazas de tu abuelo?

—Agh, te odio. Te pusiste a llorar y me castigaron solo a mí.

—No te quejes, a mí siempre me castigaban de todas formas.

—¡Eso no es cierto!

—¡Claro que sí! Una vez —carraspeó— recuerdo que debía cuidar a Taylor y lo perdí por estar hablando con una niña. Terminé encerrado como por dos meses.

—Típico de Sean Grace.

—En mi defensa, juro que lo estaba vigilando, pero él se alejó para seguir a unas hormigas.

—Lo recuerdo, llegaste a casa llorando y diciendo que eras el peor hermano del mundo. Todos se volvieron locos buscando, pero a la media hora Taylor apareció sonriente y con una bolsa llena de insectos en la sala.

—¿Cuántos años teníamos? ¿Diez?

—Yo tenía diez, tú once.

—No puede ser que haya pasado tanto tiempo.

Haru bajó la cabeza. Nunca había estado tan consciente de lo rápido que avanzaba la vida. Y ahora, lo único que podía sentir era que le hacía falta algo, mas no podía descubrir qué era.

Había culpa y resentimiento en su interior, y simplemente no

encontraba una razón para sentirse así. Se sentía como si estuviera en piloto automático, como si el universo quisiera empujarlo a hacer algo. Pero no precisamente algo fortuito.

—Sean Grace —dijo temeroso— ¿Nunca has sentido como si estuvieras en el lugar equivocado?

—¿En qué sentido?

—Es como si las cosas que le suceden a los demás debieron sucederte a ti. Y saber que es tonto, pero aun así no dejar de pensar que ese...

—... ¿Deberías ser tú? —dijo como si supiese lo que diría. Haru se quedó callado—. Yo también lo siento.

Haru había estado pensando en las cosas que Taylor decía, lo cual le llevó a cuestionarse cuál era el destino que le correspondía en realidad. Porque sabía que la vida de Sean Grace terminaría bien después de todo, al menos por lo poco que sabía sobre su futuro. Lograría salir del pueblo y después de algunos años tendría una linda familia, una carrera. ¿Y él? Parecía ser el único sin destino. Ni los escenarios ni el ejército lucían como algo en su futuro.

—No lo sé, pero siento como si mi único propósito en la vida hubiera desaparecido.

—Quizás no desapareció, tal vez solo cambió de rumbo; la vida es confusa.

—¿Desde cuándo dices cosas tan profundas?

—He pasado demasiado tiempo contigo últimamente.

—No me culpes a mí.

—Deberías estar orgulloso, es un indicio de que no soy tan estúpido.

—Uy sí, llenarás con tu sabiduría el mundo algún día. Es más, los hijos de tus hijos serán unos completos sabios.

Sean Grace rio.

—Oh, cállate. Ni siquiera sé si algún día llegaré a ser abuelo; es más, no sé qué tanto soportaré en esta vida de mierda.

—Conociéndote, estoy seguro de que no tardarás en

multiplicarte. Acuérdate de mí.

—¿Puedes imaginarte a ti mismo siendo padre? Porque yo, honestamente, no puedo.

—¿Tú como padre o yo como padre? Me confundes.

—No, no. Me refiero a mí. Tú eres alguien hogareño, estoy seguro de que terminarás viviendo en el campo con una esposa muy religiosa y un montón de niños.

—¿Y eso se supone que es bueno? —Se mordió la lengua.

—No lo sé, eso creo. Mi punto es que serías buen padre, no como yo. Es decir, aun con toda mi sabiduría —dijo sarcásticamente —, ¿cómo crees que sería mi hijo?

Haru pensó en Dakho por un segundo mientras se burlaba mentalmente.

—Como creado por Satanás.

—¡A eso me refiero! Extrovertido, incontrolable.

—Hablador. —Recibió un golpe en el hombro—. ¡Auch!

Sean Grace se quedó callado. Quizás iba a tomarlo por loco, pero no le importaba, después de todo estaban atrapados y él necesitaba hablar con alguien. Parece que después de todo Moon iba a escucharlo a la fuerza.

—He tenido sueños muy extraños —confesó.

—¿Sueños?

—Hace unos días tuve un sueño muy extraño sobre mí buscando a mi hijo.

—¿Lo recuerdas?

—No mucho; soy yo y estoy corriendo por el bosque. Hay policías, estoy agitado. Una mujer se acerca llorando y yo le digo que perdí a su hijo. —Tragó saliva pesadamente—. Que perdí a nuestro hijo.

—Solo son pesadillas.

—Sí, sí, lo sé; pero se sienten muy reales.

—Pero no lo son. ¿Me escuchas? No dejes que la basura en tu cabeza logre hacerte daño.

—Eso intento...

—Vamos, grandote. Relájate y deja que las cosas fluyan.

—Tienes razón, no me angustiaré con eso ahora. En este momento solo quiero graduarme, abrazar a la chica que me gusta, dejar este asqueroso pueblo sin que me maten los lunáticos y todo estará bien.

Haru suspiró con los ojos cerrados. «Lo harás, saldrás de aquí, y ella será tu esposa», pensó mientras meditaba.

Le habría gustado ver a Sean Grace en su faceta de padre vergonzoso, esa de la que Dakho siempre se quejaba. Había muchas cosas que quería explicarle, pero no podía. Eso era ponerlo en riesgo, más del que ya estaban. Además, por mucho que quisiera, nunca podría lastimarlo.

Sean Grace se acomodó y dejó caer su cabeza sobre el hombro de Haru.

—¿Qué haces?

—Estoy cansado, así que voy a dormir. —Haru se removió para alejarlo—. ¡Oye! No seas agresivo.

—¿Realmente estás pensando en dormir? Ellos podrían seguir allí afuera.

—¿Tienes una mejor idea? El camión de basura pasa mañana por la mañana, hasta entonces no tenemos opción, así que prefiero dormir. Claro, a menos que quieras escucharme hablar toda la noche.

—Agh —dijo resoplando—, duérmete. —Cerró los ojos sin encontrar otra alternativa, pero la voz del otro volvió a perturbarle.

—Oye...

—¿Y ahora qué? —dijo cansado.

—Lamento lo de tu abuelo. Era una gran persona.

Sean Grace había escuchado lo suficiente como para sentirse diminuto ante la vida misma, y ahora tenía más que claro que Moon la había pasado mal durante todo este tiempo, al igual que él. Y pensó que quizás si hubiera sido un poco más valiente, ninguno de

los dos hubiera tenido que pasar por eso solo.

—Ni siquiera fuiste a su funeral —dijo, recordando haberse quedado en su jardín mientras llovía—. Hoy se cumplen exactamente tres meses desde que se fue.

—Debí hacerlo, iba a hacerlo. Es solo que...

—No querías problemas, lo entiendo —Sean Grace asintió, incluso cuando el otro no podía verlo.

—Fui al cementerio hoy —confesó sin decirle nada más allá de lo que quería—. Él también fue importante para mí.

—Creo que logró ganarse su lugar en la vida de muchas personas. Espero ser como él algún día.

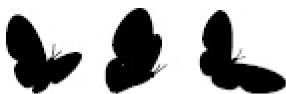
—Lo serás —le dijo. *Ya lo eres.*

Sean Grace se quedó callado, suspiró y empezó a sentirse mareado. Antes de desmayarse, apoyó su cabeza en el hombro de su compañero. Haru pensó en que su viejo tenía el poder de molestarlo aún en el más allá, creyendo que Sean Grace se había dormido sobre él.

La esperanza dentro de un destino desconocido parecía ser algo demasiado inocente para dos incrédulos amigos, sin entender que al igual que el resto, estaban atrapados entre sus acciones, sus miedos y su pasado.

Haru recargó su cabeza contra la del muchacho y suspiró.

Después de todo, él era la asíntota de su existencia.



Después de vagar un rato por el centro de la ciudad, Taylor y Dakho entraron al supermercado con sus haraposos disfraces hechos con mantas.

Cuando llegaron al supermercado, las personas que estaban en el lugar los vieron con gracia, la mayoría eran amas de casa realizando sus compras cotidianas. Entraron; Dakho tomó una de las

carretillas del supermercado y caminó hacia Taylor que se había detenido a leer una oferta de arroz en un aparador.

—Mi señor, su carruaje lo espera —dijo empujando el carrito frente a él.



—¿Esperas que me suba allí?

—Sí.

—Dakho, ¿cuál es el propósito de eso? Harás que nos saquen.

—¿Propósito? Algunas veces solo se trata de diversión.

—¿Eso es todo lo que tienes para ofrecerme?

Dakho asintió.

—Quizás nunca tendré nada que ofrecerte. Así que si quieres puedes salir a buscar un nuevo propósito mañana, pero elegir ser feliz conmigo, hoy.

—Estás enloqueciendo —le dijo, no tenía puestos sus anteojos bajo la manta, y en realidad no veía nada. Se estaba sonrojando por un idiota que fingía ser un fantasma.

—Creí que ya estaba claro que estaba loco... —Taylor comenzó a reír—, por ti.

—No me sorprende que digas eso.

Había planificado cada aspecto de su vida por años, y ahora lo único en lo que podía pensar era en malgastar el tiempo, y no era tan malo después de todo. Sujetó la carreta y levantó una pierna, tomando impulso del borde para poder subirse.

Dakho se quitó los anteojos de sol y se los colocó a Taylor.

—Ten, estos te quedan mejor a ti —le dijo.

—Serás un fantasma sin estilo, entonces. —Dakho soltó una carcajada.

—Tienes razón. ¡Al pasillo de los sombreros! —exclamó, empujando el carrito para avanzar por el pasillo.

Tomaron todas las bolsas de dulces que pudieron, además de

sombreros y anteojos para decorar sus disfraces. Y una docena de huevos, que seguro iban a necesitar. Se reían escandalosamente y avanzaban desperdiciando tiempo, dinero y aliento. Eran jóvenes. Y al menos, hasta que el invierno llegara, podrían ser felices.

Entonces, una voz los interrumpió: «Los fantasmas del pasillo dos, ¿podrían dejar de jugar con la carreta por favor?». Echaron a reír.

—Vayamos a pagar estas cosas antes de que nos echen —sonrió Taylor.

El cajero se limitó a reírse de ellos mientras cobraba, y más aún cuando Taylor sacó los brazos debajo de la sábana para buscar su billetera en el bolsillo de su pantalón. El chico detrás del mostrador los vio extrañado, mientras comenzaba a empacar sus pedidos. Eran dos idiotas con unas sábanas sobre ellos. Era imposible no verlos.

—¿Qué pasa? ¿Nunca has visto fantasmas en la tarde? —le dijo Dakho y él no pudo contener sus ganas de reír.

Dakho había tomado un par de fotos mientras recorrían el vecindario, ya terminadas las compras. En lugar de pedir dulces habían terminado regalándolos a los niños que pasaban a su lado mientras corrían por las avenidas del condado Mariposa.

Pronto comenzaría a anochecer, y a Dakho se le ocurrió que era el momento perfecto para hacer alguna travesura. Ya tenían los huevos, solo les faltaba encontrar dentro de su catálogo de gente estúpida a una víctima perfecta.

—La casa de Daniel está a dos cuadras de aquí —dijo Taylor con tono sugerente.

—Estamos conectados. Ven. —Dakho soltó una pequeña risa y extendió inconscientemente su mano para tomar la de Taylor. Pero él la empujó.

—¿Qué haces? —dijo cohibido—. Estamos a la mitad de la calle.

—¿Eso qué? ¿No puedo tomarte de la mano por eso?

—La gente nos ve.

—Taylor, tienes una jodida sábana en el rostro. Nadie sabe

quiénes somos.

—Hay muchísimas personas cerca, ellos podrían pensar que somos... —se quedó callado— ya sabes...

Dakho intentó no reírse, pero aun así lo hizo.

—¿Homosexuales?

—Sí —murmuró Taylor mientras se acercaba.

—Tay —le llamó serio—. ¿Sí te das cuenta de que las cosas que hacemos son muy *gay*, cierto? Literalmente, me masturbé frente a ti después de chupártela.

—¡Baja la voz! —dijo, mirando hacia todos lados. Luego carraspeó con la garganta—. Lo sé, pero eso es diferente. Eso es privado, es como besarnos, por ejemplo.

—Ah, claro. Son cosas de amigos.

—¡Exacto! Besar a mi amigo no me hace homosexual.

—Pero que te guste hacerlo, sí.

Taylor pareció morderse la lengua mientras el otro hablaba. «Estúpido Dakho y su lógica de mierda», pensó.

—Yo...

—No es necesario que lo digas —interrumpió Dakho—, hacen falta un par de años para que sea normal para ti.

—El futuro —dijo con miedo—, ¿tiene lugar para las personas así?

—De hecho, no —confesó—. El futuro es igual de ignorante y egoísta.

—¿Entonces qué sentido tiene?

—Nadie debería perder tanto tiempo intentando ser algo que no es. —Extendió su mano hacia el chico—. Entonces, ¿vienes conmigo?

—¿Al futuro? —dijo burlándose de él.

—Al futuro y lo que le sigue —le respondió mirando hacia el cielo.

Taylor exhaló con fuerza antes de animarse a tomarle la mano en plena avenida, ganándose un par de miradas de algunas personas

que pasaban. Corrieron sin soltarse hacia la casa de su víctima mientras reían. Quizás, de todos, él único que había conseguido enfrentar sus miedos era Taylor.

La casa de Daniel fue fácil de reconocer. De entre todos los jugadores, parecía que él sería el anfitrión de la fiesta de esa noche. Aún no estaba llena, pero habían comenzado a adornarla por fuera. Se escondieron detrás de los arbustos mientras preparaban sus proyectiles. Habían conseguido una lata de pintura azul en oferta y un pequeño saco de harina.

Comenzaron llenando de papel higiénico los árboles de afuera y el buzón. Taylor destapó la lata de pintura y colocó en su interior un poco de la harina, entonces se movió rápidamente para colocarla arriba de la puerta de la entrada. Luego regresó hacia los arbustos, desde donde Dakho había comenzado a lanzar los huevos, manchando las blancas paredes de la casa.

¿Dulce o truco?

—¿Cuánto a que le no le das a la ventana abierta? —dijo Taylor mirando hacia arriba con un huevo en la mano.

—Cinco dólares y que me ayudes con mi tarea de Economía.

—¿Y tú para qué quieres eso? ¿Desde cuándo entregas tus tareas?

—Eso no es asunto tuyo. Te dejaré hacer lo que quieras conmigo. ¿Tenemos un trato o no?

Lo meditó, podría ser interesante.

—Trato —aceptó.

Dakho tomó uno de los huevos y lo lanzó hacia la ventana abierta; increíblemente, logró que entrara en la habitación.

—¡Perdiste! —se burló.

—¡No es justo! Fue suerte.

—Estás retando a un beisbolista, Taylor. No es suerte, eres tú quien no estás siendo muy inteligente.

—Yo también puedo hacerlo.

—Dale a la puerta entonces.

Taylor tomó un huevo y lo lanzó creyendo que impactaría en la puerta, pero no esperaba que esta se abriese y terminaría dándole en el pecho al dueño de la casa.

—Oh, mierda —dijo alarmado.

—¡Par de idiotas, están muertos! —gritó Daniel desde la entrada.

Dakho vio que lata de pintura no se había caído. Entonces tomó una piedra del suelo y la lanzó, atinándole para hacer que rodara sobre las tejas del pórtico. Cuando Daniel avanzó, un litro de pintura azul cayó sobre él manchándolo por completo. Por mucho que quisieron quedarse allí para admirar lo patético que se veía, ambos corrieron en sentidos opuestos antes de ser identificados.

Taylor se quitó el disfraz en el camino y lo dejó tirado antes de que pudieran alcanzarlo. Probablemente, ese imbécil iba a golpearlo cuando se enterase de que fue él, pero no le importaba. Había perdido a Dakho en el camino; así que cuando llegó a casa lo único que hizo fue tomar la bicicleta de Sean Grace y salir a buscarlo. Pensó que tal vez Dakho estaría asustado corriendo entre los autos del centro, pero lo encontró comiendo afuera de la cafetería con la mayor tranquilidad del mundo.

También se había quitado su disfraz y estaba sentado en una banca con una paleta de hielo en la mano. Se había angustiado en vano. Su idiota estaba bien.

—Estuve buscándote —le dijo—. ¿Qué crees que haces?

—Me oculto a plena vista.

—Creí que te había alcanzado, tarado.

—No te preocupes; se cansó después de dos cuadras. Lo perdí y vine a comprar comida —dijo mostrándole una bolsa de papel—. ¿Quieres?

—Tienes demasiada suerte. Lo juro. ¿Qué tiene la bolsa?

—Una hamburguesa para ti.

Taylor negó con la cabeza. Bajó de la bicicleta y se sentó a su lado.

—No la aceptaría si no tuviera tanta hambre.

El ocaso finalizaba. Podían ver a lo lejos cómo el sol terminaba de ocultarse detrás de las montañas mientras charlaban de cualquier tontería.

Una pequeña luz iluminó al joven Taylor haciéndolo voltear la mirada.

—¡Oye! ¡Detente!

—¡No hice nada malo! Solo quiero una fotografía de ti sonriendo y con mostaza en la cara.

Taylor volteó avergonzado luchando por no reír mientras comía.

—¡Basta, Dakho! —le dijo intentando tapar el lente, pero la fotografía ya había sido tomada.

Dakho la contempló con una sonrisa.

—¿Quieres verla?

—No, apuesto a que es terrible —dijo Taylor. Dakho asintió y la guardó en el bolsillo de su chaqueta quitándole importancia—. ¡Espera! Tenías que insistir.

—No, el tiempo expiró. Ya no puedes verla.

Había terminado de comer su hamburguesa; entonces, se cruzó de brazos, mirándolo molesto.

—Idiota.

—¿¡Y ahora qué hice!?

—Tenías que decir algo bonito para que pudiera seguir negándome.

Dakho alzó una ceja ante sus reproches.

—Creo que te estoy consintiendo demasiado y el único niño mimado aquí soy yo.

—Alucinas, Dakho. Ambos sabemos qué harías lo que sea si yo te lo pidiera.

—¿Qué puedo decir? Siempre tuve una debilidad por la gente

bonita.

—Ya sé que soy bonito, gracias.

—¿Lo ves? Estoy alimentando demasiado tu ego.

Taylor no le pidió que se deshiciera de la fotografía; se alegró de ver que la observaba con ojos enternecidos. Lo negó como siempre, pero al final le encantaba escuchar de boca de Dakho lo lindo que le parecía. Y en especial, le gustaba la idea de guardar cosas solo entre ellos.

Los niños y las risas en el vecindario no se hicieron esperar. El viento que despeinaba su cabello era el mismo que hacía volar las hojas secas por el lugar. La vida está llena de matices. Por cada suspiro, un anhelo; por cada noche de insomnio, un amanecer lleno de incertidumbre.

Y mientras una persona sonríe, otra en el universo pasa el momento más amargo de su vida.

—Soy un egoísta, ¿verdad? —dijo Dakho reflexionando sobre sus palabras.

—Creo que reconocerlo es parte de madurar.

—Nunca había estado tan consciente del dolor de trasero que puedo llegar a ser. No entiendo cómo es que mi madre me soporta.

—O Sean Grace —se burló Taylor a su lado.

Dakho sonrió.

—¿Sabes? Me desagrada tanto que nunca me detuve a pensar que probablemente él la estaba pasando igual de mal conmigo.

—¿Por qué lo dices?

—La última vez que estuve con él, quizás haya sido un imbécil.

—¿Él?

—Yo. Él se comportó bastante decente, de hecho; aunque fue una terrible idea salir ese día y aun así ambos aceptamos.

—No pudo ser así de malo.

—Solo piénsalo; un viejo anticuado hablándome sobre colocar correctamente el anzuelo y obligándome a usar protector solar. Creo que, de no haber caído al agua, habría terminado ahorcándome con

mi propio hilo para pescar.

—El día del lago —dijo, curioso—. ¿Fue la última persona con la que hablaste?

—Sí, lastimosamente —bromeó.

—Nunca hablaste sobre ese día.

Dakho sonrió pesadamente.

—No hay mucho que decir. Ahora que lo pienso, pudo ser un día genial. Pero lo arruiné desde el principio. El clásico Han haciendo estupidez tras estupidez.

—¿Qué sucedió? Sean Grace no parece ser tan malo en el futuro.

—No era la idea de ir con él, era lo que me perdí por marcharme ese día. Es una larga historia, necesito que entiendas el contexto.

—Tenemos mucho tiempo —dijo Taylor acomodándose para escucharlo. Dakho suspiró mientras recordaba.

—Nos habíamos mudado a San Francisco. No tenía muchos amigos por lo que siempre regresaba a casa solo; un día, mientras caminaba distraído tropecé con un chico que parecía estar tan jodido como yo. ¿Sabes?

—¿Deprimido y perdido?

Dakho rio ante su pregunta.

—Algo así. Había terminado en un hogar temporal en San Francisco porque ninguno de sus padres había aparecido en años. Lo único que sabía era que su padre había sido militar.

—¿Huérfano?

—Probablemente. Sintió que yo lo entendía y podría decirse que...

—Conseguiste un amigo —declaró, sin dejar de verlo, completamente atento a sus palabras y siendo incapaz de entender cómo es que su historia parecía no ser tan mala.

—Conseguí un amigo —confirmó—. El tipo estaba loco, me hizo este *piercing* —se tocó el labio—, terminó en el hospital por mi culpa, luego estuvimos en prisión. Y ese día en específico —sonrió

—, iríamos a la playa.

Taylor tragó pesadamente. No estaba seguro de si eran sus nuevos recuerdos o de si la historia debía ser de esa forma, pero la intriga lo llenó y él fue incapaz de contenerse. De las líneas mezclándose o siendo reales.

—¿Estabas enamorado de él? —le preguntó.

—No lo sé. Quizás debí, pero no pude.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —Un inexperto viendo a través de sus deseos y su ignorancia.

—Es como saber que hay algo aquí —se tocó el pecho—, pero ser demasiado inseguro como para aceptarlo.

—¿Miedo?

Dakho negó sin decir una palabra, y luego prosiguió con su historia.

—Recuerdo bajar a desayunar esa mañana temprano y ver mis maletas hechas para ir de pesca. Estaba tan cansado que después de todo terminé con Sean Grace en medio de la carretera, llegué a este pueblo mientras escuchaba sus historias y canciones viejas. Me burlé de él un par de veces, lo hice enojar, y ese malnacido aun así se comportó decente conmigo. Incluso cuando no pudo cargar la tienda de campaña.

Se quedó callado. Las imágenes de sus recuerdos lo golpearon, haciendo que su semblante cambiara de estar nostálgico a ponerse más bien lúgubre. Recordó a Sean Grace usando la sombrilla como bastón y lo difícil que le fue bajar su equipaje. Recordó acercarse a él para ayudarlo, su caminata en el bosque y la conversación que eso desencadenó.

—¿Dakho? —dijo Taylor cuando lo notó divagar.

—Su pierna —murmuró serio—. Nunca pude preguntarle qué fue lo que sucedió.

—¿A qué te refieres?

Dakho dudó, pero en el fondo sabía que era tiempo de contarle la verdad.

—Ese día —dijo con pesar— yo cargué con el equipaje solo, porque en el futuro Sean Grace no puede caminar bien.

Las cejas de Taylor se alzaron a la vez que su boca se abrió. Su hermano era un atleta, su vida entera estaba dedicada a su cuerpo y él... no. No era posible.

—¿Qué?

—Él mismo decía que su pierna inútil lo traicionó. Se supone que pasó cuando era muy joven, dijo que fue difícil empezar de cero, pero, estando aquí, entendí la razón de que le tomara tanto tiempo.

—P-pero ¿qué hay del béisbol y de la universidad y de...?

Taylor había hablado una y mil veces sobre lo peligroso que era hablar sobre el futuro, sabía que no debía escucharlo y que el conocimiento era un arma de doble filo, pero nunca imaginó que aquello le esperase a Sean Grace.

Y es que, sin importar sus diferencias, todo lo que siempre quiso era lo mejor para su hermano.

—No lo sé. De hecho, no supe que era un prodigio hasta que llegué aquí. El Sean Grace que yo conozco es un hombre serio, que usa traje y hace análisis sobre finanzas.

Taylor contuvo sus ganas de llorar. Su hermano tenía tantos sueños, un brillante futuro en el campo. Soñaba todas las noches con esa beca. ¿Ahora resultaba que eso jamás pasaría?

—No, pero eso significa que...

—Me temo que nunca logró llegar a las grandes ligas, Taylor.

—Sean... —musitó Taylor. No estaba preparado siquiera para imaginarlo.

Podría ser un tonto, pero era el tonto que le enseñó a andar en bicicleta, aquel que llegaba a su habitación a pedirle que le leyera un cuento cuando no podía dormir y el mismo que lo había cuidado desde que tenía memoria. Pensaba en su hermano y en él corriendo por el bosque; rompiendo las ventanas de los vecinos cuando jugaban béisbol; nada de eso podría haber sido en vano. Sean Grace

era parte de sus mejores recuerdos.

Dakho notó que los ojos de Taylor brillaban y que comenzaba a temblar. Debía decirle la verdad, necesitaba hacerlo o colapsaría. El pasado le quemaba en medio de su culpabilidad.

Luchó contra el dolor en sus entrañas y se armó de valor para seguir hablando.

—Hay más.

—¿Más? —Taylor tragó con fuerza—. ¿Qué le sucedió a Sean?

Dakho negó.

—No es sobre él... es... —Se quedó callado—. Es sobre ti.

—¿Qué? —dijo confundido—. Dijiste que no sabías nada sobre mí.

—Te mentí. ¿Está bien? He estado ocultándolo por meses, pero no puedo hacerlo más. Y lo siento, lo siento tanto. He intentado todo, pero nada funciona.

—¿Dakho? —Parpadeó indignado—. ¡No, no está bien!

—Sean Grace... él me habló sobre ti. Pero yo fui tan estúpido como para... —Dakho pasó una mano por su cabello mientras volvía a hablar—. Estábamos en el bosque; él hablaba sobre su juventud, yo me burlé. Él te mencionó, dijo que su hermano solía tener ideas muy extrañas de ese lago, de ese bosque y.... —Se quedó sin aliento cuando un nudo se formó en su garganta.

«...O al menos eso decía mi hermano».

Después de tantos días había sido incapaz de borrar el único recuerdo que le interesaba sacar de su cabeza. No había encontrado el motivo ni el tiempo, mientras las horas seguían corriendo.

«Ah, tienes un hermano. Significa que hay más tarados como tú en el mundo».

—¡¿Y...?! —comenzó a alterarse cuando los ojos de Dakho se llenaron de lágrimas.

—Sean Grace dijo que su hermano... —Tragó saliva pesadamente —. Bueno, tú... —No tenía el valor. Necesitaba encontrar las agallas para decirlo. Taylor frunció el ceño, molesto. ¿Qué más podía

ocultarle? Se levantó y se paró frente a él. Lo tomó de los hombros para hacer que lo viera.

—Basta de rodeos —lo encaró—. ¡Dímelo ya!

«Mi hermano falleció».

Dakho suspiró con fuerza cuando su garganta ardió y se limpió una lágrima inoportuna que se deslizó por su mejilla.

—Él dijo que estabas muerto, Taylor —dijo, bajando la cabeza—. Sean Grace dijo que su hermano murió a los dieciocho años.

Levantó la mirada con miedo; al hacerlo, pudo contemplar el momento exacto en el que las densas pestañas de Taylor cedieron mientras las lágrimas aparecían.

—No puede ser...

Taylor negó consternado. Quizás por eso parecía ser el único al que no le afectaba su presencia.

—Lo siento.

—¿Por qué me mientes? —negó con la cabeza—. Dakho... Dime... Dime que mientes. Por favor, necesito saber que mientes —le suplicó agitando su cuerpo.

—Es verdad. No pude preguntarle la razón, él se veía tan devastado y culpable que no tuve corazón para abrirle aún más la herida.

—¡Debiste decírmelo! Pude encontrar una salida. ¡Un motivo!

—¡Lo intenté! —Se levantó—. Maldición, lo intenté tantas veces. Pero tú mismo dijiste que era demasiado peligroso conocer el futuro. ¡Solo quería protegerte!

—¿Protegerme? ¡Es mi maldita vida, Dakho! Pudiste decírmelo, pero no, elegiste joderle la existencia a tu madre antes que ayudarme.

—No es así. Taylor, lo siento. Sé que debí decírtelo antes, pero pensé que podría... —Dakho intentó tomar su mano, sin éxito, ya que él lo empujó y dio un paso hacia atrás.

—Pero ¿qué? —dijo interrumpiendo—. ¿Pensaste que podías cambiarlo?

—¡Sé que puedo hacerlo! ¡Podemos lograrlo!

—Mira hacia atrás, Dakho. Nada de lo que hemos intentado cambiar ha resultado bien.

—Será diferente. Si encontramos la forma de que pueda regresar, podré preguntarle a Sean Grace sobre tu muerte. Y luego...

—¿Piensas que ese es un buen plan? ¡Casi te mueres ahogado!

—Lo sé, pero vale la pena intentarlo. Cálmate, por favor.

—¿Cómo te atreves a decirme que me calme? Dakho, faltan dos meses para mi cumpleaños. ¡Dos malditos meses! Después de ese momento podrían ser días, semanas o quizás horas.

—Te prometo que he hecho todo a mi alcance para que nada te suceda.

Taylor se quitó los anteojos, los colocó en el cuello de su camisa y se secó los ojos con el antebrazo. Eso significaba que todas las palabras de Dakho... ¿nunca fueron reales?

—¿De eso se trata entonces? ¿De tu lástima hacia mí? —se pasó ambas manos por el cabello—. Soy tan imbécil, maldición.

—No. No es lo que piensas.

Las aventuras nocturnas y ese extraño interés que Han Dakho tenía por saber todo de él. La forma en la que lo abrazaba por la espalda y los besos que le daba en la frente cuando creía que Taylor estaba dormido.

—Ahora todo tiene sentido —dijo cuando creyó entenderlo—. Las charlas profundas y las atenciones estúpidas. Querías compensarme en caso de no lograrlo, ¿no es así?

—Yo... —murmuró Dakho; pero su dudar hizo a Taylor sacar cientos de conjeturas.

Taylor negó mientras reía amargamente, arrastrando las palabras que era apenas capaz de decir. Él no tenía a nadie realmente, ¿cierto?

—Sean Grace tenía razón, soy tan manipulable.

—Taylor...

—¿Sabes? Por un momento llegué a pensar que hacías todo eso

porque tal vez tú y yo... Porque tal vez estabas... —suspiró. ¿Él lo estaba? Incluso si apenas comprendía sus sentimientos, fue incapaz de contestarse que no—. Olvídalo, no vale la pena entenderlo —dijo en medio de su sollozo.

Porque incluso si Dakho le hubiese dicho que todo era mentira; que no venía de ningún futuro y que inventó todo porque era solo un chico triste que escapó de casa, él no se habría molestado, aunque hacerlo fuese lo más sensato. En su lugar, se habría llenado de paz, de una paz que venía con el deseo de reposar sobre él, de que lo compensara oculto entre las sábanas besándole la piel del vientre y huir tan lejos que nadie lo escuchase gritar que lo quería.

Luego recordó que el mismo Dakho le había dicho muchas veces que estaba tan roto y era tan egoísta que nunca podría ser sincero. No había mentido en eso al parecer.

—Perdóname, por favor. —Dakho se acercó a Taylor para rodearlo con sus brazos, pero este retrocedió y lo miró con severidad.

—Déjame solo. —Le dio la espalda y comenzó a caminar hacia su bicicleta.

—¡Alto, espera! —Dakho lo siguió rápidamente para tomarlo del brazo.

—Suéltame —ordenó con dura voz.

—Si me escucharas, si entendieras mis motivos...

Taylor se soltó de su agarre y no le dejó terminar.

—Entiendo tus motivos, pero quisiera saber si alguna vez te interesó algo además de ti. —Dakho ladeó la cabeza y él subió a la bicicleta—. Joder, ¿alguna vez te detuviste a pensar por dos segundos en alguien que no fueras tú mismo?

—Basta, no es así.

—Piénsalo con lógica, Dakho. Nosotros lo logramos y te marchas sin decir una palabra; tú vuelves a tu realidad, mi hermano pierde una pierna, tu madre vive infeliz, yo muero y todo seguiría su curso. Tendrías tu vida de nuevo. —Se jactó indignado—. No, tendrías la

vida que querías, maldición. ¿Acaso alguno de nosotros significa algo para ti?

—Dijiste que era peligroso para un hombre saber demasiado sobre su futuro.

—Sé bien lo que dije. —Apretó la mandíbula—. Pero si esa es tu excusa, solo significa que no te importa cuando se trata sobre ti mismo, como siempre.

Dakho bajó la cabeza; le era imposible levantar la mirada cuando lloraba. Mientras creció dejó de hacerlo frente a los demás y justo en ese momento volvió a sentirse frágil. Taylor comenzó a pedalear avanzando y dejando en medio de la calle a un joven con el alma destrozada que se arrodilló sobre el asfalto, y aunque quiso correr detrás de él no pudo hacerlo. Así que allí, en la noche que lo cobijó, siguió llorando hasta perder el aliento.

Taylor se marchó rápidamente por la carretera, intentando alejarse de sus pensamientos. Intentaba limpiarse las lágrimas mientras apenas sostenía el timón de la bicicleta sin poder dejar de llorar. Los últimos meses le habían hecho sentir que su vida valía la pena, lo convencieron de que había mucho más en el mundo que ese pequeño pueblo. ¿Ahora resultaba que eso era lo único que le quedaba? Y ese futuro prometedor al que se había aferrado con tanta fuerza en aquellas noches de soledad, en realidad nunca llegaría.

Se quedó parado en medio de la carretera cuando sintió que no podría seguir manteniendo el equilibrio para avanzar, sollozando mientras las hojas volaban en el aire. Soltó la bicicleta y la dejó tirada a un lado del camino, y echó a correr. El viento golpeó su rostro y la desesperación de la verdad se clavó en su cabeza de tal forma que deseó ser capaz de olvidarlo todo. Una desesperación que le hizo saber que el futuro estaba sobrevalorado.

Siguió corriendo sin detenerse y pensando que Dakho era un idiota por hacerle sentir todas esas cosas, aun sabiendo lo que pasaría. Taylor era, como todos decían, solo un niño inocente.

Una pequeña espina en su pecho se hundió profundamente cuando pensó que al parecer estaba más perdido que Dakho.

Quizás ninguno de los dos tenía salvación.

16.

31 DE JULIO DE 2019.

La última vez, o quizás la primera; el final de algo es el inicio de otra cosa muy distinta a la anterior. La luz del día hace parecer que la vida avanza rápidamente; por eso, las noches son eternas cuando no se le teme a la oscuridad.

—¿Cara o cruz?

Cada brecha del destino crea una historia por accidente. A veces un hermoso momento, otras una tragedia; pero siempre una anécdota nueva para contar.

Dakho volteó a ver al chico a su lado, quien sostenía una moneda frente a él. Estaba oscuro y la luz de la calle era lo único que lo ayudaba a asimilar los objetos a su alrededor.

—Creí que estabas durmiendo —le dijo acomodándose para verlo mejor.

Dominic no existía antes
de perder la pelota.

El chico negó mirando hacia el techo y sentándose entre las sábanas de la cama.

—Elige, cara o cruz.

—¿Qué sentido tiene?

—Solo hazlo.

Dakho frunció el ceño.

—Cruz —eligió sin saber realmente a qué se debía su pregunta.

—Entonces supongo que debo irme —le dijo.

Dakho se recompuso sobre la cama, sentándose al verlo levantarse.

—Alto, alto, espera. Eso no es justo, no sabía las reglas de tu juego.

—Elegiste cruz, así que sí.

—Eres un tramposo.

El chico rio negando con la cabeza mientras tomaba su ropa del suelo para volver a vestirse.

—De todas formas, si hubieses elegido cara también te habría dicho lo mismo.

—Dominic —lo llamó con suave voz sin dejar de mirarlo—. No tienes que irte.

El otro se puso de pie, abotonando su pantalón y batallando para ponerse sus zapatos sin tambalear mientras se sujetaba de la repisa de Dakho.

—Odio ese nombre —lo interrumpió—. Además, sí, tengo que irme; te recuerdo que tu padrastro está a dos habitaciones de esta.

—¿Le temes a Kim?

—No, pero seguir follando con su hijo no sería un gran agradecimiento de mi parte por sacarme de prisión.

—Da igual, es tarde, las calles no son seguras a esta hora.

Dakho se rascó el cuello, apenado. El chico ya estaba vestido y lo vio caminar hacia la ventana. Sonrió antes de quitar el pestillo y pasar una pierna por el marco.

—¿Acaso no recuerdas de dónde vengo? —le dijo casi burlándose de él—. Chico, las calles de Nueva York podrían darles una paliza a las calles de San Francisco.

—Dejando tu altanería de lado, yo hablo en serio, podría

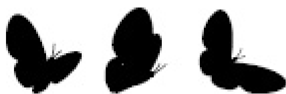
sucederte algo. Es peligroso.

Dominic negó con la cabeza, antes de pasar la otra pierna por el marco y sujetarse del balcón.

—Tranquilo, sé cuidarme solo —respondió—. Descansa, Dakho. Te veré en la mañana, no llegues tarde —dijo, antes de soltarse finalmente para trepar por los balcones y aterrizar entre los arbustos que bordeaban su casa.

Dakho suspiró y se dejó caer de espaldas sobre su cama. No tenía idea de la hora, pero el sonido de su reloj sobre la mesa de noche era lo único en lo que podía concentrarse. Se sentía culpable, probablemente debió decirle a Dominic que no iría con él a la playa al día siguiente, pero no lo hizo. Quizás porque no quería fallarle a su único amigo, o porque no era bueno diciendo la verdad. Quizás por ambos motivos.

Después de todo, decir la verdad nunca le trajo nada favorable.



60 DÍAS ANTES DE...

Los árboles de la carretera parecían gritarle que se apresurara, mientras avanzaba velozmente, a zancadas, como si intentara mover el suelo con los pies. Su pecho temblaba al jadear, respirando por la boca sin detenerse y corriendo en la oscuridad del pueblo.

Taylor estaba desesperado por escapar de sus pensamientos y sus ideas. Apenas podía ver el camino debido a las lágrimas. No pretendía ser dramático, pero sentía como si toda la parte racional de su cerebro se hubiese apagado. Toda esta inteligencia no le servía para nada mientras buscaba una solución.

Corría de regreso al pueblo, la zona residencial estaba cerca. Lo sabía por las luces y las voces que se escuchaban no muy lejos. Cuando llegó al centro, se quedó quieto observando a las personas a

su alrededor con sus disfraces y riendo con alegría.

Es cierto, aún era Halloween.

Los niños corrían por las avenidas con gran alegría y las calles estaban iluminadas. El color de las calabazas que adornaban combinaba con las hojas ocres que estaban por toda la acera, y a su vez, estas contrastaban con las tétricas ramas desnudas de los árboles.

Se limpió el rostro y comenzó a caminar por el lugar con calma. Habían pasado años desde la última vez que estuvo en el centro durante un Halloween. Y estaba tan jodido, que hasta la melodía de una canción que cantaban los pequeños disfrazados le pareció deprimente.

Un par de metros adelante, se paró frente a la única licorería abierta para comprar algún licor de trago amargo. Entró sin problema alguno y se acercó a uno de los aparadores tomando una botella de líquido transparente. Luego se acercó al mostrador para pagar, sin decir mucho y gastando lo último que le quedaba.

¿Beber le parecía estúpido? Sí. ¿Estaba desesperado? También.

Sabía que no tenía sentido, pero sus pensamientos comenzaban a hartarlo. Lo único que quería era desconectar su cerebro por un momento.

—¿Seguro de que quieres llevar eso? —le dijo la dependiente.

—En este momento llevaría lo que sea —confesó con cansada expresión.

—Voy a necesitar tu identificación, jovencito.

Sonrió tranquilamente y tomó su billetera para sacar de ella su identificación falsa y deslizarla sobre el mostrador

—Veintiún años, ¿eh? —le dijo con una ceja alzada. Sabía que Taylor iba a la misma escuela que su sobrino.

—Recién cumplidos —declaró antes de tomar varios billetes y ponerlos frente a ella—. Puede quedarse con el cambio.

La mujer dudó en tomar el dinero, pero el sonido de la caja registradora abriéndose le confirmó a Taylor que todo había salido

bien. Tomó su botella y se dio la vuelta camino a la salida.

Ya afuera la destapó, dio un vistazo rápido a su alrededor y al constatar que no había nadie cerca, bebió un gran trago que le quemó la garganta. Agitó la cabeza con el ceño fruncido. Esto del alcohol estaba sobrevalorado. No había mejor forma de hacer a los miserables, aún más miserables, que estar ebrio.

Se había quitado los anteojos y tenía las mangas de su camisa dobladas a la altura de sus codos. Eran un poco más de las 8 de la noche y ya no había muchos lugares a dónde ir. Caminó hacia la alcaldía y subió lentamente las escaleras. Cuando llegó a la última, se sentó para contemplar mejor el pueblo.

Las calles resplandecían; debía admitir que esto de las fiestas siempre les daba cierto brillo especial a las personas. Abrazó sus piernas y colocó el mentón sobre sus rodillas con triste expresión. Le habría gustado tener su libreta para desahogarse en ese momento.

«¿Qué es la muerte?», se preguntó, como si estuviese escribiendo en su libreta. «Nada más que el inicio del final», se contestó.

¿Cuántas variables existían en su historia? Porque algo iba a matarlo, pero ¿qué?

Le dio un pequeño trago a la botella. Era muy joven para pensar en morir y aun así se burló; después de todo, ¿no es ese el final siempre?

Alzó la vista, observó la luna en cuarto menguante y dejó que el fresco aroma del lugar calara en su nariz y llenara sus pulmones. A su lado izquierdo, una mancha en la pared de la alcaldía llamó su atención. Se concentró en ella y encontró sus propios trazos de pintura. Sonrió vagamente. Aún no habían limpiado el mural que él y Dakho dejaron la otra noche ahí.

—Ningún futuro es real, eh, Taylor —se dijo a sí mismo con zozobra. Se sentía demasiado estúpido pensando en su positivismo de mierda.

Pero, al bajar la vista, logró ver por completo la frase que Dakho

había escrito debajo de la suya. Y no pudo evitar sentir deseos de llorar de nuevo. No sabía qué le dolía más; si la repentina revelación de su final o su primera ilusión rompiéndose abruptamente.

Quizás Dakho le había ocultado cosas, pero incluso con eso, en el fondo estaba seguro de que sus actos eran genuinos. Porque aun sin conocer sus intenciones, por primera vez, al menos por unos segundos, Taylor sintió que alguien en el universo lo había elegido a él.

Negó con la cabeza; eso no cambiaba el hecho de que no quería verlo. Regresó su vista a la botella, un par de tragos y había perdido el deseo de seguir bebiendo. El hecho de que no supiera cómo exteriorizar sus emociones no significaba que estas no estuvieran ahí. Se sentía un poco mareado; aparentemente el alcohol sí funcionaba. Pero no era exactamente lo que estaba buscando.

Se levantó, y dando una vista rápida al mural en la alcaldía, tomó su botella para luego dirigirse al camino de regreso a casa. En medio de los suburbios, las casas decoradas con heno y calabazas lo hicieron sentir como un niño. Sus pasos eran lentos, y aunque no quería, seguía sobreanalizando todo.

Durante meses había estado hablando de lo que quería hacer antes de morir, y ahora no se le ocurría nada realmente bueno para hacer valer el tiempo que tenía. Estaba despeinado y su ropa desordenada. Su imagen desaliñada sin los anteojos y su expresión dura lo hacían lucir intimidante mientras avanzaba ganándose algunas miradas de otras personas que vagaban por la calle. Hasta el momento había sido metódico y racional en todo, pero aquello que lo caracterizaba no era todo lo que podía ser.

Cuando llegó a la calle de su casa se apresuró para no ser visto por algún vecino, corriendo hacia el garaje para entrar por la parte trasera de la casa. Todo estaba en total silencio. Sus padres pasaban mucho tiempo en las actividades de la iglesia, así que en una noche como esa no le sorprendió que no volvieran temprano

Avanzó hasta las escaleras para subir a su habitación. Al entrar, lo

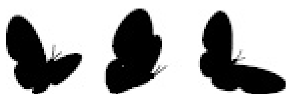
primero que vio fue el uniforme de béisbol de Dakho que estaba en una percha, y se reprochó a sí mismo. Sabía que alguien de su familia podía entrar en cualquier momento a la casa y verlo en medio de una crisis, y eso era lo último que necesitaba para culminar un día fantástico. Así que tomó las sábanas de su cama y su almohada sin soltar la botella, y se dirigió al único lugar donde sabía que no iban a encontrarlo.

Regresó al pasillo y tiró del cordón del techo para abrir la puerta del ático desplegando las escaleras. Luego subió con desgano y cerró la puerta desde arriba. Era la analogía del teléfono público. La llamada duraría hasta que esos veinticinco centavos terminaran, y, desgraciadamente, él le había colocado la moneda hacía tiempo.

Dejó su botella sobre un pequeño mueble que llevaba años allí y luego se sentó sobre una caja con sus sábanas encima, mientras veía sus libros pensando que, si alguien podía encontrar una solución, debía ser él mismo.

Debía ser alguien con su intelecto.

Y no el chico con la mente turbulenta que, de todas formas, era un caso sin esperanza.



El encargado de la estación de servicio de la gasolinera marcó su salida a las ocho y dos minutos de la noche. Se puso aquel sombrero que utilizaba para ocultar la calvicie y subió a su auto para marcharse a casa.

Minutos después, los dos adolescentes que trabajaban en el lugar asomaron la cabeza para constatar que su tirano jefe ya se hubiese marchado. Cuando estuvieron seguros de estar solos, cerraron rápidamente las persianas del lugar para poder irse más temprano.

Mientras el chico comenzó a tallar el piso, su compañera juntó toda la basura del turno para poder sacarla de la tienda. Arrastró las

dos pesadas bolsas y caminó por la parte trasera, hacia el contenedor de basura.

Le quitó el seguro a la tapa y la levantó, para después lanzar la primera bolsa hacia su interior, pero no esperaba que la bolsa gimiera de dolor cuando cayó dentro. O bueno, en realidad no se trataba de la bolsa, sino de un chico de cabello negro que se levantó sobresaltado cuando la basura le cayó encima.

Haru abrió los ojos de golpe y se puso de pie casi por instinto. La chica se asustó y comenzó a gritar cuando lo vio emerger del interior del basurero.

—¡Oye, oye! ¡Calma! —pidió agitando las manos y rogándole al cielo que la chica se callara.

Su compañero salió corriendo desde dentro de la tienda con una escoba en la mano y dispuesto a apalear a Haru.

—¡¿Qué demonios sucede aquí?! —gritó amenazándolo con su escoba.

Él negó con las manos y la cabeza.

—Estábamos buscando botellas y la puerta del contenedor se cerró, llevamos horas encerrados, lo juro —dijo intentando tranquilizar a los otros.

—¿Estábamos? —cuestionó el chico.

—Oye, levántate, animal. Tenemos que irnos.

Movió la pierna para patear a Sean Grace y hacerlo reaccionar. Este se quejó, pero cuando abrió los ojos y vio el cielo no dudó en levantarse para poder salir de allí.

—¿Sean Grace? —dijo ella desconcertada.

¿Qué hacía alguien como él en la basura de su trabajo? Lo reconocía de la escuela.

Él no le contestó. En realidad ni siquiera sabía quiénes eran; simplemente tomó impulso para saltar fuera del contenedor y luego ayudó al otro a salir.

—Esto nunca pasó, ¿está bien? —dijo Sean Grace dándoles una mirada rápida. Ambos asintieron.

Haru comenzó a caminar por la carretera. Estaba sucio, le dolía el cuello y casi fue secuestrado por unos lunáticos. Definitivamente, su Halloween había ido mal desde que comenzó.

—Estúpido lago y estúpido pueblo —mascullό molesto mientras avanzaba—. Estúpido Gobierno, estúpidos lunáticos de los dardos...

Sean Grace volteó a ver al notar que se estaba alejando.

—Oye, espera —dijo comenzando a caminar detrás de él.

—... Y estúpido Sean Grace —resopló cuando el otro llegó a su lado.

—¿A dónde vas?

—Me voy a casa. ¿No es obvio?

—¿Crees que volverán por nosotros?

Meditó un par de segundos mientras caminaban. Hacía demasiado frío y ambos parecían sentir los estragos del viento. Bueno, después de todo, habían pasado horas en el contenedor.

—Probablemente, aunque... —Pateó una piedra que encontró en el camino—. No sé por qué nos quieren a nosotros. Es decir, yo solo soy un artista fracasado ¿Qué clase de peligro represento para sus planes?

—No lo sé, tal vez podrías hacerlos deprimirse hasta la muerte.

Haru levantó su mano para golpear en el estómago a Sean Grace.

—Gracioso. —Rodó los ojos mientras el otro contenía su risa por encima del dolor.

—Sabes que solo bromeo. Puede que nos estén confundiendo; ya estoy acostumbrado, es más, casi me dan ganas de saludar al lunático de los secuestros.

—¿El rubio que intentó dormirme con un dardo?

—Sí, él... —Sean Grace frunció las cejas. Él lo había visto mucho antes, pero no podía recordar dónde—. Tenemos que ocultarnos.

—No creo que sea necesario.

—¿Qué pasará cuando abran la escuela? Ellos tienen nuestros rostros, nos encontrarán.

—No se atreverán a entrar a la escuela.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Está llena de menores. De hecho, creo que entre más concurrido esté el lugar, más seguro será para nosotros.

Sean Grace se rascó el cuello.

—No entiendo en qué demonios estamos metidos. Es como si estuvieran controlando mis movimientos.

Haru no le respondió de inmediato. No creía que los hubiesen identificado o los habrían atrapado hace tiempo; en realidad, lucía como si estuvieran siguiendo una especie de retrato hablado. Porque de ser así, la imagen de un chico alto de cabello castaño junto a uno pelinegro con perforaciones encajaba no solo con Taylor y Dakho, sino también con ellos dos.

No quería sacar conclusiones erradas, pero era lo único que se le ocurría.

—No exageres. De todas formas, la próxima vez que se acerquen a nosotros estaremos preparados.

—¿Cómo?

—Yo los deprimo y tú los golpeas, ¿vale?

Sean Grace no pudo evitarlo y soltó una gran carcajada, de esas que evitaba para que su extraña risa no quedara al descubierto. Haru sonrió mirando hacia el frente.

—No puedes usar mis propias bromas contra mí. Moon, estamos en peligro, yo hablo en serio.

—Yo también. La próxima vez que se acerquen, espero que estés listo porque vamos a pelear.

—Uuuhh... ¿Desde cuándo eres tan rudo?

—Desde la vez que ocho tipos me golpearon hasta que me desmayé.

Sean Grace se removió incómodo y carraspeó con la garganta.

—No era el momento para que dijeras eso. —El otro sonrió cínicamente.

—Lo sé, pero me encanta atormentarte.

Había mentiras bonitas e historias incompletas, pero más allá de eso, las anécdotas de ellos eran un compendio de ambas, y por mucho que quisieran fingir demencia, ninguno podía.

—Eres cruel, la culpa no me dejó dormir por meses.

—Uy, sí, cómo no. Eres un adicto a los relajantes musculares, Kim. Tus drogas te hacen caer como costal de papas.

—Ya no las tomo —confesó.

—Ah, ¿no?

—No, he mejorado mucho. La última vez que lo hice, o bueno —ladeó la cabeza—, que creí hacerlo, fue hace meses. Estoy limpio.

—Eso es bueno.

—¿Y tú? —le preguntó con ambigua voz. No quería delatarse a sí mismo y decirle que lo había escuchado hablar solo en el cementerio. Augustus Moon siempre había tenido problemas con su alimentación, y quizás se sentía culpable por saberlo. Porque siempre lo supo, pero lo había olvidado. Como al resto de sus manías.

—¿Yo qué?

—¿Has estado comiendo?

—Sí —dijo cortante, pero su voz no sonaba triste—. Taylor y yo estamos aprendiendo nuevas recetas, aunque creo que estoy comiendo demasiado ahora —se burló de sí mismo.

—Me alegra que estés mejor... —Su hermano era todo un cocinero ahora, ¿eh?

—Subí dos tallas, ¿sabes? —se animó a contarle—. Pura proteína y ejercicio.

—¿Haces ejercicio? —Ladeó la cabeza sin llegar a ser ofensivo.

—Dakho ha estado ayudándome con eso y creo que vamos por buen camino.

—Vaya, parece que tienes a tu propio entrenador personal.

—Ellos se preocupan por mí, y no lo entiendo.

Sean Grace volteó a verlo; estaba celoso, pero no sabía de quién de los tres. Si de su hermano por ser tan cercano a April, de él por

tener tanta atención o de Dakho por ocupar su lugar con ambos.

—Deberíamos buscarlos —dijo restándole importancia a sus pensamientos, rompiendo con el momento en el que divagaron en los vestigios de su confianza.

—¿Qué?

—Si nos están buscando, es probable que a ellos también. Lo mejor será que nos mantengamos juntos.

—Quizás tengas razón.

—Es tarde, espero que hayan vuelto a casa.

Haru chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—No lo creo —dijo mientras se acercaban al centro— salieron a pedir dulces, y después... —No sabía si era prudente mencionarlo.

—¿Después qué?

—Se supone que irían a la fiesta del equipo.

Sean Grace arrugó la nariz. La fiesta de Halloween era usualmente oficiada por el capitán del equipo de béisbol cada año; este era su año, pero había estado tan distraído que cuando Daniel se ofreció a hacerla él, no le puso ningún pero. Últimamente, los chicos del equipo comenzaban a parecerle molestos.

—Hará que lo maten. ¿Tienes idea de lo difícil que es tener nuestro apellido y nuestro color aquí? Ya tengo bastantes mierdas con las que lidiar como para sumarle a mi hermano el buscapleitos. La última vez que se acercó a una reunión de esas casi tuve que golpear a la mitad de mis jugadores por perseguirlo. ¿Por qué querría ir Taylor a esa fiesta?

—Por la misma razón por la que no lo atraparon la última vez. —Sean Grace alzó una ceja—. Por Dakho.

—Cierto, él es parte del equipo. Tendremos que ir por ellos.

—¿No deberíamos darnos un baño primero?

—Ya tendremos tiempo para eso después. Venga, date prisa, Agosto.

Entraron por la zona residencial, caminando por la acera mientras se acercaban a la casa de Daniel. El jardín estaba lleno de

personas, al igual que la entrada pintada de color azul, que parecía habían intentado cepillar, pero solo habían logrado ensuciar más el pórtico.

Sean Grace sonrió con gracia mirando la casa de su compañero así de sucia, con huevo en las paredes y papel higiénico enredado en todo el barandal. Avanzó hacia la puerta, pero sintió un pequeño jalón en su camisa. Volteó a ver a Haru.

—Te esperaré aquí, apresúrate —dijo.

—Estás idiota si piensas que te dejaré quedarte aquí solo. —Kim negó con el ceño fruncido.

—No necesito que me cuides.

—Lo sé, pero aún no han hecho la broma de la noche, y estoy seguro de que si te ven vagando solo terminarás en la asta de la bandera. Tú mismo lo dijiste, ocho contra uno.

Haru resopló; el miope tenía razón.

—Bien, entremos —aceptó moviéndose hacia el interior de la casa a través de la puerta abierta.

Había muchas personas en el lugar, estaban bebiendo y el gran estruendo de risas resonaba por toda la casa. Haru pensó que la fiesta tenía mucho estilo; Sean Grace pensó que él pudo haberlo hecho mejor. Muchas chicas comenzaron a murmurar entre ellas al ver entrar a Sean Grace con su atuendo de mecánico sucio. Porque sí, había pasado encerrado horas con la misma ropa que usaba para arreglar el auto, una camisa sin mangas que dejaba al descubierto sus brazos. Empezó a caminar entre las personas buscando a su hermano.

Haru en realidad no se sentía incómodo; amaba la música en cualquiera de sus formas. Se distrajo un momento con la canción que sonaba, y cuando reaccionó notó que Sean Grace no estaba a su lado.

—Maldición. «Sí, claro, no voy a dejarte solo» —masculló negando con la cabeza—, estúpido Sean Grace —suspiró—. Estúpido yo.

Miró a todos lados, pero no había rastros de Taylor. Entonces, se movió un par de pasos y al toparse con la mesa de bocadillos decidió quedarse allí. Después de todo, era comida gratis, y él tenía mucha hambre. Quizás debería estar más preocupado por los chicos, pero, joder, ni ellos mismos se preocupaban. De hecho, le preocupaba más la madre de Dakho que el mismo Dakho.

«Ella es un poco misteriosa», pensó, «igual a su hijo, atractiva y traumatizada». Y luego agitó la cabeza. ¿De cuándo acá le importaba eso? No lo entendía, la empatía que sintió hacia ella le hizo ver que la mirada triste de Dakho era un reflejo de la de ella. Y que tenía unos labios muy bonitos.

Tomó una servilleta y se limpió la boca, para luego buscar una bebida. Sabía que el ponche estaba lleno de alcohol, así que optó por tomar una lata de refresco. La destapó y estuvo a punto de comenzar a beberla cuando una mano le tocó el hombro.

—Moon —le dijo el chico—, justo a tiempo para la diversión.

—Yo ya me iba. Solo estaba buscando a un amigo.

Apretó los ojos y volteó para encontrarse con Daniel. Al hacerlo, su temor se desvaneció, y su risa se hizo presente al ver al mayor con manchas de pintura azul en el cabello y rostro.

—¿De qué te ríes, fenómeno?

—¿Cómo que de qué? —Sabía que iban a joderlo, pero no pudo evitar seguir hablando—. No puedes disfrazarte de pitufo y esperar que la gente no se burle.

Un bullicio en conjunto se escuchó cuando eso sonó como una declaratoria de guerra. Haru se paró firme, esto iba a dolerle.

Sean Grace había recorrido toda la casa sin ver a los chicos. Incluso había preguntado a los presentes, pero nadie había visto a Dakho o a su hermano. Cuando la atención de todos se posicionó en el centro de la sala, volteó para conocer el origen del revuelo.

—Adoras visitar la sala de urgencias, ¿cierto, idiota? —dijo a Haru para intimidarlo.

—Soy cliente frecuente —respondió con la sonrisa más burlesca

del mundo.

Sean Grace vio el momento en el que Daniel tomó del cuello de la camisa a Moon frente a todos, como si de un espectáculo se tratara. Y se abofeteó mentalmente al recordar que no venía solo, moviéndose veloz hacia ellos.

Entonces, avanzó para meterse en medio de ambos.

—Suéltalo —le ordenó.

—Pero ¿qué mier... Kim? —dijo incrédulo—. Creí que no vendrías.

—Tuve que hacer algo en el camino —se acercó imponente, los demás miembros del equipo retrocedieron—. ¿Qué esperas? Te dije que lo soltaras.

—¿Por qué?

—Él viene conmigo, ¿algún problema con eso? —El silencio de sus compañeros se vio interrumpido por un unánime «Uuuhh».

—¿De cuándo acá te convertiste en salvador de los fenómenos, eh, Kim?

—Oye, oye, deberías bajarle a tu tono. —Sean Grace avanzó sin miedo.

—¿Qué te sucede, Grace? Fallas tiros, te juntas con inadaptados y te ciegas por un par de piernas bonitas.

—¿Y eso qué? ¿Estás así de obsesionado conmigo?

—¿Quién eres? Siento que no te conozco.

—Quizás nunca me has conocido en realidad.

—Estás jodido, amigo. Ni siquiera estoy seguro de que seas importante para el equipo aún.

—¿Entonces de eso se trata? ¿Crees que puedes ser mejor que yo?

—Claro. ¿Qué clase de líder eres cuando no te importa el equipo?

Sean Grace negó con la cabeza; ni siquiera él mismo entendía qué era lo que había cambiado.

—La clase que no necesita rebajarse a patear tu trasero o decir

estupideces para sentirse superior.

La música había bajado su volumen y las miradas de todos parecían estar centradas en la riña entre ambos jóvenes. El ambiente se volvió increíblemente tenso cuando el resto de las personas aumentó el bullicio.

—Hijo de p... —Quiso avanzar, pero Sean Grace lo evitó empujándolo de los hombros.

La espalda de Daniel chocó con un chico detrás de él, que estaba junto a Haru. Al hacerlo, su refresco se derramó casi por completo sobre su camisa roja.

—¿Quieres ser el líder? Demuéstralo en el campo —le dijo dándole un ultimátum—. No te metas conmigo.

Entonces, dio una corta mirada a Moon para que lo siguiera. Estaba demasiado ocupado intentando limpiarse, así que simplemente pasó al lado de Daniel restándole importancia al chico, se acercó para tomarlo del brazo y hacerlo caminar junto a él. Se abrieron paso entre la gente para salir de esa casa.

—¿Qué fue todo eso allá adentro? —preguntó casi incrédulo.

—¿A qué te refieres?

No sabía cómo decirlo, pero lo hizo.

—Unas treinta personas allá adentro te vieron conmigo.

—¿Y eso qué? —dijo Sean Grace caminando por el jardín y mirando un árbol lleno de papel higiénico.

La existencia de un sentimiento puro hacía que los cambios de la historia marcharan por rumbos positivos para todos.

—¿Estás loco o eres hipócrita? ¿Qué es lo que esperas de mí?

—¿Quieres que sea honesto contigo?

—¡Sí!

—Amo el béisbol, pero me importan una mierda los imbéciles del equipo. No sé qué sucede conmigo ni por qué de pronto me siento tan culpable. Necesito llenar el vacío de mi cabeza. ¿Está bien? Quiero que dejen de verme como un imbécil, quiero saber por qué mi hermano me miente y por qué alguien que dijo que me

amaba decide actuar como si fuera una desconocida para mí.

—¿Y como a ellos no les interesas piensas que soy un comodín o algo así?

—No. Sobre eso, en realidad, solo quería a mi mejor amigo de regreso.

—No es así de simple.

—¿Por qué no?

—Porque tú eres un cobarde y yo... —tragó saliva—, yo no quiero estar cerca de ti.

—Entonces, tómalo como un trato. Tú me ayudas a entenderlo todo y yo te dejo en paz.

—Ya hice suficiente —dijo, consciente de que no debía ayudarlo más. Entonces comenzó a caminar por la acera para alejarse de él.

Ambos habían olvidado por completo su misión de buscar a los chicos. Sean Grace lo siguió e intentó detenerlo, comenzó a avanzar a su lado mientras ambos se movían a la mitad de la calle.

—Pero yo no. ¿Sabes? Últimamente siento como si tuviera un nuevo sistema. Quiero cambiar.

—¿Y a ti qué mosco te picó?

El último cambio en su futuro le había dado un golpe de lealtad y energía.

—Lo que haya sido, me hizo reconocer que soy un idiota. ¿Está bien?

—¿Y eso cómo me afecta a mí?

—Llegué a la conclusión de que la única forma de entender qué sucedía en este jodido pueblo era ser uno de ustedes. Así que eso es lo que seré.

Haru alzó una ceja. Un lugar nuevo y una ruleta de papeles que en el libreto de su historia se había movido de lugar otra vez, sin rumbo y sin patrón alguno. Historias chocando y mezclándose unas contra otras de todas las formas posibles.

Habían llegado a la zona boscosa, y aunque sabían que no era buena idea caminar por allí, era la única forma de regresar a casa.

—Quiero verte intentarlo —le dijo—. La vida en este lugar es como sentir dos historias a la vez y, créeme, no quieres entenderlo.

Sean Grace caminó un poco más rápido para pararse frente a él y detenerlo. Haru chocó con su pecho y se sintió tan pequeño cuando tuvo que levantar la cabeza para mirarlo directamente al rostro.

—Puedo cambiar la historia, y vas a ayudarme.

—Ponlo en palabras que entienda. ¿Qué podría hacer yo?

—Conviérteme en tu musa. Dime qué hacer y lo haré, pero por favor, necesito saberlo todo. Quiero saber lo que hay dentro de ese lago.

Haru tragó; Sean Grace le colocó una mano en el hombro.

—¿Desde cuándo sabes el significado de la palabra «musa»?

—Desde siempre, creo.

Haru retrocedió sin entender su comportamiento. Sean Grace lo veía fijamente, como lo había hecho hacía años, y era incapaz de ignorar sus labios que brillaban.

—No —dijo seco—. Estás delirando, tienes que seguir tu historia original, y yo no debería estar hablando contigo.

—¿Qué significa eso? —reprochó confundido—. ¿Y cuál se supone que es mi «historia»? ¿Cuál es mi maldito papel en todo esto?

—Eres la estrella, el chico por el que todos mueren, el galán de la novela. No tienes nada que ver con nosotros.

—Yo... creo que dejé de serlo —confesó sin pensarlo mucho.

Haru tragó; él tenía razón. Estaban acorralados, y sus destinos condicionados a chocar y cambiar unos contra otros las veces que sus acciones los empujaran. Quizás nunca sería tan inteligente como Taylor, pero sabía que entre más personas estuvieran incluidas en la línea alterna, más variables podrían existir.

Estaba lejos de entender que, de seguir así, dentro de poco cada jodido habitante del condado Mariposa sería una variable de la ecuación.

—¿Qué hay de ti? —volvió a hablar Sean Grace desde su limitado conocimiento—. Si existieran dos historias en este pueblo, ¿quién serías tú?

—No lo sé. Creo que en esta soy un hada madrina.

—¿Y en la otra?

—Un villano.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. Pero algo se siente diferente. Tú también lo sientes, ¿cierto? —le dijo, y Sean Grace asintió.

Mientras los cambios de Sean Grace eran positivos, empujándolo a sacar su verdadero yo, la segunda línea de la historia de Haru separándose le hacía sentir una impotencia enorme. Él no había hecho nada malo, nunca haría algo dañino, su único propósito había sido ayudarlos a todos. Pero, aun así, sentía un dolor enorme cada vez que su futuro cambiaba, como si se reprochara algo a sí mismo.

No podía explicárselo a Sean Grace, y en realidad no sabía cómo.

—¿Tienes miedo de hacer algo malo, cierto?

—Yo... Creo que ya lo hice.

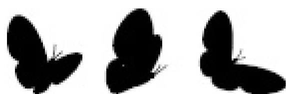
Sean Grace le veía con recelo; más allá de su ignorancia, con infinita curiosidad. Mientras caminaba, su pie pateó algo que estaba en medio de la carretera.

—¿Mi bicicleta? —dijo Sean Grace confundido cuando llevó su vista al suelo.

En el momento en el que todo hizo clic en sus cabezas, ambos voltearon a mirarse para decir al unísono:

—Taylor...

Sean Grace tragó saliva pesadamente, asustado de que algo malo le sucediera a su hermano. El tiempo corría, y ahora más que nunca necesitaba encontrar una respuesta.



Dakho había vagado por todo el pueblo buscando a Taylor. Pensó en los lugares en los que podría estar y caminó por ellos con la esperanza de redimirse.

Los niños que pasaban por la calle lo saludaban. Luego se fijó en un pequeño de cabello oscuro que lloraba mientras otros niños más grandes lo molestaban e intentaban quitarle su bolsa de dulces.

Dakho caminó tranquilo hasta ellos y se colocó detrás del más alto.

—Chicos, chicos, consigan sus propios dulces —les dijo con dura voz. Los tres voltearon a verlo y palidecieron al ver a un chico tan grande. Así que retrocedieron dejando solo al pequeño.

—¡Gracias, señor! —le dijo.

Su disfraz de superhéroe parecía menos elaborado que el de los otros niños, como si él mismo lo hubiera hecho. Dakho se sentó en la acera para quedar a su altura.

—De nada, pero no me digas señor, no soy tan viejo.

—¿Cuántos años tiene?

—Tengo dieciocho.

—Sí es viejo. —El niño frunció el ceño.

—No es justo. ¿Cuántos tienes tú?

—Siete —dijo mostrándole ocho dedos.

—Está bien, sí lo soy, lo admito. —Volteó a ver a ambos lados—. ¿Dónde está tu mamá?

El chico señaló la licorería de enfrente.

—Ella está trabajando, por eso solo puedo pedir dulces en esta calle —dijo un poco decepcionado.

Alzó la vista para ver a la mujer desde el cristal mientras sudaba para atender a los clientes.

—Entiendo el sentimiento, pero deberías ir con ella, es tarde —le dijo cuando se recordó a sí mismo—. Oye, me gusta tu disfraz.

—¡¿En serio?! —dijo emocionado—. Yo lo hice, con una funda de almohada y papel.

—Te ves muy genial, como todo un héroe. —Los ojos del niño brillaron.

—Gracias, a ninguno de mis amigos les gustó.

—No te preocupes por ellos, mejor busca otros amigos —dijo con gracia—, los que tienes son un poco amargados.

El niño se tapó la boca con sus pequeñas manos para reírse. Estuvo a punto de decir algo más cuando su madre salió de la tienda para llamarlo.

—Jack, ven acá ahora mismo —le gritó preocupada.

—Me tengo que ir —dijo—. Adiós, usted es un buen viejo —se despidió con una sonrisa y dejándole un caramelo aplastado en la mano antes de correr hacia el interior de la licorería.

Dakho sonrió. Existía algo en todo esto que le hacía pensar diferente, había dejado de sentirse ajeno a la ciudad, a los árboles y a ese cielo nocturno. El ambiente estaba lleno de sensaciones que combinadas con su propia miseria mental le hicieron cuestionarse si realmente valía la pena regresar a su tiempo.

Taylor lo regañaba por todo y lo hacía ver como un idiota la mitad del tiempo; también peleaba con él por el estéreo y lo dejaba dormir en su pecho cuando tenía miedo. Hubiese querido regresar mucho más tiempo atrás. Tener dieciséis para buscar a Taylor cuando comenzó la preparatoria y que fuese primavera para ver las flores cubrir los campos alrededor del pueblo.

Habían pasado un par de horas y le preocupaba lo que Taylor podía hacer. Necesitaba saber dónde estaba y asegurarse de que entendiera que nunca tuvo intención de engañarlo. Revisó en la biblioteca, el ayuntamiento, un par de bares e, incluso, en una vieja cafetería en busca de Taylor.

No le quedó más remedio que caminar de regreso a su vecindario con la esperanza de que estuviera escondiéndose en la casa de Haru. Caminó por la acera desganado, pero se detuvo antes

de llegar a la puerta, viendo a la distancia las luces de la casa de los Kim encendidas. Regresó sobre sus pasos para correr hacia la puerta principal e intentar abrirla, sin éxito. Rodeó la casa, la chapa de la puerta trasera no servía, así que siempre estaba abierta. Cuando entró al garaje, comenzó a caminar agitado por toda la casa.

Sala, nada.

Cocina, nada.

Subió al segundo piso y revisó la habitación de Sean Grace, estaba vacía también. El armario de limpieza, los baños, incluso se atrevió a entrar a la habitación de los señores Kim, pero no encontró a nadie. Fue hacia la habitación que compartía con Taylor; entró deliberadamente para buscarlo. Revisó debajo de la cama, en la ducha, movió las cortinas y se sentó en la cama frustrado.

¿Sería acaso que se perdió en el bosque?

Entonces, recordó sus palabras y la afición que tenía por el acantilado del mirador. Negó con la cabeza, levantándose. Era tarde, debía encontrarlo antes de que hiciera una tontería. Salió de la habitación dispuesto a correr hacia el bosque incluso si eso le hiciese daño. Pero se detuvo, cuando por un pequeño instante, en el que se quedó de pie en el pasillo y alzó la vista, notó que hacía falta algo en el techo.

La puerta del ático no tenía la pequeña cuerda que normalmente colgaba de allí. «Está cerrada por dentro», pensó.

—¿Taylor? —llamó, mirando hacia el techo del pasillo. La puerta estaba ligeramente desencajada: este era el lugar.

Taylor, que buscaba entre sus cosas algo que le ayudara a salir de su colapso, retrocedió sobresaltado cuando escuchó a Dakho llamándolo desde abajo y se chocó con una caja de su madre haciendo que sus cosas cayeran al piso.

—Oh, mierda... —murmuró por lo bajo.

Sus pasos se escuchaban. Dakho dedujo que no había otra forma de entrar a menos que se subiera al techo. Así que intentó hablar con él.

—Sé que estás arriba, y sé que estás enojado, pero juro que nunca quise hacerte daño. Y si me lo permites, podríamos empezar de nuevo, prometo decirte siempre la verdad.

Taylor se acercó hacia la pequeña compuerta del ático y se sentó a un lado para observarlo a través de un pequeño espacio entre las tablas en el suelo. Lo veía caminar por el pasillo mientras divagaba. Lo había encontrado; se retractó de haberle enseñado ese lugar a Dakho.

—Me alegra saber que estás aquí, estaba muy preocupado buscándote. Pensé que podrías lastimarte a ti mismo.

Taylor alzó una ceja. «Creíste que haría algo estúpido. ¿O no, Dakho?», pensó.

—Sé que piensas que hago cosas para manipularte, pero no es así. Yo... —se jactó con una sonrisa dolida— creo que nunca he sido real con nadie más y.... maldición.

—¡Lárgate! ¡No quiero hablar contigo! —le contestó Taylor confirmando su presencia.

Dakho se sentó en el pasillo, mientras abrazaba sus piernas. Su inocencia recuperada y la culpa de no saber si hizo lo correcto le quemaban. Y es que Dakho no sabía cómo actuar cuando algo era realmente importante para él.

—Está bien, entonces solo escúchame.

Era evidente que Taylor no iba a abrirle. Entonces continuó:

—Las disculpas nunca han sido lo mío, ¿sí? Siempre termino haciendo el ridículo, pienso que es algo inútil que las personas hacen cuando no pueden vivir con sus errores. Me pasó una vez, pedí una canción en la radio para disculparme con alguien y solo logré que me terminaran. Las disculpas te hacen sentir estúpido por querer borrar lo que pasó. —Dakho se burló de sí mismo—. Estoy divagando mucho...

Taylor negó con la cabeza y se dejó caer de espaldas en la madera. No había más que eso, solo una fría resignación y vanos sentimientos para él.

—Y sé que tengo razón, porque es lo que estoy sintiendo justo ahora. —Tenía secretos y muchas preguntas, pero estaba dispuesto a contarle cada uno de ellos—. La última canción que escuché antes de llegar a este pueblo ha estado sonando en mi cabeza por meses y justo ahora no me está ayudando mucho. —Dakho suspiró; más allá de sus palabras llenas de orgullo, entendía que había algo de amor y bondad en arrepentirse.

—Y es curioso porque es popular. Y creo que la han dedicado millones de veces. Pero... —Dakho exhaló y luego murmuró por lo bajo—: Hoy esta podría ser la primera.

Ambos se quedaron en silencio. Taylor veía hacia la pequeña ventana que estaba en el ático; aún con la luz encendida, se sentía sumido en la oscuridad. Quería ser racional. Quería actuar con esa inteligencia que lo caracterizaba, pero ¿cómo? Si después de tanto, en un par de meses no valdría la pena.

Se sentía como un enfermo terminal; alguien cuyo final ya se había anunciado.

Incluso si Dakho decía la verdad, ¿cómo contestarle a esa parte vulnerable de sí mismo que todas sus esperanzas por ser alguien siempre habían sido inútiles? Esto lo llevó a cuestionarse que, si lo hubiese sabido antes, ¿habría disfrutado estos meses de la misma forma?

Porque incluso sin conocer la historia original, su cabeza se había llenado de recuerdos y su libreta tenía cientos de historias donde era el protagonista. Era Taylor quien tenía para sí mismo una lista de momentos que parecían escenas de la película más divertida del mundo escritas por él mismo y llena de las cosas tontas que le gustaban.

En medio de su confusión, la voz de Dakho volvió a interrumpirlo. Con poca fuerza, como si estuviera conteniendo sus ganas de llorar.

—«Come up to meet you, tell you I'm sorry. You don't know how lovely you are...». —Taylor frunció el ceño. Él estaba... ¿estaba cantando?—.

«I had to find you, tell you I need you. Tell you, I set you apart…».

Después de todos sus secretos y las palabras que compartían, Taylor confirmó que a lo mejor no era el destino lo que le calaba, sino su corazón rompiéndose por primera vez. Ese dolor solo le hacía recordar dos cosas: primero, que estaba vivo, y segundo, que había desarrollado sentimientos por su experimento.

—*«Tell me your secrets and ask me your questions. Oh, let's go back to the start….»*. —Su voz se quebró un poco cuando un nudo se formó en su garganta—. *«Nobody said it was easy. No one ever said it would be this hard…»*.

Taylor sabía que era inútil, pero su rostro se sintió caliente cuando una lágrima se atrevió a bajar por su mejilla. Aún tenía tantas preguntas sobre el universo, sobre la vida y sobre el verano que necesitaba contestar. Pero su voluntad se había quebrado desde mucho antes; y no pudo seguir fingiendo cuando alcanzó a escuchar los pequeños sollozos de Dakho.

—Taylor… —musitó—. Necesito que entiendas que ningún futuro es real —dijo con fuerza cuando los deseos de llorar le causaron estragos.

Taylor se encogió de dolor mientras luchaba por recomponerse, pero entonces entendió que esa frase estaba incompleta. Siempre lo estuvo.

—No si elijo quedarme en el presente —murmuró Taylor para sí mismo.

Pensó en las noches estrelladas corriendo por las calles de la ciudad y en las palabras que mancharon las paredes de esta. Pensó en pasteles quemados y hojas secas. En la forma en la que su alma se sentía cálida cuando se reía con sus amigos y en lo feliz que lo hacía bailar las canciones de moda.

Taylor amaba una vida que nunca le correspondió. Así que el destino podía joderse, porque no pensaba dejarla ir tan fácilmente. Se levantó y abrió la puerta del techo. Dakho tenía los ojos cerrados, ni siquiera se percató de que había conseguido persuadirlo. Cuando

alzó la vista, exclamó con alivio y se puso de pie rápidamente para tirar de las escaleras plegables para poder subir. Se apresuró a llegar al ático. Una vez arriba, se acercó al joven y quiso abrazarlo, pero su intento se vio frustrado por una repentina bofetada.

—Eres un idiota, Dakho. Eso es por mentirme.

—Lo merezco —dijo frotándose el rostro.

Intentó acercarse de nuevo, pero Taylor levantó la otra mano y le dio una bofetada más en el lado contrario del rostro.

—Y eso por joderle el verano a tu madre.

Frunció las cejas ligeramente molesto, como quien acababa de ser golpeado, pero no esperaba que Taylor se acercara a él ahora para dejar caer su frente sobre su hombro. Lo miró confundido cuando el chico lo abrazó.

—¿Y esto por qué es? —dijo Dakho con suave voz.

—Porque me duele el alma —respondió con sinceridad.

Dakho sonrió débilmente y lo rodeó con sus brazos percibiendo el ligero olor del alcohol en su aliento.

—¿Estuviste bebiendo?

—Solo un poco, pero no sirvió de nada. —Detrás de él había una botella casi intacta.

—¿Qué estuviste haciendo todo este tiempo aquí arriba?

—Hice mi testamento —confesó—. Te dejé mis discos para que puedas venderlos en el futuro como coleccionables. Y un ensayo de economía a Sean Grace para que pueda entrar a una buena universidad cuando no pueda jugar más.

—Taylor...

—Y la fotografía que me tomaste hoy para mamá...

—Oh, vamos. Mírame, Taylor —le dijo separándose de él—. No vas a morir, al menos no aún. ¿Está bien?

—Lo sé, pero tengo que tachar cuantas cosas pueda de mi lista, solo en caso de que algo salga mal.

—Pero esto funcionará de alguna forma.

—¿Recuerdas eso de las cosas que queríamos hacer antes de

morir?

—Por favor, no pienses más en eso.

Taylor dudó un poco mientras salía de su zona de confort. Él no hacía nada a no ser que supiera que resultaría bien; sin embargo, había estado dudando mucho sobre esto. Y ya no quería. Taylor lo vio fijamente. No sabía cómo preguntarle, pero de todas formas sacó valor de sus entrañas para hacerlo.

—La razón por la que me quedé callado tanto tiempo cuando preguntaste me ha estado persiguiendo.

—No es necesario, está bien.

—No. No está bien, yo... —respiró un poco agitado— siento cosas y... No sé —hizo una pausa—, no sé cómo definirlas.

Dakho sonrió de lado y lo miró con tranquilidad.

—Creo que hay cosas que no necesitan definición, ¿sabes?

—Eres tan tonto que quiero golpearte tanto hasta sentirme mejor. Y gritarte toda la noche, aunque sé que es estúpido.

—¿Qué te detiene? Ya me diste dos golpes, podría aguantar un poco más.

—Que yo también lo soy —murmuró—. Porque quiero besarte. Y quiero que me toques. Dakho, no sé qué somos, no necesito saberlo. He estado buscando una excusa para decirte esto, pero creo que ya no necesito una. Dakho, ¿por qué me tocas como lo haces? ¿Qué ganas con eso? ¿Te divierte el conflicto que me causas?

La seriedad de su rostro lo asustó un poco. Taylor era usualmente directo, y ahora estaba perdiendo la compostura.

—Jamás me burlaría de la sinceridad de alguien.

—Yo... —Tomó aire—. No quiero morir virgen. Ni sentir que no logré nada. No quiero pensar que me usas. No quiero ser el idiota crédulo aquí. Necesito saber qué soy para ti.

—Sabes que no creo en esas cosas, ¿cierto? —Se ahogó un poco con su saliva—. Es más una cuestión de... ¿qué es lo que quieres en realidad?

—No sé qué quiero, Dakho. ¿Por qué tiene que ser así? ¿Por qué

se supone que tengo que estar seguro de todo, todo el tiempo? Siempre es así conmigo. ¿Nací sin derecho a cambiar? Me gustaría no preocuparme por lo que pasará después, quisiera que no hubieras arruinado todo.

—No te presiones a hacer algo de lo que no estás seguro. Sé qué estás confundido y asustado, pero...

—No —lo interrumpió—. No estoy confundido. Arruinaste mi noche, realmente pensé que terminaría diferente cuando... —Se quedó callado, intentando asimilarlo.

—¿Cuando qué?

—Cuando estás cerca de mí y te ríes de tus defectos, Dakho. Creo que me vuelves estúpido. Las cosas extrañas que pienso sobre ti... las cosas que hacemos, la forma en la que cuando creí que estaríamos solos hoy pensé en... —sonrió triste—, en tenerte solo para mí.

—Taylor... —Dakho sonrió y lo miró asombrado por su confianza.

—No es así. Anda, ríete de mí. Sé un idiota inmaduro como siempre, no me interesa. He tenido miedo durante demasiado tiempo y quiero saber qué hay más allá de esto. Necesito saberlo.

—No quiero que hagas algo de lo que te arrepentirás mañana.

—Mañana, mañana. Me convencí a mí mismo de que esperar es lo mejor, pero Dakho, me he despertado a tu lado las últimas semanas pensando en si tú eras para mí. —Se quedó callado, no pretendía manipularlo o forzarlo a nada—. Lo siento, no debí...

—Escúchame, Taylor —le pasó las manos por el cabello—, estás delirando. ¿Entiendes lo que dices?

—Sí, lo entiendo... —murmuró—. Y me asusta.

—Felicidades —dijo Dakho, que soltó una pequeña risa, acariciándole con miedo la mejilla.

—¿Qué?

—Ya eres una persona «normal», Kim.

Taylor lo tomó de los hombros para acercarse a él, conteniendo

las lágrimas en sus ojos.

—Ya no tengo tiempo para esta mierda.

A lo mejor no era sobre su muerte, sino sobre la vida que estuvo negándose a sí mismo por tanto tiempo.

—Tuviste razón antes. Nosotros solo hemos logrado destruir la historia, tenemos que parar. Esto no es correcto.

—Yo no quiero hacer lo correcto.

—Taylor... —musitó, confundido entre tantas preguntas, hasta que la voz del chico le aclaró todo al soltar un casi inaudible:

—Tócame.

¿Por qué sería necesario aclarar sus sentimientos? Probablemente deberían ser maduros, hablar de lo sucedido, pero ellos eran el perfecto ejemplo de adolecer de algo. Tan jóvenes, necesitados de calor. Sedientos de conocimiento. Completamente humanos. El silencio que se formó fue tan grande que Dakho se sintió capaz de escuchar su propio corazón. Sus piernas temblaban al igual que su pecho. La pureza en los ojos de Taylor lo hizo flaquear, y su inocencia lo detuvo de avanzar hacia él. Había hecho esto antes, pero no había manera de que se sintiera igual. Estaba consciente y asustado porque lo quería.

Se acercó lentamente a Taylor para quitarle los anteojos del cuello de la camisa. Levantó una de sus manos para deslizarla por sobre la mejilla del chico, acariciándole con dulzura el pómulo en un intento de hacerle saber que estaría con él lo que el universo le permitiese estar.

Entonces, decidió arriesgarse cuando atrajo su rostro hacia él para rozar sus labios y ser recibido por los de Taylor, que cerró los ojos cuando le correspondió sin miedo. Taylor, cuyo pecho se pegó al de Dakho, suspiró en medio de su leve toque cuando las manos del otro vagaron de su cuello hacia su espalda para luego terminar en su cintura, sujetándolo mientras le daba pequeños besos en la comisura de la boca.

Sea lo que fuese a pasar, ahí y justo en ese momento, Taylor

necesitaba entender qué era eso que había estado subestimando de sí mismo por tanto tiempo. No le temía a lo desconocido después de la muerte; le temía a nunca poder conocerse a sí mismo en vida. Y aunque estaba aterrado, en el fondo estaba seguro de que la única persona con la que sería capaz de sentirse así de correspondido, así de amado, era el chico cuyos labios temblaban por la incertidumbre.

Retrocedió un par de pasos y ambos trastabillaron hacia el colchón viejo con almohadas. Dakho se separó de él por un momento, dándole un pequeño empujón para que se sentara en el centro del colchón, y colocó ambas manos hacia atrás para sostenerse mientras lo miraba desde abajo. Dakho se quitó la camiseta ante la mirada atenta de Taylor, quien solo le sonrió mientras negaba.

—Tenías que hacer eso, ¿cierto? —le dijo con gracia.

Dakho rio y respondió:

—Es parte del *show*.

Extendió su brazo hacia la pared para apagar el interruptor del pequeño foco que luchaba por iluminar todo el ático. Al hacerlo, las luces de Navidad, que habían colgado alrededor de su fuerte en la mañana y que aún estaban conectadas, resaltaron particularmente dejando una lumbrera tenue por encima de ellos, de modo que los pequeños destellos y la luz de la calle que se colaba por la ventana eran lo único que los iluminaba.

Entonces, Dakho se armó de valor y se acercó a Taylor, arrodillándose sobre el colchón para poder llegar a él. Colocó una pierna de cada lado para dejar las del chico en medio. Taylor agachó la cabeza al sentirlo tan cerca; más aún cuando la mano de Dakho llegó al borde de su camisa para quitársela botón por botón hasta dejar su pecho expuesto.

Ninguno de los dos entendía de dónde venía tanta delicadeza y docilidad. Un sentimiento que, de no haberse chocado, no habrían encontrado en ningún otro lugar. Pero fue eso mismo lo que les hizo saber que ninguno se había sentido así antes. Dakho no se

sentía obligado por el momento, en realidad, le emocionaba saber que Taylor también pensaba en cosas tan vanas como él mismo. Amaba saber que tenía su aprobación para tenerlo cerca, para verlo de esa forma y sentirlo. Sin embargo, se sentía pequeño, estaba muy nervioso. Sí, más que sentir presión, tenía miedo. Miedo de equivocarse, miedo de que lo odiara al amanecer como él odió a la persona con la que despertó la primera vez.

Dakho llevó ambas manos a los hombros del otro, colocándolas sobre su piel por debajo de la camisa para luego deslizarlas por sus brazos haciendo que la prenda terminara por caerse. Se aproximó para besarle los labios antes de comenzar a moverse por su mentón. A medida que Dakho avanzaba, los brazos de Taylor, que lo sostenían, iban cediendo hasta dejarlo recostarse por completo entre las almohadas y los osos de felpa.

El temblar de su respiración y la forma como esas manos lo tocaban demostraban que esa chispa de luz se había apoderado de él, brindándole un segundo en el que la medianoche duraba por siempre. Dakho nunca había tenido tanta iniciativa para estos momentos, y tenía miedo de lastimarlo. Él realmente deseaba hacer feliz a Taylor con lo poco que estaba en sus manos, y eso significaba darle un momento que valiera la pena atesorar.

Y aunque no lo dijera, aunque fuese consciente de que había alterado el destino de mil formas, y de que besarlo en el cuello mientras sentía su piel como lo hacía en ese momento rompía con todas las leyes de la física y la existencia misma, Dakho sabía que nada podría reemplazar la sensación de tenerlo solo para él.

Incluso si era por treinta años más; incluso si era solo por una noche. En su interior, no le importaba, porque sabía que jamás sería capaz de encontrar algo o a alguien que lo llenara de tanta pasión como él.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —le preguntó Dakho mirándolo a los ojos.

Las luces que lo iluminaban desde arriba hacían parecer como si

Dakho brillara. Taylor podía verlas resplandecer por encima de las sábanas, como pequeñas lumbreras sobre su cabeza. Sentía que en cualquier momento comenzaría a llorar y que su pecho explotaría; saber que moriría le había hecho pensar que el presente era lo único que tenía. Y ese futuro que por años creyó tener asegurado ahora era incierto como el de todos los demás.

Después de todo, aquel Taylor que nunca se equivocaba, esta vez, se permitiría aceptar que finalmente cometió un error. Así que asintió, seguro de lo que quería, y también de que no volvería a tener un momento como este.

—Sí, estoy seguro.

Dakho tragó en seco.

—¿Quieres hacerlo tú? —preguntó, ya que aún pensaba que a Taylor le preocupaban sus ideas sobre la masculinidad—. ¿Quieres estar arriba?

—¿En serio crees que sé cómo follar con otro hombre? —le dijo con gracia intentando no reírse—. Tienes que ser tú.

Dakho se rascó el cuello, apenado. Estaba tan nervioso que preguntaba tonterías. Descubrió que la primera vez que se experimenta el mundo podía ser así: impaciente, graciosa... cómplice.

—Creí que lo sabías todo.

—Pronto lo sabré —respondió acomodándose sobre el colchón.

Dakho llevó sus manos a la cadera del muchacho acariciando por un momento su abdomen; luego tomó el borde de su pantalón y le desabrochó el cinturón para llegar hasta su cremallera. La bajó, pero cuando se dispuso a retirarle el pantalón, Taylor se removió inquieto, tomándole de la muñeca.

—¿Qué sucede? —dijo Dakho, preocupado.

—N-nada... pero —tragó saliva aferrándose a su propio pantalón —, quítatelo tú primero.

Dakho le sonrió.

—¿Por qué no lo haces tú? —le retó alzando las cejas. Parecía

ingenuo, pero sabía exactamente lo que buscaba.

—¿Puedo? —preguntó con timidez mirando a Dakho y sentándose un poco para poder alcanzar su cintura. Dakho se mordió el labio ante su curiosidad.

—Adelante —le dijo, dándole vía libre para seguir.

Era el momento y no podía sucumbir ante su miedo. Él quería saber qué era eso que volvía locos a muchos; más que eso, necesitaba experimentarlo por sí mismo. Tomó valor y desabotonó el pantalón de Dakho. El pecho expuesto de Taylor y su delicadeza para actuar hacían pensar a Dakho en tantas cosas que no podía decir en voz alta sin quedar como un tonto, sobre todo cuando veía a Taylor debatirse entre tocarlo o no.

Pero su curiosidad, más allá de motivarlo, le provocaba demasiada ternura.

—¿Qué se supone que debo hacer? —preguntó.

—Puedes comenzar tocándome así —dijo tomándolo del brazo y llevando la mano de Taylor para colocarla sobre su abdomen—, y luego bajar poco a poco....

Taylor sonrió entendiendo a qué se refería, así que levantó la vista para concentrarse en su rostro. Y después deslizó su mano hacia abajo, rozando su miembro por encima de la ropa.

Dakho contuvo la respiración por un momento. Cerró los ojos cuando Taylor se atrevió a acercarse y darle un pequeño beso en el vientre. Se removió un poco cuando sintió que su erección comenzaba a aparecer entre las manos de Taylor. La lentitud y la abstinencia iban a matarlo, eso era seguro.

—¿No crees que vamos un poco lento? —dijo Taylor.

—¿Por qué lo dices? Admiro tu entusiasmo... —sonrió por sus palabras tan serias—. Pero estoy nervioso, así que no me molestes o me vas a desconcentrar.

—¡Lo siento, soy nuevo en esto!

—¿Quieres ir más rápido? —Dakho alzó una ceja y el otro asintió —. Bien, es momento de agilizar las cosas entonces. Solo dime que

me detenga cuando quieras que lo haga.

—¿Qué significa eso?

—Solo espera —dijo estrechando los ojos y empujándolo ligeramente para hacerlo caer de espaldas de nuevo—. Esto es un beso a la vez.

Dakho estaba arrodillado con las piernas abiertas sobre él; terminó de quitarse el pantalón para tener más libertad y se precipitó a pasar sus manos por la cadera de Taylor para retirarle los suyos, aprovechando para tocar cada centímetro de su piel. Después se acercó a él para besarle el pecho como tanto había imaginado. Le dejó un beso fugaz en el mentón para luego pasar una de sus manos por encima de su abdomen.

Sus labios en los pezones del chico y el deseo de besarlos no se toparían con ningún impedimento esta vez. Aún más cuando podía sentir su pecho temblar cada vez que su lengua lo tocaba. Y mientras lo hacía, se aseguraba de bajar hasta la cadera para rozar el miembro de Taylor con el suyo. Era preciso comenzar a prepararlo. Mientras bajaba para besar su vientre, podía oler aquella fragancia masculina en la piel trigueña del chico.

Taylor sabía mucha teoría sobre la vida, pero quizás era momento de que empezara a poner las cosas en práctica. Dakho lo observó por un momento para buscar su aprobación cuando sus manos se colaron en el elástico de su ropa interior. Taylor soltó un pequeño jadeo y abrió los ojos; estaba a la expectativa, pero con la seguridad de querer seguir.

Dakho levantó la mirada para buscar en la habitación. Cerca de allí, las cosas para el cabello de la señora Kim estaban regadas por el suelo. Dakho se alejó un poco de Taylor para extender sus brazos y tomar lo que estaba buscando.

Se debatió mentalmente un par de segundos, ¿debería buscar otra opción? Era todo lo que tenía. Dejó el frasco de vaselina a su lado por un momento y, aún arrodillado, tiró de la última prenda que protegía al chico. Taylor volteó la cabeza, sonrojado. No podía

asimilar con claridad el hecho de que estaba desnudo por completo frente a alguien más.

Dakho sonrió orgulloso. Finnian Taylor era la persona más hermosa del mundo y lo tenía temblando frente a él. Naturalmente esbelto, con esos brazos fuertes y la cintura en perfecto contraste con su cadera. Piel bronceada y un pecho cuyos músculos se marcaban sin intención de hacerlo.

Maldición, Newton había descubierto la gravedad, pero Dakho había descubierto estas piernas.

Él ganaba, y por mucho.

—Ojalá pudiera tomar una fotografía de lo que estoy viendo —dijo acariciando con una mano la parte interior de uno de los muslos de Taylor. Este volteó y lo vio tomar el frasco de vaselina del piso para destaparlo.

—¿Para qué es eso? —dijo confundido.

—Uhm... estoy seguro de que entiendes para qué.

—¿Es completamente necesario?

—Dolerá mucho si no lo hago.

Taylor tragó saliva; esto estaba causándole más conflictos de los que esperaba. Aun así, él necesitaba experimentar esa euforia por sí mismo. Asintió, y Dakho sabía que era la señal para continuar. Tomó un poco de vaselina con su mano izquierda, antes de separar las piernas de Taylor; cuando tuvo el espacio suficiente, se inclinó ligeramente sobre él para mirarlo fijamente y colocó la otra mano junto a su cabeza para sostenerse.

Tuvo sentimientos encontrados cuando su mano se atrevió a convertirse en un intruso entre los glúteos de Taylor. No podía dejar de mirarlo. Más allá de su excitación, los pequeños jadeos que emitía al mover su mano dentro de él le hicieron pensar en lo mucho que le habría gustado estar viviendo este momento como él lo hacía. Y en que la primera vez que se encontró en esa situación, a la otra persona en realidad no le había importado lo que sentía o necesitaba.

Pasó la lengua por sus labios cuando, lento, se animó a introducir un segundo dedo en el muchacho, intentando con los movimientos de sus manos hacer que su cuerpo se acostumbrase a la presión. Taylor ahogó un pequeño gruñido, arrugando la nariz y apretando los ojos, mientras abría la boca. Dolía, no iba a negarlo.

Dakho lo notó, así que se recompuso para poder llegar más cerca de su pene, tomándolo con su otra mano para estimularlo en medio de su dolor. Taylor apretó la mandíbula y comenzó a sudar, había muchas sensaciones nuevas en su cuerpo, su erección estaba creciendo mientras el otro lo acariciaba con paciencia. Podía ver al mismo Dakho inquietarse cuando la tela de su propia ropa interior pareció estorbarle demasiado.

Su respiración se agitó cuando Dakho se atrevió a agregar un tercer dedo. En medio de sus movimientos, por poco tocó el punto exacto en su interior, lo que hizo salir de su boca un gemido fuerte y arquear ligeramente la espalda.

—Eso es, justo aquí —dijo mientras lo veía removerse bajo su cuerpo, buscando hallar el equilibrio entre el dolor y el fugaz placer que había experimentado.

Cuando la erección del chico llegó al punto máximo, Dakho no pudo resistirse más. Se deshizo de su ropa interior y se mostró por completo. Taylor no podía ocultar su rostro avergonzado; apenas podía verlo a los ojos, mucho menos podía mirarlo sin sentirse cohibido mientras Dakho acariciaba su propio pene untado con vaselina.

De todos los escenarios posibles, este era el único en donde la primera vez de Finnian Taylor estaba llena de inocencia y deseos de descubrir el mundo. Incluso el mismo Dakho estaba consciente de eso, y creyó que imaginar que esta también era su primera vez no era tan mala idea. Porque hacía frío, y estaban rodeados de un montón de cajas viejas, pero la persona frente a él era la indicada. Y quizá ese era un premio del universo por haberlo alejado tanto de su época.

Intensidad es igual a tensión sobre resistencia. Un voltaje producto de las cargas eléctricas y de la estática que provocaba el cabello castaño, despeinado y pegado a su frente.

Dakho suspiró y le entregó la más cálida de sus sonrisas antes de acomodarse bien entre sus piernas, separando estas y acercando su pelvis para llevar su pene a la entrada del chico.

Taylor dio un grito ahogado cuando finalmente Dakho se introdujo en él.

No tenía palabras. Intentaba respirar por la boca buscando no gruñir cuando todo su cuerpo se llenaba de sensaciones; sus músculos se tensaron y su pecho tembló cuando lentamente Dakho volvió a tocar aquel punto especial en su interior. Dakho trató de moverse hasta que su respiración se normalizara.

Entonces, se inclinó para darle un beso en la mejilla, que luego se extendió desde la comisura de sus labios, hasta llegar a besarlos por completo. Lo recibió con la boca abierta, esa que le provocaba un cosquilleo acompañado de una sensación tan dulce, la saliva de ese insolente mezclada con la suya y sus alaridos.

Intentaba mantener un ritmo constante al mover la cadera para penetrarlo con delicadeza. Todo en él era tan preciado para Dakho, que dudó en si ese momento era real. Cerró los ojos por un momento. Sabía que estaba jodido, porque, aunque no quisiera decirlo, había empezado a sentir amor. Y se sentía tan real, tan puro, que cada vez que su piel rozaba con la suya no podía escuchar nada más que la voz de aquel chico clamando su nombre.

Los gemidos roncos de Taylor comenzaron a resonar dolorosos por todo el ático, pero de eso se trataba la vida. Un breve instante en el que a través de todo el dolor se podía tocar el paraíso.

—Sostente de aquí —le dijo Dakho haciéndolo llevar sus manos detrás de su cuello para que lo tomase de los omóplatos. Taylor pasó sus brazos por encima de los hombros del otro para sujetarse mejor.

Cuando lo hizo, Dakho deslizó sus manos desde sus muslos trigueños hacia su cadera, entonces lo tomó de ella y, lentamente,

buscó llegar hasta lo más profundo en él, moviéndose ahora un poco más rápido. Se mantenía atento a su voz para asegurarse de no lastimarlo, y la forma en la que comenzó a gemir mientras buscaba tomar aire por la boca parecieron indicarle que estaba haciéndolo bien.

Cuando sus movimientos se hicieron más rápidos y sus piernas temblaron, logró encontrar ese lugar en el que el placer y los impulsos de Taylor se escondían.

—Oh... ¡Maldición! —Sus ojos se abrieron sorprendidos y no pudo evitar gruñir, clavando casi por instinto sus uñas en la piel de la espalda de Dakho.

Este sonrió, a sabiendas de lo mucho que le gustaba ser rasguñado y lo melodioso que era escucharlo maldecir mientras se perdía. Entonces, repitió su acción con más velocidad, permitiéndose gemir para luego besar el espacio entre el cuello y la clavícula de Taylor, atreviéndose a morderlo debajo del mentón solo porque le gustaba ver las marcas en su cuerpo.

Sí, definitivamente cerraría los ojos e imaginaría que esta era su primera vez.

Y aunque él nunca creyó en el amor como posesión, al escuchar los gemidos de Taylor contra su oído, y sentir sus uñas clavándose en su espalda mientras lo penetraba, se sintió delirar.

—¿Podrías ser mío? —le preguntó en voz baja, esbozando sus palabras contra la piel de su cuello.

—¿P-por hoy...? —musitó Taylor, ahogando un alarido con los ojos cerrados.

—Por siempre.

Taylor se sujetó del cuello de Dakho con una sola mano y dejó caer la otra sobre el colchón. Dakho la tomó, entrelazando sus dedos mientras apretaba la mandíbula.

Él era todo lo que siempre deseó, así que le dio un beso por cada palabra que quiso decir y nunca diría.

Si de esto se trataba la juventud, Taylor no se arrepentía de nada,

porque apenas estaba comenzando.

Se aferró con tantas fuerzas a su espalda y comenzó a llorar. No por la extraña mezcla de dolor y placer que estaba experimentando, sino porque nunca había necesitado a alguien tanto en su vida. Y por primera vez, sentía que alguien lo necesitaba también.

La misma persona que era capaz de hacerlo reír con sus bromas malas y de cuidarlo, era la misma que lo estaba tocando con tanto esmero. Era la misma que sostenía su cintura mientras él arqueaba la espalda; cuyo pecho pegado al suyo rozaba sus pezones en cada movimiento.

Se burló mentalmente de sí mismo; cuando rescató a un desconocido del lago no esperaba que terminara así. Pero no podía estar más agradecido de que la televisión le mintiera.

Dakho sintió su vientre tensarse. Era como sentirse a punto de tener una sobrecarga, sin serlo realmente. Todos sus sentidos parecían estar exponenciados, en especial su tacto y su olfato, cuando el perfume de Taylor y su suave piel lo hicieron delirar. Sabía que estaba alcanzando el punto cúspide de su próximo orgasmo, así que luchó por recuperar el aliento para poder hablar.

—Taylor... —jadeó, sin saber si era prudente alejarse—, voy a-a llegar.

Taylor soltó su mano para volver a poner ambas detrás del cuello de Dakho.

—No te perdonaré si te detienes —le dijo con tono necesitado y los ojos cerrados.

Sabía que terminaría pronto; pudo sentir el pene húmedo de Taylor en su abdomen cuando aquel líquido transparente apareció. Así que aumentó la velocidad, haciendo ruido mientras sus cuerpos sudando chocaban. Las luces sobre ellos y en el exterior comenzaron a parpadear; eran ajenos a las lámparas de la casa y del vecindario que parecían enloquecer.

Varios vecinos salieron a la calle, e incluso Haru y Sean Grace, que caminaban por la cuesta de regreso a su casa, fueron capaces de

ver la energía de un pueblo completo dispararse. Haciendo cálculos, si velocidad multiplicada por tiempo era igual a aceleración, y con Dakho moviéndose de esa forma, eso significaba que a este paso Taylor no podría mantener la compostura por mucho tiempo.

Mucho menos cuando Dakho perdió la batalla antes que él y comenzó a eyacular en su interior haciendo que todo su cuerpo se estremeciera, causando que a su vez las luces del exterior de la casa colapsaran y el vecindario se sumiera en total oscuridad.

Sus piernas temblaron mientras aquella sensación caliente se apoderaba de su cuerpo; separó sus labios para soltar un gemido exhausto y abrió los ojos en medio del éxtasis. La oxitocina a la que era adicto se apoderó de él cuando el líquido espeso emergió de su miembro, manchando su propio abdomen y el de Dakho.

Ambos se quedaron quietos un par de segundos; cuando Dakho abrió los ojos, lo primero que captó fueron los ojos avellana de Taylor brillando exclusivamente para él como el mejor espectáculo del universo.

Le sonrió y le dio un pequeño beso en la frente mientras lo miraba respirar cansado.

Con suavidad, retrocedió un poco para salir de él y se dejó caer a su lado, tomando una vieja funda de almohada para limpiarse un poco y también al chico. Taylor, quien respiraba eufórico, volteó con una sonrisa cómplice, y ninguno de los dos pudo evitar reírse del otro.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Dakho, preocupado, cuando notó sus pestañas húmedas por las lágrimas—. ¿Te lastimé?

Taylor negó con la cabeza.

—Solo estaba pensando en tonterías. No te preocupes, todo está bien…

«Todo estará bien», se dijo a sí mismo.

—Eso me tranquiliza.

Dakho flexionó su brazo y colocó una mano detrás de su nuca mirando hacia arriba.

Él era el tipo de persona que estaba acostumbrada a vestirse y salir de la habitación después de acostarse con alguien, pero estaba claro que Taylor era su gran excepción.

—Oye, Dakho. Estuve pensando —le dijo—. ¿Crees que existan más realidades? —Estaba apenas cubierto con la sábana que se había enredado en su cuerpo.

—Por supuesto. Miles y miles de realidades, tú mismo lo dijiste.

—Eso significa que existe alguna en donde nada malo suceda, ¿cierto?

—Claro. Es más —dijo Dakho—, en una de todas, aún es otoño, y estamos jugando en el jardín mientras esperamos que sea hora de la cena.

—Me gusta eso. ¿Podemos tener un perro?

—Claro, deja que lo anote en mi lista de cosas para hacer en otra vida.

Taylor rio sin intención, aunque sabía que se estaba burlando de él.

—Eres un tonto.

—Es broma. En otra vida viviremos uno junto al otro y te molestaré desde mi ventana. Y tú podrás hacer que mis padres se enojen cuando te vean salir de mi habitación en la madrugada.

—Voy a —bostezó— ir de campamento contigo. —Taylor se removió, acercándose a él para acurrucarse contra su espalda—. Y a tener un San Valentín decente por primera vez en mi vida.

—¿Me invitarás a cenar...?

—Sí, te llevaré a la playa. También te compraré flores.

Sus palabras se volvían más y más ambiguas mientras el cansancio le ganaba.

Dakho se separó de él y se dio la vuelta para mirarlo cuando dejó de hablar; al hacerlo, notó que se había quedado dormido. Sonrió enternecido y se dispuso a ponerse la ropa interior. Intentó colocarle correctamente la camisa a Taylor para protegerlo del frío. Luego lo cubrió con una frazada. Y solo entonces, cuando lo vio

seguro, volvió a acomodarse junto a él para poder dormir en paz consigo mismo y con sus deseos.

—Taylor... —murmuró, pero no tuvo respuesta—. Te quiero más de lo que debería.

La respiración de Taylor le confirmó que estaba dormido. Suspiró y clavó su vista en el techo mientras pensaba en que, si existiera otra realidad, haría lo que fuera para encontrar a Taylor en esa también, en los millones de líneas que probablemente había.

Se obligó a tragar con fuerza. No podía recuperarlo ni detenerlo, solo le quedaba dedicarse a odiarlo por ser tan cruel. Cerró los ojos por un momento, sin saber que se quedaría dormido mientras la madrugada de un nuevo mes llegaba.

Ninguno de los dos era consciente de la conmoción que había en el pueblo debido al gran apagón de la noche anterior, en el que los fusibles de muchas casas habían colapsado. Tampoco les importaba mucho.

Cuando la mañana llegó, la luz cálida y tenue que les anunció la llegada de un nuevo día estuvo llena de paz y de un sentimiento tan inexplicable que le hizo preguntarse a Dakho si realmente se merecía experimentar ese momento. Y por una vez, en la que se permitió ser humano, se contestó que sí, pues, después de todo, el universo nunca negaría que tenía derecho a estar enamorado.

No estaba acostumbrado a despertar acompañado, usualmente también lo dejaban. Taylor estaba durmiendo a su lado, a medio cubrir con las viejas sábanas; extendió una mano para tocar con dulzura su cabello y, al hacerlo, él se removió ligeramente y abrió los ojos.

Taylor alzó la vista y esbozó una pequeña sonrisa acompañada de una somnolienta y ronca voz.

—Buenos días...

—Buenos días —respondió Dakho con suavidad sin dejar de mirarlo, acariciando su mejilla.

—¿Cómo te sientes?

—Adolorido —confesó—. Siento que me pasó un tráiler encima.

—Espera a que intentes caminar —se mofó, ganándose un ceño fruncido y un puchero de inconformidad. Pero no podía molestarse, estaba demasiado hipnotizado por él.

—¿Podrías dejar de mirarme tanto?

—Lo siento, no puedo dejar de apreciar lo bonito que te ves así de despeinado.

Taylor se avergonzó e intentó cubrirse con la sábana.

—Oh, cállate. Dakho.

—¿Qué tiene de malo? Solo digo la verdad. Además, parece que tú eres la única persona que tiene problemas para aceptar tu belleza.

—¿Sí? ¿Y qué teorías respaldan esa brillante conclusión?

Dakho negó con la cabeza, viendo cómo Taylor se ocultaba bajo las sábanas.

—Pienso que las personas han pasado tanto tiempo hablando de tu cerebro, que a veces olvidas ver lo hermoso que en realidad eres.

Taylor bajó un poco la sábana para mirar a Dakho y, al hacerlo, se encontró con la más genuina de sus sonrisas. Aquella que el propio Dakho había confesado que no le gustaba de sí mismo y de la que inconscientemente Taylor se había declarado dueño.

—Supongo que tengo que recordarlo más seguido entonces.

—No —dijo Dakho, y Taylor ladeó la cabeza—, para eso me tienes a mí.

Taylor rio dándole un pequeño empujón. Luego carraspeó con la garganta.

—Deberíamos levantarnos antes de que alguien suba.

—No quiero —lloriqueó. Dakho se acomodó completamente a su lado, pasando un brazo por debajo de su cuello para atraerlo hacia él, abrazándolo—, quiero quedarme aquí.

—Te convertiste en un gran bebé.

—No es cierto, esta es mi verdadera forma de ser —dudó frunciendo el ceño—, bueno, eso creo.

—Está bien, está bien. ¿Qué hora crees que sea? —cuestionó acurrucándose contra su pecho.

—¿Las siete? No lo sé, lo único de lo que estoy seguro es que fue el Halloween más épico de mi vida.

—El tiempo pasa muy rápido.

—Ya lo creo; juraría que ayer era agosto y estaba desempacando mis cosas en mi habitación.

—Es curioso, ¿sabes? —dijo suspirando—, eso de tu pasado y el ayer.

—¿Por qué lo dices?

—Tu ayer es mi futuro, Dakho. Y en realidad, no sé qué esperar de él.

—De eso se trata. Nadie lo sabe.

—Aun así, duele —confesó. Había llorado demasiado, tanto que sentía que no podía derramar una lágrima más; para su mala suerte, el dolor en su pecho se mantenía ahí, donde había encontrado una nueva estancia.

Dakho suspiró y estrechó aún más sus brazos, sintiendo su respiración en el cuello. Cerró los ojos, hundiendo su nariz entre el cabello de Taylor, para luego dejarle un pequeño beso sobre la cabeza.

—Lo único que quiero hacer es abrazarte hasta que el futuro no duela.

—No creo que alguna vez deje de doler.

—Entonces no voy a soltarte.

Taylor cerró los ojos y se aferró con tantas fuerzas, con tanto deseo a la esperanza de encontrar un camino diferente. Un escéptico que nunca creyó en nada más allá de su entendimiento le rogó a aquello a lo que llaman destino, universo o quizás Dios, que lo dejara quedarse en ese momento para siempre.

Y es que, incluso si no estaba escrito en su historia, él agradecía haber caído en ese abismo.

Ahora esperaba con temor el día de su cumpleaños, consciente

de que lo sabía todo y a la vez nada, en un crudo bucle de impotencia en el que quedó atrapado.

—Supongo que solo me queda esperar —dijo en voz baja.

—Es una pérdida de tiempo pensar en eso. Todo avanza muy rápido.

—¿Eso crees? —preguntó con miedo.

—Amaneció mientras hablábamos; no solo lo creo, lo sé.

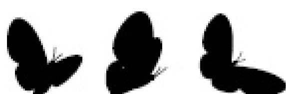
—Eso significa que perderemos este día también, ¿cierto?

Dakho sonrió; había miles de razones, pero él necesitaba solo una para sentirse afortunado.

—Sí. Así que bendito sea noviembre, Taylor.

Taylor apretó los ojos con fuerza. No sabía cómo terminaría, pero mientras tanto, solo le restaba disfrutar el viaje.





59 DÍAS ANTES DE...

Finnian Taylor y su latente homosexualidad:

Estoy enamorado de un «él».

EPÍLOGO A LA PRIMERA PARTE

49 DÍAS ANTES DE...

La pequeña luz verde se encendió en plena madrugada en medio de la oficina. La cena no había sido más que frutos secos y mucho licor barato.

Kim Anzu sabía que sus conocimientos eran cuestionados debido a su tendencia a consumir alcohol; pero más allá de una adicción, era un estilo de vida. Para un hombre de sus dimensiones físicas, y con la resistencia que había conseguido durante años, él estaba seguro de que podía actuar como si estuviese completamente lúcido incluso después de una botella de ron.

Pero hasta él mismo sabía que las cosas que sentía últimamente no eran normales. Le dolía la cabeza y se mareaba sin razón aparente. Y no estaba seguro de si su debilitada salud era producto del campo eléctrico que cubría todo el pueblo, de la misma radiación o de no haber tenido un plato de comida decente en meses.

Su asistente lo veía con desdén desde la silla frente a él, mientras intentaba encontrarles un sentido lógico a las docenas de expedientes que estaban regados por el escritorio entre la basura de algunos maníes.

Ese maldito experimento estaba consumiéndolos en todos los sentidos posibles. Todo el perímetro del bosque estaba siendo recorrido por agentes del Gobierno vestidos como civiles para no levantar sospechas entre los pobladores. Tenían la instrucción de actuar solo si el sujeto era identificado. Con lo poco que habían logrado conseguir de las cámaras de seguridad en algunos

comercios, y las placas del auto, habían conseguido varios nombres.

El primero, y que era su sospechoso estrella:

—Kim, Sean Grace. Diecinueve años, parece ser un miembro respetable de la comunidad local y escolar —dijo Lee Jaewon dando un trago a su café.

Tenían expedientes médicos, policíacos y escolares, entre otras cosas de todas las personas entre quince y treinta años en el condado. Los agentes del Gobierno les habían dado acceso a ellos; con la escuela cerrada y su trabajo de campo paralizado, Jaewon había pasado las últimas semanas archivando hojas y fotografías en carpetas por persona.

Sí, ahora era el jodido secretario del profesor.

Volviendo a lo del sujeto Sean Grace, Jaewon había recabado toda su información. Así que, de aquel tabique desviado, las noches que pasó arrestado por desorden público, del auto que usaba para ir a la escuela, su puesto como capitán del equipo... hasta ese libro que el mayor de los Kim jamás devolvió a la biblioteca: ellos también lo sabían.

Tenían escatimado cada aspecto de su vida y aún no encontraban cómo era que podía relacionarse con sus intereses.

—¿Y el otro? —dijo Kim Anzu mientras veía la otra fotografía—. El chico que estaba con él.

—Moon, April Augustus. Diecinueve años. Su historial médico no es muy grande salvo por una estancia de meses en recuperación hace un par de años. Calificaciones regulares, cumple con un servicio comunitario de seis meses después de agredir a un oficial de Policía.

En realidad, ninguno de los dos lucía como una amenaza real.

Se levantó con ambas fotografías en mano. Y tomando un par de tachuelas, las clavó en el pizarrón detrás de él, en donde las fotografías del auto y otras descripciones también reposaban. Se cruzó de brazos.

—Hay algo que no estamos viendo —meditó—. Dame ese libro

que conseguiste en la escuela el otro día.

Sus corazonadas y su cerebro casi nunca se equivocaban. Algo le hacía sentir que iban en la dirección correcta, aunque estuvieran errados.

—¿El anuario? —Kim Anzu asintió y Lee Jaewon tomó del suelo un anuario del año anterior que había conseguido durante sus investigaciones de campo en la preparatoria—. Aún no entiendo cómo esto puede ser de ayuda. He estado en esa escuela por meses y lo único que he logrado descubrir es que evaden impuestos.

El otro lo tomó y lo abrió en una de las primeras páginas. Lo hojeó como buscando una iluminación divina. Decenas de caras y nombres, pero ni una mísera pista. Se detuvo en las fotografías grupales de los demás años. Un rostro asiático en el segundo año le llamó la atención. Quizás tuviera alguna relación con su sujeto.

—¿Reconoces a este chico? —dijo, señalándole a Jaewon un joven castaño con lentes redondos.

—Ah, el otro Kim. Es su hermano menor. Algo reservado y bastante extraño. No habla con nadie.

—¿Tienes un nombre?

Lee Jaewon hurgó en su memoria.

—Tayson, Tyler...

—¿Taylor? —dijo Anzu, levantando la vista, intrigado cuando encontró ese nombre en el acta del hospital.

Septiembre tres, y la salida de Sean Grace del hospital había sido firmada por un tal Taylor Kim.

—¡Sí! Eso, Taylor. Él es su hermano.

Kim Anzu intentó atar cabos. ¿Cómo había firmado como su responsable si según Jaewon era menor de edad? ¿Una identificación falsa? Si era así, el chico tenía talento. Buscó más en el anuario, pero no encontró otra fotografía de él. Sin embargo, su nombre estaba en todos lados en la sección de alumnos destacados.

Finnian Taylor Kim, ganador de las Olimpiadas Matemáticas Nacionales, 1985.

Taylor Kim, premio a la excelencia estudiantil.

Pasante de verano seleccionado por el MIT.

Premio de literatura, ensayista a nivel estatal.

Reconocimiento por su trabajo en el proyecto de cableado y alumbrado público del condado Mariposa, California.

Bombero voluntario.

Premio para…

Reconocimiento a Kim…

Finnian, ganador de…

La lista seguía y Kim Anzu parpadeó incrédulo. El chico era toda una joya.

Después de rebuscar entre las cajas, Jaewon volvió a acercarse al escritorio con una carpeta nueva y la colocó frente a Kim Anzu, bloqueando su visión.

—¿Es de él? —preguntó con incredulidad, estaba casi vacía.

Entonces el profesor la abrió a la expectativa; no había mayor historial médico, más allá de un par de visitas al consultorio por alergias.

Le intrigó mucho su expediente académico, sobre todo por lo impecable de sus calificaciones, en contraste con sus llamadas de atención. Llegadas tarde, roces con compañeros, detención por activar la alarma de incendios. Además de varias pruebas psicométricas y de coeficiente intelectual marcadas como «arriba del promedio».

Como antiguo maestro, sabía que este chico era el tipo de persona por el cual las universidades pelearían. Demasiado interesante para ser benigno. También tenía una carta de su médico adjudicándole asma para librarse de la clase de Gimnasia, pero sus registros del hospital no tenían nada de eso.

«Un genio de la falsificación», pensó.

Entonces, llegó a la parte de su investigación que realmente le interesaba: su historial policíaco. Había sido detenido por vandalismo recientemente, y adjunto a su ficha policial se

encontraba una fotografía suya.

El profesor sonrió; una sonrisa cínica y casi demente que brotó sin querer de sus labios.

—Es él —confirmó cuando su complexión física encajó con los datos que habían utilizado para identificar a su hermano—. Tiene que ser él.

Tomó la fotografía del chico y la clavó junto a las otras en el tablero, colocando un trozo de papel en el que se atrevió a escribir: «Nuevo objetivo identificado».

Alguien estaba jugando con la electricidad de su experimento desaparecido; más que eso, estaba redirigiéndola. Pero ¿por qué? O, mejor dicho, ¿cómo?

Las fallas eléctricas del condado provenían del área sur, del sector de la escuela. Así que, debía ir a investigar qué era lo que había logrado condensar su corriente. Por eso nunca estaba en el radar, por eso no podían localizarlo. Habían contenido la energía de su experimento en otro lugar, habían conseguido regularla y para hacer algo como eso debía ser alguien con conocimiento del alumbrado público del pueblo y con la suficiente destreza como para pasar desapercibido en todos lados.

Se pasó las manos por el cabello, necesitaba actuar ya. Pero debía ser cuidadoso y lo sabía; en el momento en el que diera la orden tendría a las fuerzas especiales invadiendo esa casa. Pero no quería poner en riesgo la vida de ninguna persona por una suposición suya.

Una cosa eran él y su asistente chantajeando adolescentes y otra muy diferente, quince soldados disparando a quemarropa a todo lo que se moviera.

Jaewon se puso de pie, tenía los tres expedientes y los extendió sobre el escritorio para verlos mejor. No estaba conforme con el descubrimiento.

—Algo no está bien —dijo captando la atención de su mentor, quien volteó a verlo.

—¿Qué cosa?

—Las fichas policiales de los hermanos son del mismo día, pero por diferentes actos y a distintas horas.

—¿Y eso qué tiene de especial?

—Que la ficha del tal Taylor está escrita en plural, es decir, lo detuvieron junto a otra persona. Pero no fue su hermano, incluso sus salidas fueron en días diferentes. Y el recibo del dinero de fianza está por el doble de la cantidad fijada, pero su hermano estaba allí por beber en la vía pública, así que no necesitaba fianza. Usted sabe cómo funciona esto, había alguien más.

—Revisa los expedientes de la Policía: alguien tenía que haberlo acompañado.

—Hecho. La única persona que concuerda con la hora es un tipo sin identificación alguna llamado... ¿Alvin? No encaja con nadie en los registros de la escuela o el hospital.

—¿Y la fotografía?

—Ese es el punto, el expediente la menciona, pero no se ve bien. Y las huellas... tampoco están prolijas, parecen manchas.

—Es más que un error mecánico... ¿cierto?

—Exacto. Además, en las observaciones del historial clínico de Sean Grace, el médico de emergencias escribió que el chico tenía ambos ojos hinchados por un golpe en la nariz.

—¿Qué intentas decir?

—Alguien más lo llevó, no creo que haya sido capaz de caminar hasta el hospital solo y sin ver nada. —Se rascó el cuello desesperado.

—Es demasiado sospechoso. Algo falta —dijo Kim Anzu, sintiendo que se hallaban más cerca de lo que nunca habían estado.

—Profesor... ¿cree que nuestra mascota fugitiva tiene conciencia?

Suspiró. Debía tenerla. Porque, entonces, no lo estaban protegiendo. «Eso» se estaba escondiendo.

Tomó una hoja en blanco y trazó en ella un signo de interrogación. La llevó a su tablero y la clavó en el centro, justo

debajo de la fotografía de Taylor.

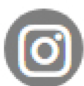
Un cuarto sujeto. El eslabón faltante.

—¿Quién demonios eres tú?

CONTINUARÁ...

ÍNDICE

Encuéntranos en:

LA TEORÍA DE KIM

La noche del primero de agosto en que Taylor Kim se atrevió a investigar la extraña construcción a orillas del lago coincidió con el día de 2019 cuando Han Dakho desapareció al caer en las profundidades de sus aguas.

No había forma de que estos dos chicos se encontraran: la fecha estaba mal, una diferencia de treinta años separaba ambos sucesos.

Si ese a quien Taylor salvó de ahogarse no mentía, entonces se trataría del descubrimiento del siglo... Si no, Taylor estaría frente a un loco más con una historia imposible.

El pasado es gay y el futuro, *gluten free*.

**Bienvenidos al condado Mariposa.
Esto es 1986.**



www.planetadelibros.com.pe



